SCARAMANDA.



EDICION DE GRAN LUJO. CON PROFUSION DE LÁMINAS.

26 1ª (bis)

OSCAR Y AMANDA.

OSCAR Y AMANDA.

1822
1847



L47-1519

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE ESPASA HERMANOS, EDITORES.

SECCION MORAL-RECREATIVA.

Gaceta Junio 12/74

OSCAR Y AMANDA.

(AMOR Y VIRTUD TRIUNFANTES.)

POR

REGINA MARÍA ROCHE.

VERDADERA Y ÚNICA REFUNDICION CASTELLANA

POR

D. ENRIQUE VILLALPANDO DE CÁRDENAS.

SEGUNDA EDICION.

TOMO I.

BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO-EDITORIAL DE ESPASA HERMANOS,

CALLE DE ROBADOR, NÚMEROS 39 Y 41.

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES.

OSCAR Y AMANDA.

CAPITULO PRIMERO.

La desdichada Malvina.

Cuando se desvanecen las nubes que ocultan el plateado disco de la luna, sus pálidos rayos visten de luz melancólica la antigua abadía que se levanta con severo aspecto no lejos del mar que baña las costas de Escocia.

El silencio es profundo, el ambiente suave, leve la brisa y apacible el movimiento de las salobres aguas.

La abadía parece dormida en medio del universal reposo; mas debajo de aquella calma aparente se agitan corazones presa de graves cuidados.

La bella Malvina, la hija del conde Jorge Murley, dueño y habitador de la antigua abadía, atraviesa inquieta y temblorosa los desiertos y oscuros ámbitos de aquel recinto.

Con su largo vestido blanco, iluminado el pálido semblante por la escasa luz de la lámpara que lleva en la mano, parece, al suspender tímida el paso, una estátua de mármol, y al mover la leve planta, una de aquellas fantasmas que la supersticion hizo intervenir en las leyendas populares escocesas.

Llegó Malvina al extremo de un corredor; su doncella que la esperaba se puso el dedo en la boca, y de puntillas fué á abrir la puerta de un gabinete, donde penetraron ambas.

Apenas se cerró la puerta tras ellas, cuando con ligero y callado paso se deslizó por el mismo corredor una persona envuelta en oscuros paños, y deteniéndose al dintel del gabinete, aplicó el oido y se puso á escuchar atentamente.

Malvina se dejó caer llorando en un escaño.

La doncella apiadada de su mal se le acercó para consolarla.

Malvina levantó los ojos á ella, y como el que no se atreve á esperar el consuelo que le es necesario, le preguntó:

—¿Tampoco ha mostrado mi padre esta noche deseos de verme?

—No, señorita, respondió con pesar la doncella.

—¡Y no me ha dirigido una mirada! ¿Y mi hermana?

—La señorita Augusta dice que mientras vuestro señor padre se muestre enojado con vos, no quiere su madre que andeis juntas.

—¡Ah, lady Isabel! exclamó Malvina, sólo vos inspirasteis á mi padre ese funesto enojo. Él me amaba con entrañable cariño, que no se entibió hasta que vos compartisteis su lecho. El cielo os dió una hija y yo la amé como

hermana; pero vuestra codicia ha roto aquí todos los lazos formados por la naturaleza y el afecto. ¡Ah, lady Isabel! mi madre os amparó en la desgracia, y vos, apenas ocupasteis su puesto, me sumisteis en la desgracia á mí, á la hija de vuestra protectora, que ningun mal os ha causado á vos ni á nadie. ¡Oh madre mia...!

—Señorita... ¡me haceis llorar!

—¡Dios mio! Mi padre me trata como hija indigna, mi hermana como enemiga, mi madrastra como esclava. Soy como advenediza en mi propia casa; ni aun me es lícito rezar en la sepultura de la que me dió el sér! Aquí donde mi amorosa madre sembrara risas y amores, ha sembrado ódios, tristeza y lágrimas ella... ¡Ay! debo deciros adios, lugares queridos, aunque al partir se me despedace el corazon!

El reloj de la abadía dió pausadamente las doce. Malvina contó las campanadas inmóvil, bajos los ojos y la frente al suelo.

Despues secó sus lágrimas, y dijo dominando su terror:

—Voy á ser tu esposa, Fitzalan, único sér que me ama en este mundo. Vamos.

Bajó con su doncella la escalera que conducia á la capilla, donde esperaban ya un sacerdote y un bizarro mancebo con las insignias de capitan del ejército de tierra de la Gran Bretaña.

En seguida penetró por la misma puerta la persona que se habia quedado escuchando á Malvina.

Al cabo de un cuarto de hora volvió á cruzar veloz por el mismo sitio, y entrando en el cuarto de la doncella, dejó caer al suelo el oscuro abrigo que la cubria.

Momentos despues pasaba por el corredor Malvina y se retiraba á su cuarto.

Entró la criada en el suyo y quedó helada de espanto al ver á tales horas en aquel sitio á lady Isabel, la segunda esposa del conde Murley, la madrastra de Malvina.

Con imperioso ademan la altanera Isabel impuso silencio á la criada, y llevándola á una habitacion interior le hizo confesar que acababa de asistir al matrimonio secreto de Malvina con el capitan Fitzalan.

La pobre moza no ocultó nada; lady Isabel la escuchó inmóvil y la amenazó si hablaba una palabra de aquel asunto.

Llegó el momento decisivo: Fitzalan debia partir siguiendo sus banderas, y el dia anterior á su marcha, declaró Malvina á su padre el paso que habia dado.

Lord Murley se resistia á creerlo; pero lady Isabel confirmó lo dicho por Malvina, abrumándola con el peso de su ódio.

Malvina anegada en llanto esperaba su sentencia.

El conde, luchando quizá con la débil voz del corazon que le aconsejaba la indulgencia para con su hija, levantó los ojos á Isabel y se inspiró en el ódio de sus miradas.

Entonces se volvió á su hija, descargó en ella su ira con las palabras mas denigrantes, y la rechazó viéndola arrodillada á sus piés y próxima á perder el sentido.

Isabel cogió del brazo al conde y le hizo salir del aposento. La pobre Malvina cayó desmayada al suelo.

Al volver en sí se encontró sola en el mismo sitio, y despertándose en ella el recuerdo de lo sucedido, se arrastró hasta una butaca, falta de fuerzas para tenerse en pié.

Allí permaneció largas horas llorando, sin recibir un consuelo, sin que nadie entrase á verla, sin una mirada compasiva.

Verificóse en su ánimo una reaccion, y determinó salir de la casa y reunirse con su esposo.

Encontró á su paso á Augusta, y esta le volvió el rostro y se apartó de ella.

Al pasar los umbrales de aquella casa donde habia nacido sintió frio y temblor en todo su cuerpo y se nubló su vista; mas hizo otro esfuerzo supremo y á vivo paso se dirigió al encuentro de Fitzalan, que la recibió en sus brazos.

Al siguiente dia partió el regimiento, y Malvina dejó de ver y oir á los que tanto la habian atormentado.

Desde entonces empezó á vivir en la estrechez; pero era amada, y el amor de su esposo valia mas para ella que la abundancia de bienes materiales con que pudiera brindarle la fortuna.

El primer año de su matrimonio tuvieron un hijo, al que Malvina puso el nombre de Oscar, en conmemoracion de algunos de sus gloriosos antecesores.

Fitzalan hacia prodigios de economía, para que Malvina no tuviese que experimentar ciertas privaciones; mas aun así, difícilmente lograba salir adelante.

En cierta ocasion en que se veia muy apurado de recursos y le hicieron concebir esperanzas de un empleo, empeñó por largo plazo la mitad de su paga.

Oscar tenia cuatro años y Malvina volvia á hallarse en cinta.

Pagó Fitzalan algunas deudas y proveyó su casa de ciertas cosas indispensables; pero al mismo tiempo se des-

vanecieron las esperanzas del empleo, se vió mas pobre que nunca y Malvina tuvo que enterarse de lo precario de su suerte.

Lo que no habia intentado por sí misma, quiso intentarlo por Oscar y por la nueva prenda de amor que llevaba en el seno.

Determinó á Fitzalan á hacer otro esfuerzo y volvieron á Escocia, decidida ella á pedir perdon á su padre, revelarle su estado y rogarle con lágrimas que se apiadase de las inocentes criaturas sobre quienes no debia recaer el castigo de sus culpas.

Con muchísima dificultad pudo proporcionarse Fitzalan dinero para el viaje, obtuvo licencia de sus jefes y acompañó á Malvina y á Oscar á aquella desesperada tentativa.

Llegaron al distrito de la abadía, hospedáronse en casa de un anciano labrador y se enteraron del estado de la familia de lord Murley.

Allí supo Malvina que su hermana Augusta se habia casado con un caballero principal, muy rico, y que su padre vivia sin salir apenas de casa, dominado como siempre por su esposa y mas que nunca olvidado de ella.

Por la noche escribió Malvina á su padre una carta tiernísima, impregnada de todo el afecto y tambien de toda la tristeza que de su corazon rebosaba.

Al dia siguiente consiguió del aldeano que acompañase á Oscar á la abadía y pidiese licencia para presentarse con él al conde.

El buen hombre, bien enterado, esperó que la condesa Isabel saliera de casa, y aprovechando la ocasion, solicitó ser introducido.

Recibióle el conde sin reparo, y oyó la relacion que aquel hombre le hizo, inspirado por sus buenos sentimientos.

El conde, que era tambien muy desgraciado, pareció conmoverse con el relato de las desdichas de su hija, y dirigió una lánguida mirada al niño.

Empujó el aldeano á este, y la tierna criatura, acercándose al conde, le dijo:

—Mi mamá llora mucho, señor bueno, y cuando me puso en la mano esta carta, decia que tendria un gran consuelo si me dabais un beso. Dádmele y se lo diré y se pondrá muy contenta...

El conde sintió mas conmovido su corazon, y volviéndose al niño le preguntó:

—¿Qué dice esa carta?

—Yo no sé: cosas tristes; porque mamá llora siempre... ¿Es verdad, señor, que vos sois aquel abuelo mio por quien me hace rezar mamá todas las mañanas y todas las noches?

El conde posó ambas manos sobre la cabeza del niño y levantó los ojos al cielo.

—Mi mamá, añadió Oscar, siempre me dice: Quiere mucho á tu abuelito, ámale mucho. ¿Sois vos el abuelito y no me dais el beso? Mi mamá siempre llora...

—¡Oh inocencia! ¡inocencia angelical! exclamó el conde sintiendo hervir en su pecho el llanto que se le asomaba á los ojos. Inclinóse para besar la frente á su nieto...

En aquel momento se abrió la puerta con estrépito y se presentó Isabel.

Estaba en misa; fué advertida por un campesino de la presencia de Oscar en la abadía y se volvió corriendo.

Apenas la vió el conde bajó la cabeza, y sus manos po-

sadas sobre la frente del tierno Oscar resbalaron frias sobre sus rodillas.

—¿Qué hace aquí este hombre? ¿qué quiere? dijo ceñuda la iracunda Isabel.

El conde no supo responder.

El aldeano nada decia, esperando que aquel contestase algo.

—Salid, volveos con quien os ha enviado, añadió ella, y en la vida volvais á encargaros de ningun recado suyo para nosotros.

El buen aldeano, paralizado por el asombro, no se atrevia á moverse. Isabel con un gesto imperioso le señaló la puerta, y el pobre hombre tomando á Oscar de la mano, salió sin acertar á decir palabra.

Volvióse á su casa donde le esperaba Malvina... ¡Pobre madre! ¡Qué golpe tan rudo fué para su corazon adivinar en el rostro del aldeano el mal éxito de su tentativa!

Habló el aldeano, y el niño Oscar interrumpió varias veces su relato con palabras que hicieron derramar nuevas lágrimas á Malvina; pero cuando oyó que el conde iba á besar á Oscar al presentarse repentinamente Isabel, sintió robustecerse su confianza y determinó hacer otra prueba.

Al dia siguiente por la tarde ella misma acompañó al tierno Oscar hasta cierta distancia de la abadía.

Desde allí le vió hablar con el portero y volverse apesadumbrado mirando á todas partes, como si temiera que su madre se hubiese ido.

Tendióle Malvina los brazos, arrojóse á ellos el niño y

le dijo que el portero no le habia dejado pasar adelante porque su amo se lo habia prohibido.

Las lágrimas de Malvina corrian hilo á hilo por su rostro mientras escuchaba silenciosa y abatida lo que el niño le decia, y con paso tardo, inclinada la frente al suelo, se volvió á su casa.

El cielo amenazaba recia tormenta; las nubes se amontonaban ocultando á la tierra la luz del sol en su ocaso.

El conde era débil; pero los lazos formados por la naturaleza son muy fuertes, y como el conde ya se habia mostrado tierno con Oscar, era razonable presumir que presentándosele Malvina lograse conmoverle de manera que sobre su amor de padre no prevaleciese ningun otro afecto.

Reflexionólo así Malvina y,

—Yo soy, dijo, tomando una extrema resolucion, yo soy quien debe arrojarse á los piés del conde. Yo debo pedirle perdon de mi desobediencia, que desde que soy madre me parece mas grave que nunca. ¡Oh! Es imposible que no se conmueva á mi voz, que no ceda á mis ruegos cuando sepa las angustias que he padecido y las que empieza á padecer esta tierna criatura, fruto de mis entrañas, expuesta á los rigores de la miseria... del hambre... ¡oh! no será tan duro su corazon... no será inexorable: lo que yo seria capaz de hacer por mi hijo, lo hará él tambien por mí. No querrá Dios que desoiga mis súplicas y nos arroje de su lado: al cabo es mi padre, y yo no he dejado nunca de amarle como en aquel tiempo en que mi voz le hacia estremecer de contento y no me negaba cosa alguna.

Fitzalan, añadió despues de una pausa, ha agotado todos sus recursos para este viaje, incitado por mí, que por tan fácil cosa tuve el reconciliarme con mi padre. Si tenemos que renunciar á tan lisonjera esperanza; si nos vemos al fin abandonados á nuestra precaria suerte... Fitzalan ¡pobre esposo mio! morirá de pena por mí y por nuestro hijo... Eso no debe ser; no quiero pensarlo.

¡Y sin embargo, si esa mujer sin entrañas levanta su voz imperiosa en presencia del conde... ¡ay! de nada me servirá á mí gritarle: ¡soy vuestra hija, y yo y este pedazo de mi alma vamos á perecer de pena y de hambre si no me tendeis la mano; si no haceis por mí lo que hariais por una pordiosera!

Lloró así diciendo y estuvo largo rato sollozando.

Llamó otra vez al labriego, le rogó que la acompañase, y cogiendo á Oscar, se dirigió con rápido paso á la abadía.

El viento azotaba su rostro, y á la mitad del camino, tras un relámpago deslumbrador que hizo prorumpir en un alarido al niño, resonó con bravo estampido un espantoso trueno y comenzó á llover copiosamente.

El desórden de la naturaleza aumentó la congoja de Malvina, que hubo de llamar en su auxilio todas sus fuerzas para no cejar en su propósito.

La lluvia habia empapado sus vestidos, y con su hijo en brazos, que no habia querido ir en los del aldeano, apenas podia andar, porque el huracan parecia haberse desencadenado para impedirle el paso.

Así llegó á casa de su padre.

El portero trató en vano de obedecer las órdenes que se

le habian dado, porque el lastimoso estado de Malvina enterneció su ánimo, y tambien porque en medio de su asombro y su piedad, ella penetró mas bien desesperada que resuelta en las habitaciones del conde.

Iba á abrir la mampara del gabinete cuando le salió Isabel al encuentro.

Las dos mujeres lanzaron una exclamacion al verse.

Isabel recobró al momento su presencia de espíritu, y con la mas ofensiva altanería dijo:

—¿Qué venís á hacer aquí? ¿Cómo os atrevisteis á penetrar en este sitio? Las puertas de esta casa se os cerraron para siempre el dia que cayó sobre vos la maldicion de vuestro padre.

Estas palabras anonadaron á Malvina, que dejó caer la cabeza y prorumpió en llanto.

—¡Salid! dijo Isabel con imperio.

—¡Ay de mí! exclamó Malvina; ¡señora, por caridad, no me trateis de este modo, que soy muy desgraciada! Me veo sumida en la mas espantosa miseria... Yo venia á implorar el auxilio de mi padre...

—Vuestro padre, ofendido por vos, ha jurado no volver á veros.

—Dejadme pedirle perdon. Mis lágrimas le dirán cuán sincero es mi arrepentimiento... Dejad que me postre á sus piés.

—No. Vuestra conducta le robó salud y alegría; vuestra memoria le apesadumbra; vuestra presencia le seria funesta.

—¡Oh! dijo Malvina embargada la voz por los sollozos: me veis humillada, delante de vos; sin amparo... Consi-

derad que seria impío lanzarme de la casa de mi padre. Yo os prometo no pedirle nada para mí... soy madre; le pediré para este pobre niño que es su propia sangre; para este inocente que se va á ver huérfano, señora, porque á su madre la matará pronto el dolor.

Isabel, impasible, le señaló la puerta con la mano y le dijo:

—Desde que salisteis de aquí la paz ha reinado entre nosotros; no volvais á turbarla. La salud del conde me es harto preciosa para... Por última vez os digo que salgais.

La ira que respiraban sus ojos llenó de espanto al niño Oscar, que tirando del vestido á Malvina, dijo temblando:

—¡Madre mia de mi corazon, vámonos...! ¡Tengo miedo...!

—¡Desdichada criatura, exclamó Malvina deshecha en llanto, que me ves arrojada de la casa donde nací; donde están sepultados los restos de mi madre; donde vive todavía el padre que me dió el sér y no acude á consolarme!

Cayó de rodillas y exclamó:

—¡Perdon, padre mio, perdon para mí...! Tened piedad de mi inocente hijo.

—¡Hola! criados, gritó Isabel; acompañad de grado ó por fuerza á esta mujer á la puerta. Echadla de aquí.

Entraron tres criados á las voces de su ama; avergonzada Malvina dejó caer el velo sobre su rostro.

El tierno Oscar abrazándola dijo:

—¡No hagais daño á mi madre; ya nos vamos! Salgamos de aquí, madre mia; que te harian llorar mas.



¡No hagais daño á mi madre: ya nos vamos!

—Obedeced, dijo Isabel á los criados.

Al ademan que estos hicieron, Malvina por evitar quo llegaran á ella, dió instintivamente dos pasos hácia la puerta.

Lord Murley, que habia oido voces, iba á salir del gabinete.

Isabel vió abrirse la mampara y corrió á ponérsele delante para que no viera á su hija.

Salió esta con Oscar, el compasivo aldeano que la esperaba en el pasillo le dió el brazo, y aunque ella casi no podia andar, se la llevó fuera de la abadía.

La tempestad era mas borrascosa que nunca. Era ocasion en que todo hombre habria dado asilo á su mayor enemigo, ¡y Malvina se veia arrojada del hogar de sus mayores!

Caia á torrentes la lluvia, bramaba el mar enfurecido, y el huracan desgajaba las ramas y arrancaba de raíz los corpulentos árboles del bosque.

El compasivo aldeano tomó á Oscar en brazos, despues de cubrir con su manta los hombros de la madre.

—¡Malvina! gritó una voz en medio de la oscuridad. ¡Oscar, hijo mio!

—¡Es la voz del capitan, ánimo, buena señora! dijo el aldeano.

Malvina se detuvo sin aliento; cerrábanse sus ojos, perdian el color sus labios.

El aldeano viéndola próxima á desmayarse ciñó su talle con el brazo que le quedaba libre y gritó:

—¡Por aquí, señor, por aquí!

Fitzalan guiado por la voz se dirigió á ellos.

Oscar dió un grito al reconocerle.

—Sostenedla, señor, que se va á desmayar, dijo el aldeano.

Malvina tendió los brazos á Fitzalan; pero los volvió á dejar caer sin fuerzas, á tiempo que él la estrechaba en los suyos.

La tempestad no menguaba: un cárdeno relámpago iluminó instantáneamente aquel grupo y volvió á dejarlo sumido en espantosas tinieblas.

CAPITULO II.

Fin de una desdicha.

Fitzalan y el aldeano llegaron á la casa de este sin ver por dónde iban en medio de la espantosa oscuridad, sólo interrumpida por la pasajera luz, mas espantosa aun, de los relámpagos.

Malvina no habia vuelto de su desmayo, ni el niño Oscar habia dejado de llamar entre continuas lágrimas á su madre.

Sentáronla junto á una ventana, y al abrir los ojos tuvo el consuelo de oir las cariñosas palabras de su esposo y el grito de alegría en que prorumpió su hijo.

La desdichada Malvina, apenas vuelta en sí recordo lo que acababa de suceder en casa de su padre y echó á llorar con gran vehemencia, sin atender á las reflexiones de su esposo.

—¡Ay Fitzalan mio! exclamaba, ¡arrojada del hogar de

mis padres como una vagabunda desconocida...! ¡Arrojada de allí con mi hijo...! ¡Ella me humilló altanera en aquel lugar donde ha recibido el pan de la caridad, cuando yo iba á pedir pan para mi Oscar...!

—¡Oh Isabel...! gritó Fitzalan, y añadió con ira entre dientes: ¡Dios te maldiga!

—¡Oh inhumana, prosiguió Malvina, que no se ha conmovido al oir el llanto de este pobre niño!

Abrazó á Oscar con muestras de doloroso sentimiento y exclamó:

—¡Pobre ángel mio! Sin duda tu madre acaba su vida, y Dios empieza ahora á hacer recaer en tí los castigos que me estaban reservados.

—Malvina mia, le dijo su esposo, no aumentes tu dolor y el nuestro con ideas semejantes. Ten buen ánimo, ármate de valor y pon toda tu confianza en mí. Yo lucharé para enmendar los errores de la suerte; yo haré por vosotros prodigios si tu cariño sostiene mis brios...

—¡Ay pobre esposo, qué pesada carga soy para tí! Si á lo menos me llevara Dios...; si á lo menos sólo tuvieras que atender á tu sustento y al de este niño...

—¡Mamá... mamá! gritó Oscar llorando y agarrándose al cuello de Malvina.

—¡Oh no, Malvina! dijo Fitzalan horrorizado. Cálmate, amada mia, sosiega; que el dolor te hace desvariar. ¿Cómo habíamos de vivir sin tí sino en perpetuo llanto? ¿Olvidas, esposa mia, que palpita en tus entrañas otra prenda de ese amor que no se extinguirá nunca en mi pecho?

Fitzalan tomó en brazos á Oscar y le colmó de caricias.

El niño despues de corresponder á ellas volvió al regazo

de Malvina y la abrazó otra vez, como si conociera que sus abrazos eran el bálsamo mas eficaz para calmar el dolor que padecia.

Los infelices esposos pasaron la noche sin cerrar los párpados, agitados de crueles angustias.

Fitzalan tenia que pedir treguas al dolor, para discurrir medios con que hacer frente á los sucesos venideros.

Malvina lloró y sollozó mucho; mas tampoco durmió tranquila su implacable enemiga.

Despues que hubo lanzado á Malvina de la casa de su padre; cuando ya se vió libre de su enojosa presencia, experimentó su corazon una angustia jamás conocida, en vez de saborear, como esperaba, las delicias del triunfo.

Arrojóse inquieta al lecho; mas apenas se cerraban sus ojos, se le aparecia la pálida imágen de la desdichada Malvina, que le pedia compasion con triste, dolorido acento.

Despertábala el terror, y entonces el estruendo de la tempestad llegaba á sus oidos, estremeciendo con nuevos terrores su corazon amedrentado.

Despues ya no era Malvina; era la sombra de su madre, de la primera esposa del conde Murley, severa, airada, cuyos ojos lanzaban dardos de vivo fuego que se clavaban en su corazon.

La sombra permanecia muda é inmóvil, y sin embargo Isabel oia distintamente su voz, sus recriminaciones, sus solemnes amenazas; y se revolvia convulsa, como si quisiera alejarse de la boca del infierno, abierta para ella.

Con estas visiones se le aparecia tambien Augusta su

hija, huyendo de su lado y apartando los ojos de ella, que le pedia auxilio en aquel espantoso peligro.

Justo era aquel castigo que á Isabel imponia su propia conciencia; harto tiempo habia gozado en paz el fruto de sus maldades.

Malvina pasó la mayor parte de la noche acariciando á Oscar dormido en sus brazos.

Fitzalan sintió necesidad de respirar el aire libre que refrescara sus sienes, y se asomó á una ventana.

Aun caia el agua á torrentes y retumbaba el trueno con horrísono estampido, cien veces repetido por los ecos.

Torrentes bramadores eran los arroyos que por la mañana se deslizaban sin rumor torciéndose dóciles en graciosas ondulaciones por entre los lisos álamos de sus márgenes.

Rugian como enfurecidas las olas antes de estrellarse contra las rocas, disparándose á lo alto en anchas cortinas de agua con la violencia del choque, y corriendo en tumulto una tras otra, cual si quisieran derribar la costa brava y dilatarse por la llanura, para inundar con sus aguas amargas los fecundos valles.

Todo yacia envuelto en densas tinieblas.

La fugitiva luz de los relámpagos descubria á la deslumbrada vista los árboles, la abadía, los montes y las aguas; mas todo volvia á desaparecer en un momento, cual si para siempre quedara sumergido en la nada.

No desaparecian empero los cuidados de Fitzalan, expuesto á ver morir de miseria á su esposa y á las prendas de su amor.

Revolviendo especies en su memoria, se acordó de un

hombre á quien él habia salvado la vida y que le habia dado muestras de ser verdaderamente agradecido.

Aquel hombre habia servido de soldado en América á las órdenes de Fitzalan.

Retirado otra vez á su casa se hizo labrador, aumentó el escaso patrimonio de su familia, y finalmente, merced á su actividad é industria, mantenia bien á su esposa y á sus hijos.

Varias veces habia escrito á Fitzalan, dándole cuenta de su estado y ofreciéndole siempre sencilla y cordialmente sus servicios.

Jamás habia creido Fitzalan tener que aprovecharse de los ofrecimientos de aquel excelente hombre; mas la noche á que nos referimos pensó en él como en el mejor amigo, quizá como en el único que la mala fortuna no le habria arrebatado.

Era indispensable que Fitzalan y los suyos se alejaran cuanto antes de aquellos sitios, desde donde se ofrecia constantemente á sus miradas la antigua abadía, sepulcro de la madre de Malvina, sepulcro de sus alegrías y testigo de su miseria presente y su vergüenza.

La tempestad se habia calmado á medida que se desvanecian las sombras de la noche.

Los primeros rayos del nuevo sol brillaron sobre las limpias hojas de los árboles, y las gotas de la copiosa lluvia que de ellos pendian, mostraban bellísimos cambiantes.

Deslizábanse los arroyos con sosegado curso: el cielo era claro y trasparente, y sobre la rizada superficie del mar se retrataban los barquichuelos balanceándose sueltos en sus aguas.

Todo respiraba calma y alegría menos los corazones de aquella desventurada familia.

Fitzalan se acercó en silencio al lecho de su esposa creyendo que tal vez la hallaria adormida... ¡vana esperanza!

Malvina tenia abrazado á Oscar y pegados los labios á su frente.

Alzó los ojos al leve rumor de los callados pasos de Fitzalan, y le dijo tendiéndole la mano:

—Amigo mio..., muchos pesares te cuesto...; tú me lo perdonas, ¿no es verdad que me lo perdonas?

—Malvina mia, por Dios...

—Si á lo menos fueras solo...; si no fuera por mí y por mis hijos, todo te sobraria; podrias vivir ajeno á todo cuidado...

—No así me martirices, Malvina de mi alma. Al contrario: por tí, por las prendas de nuestro amor que tan desgraciada te ha hecho, alienta mi corazon y se sostiene mi existencia. Si por vosotros no fuera ¡benditos seais! yo moriria, créeme: la soledad seria para mí la muerte. Óyeme, Malvina: es preciso por muchos motivos que dejemos esta casa y esta tierra. Dentro de muy breve tiempo necesitarás estar rodeada de una familia afectuosa y gozar de ciertas comodidades de que carecerias aquí. Hoy mismo partiremos para el país de Gales. Allí vive un hombre de excelente corazon, que en otro tiempo recibió favores mios, y de quien me has oido hablar y has visto cartas. Tenemos lo bastante para pasar el camino; alienta, no temas, y tú verás cómo vendrán para nosotros mejores dias.

Malvina besó la mano de Fitzalan y le dirigió una mi-

rada con la cual se sintió él pagado de cuanto habia padecido hasta aquel momento.

Para corresponder á los cuidados de su esposo hizo Malvina grandes esfuerzos y sobrellevó sin proferir una queja la fatiga del viaje.

Llegaron á la casa del buen David, que les recibió como un beneficio del cielo y llamó á su mujer con grandes voces de contento, para que conociera á su salvador, á su segundo padre.

Refirió la mujer de David ante Malvina todas las circunstancias relativas al suceso en que Fitzalan habia salvado la vida á su esposo, y acabó de resaltar el agradecimiento del buen labrador, que habia enseñado á bendecir á su capitan á todos los suyos.

Malvina á su vez agradeció en el alma los desinteresados agasajos de aquella sencilla gente, y se mostró mas tranquila, aunque triste siempre.

Fitzalan sólo pensaba en verla restablecida para dejarla en casa de David y hacer un viaje con el objeto de procurarse un medio decoroso de sustentar á su familia.

El dinero que le habian dado para la venta de su empleo al comenzar sus agobios, lo habia gastado en breve tiempo: era muy poco, y casi nada le quedaba de él al trasladarse con Malvina y Oscar al país de Gales.

En corto espacio de tiempo se habia granjeado Malvina el aprecio, no sólo de David y su mujer, sino de todos los buenos aldeanos sus vecinos.

Su distincion no iba acompañada de vanidad alguna: ántes al contrario, se hermanaba perfectamente con cierta noble llaneza que era el encanto de aquella sencilla gente.

Llegó la época de su alumbramiento y todos querian ser los primeros en servirla.

Desvivíanse para mostrarle su buena voluntad, y mostraron verdadero sentimiento al saber que habia motivo para temer por la vida de Malvina en aquel trance.

Cundió la voz y alarmáronse todos, y desgraciadamente no fué vana su alarma.

Poco despues de dar á luz una niña, espiraba Malvina en brazos de su marido bendiciéndole á él y á sus hijos.

¿A qué intentaríamos describir el dolor de Fitzalan? ¿Seria acaso posible? ¿Quién podria pintar el entorpecimiento de su razon en los primeros momentos; aquella especie de aparente insensibilidad; aquel silencio grave y sin lágrimas; aquella calma con que permaneció sentado junto á los restos calientes aun de su esposa; aquella concentracion con que al besarla se echaba á él solo la culpa de su temprana muerte, como si quisiera exclamar con un poeta compatriota suyo: «¡Ay de tí, sencilla, bella flor; el momento en que te he visto te ha sido fatal!»

Mas no siempre fué grave y mudo el dolor de Fitzalan; que cuando se trató de dar sepultura á su esposa, todos sus afectos se convirtieron en desesperacion.

Echó á todos de su presencia; se encerró con el cadáver de aquella mujer tan amada, y le dirigia las palabras que le dictaba la fiebre, y no se saciaba de acariciarla.

Llamaba á voces á Oscar para que hablase á su madre, ya que á sus ruegos no queria despertarse, y lloraba y se mesaba el cabello como demente.

Vencióle la fuerza del dolor y se acostó rendido en el lecho de Malvina.

Aletargado habia quedado contemplando aquel semblante que la muerte misma embellecia, cuando David halló medio de penetrar sin ruido en el aposento por una elevada ventana que caia á un patio.

David se le acercó diciendo que debian salir de allí, pues iban á entrar su esposa y una amiga suya para poner decente la cama de Malvina, y el triste Fitzalan se dejó conducir, creyendo que se separaba de ella por muy cortos instantes. David era leal, y él no desconfió de sus palabras.

Entre tanto la pusieron en un sencillo ataud y la llevaron á donde no debian volverla á ver sus ojos.

Permanecia en pié, impaciente, esperando que le dieran aviso de que podia volver junto á Malvina, cuando las vibradoras campanas anunciaron que el cuerpo de su esposa entraba por última vez en la iglesia.

Entonces fué locura, frenética locura lo que padeció Fitzalan, que echando en cara á David su engaño, le acusó de ingrato, de robador de su prenda mas querida, y le golpeó brutalmente, como si en realidad castigase á un malvado.

El pobre David que habia intentado reducirle á la razon, lloró de pena viéndole en tan lamentable estado.

Sólo porque los extremos mismos del dolor quebrantaron las fuerzas de su ánimo, se calmó aquella ira y entró, mas bien diremos cayó Fitzalan en reposo.

Desahogó en parte su sentimiento derramando copiosas lágrimas, y á ratos discurria como hombre de buen seso, y á ratos deliraba, como si nunca hubiese tenido juicio sano.

Aquella misma noche, desde un balcon del aposento en donde habia muerto Malvina, contemplaba el cementerio cuyas ennegrecidas tapias alumbraba la luna, y exclamaba:

—¡Ay qué profundo es el sueño de mi amada esposa, que á la voz de mi amor no despierta! ¡Ay qué triste compañía ha ido á buscar, huyendo de mí y llevándose mi vida! ¡Para no dejarse conmover de mi llanto ha querido que echasen mucha tierra encima de su cuerpo!... Mi buen Oscar no me ayuda á llamarla... lo conmprendo, ¡pobrecito! los niños se ponen siempre de parte de las madres. ¡Él la amaba tanto!... ¿y yo, Malvina de mi alma, y yo no te amaba por ventura y no te amo con todo mi corazon?

CAPITULO III.

Fin del prólogo.

David y su mujer cuidaban de Oscar y de la recien nacida.

Era llegada la época de destetar á la primera hija de los labradores, y estos acortaron gustosos de algunos dias el plazo, para que Magdalena, la mujer de David, pudiera criar en casa á la hija de la desgraciada Malvina.

Antes de morir habia insinuado esta el deseo de que su hija llevase su nombre, y en la pila bautismal le pusieron Amanda Malvina.

En cuanto á la madre, fué depositada en una sepultura humilde como todas las de la aldea, sobre la cual grabaron en una losa: «Malvina Fitzalan, tan amable como desgraciada.»

Su esposo no quiso ponerle sus títulos ni el ilustre apellido de Murley. «Ha muerto, decia, como mujer de un pobre soldado y no como hija de un rico par de Iglaterra.»

Dos meses trascurrieron sin que pudiera asegurarse que Fitzalan no perderia la razon á consecuencia de la muerte de su esposa.

Apenas se halló en estado de discurrir sobre su suerte, se vió pobre, sin recursos de ningun género y con la necesidad apremiante de procurarse el sustento y atender al porvenir de sus dos hijos.

David y su mujer seguian tratándole con el mayor respeto y cariño, y entonces mas que nunca pudo convencerse Fitzalan de las buenas cualidades de los dos esposos, que no olvidando el beneficio recibido, le trataban como dueño y no como huésped, y se gozaban en mostrarle á todas horas su afecto.

En aquella sazon llegó á la aldea un caballero distinguido que habia conocido á Fitzalan en otro tiempo.

Viéronse y habláronse, recordaron sus antiguas relaciones y se enteró el caballero de los reveses de fortuna que Fitzalan habia experimentado y de la amarga situacion en que se hallaba.

Conmovióle la historia de sus desgracias y resolvió interesarse por él, aunque sin avisárselo.

Hízolo así en efecto, y al cabo de poco tiempo le proporcionó el mando de una compañía que se hallaba entonces dando servicio en Inglaterra.

A pesar del abatimiento de su ánimo y del mal estado de su salud, volvió Fitzalan al ejército, ya que otro medio no tenia de vivir sin ser gravoso á los honrados labradores que con tan buena voluntad le habian acogido, y á quienes á su vez se consideraba deudor de su existencia.

Despidióse tiernamente de Oscar y Amanda, encomen-

dóles de todo corazon al cuidado de sus dos buenos amigos y partió.

Cuatro años pudo resistir el pesar de aquella ausencia; mas comenzó á pensar de continuo en sus hijos, á soñar con ellos, á temer por ellos y, en una palabra, á no poder vivir sino á su lado. Necesitaba verles, oirles, hablarles de su madre, cuyo recuerdo no se borraba nunca de su mente ni dejaba de agitar su corazon.

Gracias al caballero que le habia protegido, se le facilitó vender su empleo en la milicia, práctica muy usada en el Reino Unido, y se volvió á la aldea.

Oscar tenia entonces ocho años y Amanda cuatro.

¡Amanda! A la primera mirada creyó su padre ver en ella las mismas facciones de Malvina.

El placer y el recuerdo de sus pesares inspiraban al mismo tiempo las ardientes caricias que hacia á sus dos hijos.

Cogióles de la mano despues de dar aquel primer desahogo á su corazon, y los llevó consigo al cementerio.

La piedad de la familia de David se conocia en todo.

Al rededor de la losa de Malvina encontró Fitzalan olorosas flores que crecian lozanas como testimonio ó emblema de que se conservaba vivo el cariño en los pechos de los ue la amaron.

Los niños se arrodillaron viendo que lo hacia su padre, y al verle llorar lloraron tambien.

Mucha resolucion hubo menester para determinarse á dejar la aldea, pues los restos de su querida esposa le atraian con gran fuerza; mas el porvenir de sus hijos le imponia imperiosos deberes, y á modo de sacrificio hecho á Malvina misma, se alejó de aquellos sitios, donde se dejaba la mitad del alma.

Los dos aldeanos, que amaban á los tiernos niños al par de sus propios hijos, se despidieron de ellos con indecible sentimiento.

Ambos les acompañaron buen trecho del camino, y al llegar al punto en que debian separarse, tal vez para siempre, no pudieron contener sus ayes.

Fitzalan estrechó en sus brazos á David y le dijo:

—Ya sabeis, amigo mio, que la suerte no me ha favorecido; pero sea próspera ó adversa mi fortuna en lo venidero, si necesitais un dia de mi brazo, de mi pobreza, de mi sangre, hablad; que todo es vuestro.

Estrecháronse las manos fuertemente, y entonces la buena esposa de David, besando y abrazando á los dos niños dijo con la voz ahogada por el llanto:

—Señor capitan... habladles alguna vez de Magdalena y de la aldea, á fin de que no nos olviden... Ahora bien me querian ¡los angelitos! pero son tan tiernos... Verán otras tierras, otras caras... las cosas nuevas les harán olvidar las viejas... ¡Pobrecitos! ¿No nos prometeis volver algun dia á vernos, señor capitan, en compañía de los dos?

—¡Quién sabe! dijo Fitzalan muy conmovido; soy pobre, bien lo sabeis, Magdalena, y los pobres no podemos prometer, ni somos dueños de nuestros propios afectos. El cielo os proteja... ¡Adios!

Magdalena con las manos juntas y alzando los ojos al cielo vió partir á Fitzalan con sus hijos, apoyóse en el brazo de David y tristemente regresaron ambos á su aldea.

Antes de proseguir en la narracion de los sucesos de Fitzalan y sus hijos, debemos decir algunas palabras acerca de lo pasado, para que no carezca el lector de ciertos ante-

cedentes ni crea incapaz de disculpar á Malvina, á quien vió abandonar la casa de sus padres despues de casarse secretamente con Fitzalan.

Cuando el conde Murley quedó viudo de su primera esposa, Isabel era una doncella pobre que aquella habia amparado en su orfandad, y llevaba ya algunos años en la casa, tratada mas bien como amiga ó ahijada, que como mera sirvienta.

A la muerte de la condesa se retiró á casa de sus únicos parientes, pobres tambien; mas al cabo de poco tiempo lord Murley la mandó llamar, haciéndole muy buenas proposiciones si queria encargarse de cuidar principalmente á su hija Malvina.

Isabel aceptó en seguida.

Era de carácter tan egoista como hipócrita. Los títulos y caudales de su difunta bienhechora le inspiraron una desapoderada ambicion, y conociendo el sencillo y noble corazon del conde y el influjo que podia llegar á ejercer en su ánimo, puso todos sus conatos en alcanzar el título de señora, donde habia entrado como desvalida.

Amaba el conde tiernamente á Malvina, é Isabel estudiaba las caricias que en presencia de aquel debia hacer á su hija; mostraba viva inquietud al mas remoto asomo de indisposicion de Malvina; nadie sino ella cortaba y cosia los trajes de aquella niña querida; le daba lecciones de todo lo que ella sabia, y poco á poco se acostumbró el conde á la idea de que la mayor parte de los encantos, gracias y adelantos de su hija eran debidos al sumo cuido, al exquisito celo de Isabel.

Esta al mismo tiempo que miraba por Malvina, atendia al servicio del conde de manera que en nada echase de menos á su esposa.

Isabel, que de mucho tiempo conocia perfectamente aquellas pequeñeces domésticas á que el conde daba mas importancia, vigilaba de continuo á la servidumbre para que todo se hiciera sin apartarse en un ápice de sus disposiciones.

El conde notó en breve la prevision y el acierto con que Isabel procedia, mas no llegó nunca á penetrar la causa de sus estudiadas acciones.

Malvina se encariñó tanto con ella, que no queria otra compañía que la suya.

La pobre niña recitaba ante el conde los oraciones que por el descanso de su madre le habia enseñado á rezar la que fuera su protegida... ¡que hasta este extremo llevó su hipocresía!

Isabel misma, en los dias de cumpleaños, santo patron de la condesa y aniversarios de su fallecimiento, se entregaba á rezos, penitencias, ayunos y mortificaciones, conducta tanto mas meritoria á los ojos del conde, cuanto que sabia que Isabel no era de aquellas mujeres que se exageran los peligros del mundo y fria y metódicamente frecuentan las prácticas religiosas.

Al cabo de muy poco tiempo Isabel se habia entronizado en el ánimo del conde y de su hija, en tales términos que nada se hacia en la casa si no era por ella aprobado.

El conde veia que su hija iba creciendo en gracias bajo los auspicios de la que habia sido amiga de su madre; veia tambien que merced al talento y aparente abnegacion de Isabel las amarguras de la viudez se habian mitigado fácilmente, y admirando de dia en dia las bellas cualidades, la buena traza y la agradable fisonomía de aquella excelente compañera, experimentó hácia ella un extraordinario agradecimiento al principio y un afectuoso cariño mas adelante.

El conde era jóven todavía, su corazon no estaba muerto para el amor, y paso tras paso fué prendiéndose en la artificiosa red que le tendiera la ambiciosa doncella.

Isabel llegó á serle indispensable.

Desde la muerte de su esposa habia concentrado el conde todos sus afectos á Malvina; pero su corazon comenzó á conmoverse tambien por Isabel; no concebia para lo futuro la dicha doméstica sin Isabel, y al fin vino el momento en que se estremeció al pensar que Isabel se separase algun dia de su lado; para llevar á otros séres las dichas y consuelos que él cifraba en su compañía.

Amaba tiernamente á su hija; pero su atencion, su curiosidad, su celo se dirigian ya mas á lo que Isabel tocaba que á sus propios asuntos y á Malvina misma.

Creia adivinar Isabel los progresos que la pasion hacia en el ánimo del conde, y para cerciorarse de ello fingió una indisposicion y permaneció algunos dias en cama.

Poco le fué menester para persuadirse de que habia logrado lo principal de su objeto.

Los cuidados, las atenciones, la inquietud del conde le dieron á entender bien claro que estaba afirmado su dominio sobre el corazon en que se habia propuesto reinar.

Jorge Murley volvió á ser el hombre enamorado, con la sola diferencia de que así como en los primeros años de su juventud habia amado á la madre de Malvina, ocupándose al mismo tiempo de la profesion de las armas y de los negocios políticos de su patria, al amar á Isabel estaba desprendido de todas las demás afecciones y todo el fuego de su corazon se concentró en aquel afecto.

Redobló Isabel sus artificios, y tuvo el placer de oir que

el conde, con rodeos inspirados por su excesiva buena fe y natural delicadeza, le ofrecia su mano.

Astuta ella como la serpiente, de cuya índole parecia participar, se fingió admirada; dijo tenerse por indigna de tanto honor y tanta dicha; mostró exquisitos escrúpulos ante la consideracion de que tendria que ocupar el lecho de la que habia sido su mejor amiga; pero el conde supo responder á todos sus reparos, y aun creyó haber dado pruebas de sutil ingenio venciendo la repugnancia de su amada, y en fin se casó con ella, con lo cual imaginó haber alcanzado uno de los mayores bienes que pudiera ambicionar en la tierra.

Al principio se mostró Isabel mas bondadosa aun, si era posible, para con Malvina, anteponiendo siempre los gustos y conveniencias de esta á los suyos propios.

Para colmo de felicidad, aunque bien ilusoria, concibió el conde la esperanza de que Isabel le diera un heredero varon, y si bien no vió cumplido este deseo, pues su nueva esposa dió á luz una niña, aun así fué grande el contento de lord Murley.

Tras aquel suceso comenzó á variar el aspecto de las cosas.

Isabel sin quitarse del todo la máscara fué grabando el sello de su autoridad en todo, y en la abadía no hubo quien se atreviera á contradecirla.

Aun no habian trascurrido dos años, y todo el mundo sabia que era exigente, incapaz de amar, falsa é hipócrita hasta lo sumo.

Sus defectos se manifestaron en toda su intensidad y violencia, y el conde, que voluntariamente se habia sometido á su yugo mientras la creyera dócil, bondadosa y humilde, no se atrevió despues á sacudir su dura tiranía.

Acostumbróse á sufrirla y se fué amoldando fácilmente á sus caprichos. Estaba ciego por ella, no veia mas que por sus ojos; renunció por último á su criterio y voluntad y acabó por no ser mas que un eco, un reflejo de los antojos y juicios de su esposa.

Malvina comenzó á ser desgraciada en edad muy tierna. Isabel era insaciable en sus pasiones.

No se contentaba con hacer patente su preferencia por Augusta su hija, mortificando de continuo á Malvina y lastimando su amor propio; sino que además obligaba á lord Murley á hacer públicamente iguales manifestaciones.

¡Pobre Malvina! Con ser tan inocente, buena y digna de cariño, desde que comenzó á tener uso de razon dejó de recibir caricias, fué objeto de constantes y estudiados agravios, y ni una palabra de cariño, ni una mirada benévola recibió de su pusilánime padre.

Así siguieron las cosas por espacio de muchos años.

Malvina era una doncella hermosísima, el encanto de cuantos la conocian, la admiracion de todo el que por primera vez fijaba los ojos en ella, y sin embargo, se daba por satisfecha el dia que era tratada con indiferencia por las personas de su familia y no tenia que retirarse á llorar á sus solas un desprecio, una humillacion, una ponzoñosa injuria.

Triste y resignada siempre, bañados en melancolía sus bellos ojos, se retiraba de las gentes y pasaba dias enteros leyendo sentada en un peñasco, al ruido de las olas que se estrellaban á sus piés, sabiendo que en el mundo nadie la echaba de menos, y pensando en el cielo, porque se acordaba de su madre que habia muerto poco despues de darla á luz.

Yendo de la abadía á su acostumbrado sitio, la vió por vez primera el gallardo Fitzalan que mandaba una compañía de infantes y hacia poco tiempo habia llegado con la nueva guarnicion á apuel sitio.

Interesóle al capitan la agraciada doncella y supo fácilmente quién era y la triste vida que llevaba.

Si buena impresion habian hecho en él las gracias de Malvina, mayor interés experimentó por ella al saber sus cuitas.

Muy en breve fué presentado á la casa del conde, obtuvo licencia de Malvina para acompañarla alguna vez en sus paseos y fué con ella tan delicado y caballeroso, mostró ser tan verdadero amigo suyo, que el agradecido corazon de Malvina experimentó al oirle las mas gratas sensaciones de su vida.

Fitzalan la vió llorar y trasformarse y embellecerse mas y mas con el llanto, y el contenido gozo de la doncella, confundiéndose con la expresion habitual de melancolía que inundaba su rostro, dieron á la hermosura y al melodioso acento de Malvina un encanto irresistible.

Fitzalan no pudo ocultar que la amaba; se lo dijo, añadiendo que el mayor beneficio que pudiera hacerle el cielo era dársela por compañera, y cuando Malvina vió brillar una lágrima en los ojos de aquel hombre de sentimientos nobles y varoniles, comprendió cuán profundo y sincero debia ser su sentimiento, y le alargó la mano, que Fitzalan cubrió de besos enajenado de gozo.

No fué menor el de Malvina.

Al fin tras tantos años de aislamiento y de afectos repulsivos, se abria á su corazon un corazon simpático; oia

palabras de amor que la volvian á enlazar con los demás humanos; el aprecio, la estimacion de Fitzalan la compensaban de sus largos é inmerecidos padecimientos.

Así vivió un año, oyendo repetir á cada instante á Fitzalan que la amaba, recibiendo de él infalibles pruebas de que no mentia.

Sin olvidar sus amarguras, sin dejar de ver ceñudo para ella á su padre y hostiles á su madrastra y hermana, la buena Malvina lo daba todo por bien empleado al pensar en el noble cariño que el enamorado Fitzalan le profesaba.

En medio de esta ventura profunda, secreta, llegó un dia á sus oidos el rumor de que el regimiento de Fitzalan iba á ser trasladado á otro punto lejano.

La noticia la dejó aterrada, y su dolor llegó al colmo cuando se la confirmaron con tristes acentos los labios de su amante. Ni uno ni otro podian acostumbrarse á la idea de una separacion que podia ser eterna y que, aun cuando no lo fuera, destruia toda su dicha.

Fitzalan mostró bien la vehemencia de su cariño y cuánto le interesaba la suerte de su amada, porque por una parte se desesperaba al pensar en apartarse de ella, y por otra parte veia los obstáculos que su posicion y su pobreza oponian á su felicidad.

Bien considerado todo, lo menos malo era libertar á Malvina del ódio de su madrastra, que era mas feroz cada dia, y para ello no habia mas medio que el matrimonio. Ni Isabel ni el conde habian de consentir en que Malvina se casara quedando Augusta soltera; por consiguiente era menester que el matrimonio fuera secreto.

Mucho lloró Malvina, sólo al pensar que casándose des-

obedecia á su padre y tenia que renunciar para siempre á su cariño; mas tanto habia padecido y seguia padeciendo bajo el techo de su casa; tanto habia llegado á temer á Isabel, que era capaz de todo, que no vió en el mundo otro amparo que los brazos de Fitzalan.

Isabel sospechó que al fin habia logrado impulsar á Malvina á cometer una grave imprudencia que acabase de enajenarle el afecto, harto tibio de su padre, y nada dijo. Espiaba la conducta de la víctima y se contentaba con la esperanza de deshacerse de ella sin temor de apelar á un crímen.

Malvina quiso repetidas veces hablar á su padre y no fué recibida.

Llamó en su auxilio á Augusta, á quien habia amado siempre, y su hermana le volvió la espalda.

Lloró Malvina amargamente, y su madrastra se sonreia al ver sus oios enrojecidos por el llanto.

Fitzalan iba á partir...

Malvina le dió, como hemos dicho, la mano de esposa, y dejó á su padre por seguir á su marido.

La doncella que la acompañara á la capilla se habia encargado de hacer llegar á manos del conde una sentida carta en que Malvina le referia sus amarguras y temores, le protestaba de su cariño, le pedia perdon...

Isabel arrebató la carta y la arrojó gozosa y con siniestra sonrisa á las llamas.

FIN DEL PRÓLOGO.

CAPITULO PRIMERO.

La sierpe entre flores.

En aquel último período de su vida militar, Fitzalan habia estado de guarnicion en un pueblo agrícola muy tranquilo y sano.

En una suave eminencia se levantaba una linda casita con su huerto y su campo, que desde luego ambicionó Fitzalan para retiro de sus últimos dias.

Resolvióse pues á comprarlo con lo que le produjo la venta de su compañía, y allá se llevó á sus hijos al sacarlos de la aldea.

En el pueblo habia dos escuelas públicas, en donde se fueron instruyendo Oscar y Amanda, y su padre, que se habia hecho labrador, contribuia á formar su educacion, descansando, en ocupacion tan grata, de las faenas del campo.

Así vivió con el consuelo de tener siempre á la vista las dulces prendas del amor de su malograda Malvina.

Amanda se iba pareciendo cada dia mas á su madre,

hasta en ciertos gestos y ademanes; de suerte que Fitzalan á veces exclamaba:

—¡Tan hermosa, tan parecida á ella y lleva su mismo nombre!... ¡Ojalá sea mas feliz que su madre!

Oscar era grave y varonil; y aunque de carácter apacible, deseaba seguir la carrera de las armas, por haber sido la de su padre.

Al llegar á la edad de darle estado, empezaron nuevos apuros para Fitzalan.

Con el producto de sus trabajos campestres vivian los tres; pero no era posible costear á su hijo una carrera, maestros y libros.

Mientras andaba cuidadoso el padre con estos pensamientos, murió el dueño de las tierras donde la posesion de Fitzalan estaba situada, y llegó de Londres al pueblo el nuevo propietario, que se llamaba Belgrave y era coronel de un regimiento.

En las indispensables relaciones que hubo de tener con Fitzalan, se enteró del estado de su caudal y de la vocacion de su hijo.

—En verdad, dijo el coronel, seria viva lástima que un mozo de talento y aplicacion, segun parece, no pudiera entrar en el ejército por falta de dinero. ¿No teneis amigos en la corte, señor Fitzalan?

—Hélos tenido, aunque pocos, señor coronel; pero hace años que vivo alejado de ellos, no sé dónde paran ni si se acuerdan de mi nombre.

—Lo comprendo, replicó Belgrave. Si sois pobre y no habeis cultivado la amistad de los ricos, os han olvidado: no lo dudeis. En este mundo hay que tener dinero ó

andar cerca de los que le tienen. ¡Cómo ha de ser!

El coronel Belgrave se fué del pueblo sin que volvieran á tratar del asunto; pero á poco de llegar á Londres, hallándose en una tertulia donde le preguntaron acerca de su viaje, dijo entre otras cosas que habia tenido ocasion de ver á cierto Fitzalan que vivia muy pobremente, siendo viudo nada menos que de una hija del acaudalado lord Murley. Añadió que le parecia hombre algo pacato, aunque con ínfulas de altivo, y que por no haberse sabido valer de las relaciones que en otro tiempo habia tenido con gente rica, no podia hacer entrar en el ejército ni dar carrera á su hijo Oscar.

Escuchando estaba al coronel Belgrave un hombre que no lejos de él parecia completamente engolfado en una recia discusion política.

Aquel hombre era lord Rosven, el mismo que, antiguo amigo de Fitzalan, le habia proporcionado el mando de una compañía cuando este resolvió volver al ejército.

Poco tiempo se habian tratado Fitzalan y lord Rosven; mas este siempre habia juzgado bien de aquel, teniéndole por hombre pundonoroso, sensible y dispuesto á trabajar honradamente.

Salió del círculo de hombres políticos con quienes estaba hablando, y sin hacer preguntas directas á nadie, procuró dar pié para que Belgrave le enterase bien de la situacion de Fitzalan.

Al cabo de poco tiempo se sorprendió este mucho encontrándose con una carta de lord Rosven, á quien no habia escrito de algunos años á aquella parte.

Acompañaban la carta los despachos de alférez para

Oscar, que debia entrar á servir en el regimiento de Belgrave, «circunstancia favorable, decia lord Rosven en su «escrito, pues el coronel tiene en muy buen concepto á su «nuevo subordinado y mirará sin duda por sus aumentos.»

Fitzalan, lleno de contento, contestó acto continuo á lord Rosven, dándole las gracias por sus bondades, y lo mismo hizo con el coronel, cuando la verdad era que Belgrave no habia mostrado interés alguno por Fitzalan ni por Oscar; pero siendo egoista y ambicioso, dejó en su error al padre y al hijo, y se dejó ensalzar por su supuesta benevolencia.

Oscar recibió de su padre los mas honrados consejos y su bendicion.

Su buena hermana Amanda le dió una porcion de pañuelos suyos y labores hechas de su mano, y nunca habrian tenido fin sus abrazos de despedida, si no hubiera sonado la hora de partir.

Oscar fué muy bien recibido en casa de lord Rosven, á quien entregó una carta de su padre, y fuélo tambien del coronel Belgrave, que al otro dia ya no se acordaba de que tal hijo de Fitzalan existiera en el mundo, por mas que le hubiese prometido mirar particularmente por él y protegerle en cuanto pudiera.

Oscar, en su inexperiencia, escribió muy contento á su padre y repitió en su carta las halagüeñas frases que el coronel le habia dirigido, así como las del bondadoso lord Rosven.

Fitzalan confiaba en los talentos y buena índole de su hijo y en el favor de aquellos dos hombres que él creia igualmente amigos suyos.

Dedicábase entre tanto con afan á educar é instruir á su hija, y por cierto que no podia decir que se malograran sus desvelos.

Crecia Amanda en belleza y buen juicio, y aprovechaba tan bien las lecciones de su padre, que era preciosa recompensa de sus cuidados y bálsamo de sus pesares.

Por su claro talento, discrecion y docilidad, era á un mismo tiempo orgullo, compañía y descanso de Fitzalan, que teniéndola á su lado, para nada echaba de menos las fiestas y las reuniones numerosas.

Todos sus placeres se encerraban en contemplar los encantos de Amanda y leer las cartas de Oscar.

En una de estas le hablaba el alférez de su coronel, que se habia casado con una señorita de quien hacia grandes elogios, así por su hermosura, como por sus prendas morales hasta el punto, decia, de ser envidiado por haberle cabido en suerte semejante esposa.

Hallábase entonces el coronel en Irlanda, donde se habia celebrado su enlace.

Algun tiempo despues el cuidado de sus bienes le llamó otra vez al pueblo donde vivia Amanda con su padre.

Este fué á visitar al coronel apenas tuvo noticia de su llegada; le repitió de palabra las gracias por las promesas hechas á su hijo, y le ofreció de todo corazon su casa y sus servicios.

El coronel estaba acostumbrado á otro género de vida y á otras costumbres. Se aburria en el pueblo y deseaba rematar cuanto ántes sus negocios, para volver al bullicio de la corte; mas aun así no se le ocurria buscar un rato de distraccion en casa de Fitzalan, porque temia morirse

de fastidio oyendo hablar á aquel hombre sencillo y honrado.

Preferia pasear solo, y así solia hacerlo por la mañana temprano y por la tarde antes de caer el sol.

Cierto dia, al volver de su acostumbrado paseo, se retiraba á su casa con ánimo de encerrarse en ella hasta la mañana siguiente, cuando se desvió un poco de su camino para ver de cerca á una lindísima jóven, de graciosas maneras y esbelto talle que no lejos de él caminaba por entre unos árboles.

Cuanto mas se acercaba el coronel mas bella le parecia, y apretaba el paso para ponerse á su lado y dirigirle, segun su costumbre, una galantería, cuando se encontró impensadamente con Fitzalan.

—Señor Fitzalan, dijo Belgrave con aplomo, la mitad del camino me ahorrais, porque iba á visitaros.

—Ya que tanto queriais honrarme, señor coronel, no os detengais á la mitad del camino. Venid, os ruego, á mi pobre casa donde podreis descansar, y os ofreceré un vaso de cerveza por mano de mi hija Amanda, á quien tengo el honor de presentaros.

—¡Cómo! Hija vuestra es, dijo Belgrave, esta bellísima señorita... Verdad es que cuando años atrás estuve yo aquí ya prometia ser muy hermosa; pero entonces era tan niña... Os felicito de todo corazon, señor Fitzalan; poseeis una rica joya.

—Señor coronel, dijo Amanda con risueña sencillez, bien se conoce que sois cortesano. Yo no soy mas que una pobre aldeana, que no merece ninguno de los numerosos elogios que acabais de hacer de mí sin advertirlo.

—¡Ah! Con que ademas de hermosa sois discreta... Señor Fitzalan, ¿os habia dicho que teniais una joya? dije mal, me retracto: digo que poseeis un prodigio. Guiad, si gustais, á vuestra casa, amigo mio, y nos escanciará esta señorita para que me vea yo favorecido como nunca pensé verme; y á vos á quien debo ya el gusto de tener á Oscar á mis órdenes, os ruego que me hagais buen lugar con Amanda.

Fitzalan estaba admirado de lo que él creia sencillez del coronel, y á su hija le sucedia otro tanto.

Tomaron juntos un vaso de cerveza, hablaron del precio de las tierras y de las últimas cosechas, preguntó Amanda muchas veces por Oscar, y el coronel dijo al retirarse:

—Querido Fitzalan, hasta ahora no os habia visitado, porque me abrumaban los negocios, no dejándome tiempo para nada. De hoy en adelante vendré á veros con frecuencia, porque á deciros verdad, si no hablo con vos y con vuestra lindísima hija, ¿con quién diantre podré hablar en este pueblo donde todos gruñen?

—Señor coronel, siempre sereis bien recibido en nuestra pobre casa, dijo Fitzalan.

—Y esta señorita no me tendrá por importuno, ¿no es cierto?

—Esta señorita, como vos decís, señor coronel, os acogerá bien y os mimará, si le hablais mucho de Oscar.

—Yo os prometo hablaros de él hasta que vos digais basta, si me cumplís lo prometido.

Fitzalan y Amanda acompañaron á Belgrave hasta cierta distancia de la casa.

Él se retiró á la suya mucho mas tarde que de costumbre, diciendo para sí:

—No me iré yo de este pueblo tan pronto como tenia determinado; no por cierto. ¡Vaya una hermosa muchacha! Su peso de oro vale. ¡Y pensar que he pasado mas de quince dias cerca de ella, pudiendo visitarla á todas horas y sin saber que tuviera tan rico tesoro al alcance de mi mano... Si lo supieran mis amigos, ¡cómo se burlarian del pirata Belgrave!... ¡Oh! pero no hay cuidado; ella es tan tonta como bella;... yo me desquitaré del tiempo perdido!

CAPITULO II.

Primer pesar de Amanda.

Desde el siguiente dia fué Belgrave muy asíduo en sus visitas.

Iba por las tardes á casa de Fitzalan, y pasaba allí largas horas ganando la confianza de la hija y fingiendo tomar por lo serio la conversacion del padre.

—¡Ah viejo cócora, solia decir al retirarse, mucho vale tu hija; pero bien caro me haces pagar el deseo de hacerme querer de ella! Parece imposible que un hombre tan insípido pueda tener una hija tan apetitosa. ¡Cuán cierto es que en las obras de la naturaleza todo son misterios!

Cuanto mas frecuentaba Belgrave el trato de Amanda, mas bella le parecia y mas se irritaban sus deseos.

No satisfecho con ir á su casa por las tardes, comenzó á ir tambien por las mañanas, mientras Fitzalan estaba ocupado en las tareas del campo.

En los primeros dias se limitó á veladas insinuaciones que Amanda recibió como galanterías tan inocentes como las que delante de su padre mismo podia dirigirle.

Otro dia quiso hacer el melancólico para interesar á Amanda, de cuyo tierno corazon se prometia parte del logro de sus fines.

Creyó de buena fe la jóven que estaria apesadumbrado y le dijo:

—Vamos á dar una agradable sorpresa á mi padre; tened la bondad de acompañarme, señor coronel, y le haremos una visita de confianza.

Prestóse Belgrave á la indicacion de Amanda y le dió el brazo.

Salieron de la casa y le dijo ella:

—Estais de mal humor, ¿no es verdad? Yo sé la causa.

—¿La sabeis? preguntó él lanzándole una significativa mirada y parándose en el camino.

—Sí, señor mio, respondió Amanda haciéndole andar. Yo sé que la causa de vuestro mal humor es una persona á quien amais en extremo y de quien os alejan ciertos obstáculos.

—¡Cómo! exclamó Belgrave atónito, Amanda, habeis descubierto el secreto...

—¡Oh qué acento tan melodramático! replicó Amanda con expansiva risa. ¿Es por ventura un secreto que esteis casado con una señora muy bella y muy amable? ¿Y no causa vuestro pesar el hallaros tanto tiempo lejos de su lado?

—¡Bah!... no por cierto. Os juro que desde que me casé no me acuerdo de ella para nada.

—¡Jesús, qué herejía! ¡pobre señora!

—Y desde que os he visto á vos, Amanda, si me acuerdo de ella es sólo para deplorar la suerte que á ella me ha unido.

Habia tanta vehemencia en el tono apasionado de Belgrave, que impresionó vivamente á Amanda.

No acertaba ella á explicarse lo que significaba aquel cambio repentino en el coronel, ni aquel fuego que respiraba su acento.

—Amanda, en mi mano está la fortuna de vuestro padre, de vuestro hermano Oscar y la vuestra. Sois pobres, vivís en suma estrechez y oscuridad; pues bien, amadme y se trocará vuestra suerte en un instante. ¿Qué os pido yo en cambio? que no seais cruel; que correspondais á mi cariño como correspondeis al de las avecillas que os he visto acariciar tantas veces muerto de envidia. Si yo os dijera cuánto os amo, no me creeriais; pero vos misma os convencereis de ello bien pronto. ¡Me veiais triste y no adivinabais que era por vos, porque el fuego de la pasion me consume!... ¡Oh hermosa Amanda! un dia, un solo dia de vuestro amor...

Belgrave fué á cogerle el talle; pero Amanda que aun no habia salido de su estupor, se recobró de súbito al contacto de sus manos, y como si huyera de una serpiente, retrocedió con la vista azorada y echando los brazos hácia adelante.

Tenia embargada la voz y pudo apenas balbucear horrorizada:

—¡Dejadme... dejadme!

Un instinto superior á la razon, un movimiento repul-

sivo, una revelacion de su propia castidad hasta entonces inconsciente, atrajeron con irresistible fuerza á Amanda hácia su hogar, á donde llegó sin saber por dónde, y cuya puerta cerró desalentada en mitad del dia por primera vez en su vida, y quedó temblando, secas las fauces, bañada en sudor frio como sudor de muerte.

Belgrave la vió apartarse y huir despavorida, y al volver en sí de su sorpresa exclamó enojado con ella y consigo mismo:

—La chiquilla es necia si las hay; pero ¡vive Dios! que yo no le voy en zaga. ¡Para recibir semejante respuesta de esa lugareña arisca he pasado tantos dias hablando de ganado vacuno, cereales y vendimias, que vendimiados vea yo mis deseos si no he padecido heroico martirio escuchando al viejo! ¡Mal haya la herencia y quien me la dió, que ninguna falta me hacia, y me obligó á venir á ese poblachon! Si no doy por perdido todo el fruto de mis afanes...

Interrumpióse Belgrave, y dando lugar á la reflexion, añadió:

—¡Alto, señor coronel, alto; que no somos reclutas para que así nos entreguemos al primer contratiempo! ¡Ánimo y firmes, voto al draque! Temprano es todavía; el viejo no volverá tan pronto. La chica... ¿Quién me asegura á mí que no ha sido estudiado aquel primer movimiento? ¡Oh! las mujeres saben... ¿Ni quién me dice que una vez sola no haya reflexionado mejor... Ea, atribuyámosle un poquito de pudor, escribámosle, y quizá no se alarmen tanto sus escrúpulos en presencia de un pliego de papel como en presencia mia. Las cosas pensarlas y hacerlas.

Dirigióse Belgrave á su casa y escribió á Amanda.

Fitzalan por una casualidad habia vuelto del campo mas temprano que otros dias; pero su hija habia tenido tiempo bastante para meditar en su situacion y comprender cuánto importaba á su decoro y al reposo de su padre, que no se trasluciese nada de lo sucedido.

Su precaucion empero no pudo devolver á sus mejillas el vivo encarnado que solia hermosearlas, de suerte que Fitzalan le preguntó en seguida si estaba indispuesta.

Amanda achacó á una fuerte jaqueca el trastorno de sus sentidos, y se retiró á su cuarto un rato para reponerse del temblor que la pregunta de su padre le habia causado.

No queria tampoco permanecer demasiado tiempo en su aposento para que Fitzalan no se alarmase creyéndola muy enferma, de manera que cuando creyó que podia resistir sus miradas y dominarse para no dejar entrever su verdadero mal, volvió al lado de su padre.

Pocos momentos hacia que se hallaban juntos.

Amanda se habia sentado á bordar, y su padre delante de ella, cuando trajeron una carta con sobre para la señorita Amanda Fitzalan.

Creyó ella que seria de alguna de sus amigas y se alegró de recibirla, pensando que su contenido le daria motivo para entretener á su padre.

Dejó la carta sobre la mesa mientras acababa de bordar una flor, cogióla despues, abrióla y palideció de nuevo sin poder contener un grito.

Fitzalan se levantó alarmado preguntando:

—¡Amanda, Amanda! ¿qué tienes?

La infeliz Amanda cayó sin poder hablar á los piés de

su padre, dejó deslizarse la carta al suelo y se cubrió el rostro con las manos.

Fitzalan se arrojó sobre el papel y lo leyó, ya estremecido de horror, ya trémulo de ira.

No trascribiremos aquí la carta de Belgrave.

Traduzcan su contexto el sonrojo de la inocente Amanda y la justa saña que respiraba su honrado padre.

—¡Amanda, dijo Fitzalan trémulo de coraje, no es este el primer agravio que te infiere ese malvado! ¿Era él la causa de tu palidez, de tu vergüenza á mi llegada?

Amanda inclinó la cabeza en señal de afirmacion.

—Cálmate, hija mia, replicó él tomando el sombrero; los Fitzalan siempre supieron vivir honrados. Cierra esta puerta, guarda nuestra casa, mientras yo vuelvo.

Iba á salir, pero Amanda se arrojó precipitadamente en sus brazos exclamando:

—¡No, padre mio, no! ¡Exponer vuestra vida, no!

—Suéltame, hija mia, dijo Fitzalan procurando desasirse.

—¡Oh! no salgais, no vayais á poneros delante de ese hombre que es capaz de todo... ¡de todo!

—No hará él por sus vicios mas que yo por el honor de mi nombre. Déjame, Amanda; no me obligues á hacerte violencia.

—¡Por piedad, padre mio!

—¡No!

—¡Por el amor de mi madre!

—No la invoques, infeliz, para aconsejarme una vileza. ¡Ah Belgrave!

Con nueva ira se desprendió Fitzalan de los brazos de

Amanda; pero en aquel momento la desdichada no pudo ya contenerse y cayó desmayada al suelo.

Fitzalan por un natural impulso de piedad corrió á levantarla, llamó á una vecina, á cuyo celo la dejó encomendada, y con mayor enojo que nunca se dirigió á toda prisa á casa de Belgrave.

El corazon le decia que llegaria tarde, y en efecto, en la casa del coronel le dijeron que este habia salido y que esperaban órdenes suyas para saber á dónde debian dirigirle una porcion de efectos que habia dejado.

El ímpetu de la venganza contenido, la sed acrecentada con la certeza de que era imposible saciarla, la desesperacion de ver que desaparecia como fantasma el que estaba dotado de existencia real para ultrajarle... todo contribuyó á abrumar á Fitzalan con enorme peso.

No acababa de salir nunca de la casa de Belgrave, pareciéndole imposible que hubiera de volver á su hogar dejando impune la ofensa recibida y presentarse á su hija con la vergüenza en el rostro.

El recuerdo de su hija le hizo correr á su casa sin detenerse en mas reflexiones.

La habia dejado en poder de una extraña, perdido el conocimiento, y al volver en sí habia de temer por la vida de su padre mientras no le viera en su presencia.

Corrió, voló á su casa y recibió en sus brazos á Amanda, que en efecto ni un instante habia dejado de temer por su vida.

Durante su desmayo habian traido otra carta que al tiempo de retirarse le entregó la mujer que habia quedado cuidando de su hija.

Aun no habian terminado las aflicciones del dia: esta segunda carta era tambien de Belgrave.

Estrujóla Fitzalan cerrando el puño, encargó á la mujer que no hablase de semejante papel á su hija que ya ignoraba que hubiese llegado á sus manos, y entró á consolarla, á tranquilizarla diciendo que no habia encontrado al infame y que se alegraba de ello para no tener ocasion de exponer una vida que debia consagrar exclusivamente á su amor.

Amanda le colmó de caricias y adquirió alguna confianza con las reiteradas protestas de su padre.

Retiróse este so pretexto de acostarse, y encerrado en su aposento leyó el papel de Belgrave.

«Señor Fitzalan, decia, soy vuestro acreedor y se acerca «el tiempo de saldar cuentas. En vuestra mano está el «medio de que prosigamos en buenas relaciones, yo me «dé por pagado sin recibir nada en metálico, y vos os en- «contreis con todo desembarazo para llevar adelante vues- «tros ensayos agrícolas, que hasta ahora sólo os han oca- «sionado pérdidas. Los hombres se han hecho para enten- «derse. Yo dejo en el pueblo persona encargada para «proceder judicialmente si fuere necesario. Vos podeis por «vuestra parte nombrar otra, si hemos de obrar amistosa- «mente: ya supondreis á quién me refiero. Sois discreto y «creo que pesando bien vuestra situacion, escogereis lo «mejor. No me olvido de vuestro Oscar, como tampoco le «olvidais vos.

«El coronel Belgrave.»

Esta nueva injuria era el colmo de las infamias de aquel malvado, que sin respeto á nada, colocaba á un hombre honrado, á un hombre sobre quien habian llovido las des-

dichas á un padre en fin, entre la muerte y la deshonra, y se cruzaba de brazos y le vendia como favor el tiempo que le daba para escoger el abismo en que habia de arrojarse.

Fitzalan era deudor de Belgrave y no tenia con que pagarle.

Miró á su alrededor, clavó los ojos en su escopeta, y clavándolos despues en la carta, exclamó completando su pensamiento:

—Porque para eso no hay justicia en la tierra, y la ley, si la hubiera, podria quitarle á él la vida, pero no me devolverán á mí la honra.

CAPITULO III.

Amanda vuelve á la aldea.

Fitzalan pasó la noche en la mayor agitacion, ardiendo en deseos de vengarse de Belgrave al paso que temiéndolo todo de la venganza de este.

Fitzalan era pobre, y su enemigo era poderoso; Fitzalan era leal, y su enemigo era capaz de apelar á todas las malas artes; Fitzalan vivia de los afectos, y Belgrave no amaba á nadie sino á sí mismo.

Amanda habia pasado tambien la noche en vela.

Al amanecer la rindió el sueño, y poco despues su padre salia silencioso para no despertarla y se encaminaba á casa del coronel.

Repitiéronle que habia salido el dia anterior, que ignoraban su paradero y que se esperaban noticias suyas para remitirle varios objetos que le eran necesarios.

Ya no dudó entonces Fitzalan que Belgrave deseaba

completar su venganza desde lejos, fuera del alcance de sus iras, y desgraciadamente no se engañaba.

Viendo Belgrave que Fitzalan no contestaba á sus cínicas proposiciones, escribió á sus agentes para que procedieran contra Fitzalan, embargándole cuanto poseia, si no pagaba en el acto.

Demasiado sabia él que el padre de Amanda se hallaba en la imposibilidad de cubrir sus compromisos.

En un momento se vió despojado de todo, arrojado á la calle con su hija, y gracias al afecto de un vecino suyo pudo escaparse del pueblo por evitar la cárcel.

El honrado vecino le dió dinero para que pudiera llegar á Londres y vivir algunos dias con estrechez en la gran ciudad.

Hízolo así, y fué á parar con Amanda á una calle extraviada, donde se redujeron á vivir miserablemente.

Su única esperanza se cifraba en lord Rosven.

Informóse de él, y para mayor desgracia supo que no se hallaba en la capital como solia, sino en una de sus posesiones.

La espantosa miseria se acercaba á Fitzalan á pasos agigantados; era ocasion de obrar con toda energía para rechazarla, y Fitzalan venciendo todo escrúpulo escribió á lord Rosven diciéndole que se hallaba en situacion muy precaria y le suplicaba que le proporcionase una ocupacion con que sustentar á su hija.

Nada le decia de la ofensa y la venganza de Belgrave: se habria muerto de vergüenza si hubiese tenido que ocuparse con un estraño de asunto semejante.

Como si la suerte se hubiera conjurado contra aquella

excelente familia, supo Fitzalan que lord Rosven acababa de salir de su hacienda y se hallaba viajando por Francia, bien ajeno de la desgracia de su protegido.

Para colmo de desventuras Belgrave habia descubierto su retiro.

Esperando que el tiempo y la miseria conspirarian en avor suyo, habia dejado huir á Fitzalan, seguido de cerca por un hombre consagrado á su servicio.

El turbador de su reposo se habia hecho invisible; pero Amanda recibió una carta suya en que le aconsejaba que persuadiese á su padre de que la sacase de la triste situacion en que vivia, cuyo término habia de ser el hambre, la desesperacion, la locura.

No era menester aquel nuevo ultraje del desalmado Belgrave para que la situacion de Fitzalan fuese desesperada.

Tomó sin embargo en cuenta que si se dejaba arrebatar de la pasion se exponia á dejar á Amanda sola en el mun-

reflexionó muy sesudamente sobre la resolucion que debia tomar.

Despues de pensarlo mucho vió Fitzalan que para todo proyecto se necesitaba gran cantidad de dinero, relativamente á los escasos restos de lo que aun le quedaba y le era indispensable para su manutencion y la de Amanda durante cierto tiempo.

En esta angustiosa situacion se acordó de David, y aunque le repugnaba mucho abusar de la bondad de aquel hombre, determinó enviar secretamente á Amanda á su casa.

Escribióle anunciándole su determinacion y advirtiéndole que por ciertos motivos muy graves Amanda llevaria

el nombre de Dunfort, y aquella misma noche la envió al país de Gales acompañada del hijo del labrador que tan generoso y humano se habia mostrado con él cuando tuvo que huir á Londres.

Compartió con su hija el poco dinero que le quedaba, y despidiéndose de ella tiernamente, quedó solo y desconsolado en aquella inmensa ciudad donde no contaba con amigos ni recursos.

La idea de dejar á su padre tan abatido y el pensar que iba á ver tras tantos años la tierra en que habia pasado su infancia y donde descansaban los restos de su madre, tenian el ánimo de Amanda en un estado singular.

Suspiraba con frecuencia en el camino, á veces de pena porque se alejaba de Fitzalan, á veces de ansiedad por llegar cuanto antes al pueblo, de que conservaba gratos aunque confusos recuerdos, envueltos en aquel melancólico misterio de que, para ciertas imaginaciones, se revisten las memorias de los primeros años.

Al entrar por una estrecha vereda abierta entre dos hileras de copudos árboles que entrelazaban sus frondosas ramas formando una bóveda de verdes hojas impenetrables á los rayos del sol, su corazon se conmovió profundamente, anunciándole que ya pisaba la sagrada tierra guardadora de los restos de su madre.

Bien pronto oyó á lo lejos voces de alegría, y no tardó en ver llegar corriendo á recibirla á David, su mujer y su hija mayor.

—¡Qué hermosa es! decia ya Magdalena antes de verla. Señorita Amanda, me conoceis, ¿no es cierto?

—¡Oh Magdalena! contestó Amanda tendiéndole los

brazos y no pudiendo moverse de puro conmovida.

David la ayudó á apearse del coche, y Magdalena la recibió en sus brazos exclamando:

—¡Bendito sea Dios que me ha permitido criarla tan hermosa! Mirad, mirad á Elena, vuestra hermana de leche; la otra, Isabel, á quien dejasteis en la cuna, ha tenido que quedarse en casa, aunque bastante ha sentido la pobre no poder venir á recibiros. Venid, venid; que estareis fatigada del viaje... ¡Cuántas veces hemos deseado teneros á todos en nuestra compañía... pero á todos: á los tres! Oscar estará ya hecho un guapo mozo ¿no es cierto? Era tan listo y tan rubio, y tenia unos ojazos... vuestros ojos mismos. ¡Ya se ve, sois todos á vuestra madre...!

—Magdalena, por Dios, dijo David; ya hablaremos en casa. Estás aturdiendo á la señorita, que harto quebrantada estará del mareo del camino.

—A fe que tienes razon, David; vos me perdonareis, señorita.

—¿Perdonaros? Llamadme Amanda.

—¡Amanda á secas! exclamó Magdalena, así como llamo á mis hijas Elena é Isabel... Bien, bien; Dios os bendiga mil veces por el placer que me causais. ¿Ves, David? No es vanidosa; ¡qué bien vamos á vivir sirviendo á una señorita tan bella, tan sencilla... y que la he criado yo!

Encamináronse á casa y entre tanto preguntó Amanda á Elena:

—¿Y tú no quieres llamarme hermana?

Elena se puso de repente muy cólorada y respondió:

—Yo, no me atrevo.

—Ven á mi lado, ven, dijo Amanda, y explícame por qué.

—Porque... como yo soy lugareña y vos señorita... y sabeis mucho...

—Pero nos hemos criado á unos mismos pechos, replicó Amanda; yo he nacido en tu casa misma, hemos jugado juntas, y antes me llamaste hermana á mí que á Isabel.

—¡Está perfectamente hablado! exclamó satisfecha Magdalena. Vamos, Elenita, ¿qué tienes que replicar á eso?

—Yo... no sé; pero al cabo de tantos años... oyéndola llamar siempre la señorita Amanda...

—Lo comprendo, dijo esta, y tiene mucha razon. Ea, no volvais á llamarme señorita en vuestra vida. Ni tú tampoco, Elena.

—Ni mis dos hijos tampoco, añadió Magdalena; vos no les conoceis porque nacieron despues; pero bien os acordareis de las cartas en que os participábamos su nacimiento.

—Sí por cierto, contestó Amanda: llámase el uno Tomás, que ha de tener ahora catorce años, y Jorge el otro, que habrá cumplido trece.

—¡Y cómo se acuerda! exclamó Magdalena loca de contento. ¿Tú no oyes eso, David?

Así diciendo llegaron á la casa, donde se sentó en seguida Amanda rodeada de la solicitud de todos, que se apresuraron á servirla.

David la hizo entrar en el aposento que para ella tenian dispuesto, cuyo mueblaje y sencillos adornos pregonaban el esmero con que habian procurado hacerle agradable aquella rústica morada.

Magdalena y sus hijas prepararon á toda prisa la cena para todos, y al mismo tiempo tomó un bocado y echó un trago de cidra el hijo del labrador que habia acompañado

á Amanda y tenia que volverse al siguiente dia muy temprano.

A poco llegaron los dos hijos de David, que ya trabajaban en el campo, y aunque con alguna cortedad, hicieron muy buen recibimiento á su hermana de leche.

De cuando en cuando se asomaba Magdalena á la puerta del cuarto de Amanda, contemplándola embelesada, y á una mirada de esta echaba á correr sonriendo y decia:

—Pronto, pronto cenaremos, Amanda.

David, que se habia ocupado en ordenar los efectos de viaje que habia traido Amanda, salió entonces del aposento.

— Señorita Amanda, le dijo, no quiero molestaros ahora ya hablaremos de vuestro padre cuando esteis mas á vuestras anchas con nosotros. Ahora supongo que no os vendrá mal un rato de soledad y reposo: yo sé lo que son los viajes y los disgustos. Os dejo pues, sin repetiros que esta casa y cuanto hay en ella es vuestro.

Iba á retirarse David, cuando se levantó Amanda y dominando apenas su emocion, le puso una mano sobre el brazo preguntándole:

—David... ¿cuál es el aposento que ocupó mi buena madre?

—¡Oh! no os entregueis ahora á semejantes recuerdos. Le vereis, le vereis cuando se haya calmado un poco vuestro ánimo. ¡Pues qué! ¿sólo habeis de pensar en objetos tristes? Ya conozco que me habia equivocado: no os conviene la soledad. ¡Elena, Elena!

La hija mayor de David acudió á las voces de su padre.

—Vamos á dar una vuelta al rededor de la casa, dijo

este, para que la señorita Amanda se distraiga un poco y tal vez así se le despierte el apetito. Venid, venid...

Siguió Amanda al labrador y á su hija, y vió que adornaban el umbral los revueltos tallos de una frondosa madreselva formando un ancho cobertizo, y cuya sombra se unia á la de las dos hileras de árboles de que hemos hablado antes.

A ambos lados de la casa se extendia un profundo valle cruzado por un claro riachuelo. Las vertientes de dos montañas casi paralelas derramaban en verano las aguas de las derretidas nieves, fecundadoras de aquella comarca.

Bosques y prados extensos daban alimento á numerosos rebaños, y leña y maderas de construccion á los laboriosos vecinos de la provincia.

Fuera del bosque descansaba la vista en ricas granjas y humildes casas de labradores. En el lugar mas eminente de la pintoresca aldea descollaba el pardo campanario de la parroquia, y á lo lejos á la escasa luz del sol que acababa de ponerse, se distinguia el vago contorno de un antiguo castillo gótico, cuyas torres se levantaban mas alto que los árboles y que la aguja del campanario.

Visitó Amanda el ameno jardin, el fecundo y bien cultivado huerto y el vasto corral, provisto de numerosas aves.

Ciertos puntos de vista despertaban en su memoria los dormidos recuerdos de la niñez y la aficionaban á seguir recorriendo aquellos sitios donde habian corrido los dias mas felices de su existencia, aquellos dias en que aun el corazon no ha descubierto á la mente el secreto de los graves pesares.

La vista de los objetos que en tantos años no habia olvi-

dado, le producian el mismo efecto que si los hubiera soñado y de repente les viera cobrar realidad en su presencia.

Acordándose de que aquellos lugares habian sido testigos de sus juegos infantiles con el ausente Oscar, sentia el corazon poseido de suave melancolía; mas cuando á aquellas memorias se iba á mezclar la de las desgracias que habian conducido allí á su madre, oprimíala la tristeza y se agolpaban las lágrimas á sus bellos ojos.

Habian dado vuelta á la casa, cuando llegó á ellos el olor de una enorme torta preparada por Magdalena, y las alegres voces de Isabel y los muchachos que les llamaban á cenar.

La mesa estaba puesta en el jardin, en sitio á propósito para ello.

Alegraba el corazon la vista de aquella familia reunida; Amanda, empero, no pudo menos de suspirar pensando en su padre.

Al mismo tiempo David decia para sí:

—Si á lo menos estuviera aquí mi capitan...

Y se encontraron sus miradas y parecieron adivinarse el pensamiento.

CAPITULO IV.

Primer alivio de Amanda.

Los hijos de David animaban la mesa con su alegría.

Su madre les repartia con mano liberal todo cuanto podia agradarles, y ellos de todo corazon se lo brindaban á Amanda.

El eco de las montañas repetia el balido de las ovejas vueltas á sus rediles. La fresca brisa les llevaba los cantares de los labradores que caminaban á sus moradas y esparcia fragancia de las olorosas flores.

A los postreros reflejos del sol, volvian tambien las abejas á sus colmenas, anunciándose con su fuerte susurro: no habia, como dice Tomson, un árbol, un arbusto, ni una mata, que no fuese un prodigio de armonía.

Presentóseles un pobre tocador de arpa, ciego y viejo, muy conocido en el país, y diéronle de cenar manteca, cerveza y queso.

El buen hombre, despues de darles las gracias, descolgó su arpa, y acompañándose con ella, cantó con triste acento un pasaje de Osian.

Era un pasaje que termina diciendo: «¡Venid en alas de las nubes, espíritus de mis mayores!»

El aspecto del pobre viejo, que vivia del pan de la caridad, habia despertado otra vez la tristeza de Amanda, que subió de punto al oir los tristes sonidos del arpa; mas cuando oyó la voz del que anhelante suplica á los espíritus de sus mayores que se le acerquen en alas de las nubes, no pudo ocultar sus lágrimas.

Llamó entonces Magdalena al ciego, dióle de beber y otro pedazo de queso, y le despidió deseándole feliz viaje, Despues aconsejó á todos que diesen una vuelta por el jardin, antes que el relente de la noche pudiera hacerles daño, y acercándose á su marido, le dijo:

—Ya sé la causa de la venida de Amanda. ¡Qué de desgracias! Su padre la envia con el nombre de Dunfort para librarla de la persecucion y las asechanzas de un poderoso, de un malvado. El mozo que la acompañaba me lo ha contado todo. Su padre debe dinero á ese perverso, que le habria mandado encarcelar si no hubiera huido á Londres á esconderse.

—¡Mi capitan ha pasado semejantes apuros y nada me ha dicho! exclamó David; ¡y no ha contado conmigo! Yo le debo mas que dinero: ¡le debo la vida y no me pide nada! ¿No habria vendido yo mis aperos, hasta mi lecho para librarle de esa afrenta?

—Y tu mujer no habria murmurado, replicó Magdalena.

—Es menester que yo le escriba; que me queje de su falta de confianza en mí.

—No, eso es imposible, David. Lo que sabemos es como si no lo supiéramos. Si el capitan llegase á entender que ese infortunio no es un secreto para todo el mundo, se moria de pena.

—Tienes razon. Es tan pundonoroso y delicado... Silencio, Magdalena; ahí viene la familia.

Aconsejaron todos á Amanda que se acostase temprano, y ella, aunque no tenia sueño, se retiró á su aposento para estar á solas con sus ideas, apagó la luz y se tendió en el lecho.

Pensaba en su padre, en sus desgracias, bien inmerecidas, en la tristeza que debia de afligir su corazon, viéndose separado de ella, y en los esfuerzos que tendria que hacer para ganarse el sustento en aquella inmensa ciudad, donde no tenia amigos ni conocidos.

Propúsose escribirle al dia siguiente, consolándose con la seguridad de su cariño y alentándole con la esperanza de mejores tiempos, y compuso en su imaginacion repetidas veces la carta que habia de enviarle.

Con estos pensamientos creyó que habrian trascurrido muchas horas; se levantó y se asomó á una ventana.

Apenas la abrió, inundaron su aposento los rayos de la luna, que con melancólica luz argentaba aguas, yerbas, árboles y peñascos, dando un aspecto mágico á aquellos lugares que Amanda habia admirado bañados en los postreros reflejos del sol poniente.

Algo de la apacible calma de la naturaleza se comunicó á su espíritu y la tuvo encadenada largo rato á aquel sitio.

Un ruiseñor escondido en la aspereza casi debajo de su ventana dió al aire sus suaves gorjeos, y su canto fué para Amanda como una voz amiga que fuera á consolarla ó á confiarle sus cuitas.

Calló el ave, volvió á quedar todo en silencio, y Amanda se echó otra vez en su lecho, donde poco á poco se cerraron sus párpados suavemente.

Cuando despertó estaba á la cabecera de la cama su nodriza contemplándola en silencio, con una taza de leche en la mano.

Sonrieron agradablemente al mirarse, tomó Amanda aquella bebida que los médicos le habian recomendado, y despues de un breve rato de conversacion con Magdalena, se vistió presurosa y bajó á las habitaciones inferiores.

Los hombres habian salido á trabajar al campo, las mujeres preparaban el almuerzo.

Ya penetraba el sol, aunque con escasos rayos, por entre el espeso ramaje; ya las yerbas y flores silvestres embalsamaban el valle con su fragancia; ya las solícitas abejas libaban romeros y tomillos, y las pintadas mariposas competian con las flores en variedad y belleza de matices, y celebraban tan grato y tranquilo espectáculo las gárrulas avecillas.

Amanda se gozó largo rato en los encantos de la naturaleza, y despues escribió á su padre, encareciéndole sobre todo lo mucho que sentia que no pudiese participar él del dulce trato de la familia de David y sus continuos agasajos.

Su carta era sencilla y tierna como su corazon; era un modelo de elegancia natural y candoroso abandono.

Por la tarde llamó á Elena para que la acompañase á dar un paseo por los alrededores de la aldea.

Elena corrió gustosa á ponerse sus mejores ropas, y habiéndose vestido en un momento, salió con su hermana de leche, á quien no sabia llamar sino señorita Amanda.

—Yo os enseñaré, dijo Elena, los sitios mas notables. La encina herida del rayo, la plaza donde se baila, el campo donde se dió una batalla...

—Elena, dijo Amanda, por hoy quisiera que me acompañases al cementerio.

—¿Jesús! Siempre pensais en cosas tristes. ¡El cementerio! Despues vendrá la noche y no podreis dormir.

—Hazlo por tu hermana, Elena mia. ¿No sabes que allí descansan los restos de mi buena madre?

—Pues, por eso siento mas vuestro empeño en ir. Ya se ve que si no tuviera para vos ese doloroso atractivo... Teneis razon, sí; yo os acompañaré y no tardaremos en llegar.

Llegaron en efecto muy en breve al triste asilo, rodeado de una oscura tapia.

¡Con qué recogimiento penetró en él Amanda!

Elena la condujo al pié de la sepultura, rodeada como siempre de frescas flores, y de rodillas ante la tosca piedra, donde apenas se leia ya el nombre de Malvina, derramó su hija lágrimas de piedad filial, lágrimas puras como el sentimiento que las inspiraba.

—¡Oh madre mia... madre mia! exclamó; pero no pudo añadir una palabra mas, porque no se lo consintieron los fuertes sollozos.

¿Qué no decian empero aquellas lágrimas? ¿Qué frases habrian expresado mejor lo que expresaban ellas?

Manifestaban la tierna compasion de Amanda hácia la que le habia dado el sér; eran una prueba de admiracion por sus virtudes, un juramento de amar lo que ella habia amado.

Elena lloró tambien enternecida, y respetó el dolor de su hermana de leche; mas como esta volvia al llanto cada vez que un nuevo recuerdo asaltaba su memoria, dijo por fin aquella:

—Señorita Amanda, vámonos por Dios; es imposible que esto os pueda hacer bien.

Amanda condescendió con los ruegos de Elena, y saliendo del cementerio fueron á buscar la vereda sombría para librarse de los rayos del sol.

Por el camino hablaron poco, pues Amanda iba embebida en sus recuerdos, y si se distraia de ellos era para pensar en la apurada situacion de su padre.

Antes de entrar en la casa, dijo Amanda:

—Querida Elena, te he hecho pasar un mal rato. Perdónamelo; yo te prometo...

—Yo lo siento por vos, señorita. Vuestro padre decia en su carta que los médicos os mandan pasear, tomar leche y distraeros; y vos que teneis talento, comprendereis mejor que yo, que por hoy no les habeis obedecido.

Los padres de Elena vieron volver á las dos con semblantes tristes; pero nada dijeron.

Aquella misma tarde, empero, Elena decia á su madre:

—La señorita Amanda me ha hecho ir al cementerio, y he llorado viéndola llorar á ella. ¡Si vierais qué sentimiento tan grande el suyo y cómo me ha enternecido!...

Aquella tarde tambien, Amanda, que no habia dejado

de pensar en su madre, andaba vagando por la casa, cuando vió entrar á David.

Cogióle del brazo, llevóle hasta la puerta de una habicion y preguntóle con espresivo acento:

— ¿Aquí fué, no es verdad?

—Señorita Amanda, contestó David, apesadumbrado, os entristeceis de continuo entregándoos á los pensamientos que mas deberiais combatir.

—¡Oh! aquí fué, replicó Amanda; me lo ha dicho mi corazon y vuestro semblante acaba de confirmarlo.

—Vamos, no mas, señorita; venid, venid conmigo afuera. Pronto se reunirá toda la familia cuyo mayor placer es veros á su lado. No volvais á este aposento, os lo ruego por vuestra propia salud, y si mi capitan estuviera aquí os lo prohibiria muy severamente.

—No os enojeis, mi buen David, yo os prometo seguir vuestros consejos como si fueran órdenes de mi padre. Bien comprendereis que es lo único que puede recordarme á mi madre. Mi nacimiento le costó la vida; yo no puedo pagarle de otro modo que ofreciendo de cuando en cuando á su memoria mis pensamientos... ¡Pobre madre mia...!

—¿Lo veis? dijo David, me haceis llorar á mí... y es que sois buena y tierna como ella misma... Ea, ya basta, salgamos, secad vos tambien vuestras lágrimas.

El pobre David deseaba escribir cuanto antes á Fitzalan que Amanda habia mejorado; mas viéndola siempre tan dispuesta á la melancolía, no abrigaba esperanza alguna de ver cumplido su deseo.

Como su mujer era tan razonable, no tuvo reparo en tratar con ella sobre el particular.

Magdalena, con el mismo propósito habló á Amanda de que muy cerca de su casa habia un caseron que bien podia llamarse palacio, cuyos dueños se hallaban ausentes. En dicho palacio habia una magnífica biblioteca de instruccion y recreo, tan excelente, que sacerdotes sabios y piadosos la habian examinado y aseguraban que sin escrúpulo alguno se podian dar á leer todos aquellos libros á la doncella mas honesta. Añadió Magdalena que por las mañanas, despues de dar un paseito para tomar el aire puro, podia ir Amanda á leer, supuesto que sabia que era muy aficionada á ello.

—El caseron, dijo, esta al cuidado de una buena señora que se llama Virginia. Si quereis, yo le pediré permiso antes y os presentaré á ella.

Amanda encontró aquella idea muy conforme con sus gustos.

Magdalena fué el mismo dia á pedir el permiso que sabia no podrian menos de concederle; presentó á Amanda, que fué muy bien recibida, y al dia siguiente esta salió temprano con Elena á dar un paseo, y con ella entró en el caseron que se llamaba vulgarmente palacio de Tudor.

La biblioteca estaba en el piso bajo, y desde sus ventanas se veia descollar entre verdes árboles y como ceñida por el riachuelo la casa de David.

En la disposicion y adornos de aquel salon se conocia la riqueza y suntuosidad de la casa, que habia sido castillo en tiempos remotos.

Todo lo que se descubria desde las ventanas de la biblioteca eran puntos de vista á cual mas bellos.

Una de ellas sobre todo caia á una hondonada, cuya

falda y alturas estaban pobladas de espesísima vegetacion silvestre, y caia á su fondo con estrépito un abundante chorro de agua que de continuo hacia reverdecer yerbas, flores y arbustos.

Frente á la puerta de entrada habia otra entreabierta. Amanda se asomó á ella y vió un precioso salon donde estaban muy bien conservados y puestos en órden muchos instrumentos músicos, y en cuyo centro se levantaba un estrado con sus gradas y atriles, propio para una orquesta.

El piano le recordó el esmero con que su padre le habia enseñado el divino arte. Recorrió suavemente el teclado, y sin poderlo resistir tocó una cancion antigua, que Fitzalan habia aprendido siendo niño y por su sencillez habia hecho aprender á Amanda en las primeras lecciones.

CAPITULO V.

Una sorpresa.

En aquellos sencillos acordes halló gran consuelo Amanda: el primero que experimentó despues de separarse de su padre.

Sintióse mas animada, hojeó varios cuadernos de música, y habiendo vuelto á la biblioteca se sentó á una ventana y recorrió el catálogo de los libros que tenia á la vista, proponiéndose leer muchos de ellos, cuyos títulos procuraba retener en la memoria.

El tiempo se le pasó tan rápidamente, que Elena tuvo que ir á buscarla, pues era hora de comer y ella creia que sólo habia pasadó breves momentos en aquella soledad amena y apacible.

Desde aquel dia, ni uno solo dejó de dar su paseo matinal por entre la fresca arboleda, ni de ir á la biblioteca, solazándose ya en la lectura, ya en la música.

A veces no permanecia siempre en el salon, sino que tomaba el libro y se iba á leerlo á la fresca sombra, entre el aroma de las flores, el rumor del agua al despeñarse y el alegre canto de los pájaros.

Su padre le escribia diciendo que tenia buenas esperanzas de mejorar un poco su suerte y que quizás muy pronto le podria dar noticias de lord Rosven, á quien esperaban en Londres de un momento á otro; y en una de sus últimas cartas la avisaba que no le escribiese por entonces, pues temia que el ama de su hospedaje no estuviese de acuerdo con Belgrave para violar su correspondencia, á fin de averiguar este el retiro de Amanda, y queria ir á vivir á otra parte.

Entre tanto cada dia se afirmaba mas y mas el cariño de la familia de David hácia ella, y viéndola mas tranquila y que volvian aunque poco á poco á recobrar sus mejillas los colores que revelan la salud, crecia su satisfaccion al paso que ella se iba fortaleciendo.

Cierta noche que dormia ajena á los tristes sueños que antes la habian agitado, creyó despertar, ver su aposento espléndidamente iluminado, y que al son de una agradable música oia cantar una voz varonil y simpática.

Dudaba aun de si todo seria sueño ó realidad, cuando acabó de despertar y conoció á poco que la clara luz de la luna inundaba su gabinete y que en efecto resonaba música y canto debajo de su ventana.

Calló el instrumento, y la voz sólo cantó unos bellísimos versos del poeta Cowley.

Levantóse envuelta en un ancho peinador, y sin que

pudiera ser descubierta vió la sombra de un hombre que se prolongaba á los rayos de la luna.

Retrocedió cautelosa, y la voz se fué alejando tan suave y blanda que comunicaba un nuevo é inusitado encanto á aquellas soledades.

Al otro dia se habló del suceso, y los que habian oido la serenata convinieron todos en que tan excelente cantor y músico no podia ser otro que Eduardo, un jóven de muy bellas prendas y mala fortuna, que era agente y en ciertos casos administrador de algunos ricos de aquel distrito, el cual sin duda se habia prendado de Amanda viéndola entrar y salir del palacio de Tudor ó acaso en sus paseos matinales.

Amanda aseguró no haber hallado ni visto siquiera de lejos á persona alguna; mas como Eduardo era muy modesto y recogido, podia muy bien ser que á hurto de ella la hubiese estado contemplando.

Despues de esta averiguacion, que casi podia darse por cierta, determinó Amanda llevarse todos los dias consigo á Elena, que solia pasar toda la mañana en su casa haciendo calceta, y lo mismo podia hacer á su lado.

Hiciéronlo así aquella misma mañana, mas á poco de llegar y sentarse pretextó Elena una diligencia, pidió permiso á Amanda para salir, y asegurando que permaneceria sólo breves momentos fuera partió veloz como el rayo.

La loquilla habia visto á Timoteo el carpintero, el mejor mozo del lugar, que con envidia de las demás muchachas la requebraba finamente siempre que la hallaba al paso ó podia acercarse á ella.

Amanda entró en el salon de música, y acordándose de

los versos de Cowley se puso á cantarlos improvisando un acompañamiento.

Habia llegado al final de la cancion, cuando oyó exclamar cerca de ella:

—¡Pero qué bellísima voz! ¡Esto es cosa celestial!

Interrumpióse Amanda sorprendida, miró á su alrededor y vió á su espalda un elegante jóven, de distinguido aspecto.

Turbada Amanda dió un paso hácia la puerta llamando á Elena.

El jóven no le permitió pasar y le dijo con mucha soltura:

—¿Me teneis por una fiera ó por un hombre insensible? No he de despreciar yo la grata ocasion que el cielo me ofrece dejando partir así á la bella cantora.

—Caballero, os suplico... dijo turbada Amanda, repitiendo su ademan para salir.

—O bien tomad mi brazo y saldremos juntos. Yo necesito oiros, hablaros... ¿Quereis que os acompañe? seré vuestro caballero.

—Sedlo, dijo Amanda con severidad, tratándome con menos llaneza.

—¡Ah! si os enojais, cedo de mi empeño, replicó el jóven con respetuosa cortesía; no quiero ponerme á mal con los ángeles. Salid; yo os seguiré.

—Os suplico que no lo hagais. Debeis dejarme libre en mis acciones.

—Sea todo por Dios. Vuestra súplica es un mandato. Libre os dejo, señorita, aunque vos me dejais esclavo de vuestras encantadoras gracias.

Salió Amanda hácia el bosque con gran precipitacion.

El jóven le cumplió la palabra, y aunque salió tambien y la seguia con la vista, echó por otro lado.

Amanda llamó inútilmente á Elena repetidas veces, y turbada con el reciente encuentro equivocó el camino, y al revolver de un sendero fué á parar delante del mismo de quien acababa de huir, que ya la habia perdido de vista.

—Ya lo veis, le dijo él; vos huís de mí, yo no os sigo y el cielo nos reune. Ya me parecia á mí imposible haberos visto una vez y tener que renunciar para siempre á semejante dicha.

Amanda no le respondió; queria seguir adelante; pero á los primeros pasos tuvo que apoyarse en el tronco de un árbol.

Sueltos los rizos de su rubia cabellera, encendidas las mejillas por el cansancio y bajos los ojos por evitar las miradas del elegante importuno, estaba hermosa como nunca.

Contemplóla este en silencio y dijo por último:

—Creed que me da lástima vuestro estado. Habeis dado voces llamando á cierta Elena y Elena no parece; os fatigais por huir de mí que ningun daño os deseo, antes al contrario; quizá habeis perdido el camino y no quereis aceptar mi compañía.

—¡Ah, Elena! gritó Amanda en aquel punto viéndola venir corriendo.

—Elena se detuvo al ver al jóven.

—Llega ya, añadió Amanda; yo pensé que ya no querias volver. ¿Esos son tus breves momentos de ausencia?

Íbanse por el mismo camino que Elena habia seguido, y el jóven le dijo:

—Al fin os vais dejándome sin esperanza de volveros á

ver... ¿Ni siquiera me permitiriais que me presentase con vos á vuestra familia ahora que ya os acompaña vuestra Elena?

—El mejor obsequio que podeis hacerme, respondió ella, es no detenerme, pues me esperarian intranquilos en mi casa.

—No quiero, mejor dicho, no puedo negaros cosa alguna. ¿Quereis llegar pronto? pasad por aquí, dijo abriendo la reja del parque, saldreis mas cerca de la aldea. Sed cruel hasta lo sumo; que yo he de ablandaros con mi docilidad.

Quedóse al pié de la reja viéndola partir, y entre tanto decia Elena:

—¿Pero cómo os hallo con lord Mortimer?

—¿Lord Mortimer?

—Así se llama el gallardo jóven de cuyo parque salimos. ¡Jesús, qué sorpresa la mia al verle! Yo corria tan... ¡Y con qué ternura os miraba, vaya! ¡Oh, es un cumplido caballero; es el dueño del palacio de Tudor!

Llegaban ya á la puerta de su morada, cuando Elena, imprudente, ¡tiró de la manga á su hermana de leche, diciendo:

—Mirad, mirad.

Volvióse Amanda de repente y vió á lo lejos á lord Mortimer, que la observaba y que se quitó el sombrero y la saludó al ver su movimiento.

Elena refirió en seguida lo ocurrido, y Amanda tuvo que completar el relato, pues aquella ignoraba el comienzo.

Magdalena oyó con mucho gusto que lord Mortimer habia mirado tiernamente á Amanda. Tanto se alegró como si ya la estuviese viendo próxima á casarse con

aquel rico y noble caballero. Hablóle á ella de las buenas prendas del mancebo, lo cual no dejó de agradar á Amanda, quien discurrió si seria él quien la noche anterior habia cantado los versos de Cowley al pié de su ventana.

Esta suposicion no era verosímil y Amanda lo echó de ver muy pronto. Lord Mortimer era un personaje, y debia de haber llegado á la aldea aquella misma mañana, pues de otro modo la noticia de que estaba allí se habria extendido al momento.

Todos se engañaban en esto.

Lord Mortimer llevaba ya algunos dias de permanencia en la aldea.

Se habia propuesto visitar á un amigo suyo que vivia en la isla de Anglesey; volcó su carruaje á corta distancia del palacio de Tudor, y habiéndose lastimado al caer, mandó que le trasladasen á la aldea, pero secretamente, á fin de que no le visitaran importunos durante su permanencia en ella, que debia ser breve, confiando en que con los cuidados de la señora Virginia se aliviaria pronto y seguiria su camino sin tener que corresponder á oficiosas visitas.

Desde un aposento no muy apartado del salon de música oyó un dia tocar y cantar á Amanda. Informóse con Virginia, y esta sólo pudo decirle que aquella señorita era huéspeda de Magdalena, la cual le habia pedido permiso para traerla á la biblioteca.

—Yo se lo concedí, prosiguió la señora Virginia, creyendo que bien podia atreverme á hacer tan leve favor á una honrada vecina; pero si al señorito le parece mal...

Lord Mortimer le contestó que habia hecho muy bien, y que con mayor celo que nunca procurase que estuvieran

siempre aseados y provistos de todo lo necesario la biblioteca y el salon de música.

Así, pues, Amanda era escuchada todos los dias sin saberlo, y con el mayor abandono y espontaneidad repetia al piano sus cantares predilectos.

Él fué quien una noche, hallándose restablecido, tomó el laud, instrumento en que era hábil, y cantó al pié de la ventana de Amanda; él quien al oir al dia siguiente la voz de la linda forastera cantando versos del mismo poeta, no pudo contenerse y fué descubierto por su entusiasmo.

Lord Mortimer era honrado y leal; tenia los defectos de su edad, era galanteador y se lanzaba con el brio propio de la juventud á las aventuras amorosas, quizá con reprensible ligereza; pero el vicio no habia penetrado en su corazon, ni jamás habia dejado de respetar la virtud donde quiera que se albergase.

Sabia por Virginia que Amanda se llamaba Dunfort; pero no sabia mas, y ardia en deseos de enterarse de todo lo perteneciente á aquella jóven que tanto le habia interesado.

Aquella tarde anduvo acechando por los alrededores de la casa de David, de donde vió salir á Elena muy llena de cintajos, pues habia baile en la aldea y en él debia encontrarse con Timoteo el carpintero.

Despues vió salir á Amanda, pero no iba sola. La acompañaba Isabel, la hija segunda de David.

Isabel era juguetona y hacia andar á Amanda de un lado á otro para que le cogiese flores, ó le dibujase algo en la arena.

Amanda parecia dominada por sus ideas, pues iba á la

ventura y á veces no contestaba en mucho rato á las palabras de Isabel.

La aldea estaba poco menos que desierta, pues todo el mundo habia acudido al baile, cuya chillona música llegaba á veces á los oidos de Amanda.

Casi instintivamente se halló esta á la entrada del cementerio; penetró en él con su compañera, sentáronse ambas al pié de la sepultura de Malvina, y con las flores que habian cogido hicieron una guirnalda que la piadosa hija colocó llorando sobre la piedra funeraria.

El ruido de unas ramas le hizo volver los ojos y vió detrás de sí á lord Mortimer y Eduardo, que la habian estado observando y en aquel momento procuraban esconderse á sus miradas.



Amanda colocando una guirnalda en la sepultura de su madre.

CAPITULO VI.

Dos enamorados.

Al ver Amanda á los dos jóvenes se cubrió con el velo, y cogiendo á Isabel de la mano salió del cementerio turbada y encendido el rostro.

Lord Mortimer habia encontrado por casualidad á Eduardo cuando iba siguiendo de lejos á Amanda; preguntóle si la conocia, á lo que respondió este lo mismo que Virginia habia respondido. Lord Mortimer achacó á mera curiosidad el verdadero interés que Amanda le inspiraba, y como sin notoria descortesía no le era posible despedir á Eduardo, le propuso ir detrás de la forastera, ya que ni uno ni otro tenian ocupacion perentoria.

Lo cierto era que á lord Mortimer no le faltaba en qué emplear el tiempo; mas la bella cantora del palacio de Tudor le habia hecho olvidar, sin sospecharlo, el objeto de su viaje al país de Gales y la visita prometida á su amigo de la isla de Anglesey.

Cuando se hallaron solos él y Eduardo, se acercaron á la losa á cuyo pié habia llorado Amanda, y debajo de la corona leyeron el nombre de Malvina.

Ni uno ni otro sabian quién era Malvina, ni podian adivinar que era la madre de Amanda, ni que fuera supuesto el apellido de Dunfort que llevaba esta, por los motivos que ya saben nuestros lectores.

—Vos que tratais con frecuencia á toda la aldea, dijo Mortimer á su compañero, podriais aclarar este misterio, querido Eduardo. Ahí teneis lo que son las cosas: yo temia aburrirme en el seno de esa paz de las aldeas tan decantada por los poetas cortesanos, y cuando menos lo pienso me encuentro con un bellísimo enigma que canta y llora prodigiosamente, que adorna sepulturas, como un genio de nuestras baladas, y me inspira una ardiente comezon de saber quién es entre los míseros mortales esa hechicera criatura, y qué mision tiene que realizar entre mis prosaicos destripa-terrones. Es menester, pues, que me auxilieis en mis pesquisas, Eduardo, y hagais charlar á David, á su esposa y á toda su descendencia para que salgamos de dudas. Al fin y al cabo, en la aldea estamos; ¿qué mas podemos hacer que andar en chismes y averiguar vidas ajenas?

Eduardo, en quien habian producido muy buena impresion el semblante melancólico y la piadosa diligencia de Amanda en el cementerio, le prometió á lord Mortimer que procuraria servirle en aquella ocasion, con tanto mayor placer, dijo, cuanto que á mí tambien me ha llamado la atencion la forastera.

En efecto, Eduardo llegó poco despues que Amanda á casa de David.

Iba la jóven á retirarse al verle, mas él con la mayor atencion le dijo:

—Señorita, sentada estabais á mi llegada; hacedme el obsequio de volver á vuestro puesto ó me dareis á entender que soy importuno, en cuyo caso me retiraré.

Amanda volvió á sentarse, no sin cierto deseo de poner en claro por algun medio indirecto si habia sido él el autor de la serenata.

Todos se habian ido al baile menos Magdalena, que quiso obsequiar á Eduardo con un plato ligero y una botella de cidra, costumbre muy general en la comarca, y mientras andaba ocupada en sus proparativos, quedaron solos los dos jóvenes.

Hablaron del campo y de sus atractivos, y siendo ambos aficionados á la poesía, citaron pasajes de los poetas que con mas sentimiento han cantado los hechizos de l naturaleza.

Amanda dijo un trozo que llegó á arrebatar á Eduardo por el tono de verdadera ternura con que animó todo lo que salia mas bien de su corazon que de su memoria: de suert e que al terminar, Eduardo que la oia y contemplaba extasiado, no pudo contenerse y exclamó:

—Sois un ángel, amiguita; nunca tan poderoso encanto...

—¡Oh! le interrumpió ella sonriendo; el encanto está deshecho, vuestra exagerada lisonja ha roto la cordial sencillez de la poesía.

—¿Lisonja decís? No por cierto. ¿Exageracion decís? os aseguro bajo mi palabra, señorita...

—Vamos, tendré que afirmar que soy un ángel par

haceros quedar bien, ¿no es eso? Os advierto que soy muy ranca: ignoro lo que es modestia; pero sé conocer lo que son adulaciones.

—Creo, señorita, que me decís la verdad; creed, os ruego, que yo la he dicho tambien. ¿Decís que ha habido exageracion en mis expresiones? Pues han sido la manifestacion menos premeditada del efecto que me han producido vuestra voz, vuestra entonacion y vuestro semblante mientras recitabais; juzgad si ese efecto habrá sido profundo.

Verdaderamente Eduardo estaba hechizado escuchando á la forastera como él la llamaba. En su voz, en sus miradas, en sus menores gestos, en sus pensamientos todos hallaba un encanto inexplicable.

No podia apartar los ojos de ella, la habria estado escuchando siempre con el placer mayor del mundo.

Magdalena puso la mesa; pero Eduardo por mas empeño que puso no podia comer cosa alguna. Sabiendo ella que era músico consumado, le rogó que cantase. Él se excusó al principio, pero cedió despues á las súplicas de Amanda y cantó.

Amanda conoció en seguida que no era él quien habia cantado al pié de su ventana.

Rogó él á su vez á Amanda que cantase, y ella no tuvo mas remedio que corresponder á su complacencia; y si recitando versos habia causado tan honda sensacion en su oyente, mayor se la causó dando al aire su voz dulcísima, modulada con tanta gracia como arte.

No se habria despedido nunca Eduardo, si Magdalena no hubiera mostrado extrañeza porque siendo tan tarde todavía no hubieran vuelto del baile sus hijos.

Entonces se levantó él, y despues de algunas frases que revelaban el estado de su corazon, se despidió para su casa.

Dió un profundo suspiro al salir al aire libre y dijo:

—¡Divina, divina! En verdad que es una criatura divina. Ahora comprendo perfectamente la curiosidad de lord Mortimer, ó mejor dicho, ahora lo comprendo menos que nunca; ¿qué es curiosidad? Amanda solo debe inspirar amor.

Habia pasado junto á ella casi toda la tarde y gran parte de la noche como si fuera un breve momento, y nada habia tratado de averiguar de lo que lord Mortimer le habia dicho. ¿Qué le importaba? Amanda era una jóven sencilla, delicada y tierna, capaz de comprender y expresar las ideas mas exquisitas; su mirada era un encanto, un encanto su voz y un encanto su melancólico semblante. Acababa de hablar con ella por primera vez, y por primera vez habia suspirado de amor su corazon. ¿Acaso podia importarle lo demás?

Eduardo era pobre. Al entrar en su casa echó una mirada á su alrededor y suspirando otra vez dijo:

—Toda esta pobreza podria trocarla en tesoros de felicidad el amor de la señorita Dunfort.

Lord Mortimer le estuvo esperando en vano. Por último, siendo ya muy tarde y viendo que Eduardo no parecia, se resolvió á ir á su casa.

Encontróle pensativo y le preguntó si habia averiguado algo.

Sólo he averiguado que es una jóven encantadora.

—Toma, replicó Mortimer risueño, eso ya lo sabia yo; pero de sus antecedentes, de su familia...

—No me ha sido posible averiguar, ni hacer pregunta alguna. Recitó versos y me dejó absorto; cantó y me dejó arrobado; mostró su discrecion y me ví confundido y...

—Y al fin, dijo Mortimer queriendo disimular su recelo, y al fin venís enamorado.

—No digo tanto...

—Ni hace falta, ya lo digo yo, que soy voto en la materia. De manera que habreis pasado una velada deliciosa.

—Deliciosa: decís muy bien, deliciosa. En cambio al volver acá he recordado que no os habia cumplido mi promesa de ir á veros.

—¡Oh! eso no importa.

—Y me ha pesado mas que nunca de ser pobre. Ya comprendereis el porqué.

—No por cierto.

—Porque, aun cuando ella me amase algun dia... y es un disparate, ya lo sé; pero supongámoslo; aun cuando ella me amase algun dia, yo no podria aspirar á su mano. Imposible... vamos, ¡imposible!

Lord Mortimer no vió con agrado el entusiasmo de Eduardo.

Estaba arrepentido de haberle dado el encargo de enterarse de quién era Amanda y de haber sido causa de que la hubiera visitado aquella tarde.

Disimuló empero su disgusto y dijo en tono chancero:

—¿Cuánto apostamos á que no me agradeceis el hallazgo de esa perla?

—Al contrario, respondió gravemente Eduardo, nunca olvidaré que por vos he conocido á tan bella jóven.

—¡Digo, digo! Yo sí que la he hecho buena: en un momento me he creado un rival de por vida.

—¡Un rival! exclamó tristemente Eduardo. ¿Quién habia de competir con vos, lord Mortimer? Y en el caso que suponeis, no seríamos rivales ni competidores. A vos os inspiran curiosidad la procedencia, el estado de Amanda; á mí nada de eso me importaria; si algo sintiese seria en el corazon, seria amor, amor por ella, venga de donde viniere y llámese como se quiera llamar.

—Amiguito, dijo lord Mortimer, haceis bien en no decir que estais enamorado, porque cometeriais la mas sándia redundancia. En resúmen sólo habeis averiguado que la señorita Dunfort es un ángel.

—Nada mas.

—Yo os prometo no emplearos nunca como agente investigador de la provincia. ¿Es verdaderamente modesta?

—Como... un ángel.

—Dale con lo angélico. Ea, contadme, contadme lo que os ha pasado con ella.

Tomó una silla lord Mortimer á despecho de Eduardo, que habria preferido estar solo para entregarse á sus pensamientos y extasiarse en la muda contemplacion de la belleza de Amanda, cuya imágen tenia profundamente grabada en el corazon.

En lugar de esta delicia que se habia prometido, refirió á lord Mortimer con todos sus pormenores lo que habia sucedido en casa de David durante su visita, insistiendo en todo lo que contribuia á realzar el mérito de Amanda y avivando sin caer en ello la naciente pasion del opulento lord.

Este se acabó de convencer de cuán desacertado anduviera en confiar aquella comision á Eduardo y se prometió ser mas cauto en lo sucesivo.

En lo sucesivo queria decir que pensaba continuar ocupándose de la bella forastera y que estaba decidido á permanecer largo tiempo en el país de Gales, prescindiendo de todos sus placeres y ocupaciones.

Algo se le comunicó del entusiasmo de Eduardo que terminó su relacion diciendo:

—¡Dichoso vos, lord Mortimer, que si no hoy, mañana os volvereis á Londres, á vuestro círculo, á vuestras carreras de caballos, os distraereis en fin y no volvereis á acordaros del enigma, como le llamabais esta tarde.

—Así pienso que será; de manera que participarán de mi dicha todos los habitantes del Reino unido excepto vos, supuesto que en vuestro concepto la felicidad consiste en no acordarse de la señorita Dunfort. Amigo mio, añadió levantándose y fingiéndose mas risueño que nunca, siento dejaros, porque estais malo de veras; estais de remate y os aconsejo que desde mañana leais el libro titulado «Remedios contra el amor.» Ea, buenas noches y aliviarse antes que la enfermedad tome pié. Mirad que se cuentan historias muy tristes de jóvenes melancólicos enamorados de bellas desconocidas.

Mortimer se fué riendo; mas apenas volvió la espalda á Eduardo se puso ceñudo y dijo:

—Soy el súbdito mas necio de Su Majestad Británica. Quiera Dios que lo haya conocido á tiempo y sepa enmendar el yerro. Y á todo esto, ¿qué género de sensacion habrá producido en Amanda el entusiasmo de mi rival? Él es

jóven, simpático, inteligente... puede haber estado oportuno con ella... ¡Oh! lo averiguaremos, lo averiguaremos sin pérdida de tiempo.

Poco durmió aquella noche lord Mortimer.

Desvelado anduvo dando vueltas por el lecho, y de cuando en cuando hablaba en voz alta, como si oyéndolas le hicieran mas fuerza sus propias reflexiones.

Al dia siguiente madrugó por primera vez llenando de asombro con semejante conducta á Virginia.

Entró en su despacho, escribió y salió inmediatamente con gran recrudecimiento del primer asombro de la metódica Virginia.

Volvió lord Mortimer, llamó á un criado, le entregó el papel que habia escrito y se paseó con muestras de cuidadosa impaciencia.

La señora Virginia que todo lo observaba, auguró acontecimientos extraordinarios y visitó su botiquin para cerciorarse de que no carecia de eficaces antiespasmódicos.

CAPITULO VII.

Una carta y una visita.

Mientras lord Mortimer paseaba impaciente por su cuarto y la señora Virginia esperaba con serenidad la catástrofe por ella imaginada, Amanda recibia de manos de Isabelita el siguiente billete:

«Lord Mortimer besa los piés á la señorita Dunfort, le «suplica que le permita justificarse personalmente de la «sorpresa que le causó en el palacio de Tudor, y se lison- «jea de alcanzar el perdon de quien lleva retratada en el «semblante la belleza del alma. En el ínterin no creerá «olvidada su falta si la señorita Dunfort interrumpe sus «visitas á la biblioteca. Lord Mortimer tendrá una gran «complacencia en que la señorita Dunfort encuentre en el «palacio de Tudor algo que le sea agradable entre todo lo «que encierra y está á su disposicion. (Hoy 17.)»

Estaba Magdalena presente al recibo de la carta, que abrió Amanda en el acto creyéndola de su padre, y que con mucha sorpresa leyó en alta voz al ver de quién venia.

Acabó de leer ella y dijo á Magdalena:

—Ahora, hija mia, ahora era ocasion de que le pusierais una respuesta con mucha sal y pimienta y toda la ortografía, para que viese el señorito que erais persona tan bien educada como él.

—¿Estais en vos, Magdalena? contestó Amanda sonriendo; no se escribe así como así al primero que comete una falta para tener pretexto de justificarse personalmente.

—Ahí fuera está el criado, dijo Isabel en voz baja, esperando la respuesta.

Salió Amanda, y con la mayor dignidad le dijo al criado:

—Direis á vuestro amo que su fina atencion y corteses expresiones le tienen disculpado; pero que en adelante no me será posible ir á la biblioteca y que beso su mano.

Magdalena habia estado escuchando, y al volver á entrar Amanda le dijo:

—Me parece demasiada dureza la vuestra, hija mia; al fin y al cabo él ha estado atentísimo en su carta y no toda buena correspondencia está reñida con el recato. Anda, que me acuerdo yo de cuando conocí á David, que nunca dejé de responder á sus cartas con mis indescifrables letras, á la buena de Dios; pero como él deseaba entenderlas, bien las entendia, y por cierto que le causaban grande efecto. Considerad si vos, que habriais escrito por lo fino, no habriais dejado de causarlo bueno en el ánimo de lord Mortimer. Se me ha antojado á mí que os quiere unas migajas.

—¿Tan pronto? preguntó Amanda con sonrisa burlona.

—Eso de pronto, respondió Magdalena, es segun y conforme. Siempre me habeis oido decir que si un caballero hubiese en la aldea, se prendaria de vos. Uno ha llegado

y me parece á mí... Dios lo quiera, advirtiendo que no mereceis vos menos, hija mia.

Amanda no habia visto nunca tan locuaz á Magdalena. Quiso demostrarle que en ciertas ocasiones no estaba bien acceder al deseo mas inocente de un hombre, y mientras Magdalena la escuchaba embelesada en su discrecion y recto juicio, llegaron dos criados del palacio de Tudor con una caja de libros para la señorita Dunfort, á quien dijeron de parte de su amo que pronto se presentaria á ofrecerle sus respetos.

Amanda tuvo tiempo para abrir la cajita y tomar un libro, mas no para recobrarse de su turbacion cuando le anunciaron la llegada de Mortimer.

Levantóse con el libro en la mano para recibirle, y él con tanto respeto como desembarazo se detuvo á la puerta, diciendo que no pasaria adelante si no la veia sentada como estaba, pues su propósito no era molestarla.

Amanda quiso balbucear alguna frase y no pudo de puro turbada, y él la sacó del compromiso añadiendo en seguida:

—A menos que no sea tan grande vuestro enojo contra mí, que permaneciendo en pié, no querais darme á entender que me recibís como á un importuno, cuya presencia puede sufrirse poco rato.

—Caballero, dijo Amanda, jamás he querido dar á entender semejante cosa.

A un ademan de Mortimer volvió ella á ocupar su asiento. Él apoyó la mano sobre una silla y dijo:

—¿Me permitís, señorita?

Respondió ella con una inclinacion de cabeza, y Mortimer se sentó á su lado.

—Me he tomado la libertad de enviaros esos libros, dijo, para que podais distraeros hasta que vuestras ocupaciones ó vuestra complacencia os permitan volver á la biblioteca.

—Os agradezco mucho...

—Debo advertiros que para satisfaccion vuestra, desde hoy en adelante la biblioteca y el salon de música están sólo á vuestra disposicion; en ninguna de las dos piezas entrará nadie, ni yo mismo. Cuando necesiteis algo para vuestro servicio, os tomareis la molestia de llamar y acudirá un criado ó la señora Virginia si os parece mejor.

—Caballero, yo no sé cómo agradeceros tantas atenciones.

—Ni yo sé cómo demostraros que no merecia la severidad con que me tratasteis.

—No creo haber sido severa. Pensaba estar sola; me ví sorprendida; ignoraba quién...

—En hora buena, no fuisteis severa; pero es lo cierto que pudisteis formar mal concepto de mí y necesito demostraros que no soy indigno del aprecio de una persona tan estimable como vos.

Contemplaba lord Mortimer á Amanda y no acababa nunca de admirarla. Ya no sólo le enajenaban su gracia y su belleza, su melancólico mirar y su voz encantadora, sino que creia ver en ella un corazon noble y puro y una inteligencia capaz de extenderse á los mas delicados pensamientos.

Contribuian á formar su juicio sobre Amanda las noticias que acalorando su imaginacion le habia dado Eduardo acerca de su sensibilidad poética.

Si Eduardo no hubiese repetido que Amanda era una

criatura divina, un ángel, Mortimer habria dicho que aquel se habia quedado corto; pues tampoco él encontraba otras expresiones para calificarla.

Conocia y trataba á las mujeres mas notables de la córte; pero en ninguna de ellas habia visto una sencillez tan encantadora, una belleza tan verdadera é independiente de la combinacion de adornos, y una discrecion tan ajena y superior á las arbitrarias convenciones de los salones aristocráticos.

Los rizos de rubio cabello que coronaban la frente de Amanda, su trasparente velo blanco, el humilde vestido que sin oprimir duramente el talle dibujaba sus graciosas líneas, y la compostura de todas las acciones que tan bien se hermanaban con la belleza del semblante; todo era objeto de admiracion para Mortimer, que á cada mirada que dirigia á la forastera, encontraba en ella un nuevo tesoro de gracia.

Esta contemplacion le tuvo algunos momentos en silencio despues de las frases con que habia respondido Amanda á sus últimas palabras; mas conociendo que no estaba bien callado, dijo:

—Sed benévola conmigo, señorita, como lo ha sido vuestra imágen que ni un momento se ha apartado de mí. Si bella me habiais parecido por la mañana, al veros por la tarde cumpliendo con un deber piadoso, bañados en lágrimas los ojos, me sentí poseido de profundo respeto, de un afecto casto porque se refiere al alma y que no excluye, antes se compadece muy bien, con la sensacion que me habian producido primero vuestro canto y vuestro semblante despues.

Amanda, conmovida tambien, quiso disimular, y con aparente ligereza contestó:

—Veo que no hay medio de hablar con vos sin escuchar lisonjas. Bien es verdad que acostumbrado á prodigarlas en la córte... ¡Qué veo! exclamó de repente con verdadera sorpresa. Este libro tiene escrito en su primera página el nombre de lord Rosven.

—De lord Rosven en efecto, respondió Mortimer; ¿le conoceis acaso?

—No le conozco personalmente, respondió Amanda; mas le reverencio y estimo por ser uno de los mejores amigos de mi padre.

—¡De veras! exclamó con grande animacion lord Mortimer, ¡dichoso el hijo si lograse inspiraros iguales sentimientos!

—¡Su hijo!... ¡Cómo! ¿Seriais acaso...

—El hijo de lord Rosven que afortunadamente veo que merece vuestro aprecio.

La sorpresa hizo enmudecer á Amanda.

Fitzalan no habia tenido nunca para qué darle noticias circunstanciadas de la familia del conde Rosven, y sólo le habló de él, pero de él únicamente, cuando le escribió pidiéndole su proteccion.

—Creo, efectivamente, dijo Amanda una vez recobrada de su sorpresa, que en alguna ocasion os he oido llamar por vuestro nombre de familia; pero ha sido sin duda en circunstancias que no me han dejado fijar la atencion en ello.

—Pues bien, señorita, sea la amistad de los padres el fundamento de la buena correspondencia entre los hijos.

Yo por mi parte no necesitaba de este dichoso antecedente, pero supuesto que vos me lo habeis revelado, lo invoco en mi favor. Mirad, Amanda, yo podré pareceros ligero; pero lo cierto es que soy muy afectuoso. En este momento ya desearia yo saber cómo empezó la amistad de nuestros padres; si se trataban con mucha frecuencia, cuáles eran las cualidades de carácter que les hicieron recíprocamente simpáticos; en suma: de todos aquellos pormenores que constituyen el encanto de la amistad y que debieron de entrar en la que ellos se han profesado y sin duda se profesan todavía.

—Yo no puedo satisfaceros acerca de este punto, dijo Amanda, ni sé mas que lo que os he dicho. No he tenido, os repito, una sola vez el honor de ver á vuestro señor padre.

Creia Amanda que no debia ser mas explícita por causa del género de relaciones que mediaban entre su padre y lord Rosven, y aun sentia haber dicho tanto, no sabiendo si Fitzalan aprobaria que hubiese mencionado para nada á lord Rosven en presencia de su hijo. Además se confesó á sí misma con franqueza que repugnaba á su corazon descubrir el estado de miseria á que su padre se habia visto reducido, cosa que no habria podido ocultar por poco que hubiese satisfeeho la curiosidad del jóven.

Parecióle á lord Mortimer que Amanda se habia entristecido; creyó que tal vez era por haberse acordado en aquella conversacion de su padre ausente, y se levantó para no serle molesto.

—Señorita, le dijo, ¿me permitireis que otra vez venga á ponerme á vuestros piés?

—Siento mucho, respondió ella, que despues de las muestras de cortesía que me habeis dado, me pidais cosa que me es imposible concederos.

—¡Será cierto! Cuando yo me habia forjado la ilusion... cuando la amistad de nuestros padres parece no sólo autorizar, sino hasta...

—Me da pena vuestra insistencia, lord Mortimer. No os recibo, porque esta no es mi casa, y porque no está aquí mi padre; y aun pienso que si él estuviese aquí se opondria á vuestras visitas, que no son convenientes entre los que vivimos tan separados por la categoría social de cada uno.

Amanda estaba muy colorada y bajó los ojos.

Por fortuna, el velo blanco que le libraba del sol, aunque trasparente, ocultó un poco su turbacion á las miradas de lord Mortimer.

—Mucho me pedís, diciéndome que no insista en visitaros sobre todo despues de los inolvidables momentos que acabo de pasar junto á vos. Yo quisiera rogaros y obedeceros al mismo tiempo.

Apenas he podido daros á conocer mi carácter ó siquiera su parte aparente; podeis olvidaros de mí como del hombre mas frívolo...

—No es fácil despues de vuestra atenta conducta.

—A lo menos, prometedme asistir á una fiesta que tengo dispuesta en el parque cerrado. El sitio es bastante grandioso y pintoresco para ser visitado por una persona amiga de lo bello como vos. Asistid, os ruego, aunque no sea mas que para ver el parque, que suele ser visitado por todos los viajeros de buen gusto.

—De tal manera me lo proponeis, dijo Amanda, que temeria parecer grosera si no aceptase la invitacion.

—Y yo os lo agradezco en el alma. Me permitireis que os ofrezca mi brazo desde vuestra casa.

—¿Por qué me obligais á repetiros que nuestra respectiva posicion en la sociedad debe tenernos mas apartados?

Suspiró Mortimer, y bajando los ojos contestó:

—Os esperaré cerca de aquí y os serviré de guia desde lejos.

Saludó muy respetuosamente y salió.

CAPITULO VIII.

Tres enamorados.

Llegó el dia de la fiesta, como habia dicho Mortimer, y Amanda desde su ventana le vió esperándola á cierta distancia de la casa.

Salió, y la precedió él hasta la entrada del parque donde se reunieron.

Mortimer volvió á elogiar la belleza de Amanda; pero lo hizo con tanta veracidad, que ella no se atrevió á reñirle ni pudo evitar que le salieran al rostro los colores, hermoseándola aun mas con el sello del rubor.

Recorrieron juntos el parque, grandioso y sembrado de agradables combinaciones del arte con la naturaleza, y Mortimer estuvo elocuente y muy oportuno en su conversacion, de suerte que Amanda vió en él á un hombre de mucho ingenio, de gusto delicado, epigramático á veces, á veces sensible y tierno, no falto de erudicion y ajeno á toda pedantería.

Si Mortimer hubiera podido adivinar el juicio que Amanda formaba de él en aquellos momentos, se habria vuelto loco de placer.

Al fin de una larga calle de árboles encontraron una meseta en forma de anfiteatro, que dominaba gran parte del terreno, rodeada de árboles tan espesos y frondosos que parecia, como dice Milton, que los pesados golpes de hacha no habian sobresaltado nunca á las ninfas de aquel bosque obligándolas á abandonar sus sagrados retiros.

Por una suave cuesta bajaron á la orilla de un sosegado riachuelo, cuya torcida corriente reflejaba la verde enramada y las tintas de púrpura y oro en que se envolvia el sol en su aparente camino hácia el ocaso.

Sentóse Amanda al pié de una robusta encina, cuyo tronco vestia la yedra, y á poco oyó sonar una deliciosa música, cuyos mas fuertes acentos repitieron los vecinos ecos.

Aquella delicada sorpresa hizo fijar en Mortimer los ojos de Amanda, que agradeció como dedicado á ella exclusivamente el obsequio, pues la música sólo repitió piezas que habia tocado ella al piano en el palacio de Tudor.

Terminaron los músicos y rogó Mortimer á Amanda que cantase, y como ella se resistiese, dijo él:

—Me parece que no deberiais negarme un favor tan inocente; ya sabeis que os he oido otras veces, y que por mi parte no he tenido reparo en que me oyeseis, la noche que al pié de vuestra ventana me acompañé con el laud una cancion de vuestro poeta predilecto.

—¡Ah... conque erais vos! exclamó ella, y se detuvo turbada y temerosa de que el jóven lord adivinase el placer con que acababa de recibir la noticia.

Levantóse Amanda para mejor encubrir su turbacion, y cediendo á las reiteradas instancias de su obsequioso caballero, se sentó otra vez á la entrada de un puentecillo rústico, que debian pasar.

Allí subió de punto su sorpresa; pues apenas empezó á cantar cuando la acompañaron los instrumentos tan ajustados á su medida, que parecia que ella misma les marcase el compás.

Animóla aquella feliz circunstancia, y dió á su canto una expresion sublime que la hizo mas y mas admirable á los apasionados ojos de Mortimer.

Este le manifestó con toda su natural viveza el entusiasmo que le habia hecho experimentar, y Amanda con secreta satisfaccion conoció que no mentia.

De allí se encaminaron á un bosquecillo donde encontraron una mesa rústica cargada de dulces y helados.

Era ya hora de retirarse; mas antes, para no enojar á Mortimer, tuvo Amanda que tomar algo de aquel refresco que parecia servido por encanto, como cosa de encanto habia parecido tambien la música.

Lord Mortimer despues de aquella tarde deliciosa para él se sentia menos resignado que nunca á dejar de ver á Amanda, y con mucha vehemencia y amistosas reflexiones volvió á solicitar de ella permiso para visitarla.

Ella se defendia, pero no muy bien; cada vez eran mas débiles sus argumentos, y cada vez con mas ingenio reforzaba él los suyos.

—Permitidme que vaya á veros por las mañanas, dijo; yo no os distraeré de vuestros quehaceres. Mientras esteis

ocupada en la labor, yo leeré en voz alta; cuando os moleste la lectura, cerraré el libro.

—Prometedme, replicó ella, no ser asíduo en vuestras visitas; prometedme venir de tarde en tarde, á fin de que no parezca que abuso de la hospitalidad de David y Magdalena, y entonces...

—Eso os prometo. Imponedme todas las condiciones que bien os parezcan, y con tal que no me priveis de estar algunas veces á vuestro lado, yo os obedeceré con toda sumision.

Así quedaron convenidos; pero el dia que Mortimer no entraba á ver á Amanda, paseaba todo el dia por los puntos mas elevados, desde donde pudiera distinguir la ventana de su aposento, y poco tardó ella en descubrir ese secreto.

Amanda, creyendo reflexionar friamente las cosas, se persuadió á sí misma de que el hijo de lord Rosven no debia ser considerado como otro cualquiera por la hija de su protegido. Al mismo tiempo descubria en lord Mortimer, además de sus talentos, erudicion é ingenio, otras cualidades muy apreciables, ideas rectas y caballerescas sobre el honor, y una aficion á su persona, que con parecerle extraordinaria, jamás le habia hecho faltar á la mas exquisita cortesía ni á las mas severas leyes del decoro.

Sentíase, pues, inclinada á él y llamaba amistad y simpatía al afecto que se iba enseñoreando de su corazon.

Acudian á veces á su mente ideas melancólicas; salia á dar un paseo, y tal vez el aspecto de la naturaleza al caer la tarde aumentaba su melancolía, y se volvia aburrida á su casa; pero la casualidad ponia á lord Mortimer en su

camino, su mal humor se disipaba y sentia aliviados sus pesares.

Mertimer deseaba recibir de ella una prueba de honesta confianza, y con este objeto volvió á dirigirle alguna insinuacion sobre su familia y las relaciones de lord Rosven con su padre; pero Amanda experimentó siempre á este propósito una contrariedad que no dejó de chocar á lord Mortimer.

Entre tanto continuaba este leyendo para ella, y alguna vez tambien cantaba á sus ruegos, á cuyo efecto habia mandado llevar su laud á casa de los aldeanos.

Cuando salian á paseo fuera de la aldea, Mortimer le referia la historia y particularidades de los sitios pintorescos y de los pueblos que se ofrecian á su vista, y á la menor ocasion se dejaba llevar de su entusiasmo, revelando el poder de su imaginacion y la grata facilidad de su natural elocuencia al mismo tiempo que un corazon tierno y apasionado, con lo cual se hacia mas apreciable á los ojos de Amanda.

Una casita escondida entre el ramaje le hacia disertar sobre la felicidad de una existencia tranquila é ignorada, en medio de los encantos de la naturaleza y de tiernos afectos bien correspondidos.

Amanda le oia conmovida, y al encontrarse sola, encerrada en su aposento y ausente de todos los suyos, recordaba las calurosas frases de Mortimer y las lágrimas bañaban sus ojos.

Tres semanas trascurrieron así, estrechando sus corazones con lazos invisibles y fuertes.

Amanda seguia dando el nombre de amistad al afecto

que le inspiraba Mortimer, y Mortimer cuando se preguntaba qué hacia en el país de Gales y qué especie de cariño le inspiraba la bella forastera, volvia el pensamiento á otra parte procurando no entrar en explicaciones consigo mismo.

El jóven Eduardo observaba en silencio y seguia con triste y certera mirada los progresos que el amor hacia en sus corazones.

En ciertos momentos no podia resistir á su deseo, y sabiendo que Mortimer se hallaba en su casa, iba á visitar á Amanda que con femenil penetracion adivinó en seguida lo que pasaba en el ánimo del jóven, y se mostró muy reservada con él desde el primer momento, para no darle pretexto de alimentar ningun género de esperanzas.

Eduardo conoció que no seria amado, y sin embargo amaba y padecia, no sólo por él sino tambien por ella.

Harto sabia que su posicion humilde habia de contrariarle en todas sus aspiraciones, y aunque con dolor, acostumbrado á las contrariedades desde los primeros años de su vida, se resignaba á amar eternamente en silencio; pero no podia resignarse á prever impasible un triste y miserable porvenir para Amanda.

Conocia el excelente corazon de lord Mortimer; pero lord Mortimer pertenecia á la mas encumbrada nobleza; lord Mortimer era poderoso, y estos serian dos obstáculos que por bien que anduvieran las cosas habian de oponerse siempre á la union de los dos amantes.

Lord Mortimer era apasionado, y si llegaba á dominar por completo el corazon de Amanda, podia dejarse arras-

trar por sus pasiones y arrastrarla á ella á un abismo de desgracias.

Nunca se hubiera atrevido Eduardo á hacer sobre este punto la menor indicacion á lord Mortimer, ni á insinuar nada ni remotamente á Amanda, y al mismo tiempo anhelaba con todo ardor que una voz autorizada diese el grito de alerta á los mal aconsejados amantes, que en su concepto, si no se hallaban al borde del precipicio, quizá cada dia daban un paso hácia él.

Eduardo, que durante su vida habia tenido necesidad de quien le infundiera aliento y le diera consejos, se habia dirigido algunas veces á su confesor. El párroco que habia entonces en la aldea era amigo suyo, y valiéndose de su amistad, le dijo cierto dia que le seria muy grato oirle predicar sobre la triste suerte de las doncellas que dando oidos á un amoroso afecto olvidan sus deberes, se apartan de los principios de la moral y se dejan arrebatar la paz del alma, el aprecio de las gentes y el suyo propio, llorando tarde su irremediable desventura.

—Me ha inspirado esta idea un texto de Jeremías, añadió, en que el profeta...

—Recuerdo el texto, le interrumpió su amigo el párroco, y me servirá á maravilla. Id el domingo á los oficios divinos y oireis el sermon sobre la materia que deseais. Lo estudiaré con gusto, no sólo por tener una ocasion de serviros, sino porque el asunto es propio de todas las épocas y hace tiempo que no he predicado sobre materia semejante.

El domingo siguiente se predicó el sermon.

Oyéndole estuvieron lord Mortimer y Amanda.

Oyéndole y espiando el efecto que en esta producia, estuvo Eduardo, medio oculto entre un grupo de amigos suyos.

Acertado anduvo el párroco y aun mas de lo que podia desear el mismo Eduardo; porque entre otras generalidades citó las de la doncella de humilde nacimiento que solicitada por el hombre rico é ilustre no comenzaba por cerrar inmediatamente el oido á sus lisonjas, sino que débil con su pasion se dejaba mecer de vagas esperanzas, y cuando abria los ojos á la realidad y queria prevaverse contra el daño que la amenazaba, ya no tenia fuerzas para ello, y turbada su razon y vencida de un poderoso afecto, caia en flaqueza é ignominia, cubriendo de vergüenza á su familia y de mancilla su memoria.

El sermon fué tal, que Amanda vertió escuchándole muchas lágrimas, y momentos hubo en que temió ver todos los ojos clavados en ella: tan bien retratada se veia en lo que el predicador habia dicho con respecto á los primeros pasos dados en la fatal pendiente.

Tambien se conmovió lord Mortimer oyendo al párroco, y varias veces suspiró con pena aplicándose á sí mismo varios párrafos de los que el sermon contenia.

Al salir de la iglesia Mortimer acompañó á Amanda y vió sus ojos enrojecidos por el llanto y pálida su tez.

No habria extrañado verla conmovida, porque ciertamente el sermon habia sido patético y conmovedor; pero sí le impresionó ver que el efecto producido en ella habia sido tan profundo.

En ninguna otra de las concurrentes notó cosa semejante...

Pasó por la frente de Mortimer una nube y le asaltó una duda.

¿Seria acaso Amanda una de aquellas mujeres que arrastradas por la pasion han cometido faltas de las que el párroco habia citado?

¿Habia acaso oido repetir y condenar en el púlpito sus propios extravíos?

¿Por qué vivia ignorada en aquella oscura aldea entre personas que parecian de condicion tan inferior á la suya, lejos de su padre de quien casi no hablaba nunca?

¿Por qué procuraba evitar toda conversacion sobre los antecedentes de su familia y sobre las causas de su retiro, no sabiendo nunca decir si permaneceria en él poco ó mucho tiempo?

¿Seria Amanda una aventurera?

Repugnábale formar tan mal concepto de ella porque la honradez de David por sí sola bastaba á desvanecerlo; pero David podia ignorar parte de la verdad de la historia de Amanda.

Cierto tambien que desmentian esa suposicion la modestia y el candor que respiraban todas las acciones de la forastera; pero se halla tan adelantado el arte del fingimiento...

Mortimer estaba inquieto, febril; ¿qué mas prueba de que estaba enamorado?

CAPITULO IX.

Nubes.

Habria querido Mortimer olvidar á Amanda; pero sólo de Amanda se acordaba.

Habria dado un tesoro por poner en claro sus dudas; pero le habria costado la vida el averiguar de repente que Amanda fuese indigna de su aprecio.

Retiróse á su casa, y preguntando muchas cosas á Virginia con respecto á la familia de David y su huéspeda, supo que Magdalena se habia enterado de la llegada de Mortimer á la aldea, cuando este suceso aun era un secreto para todo el mundo; y como no por eso habia dejado de ir Amanda á la biblioteca, entre él y su ama de llaves convinieron en que era inverosímil que Magdalena hubiese dejado de confiar á Amanda la noticia, en cuyo caso la forastera cantaba y hacia sus habilidades en el palacio de Tudor sabiendo que su dueño, jóven y rico, la estaba escuchando.

Engañóse en esto lord Mortimer.

Magdalena habia sabido su llegada por indiscrecion de Virginia; pero á nadie habia dicho una palabra.

Lord Mortimer, empero, deseaba haber acertado por amor propio, para poderse aplaudir como hombre perspicaz; pero tambien deseaba haberse engañado, porque de salir ciertas sus sospechas perdia mil gratas esperanzas y se convertia en vana ilusion todo el bien que hasta entonces habia pensado de Amanda.

¡Si á lo menos al perder la idea de la virtud de esta hubiera desaparecido el amor de su corazon... ¡mas ay que aun creyéndola pérfida amaba sus encantos y adoraba su belleza!

La idea de haber sido juguete de una mujer indigna le irritaba contra sí mismo; el temor de ofender el decoro de una doncella verdaderamente apreciable enfrenaba su despecho y avivaba su prudencia, y así en continua vacilacion se atormentaba sin descanso.

Ella le habia hablado una vez de la amistad que mediaba entre lord Rosven y su padre: despues aparecia arrepentida de estas palabras y visiblemente procuraba esquivar toda conversacion sobre aquel asunto, como si temiera que pudiera averiguarse algo enojoso.

Lord Mortimer estaba seguro de que su padre jamás le habia hablado de ningun amigo ni conocido suyo que se llamase Dunfort; ¿debia deducir de ahí que Amanda le habia dicho una falsedad?

¿Tanta perfidia podia caber en aquella jóven á quien habia llegado á considerar digna del mayor respeto?

En medio de sus dudas y reflexiones, se preguntó lord Mortimer á sí mismo qué género de aspiraciones eran ver-

daderamente las suyas con respecto á la forastera, cuyo decoro y dignidad habian llegado á interesarle hasta el punto de hacerle perder el reposo.

—Comprendo, decia para sí, que me sucediera lo que me está sucediendo si se tratase de una jóven de mi clase, de mi cuna, cuya posicion en la sociedad no hiciera imposible mi matrimonio con ella; pero honrada ó no, ¿por ventura me habia yo de casar con Amanda?

Así se preguntó en un rapto de soberbia; pero no se atrevió á responderse, antes bajó la cabeza avergonzado como si la voz de su propia conciencia le hubiese dicho que en vano queria mostrarse dueño de su voluntad, cuando la habia rendido el amor.

En un momento de lucidez tomó la resolucion de ir escaseando sus visitas á la casa de David hasta cesar completamente en ellas y dejar despues el país de Gales, de manera que nadie pudiera ver en su conducta un brusco rompimiento con Amanda.

Pero esta resolucion por sí sola no le bastaba.

Antes que saliera el nuevo sol escribió á su hermana Araminta rogándole que indirectamente y sin decir que él deseaba saberlo, preguntase á su padre si conocia á un sugeto llamado Dunfort, y procurase poner en su conocimiento las noticias que pudiese adquirir acerca de ese hombre y su familia.

Diciéndose á sí mismo que lo mas prudente por entonces era no mostrar diferencia alguna en su trato con Amanda, siguió visitándola; pero la verdad era que no podia prescindir de estar á su lado.

Poco tardó en contestarle su hermana, y por cierto que

desgarró su corazon diciéndole que su padre le habia asegurado terminantemente que jamás habia conocido á nadie que se llamase Dunfort.

¡Amanda habia mentido! ¡Amanda le habia engañado!

Si habia mentido en aquello, ¿qué fe podian merecer ninguna de sus palabras y apariencias?

En el primer momento queria ir á verla; preguntarle de improviso cómo y cuándo habia conocido su padre á lord Rosven; gozarse en su turbacion y abrumarla con su desprecio...

Salia del parque con este propósito, cuando vió venir hácia él á David y su mujer de vuelta de la villa á cuyo mercado habian ido á vender aves y frutos.

—Estos sabrán algo, se dijo, y de lo que sepan, algo tambien dejarán traslucir.

Salióles al encuentro paso á paso, preguntóles de dónde venian, y aprovechando la coyuntura de haberle dicho ellos que estaban rendidos de cansancio por venir del mercado, les invitó con insistencia á entrar en su casa donde descansarian y tomarian algun refrigerio.

Ellos se excusaban; pero hubieron de ceder á la reiterada invitacion por no parecer groseros.

Dejóles lord Mortimer en el comedor mientras mandaba que les sirviesen fiambres y bebidas frescas, y entre tanto la sagaz Magdalena guiñó el ojo á su marido y le dijo:

—David, por la peana se adora al santo. Lord Mortimer nos agasaja y tras esto querrá que le hablemos de la señorita Amanda: ¡mucho cuidado con él! A mí nadie me quita de la cabeza que le tiene aficion; pero no sé cuáles pueden ser sus intentos. No digamos tanto que nos tenga por

lenguaraces ni tan poco que nos tome por zafios. Si él quiere saber, que pregunte á ella, y para mas informes que se dirija á su padre.

—Con haberme guiñado el ojo bastaba, le respondió con aire socarron su marido. ¿No sabes que he servido seis años en el ejército de América?

—Tienes razon, marido, replicó Magdalena; para recomendarte la discrecion he charlado neciamente.

Entró en esto Mortimer, y mientras les hacia servir les preguntó por sus cosechas, sus hijos y sus negocios.

—Todo va bien por ahora, decia el marido.

—Y tenemos buena salud, que es lo principal, añadia la mujer.

—¿Y la linda forastera permanecerá mucho tiempo entre nosotros? preguntó Mortimer ocultando la conmocion que experimentaba siempre al tratar de Amanda.

—Eso... ¿quién sabe? dijo Magdalena. Puede depender de mil cosas. Afortunadamente se ha puesto buena, y aunque no tiene comodidades en nuestra pobre casa, es ella de tan excelente pasta que á todo se acomoda y vive contenta.

—Si su padre no la echa de menos...

—¡Ay pobre señor! No digais eso. ¡Si se mira en las niñas de sus ojos! ¡Bastante pena tiene él con vivir separado de su hija! Sobre todo siendo la causa un infame...

Contúvose Magdalena, de puro enojada al recordar la maldad de Belgrave.

David le echó una mirada para recomendarle la prudencia; pero ella no lo notó.

—¿Conque además de los motivos de salud, dijo Mor-

timer dominando su agitacion, hubo otra causa lamentable para que la bella Amanda se separase de su padre?

—Sí hubo, respondió Magdalena; sí hubo. Mi pobre Amanda es muy hermosa, no lo digo porque yo la haya criado; pero tambien es muy desgraciada. Hay hombres muy infames que no reparan en hacer infeliz á una familia... Por supuesto, señorito, que vos sois una persona de bien y de delicados sentimientos y no dareis ocasion á que la pobre Amanda sospeche que os he dicho cosa alguna; pero lo cierto es que otros hombres hay perversos, y uno de esos ha dado mucho que llorar á Amanda y á su padre, que son de lo bueno que Dios echó á este mundo.

—Magdalena, dijo David para atajarla si aun era tiempo, nosotros hemos comido aprovechando la galantería del señorito; pero nuestros hijos nos esperarán con hambre.

Levantóse, volvió á mirar de un modo significativo á su mujer, y entonces comprendió ella lo muy habladora que habia sido.

Levantóse tambien, y como disculpándose con Mortimer, pero deseando con realidad disculparse con su marido, dijo:

—Cuando uno ve ciertas desgracias y no puede remediarlas, y ve á la gente honrada víctima de los pícaros, no se puede reprimir y se desahoga hablando. Yo le habré estado llenando la cabeza al señorito...

—Ya es tiempo de que le dejemos en paz; ya hemos descansado y gozado de sus obsequios, dijo David.

Dieron entrambos las gracias y se despidieron; él les contestó lo mas indispensable, y maquinalmente les acompañó hasta la puerta.

En cuanto se vió sólo se dió una palmada en la frente y se fué á pasear con precipitacion por el parque.

—¡Conque un hombre infame...! ¡Conque su desgracia es irremediable...! Así lo ha dicho Magdalena. ¡Dios mio, Dios mio! Es decir que allí no hay la inocencia que yo suponia, es decir que esa mujer ha tenido que venir aquí á ocultar su vergüenza, y yo soñaba en la pureza de su alma, en una vida inmaculada, y creia ver el esmalte del pudor en su frente, y sírvame de castigo el confesarlo; ¡habria sido capaz de atropellar por todo y darle mi mano y mi nombre si llega á prolongar la ilusion que su artificioso exterior me habia causado! Todo ha sido falsedad, engaño... un lazo para atraerme; un cebo para aficionarme; una red para que le hiciera proposiciones que sólo merecen las que pueden levantar la frente... ¡Y cuando pienso que he sido tan necio...! ¡Ah! bien debí yo conocer que no podia ser para mí tanta dicha como habia imaginado. Hé ahí por qué lloro oyendo lo que sucede á las que olvidan sus deberes...

Así decia lord Mortimer paseando por el parque, hablando en alta voz y parándose á veces, segun las ideas que se agolpaban á su imaginacion.

—¡Y qué! añadió parándose de repente, si hasta ahora pude ser juguete suyo, ¿habré de serlo tambien ahora que la conozco? Porque la creia digna de estimacion, me pareció muy hermosa; ahora que sé que no puede ser estimada, me ha de ser indiferente. ¿No vine yo al país de Gales á ver á mi amigo en la isla de Anglesey? Ea pues, resolucion; ya estoy curado del daño que pudo causarme el vuelco del carruaje; ya puedo proseguir mi camino. No puede

detenerme ningun motivo razonable. Es menester, pues, que mi vida vuelva á seguir su acostumbrado curso, como si nada hubiera sucedido.

Dió órden á sus criados para que hicieran los preparativos necesarios para el viaje, y siguió su paseo meditabundo.

Al cabo de buen rato se cruzó de brazos y dijo:

—Pero ¿qué es eso? ¿huyo de ella? Me muestro resentido; me alejo precipitadamente dando á conocer el desconcierto de mis ideas; manifiesto que llevo un dardo clavado en mi corazon para que ella goce en su triunfo... Pues vive el cielo que no ha de ser así: mi triunfo ha de consistir en que ella me vea indiferente y como hombre que poco mas ó menos adivinaba quién era. Sí; vea esa mujer que ningun imperio tienen sobre mí sus encantos y ficciones; sepa que estoy enterado de todo; véame reir y divertirme, y despues, cuando esté completamente desengañada; cuando se convenza de que todo su arte ha sido inútil, entonces partiré y no volverá á verme, ni yo me acordaré de ella sino para que esta aventura me sirva de experiencia en lo venidero.

Entróse otra vez en casa y dió órden de que se suspendiesen los preparativos de viaje.

La señora Virginia que le oyó mandando hacer y deshacer á cada paso, le echó una mirada escudriñadora y torció el gesto de un modo muy expresivo.

Del semblante de su amo auguró que podia levantarse de un momento á otro una tormenta en el palacio de Tudor.

Reflexionó un rato inmóvil y fué diligente á ver si su botiquin estaba en regla.

Encontrólo todo en su sitio y se retiró tranquila y ojo avizor, como el héroe la víspera de una batalla.

Mortimer contemplaba desde el parque la ventana de Amanda y decia:

—¡Allí está, la falsa...! ¡Esta es la hora en que yo solia ir á admirar sus gracias; á contemplarla enajenado de amor!

CAPITULO X.

Error de Mortimer.

Desde que Mortimer habia hecho pública su presencia en la aldea, habia recibido una porcion de recados de amigos suyos que vivian en los alrededores, convidándole á tomar parte en sus fiestas y diversiones.

Con todos se habia excusado cortesmente, porque para él la fiesta mas agradable era estar al lado de Amanda.

Aquel dia sin embargo, para desahogar su despecho fué á ver á uno de los que le habian convidado, el cual organizó en seguida un banquete en obsequio suyo.

Mortimer queria aturdirse para olvidar, y estuvo bullicioso, decidor y epigramático. La fiebre excitaba su ingenio y locuacidad, y de cuando en cuando despuntaba en sus frases la acerada amargura de su corazon, porque apenas se vió lejos de Amanda y consideró que no habia de verla en todo el dia, sintió tristeza en el alma y se enojó contra la flqueza de su ánimo.

En medio de aquella fiesta se empeñaron sus comensales en que asistiera á otra que al dia siguiente celebrarian en el castillo de la baronía de otro amigo suyo, y él para castigar su debilidad se comprometió solemnemente á ir y á ser de los mas puntuales.

Acudió en efecto, y se hizo aplaudir mil veces por sus graciosas y disparatadas ocurrencias; pero en medio del estrépito, la algazara y las carcajadas, le devoraba el fastidio: la imágen de Amanda no se apartaba de su memoria, y á su recuerdo nunca dejaba de estremecérsele el corazon.

Al retirarse á su casa pensativo, dijo entre sí:

—No nos forjemos ilusiones; no la desprecio todavía; no me es indiferente. Es necesario que yo la vea, que le hable, que le dé á entender que sé quién es y que aprenda á conocerme. He sido un necio: otro cualquiera en mi lugar se habria aprovechado de las noticias adquiridas, para entablar con ella el único género de relaciones posible entre una hermosa de sus circunstancias y un lord jóven y desocupado, y yo en lugar de hacerlo así he dado suspiros, y abandonado el campo cuando viene la época de la siega... ¡bah! Es menester recobrar el tiempo perdido. La veré mañana, mañana sin falta.

Amanda entre tanto vivia muy inquieta.

El primer dia que dejó de ver á Mortimer creyó que el cumplimiento de alguna obligacion le habia detenido en su casa, y buscando una disculpa á aquella ausencia, dijo casi satisfecha:

—En todo ese tiempo sólo un dia ha dejado de verme.

Al dia siguiente esperaba verle llegar, y ya le parecia

estarle escuchando diculparse indirectamente con ingeniosos rodeos; mas las horas iban pasando tardas para su impaciencia, breves para el desengaño, y lord Mortimer no pareció.

Al caer la tarde salió á dar una vuelta con David, Magdalena y sus hijos, y el mayor de estos, Tomás, contó á su padre cómo aquella noche lord Mortimer y otros señores de las cercanías celebraban cena y baile en casa del baron Levis, y que el dia anterior habian tenido gran convite en la quinta del señor Jones.

—El criado de lord Mortimer ha dicho, añadió Tomás, que su amo puesto en una broma es el caballero mas jovial que se conoce, y que ayer se lo disputaban hombres y mujeres para oir las grandísimas ocurrencias que tuvo, advirtiendo que es muy pulcro y no se chispa nunca.

Amanda, que escuchaba á Tomás, sintió un dardo clavado en el corazon. Ella habia llegado á imaginar que sólo con mucha pena permanecia lord Mortimer lejos de su lado, cumpliendo con deberes muy imperiosos, y venia á descubrir que la dejaba en su soledad corriendo tras frívolos placeres, buscando alegre compañía, tributando quizás á otras las mismas alabanzas que á ella le habia dirigido pocas horas antes... ¡Él que tantas veces habia asegurado que desde que habia tenido la dicha de gozar de su compañía no hallaba gusto en diversiones ruidosas... ¡Acusóle en su interior de ligero é inconstante; arrepintióse de haber aceptado sus obsequios, de haberle consentido que la visitara, de las muestras de simpatía que le habia dado... y por fin lloró conociendo que habia abierto su corazon á un afecto que aquel hombre no merecia.

Su conducta le pareció inicua y le causó una tristeza de las mas angustiosas de su vida.

Por la tarde notaron David y su familia menos animacion en ella y trataron de distraerla; pero Amanda tenia necesidad de estar sola y aprovechando un momento oportuno, salió á dar un paseo por el campo.

Apartó los ojos del palacio de Tudor y se encaminó en la direccion opuesta.

Iba melancólica y con paso lento siguiendo una hilera de grandes árboles, entre cuyas espesas ramas se recogian los pájaros con alegre picoteo, cuando levantó los ojos y vió en su presencia á Mortimer que le cerraba el paso.

Iba á retroceder, pero comprendiendo que le estaba bien mostrarse ofendida hasta aquel punto, se detuvo un momento y respondió sin mostrar enojo á las preguntas que sobre el estado de su salud Mortimer le dirigia.

Despidióse de él con fria urbanidad, pero Mortimer la detuvo preguntándole:

—¿Huís de mí, señorita?

—No, señor; prosigo mi camino...

—Os suplico que me permitais acompañaros.

—Yo iba á añadir: os suplico que me dejeis sola.

—¡Que os deje sola despues de dos dias de no veros; despues de oir de vuestros labios palabras frias... ¡oh, no puedo separarme de vos mientras me trateis con ese rigor, cuando mas digno soy de lástima; porque vos no sabeis cuánto he padecido en cuarenta y ocho horas!

El corazon de Amanda experimentó un suave consuelo oyendo el acento con que pronunció Mortimer sus últimas

palabras; mas recordó en seguida que aquellas horas que él lamentaba las habia pasado entre amigos y placeres, temió el engaño, y replicó creyendo que sabria encubrir su sentimiento:

—Caballero, yo no dudo, supuesto que vos lo afirmais, que habreis padecido en esas fiestas de los últimos dias; pero os vuelvo á suplicar que me dejeis libre el paso.

Mortimer conoció los verdaderos sentimientos de que estaba poseido el corazon de Amanda, y experimentó un profundo placer viendo que su ausencia y su conducta no le habian sido indiferentes.

—Amanda, le dijo, vos no podeis negar al que habeis llamado amigo un breve momento de atencion. No quiero creerme dichoso hasta el punto de que hayais sentido mi ausencia; pero no puedo menos de explicaros sus causas.

—¿Para qué?

—¡Me preguntais para qué! ¿Por ventura no ha sido costumbre nuestra explicarnos uno á otro cómo pasábamos las horas y hasta comunicarnos la mayor parte de nuestros pensamientos? Sabed que recibí una carta que me puso de muy mal humor; no me atreví á haceros participar de él, y sintiéndome desazonado, para ocupar en algo el tiempo que lejos de vos me parecia insoportable, determiné corresponder á las repetidas invitaciones que desde hace mucho tiempo se me habian dirigido. De esta manera ponia coto á habladurías, llenaba un deber que no habria llenado nunca si hubiera podido permanecer á vuestro lado, y me esforzaba extraordinariamente por disimular mi disgusto.

¡Con qué facilidad admitimos la justificacion del objeto

amado! Amanda agradeció de todo corazon las disculpas de lord Mortimer, sobre todo cuando le oyó añadir:

—Pensaba yo evitar así el caso de malquistarme con mis vecinos, y al mismo tiempo recobrar la tranquilidad de espíritu necesaria para volverme á presentar á vuestros ojos de mejor talante para que no os fuese desagradable mi presencia, y os encuentro fria, severa... ¿Han variado acaso las benévolas disposiciones de vuestro ánimo con respecto á mí?

Así diciendo tomó lord Mortimer la mano de Amanda, que levantó los ojos y mostró sus mejillas coloradas con el mas vivo carmin.

—Pero os habeis detenido por mi causa y no quiero haceros mal tercio; proseguid vuestro paseo y permitidme que os acompañe. Se va haciendo tarde, la direccion que llevais os aleja mucho de la aldea; si torcemos á la derecha ni topais con ese inconveniente ni yo dejo de encaminarme á mi casa.

—Teneis razon, dijo Amanda, se hace tarde; y torció hácia la derecha.

¡Qué impenetrables son las leyes que gobiernan el corazon humano! Cedió de su enojo ella, y al mismo tiempo, Mortimer que hasta entonces se habia expresado con verdadero sentimiento y deseaba con afan recobrar el aprecio de Amanda, apenas la vió torcer el camino que llevaba, temió otra vez la astucia de la aventurera y se puso sobre sí para no ser víctima de sus artificios.

Tomó la palabra mas dueño de sí mismo y con mas calor diciendo:

—¡Ay amiga mia! ahora lo conozco: es preciso haber

estado separado de vos dos eternos dias para comprender cuán grato es el encanto de vuestra compañía, que se echa de menos en medio de las mas alegres fiestas, si es que puede haber fiestas alegres donde no estais vos. Durante estos dos dias es cuando he comprendido bien lo mucho que vale una compañera dulce, agradable, discreta, que sea capaz de sentir la pasion que inspira; que revele su cariño adivinando los pensamientos del hombre consagrado á amarla.

Habia en lo que hablaba lord Mortimer tantas veras como burlas. Tan pronto se expresaba conforme con los primeros castos pensamientos y afectos que Amanda le habia inspirado, como apelaba á cierta vaguedad, deseando y no atreviéndose á emplear con ella el lenguaje desembozado que puede usarse con la mujer que sólo se sirve de apariencias de decoro.

Amanda que estaba muy lejos de sospechar qué género de ideas habia adquirido lord Mortimer acerca de ella, le escuchaba en silencio palpitándole el corazon de grata esperanza.

¿Qué podia creer sino que Mortimer la amaba y volvia á anhelar los goces de la vida compartidos con una compañera casta y amable á cuyo lado se encuentra el alivio de los pesares, el complemento de las alegrías?

Suspiró Amanda, y volvió á recordar la casita medio escondida entre los verdes y frondosos árboles y la paz de la virtud y el entrañable amor de la familia.

Espesas nubes se habian amontonado sobre sus cabezas y amenazaban una próxima tormenta.

Amanda apretó el paso para llegar cuanto antes á su

casa, pero comenzaron á caer gruesas gotas y á retumbar los ecos con el estampido del trueno.

La casa de David estaba algo lejos y al paso se hallaba el palacio de Tudor, y Amanda aunque con pesar tuvo que ceder á los ruegos que le dirigió Mortimer, para que atajando por el parque entrase á descansar y ponerse á cubierto de la lluvia en su casa.

Aun se resistia ella cuando arreció de tal modo la lluvia que tuvieron que andar muy precipitadamente, y antes de hallarse bajo techado, ya estaban empapados el chal y el sombrero de Amanda.

Mortimer entregó sombrero y chal á la señora Virginia para que los pusiera á secar, y pidió café para él y té para Amanda, que no quiso aceptar otra cosa.

Con la animacion de la corrida se habia puesto Amanda mas bella que nunca. Lord Mortimer la contemplaba con ojos encendidos.

La misma grata sensacion que le habian hecho experimentar primero las disculpas y despues las insinuaciones de Mortimer, segun ella las habia interpretado, contribuian á hermosear aquel semblante siempre bello. Al quitarse el sombrero, su brillante cabellera inundó sus hombros, y á cada movimiento suyo variaba la disposicion de sus rizos, dando un nuevo aspecto á las gracias que le eran naturales.

—Yo no sé cómo persuadiros de que sois la mujer mas hermosa que puede haber á mis ojos, Amanda, dijo Mortimer sonriendo y sentándose á su lado.

—Yo no sé cómo recordaros que ya me lo habeis dicho repetidas veces, contestó ella con afable ingenuidad.



Amanda y Mortimer huyendo de la tormenta.

—Es que otras veces, francamente, no erais tan hermosa como ahora y necesito repetíroslo.

Amanda se levantó, y acercándose á la ventana vió que seguia lloviendo.

—Estais impaciente á mi lado, dijo Mortimer.

—Estoy pensando que David y su familia pasarán cuidado por mí. Es tarde... saben que salí sola...

Volvió á sentarse, y volvió Mortimer á su lado acercando mas la silla.

Penetróla con una mirada que la obligó á bajar los ojos, y dijo:

—Amanda, ¿sabeis cuánto os amo?

Ella sorprendida hizo un movimiento, pero no supo qué responder y siguió con los ojos bajos.

—Os amo tanto, prosiguió él, que si os describiese mi amor con toda exactitud creeriais que exageraba.

El corazon de Amanda palpitaba con violencia.

Mortimer prosiguió mas animado:

—Vos lo sabeis y nunca me habeis dado la menor esperanza. Yo sé deciros qué objetos que me habian sido indiferentes, me son gratos desde el momento que llaman vuestra atencion; un árbol, un ave que os agrade, se convierten para mí en cosas que inspiran cariño y respeto; ¿es esto amaros? Vos habeis tenido ocasion de conocer mis sentimientos; ¿creeis por ventura que pueda haber hombre alguno que halle mayor satisfaccion en estar á vuestro lado? ¿imaginais hallar un corazon mas tiernamente consagrado á amaros que el mio? Apartais de mí los ojos, no me contestais...

Amanda no podia ya contener los latidos de su corazon.

Iba á intentar una respuesta; pero Mortimer le cogió entrambas manos, y acercando su rostro al bello rostro encendido de Amanda.

—¡Cruel! dijo, ¿hasta cuándo quereis verme padecer y alejado de vos, separado por la inmensidad de vuestra indiferencia?

—¿Qué pretendeis decir con eso? dijo Amanda levantándose y separando las manos hácia adelante para tener á raya á Mortimer que no la soltaba.

—Entiendo, respondió él, haceros comprender que en vano trataria de enfrenar mi pasion: que mi corazon, mi caudal, mi vida son vuestros; que ya es tiempo de que premieis mi constancia. Elegid vos misma el retiro que haya de ser santuario de nuestros amores; elegid vos misma, si os place mejor, un país extranjero, donde no seais conocida y pueda yo ostentar mi dicha y mi orgullo á vuestro lado; mandad, y yo obedeceré esclavo de vuestras gracias...

Ella, llena de horror, sintió que le faltaban las fuerzas. Dejó caer los brazos, y Mortimer acercó entonces los labios á su rostro; pero aquel ademan hizo recobrar á Amanda instantáneamente los brios, y echándose hácia atrás exclamó:

—Lord Mortimer, ¡sois un miserable!

CAPITULO XI.

Noche de lágrimas.

Lord Mortimer rechazado y oyendo aquella voz que le increpaba enérgicamente, quedó confundido.

Ya no apartaba Amanda los ojos de él; se los tenia clavados, y respirando con viva agitacion, le contemplaba inmóvil en actitud que respiraba tanta indignacion como desprecio, mientras él permanecia con la frente inclinada al suelo.

Temió adivinar que se habia engañado; que acababa de profanar con sus propósitos un corazon puro, de herir lastimosamente la virtud, y en el acto mismo se sintió castigado por la vergüenza y el remordimiento.

La fuerza que de pronto habia acudido en auxilio de Amanda, comenzó á abandonarla.

Palidecieron sus mejillas, oprimiósele el corazon, y tuvo que apoyar una mano en la mesa que tenia al lado.

Lord Mortimer hizo un ademan para ir á socorrerla; pero ella extendió el brazo y le dejó clavado en su sitio.

Comprendió él la congoja de la desgraciada y el funesto golpe que acababa de recíbir de quien menos esperarlo debia, y sintió horror de sí mismo.

Por fin, recobrada Amanda, hizo un esfuerzo y se encaminó hácia la puerta.

—¿Qué vais á hacer? le preguntó lord Mortimer.

—Partir, respondió ella con severidad.

—Partir tan de repente... cuando la tormenta...

—Algo os ciega, milord; la tormenta ha cesado; las estrellas brillan en el cielo.

Y así era la verdad; Mortimer en su turbacion no lo habia advertido.

—Os apartais de mí enojada, ofendida; de mí que he sido.

—El hombre mas indigno, le interrumpió Amanda completando su frase.

—¡Oh Amanda! si me oyerais...

—Jamás, dijo ella con resolucion, pero con voz estremecida por el sentimiento. Para siempre me alejo del hombre que por medio de delicadas atenciones se habia propuesto tan bajos fines. Alabaos de mi necia credulidad que tomé al pié de la letra las palabras que sólo á fuer de honrado os permití pronunciar en mi presencia; alabaos de haberme hecho creer que erais incapaz de mentir; pero no os alabareis de bajezas mias. ¿Pensabais haber interesado mi corazon en favor vuestro? Pues no os engañabais; sabedlo. Yo os lo confieso; amaba en vos al caballero, al que compartia conmigo el encanto de las inocentes bellezas

y de los tiernos sentimientos; pero todo eso ha desaparecido de vos, llevándose consigo toda mi estimacion, todo mi aprecio.

—¡Por compasion, Amanda!

—¡Compasion...! ¿Soy yo quien debe tenerla de vos? Compasion tenia yo derecho á esperar y no la hallé en parte alguna.

—Llorais... ¡quereis hacer pedazos mi corazon!

—¡Oh Dios mio...! Sólo de tí puedo esperar compasion yo, la hija de la desgracia, que encuentro el ultraje mas sangriento donde mi pobre madre encontró la muerte, y tú permites que ese ultraje lo reciba del hijo de Rosven la hija de Fitzalan!

—¡Fitzalan! ¿Hija de Fitzalan sois? exclamó Mortimer estremecido; ¡ah! ¿por qué ocultabais vuestro verdadero nombre? ¿qué queriais que infiriese yo del misterio...?

—No os lo pregunto. Ya no me importa el concepto que ahora ó antes hayais podido formar de mí. Oculté mi nombre por obedecer á mi padre, que en la triste posicion en que se halla, creyó proceder bien así.

—Amanda, os lo juro, ese misterio me ha alucinado, me ha perdido arrojándome al error mas funesto. ¡Oh, no partais, oidme! Escuchad los motivos que he tenido para engañarme, y estoy seguro que hallareis atenuada mi falta.

—¡Ah no, milord, es en vano! Si yo hubiera apelado á algun artificio para atraerme vuestros obsequios, quizás podriais encontrar alguna leve disculpa á vuestra conducta; pero yo procuré evitar vuestras atenciones, y sólo porque erais hijo del protector de mi padre cedí á vuestras reiteradas instancias y admití vuestras visitas. ¡Funesta faci-

lidad que os ha conducido á abusar así de mi confianza! ¡Ah! ¿Por qué lo recuerdo?

Encaminóse otra vez con resolucion á la puerta.

Mortimer no se atrevió á oponerse.

Habia ella pasado el umbral, cuando vió que Mortimer la seguia, y deteniéndose dijo:

—¿A dónde vais, milord?

—A acompañaros...

—No habeis de pasar de aquí.

—Permitidme... Es tarde; vuestra seguridad...

—Va conmigo misma. ¿Acaso podria fiárosla á vos?

Mortimer dió con el pié en el suelo, y dijo con despecho:

—Teneis razon. Debo ser detestable á vuestros ojos. Vos me lo echais en cara, y sin embargo si me oyerais...

—Si teneis necesidad de justificaros, milord, dijo ella, hacedlo ante vuestra propia conciencia.

—Pero vos entre tanto me teneis por un miserable y yo no quisiera dejaros de mí tan mal concepto. Vos me desterrais de vuestra presencia porque me habeis desterrado de vuestro corazon; me mirareis en adelante como un objeto de horror ¿no es cierto?

—Me lo preguntais y no debo engañaros: sí.

—¡Ah! ¡Bien colmais la medida! ¿Y un arrepentimiento profundo, sincero no podria haceros olvidar mi error?

—Yo sé que no es arrepentimiento lo que sentís, milord, sino despecho de ver malogrados vuestros propósitos.

Amanda no podia dar un paso porque Mortimer siempre se le ponia delante.

Al oir este sus últimas palabras cruzó las manos y dijo con penetrante acento:

—Por lo mas sagrado os juro que os engañais: confieso que en un momento de desvarío he formado de vos un concepto injurioso; pero sabed que al extravío del momento ha seguido un castigo que durará toda mi vida. Vos no quereis oirme y me quitais toda esperanza de volver á vuestra gracia. ¡Oh, no seais tan cruel, Amanda! permitidme abrigar la esperanza de que algun dia os podrá ser útil mi vida y podré demostraros la poca ó mucha disculpa que tenga.

—Milord, no me obligueis á repetiros que son inútiles vuestras instancias.

—Esa frialdad me mata, dijo él con desesperacion; ni puedo arrancar de vos la seguridad de que no me detestais; de que no os serán odiosos mi recuerdo ni el recuerdo de aquellas felices horas que hemos pasado juntos, horas que yo bendecia y que habia esperado no terminarian nunca sino cuando debiesen empezar otras mas felices todavía.

Al sentido acento de Mortimer brotaron las lágrimas de los ojos de Amanda y exhaló su pecho un sollozo.

—¡Ah, llorais! exclamó él. Comprendeis mi pesar, os condoleis... ¡Dios mio! Si fuera posible...

—Milord, dijo ella, creo que en este momento estais avergonzado de haber cometido una falta inútil, y me quita el deseo de echárosla en cara con mayor dureza, el ver que aun queda sensibilidad en vuestro pecho. Si el remordimiento de que hablais es verdadero, os servirá para rechazar en lo sucesivo pasiones que el honor condena y la razon no puede disculpar.

Pasó Amanda con segura planta por delante de Mortimer y se encaminó á toda prisa á su casa.

Magdalena al verla entrar quedó asombrada.

Sabia por uno de sus hijos que durante la tempestad habia entrado en el palacio de Tudor, y estaba sin cuidado por ella; mas la veia volver pálida, llorosa, sin chal, sin sombrero, y le preguntó con afan:

—¿Qué teneis? ¿qué os sucede, querida hija mia?

Amanda la asió de la mano, la hizo entrar en su cuarto, y allí reclinó la cabeza sobre su hombro y lloró desahogando á lo menos su pena con el cariño de aquella buena mujer que hacia lo posible por consolarla.

—¿Pero no puedo saber al fin lo que teneis? le preguntó otra vez Magdalena al verla un poco mas aliviada.

—Una desazon... una congoja... Me siento un poco indispuesta, nada mas.

—Será preciso que tomeis...

—No os molesteis inútilmente; no tomaré nada. Necesito sólo descanso y silencio.

—Entonces...

—Podeis retiraros tranquila y vereis como mañana estaré mas aliviada.

—¡Ojalá, hija mia! pero yo quisiera que tomarais una tacita de té ó manzanilla...

—No, no. Lo que os suplico es que si en adelante viniese lord Mortimer preguntando por mí, no lo recibais aunque se empeñe.

—¡Ah! replicó Magdalena, hé ahí sin duda la causa de vuestra indisposicion. No le creia yo capaz de cosa alguna que pudiera desagradaros; mas ya que me he equivocado, ándese lord Mortimer con tiento; que puede que tenga que arrepentirse. Toda la aldea os quiere á vos y quiere á

nuestra familia, y si se llega á traslucir que nos ha dado motivo de queja...

—Por Dios os ruego, Magdalena, que seais reservada con él y con todo el mundo. A nadie debeis hablar una palabra de él ni á él una palabra de mí.

—Descuidad, descuidad.

—No aseguró que vuelva; pero si volviere...

—No le recibiré, no tengais cuidado.

—Ahora pues, querida Magdalena, buenas noches.

—¿Y no seria mejor que yo me quedara?...

—¡Oh! de ningun modo; no podria yo dormir tranquila.

—Ya que así lo quereis, buenas noches, hija mia. Si os ocurre algo, no teneis mas que tirar el cordon, que afortunadamente no ha servido hasta ahora.

Amanda se habia entrado en la alcoba para que su nodriza se retirase pronto; mas apenas hubo esta salido del cuarto, descorrió ella las cortinas y fué á sentarse á su mesa, descansando la frente en las dos manos.

—¡Ay pobre padre mio! exclamó, hé aquí el retiro seguro y tranquilo que creiais haber descubierto para mí! ¡Oh Mortimer, de vuestra mano debia yo recibir un golpe tan funesto; de vos á quien miraba como un compañero, como un amigo!

Volvió á llorar la triste, y volvieron á su memoria los mas tristes recuerdos de su vida.

Acordóse de Belgrave.

Belgrave era el vicio sin máscara que por sí mismo advertia el peligro, inspirando repugnancia al corazon: Mortimer era la apariencia de la nobleza; interesaba por la cortesía, la gracia y el ingenio; se hacia simpático y

atractivo y despues despedazaba el corazon en que habia logrado introducirse.

—¡Dios mio! exclamaba Amanda; ¿seré siempre víctima de la violencia ó el artificio de los hombres, y en todos ellos menos en mi excelente padre encontraré perfidia y traiciones? ¡Ay! si en la edad de la confianza, una prematura experiencia nos hace huir del trato de los hombres, que deberian ser guias y apoyos nuestros, ¡qué amarga existencia se nos prepara!

Lloraba Amanda sus cuitas; pero no estaba tampoco tranquilo el que le hacia derramar aquellas amargas lágrimas.

La venganza mas cruel no habria podido imponerle castigo mas severo que el que recibia de sus remordimientos.

Reflexionando bien sobre todo lo que habia visto en Amanda, no podia perdonarse á sí mismo la audacia con que habia insultado su decoro.

Parecíale entonces que aun cuando en efecto le hubiera constado que Amanda hubiese sido culpable, no tenia disculpa por el intento de haber querido hacerle cometer otra falta.

—Si la virtud no la habia hecho sagrada para mí, sagrada debian hacérmela su debilidad y su desgracia. No hay mas que una reparacion posible y proporcionada al agravio; ofrecerle mi mano, único medio de probarle que le profeso toda la estimacion de que es digna; y si mi conducta me ha hecho para siempre aborrecible á sus ojos; si me rechaza... ¡oh, entonces, Mortimer, entonces, no podrás ser nunca completamente feliz!

Estas reflexiones las hacia cerca de la casa de David, de donde no habia sabido alejarse.

Mil veces estuvo á punto de llamar á la puerta y arro-

jarse á los piés de Amanda, y le detenia el mismo respeto que ella le inspiraba.

Todo era silencio en la aldea. Los rayos de la luna iluminaban el valle y hasta la brisa parecia dormida entre el ramaje.

—¡Ah, todos reposan menos yo! dijo Mortimer poseido de profunda tristeza; Amanda duerme tambien porque la culpa no la desvela. ¿A dónde iré yo para encontrar reposo?

Dió vuelta á la casa y se encontró al pié de la ventana de Amanda, en el mismo sitio en donde lleno de bizarros y nobles pensamientos le habia cantado los versos de su poeta favorito á poco de su llegada.

Levantó los ojos, y á través de los cristales vió á la misma Amanda, apoyada la frente en la palma de la mano y llevando repetidas veces el pañuelo á los ojos.

A su presencia sintió nuevo pesar por ser él la causa de aquel llanto, y se condenó con mas energía que le habia condenado su propia víctima.

Dieron las dos en el reloj de la aldea y Mortimer pensó en las horas que le faltaban para alcanzar que le oyese aquella angelical criatura á quien tan brutalmente habia ofendido.

Desapareció la luz de la ventana, y él permaneció allí como si creyese que Amanda debiese volver á ofrecerse á su vista.

Entre propósitos de consagrar toda la vida á su felicidad, temores de ser desoido y reproches que se dirigia, se le pasó la noche, y cuando asomaba por el horizonte la primera claridad del alba, dirigió la postrera mirada á la ventana y entró inquieto y abatido en el palacio de Tudor.

CAPITULO XII.

El instinto de imitacion de Elena.

Mortimer se arrojó sobre una otomana y esperó que fuese hora conveniente para presentarse en casa de Amanda.

Largas habian sido para él hasta entonces las horas que pasaba fuera de la presencia de la encantadora jóven; pero nunca habia experimentado tan enojosa impaciencia y tanta angustia.

En vano trató de entregarse al sueño para acortar los términos de aquel interminable plazo; el sueño huia de sus ojos, y la imágen de Amanda justamente ofendida y abrumándole con su desprecio no le dejaba sosegar un momento.

Paseaba inquieto por su cuarto, volviendo con frecuencia la vista al reloj; no probó el desayuno ni contestó á su criado que le preguntó si deseaba otra cosa, y por último, á hora mucho mas temprana de lo que solia, se dirigió á casa de David.

No quiso pronunciar el nombre de Dunfort, nombre que

aborrecia, pues habia contribuido á su grosero error, y preguntó si estaba visible la señorita Fitzalan.

—La señorita Fitzalan, le respondió gravemente Magdalena, está algo indispuesta y no puede recibir á nadie.

No mentia la buena nodriza.

A la fuerte agitacion de la noche anterior habia sucedido una fiebre que no consintió á Amanda que dejase el lecho en toda la mañana. Su espíritu estaba quebrantado; sus sienes latian con violencia, y en medio de su profundo abatimiento sólo encontraba alivio en la soledad y el silencio.

Mortimer se retiró descontento.

Por la tarde su impaciencia le llevó al mismo sitio.

Magdalena habia salido. Amanda se hallaba en el piso bajo, poco despues de haberse levantado. Elena se hallaba en la antesala preparándola el té.

—Elena, dijo Mortimer, hacedme el obsequio de decir á la señorita Amanda, que aquí está lord Mortimer y pide permiso para ponerse á sus piés.

Entró Elena, y mientras daba el recado vió como se enrojecia el rostro de Amanda, se llenaban de indignacion sus miradas y se erguia su talle con tanta majestad que pareció agigantarse.

—Díle, respondió Amanda, que me asombra su peticion; que ya sabe que es imposible; que busque en otra parte un corazon como el suyo y no vuelva á turbar mi pecho.

Mortimer estaba oyendo desde la antesala estas palabras y sentia un dolor agudo que penetraba su corazon.

Elena iba á hablar, y él le dijo turbado y con acento conmovido:

—No os molesteis, Elena; no repitais... Lo he oido. Gracias, adios.

Quedó atónita Elena y dijo despues hablando consigo misma:

—¡Jesús con mi hermana de leche! Parecia una reina. ¡Qué majestuosa se ha puesto! No la he visto nunca así... Anda, que bien cariacontecido sale lord Mortimer. No irá á contar por gracia las famosas dimisorias que acaban de darle. ¿Era pícaro? Pues así aprenderá.

Poco despues se detuvo Eduardo á la puerta de David, y Elena que no acababa nunca de admirar el magnífico rasgo de su hermana de leche, le contó lo ocurrido, recomendándole el secreto.

Al oir la nueva penetró un rayo de esperanza en el corazon de Eduardo. Habia temido hasta entonces que la intimidad de Amanda y Mortimer fuese un obstáculo insuperable para ver correspondido su secreto amor; pero una vez rota la valla que separaba á aquel de la hermosa forastera, alentó y en un momento se forjó mil gratas ilusiones.

De buena gana habria abrazado á Elena que tal noticia le daba.

Miróla con semblante animado por la alegre esperanza mientras determinaba dar á conocer aquel mismo dia su cariño á Amanda, y le dijo:

—Querida Elena, si dentro de media hora os hallo á la otra parte del jardin, en la pendiente del valle, os lo agradeceré mucho y os daré un recado del mayor interés.

Como Eduardo nunca habia dirigido á Amanda ningun obsequio por el cual se pudiera sospechar que estuviese enamorado de ella; como repetidas veces habia celebrado

risueño la belleza de Elena y como acababa de dirigirle la palabra con semblante tan expresivo, creyó la pobre muchacha que todo el recado que queria darle iba á consistir en declararle su amor. Creyó y se aferró á esta idea que halagaba su vanidad; pues si era envidiada de las demás aldeanas por los obsequios de Chip, que aunque buen mozo no era mas que un carpintero, ¿qué seria cuando viesen á sus piés á Eduardo, jóven de instruccion, de finos modales, relacionado con todos los caballeros de la comarca, y distinguido con la particular estimacion del párroco?

Prometió acudir puntual á la cita y desde aquel momento no pensó mas que en adornarse.

Hallábase ocupada en los importantes cuidados del tocador, cuando se presentó á su vista el buen Timoteo, muy endomingado, que iba á convidarla al baile, y así como hasta entonces le habia parecido muy bien, le pareció rudo, ridículo y muy inferior á lo que ella podia esperar.

Acordóse otra vez de la majestuosa actitud de Amanda, y viniera ó no á cuento, echó hácia atrás la cabeza, extendió el brazo y dijo:

—Vuestra invitacion es una impertinencia: buscad un corazon semejante al vuestro.

—Pero, Elena... balbuceó sorprendido el carpintero.

—Ya sabeis ahora mi resolucion, le interrumpió ella; no turbeis mas mi reposo.

El pobre Timoteo quedó confundido, absorto, y Elena dijo para sí:

—¡Ay qué gusto! Se ha quedado como lord Mortimer: mis palabras producen el mismo efecto que las de Amanda.

¡Ajá! Vaya que en algo se habia de conocer que somos hermanas de leche.

—Es decir, Elena... ¡que todo acabó entre los dos!

—Clarito.

—No teneis motivo alguno para tratarme así, dijo Timoteo desconsolado; estoy seguro que os pesará de haberos portado de este modo conmigo, que soy honrado y trabajador y siempre os he querido bien.

Elena le vió salir abatido, y satisfecha de su triunfo se miró al espejo en la misma actitud que habia tomado para despedirle.

Habia sonado la hora de la cita, y Elena se dirió á toda prisa á la otra parte del jardin, donde ya le esperaba Eduardo.

Es de advertir que el tímido Eduardo creia haber sido muy explícito antes con Elena, y que esta se hallaba por demas enterada de cuál era el verdadero objeto de su pasion.

Así, pues, imaginaba que Elena le comprenderia perfectamente.

Hízola sentar á su lado y le dijo:

—¡Ay Elena! Yo quisiera ya saber ahora mismo cuál ha de ser mi suerte y al mismo tiempo temo saberlo, porque estoy acostumbrado á sufrir sólo reveses. ¿Podeis decirme vos si he de alimentar alguna esperanza?

—Teneis un modo de hacer las preguntas... contestó ella remilgándose.

—Es que mi suerte es corta y lo que ambiciono es mucho, y los obstáculos...

—Si lo decís por el otro, no debe daros cuidado; porque lleva una despedida...

—¿Y si se apacigua la tormenta?

—No lo temais. ¡Vaya, al fin tendré yo que confesar que esa tormenta sólo ha sido promovida por causa vuestra.

—¡Qué escucho!

—Lo que yo no deberia haber dicho.

—¡Dios mio! Conque puedo abrir mi corazon al regocijo; conque puedo ahora mismo...

—¿Ahora mismo? Eh, pasito, pasito, señor Eduardo; que aunque parece que no, teneis un genio como una pólvora.

—¿Y por qué he de esperar? ¿Acaso para escuchar mis protestas de amor creeis que esté demasiado enferma?

—¿Enferma?

—Sí, ¿ó era fingida su enfermedad?

—¿Pero de quién? ¿de quién...?

—De Amanda.

—¡De Amanda! tartamudeó Elena palideciendo.

—¿Pues de quién hablamos? ¿á quién amo yo? ¿para quién os dije que queria daros un recado?

Elena se cubrió el rostro con las manos y rompió á llorar con el mayor desconsuelo.

Eduardo le preguntó con tanto interés como sorpresa la causa de su llanto, y la muchacha que, aunque un poco vana, era sencilla, no supo disimular ni pensó en ello, y confesó francamente el error en que habia incurrido. Lo mejor del caso fué que despues de referir cómo habia despedido á Timoteo, acabó pasándose fuertemente los puños por los ojos y diciendo que todos los hombres eran unos falsos.

Eduardo no estaba de humor para reirse y la acosaba á preguntas acerca de Amanda; mas ella le contestó con

aspereza; y avergonzada de ver que se habia adornado para ir á buscar aquella desazon, se fué corriendo á su casa para encerrarse en un cuarto y llorar á su sabor.

A la puerta encontró á un chiquillo que la esperaba para entregarle una carta de Timoteo; apoderóse de ella con la esperanza de que tal vez le ofreceria un medio de reconciliacion decoroso, y enjugándose las lágrimas se apresuró á leerla.

La carta decia así:

«Elena: tan cruel habeis sido conmigo, que no puedo «permanecer un dia mas en el pueblo, ni acordarme de «nada de lo que me ha sucedido desde que nací. Hasta mi «oficio me fastidia, y así he determinado marcharme y «sentar plaza. Cuando recibais la presente ya me habré «alistado para servir en los bajeles de la marina real. Sabe «Dios si me tragará el mar ó si volveremos á vernos. Yo «escribo, porque es una gran cobardía quereros despues de «lo que habeis hecho conmigo, y sin embargo no puedo «dejaros ignorar que á pesar de todo os ama y os amará «siempre vuestro

«TIMOTEO CHIP.»

¡Qué pronto recibió su merecido castigo la vanidad de Elena!...

Muchos dias pasó llorando y sin atreverse á parecer por la aldea, porque suponia que todas las que antes la habian envidiado estarian celebrando el chasco; mas al fin lograron calmarla los consuelos de Amanda, que le hizo concebir la esperanza de volver á ver al despechado amante y reconciliarse con él.

Buscaba entre tanto Eduardo una ocasion en que demos-

trar á Amanda el cariño que le habia inspirado, y hacerle insinuaciones prudentes que le diesen ocasion para averiguar si podia abrigar alguna esperanza de ser correspondido.

Halló la coyuntura favorable y la aprovechó á su modo; pero Amanda le dió á entender que nada debia esperar de su amor, si bien, teniéndole por honrado, podia estar seguro de su estimacion y amistad.

Entonces fué Eduardo mas explícito que nunca.

—Yo cifraré, dijo, en vuestra amistad toda mi ventura, que mucha será para quien, como yo, sólo ha conocido la desgracia, y cuando las aflicciones opriman fuertemente mi corazon, volveré el pensamiento á vos como á un ángel de consuelo y sentiré menguar el peso de mi infortunio.

Lord Mortimer no tenia paz viendo frustrado el éxito de sus tentativas para hablar á Amanda, que se mantenia firme en su propósito de no recibirle.

Escribió, y sus cartas le fueron devueltas.

La casualidad y su decidido empeño le proporcionaron un dia la ocasion que tanto habia deseado en balde.

Jorge, el hijo menor de David, venia del pueblo con una carta en la mano.

Mortimer le detuvo, porque tenia gusto en ocuparse de todo lo que pertenecia á Amanda ó estaba cerca de ella.

Díjole el muchacho que iba á llevar la carta á su casa y que era para la señorita Amanda.

—Y tú, le dijo Mortimer, de mejor gana te irias á jugar á las eras con los demás chicos.

—¡Toma! Ya lo creo.

—Pues trae acá la carta, que yo la llevaré.

—¡Cómo, señorito..., vos! Eso es el mundo al revés.

—Anda, tontuelo, que tus compañeros hace una hora que están jugando. Así como así yo iba tambien para tu casa...

—Pues entonces tomad y muchas gracias.

Jorge se fué corriendo muy alegre hácia las eras, y Mortimer con una nueva esperanza se encaminó tambien á vivo paso á casa de David.

—Ahora no puede negarse á recibirme, decia; tendrá que tomar la carta de mi mano, y cuando menos se verá obligada á hacerme oir su voz encantadora y no podrá ocultar de mí sus bellos ojos ni aquella serena y casta frente que antes ¡ay Dios! podia yo contemplar extasiado y donde anidaban pensamientos mios.

Al verle venir de lejos hubo cierta alarma entre las mujeres de la familia de David.

Él comprendió que le observaban y aflojó un poco su precipitado paso.

Magdalena corrió á decir á Amanda que lord Mortimer se dirigia hácia allí y que sin duda volveria á importunarla.

—Venga en buen hora, contestó Amanda; decidle como siempre que teneis órden mia de no recibirle.

Salió la nodriza del cuarto á toda prisa, y ella se encerró con llave.

En aquel momento llegaba Mortimer á la puerta.

CAPITULO XIII.

Reconciliacion.—Sorpresa.

Encaróse el jóven lord con Magdalena con mas aplomo del que solia en aquella última temporada, y sin preguntar si estaba visible dijo:

—Magdalena, necesito ver indispensablemente á la señorita Fitzalan.

—Siento tener que decíroslo, señor; pero la señorita Fitzalan no puede recibir á nadie.

—Pasadle recado de mi parte...

—Será inútil, señorito.

—No será. Decidle que lord Mortimer no viene á importunarla, sino que es portador de una carta de Londres. Vedla.

Magdalena corrió á avisar á Amanda.

—Si es verdad, replicó esta, que trae una carta y no es suya, dadle las gracias y decidle que os la entregue, pues para eso no necesita verme.

Lord Mortimer no estaba dispuesto á retirarse sin haber visto á Amanda, y contestó á Magdalena:

—Sin duda la señorita Fitzalan, que ha perdido toda confianza en mí, cree todavía que la engaño. Hacedme el favor de decirle que la carta no es mia, y juro que ignoro de quién viene, y advertidle que no la dejaré sino en sus manos.

Amanda se presentó entonces con un género de hermosura que Mortimer jamás habia podido admirar en ella.

Su aspecto era severo, y el ceño contrastaba singularmente con la gracia melancólica y la afabilidad de su semblante.

—Es cosa cruel lo que me sucede, dijo alargando la mano.

—Tomad, le contestó Mortimer, y prometedme leerla en mi presencia.

—No sabeis bien, caballero, cuán cruelmente atormentais mi corazon. Dadme y leeré en presencia vuestra.

Echó una ojeada al sobre y rompió la nema precipitadamente.

Mortimer observó que su rostro se animaba, su ceño desaparecia, y una singular expresion de contento realzaba mas y mas las gracias de aquel semblante adusto y severo poco antes.

Despues adquirió la expresion de la mas viva ternura, y se humedecian sus ojos al mismo tiempo que se iba agitando su pecho.

Vióla levantando al cielo las trémulas manos y los llorosos ojos, y se conmovió profundamente oyéndola exclamar:

—¡Dios mio, Dios mio, bendecidle como yo le bendigo, como le bendice mi padre, y haced que no caiga nunca sobre él el peso del infortunio!

—¡Dichoso mortal, exclamó á su vez Mortimer, que te has hecho digno de las bendiciones de Amanda! Decidme quién es; permitidme á lo menos que le bendiga yo tambien.

Amanda recobrando algo de su severidad, le tendió la carta diciendo:

—¡Es vuestro padre, leed!

—¡Mi padre! gritó Mortimer en el colmo de la sorpresa, y tomando el papel que le alargaba Amanda, leyó en alta voz.

La carta decia así:

«Mi querida Amanda:

«Despues de tan larga separacion y tanto pesar, llega por «fin el momento de darte una buena noticia. Alégrate, hija «mia, tú que tanto tiempo has vivido triste. Nuestra suer- «te ha variado; nuestra mala fortuna ha sido vencida, «gracias al excelente corazon de lord Rosven, que ha he- «cho por mí cuanto podíamos apetecer. Sí, hija mia, gra- «cias á la bondad inagotable de ese hombre generoso, cuya «nobleza de corazon te es bien conocida, pronto contaré «con medios para verte feliz á mi lado, ya que la posesion «de algun caudal es indispensable para la felicidad. En «mi próxima carta seré mas explícito; hoy apenas tengo «tiempo para nada y sólo te escribo por la necesidad de co- «municar con álguien mi alegría, y ¿con quién sino con- «tigo debia comunicarme? Adios, hija mia, adios. El buen «David se alegrará de nuestros aumentos. Quiera Dios ben- «decir á lord Rosven como le bendice tu padre

«Augusto Fitzalyn.»

Tambien lord Mortimer acabó de leer la carta con lágrimas en los ojos, y volvió el rostro para ocultarlas.

Cuando se hubo calmado un poco devolvió el papel á Amanda, y con voz aun conmovida le dijo:

—¡Y qué, señorita! las bendiciones que derramais sobre el padre ¿no irán acompañadas de alguna piedad para el hijo? Cuando elevais al cielo el nombre de lord Rosven, ¿dejareis á Mortimer en el abismo del dolor? ¿No estais convencida de mi arrepentimiento para que comience á inclinarse vuestro corazon á perdonarme?

Amanda habia doblado la carta y hacia ademan de retirarse; pero Mortimer la cogió de la mano.

—No es posible, dijo, que yo renuncie á justificar delante de vos mi conducta, ya que tanto me ha costado hallar una coyuntura que me permitiera ponerme en vuestra presencia. Vos rechazais mis explicaciones, ignorando cuáles puedan ser; pero yo debo dároslas; yo sé que nunca he insultado voluntariamente la virtud ni la inocencia, y no debo ser considerado como violador de sus derechos. Yo he sido ligero y frívolo y arrebatado á veces, como jóven; pero no he cometido felonías ni he tenido que sufrir el castigo del remordimiento; yo he respetado siempre la virtud y la he respetado doblemente cuando la he visto en la desgracia. Vos me tratais como pudierais á un libertino sin conciencia, como á un hombre que careciera por completo de probidad y honor, indigno hijo de lord Rosven; yo os juro que no soy así, y hasta me pesa de que por error seais cruel, vos que sois la dulzura misma. No me impongais silencio, no os alejeis de mí sin oirme, porque daré voces desesperado é invocaré el venerable nombre de mi padre.

Amanda, que hasta entonces habia intentado retirar su mano de las de Mortimer, cedió en su empeño al oirle hablar con aquel penetrante acento nacido del corazon, y sobre todo al ver que se amparaba del nombre de lord Rosven, sagrado para ella.

La carta de Fitzalan habia puesto en tales disposiciones el corazon de Amanda, que casi se alegró de que otra vez tratara Mortimer de justificarse con tanto empeño.

Apenas vió este que ya no insistia en dejarle solo, comenzó á explicar cómo habian nacido en él las primeras dudas; cómo el ocultar su nombre de Fitzalan y el haber averiguado por su hermana Araminta que su padre no conocia á ningun Dunfort habia excitado aun mas su desconfianza. Refirióle que por Virginia habia sabido que Magdalena estaba noticiosa de su llegada á la aldea, y creyó verosímil que no hubiese ocultado la noticia á ninguno de su familia; añadió que Magdalena misma habia usado con él un lenguaje que le acabó de precipitar en sus temerarios juicios, llenándole de pesar y lastimando su corazon que amaba, y su amor propio que se creia burlado. Contó con el acento de la mas pura verdad el sentimiento que le habia costado el imaginar que pudiera caber falsía en su corazon y los esfuerzos que habia hecho para rechazar semejante idea, y despues dijo:

—Os amaba yo tanto; os tenia por una mujer tan superior á todas las demás, Amanda, que fácilmente acabé por creer imposible que me hubiera cabido en suerte un tesoro semejante. Mi error, que me parecia desengaño, me desesperó y me turbó el juicio quitándome el reposo, y despues,

cuando ya tarde, cuando habiendo ya perdido vuestra estimacion conocí mi yerro, no puedo deciros lo que pasó por mí. Lleno de remordimientos, arrepentido de todo corazon, rechazado por vos... ¡oh Amanda, Amanda, vos á lo menos en vuestra inmerecida desgracia teniais tranquila la conciencia; yo no podia olvidar mi indignidad y el daño que os habia causado!

Amanda le escuchó atentamente: volvió á encontrar en él el ánimo generoso, el corazon amador de la virtud y la lealtad, los sentimientos puros expresados sin artificio, el entusiasmo por todo lo bello y la repugnancia á todo género de bajeza.

Volvieron á sus lánguidos ojos las lágrimas, pero eran lágrimas de placer que aliviaban su pecho. ¡Con qué íntimo gozo vió que el objeto de su cariño era en efecto digno de ser amado!

Viéndole recobrar sus nobles cualidades, renació en ella el afecto que le habia inspirado; mas al propio tiempo se acordó de su posicion respectiva en la sociedad, de la distancia que les separaba, y como si estuviese condenada á no gozar nunca una satisfaccion completa, sombreó su frente una nube de tristeza.

—Me habeis oido, siguió diciendo Mortimer, y soy tan desgraciado que aun podriais dudar de mis palabras. Pues bien, el objeto de todos mis deseos es poderos llamar mi esposa; la felicidad de mi vida pende sólo de vuestra determinacion. No os opongais á mi dicha, querida Amanda, autorizadme para que escriba al señor Fitzalan, pidiéndole vuestra mano como el bien mas apreciable de la tierra, y entonces... ya no dudareis de mí.

A mas de la elocuencia de Mortimer, abogaba en favor suyo el corazon mismo de Amanda.

Él la cogió de la mano, ella no la retiró; fué á mirarle y volvió á bajar los ojos.

—¡Oh! dijo Mortimer con inmenso gozo, estoy perdonado, ¿no es cierto? La verdad ha triunfado de vuestra preocupacion y ya no me creereis indigno de vuestro aprecio.

Rebosaba de su corazon la dicha y lo daba á conocer con los trasportes á que se entregaba.

Calmada aquella primera agitacion, escribió allí mismo á Fitzalan y encomendó á Amanda que le escribiese tambien por su parte, suplicándole que le contestara pronto.

Tarde salió aquel dia Mortimer de casa de David.

Despues de la prolongada separacion á que se habia visto condenado; despues de adquirir la seguridad de que Amanda le consideraba digno de todo su aprecio, pasaban para él las horas rápidas y apenas le permitian saborear su dicha.

Despidiéronse para continuar sus ordinarias entrevistas desde el siguiente dia, y en efecto, á la hora de costumbre vió Amanda desde su ventana á lord Mortimer que se encaminaba á su casa.

Portáronse uno con otro en los primeros momentos como personas que deploran el haber visto interrumpidas sus buenas relaciones y desean persuadirse de que están dispuestas á no desconfiar en lo sucesivo y á descansar completamente en su fe recíproca.

Despues de las primeras muestras de cariño, tanto tiempo comprimido, hizo saber el jóven lord á Amanda que bien á pesar suyo se iba á ver precisado á ausentarse de

ella, precisamente cuando mas deseoso estaba de su dulce compañía.

—Yo vine al país de Gales, dijo, con el propósito de visitar á un amigo que vive en la isla de Anglesey. La caida que dí al volcar mi carruaje me hizo venir á la aldea; os ví, y vos sabeis que os amé y no pensé ya sino en respirar el aire que vos respirabais. Ahora mi amigo me reclama el cumplimiento de la prometida visita, y si no voy inmediatamente á verle, me amenaza con venir él al palacio de Tudor. En parte quisiera que viniese para no tener que separarme de vos; pero bien considerado creo que es mejor que vaya yo á la isla, pues de allí puedo marcharme cuando bien me parezca, y de mi casa no me seria tan fácil echarle. Iré pues á Anglesey antes que él se presente y procuraré volver pronto; pero si antes de mi regreso recibierais carta de vuestro padre autorizando nuestra union, no dejeis de participármelo con toda la brevedad posible, y entonces me pondria en camino inmediatamente.

Amanda queria disimular el sentimiento que le causaba aquella repentina ausencia, justamente cuando más necesidad sentia su corazon de ver y hablar á su amante y tener á todas horas ante sus ojos un testimonio de la lealtad de sus afectos; mas no pudo ocultar su pena.

Esto dió lugar á nuevas protestas de Mortimer, que le prometió además acortar todo lo posible los términos de su ausencia, y desvaneció la idea que á ella le habia asaltado de que era de mal augurio su partida en circunstancias semejantes.

Para ganar tiempo Mortimer partió aquel mismo dia.

Durante su ausencia Amanda sólo se acordaba de él,

de la peticion dirigida á su padre y de su resultado.

A veces dejaba correr libre su fantasía por el inmenso campo del porvenir, y considerándose casada y dueña de un gran caudal, discurria las comodidades que podria proporcionar á su padre que tanto habia padecido por ella; las ventajas que podria obtener para su hermano Oscar; lo mucho que podria favorecer á David y su familia, y el bien que podria derramar sobre todos los menesterosos de cuyas cuitas tuviera noticia.

¡Cómo se complacia imaginando medios ingeniosos para enmendar los errores de la suerte injusta! ¡Con qué placer estudiaba el modo de interesar á Mortimer en todas sus buenas acciones!

Cuatro dias habian trascurrido desde la partida de su amante, cuando hallándose una tarde sentada á la sombra en el jardin de la casa, vió acercarse una silla de posta.

La curiosidad le hizo fijar las miradas en el carruaje, y aun se levantó dirigiéndose á la puerta viendo que allí mismo bajaba el conductor y abria la portezuela.

Apeóse de la silla un anciano, y Amanda al verle se detuvo y lanzó un grito de alegría.

El anciano volvió la cabeza, la vió y corrió hácia ella.

Era su padre.

CAPITULO XIV.

Nuevo pesar de Amanda.

De gozo y de sorpresa iba á desfallecer Amanda cuando Fitzalan la recibió en sus brazos colmándola de ardientes caricias.

La familia de David salió atraida por la novedad de ver un carruaje parado á su puerta, y Magdalena, que conoció en seguida al padre de Amanda, envió recado á su esposo, que trabajaba en un campo inmediato.

Abrazáronse todos y entraron en la casa.

Magdalena quiso preparar comida para Fitzalan; mas este dijo:

—No os molesteis, amiga mia; mi permanencia aquí va á ser muy corta. Amanda, hija mia, haz tus preparativos de viaje á toda prisa, pues no tenemos mas que una hora de tiempo y mayor tardanza podria acarrearnos grave perjuicio.

Amanda quedó pasmada.

Miró á su padre creyendo que habia oido mal, y repitió:

—¡Una hora de tiempo!...

—Sí, contestó él con resolucion, y como sé que os llevais perfectamente con Elena, si sus padres no se oponen, á fin de que os sea menos penosa vuestra separacion, vendrá con nosotros, se entiende si ella es gustosa. Id y preparaos.

Obedeció Amanda maquinalmente, y apenas se halló fuera de la presencia de su padre, manaron de sus ojos copiosas lágrimas de amargura.

¡Abandonar aquellos sitios...! Alejarse de los lugares donde acababa de reconciliarse con su amante; salir como fugitiva sin poderle dar aviso alguno y cuando de un momento á otro, quizá aquel mismo dia se hallaria él de vuelta y correria á buscarla en vano para repetirle sus juramentos!

De pronto se le ocurrió que sin duda su padre no habia recibido la carta en que Mortimer le pedia su mano, y sin terminar el arreglo de su equipaje bajó para preguntárselo; mas apenas iba á hablar venciendo su turbacion, Fitzalan le dirigió una severa mirada, y cogiéndola de la mano le dijo gravemente:

—Querida Amanda, en las actuales circunstancias toda explicacion seria ociosa; despachad, que el tiempo vuela.

Ante aquella elocuente concision, nada tenia que esperar Amanda y volvió á salir obedeciendo á su padre.

Arregló sus ropas á toda prisa, pensando aprovechar breves momentos y dejar á Magdalena un billete para Mortimer á fin de enterarle de lo sucedido.

Casualmente Magdalena subia á su cuarto para ayudarla y porque no se avenia á estar lejos de ella cuando iba á separarse de su lado tal vez para siempre; pero detrás de Mag-

dalena subió Fitzalan y entró al ir Amanda á tomar la pluma.

Ni escribir pudo ni dejar de palabra ningun recado á Magdalena, porque su padre parecia haberse propuesto no dejarle ocasion para ello.

Juntos bajaron; Magdalena llevó el ligero paquete de Amanda y lo colocó en la silla.

Volvió á abrazar á Amanda y á Elena, llenos de lágrimas los ojos, y Fitzalan dijo:

—Magdalena, no lloreis; vuestra hija va conmigo, no paseis por ella cuidado alguno. David, amigo mio, dejadme estrecharos entre mis brazos. Cuando sea tiempo recibireis noticias nuestras.

—Dios os proteja en todo. Adios.

Abrazáronse de nuevo, subieron al carruaje y partieron precipitadamente.

Elena, como muchacha, era la que iba mas triste, y no hacia mas que mirar á Amanda, y de cuando en cuando á Fitzalan á hurtadillas.

Al salir de la aldea, tomaron una revuelta que formaba el camino; Amanda asomó la cabeza, y viendo la tapia del cementerio, prorumpió en llanto.

Fitzalan siguió la direccion de su mirada y sintió bañársele en lágrimas el rostro.

—¡Sin despedirnos de mi madre! tartamudeó Amanda.

—¡Pobre Malvina! exclamó Fitzalan, apoyando la frente en sus manos.

Guardaron largo silencio con el corazon oprimido de tristeza.

Las torres del palacio de Tudor pasaron por delante de Amanda recordándole á su dueño.

A su rápida aparicion exhaló Amanda un suspiro y su padre le dirigió una severa mirada.

Tuvieron que pasar la barca de Convay, y la pobre niña que en cualquiera otra ocasion habria gozado tanto con el espectáculo de las bellezas que caracterizan aquel sitio y su gótico castillo, nada vió, nada admiró, dominada como estaba por su dolor. A los pocos momentos atravesaron los célebres peñascos, cuya grandiosidad y terribleza imponen y aterran, y tampoco llamó su atencion aquel extraordinario espectáculo.

Elena se acercó mucho á ella, toda amedrentada, y alzando los ojos no pudo menos de decir:

—¡Ay Dios! si una de esas enormes peñas se derrumbara...

Fitzalan y su hija no le contestaron una palabra.

Así llegaron á Bangor, en donde debian pasar la noche.

Entraron en la posada, tomaron un cuarto, y Fitzalan dejó por un momento á Amanda y Elena juntas, miéntras daba algunas órdenes para continuar su viaje al dia siguiente.

Asomóse á una ventana la enamorada doncella y contempló el tranquilo panorama que se ofrecia á su vista, iluminado por el melancólico resplandor de la luna.

El campo estaba en silencio; las movedizas aguas partian en infinitas é intranquilas estrellas la línea de luz que el rielar de la luna le enviaba.

Oyóse á lo lejos el acompasado rumor de unos remos, y vióse venir una barca que atracó casi al pié de la ventana.

Saltaron en tierra una porcion de hombres, y aunque no se les podia ver el rostro, Amanda creyó conocer en uno de ellos á su querido Mortimer.

Puso atencion y oyó su voz, aquella voz que tan simpática se le habia hecho. Era Mortimer quien hablaba; no podia haber duda en ello: estaba dando órdenes á un postillon para su próximo viaje al palacio de Tudor.

¡Estar tan cerca uno de otro y no poder hablarle! ¡No poderle decir siquiera cómo la habia sacado su padre atropelladamente de la aldea!

Así pensaba, cuando entró Fitzalan en su habitacion, y en su ceñudo semblante conoció Amanda que no ignoraba la presencia de Mortimer en aquel sitio.

Apartóla de la ventana que cerró él mismo, y se mostró tan enojado, que por primera vez en su vida temió la pobre Amanda haber perdido su cariño, y se le oprimió el corazon de manera que temió morir ahogada mientras no pudo desahogar en lágrimas su amarga pena.

En los aposentos inmediatos al suyo se preparaba una mesa para una gran cena que iban á celebrar los compañeros que habian llegado con Mortimer en la barca.

Sirvieron entre tanto lo que Fitzalan habia pedido; mas él no tenia apetito alguno. Amanda tampoco habria tomado nada; pero cenó frugalmente por obedecer á su padre y para alentar á Elena, que viendo á los dos tristes y taciturnos estaba asustada y en continuo sobresalto al menor movimiento que les veia hacer.

En los aposentos inmediatos comenzaron á cundir conversaciones y risas, oyéndose perfectamente cuanto se hablaba, todo lo cual parecia aumentar el enojo de Fitzalan.

Llegado el momento de los brindis y tocándole el turno á Mortimer, gritó uno de los comensales:

—¡Señores, pidamos todos á Mortimer que brinde por la señora de sus pensamientos!

Amanda se estremeció y bajó los ojos temerosa de ver el aspecto que en aquellos momentos pondria su padre.

—¡Sí, sí! replicaron todos los demás compañeros de Mortimer; aprobado por unanimidad, que brinde por ella.

—Sí haré, señores, contestó Mortimer; que es digna de obsequios mayores que ese.

—¡Sepamos quién es! gritaron unos.

—¡Que lo diga en seguida! gritaron otros.

—¡Es un ángel! dijo Mortimer.

El corazon de Amanda latia con violencia y sus mejillas abrasaban.

—Ese ángel debe tener un nombre en la tierra, dijo una voz dominando las demás; sepamos su nombre.

—¿Su nombre? Amanda.

—¿Amanda de qué? Es de suponer en el susodicho ángel un apellido, conforme con los usos terrenales.

—Amanda Fitzalan, dijo Mortimer, y bebo á su salud, señores.

—Ya empiezo á comprender, gritó otra voz, el misterio de la permanencia de lord Mortimer en el palacio de Tudor. Por allí debe estar el nido de sus amores; pero conozco el personal de la casa y no acierto con el objeto amado.

—Yo apuesto, vociferó un atolondrado jóven, á que es una aldeana mofletuda y frescachona cuyas carnes rebosan del corpiño, ofreciendo en invierno el hermoso espectáculo de masas amoratadas...

—Señores, dijo Mortimer interrumpiendo; no quisiera tener que arrepentirme de mi complacencia para con vosotros.

He pronunciado honestamente un nombre respetable, sabiendo que estaba entre caballeros. La señorita Fitzalan no puede ser objeto de ciertas bromas; su virtud y sus méritos la defienden de todo mal pensamiento; pero os ruego que no hablemos mas de ella estando de sobremesa, pues estoy obligado formalmente á hacer que la guarde todo el mundo el respeto que yo la guardo.

A estas palabras pronunciadas con entereza y gravedad, siguió un profundo silencio en el bullicioso aposento.

Fitzalan dijo en voz baja á Amanda y Elena que se fueran á acostar, pues estaban rendidas de cansancio y necesitaban de algun reposo para ponerse en camino á la mañana siguiente muy temprano.

La alcoba caia precisamente encima del cuarto en que celebraba su cena aquella alegre comitiva.

¿Cómo habia de descansar Amanda despues de las severas miradas de su padre, teniendo á Mortimer cerca y estando convencida de que aquel viaje no tenia mas objeto que alejarla de él?

—Estais muy pensativa, le dijo Elena muy bajito, y yo sé por qué. Si yo bajase muy silenciosa y le dijese á lord Mortimer que estabais aquí, él podia llegarse con mucha prudencia y se enteraria de lo que os pasa y os despediriais como dos personas que se quieren bien. ¿Quereis?...

—¿Estás loca, hija mia? Si mi padre...

—Si subia el capitan, escondíamos á lord Mortimer.

—Calla, calla. Ni yo se lo habia de proponer ni él aceptaria.

En aquel momento oyó Amanda la voz de Mortimer en la calle.

Abrió muy poco á poco la ventana y le vió despidiéndose de sus numerosos compañeros que le rodeaban estrechándole la mano y abrazándole unos tras otros.

Él ocupó la silla, se despidió de todos con una voz, y dijo al postillon:

—Ahora, al palacio de Tudor volando, aunque se haga añicos tu carruaje.

Partió con violenta carrera, y el ruido de las ruedas se fué perdiendo á lo lejos, llevándose consigo las últimas esperanzas de la infeliz y enamorada hija de Fitzalan.

Los demas compañeros de Mortimer volvieron á la barca y repasaron el rio conversando alegremente.

Tambien se fué desvaneciendo el rumor de su conversacion y el de los acompasados remos, y todo quedó al fin envuelto en sepulcral silencio.

Amanda se sentó junto á la ventana, y Elena de pié á su lado no sabia cómo consolarla.

Si Fitzalan se hubiera puesto á escuchar en medio de aquel profundo silencio, de seguro habria oido los amargos sollozos de su hija.

Al fin pudo lograr Elena qne Amanda se acostase; mas no que hallara descanso en el lecho.

No la atormentaba sólo su desgracia, sino que pensaba tambien en el golpe que recibiria Mortimer al saber su partida y en qué circunstancias se habia verificado.

Antes de retirarse, pensaba, pasará él por delante de la casa de David, con la incierta esperanza de ver luz en mi cuarto; esperará con ansia el dia para verme, para darme cuenta de lo que ha pasado; para explicarme de qué pretextos se ha valido para no permanecer mas que cuatro

dias en la isla de Anglesey; llegará gozoso é impaciente, y en el primer momento, lleno de asombro y de dolor, no querrá creer que me haya ido de este modo, sin decirle á dónde iba, ni por qué abandonaba tan bruscamente la aldea. ¿Creerá el dolor que experimento? ¡Ah si supiera que ha estado tan cerca de mí; que he oido sus palabras!...

Iba á asomar el dia, cuando la rindió el sueño ofreciéndole con su misterioso poder un cuadro bien diferente de la realidad.

Soñó que se hallaba en el parque del palacio de Tudor; que Mortimer sentado á sus piés le hablaba de su próximo enlace; que ella sonreia placentera admirando las mil delicadezas que á él se le ocurrian y pasando la mano por la rizada cabellera de su amante.

La voz de Fitzalan llamándole á ella y á Elena para que se levantaran interrumpió su dulce sueño. Despertóse y oprimióse de nuevo su corazon.

CAPITULO XV.

Encuentro con Oscar.

Apenas despuntaba el dia cuando salieron de la posada, entraron en un bote y atravesaron el brazo de mar que separa el condado de Carnavan de la isla de Anglesey.

En la opuesta orilla tomaron un carruaje, y sin detenerse prosiguieron su camino silenciosos como lo habian emprendido.

Pronto empezaron á destacarse las cumbres de las montañas, y una fresca brisa agitó blandamente los tiernos tallos de las flores y las hojas de los árboles.

Las nubes se iban tiñendo de un pálido color de oro, y en los sitios mas elevados comenzaban á brillar las gotas del rocío.

Amanda contemplaba aquel espectáculo que siempre habia tenido encantos para ella, y Fitzalan se alegró de ver que su hija no era insensible á los poderosos atractivos de la naturaleza.

Detuviéronse para almorzar en un pueblecito, y siguieron su camino á la media hora para llegar al puerto inme-

diato, y oyendo á Fitzalan hablar de lo mucho que sentiria no encontrar buque á la vela, adivinó su hija que se iban á trasladar á Irlanda.

Súpolo de cierto muy en breve, pues Fitzalan despues de conversar con un hombre, dijo que habia tomado pasaje para los tres en un barco que salia á las seis de la tarde, y entonces dió Amanda por completamente perdidos los restos de sus esperanzas.

Despues de comer hizo Fitzalan que Amanda encargase algunas tareas á Elena y le dijese que fuera á desempeñarlas á otro aposento para no molestar á su padre si queria dormir un rato.

Hízolo así Amanda y quedaron solos padre é hija.

Tomóle aquel la mano, la hizo sentar á su lado y le dijo:

—Mucho ha padecido mi corazon teniendo que hacerte violencia, mi querida Amanda; sólo el honor podia obligarme á tan doloroso esfuerzo. Si sabes que he visto tus lágrimas, que he oido tus sollozos, bien comprenderás que no habré permanecido insensible á las muestras del dolor que en vano has tratado de ocultar: pues esas cosas no se ocultan nunca á los padres. Escúchame. Apenas regresó á Londres lord Rosven lo supe yo por un criado suyo y le escribí. Inmediatamente fué él á mi casa, me llevó á la suya y trató como verdadero amigo de los medios de asegurar para siempre mi posicion. Al Norte de Irlanda, me dijo, tengo un considerable patrimonio que perteneció á mi mujer, de quien sabeis que era irlandesa y muy rica. Si quereis administrar aquellos bienes, os encargais de ellos al momento, advirtiendo que os producirá un sueldo muy decente su administracion y yo no os habré hecho favor alguno, antes

me lo hareis vos á mí; pues tengo suma necesidad de un hombre muy inteligente y muy honrado, de un hombre como vos, Fitzalan, ya que hasta ahora, en la lejana administracion de aquellos bienes he sido engañado y robado por personas de poca delicadeza.

Acepté, como puedes imaginar, sus generosos ofrecimientos, y sentí mi pecho inundado de alegría, por tí y por nuestro querido Oscar. Loco de contento, no hallaba términos bastante expresivos para participaros á tí y á él la fausta nueva que nos arrancaba de las garras de la miseria, cuando recibí un golpe terrible con la carta de lord Mortimer. ¡Cómo! Su padre me honraba colmándome al mismo tiempo de beneficios y yo habia de destruir en pago sus más caras esperanzas. Tú ignoras quizás... sí; debes de ignorarlo, que lord Rosven tiene proyectado casar á su hijo con la heredera de un brillante título y de un caudal considerable; yo sabia que este era el sueño dorado de mi amigo y protector, y el jóven Mortimer lo sabe tambien, y por eso al escribirme se atrevia inconsideradamente á rogarme que consintiera yo en su enlace contigo, y guardase sobre este particular el mas profundo secreto. Creia tal vez que yo, reducido á la miseria, me haria cómplice de su desobediencia á la voluntad de su padre, y que teniendo en poco la gratitud y el decoro de mi nombre no repararia en medios con tal de hacerte dueña de sus cuantiosos bienes. Bien sabe el cielo, hija mia, que no merezco tan indigno concepto; pues aunque te quiero mas que á mi vida; aunque por tí soy capaz de arrostrar todo trabajo, todo peligro, todo padecimiento, antes te veria muerta á mis piés que cometer una accion propia de hombre bajo.

Arrojé á las llamas la carta del mal aconsejado Mortimer, y fuí á recibir las últimas órdenes de su padre, á quien dije que el estado de tu salud exigia mi pronta partida para Irlanda, á donde te llevaria conmigo. Él me adelantó una crecida cantidad para el viaje y nuestros primeros gastos, y tomé la posta al momento para apartarte de lord Mortimer, resuelto á arrancarle de su lado, aun cuando os encontrase al pié de los altares.

Amanda escuchaba inmóvil á su padre.

Este la miró con ternura, hizo una breve pausa para tomar aliento y prosiguió diciendo:

—No creas, empero, mi querida Amanda, que te haya sacrificado al honor y decoro de mi nombre, no. Tú introducida en la familia de Mortimer á disgusto de su padre; tú considerándote causa de enojo entre personas unidas por los lazos de la naturaleza, no habrias sido feliz. Al saberse tu pobreza habrias pasado por una mujer codiciosa, que habia atropellado por todo con tal de obtener la mano del acaudalado lord.

Yo tengo obligacion de ser previsor por tí y de alcanzar con mi experiencia á donde no alcancen tus cortos años; yo debo obrar como si tu madre existiera y aconsejarte lo que ella ¡la excelente Malvina! te aconsejaria. Tu madre fué tan virtuosa, que aun vive en mí el imperio de su virtud, y al alejarte de la aldea he obrado como si siguiera tambien una inspiracion suya. Tu inclinacion á Mortimer se irá desvaneciendo, sobre todo á medida que reflexiones que á tí y á mí nos habia de ser funesta por los diversos motivos que te he dicho; tú te esforzarás en combatirla, y tu voluntad y tu buen juicio triunfarán de todo. En cuanto

á él, lejos del objeto que cautivó su corazon, devuelto al bullicio de Londres, viviendo entre ricas damas, olvidará su pasajero cariño, y si perseverase en su empeño á pesar de nuestro alejamiento y de lo que quiere su padre, me encontrará siempre inflexible. La honra es nuestro único patrimonio y yo te prometo ser su fiel guardador, aunque me cueste la vida; la honra dió brillo á los primeros años de mi existencia y quiero que sus rayos fulguren sobre mis últimos instantes.

Amanda enternecida hasta lo sumo oyendo á su padre habia llegado á no poder contener sus lágrimas.

Fitzalan temió que aquel llanto sólo fuera de tristeza por la pérdida de su amante, y se levantó y paseó agitado por la sala.

—¡Ya lo veo! dijo por fin deteniéndose; el único bien que habia salvado del naufragio, que deberia ser mi consuelo hasta el término de mi existencia, ¿lo habré perdido tambien?

Amanda estremecida se levantó y corrió á abrazarle exclamando entre sollozos:

—¡Oh, no, padre mio, no! ¿Qué vale para mí todo lo del mundo sin vos? Amo á Mortimer, os lo confieso; ¿pero habia de preferirle á quien me enseñó á querer á la madre que no he conocido; á quien mira aun por mi estimacion mas que yo misma? No. Mandad y sereis obedecido, y los movimientos todos de mi corazon se ajustarán, yo os lo prometo, con vuestros deseos.

Fitzalan la estrechó contra su pecho, comprendió cuánta virtud habia en aquel heroico sacrificio y la tuvo largo rato abrazada, prodigándole las mas tiernas caricias y com-

parándola por su resignacion á su inolvidable Malvina.

Desde entonces hasta el momento de salir procuró Amanda aparentar mas tranquilidad para calmar la angustia de su padre; y este, aunque conoció el delicado ardid de su hija, se sosegó en efecto, augurando muy bien de aquel primer esfuerzo.

La tarde estaba hermosa cuando se embarcaron.

Amanda dirigió una postrera mirada á las montañas del país de Gales y formó la resolucion de vencer sus inclinaciones amorosas y consagrarse por completo á su padre.

A la mañana siguiente entraron en la bahía de Dublin. Apeáronse en la fonda de la Marina, donde se desayunaron, y despues fueron á hospedarse á la calle de Capel.

Fitzalan queria detenerse algunos dias en Dublin, para estar al lado de su hijo que se encontraba allí de guarnicion, y proveerse de algunos objetos que le eran necesarios para instalarse en el castillo.

Al bajar el carruaje por la calle de Capel, vió Amanda parado en una esquina á un jóven oficial del ejército que le parecia ser su hermano Oscar.

Palpitó su corazon experimentando un placer no gozado en mucho tiempo y se asomó al cristal para verle mejor al paso.

Al llegar delante de él queria llamarle por su nombre; pero la alegría sólo le permitió dar un grito.

Volvió Oscar la cabeza, y viendo que desde el carruaje le hacian señas agitando un pañuelo, echó á andar á toda prisa y llegó á la puerta del meson á tiempo que se apeaban nuestros viajeros.

Oscar en el colmo de la mas grata sorpresa abrazó estre-

chamente á su hermana, proporcionando á Fitzalan un momento de verdadera felicidad; pues no podia haberla mayor para su corazon paternal, que contemplar á sus dos hijos dándose muestras de tan entrañable cariño.

Aquel dia precisamente Oscar tenia que cumplir ciertos deberes militares, de manera que ni pudo comer en su compañía ni dedicarles mucho tiempo; mas al dia siguiente, apenas se vió libre del servicio, corrió á reunirse con su familia.

Acompañó á su hermana á casa de los mercaderes para la compra de los objetos que les habian de ser mas necesarios en el castillo.

Amanda compró además ropas, libros de dibujo y cuadernos de música, junto con otras frioleras, para que viese Elena que no se olvidaba de ella.

Cuando volvieron á la posada, ya les esperaba Fitzalan, que tambien habia salido por la ciudad á desempeñar algunos encargos de lord Rosven.

Oscar dijo á su padre que durante sus deligencias su hermana habia llamado mucho la atencion por su hermosura, y que algunos jóvenes se quedaban parados en medio de la calle para contemplarla mas á gusto.

Aprovechó Fitzalan aquella ocasion y dijo cogiendo de entrambas manos á su hijo:

—Cuando tú eras muy niño te parecias mucho á Amanda; tu pobre madre solia decir que como siguieras de aquel modo, á los quince años aun podrias llevar traje de mujer sin que pareciera el engaño; pero hoy te encuentro muy cambiado, hijo mio; veo tus ojos hundidos, pálidas tus mejillas; afectas una alegría de que realmente no participa tu

corazon... ¿qué significa esto, querido Oscar? ¿Tu ánimo intranquilo, tu desazon provienen de alguna causa que pueda hacerme temer dolorosas consecuencias? Sé veraz con tu padre.

Oscar bajó los ojos y respondió:

—Deseaba ocultároslo, padre mio; pero ya que no es posible, sabed á lo menos que ni vos teneis nada que temer ni yo nada de que avergonzarme. El pesar que me aflige se disipará con el tiempo, yo os lo aseguro, y no dejará huella alguna en mi corazon.

—El callarme tú la causa, replicó Fitzalan, me hace suponer que el mal es mas profundo de lo que aparentas.

—Oscar, dijo Amanda acariciando á su hermano, no hagas creer á nuestro padre mayor mal del que padezcas; confiésale la verdad. ¿Quieres que lo diga yo? A ver si acierto. ¿Tienes cautivo el corazon?

Oscar hizo un movimiento que dió á conocer que Amanda no se habia equivocado. Fué á estrechar la mano á su padre repitiéndole que nada temiera por él, y se puso á hablar del coronel Belgrave y su esposa, sin notar el efecto que aquel nombre producia en Fitzalan y Amanda.

Preguntóle esta si era tan bella y virtuosa como decian la esposa de Belgrave, y él respondió con entusiasmo que era encantadora y estaba dotada de todo género de virtudes.

—Es hija, añadió, de vuestro amigo el general Berbice, que siempre me ha distinguido, haciéndome de vos grandes elogios.

—¿Es feliz? le preguntó Amanda.

—¡Oh! sin duda alguna, si la felicidad consiste en lo que generalmente se cree.

Dos dias permanecieron juntos. Oscar apenas se apartaba de su lado.

Antes de despedirse, y enterándole del nuevo obsequio que debia á lord Rosven, dijo Fitzalan á Oscar que confiaba poderle procurar alguna mayor ventaja en lo sucesivo y que tuviese la certeza de que se ocuparia siempre de su felicidad.

—¡Mi felicidad! repitió Oscar tristemente, y tuvo que hacer un grande esfuerzo para que no brotaran las lágrimas de sus ojos.

—Sí, hijo mio, prosiguió Fitzalan, si tú y tu hermana no sois dichosos, ¿para qué quiero yo la vida? Si tú no lo eres, ¿quién mirará por Amanda, quién la amparará cuando yo no exista?

Compitieron todos en demostraciones de tiernos afectos y Oscar no se separó de ellos hasta que el buque levó el ancla.

Entonces se abrazaron con viva efusion, y Amanda entregó á su hermano una cartera con algunos billetes de banco, que para él le habia dado Fitzalan.

CAPITULO XVI.

Oscar enamorado.

Lleven próspero viaje los que van buscando un abrigo contra las tempestades que contra ellos levanta la suerte adversa, y ¡ojalá lleguen á seguro puerto!

Mientras surcan el mar para poner á salvo su honor y delicadeza, expliquemos los sucesos del hijo de Fitzalan desde que se alejó del seno de su familia.

Pasó Oscar á Irlanda y se incorporó á su regimiento, que se hallaba de guarnicion en una ciudad cuyos moradores eran muy corteses y hospitalarios.

Su carácter y su educacion le hicieron al momento simpático á sus compañeros, y durante los primeros dias muchos de ellos se esmeraron en obsequiarle y con ellos visitó lo mas notable de la poblacion y sus pintorescos alrededores.

Como salido por primera vez de su casa se acordaba continuamente de su padre y hermana, y á veces procuraba

estar solo para entregarse á los pensamientos que aquellos dos seres tan queridos le inspiraban.

Con frecuencia se dirigia hácia los frondosos bosques que se extienden hasta la orilla del rio y se distraia cazando.

Cierto dia se alejó mucho, sintió cansancio, y arrimándose á la sombra para librarse de los ardientes rayos del sol, descubrió un hermoso huerto, cuyos árboles estaban cargados de fruto.

Como en las casas inmediatas á la ciudad solian enviar al mercado el producto de sus campos, jardines y huertas, creyó Oscar que sin reparo le venderian manzanas de las que tenia á la vista.

Abrió una verja baja, entróse por un sendero que haciendo un suave sesgo iba á parar á una puerta y llamó con la mano.

Asomó á una ventana un lindísimo rostro de delicada tez; y Oscar, que al ruido habia levantado la cabeza, dijo:

—Os pido mil perdones, señorita; deseaba saber si me venderian algunas manzanas...

—¿Vender? no, respondió ella sonriendo; pero esperad un momento.

Desapareció, y en breve se abrió la puerta y volvió á aparecer ella diciendo:

—Entrad, entrad.

Era una jóven encantadora, de sencillo y noble porte y graciosos movimientos.

Oscar quedó admirado apenas entró en la casa, al ver su riqueza.

Siguió á la hospitalaria beldad, y entrando en el comedor

vió por una puerta de cristales abierta, á otra mujer de mayor edad y de porte tambien distinguido.

—Señora, dijo Oscar saludando, no sé si el ser forastero será para mi bastante disculpa, pues conozco que he cometido una indiscrecion atroz. Sabia que en los alrededores de la ciudad se cultivaba la fruta que se vende en nuestros mercados, tenia sed, ví manzanas, y sin ponerme á discurrir me entré neciamente...

—Es muy natural vuestro error y no necesitais disculpa. Bastaba que tuvierais sed y las manzanas á la vista para desearlas. Tomad, tomad, y no hagais cumplidos.

Pusiéronle delante un lindo canastillo de manzanas y una botella de fresca cidra.

Oscar quedó prendado de la franqueza del trato y tambien de las gracias de la señorita, que conoció en seguida el buen efecto que habia producido en aquel gallardo indiscreto.

La jóven podria tener unos diez y siete años y era graciosa como Hebe. Su estatura no era muy alta, pero sus formas eran por extremo graciosas y delicadas. Tenia el cabello castaño, la frente muy tersa, los ojos azules pero muy vivos, y la boca saliente y movible le formaba dos seductores hoyuelos. Su cútis era trasparente y dejaba ver sus azuladas venas.

Conversó con tanto desembarazo como natural cultura con Oscar y le excitó á que comiera y bebiera, escogiéndole ella misma un par de manzanas entre las mas hermosas.

Oyó que la señora mayor llamaba Adela á la obsequiosa jóven, y el nombre de Adela quedó grabado en su corazon.

Respondiendo á sus corteses preguntas, admirando las



Adela.

gracias de Adela y elogiando lo hermoso y apacible del sitio se le pasó rápidamente el tiempo y oyó dar las tres.

—Señoras, dijo levantándose confundido, dos horas hace que os estoy molestando y abusando de vuestra amable condescendencia. Sírvame de disculpa ahora vuestro cariñoso y humano trato que me ha tenido encantado todo este tiempo. No me conserveis mala voluntad, y creed, os ruego, que me acordaré siempre de vuestro inapreciable obsequio.

Despidiéronle las señoras con mucha galantería, y él á la mitad del sendero, viendo que tambien iban por el mismo camino, se detuvo siquiera para pasar un momento mas á su lado, diciéndoles que el punto de vista en que se hallaban debia de ser sin duda lo mas hermoso del país.

—Y antiguamente muy abundante en caza, le contestó la jóven. ¿Habeis disparado vuestra escopeta?

—Sí; pero sin fruto alguno, señorita. No he visto mas que una banda de perdices, y aun iban fuera de tiro.

—Aquí hay dos caminos frecuentados y escasea mucho la caza; pero ¿por qué no os internais por el bosque si sois aficionado? Allí sí que emplearíais bien el tiempo y la pólvora.

—En cuanto á emplear bien el tiempo, no me quejo, antes celebro mucho haberlo pasado en tan amable compañía.

—¡Oh! ¡Ya os vais á las lisonjas!

—Adela, dijo la señora mayor, este caballero tenia prisa y tú le estás deteniendo.

—¡Ah! teneis razon, contestó ella corriendo á asirse de su brazo; quedad con Dios, caballero; quedad con Dios.

Tomaron ambas por un camino abierto dentro de la

hacienda y saludaron por última vez á Oscar, que permaneció un momento inmóvil y por fin volvió á seguir su camino.

—Hé ahí una jóven, decia... ¡bonita jóven! se llama Adela; Adela... ¡bonito nombre! Pero ¿qué? ¿Pueden importarme á mí gran cosa los bellos semblantes ni los bellos corazones de las mujeres? ¡Soy pobre! ¿De qué me serviria admirarla, amarla, consagrarle mi corazon? Tengamos juicio ya que no tenemos dinero, y si no, peor desgracia será quedarnos sin lo uno ni lo otro.

Excelente propósito el de Oscar; pero al dia siguiente cogió su escopeta y encaminó sus pasos al mismo sitio.

Se fué solo porque su corazon le aconsejó que no diese á conocer á sus compañeros la escondida y peregrina belleza que él habia descubierto.

Llegó frente á la casa de Adela y el corazon le dijo que no pasara mas adelante; la entrada del huerto estaba abierta, pero no se atrevió á penetrar en él.

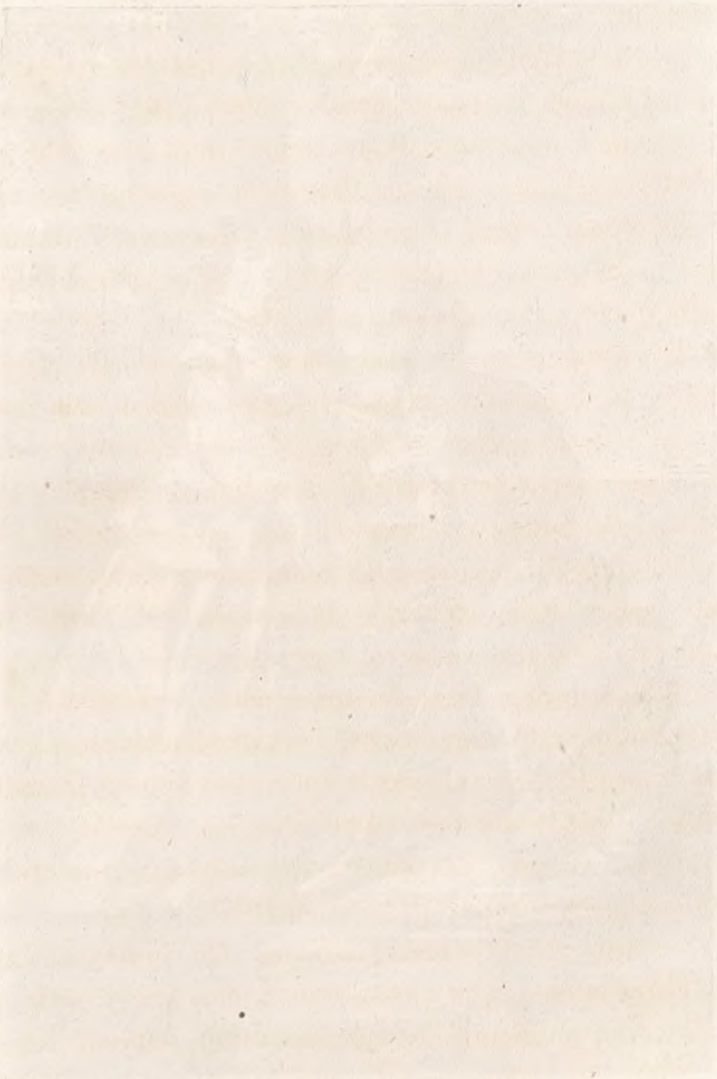
Miró á la casa desde la empalizada, no divisó á nadie, anduvo un rato vagando por las inmediaciones, y por fin, algo mas le diria el corazon cuando se sentó á la orilla del lago, al pié de un árbol, sobre una peña cubierta de musgo.

Dejó á sus piés la escopeta y el sombrero, se cruzó de brazos, descansó la cabeza en el tronco y dijo:

—¡Qué airecillo tan agradable! ¡Qué hermosa es Adela!

Pensando en ella y admirándola mas que el bello panorama que tenia ante los ojos, oyó ruido detrás, volvió la cabeza, y viendo que se acercaba la misma Adela, se levantó inmediatamente.

—¡Calle! exclamó ella, ¿quién habia de imaginar que





Lo que es hoy manzanas os puedo dar, pero no conversacion.

estabais aquí? Ya comprendo. Estabais cansado y sediento como ayer, no os atrevisteis á entrar en casa y os habeis sentado aquí para descansar en sitio fresco y distraeros.

Afortunadamente traigo manzanas.

Sentóse en el sitio que habia dejado Oscar, y quitándose el sombrero de paja porque dijo que la molestaba, sacó manzanas de un bolson que llevaba colgado del brazo, escogió dos muy hermosas y se las ofreció.

Oscar se sentó á su lado y colocó las manzanas en el sombrero de Adela, en cuyo rostro puso con mas profunda admiracion que nunca sus insaciables ojos.

Dirigióle con cierta cortedad algunas galanterías, y ella le contestó:

—Lo que es hoy manzanas os puedo dar, pero no conversacion; hacedme el favor de comeros vuestra fruta predilecta ó echáosla en el zurron de caza; porque voy á tomar el sombrero para pasar el sol, pues me vuelvo á mi casa.

Tomó el sombrero Oscar y le dijo:

—¿Me permitís que os le ate?

—¿Sabreis hacerlo? Puede que sí; tendreis alguna hermana.

—Una tengo en efecto...

—Pues si es así, atad: ya no temo que tireis demasiado de los lazos.

Aquella confianza, aquella naturalidad de Adela, dejaron á Oscar mas prendado que nunca.

—¿Y os vais ya? le preguntó con pesadumbre.

—Sí por cierto. Vos os quedais y creed que os envidio la dicha de pasar un buen rato en este ameno sitio; pero tengo

que volverme, porque en mi casa me buscarian con inquietud.

—¿Me permitrieis que os acompañe á vuestra casa?

—Si me acompañais, van á decir que nos hemos estado buscando toda la mañana.

—Eso es que en vuestra casa tienen algo de adivinos: porque en cuanto á mí, dirian la verdad.

—En todo hallais pretexto para galantear. Adios, señor cazador, adios.

Fuése corriendo con gran ligereza, y Oscar no se movió hasta perderla de vista.

De vuelta para la ciudad encontró al paso á unos labradores, preguntóles de quién era aquella quinta, y le respondieron que de una señora viuda muy rica, llamada Marlove.

Aquella noche se habló mucho entre los oficiales sus amigos de una gran fiesta que preparaba el anciano general Berbice, en una magnífica posesion que tenia en aquellos alrededores. Todos los años, el dia primero de julio daba el general una fiesta semejante en aquel sitio de recreo, conmemorando uno de los mas gloriosos triunfos militares del rey Guillermo. Convidaba á las personas mas notables de la poblacion con sus familias, y todos los oficiales jóvenes deseaban asistir, tanto por gozar de la diversion como para conocer á la hija del general, que tenia fama de muy hermosa.

El anciano militar habia estado aquella mañana en las oficinas del departamento de la Guerra á pasar él mismo las invitaciones.

Oscar debia ser uno de los convidados y se alegró de que

se le ofreciese aquella diversion, que le distraeria de Adela.

—Pienso demasiado en ella, decia, y es menester que tengan pronto término mis continuos devaneos. Si mi padre supiera cuánto ocupa mi imaginacion esa jóven, me lo reprenderia severamente y á fé que le sobraria motivo para ello.

¡Qué juicioso estaba Oscar por la noche! Pero al dia siguiente cogia la escopeta, y evitando toda compañía tomaba el camino de la quinta de Marlove y vagaba por allí como alma en pena.

Nunca volvió á su casa con perdiz ni gazapo; mas solia disparar al aire por los alrededores del lago, y en seguida dirigia las miradas á la quinta, pensando que tal vez al ruido se asomaria la hermosa Adela.

En vano apeló repetidas veces á la misma estratagema. Adela no volvió á presentarse ante sus ojos.

—No se acuerda de mí, decia Oscar de vuelta á la poblacion; ¿quién sabe si vale mas que así suceda? No viéndola, me será mas fácil olvidarla; no viéndola perderé la costumbre de venir diariamente á este sitio, que ya no me parece tan atractivo como los primeros dias.

Propúsose buscar en lo sucesivo la compañía de los oficiales de la guarnicion, en lugar de huir de ellos como hasta entonces habia hecho, y esperó con ansia el dia siguiente que era el de la fiesta del general Berbice, dedicada al rey Guillermo.

Reunióse desde muy temprano con sus bulliciosos camaradas, entre los cuales reinaba una animacion extraordinaria, y bien pronto participó de sus deseos de divertirse, confiando en que volveria curado de su naciente pasion.

CAPITULO XVII.

Quién era Adela.

La quinta distaba unas catorce millas de la ciudad, y estaba situada á orillas del lago.

La numerosa comitiva encontró dispuestos unos botes que la llevó á un islote, donde almorzó entre las ruinas de un antiguo edificio gótico, que en otro tiempo habia sido templo.

Las mesas estaban colocadas entre árboles seculares, cuyas espesas ramas formaban una bóveda impenetrable á los rayos del sol.

Toda la gente moza se alteró viendo venir de lejos á la hija del general y se pasmó de su hermosura al verla de cerca; pero Oscar se sorprendió con doble motivo, viendo realzados los encantos de aquella hermosura y conociendo que no era otra que Adela.

La señora Marlove le miró atentamente y dijo:

—¿No es aquel nuestro sediento cazador?

—En efecto, dijo Adela; el jóven de las manzanas.

La señora Marlove le hizo una seña para que se acercase, y despues de corresponder á sus cumplidos le sentó al lado de Adela.

Él se llenó de gozo olvidando todos sus propósitos de retraimiento, sobre todo oyéndole decir á ella:

—Así vamos á estar muy bien; porque ya nos conocemos y no tenemos que observar una rígida etiqueta. Amiguito, este es un desayuno algo solemne y los platos que se sirven tienen mas aficionados que las humildes manzanas de mi huerto.

—¡Oh! pero el encanto y la amabilidad con que vos las ofreceis, valen mas que todas las artificiosas salsas.

—Ya se os escapó el requiebro, replicó ella.

Oscar habria continuado de muy buena gana en conversacion particular con Adela; mas ella tenia que responder de continuo á los que de todas partes le dirigian la palabra.

Despues del desayuno, comenzó á dispersarse la concurrencia que en numerosos grupos fué á recorrer la isla.

El general Berbice, á pesar de sus años y sus achaques, conservaba grande aficion á la carrera de las armas, á que habia dedicado exclusivamente no sólo su juventud sino tambien su edad madura, y con todas sus riquezas no se habria retirado del servicio, si su muy quebrantada salud no le hubiera obligado á ello.

Retirado á casa de sus padres pasó algun tiempo robusteciéndose y empezó á sentir la necesidad de una buena compañera. No era vano ni ambicioso, y se casó con una hermosa jóven sin bienes de fortuna, pero de carácter dulce y educacion esmerada.

La diferencia de edades y de posicion social dió pretexto

á que se dijera que la novia iba sólo á hacer un negocio; mas la experiencia desmintió á los maliciosos, pues la esposa del general vivió siempre con mucha modestia, fué siempre con él dócil y sumisa y le amó con verdadera ternura.

Desgraciadamente á los dos años de dar á luz una niña, cuyo nacimiento estrechó mas y mas los suaves lazos que les unian, murió aquella excelente mujer llenando de tristeza el pecho de su esposo, que concentró en su hija todo su cariño.

Envidiando la dicha que habia disfrutado la difunta al lado del general, fueron muchas las jóvenes de la poblacion que de buena gana habrian pasado á ocupar su puesto; mas él dejó entender que no volveria á casarse.

La niña era Adela. El general la queria entrañablemente, la mimaba con exceso, era con ella indulgente de suerte que todo lo de su hija le parecia bien y no sabia negarle nada, y quizás ese extremado cariño le habria sido funesto, á no ser ella la misma sencillez, la bondad misma y á no haberla puesto su padre bajo la direccion de una mujer de talento y discrecion, que enmendaba con su rectitud y buena maña lo que el complaciente anciano echaba á perder.

Buena, sencilla y hermosa fué creciendo Adela. A veces manifestaba su opinion y sus juicios con una llaneza que la hacia tachar de imprudente; pero el general la aplaudia siempre viendo que no habia el menor asomo de malicia ni doblez en sus palabras y acciones.

El general á medida que la veia desarrollarse y adquirir nuevas gracias iba recobrando su buen humor, y en estan-

do al lado de su hija, sobre todo si podia hablar de batallas, estaba en sus glorias.

Mientras los convidados recorrian la isla el dia de la fiesta, Oscar se acercó á Adela, siempre que pudo hacerlo sin llamar demasiado la atencion.

Vióle el general cerca de ella al disolverse un grupo, le llamó y le hizo sentar á su lado.

—Tengo mucho gusto en veros en mi casa, le dijo; sois hijo de un hombre valeroso y honrado, á quien profeso mucho afecto. Apenas os he oido llamar, ha despertado en mí recuerdos muy agradables el nombre de Fitzalan. El coronel Belgrave me ha hecho saber que en efecto erais hijo de mi inapreciable amigo. Vuestro padre puso en peligro su vida por salvar la mia. Eso no se olvida.

Preguntóle en seguida por su situacion y la de su familia, evocó muchos recuerdos de su juventud y comenzó á hablar de batallas con ánimo de no dejarlo en todo el dia; pues el buen señor, á semejanza del padre de doña Aurora de Guzman, del Gil Blas de Santillana, en tratando de sus campañas se olvidaba de todo, y cuando ya las habia contado todas, volvia á empezar el relato.

Adela viéndole hablar con mucha aficion adivinó de qué se trataba, y conociendo que Oscar estaba impaciente, se acercó á su padre y le dijo:

—Papá, os suplico que no detengais un momento mas á este caballero. Vamos á pasear por el lago ahora mismo. Además, añadió sonriendo, le estais refiriendo al señor combates y batallas sangrientos y horrorosos y le vais á quitar la aficion á la milicia.

—¿No es verdad, señor Fitzalan, preguntó el general

anciano, no es verdad que esta señorita es una impertinente? Mas valdria que en vez de dar consejos á su pobre papá le diera usted besos; que apenas los ha catado en todo el dia.

Abrió los brazos á Adela, estrechóla en ellos colmándola de caricias y dijo á Oscar;

—Llevadla de aquí, señor Fitzalan, y paseadla juiciosamente por el lago. Hija mia, vas con el hijo del hombre á quien debo la vida.

Oscar y Adela se fueron á toda prisa hácia el lago, y como el enamorado mozo sabia que por la tarde habria baile, pidió á su pareja la primera contradanza, que ella le cedió muy alegremente.

Comieron á las cuatro, y á las seis se retiraron las señoras para vestirse.

A las once estaba lleno el salon de baile, magníficamente adornado.

Oscar habia visto siempre á Adela vestida con mucha sencillez, y le habia parecido la mas alta hermosura del universo; pero cuando la vió ataviada para la danza creyó ver realizado un imposible, porque le pareció mucho mas hermosa la que él creia que no podia serlo mas.

El coronel Belgrave, que la habia estado observando desde lejos, le dirigió una mirada de extraño brillo y sonrió con una expresion que dió á su rostro algo del ave de rapiña.

Acercóse á Adela, hizo mil elogios de su hermosura y solicitó el favor de romper el baile con ella.

—No puede ser, señor coronel, respondió Adela; estoy comprometida con el señor Fitzalan.

—¿Ya?

—Decís «¿ya?» como si os pareciera muy pronto. ¡Si supierais que me ha comprometido hace mas de siete horas!

—El señor Fitzalan, dijo Belgrave con retintin, es madrugador. Estoy cierto de que muchos le envidiarán la dicha; pero tambien es verdad que todo se lo merece.

—Es muy amable, ¿no es verdad? preguntó Adela con inocencia.

Comenzó el baile, y el general no apartaba la vista de su hija. Seguia todos sus movimientos, admirábala en todo y sonriendo de satisfaccion decia entre dientes:

—¡Es mucho Adela! ¡Es divina!... ¡Es angélica! No, pues el mocito Fitzalan hace buena pareja con ella. Es todo él bizarro y lleva muy bien el compás. ¡Coronel Belgrave! venid acá, mirad á mi Adela y al hijo de mi valeroso salvador. ¿No es cierto que era imposible combinar pareja más graciosa y bien proporcionada?

Belgrave era vano y no podia sufrir elogios ajenos.

Respondió que sí, disimulando la herida de su amor propio con una falsa sonrisa, y con un pretexto se alejó del general.

Terminada la contradanza, Adela fatigada se acercó á una ventana; Oscar la siguió y contemplaron juntos el campo y el lago iluminado por la luz de la luna, cuyo resplandor mate formaba un singular contraste con el que derramaban las luces del salon.

Estaba Adela arreglándose el tocado y se le cayó una cinta, que Oscar recogió solícito. Alargó la mano ella para guardarla y le dijo él con ternura:

—Dejad que la tenga yo. Vos la tirariais mañana como objeto sin valor, y yo la guardaré como guardan sus tesoros

los avaros; dejádmela, os ruego, para memoria de los felices momentos trascurridos á vuestro lado.

—Vamos, replicó ella, dejad la cinta y guardad los requiebros. A cada cual lo suyo. Sabeis de memoria todas las frases del galanteo, que se repiten siempre y siempre se olvidan.

—¿Lo creeis así?

—Así lo creo.

—Ojalá me fuese permitido probaros que no me haceis justicia opinando así de mis sentimientos.

—¡Oh! cuánto trabajo os habia de costar!

—Segun fuese vuestra repugnancia ó vuestro empeño en no creerme, pero yo me saldria de mi propósito.

—Señor Fitzalan, ¿quereis hacerme un obsequio?

—Mandad, señorita.

—Pues os ruego... que me hableis de otra cosa.

—Os obedezco. ¿Veis esa abadía? Pues si me viese perseguido por la desgracia y tuviese que escoger retiro, vendria á virir y morir bajo sus bóvedas.

—¿Sí? dijo Adela riendo. ¡Qué cosa tan graciosa! Vestiriais paño burdo, os dejariais crecer las barbas á guisa de ermitaño de melodrama, dormiriais sobre un lecho de musgo, y yo con tal de verlo, me comprometeria á serviros una frugal comida.

—Todo lo cual os parece á vos risible; pero no podria quitarme el placer de contemplar desde allí noche y dia la quinta de Berbice.

—¿Noche y dia? exclamó Adela; entónces ¿á qué horas rezariais?

Anunciaban una nueva contradanza, y el coronel Bel-

grave se acercó á Adela recordándole que debian bailar juntos.

Adela no lo hizo muy á gusto. Su padre que la estaba observando decia:

—Ese Belgrave tiene mayor graduacion, pero no tiene tanta gracia como el muchacho Fitzalan, ni la pobre Adela puede armonizar tan bien sus movimientos con este como con el subalterno. ¡Qué lástima!

Oscar no queriendo dar pábulo á la murmuracion, sacó á bailar á la señorita Oneal, cuya hermosura era tambien muy celebrada.

El coronel estaba apurando las lisonjas con respecto á las gracias de Adela, y esta le interrumpió diciendo:

—Señor Belgrave, mirad á la señorita Oneal; ¿no es cierto que tiene bien merecida la fama de hermosísima?

El ladino coronel miró atentamente á la pareja de Oscar, y respondió:

—Hablando con toda franqueza, no puedo juzgar de su hermosura, como no se puede juzgar del resplandor de una bujía donde brilla el sol; aquí brillais vos... Lo que opino es que el jóven Fitzalan le rinde pleito homenaje, sin duda porque considera que en otra parte no serian recibidas sus adoraciones.

Adela experimentó cierto disgusto con motivo de los homenajes de Oscar y volvió los ojos á otro lado.

Terminada la contradanza volvió este á la ventana donde habia estado antes, y su corazon latió con violencia al ver que se le acercaba Adela.

—Señor Oscar, le dijo, hacedme el favor de devolverme mi cinta.

—Señorita, permitidme que os la niegue.

—¡Pero es capricho! ¡Si para nada os hace falta!

—Os repito que me hace falta como recuerdo de la dicha que he gozado en vuestra compañía.

—¡Pero al fin yo no os la he dado! Vos os habeis apoderado de ella...

—Desgraciadamente es cierto que no os debo ese favor; pero como quiera que sea, vuestro padre me ha dicho que los trofeos conquistados no deben abandonarse nunca.

—Si habeis de guardar trofeo de cada pareja... Sin duda habeis conquistado ya el de la señorita Oneal.

—Mi sinceridad, Adela, no me permite proponerme semejante cosa. He bailado con ella por cortesía, y una prenda suya no tendria encanto alguno para mí.

Anunciaron en aquel momento que la cena estaba servida, revolviéronse los convidados, y Adela y Oscar tuvieron que separarse, empujados por numerosos y alegres grupos.

Despues de la cena se tomó té y se volvió á bailar hasta la hora en que tras un ligero desayuno comenzaron á dispersarse los concurrentes.

El general Berbice abrazó á Oscar antes de despedirse y le dijo:

—Señor oficial, esta es vuestra casa, vuestro cuartel general, ¿me entendeis? El hijo del valiente Fitzalan será siempre apreciable para mí y bien recibido de los mios. Escribidle á vuestro padre que le quiero; ponédselo de letra muy grande; y ojalá estuviéramos mas cerca uno de otro. A él sí que no tendria que recordarle las campañas; que bien presentes las tendrá. Adios, amigo mio, el general Berbice desea veros con frecuencia.

CAPITULO XVIII.

El general Berbice.

Aprovechóse Oscar de la invitacion del general y desde aquel dia visitó su casa, pero usaba muy parcamente de aquella licencia por temor de ser molesto, y el general hubo de decirle que se dejara ver mas á menudo.

Oscar, que no deseaba otra cosa, fué mas asiduo en sus visitas con mucha satisfaccion del padre y de la hija.

Muchas veces le pedia el general el brazo para dar un paseo; le llamaba para que le acompañara á su quinta; le contaba sus interminables batallas y le pedia que le leyese algun libro.

Oscar tenia con él todas las atenciones de un hijo tierno y respetuoso, y al obrar así, no sólo cumplia gustoso un deber de humanidad y complacia al amigo del que le habia dado el sér, sino que se captaba el aprecio del padre de su amada.

Adela se habia familiarizado con él como un hermano.

Juntos conversaban, leian y cantaban, y juntos recorrian las amenas orillas del lago y las faldas de las monta-

ñas vecinas. Asistia Oscar á las diversiones á que concurrian Adela y su padre, y conspiraba con ella para proporcionar socorros á los desgraciados de aquellos alrededores.

Crecia así la pasion que Adela le inspiraba; mas conservaba su fuego oculto en lo mas profundo del pecho. Bastaba la confianza que el general tenia puesta en él, para que considerase á su hija como sagrada y no intentase profanar la pureza del cariño que les unia con lazos cada dia mas estrechos.

Adela amaneció un dia pensativa; perdió la aficion á las bulliciosas reuniones y hallaba mas placer en dar un paseo con Oscar á orillas del lago, que en oir celebrar su hermosura en medio de la fiesta mas brillante.

A veces cediendo Adela á los ruegos de su compañero, cantaba apoyándose en su brazo y se entregaba á su inspiracion sintiéndose completamente dichosa. Entonces era precisamente cuando Oscar sentia mas atormentado su pecho y sin embargo deseaba con afan sentir renovado aquel tormento.

Entre tanto el general sentia aumentar su afecto hácia el hijo del bravo Fitzalan, y una circunstancia extraordinaria vino á hacérselo mas querido.

Recorria cierto dia en un carruaje ligero un camino escabroso abierto en la falda de la montaña. Sonó cerca de ellos un disparo de escopeta, espantáronse los caballos y retrocedieron culebreando con paso desigual y pisando el borde del camino, que era el borde de un abismo. Los criados poseidos de terror, no hacian nada para evitar el riesgo siempre creciente; el general no podia valerse, y Oscar, con una serenidad sólo comparable con su arrojo, se tiró

del carruaje, ganó la delantera aprovechando un breve momento para sentar un pié entre las ruedas y la orilla del abismo, y se apoderó de las riendas. Los criados se apresuraron entonces á ayudarle, se rompió el tiro con fuerte sacudida, y el general, débil por la edad y las enfermedades, tuvo que ser trasladado sin sentido á su casa.

Reanimáronle los cuidados y caricias de su hija, y despues de tranquilizarla, buscó con la vista á su salvador.

—¡Eres un Fitzalan! dijo tendiéndole la mano y atrayéndolo á su pecho. El destino de los Fitzalan, segun parece, es salvarme de los mayores peligros. Por algo os amo tanto, bravo Oscar. Pensaba ayer, que aun cuando no hubiese sabido quién era vuestro padre, si os hubiese empezado á conocer os habria amado igualmente. ¡Oscar, hijo mio! ¡Adela, hija mia! ¡Qué feliz me siento entre vosotros!

Estrechó sus manos, se las llevó al corazon y estuvo mirándoles largo rato.

—¡Hijos mios sois entrambos, dijo con íntimo acento; ambos sois igualmente indispensables á mi felicidad, á mi existencia!

El general, testigo hacia tiempo del afecto que Adela y Oscar se profesaban y no sospechando en ella ninguna otra inclinacion mas profunda, habia pensado alguna vez en su enlace, y aquel dia, despues de abrazarles á los dos juntos, experimentó un consuelo tan delicioso, que convirtió en resolucion lo que en su mente no habia pasado de ser una idea vaga.

Así pensaba asegurarse una grata compañía para los últimos dias de su vejez, hacia feliz á su hija y recompensaba en cierto modo á los Fitzalan, dando á Oscar la mano

de Adela, heredera de inmensos bienes, no mal empleados en un jóven de buena raza, valiente, honrado y bondadoso.

Siempre habia temido el general el momento de casar á su hija, por la probabilidad de que su esposo la alejase de su lado; pero tratándose de Oscar estaba seguro de que no pensaria en semejante cosa y viviria satisfecho en la quinta de Berbice y en su casa de la ciudad.

Queriendo obrar con suma prudencia, ideó hablar con el coronel Belgrave á quien creia de veras interesado en su suerte, porque este, aunque á su pesar, habia manifestado gran cariño por el jóven Fitzalan siempre que el general habia elogiado las buenas prendas del mozo en presencia de su jefe.

Oscar, alentado con las manifestaciones del general, pasaba dias enteros en su casa.

El general andaba pensativo y meditando un grave proyecto, y como Oscar pasó dos veces por su lado sin que le dijese una palabra, se llenó de inquietud pensando si involuntariamente le habria dado algun motivo de enojo.

Era al siguiente dia de haber dado el general por firme su resolucion, y se presentó en la quinta el coronel Belgrave.

El general le pidió el brazo y se fué con él á un pabellon del jardin.

Mientras Oscar inquieto discurria si cansado el general de sus harto asiduas visitas querria hacerle echar una reprimenda por su jefe, el padre de Adela daba cuenta á Belgrave de su determinacion y le encomendaba que con fino tacto explorase el ánimo del subalterno.

Belgrave disimuló; pero la envidia y la ira de su pecho

fueron tales, que hubo de permanecer algunos momentos en silencio.

Inspirado por la falsedad, que era la base de su carácter, celebró la despreocupacion del general y el celo de que estaba poseido por el bien de su hija; y si bien, añadió, no puede saberse hasta qué punto sea prudente entregar joya de tan alto precio á un mozo sin fortuna...

—Sin fortuna no, dijo el general aprovechando el retruécano: ¿os parece poca fortuna la de haberme salvado la vida y merecer el aprecio de mi querida Adela? En fin, lo que yo quiero es que comuniqueis al chico mi proyecto, para que en el remoto caso de no convenirle no reciba yo el chasco directamente, ni lo reciba de ningun modo mi Adela.

Oscar espiaba el momento de verles salir del pabellon, y al fijar sus miradas en el coronel, que no podia ocultar su mal humor, se convenció mas y mas de que el enojo era contra él, y ardia en impaciencia por averiguarlo cuanto antes.

El coronel meditaba un enredo para desbaratar aquel proyecto humillante para su vanidad y su codicia, y aprovechar despues la coyuntura para hacerse dueño de la mano y las riquezas de Adela.

Llamó á Oscar, díjole que tenia que hablarle yendo hácia la ciudad y se despidieron acto continuo del general y su hija.

—Mi coronel, dijo Oscar, supongo que el venerable general Berbice os ha hablado de mí, y por lo que pueda interesar á mi decoro estoy vivamente empeñado en saber pronto...

—Voy á satisfaceros, señor Fitzalan, aunque con senti-

miento por mi parte, pues os considero no sólo como uno de mis mas queridos subordinados, sino como el hijo de un valiente y...

—Sé todo el interés que os tomais por mí y os lo agradezco, mi estimado y respetable coronel. Sacadme, os ruego, de mi ansiedad.

—Pues bien, señor Fitzalan, la verdad es que el general está quejoso de vos. Reconoce que sois un jóven pundonoroso, inteligente y aplicado; os quiere entrañablemente; pero cree que bien considerado todo, no deberiais aspirar al cariño de su hija y á su crecido caudal.

—El cielo me es testigo, respondió el inocente Oscar, de que no me han deslumbrado nunca las riquezas de Adela, y si es verdad que la amo, tambien lo es que siempre la he amado sin esperanza y con tanto desinterés como sinceridad. Conozco mi precaria posicion y nunca he revelado á Adela el amor que le profeso, pues me habia parecido que era abusar de la confianza del general. ¡Dios mio! ¡Y me veo desterrado de su casa!

—No, no tanto, respondió Belgrave. Lo que debeis hacer en lo sucesivo es no encontraros nunca á solas con Adela y evitar toda muestra de intimidad con ella. Yo, si os he de hablar francamente, la creo mas vana que sensible.

—¡Ay! Ojalá fuera cierto y yo no la habria amado tanto.

—Voy á deciros lo que yo he discurrido para desengañarla y quedar lo mejor posible con el general. En vuestra primera visita, que ha de ser pronto, debeis declarar rotundamente á Adela, que antes de venir á Irlanda ya amabais á otra. Ella se indignará, y el general perderá el temor de que os siga amando.

—¡Y yo tendria que mentir!

—Hijo, en ciertos casos...

—Y desmentiria lo que tantas veces he afirmado con verdad delante de la misma Adela... ¡Engañarla así!...

—El engaño es cosa fea cuando redunda en perjuicio de tercero; pero cuando al contrario se pueda emplear como en esta ocasion...

—Y al fin, añadió Oscar, despues de mentir la amaré mas que nunca, la dejaré justamente indignada contra mí, perderé su estimacion...

—Y de otro modo, le interrumpió el coronel, perdereis la amistad y estimacion del general; elegid. Tendreis que dejar de visitarle; los que os han visto frecuentar asiduamente su casa, murmurarán, interpretando este cambio de un modo desfavorable para vos y... Francamente, vos sois hombre de honor y es imposible que no nos entendamos. Vuestro honor mismo os aconseja la conducta que os propongo. Si Adela ha sido imprudente y ha puesto en vos algun cariño, cuando vos le digais que otra es el objeto de vuestro amoroso cuidado, se despertará su orgullo, se arrepentirá de haberos amado, y pensando en que tiene una rival, cifrará su gloria en miraros con indiferencia. Logrado esto, habreis dado una verdadera prueba de respeto y veneracion al general. Me direis que es cosa dura; ya lo sé; pero, amigo mio, la probidad nos impone sacrificios que debemos consumar heroicamente.

—¿Vos creeis que Adela haya sido bastante... imprudente para amarme, mi coronel?

—Eso... ¡quién sabe! ¿Quién es capaz de adivinar cuándo una mujer ama ó no ama? Yo, si he de deciros la verdad,

creo que no os ha amado; porque la tengo por ligera, y la he visto siempre demasiado alegre, demasiado distraida para estar enamorada.

—¡Tambien lo creo yo así! Mas ¿á qué he de mentir por una persona á quien soy indiferente?

—Vos resolvereis: este no es asunto que pertenezca al real servicio y podeis hacer lo que os parezca mas conveniente.

Oscar se resistia; pero se inclinaba á creer que el coronel tenia razon.

¡Perder el aprecio del general, del amigo de su padre!... No podia su generoso corazon resignarse á tanto.

—Yo os he aconsejado lo que el honor me dictaba, dijo Belgrave; vos podeis meditarlo y resolver.

Poco á poco las razones de Belgrave fueron persuadiendo al inexperto amante; cedió á las artificiosas asechanzas del malvado: consintió en mentir.

Nunca lo hubiera hecho.

Los corazones honrados deben seguir siempre el camino recto de la verdad; las sendas tortuosas apartan de los nobles fines.

Sirva de disculpa á Oscar el ser tan jóven y estar tan apasionado.

Creyó que debia sacrificarlo todo á la estimacion del amigo de su padre y al reposo de Adela, y con abnegacion heroica llegó hasta mentir para lograr tan nobles objetos.

Pocos dias despues de esta conversacion, Oscar entraba en la quinta de Berbice acompañado de Belgrave, que no habia dejado de instarle para que se apresurase á desengañar á Adela.

A su llegada la vieron en el jardin á la sombra de unos copudos árboles.

Oscar se estremeció.

Belgrave le miró al soslayo, le indicó á Adela y le dijo:

—Ahora es ocasion; aprovechadla.

Saludó y les dejó solos.

CAPITULO XIX.

Sacrificio de Oscar.

Adela estaba encantadora.

A Oscar le pareció bella como la esperanza que se desvanece y la contempló como si la viese por última vez.

Tenia Adela un libro y le tiró al ver á Oscar, á quien alargó la mano.

Todo en ella sonreia; sus labios, sus ojos, su frente, y parecia que se viese sonreir su corazon.

—¡Amigo querido! le dijo, ¿á qué santo debo agradecer el milagro de veros? Supongo que habreis venido para permanecer algunos dias con nosotros.

Oscar tenia que mentir á aquella criatura angelical, y la mentira se negaba á asomarse á sus labios.

Levantóse Adela inquieta, acercóse á él, y con un tono que revelaba bien su amorosa solicitud le preguntó:

—¿Qué os sucede, Oscar? Estais pálido... vuestra mano abrasa... ¡Pobre de mí! ¡yo que iba á hacer burla de vuestro aire melancólico... ¿Qué teneis?

—Tengo desgracia, respondió Oscar.

—¿Una desgracia? Decidme en qué consiste; decídselo á mi padre, amigo mio; hablad. ¡Oh si yo mereciera ser vuestro confidente... Si yo pudiera saber...

—Debeis saberlo. Debo yo tambien descubriros... ¿Pero á qué molestaros con un largo relato? Si sabeis algo de amor, bastará que os enseñe este retrato y os diga: ahí teneis la causa de mis pesares.

Absorta Adela con una revelacion que no habria esperado nunca, derribada del cielo de sus ilusiones, se encontró de repente con un cruel desengaño, un corazon robado á su amoroso afecto y el retrato de una rival... de una rival hermosísima.

Era el retrato de Amanda, que Oscar llevaba siempre consigo.

Clavó los ojos en aquel bello semblante, los volvió á Oscar; creyó que otra le inspiraba el tierno sentimiento que daba animacion á su fisonomía, y padeció en un solo punto el martirio del despecho, de los celos, del amor despreciado y de creerse inferior en belleza al objeto que Oscar preferia.

Palideció, nubláronse sus ojos y cayó el retrato de sus manos.

Oscar padecia tormentos indecibles.

Pronto estaba á decirle:

—«Os he engañado; he mentido; ese retrato es de mi hermana; os amo á vos, á vos sola;» pero la voz del falso deber cerraba sus labios gritándole: «Calla, que faltas á tu promesa; respeta los deseos del general, el porvenir de tu amada misma. ¡Eres pobre: tu destino es la abnegacion, el sacrificio!»

Adela le veia contenerse y callar, y lo que en él era el supremo esfuerzo del amor y de la hidalguía, creyó ella que era frialdad é indiferencia; no quiso que Oscar viese sus lágrimas, y abandonando de repente el jardin entró en la casa.

—¡Ay, la pierdo, la pierdo para siempre! exclamó Oscar. ¡Deber cruel, ya estás cumplido!

Recogió el retrato de Amanda y contemplándole dijo:

—¿A qué uso te he destinado, imágen querida? ¿Me perdonaria Amanda esa complicidad en un engaño?

En el primer aposento en que entró Adela al salir del jardin encontró á su padre.

Venia deslumbrada y en el momento no le vió; mas él le dijo:

—Vamos á ver, ingrata, ¿no merece un beso vuestro padre, siquiera por no haber interrumpido vuestro coloquio con el gallardo oficial? ¿Qué dice, qué dice el hijo del bravo?

—Papá, respondió Adela sollozando, os ruego que no me hableis mas de él.

—¿Cómo es eso? ¿Lágrimas? ¿Suspiros? Vamos á ver: ¿qué ha pasado?

—Ha pasado... Que me hablais con mucha frecuencia pel señor Fitzalan, como si yo debiera ser para él algo mas que una mera conocida; la hija de un conocido suyo.

—¿Hay permiso? dijo desde la puerta el coronel que habia espiado desde el bosquecillo el momento oportuno para presentarse.

—Adelante, señor coronel.

Adela, que sola con su padre habia dado libre curso á

su llanto, volvió el rostro y se escapó á toda prisa al ver asomar á Belgrave.

—Celebro vuestra llegada, coronel. Acaba de ocurrir algo en el jardin entre los beligerantes: supongo que todo terminará como terminan las riñas de enamorados; pero entre tanto estoy impaciente por saber qué cara ha puesto el doncel á mis proposiciones de alianza. Sentaos y hablad.

—Mi general, dijo Belgrave sentándose, estaba pensando yo esta mañana que hay hombres dejados de la mano de Dios; que tienen ojos y no ven...

—*Habent aures et non audiunt*, etc., le interrumpió el general, así lo dicen los libros sagrados; pero hablemos de mi proyecto: ¿qué dice el perillan?

—Pues mi texto venia á propósito de vuestro proyecto y del perillan, como vos le llamais.

—Pues ¿qué ha ocurrido?

El general hizo esta pregunta inclinando el cuerpo hácia delante, clavando los ojos en Belgrave y mostrando en su actitud la curiosidad mas viva.

—Lo que ha ocurrido es lamentable y siento mucho ser portador de la noticia; pero ya que me honrasteis con tan espinoso cargo, con todo el dolor de mi corazon...

—Bien, sepamos, dijo el general dando con el baston en el suelo.

—Nada, que el chico no acepta.

—¡Que no acepta!

—Agradece vuestro generoso ofrecimiento, reconoce el singular mérito de Adela, se confiesa indigno de tanta fortuna... ¡muy buenas palabras, eso sí! pero... otra pasion, concebida antes de conocer á Adela, una pasion cuyo

objeto no sabe si conseguirá, pero que le tiene enajenado, y que dale y que vuelta, no le permite aceptar. Ahí teneis en resúmen lo que hay.

Frunció el general el ceño y los labios, estuvo un rato sin menear la cabeza, y levantándose de pronto, dijo agitando el baston y apoyándose con la otra mano en el respaldo de la silla:

—Si ahora le tuviera aquí, le daba un par de garrotazos al alferecillo de nonada que me sale con pasiones añejas cuando le ofrezco la mano de la muchacha mas linda, mas fresca y mas buena que pueda ver en su vida el muy pazguato. ¡Cómo se entiende! ¡Venirme á mí con... Pues hasta ahora bien amartelado le he visto yo con ella, que eso no hay quien pueda negármelo. Y siempre estaba con Adela por aquí y Adela por allá... ¿Habia yo de esperar esa salida de pié de banco? y ella, la pobre... ella... Por eso ahora mismo cuando entró... Por mi culpa le pasa lo que le pasa. Yo, yo tengo la culpa.

—Pero, general...

—¡Dejadme desahogar á lo menos! ¡Despreciada por un chisgarabís mi Adela, cuando muchos que valen mil veces mas que él no se atreven á poner los ojos en ella...

—Eso es muy cierto, dijo Belgrave dando un oportuno suspiro. Muchos que valen mas que él, cuando menos por su graduacion y su caudal, no se atreven á poner los ojos en ella; y él en cambio... por eso os decia yo que hay hombres que tienen ojos y no ven.

—Si yo le pillara ahora, le habia de hacer ver las estrellas al picaron ese. Ya sólo me falta que se divulgue el caso, y ande la gentecilla diciendo que Adela de Berbice ha

sido despreciada por ese condenado. ¡Hombre, me pesa en el alma que el bravo Fitzalan tenga un hijo así! No, lo que es el chico, si llega á hablarme en su vida de semejante cosa...

—Por su propio decoro pienso que no hablará de ello con vos ni con nadie, y aun cuando hablara, en nada podria perjudicar la buena fama de Adela, cuya hermosura, cuyas virtudes tendrán siempre adoradores. Yo á lo menos sé de un hombre bien nacido, de buena posicion y de algun caudal, que todo lo pondria á sus piés si tuviera la mas leve esperanza de ser correspondido.

—Yo sé de otros; pero no estoy ahora para pensar en ellos. No puedo quitarme de la cabeza el chasco de ese mequetrefe... Mirad, coronel, no vuelvo á mezclarme en nada de eso: es decir, quiero que mi hija se case pronto; pero sea á su gusto. Me ha dado una desazon ese belitre, que no me la pagará en su vida.

El general empezó á pasear silencioso, y sólo abria los labios de cuando en cuando para proferir sus acostumbradas exclamaciones de indignacion y sorpresa, así como de lástima cuando pensaba en Adela.

Afortunadamente, aunque habia algunos convidados en la casa, eran todos hombres y personas de confianza.

Adela y Oscar no se presentaron sino á la hora precisa de comer.

Los dos habian hecho grandes esfuerzos para calmarse ó disimular á lo menos su agitacion.

Hasta entonces se habia lisonjeado Adela de que el corazon de Oscar palpitaba por ella; agradábale ser amada de un jóven dotado de tan bellas cualidades, y complacíase mas en ello al ver que su padre mismo parecia gozarse

en ver como cada dia iba siendo mayor la intimidad de sus afectos.

Engañada en sus esperanzas, lastimado su amor propio, herido su corazon, lloró y cayó en profunda tristeza; pero su orgullo le dió la fuerza ficticia necesaria para disimular en los primeros instantes, sobre todo en presencia de la gente, y no dar al causante de sus pesares el placer de verla abatida.

Enjugó pues sus lágrimas, reprimió los sollozos; pero su padre vió y comprendió lo que significaba la palidez de sus mejillas y la fingida alegría de que daba penosas muestras.

Apenas se levantaron los manteles se quitó de la mesa y desapareció despidiéndose muy brevemente.

El general, incapaz de disimular, trató á Oscar con notable frialdad. Este trato á que tan poco acostumbrado estaba en aquella casa el hijo de Fitzalan y que aun merecia menos, le acabó de entristecer. Ya se consideraba allí como un extraño; ya le parecia que le sufrian por una consideracion casi injuriosa.

Estas reflexiones agolpaban las lágrimas á sus ojos y le hacian desear estar solo, para dar rienda suelta á su dolor.

Aprovechó la primera ocasion que pudo, y sin ser visto del general, salió del comedor y se entró en el primer aposento que halló al paso.

Lo primero que se ofreció á sus ojos fué un gran retrato de Adela que ocupaba el testero de la sala.

Estaba la hija del general Berbice representada en toda su belleza: viva la mirada, serena la frente, sonrosadas las mejillas y animado el semblante.

—¡Ay! exclamó contemplando aquel bello trasunto, ya palidecieron las rosas; ya se eclipsó el sol; ya toda esa alegría de la aurora se ha trocado en la lobreguez y tristeza de la noche! ¡Oh Adela de mi alma! yo no quiero que vuelvan á llorar tus ojos sino de compasion por los males ajenos. Yo quiero que me olvides ya que á mí me ha de ser imposible arrancarte de mi memoria; porque necesitaré acordarme de tí para vivir, para que no acaben conmigo los pesares que han de acompañarme. ¡Vive feliz, Adela, feliz lejos de mí... ¡lejos siempre!

No pudo decir mas porque el llanto embargaba su voz; pero seguia en silencio haciendo votos por la felicidad de la que se creia despreciada por él.

A cada nuevo recuerdo de sus dichas pasadas se renovaba su llanto: cada vez que comparaba sus fugaces ilusiones con el porvenir que se le preparaba, sentia despedazado el corazon.

Oyó detrás de él un ligero ruido, se abrió una puerta de cristales, y apareció Adela, que sin pasar adelante le preguntó con sequedad:

—¿Qué haceis en mi aposento?

CAPITULO XX.

Despedida de la quinta.

Oscar estaba dispuesto á sufrirlo todo: aquella severidad con que por primera vez le hablaba Adela, le pareció el primer premio de abnegacion.

—Ignoraba, dijo con desaliento, que fuese este vuestro gabinete. Me entré aquí, porque tenia necesidad de estar solo; porque no me atrevia á despedirme ni alejarme de vos.

Inclinó la frente y ya iba á hacer ademan de salir.

Adela sin contestarle dió un suspiro y se fué junto á una ventana ocultando el rostro.

Oscar obedeció á un impulso de su ternura.

Siguió á Adela, miró enternecido su semblante, y olvidado del papel que debia representar, le cogió una mano que estrechó entre las suyas y llevó despues al corazon.

Uno y otro se sentian animados en aquel momento de las mismas simpatías.

Una palabra bastaba para que el amor triunfase de las pérfidas asechanzas de un malvado. Oscar iba á pronunciar tal vez esta palabra, cuando se abrió la puerta y se oyó la voz de Belgrave diciendo:

—Pasemos, señores, pasemos adelante.

Desde que saliera Oscar del comedor, estaba impaciente Belgrave temiendo que los dos amantes volvieran á hallarse solos, y arrancándole Adela el penoso secreto, no celebrasen inmediatamente su reconciliacion.

Siguióle con la vista, conoció el aposento donde entraba, y con el pretexto de ir á hacer compañía á Adela, excitó al general y á los demás á que se dirigiesen hácia aquel lodo.

Oscar se apartó bruscamente de ella y entró la comitiva.

En el violento dolor que le aquejaba, tenia el mancebo necesidad de estar solo.

No podia permanecer en presencia de Adela sin arrojarse á sus piés, confesar que la amaba y revelarle el conflicto en que se veia puesto.

Pero habia dado palabra al coronel de contribuir al proyecto de su anciano y respetable amigo, y se estremecia al pensar que podia ser capaz de faltar á su palabra.

El único medio de salvar su honor era alejarse de aquel sitio, y en efecto, con la excusa de tener que prepararse para actos del servicio, pidió licencia para retirarse.

—¿Por qué os vais tan pronto? murmuró el general; otras veces os habeis quedado aquí hasta la noche, bien podeis quedaros hoy tambien. Las nubes se amontonan sobre el lago y vamos á tener tempestad que puede cogeros en medio del camino.

Oscar, sin poder hacerse superior á su emocion y tristeza respondió:

—Se trata del cumplimiento de un deber, mi general, y no debo detenerme por temor de la lluvia. Iré de prisa y me dará tiempo. Señores...

Adela ahogó un suspiro y llamó en su auxilio al orgullo para no mostrar debilidad.

—Señorita Berbice... le dijo él acercándose á la ventana, y habia tanta ternura en su conmovido acento, que Adela no pudo menos de mirarle con cierta mezcla de cariño y de lástima. Señorita Berbice, prosiguió él, ignoro si volveré á gozar del placer de visitar esta morada; por si no me fuera lícito en adelante, quiero que tengais la seguridad de que mi corazon agradecerá siempre las bondades de que he sido objeto. Este recuerdo me será tan grato, como me será doloroso pensar que he perdido en este dia el afecto con que vos y vuestro padre me habiais distinguido.

Adela bajó la cabeza. Queria hablar, y tenia la voz anudada en la garganta; queria mirar, y tenia los ojos clavados en el suelo; queria una explicacion, y le era indecoroso pedirla; queria odiar á Fitzalan, y su corazon no la secundaba.

Oscar interpretó en contra suyo aquel silencio y aquella inmovilidad; saludó respetuosamente y salió de la habitacion.

Belgrave respiró desahogando su pecho al verle pasar el umbral y dirigió á Adela una tierna mirada.

Oscar en cambio se deshizo en llanto al llegar á la escalera, y tuvo que detenerse por no pasar en aquel estado por delante de la servidumbre.

Un mayordomo que le tenia mucho afecto y solia acompañarle á cazar, le salió al paso preguntándole con interés:

—¿Os vais tan pronto, señor Fitzalan?

—Sí; una obligacion precisa...

—Perdonad si soy indiscreto. Os veo triste... ¿Estais enfermo? ¿teneis algun pesar?

—Una ligera indisposicion... pero se me pasará pronto.

—Quedaos por Dios, si no estais bueno. Está amenazando tormenta.

—No me alcanzará. Mi deber me manda partir.

—Entonces voy á mandar que os ensillen el caballo.

—No, dejadlo.

—¡Cómo! salir á pié, enfermo; con este tiempo... Sin duda no lo sabe el general.

—No puedo detenerme. Adios, buen amigo, adios.

Oscar solia tomar un caballo de la casa para ir á la ciudad; pero aquel dia creyó que no debia usar de nada de cuanto pertenecia á aquellos cuyo afecto acababa de perder.

Siguió la orilla del lago caminando precipitadamente, entró por un sendero abierto en la falda de la montaña, sendero que muchas veces habia recorrido con Adela, y golpeándose la frente exclamó:

—¡Ah! jamás, jamás volverán estos sitios á ser testigos de mi ventura que ha muerto para siempre! ¡Adela, querida Adela, ya no gozaré contigo del bello espectáculo de la naturaleza...! ¡Ay cuán breve ha sido mi felicidad!

Sentóse en un peñasco donde otras veces se habian sentado juntos, se cruzó de brazos y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Acercábase la noche; crecia la sombra; arreciaba el

viento frio agitando con violencia las copas de los árboles y las aguas del lago, y ya caian la lluvia y el granizo sin que Oscar lo notase, sumido como estaba en los tristes pensamientos que la desesperacion le sugeria.

Gritaron cerca de él los pescadores que habian acudido á amarrar bien sus barcas á la orilla, y sus voces le sacaron de aquel enajenamiento.

Internóse en el bosque, y recostado entre dos enormes peñascos, dejó pasar la tormenta.

Al fin se desvanecieron las nubes, amansóse el viento, y la luna iluminó los objetos con aquella serena luz cuyo resplandor es tan grato despues de los desórdenes de la naturaleza.

Desde el sitio en que él se hallaba se veia la ventana del aposento de Adela y en aquel instante brillaba la luz á través de los cristales.

—¡Ay! volvió á exclamar; nunca podré olvidarte, nunca. Tú quizás no te acuerdes ya de este desgraciado...! ¡Oh deber cruel!

No se acordaba ya de ir á la ciudad, ni habia creido posible que pudiera alejarse de aquel sitio.

A pocos pasos de distancia se levantaba una choza, donde alguna vez se habian refugiado los dos amantes á leer, preservados por el humilde techo de los ardientes rayos del sol.

Entró la choza el desdichado amante, sentóse sobre el duro suelo, revolvió en su memoria, experimentando un sabroso tormento, los recuerdos de su amor, y descansando la cabeza sobre una piedra, se acostó resuelto á pasar allí la noche.

No gozó allí de las dulzuras del sueño, sino que padeció la agitacion de la fiebre y del delirio que le acosó toda la noche.

Vió palidecer las estrellas, las vió eclipsarse, y antes que las aves saludaran alegres el nuevo dia, se despidió otra vez de aquellos lugares queridos y de la imágen de Adela, que creia ver en todas las ventanas de la quinta, y á paso lento emprendió el camino de la ciudad.

Admirábanse las gentes de verle y él no reparaba en nadie. Halláronle al paso algunos oficiales de su regimiento y no pudieron menos de hacerle observar el desórden de su traje.

Él se excusó diciendo que habia caido en un barranco, y sustrayéndose como pudo á su curiosidad, se retiró á su casa.

Desde luego se propuso resistir con todas sus fuerzas al dolor, porque se acordó de su padre y su hermana.

En una miserable aldea situada á unas quince millas de la poblacion, habia un destacamento mandado por un oficial camarada suyo, que de continuo escribia á todos los de su regimiento diciéndoles que allí se fastidiaba extraordinariamente; que no habia en la aldea una cara de mujer pasable ni un entendimiento de hombre capaz de atar dos ideas.

Oscar escribió á su camarada, pidió licencia á su comandante para reemplazarle, la obtuvo en seguida y se marchó á toda prisa á mandar el destacamento.

Allí queria saturarse de soledad, de aislamiento y entregarse por completo á sí mismo.

Hízolo así en efecto; pero enfermó gravemente á los pocos dias, y de tal modo se iba desmejorando, que fué me-

nester trasladarle á la ciudad otra vez, donde con el mayor celo le recomendó su jefe inmediato á los cuidados del médico del regimiento.

Enviáronle un coche y un criado para que le acompañase. y emprendió muy triste su regreso á la poblacion.

El criado no le hablaba una palabra, segun costumbre y deber de todos los criados ingleses; pero viéndole tan melancólico, se atrevió á decirle:

—Caballero oficial, si quereis distraeros agradablemente, echad una mirada á la magnífica posesion que tenemos á la izquierda.

Oscar volvió los ojos, y ¡qué sensacion tan amarga experimentó su pecho y qué vivo deseo le asaltó de saborearla!

Era la quinta de la señora Marlove, donde por primera vez habia admirado las gracias, la sencillez, el simpático carácter de Adela.

Mandó parar el coche, y apoyado en el brazo de su acompañante, subió difícilmente la colina y entró á visitar á la dueña de la casa.

Lady Marlove se sorprendió como si viera un espectro.

¡Aquellos ojos hundidos, aquellas mejillas pálidas y descarnadas, aquellas manos secas y ardientes eran del bello Oscar; no cabia duda, y la buena señora apenas se atrevia á creerlo!

Recibióle con mucho cariño y con secreta lástima, le hizo colocar un sillon junto á la lumbre y le brindó con todo lo que tenia en su casa.

Era imposible que no hablasen de la familia del general ó cuando menos de Adela.

—Supongo, dijo lady Marlove, que tendreis noticias de

los de Berbice, vuestros amigos. Ya estareis enterado de todos los últimos sucesos.

—No sé nada, señora. Estoy como si acabara de salir de la sepultura y hubiese de volver pronto á ella.

—Ante todo debo felicitaros por vuestro rasgo de nobleza y generosidad, renunciando todas las ventajas que el general os ofrecia por permanecer fiel á los sentimientos de vuestro corazon.

—No comprendo, señora. Me atribuís á mí un heroismo y achacais al general unos ofrecimientos que... ¿estais segura de no equivocaros? Yo, como he estado muy enfermo, quizás no recuerde...

La señora Malorve le miró con sorpresa y dijo:

—No puedo engañarme: el general Berbice os ofreció la mano de Adela por conducto de Belgrave y vos le contestasteis que no podiais aceptar tanta dicha, porque amabais á otra. Esa lealtad os honra tanto... pero ¿qué teneis? ¿os sentís mal?

—¡Oh, repetid... repetid, señora! dijo Oscar levantándose y revelando la avidez en su semblante. El general Berbice encargó al coronel que me ofreciera la mano de Adela, y el coronel me lo dijo así, ¿no es cierto?

—Cierto es, pero... calmaos.

—¡Yo, yo respondí espontáneamente al coronel que no podia aceptar, porque amaba á otra...

—Que le estimabais infinito el ofrecimiento; que os considerabais más honrado de lo que mereciais; pero que no podiais aceptar...

—¡Porque amaba á otra!

—Así fué.

—¡Oh perfidia, traicion, infamia! gritó Oscar. ¡El miserable Belgrave me ha burlado, me ha perdido!

—¡Qué escucho!

—Él me dijo de parte del general, ó invocando su nombre á lo menos, que desistiera de mis asiduos obsequios á su hija; que me estimaba por Fitzalan y honrado, pero no tanto que consintiera en admitirme por yerno. Él me aconsejó que para desengañar á Adela fingiese que otro amor tenia cautivado mi corazon. Yo me resistia á mentir; él me dijo que se trataba de un engaño inocente; me habló de los deberes que el honor y el decoro imponen; me representó que algun sacrificio merecia el reposo de un honrado anciano...

—¡Oh monstruo! exclamó la señora Marlove. ¡Monstruo!

—¡Me ha engañado! repitió Oscar, ¡me ha hecho mentir, pasar por ingrato...! ¡Oh, yo quiero ver al general; quiero ver á Adela; al instante, quiero verles!

—Calmaos, Oscar, calmaos.

—No ahora. Quiero ver á Adela, quiero que sepa que la amo; que la he amado siempre; que mi corazon ha palpitado siempre por ella; que debe ser mi esposa...

—¡Ah desgraciado! Esposa vuestra... ¡Esposa es ya de Belgrave!

—¡Oh! ¡Adela no...! ¡Adela no!

Tras un sollozo arrancado del fondo del pecho cayó Oscar desmayado.

La señora Marlove acusándose de su imprudencia, llamó á los criados y colocaron á Oscar en la cama.

Le hicieron respirar sales, pero como estaba tan enfermo y débil costó mucho trabajo hacerle volver en sí.

Recobró los sentidos muy poco á poco y tardó mucho en responder á las preguntas que la señora Marlove le dirigia.

Cuando le vió recobrado, despidió á los criados y se quedó sola con él.

La pobre señora no pudo ver con ojos enjutos el espectáculo que ofrecia el desdichado Oscar, y tuvo que separarse un momento de su lado para que no viera sus lágrimas.

Un gemido de Oscar la hizo volver á su lado, donde se sentó silenciosa, esperando el momento oportuno de darle algun consuelo.

CAPITULO XXI.

El engaño descubierto.

El mismo Oscar le facilitó la ocasion volviéndose á ella y diciendo con voz apagada:

—Perdonad, señora, los enojosos cuidados que os cuesto. Ya veis cuán ajeno debia estar yo...

—¿Y pensais en semejante cosa? Lo que debeis hacer es armaros de valor. Soy vuestra amiga y siento al par de vos vuestra desgracia; pero no debo aconsejaros que os consagreis á deplorarla, cuando, forzoso es decirlo, no tiene remedio. ¡Ay cuántas veces caemos en el error de que un engaño puede ser útil! Sólo el camino de la verdad conduce al bien. ¿Por qué desdicha os apartasteis de él una sola vez?

—Por piedad, señora, no agraveis mi dolor...

—¡Oh hijo mio! qué bien puedo daros ese nombre, no es ese mi ánimo. He querido únicamente haceros ver que esta triste experiencia debe serviros en lo sucesivo para seguir siempre la senda de la lealtad y la franqueza. Jóven

sois, muchos años os quedan de vida para aprovechar esta triste leccion de la suerte.

—¿Para qué me ha de servir ni para qué quiero yo la vida?

—¿Delirais, Oscar? ¿Para qué? ¿No teneis un honrado padre, una inestimable hermana para quienes conservaros, que algun dia quizás reclamarán vuestro apoyo? ¿No teneis por ventura conciencia, deberes que cumplir como todo hombre nacido?

—Sí tengo, y tengo tambien que saciar una justa venganza.

—¡Venganza! ¿de quién habeis de tomarla?

—Del malvado.

—No cometereis vos semejante delito, Oscar.

—¿Delito llamais...

—¡Pues qué! ¿No lo seria llenar de luto la existencia de Adela, que ningun daño os ha hecho? ¿No lo seria llevar la muerte y el escándalo á la casa del anciano general cuyos sentimientos os son ahora conocidos? ¿Así le pagariais el deseo que mostró de teneros por hijo? Y Adela misma, educada en la virtud y el decoro, ¿creeis que podria mirar nunca sin horror al asesino de su esposo?

—¡Oh Dios mio, Dios mio! exclamó Oscar llevándose ambas manos á la frente, quitadme vos la vida miserable!

La señora Marlove, con mucha discrecion y dulzura procuró calmarle hablándole el lenguaje de la razon y el sentimiento; mas no pudo restablecer sus fuerzas, y tuvo que ponerle una cama donde pudiera pasar los dias que durase su enfermedad, y le trató con el cariño de la mas afectuosa amiga, ya que no pueda decirse de una madre.

¿Cómo habia conseguido Belgrave hacerse dueño de la mano y los codiciados bienes de fortuna de Adela?

Vamos á decirlo.

El general Berbice se habia enojado mucho, como ya sabe el lector, con la respuesta que Belgrave habia logrado arrancar al inexperto Oscar.

Belgrave se dedicó á consolarle; Belgrave le tranquilizó con todos los sofismas que podian lisonjear su amor propio; Belgrave fué con él adulador, rastrero, mentiroso; pero con mucho artificio y con tales apariencias de cordura y afecto, que en breve tiempo se granjeó por completo la confianza y el aprecio del anciano.

Cuando creyó llegado el momento oportuno, le habló de su inclinacion á Adela.

El general habia prometido no ocuparse mas del casamiento de su hija; pero como en verdad deseaba verla muy pronto casada, y por otra parte se trataba de Belgrave, que desde algun tiempo estaba exceptuado, por el general, de la regla comun, ofreció á su fingido amigo hablar en favor suyo á Adela, advirtiéndole empero que no daria un solo paso para contrariar su voluntad.

El coronel poseia grandes riquezas, pero esta circunstancia no era de ningun valor á los ojos del general, que para nada las necesitaba, y era tan desinteresado como hemos visto cuando pensó en casar á Adela con el jóven Fitzalan, que nada poseia.

Hizo pues una ligera insinuacion á su hija, y apenas comprendió esta su objeto le suplicó que no pasara adelante.

Engañada en su primer amor, abierta aun la herida de su corazon, no podia oir hablar de afecto semejante.

Ocultaba su pesar por consideracion á su padre; pero sus lánguidas miradas y su pálido rostro decian bien claramente que aunque encubierto, el pesar existia.

Paseaba sola; recorria los sitios que habia frecuentado con Oscar; recordaba sus indicadas observaciones; volvian á vibrar en su oido las cariñosas palabras que aquel le dirigiera, y se acusaba de haberle tratado con harta frialdad y dureza la última vez que le vió triste, abatido, y cuando parecia mas que nunca enamorado de ella.

Esta idea la hizo discurrir sobre si Oscar habria sostenido en su interior una lucha, ora inclinándose á ella, ora á su rival, y al considerar que si era así su rival la habia vencido, volvia á despertarse su orgullo, y entonces habria querido tenerle delante, para repetirle una y mil veces que únicamente le habria considerado siempre como un inofensivo compañero.

El coronel veia la frialdad con que le trataba Adela; pero en vez de desalentarse, esperaba paciente, y poco á poco iba preparando su plan, diciéndose á sí mismo que otras mayores dificultades habia vencido.

A veces se hacia el encontradizo con Adela en sus solitarios paseos, y la acompañaba, rodeándola de cuidados y atenciones, pero con mucha sagacidad, recordando que para la mujer verdaderamente enamorada, los obsequios del que no es su amado son siempre importunos.

Su perspicacia le marcaba el límite que no debia traspasar, y así en vez de hacerse enojoso, consiguió hacerse apreciable.

Algunas semanas habian trascurrido desde que Oscar se desterraba de la quinta de Berbice.

Belgrave veia que adelantaba muy lentamente y determinó emplear una estratagema para mejorar su causa.

Entró cierto dia en el jardin á la hora en que solia estar allí Adela, y en efecto la encontró leyendo.

Ella dejó el libro, correspondiendo á la galantería con que él le suplicaba que no se molestara y prosiguiese en su lectura, y entablaron conversacion sobre el general y sus buenas cualidades.

A poco se presentó un criado del coronel y entregó á este un paquete de cartas.

—En mal punto esperaban quebrarme la cabeza mis corresponsales, dijo Belgrave guardando las cartas en el bolsillo; prefiero vuestra amable conversacion á todos los pesados colonos y arrendatarios del universo. No tratan nunca mas que de negocios.

—Señor coronel, dijo Adela, os suplico que no hagais cumplidos y leais vuestra correspondencia. Las cartas de negocios no son como un libro de mero entretenimiento que se puede tomar y dejar á todas horas. Leed, leed.

—Si vos lo permitís...

—Os lo ruego.

—Líbreme el cielo de desairaros á la primera cosa que me pedís. Con vuestra licencia...

Abrió Belgrave una carta, pasó los ojos por ella, puso primeramente el semblante muy grave, mostró indignacion despues, y dando con el pié en el suelo, como si no pudiera contener su ira, exclamó:

—¡Insolente!

Fingió luego que le pesaba haberse dejado arrebatar en presencia de Adela y que hacia esfuerzos para contener-

se y disimular su enojo, y haciendo ademan de guardar la carta en el bolsillo, la dejó caer adrede al suelo.

Abrió las demás, leyólas y dijo:

—Señorita, ya que sabeis lo que son negocios disculpareis mi descortesía, si os dejo para contestar á uno de mis colonos. Quizá evite su ruina y la de su familia escribiéndole en el acto...

—Id, señor coronel, id á hacer esa buena accion, y habreis hecho un negocio verdaderamente beneficioso.

Salió apresuradamente Belgrave, y se quedó observando por entre las cortinillas de una puerta de cristales.

Apenas volvió la espalda, los ojos de Adela se clavaron en la carta caida al suelo.

Cuando Belgrave hubo desaparecido, la levantó y dió un grito de sorpresa.

La letra era de Oscar.

Una sonrisa diabólica contrajo el rostro del coronel.

¿Era verdaderamente de Oscar aquella carta?

Así lo creyó la inocente Adela y leyó lo siguiente:

«Mi estimado y respetable coronel:

«Veo que me acusais de insensible porque no me cauti-«van lo que vos llamais encantos de Adela; convengo en «que adolezco de esa insensibilidad, pero me permito hace-«ros observar que no es justo echármela en cara, sabiendo «que otra belleza superior á la suya ha cautivado hace tiem-«po mi corazon. Vos os empeñais en disputar en vano sobre «si puede haber quien aventaje á Adela en gracias de todo «género: cada cual cree que lo que él ama es lo mejor, y «de vuestro empeño sólo saco en consecuencia lo que hace «tiempo presumia, por mucho que hayais tratado de disi-

«mularlo, y es que estais enamorado de la señorita Ber-
«bice.

«Tampoco es exacto que yo haya dado una prueba de «desinterés renunciando á la mano y al caudal de Adela: «no he hecho mas que conservarme para mi amada, cuyo «valor á mis ojos es superior al de todos los caudales del «universo.

«Mi amada sabe ya lo que ha sucedido; está, como mu-«jer, muy ufana de mi conducta y me quiere mas que «nunca. Mucho deseo que el general os admita por yerno, «y veais colmado vuestro ardiente afan de ser esposo de su «hija, ya que tanto suspirais por su cariño. Os advierto «que lo que me ha pasado con Adela, sólo se lo he contado «á mi amada y á nadie mas. Ella es discreta y sabrá ca-«llarlo. Os besa la mano, mi querido amigo y respetable «coronel,

«OSCAR FITZALAN.»

—¡Ah falso! ¡Ah pérfido! exclamó Adela estrujando su carta, que dejó caer luego de las manos. Tambien tú decias que ninguna mujer te habia inspirado tan afectuosos sentimientos como yo; tú fuiste el primero en ponderar mi belleza, mi carácter, mi... ¡Dios mio! Sólo me ensalzaba para que pareciese tener mayor precio el sacrificio que de mi triste corazon queria hacer á otra.

Tuvo intencion de escribir á Oscar echándole en cara la bajeza de su conducta, desahogando en él su justa cólera; despues creyó que no habia castigo mas propio para él que el desprecio; despues... su corazon no se atrevió á despreciarle.

Mientras estaba entregada á su dolor, se le acercó poco

á poco Belgrave, y en su semblante conoció que la estratagema habia producido el efecto que deseaba.

Adela al verle temió que no le conociese en la cara que habia leido la carta, y sólo ese temor la obligó á bajar los ojos y ponerse colorada.

Belgrave fingió que de pronto veia el papel en el suelo, y bajándose apresurado á cogerle dijo entre dientes, pero de modo que le oyese Adela:

—¡Qué imprudencia la mia! Si álguien hubiera leido...

Adela palideció al oirle, y á una mirada de Belgrave se sintió vacilar.

El coronel corrió á sostenerla.

—Adelita, le dijo, estais agitada, os poneis pálida; apoyaos en mí. ¿Qué teneis? Vuestra preciosa salud...

—No es nada, respondió ella, no es nada: un vahido...

Sentóse pensando en su desventura, y entre tanto Belgrave estuvo obsequioso y comedido con ella, demostrando una solicitud que en aquel momento contrastaba de una manera bien notable con las expresiones que acababa de leer en la carta de Oscar.

Levantóse para retirarse á su aposento, y entonces le dijo él:

—¡Y qué! ¿Siempre huireis de mí? Ya sé que ningun derecho tengo ni atractivo alguno para deteneros; pero el afecto que os profesa mi corazon... Perdonad, no quiero seros importuno; callaré, callaré por mucho que me cueste. Ya que no pueda aspirar al título mas grato, mas precioso, yo sabré conquistar el de vuestro mejor amigo.

—Ese os daré yo siempre con todo mi corazon, contestó Adela, y le alargó la mano que él estrechó expresivamente.

El aire sentimental que habia tomado le sentaba bien á los ojos de la inocente Adela, cuando se veia abandonada, sacrificada por el hombre que mas digno habia creido de su aprecio, de su amor.

Ella le contempló por primrra vez como hombre capaz de sentimientos que nunca se le habria ocurrido atribuirle.

Belgrave supo fingir el embarazo en que se halla el que de veras ama y oculta su cariño por temor de verse desairado.

Adela recordó entonces que su padre le habia pedido su mano para el coronel, y quedó un buen rato pensativa.

Belgrave adivinó en seguida lo que estaba pensando.

CAPITULO XXII.

Consecuencias.

En lugar de encaminarse directamente á las habitaciones, pasearon Adela y Belgrave por el jardin.

—Os suplico, le dijo este, que no entreis ahora. Vuestro padre podria fijarse en que estais pálida y se llenaria de inquietud. Procuremos evitarle todo disgusto.

—Bien decís, replicó ella agradeciendo la delicada idea de Belgrave. Daremos una vuelta y no se me conocerá nada.

Él aprovechó bien el tiempo.

Colmóla de atenciones é introdujo con arte en su corazon la miel de la lisonja, por medio de frases mas halagüeñas cuanto menos parecian hijas de la adulacion y el fingimiento.

Agradóle tanto á Adela su respetuosa conducta, como le habia agradado recordar la indignacion que se habia apoderado de él al leer en su presencia la carta de Oscar. El respeto con que hablaba siempre del anciano general le atrajo tambien en gran parte la estimacion de Adela.

El sagaz coronel seguia paso á paso, sin equivocarse, los progresos que iba haciendo en el ánimo de la incauta niña, y por el resultado de su conducta de hoy arreglaba la que debia observar mañana.

Aun manaba sangre la herida que Adela habia recibido: aun gritaba venganza el amor propio herido.

Los respetuosos y siempre oportunos obsequios de Belgrave; el cariño que su padre habia puesto en él, y algun deseo de mostrar al jóven Fitzalan que no se acordaba para nada de sus amores, la decidieron á dar el paso mas grave de la mujer en la senda de la vida.

Cierta mañana el anciano Berbice, con mejor humor que de costumbre, salió á la puerta del jardin á recibir á Belgrave, diciéndole:

—Dadme vuestro brazo y tomad la mano de mi hija.

—¡Cómo, general!

—Adela os acepta por esposo.

—¡Oh dicha inmerecida! Llevadme á ella para que me ponga á sus piés...

—No; dejadla sola por esta mañana. Yo os presentaré uno á otro como novios al sentaros á la mesa. ¿Pensais casaros pronto, coronel?

—Yo, mañana mismo; no espero sino que vos y mi querida Adela fijeis el dia.

Los preparativos de boda se hicieron con gran magnificencia, tales como correspondian á tan rica heredera.

El general daba prisa por un lado; Belgrave la daba por otro.

Adela experimentaba en el fondo de su corazon una secreta repugnancia á casarse.

Nada habia notado en Belgrave que le hiciese desmerecer del alto y equivocado concepto que de él formara; pero cierta voz secreta le decia que se habia apresurado mucho á condescender con los deseos de su padre.

En aquellos momentos el general llamó á la señora Marlove al lado de su hija, y aquella buena amiga, que se enteró entonces de todo lo ocurrido con Oscar, permaneció en la casa hasta dejar á Adela casada.

A los quince dias de su matrimonio, oyó á unos oficiales hablar en su casa de la dolencia de Oscar.

Adela al oir aquel nombre se puso colorada y oyó distintamente que uno de aquellos decia:

—La señora Marlove se ha portado con él como un ángel; en medio de todo Oscar ha tenido suerte en dar con ella. Tal vez á no ser por su feliz encuentro ya no existiria.

—¡Pobre jóven! dijo Adela con toda sencillez.

Belgrave le dirigió una mirada, que brilló con fulgor sombrío, y parecia querer penetrar lo mas recóndito del corazon de su esposa.

Adela se estremeció al fuego de aquellos ojos y al aspecto de aquella faz, y por primera vez sospechó si debajo de la aparente afabilidad de Belgrave se esconderia un corazon duro y cruel.

La señora Marlove habia escrito á Adela para que fuera á pasar algunos dias con ella; pero desde que tuvo á Oscar en su casa dejó de escribirle, temerosa de que se encontrasen juntos bajo su techo y se aprovechase de aquel suceso la maledicencia.

En cambio, Adela, viendo que aquella buena señora habia cesado de escribirle, lo hizo á su vez, rogándole encarecida-

mente que fuese á verla aunque sólo fuera por poco tiempo.

La señora Marlove accedió gustosa á sus deseos y se presentó en la quinta al dia siguiente de la conversacion de que acabamos de hablar.

Corrió Adela á abrazarla y la halló pálida y triste.

Le habló de su salud, y esperaba que su amiga le dijese á lo menos que la tenia algo quebrantaba á consecuencia de haber pasado dias y noches velando á la cabecera de Oscar; mas la prudente amiga no dijo una palabra que se refiriese á aquel jóven, cuyo nombre, en su concepto, no debia ella pronunciar delante de Adela.

Esta se halló desconsolada y se puso á bordar, encubriendo con muy poco arte su mal humor...

Pocos dias habian pasado, cuando los mismos oficiales, que solian concurrir á casa del coronel, dijeron que tenian la esperanza de que el jóven Fitzalan seria muy en breve dado de alta en el regimiento, pues su restablecimiento se hallaba muy adelantado y habia salido ya de casa de lady Marlove, segun se decia entre algunos camaradas.

Esta noticia daba á Adela la seguridad de que podia ir á ver á su amiga sin peligro de encontrarse con Oscar, y en efecto, al siguiente dia fué á visitarla.

Verdad es que Adela deseaba no encontrarse en aquella ocasion con su antiguo amante; pero á decir toda la verdad, deseaba ardientemente que lady Marlove le hablase de él y le asegurase que estaba perfectamente restablecido.

Para proporcionar una agradable sorpresa á su amiga, mandó parar el coche á cierta distancia de la casa, y tomando un sendero abierto en el jardin, empujó la puerta de una sala baja.

Suya fué la sorpresa, suya fué la admiracion al ver antes que á su amiga, al jóven Fitzalan sentado junto á la chimenea, echada lánguidamente atrás la cabeza.

La señora Marlove le estaba dirigiendo la palabra; mas al ruido que hizo la puerta, volvió los ojos, dió un grito, y corrió á Adela, que no se atrevia á pasar adelante.

Oscar al verla se levantó tambien, mas volvió á caer en su asiento.

La bondadosa enfermera se adelantó llevando á Adela de la mano y hablándole muy afectuosa, y al mismo tiempo lanzó una valiente mirada á Oscar y con un rápido gesto le dió á entender que no cediese á ninguna debilidad, ni hiciera traicion á los nobles sentimientos que siempre le habia inspirado Adela.

Comprendióla bien Oscar y se levantó otra vez resuelto á llevar hasta el heroismo su sacrificio dando la enhorabuena á Adela.

—Señora, dijo, aprovecho esta ocasion para.,.

Faltóle la voz que se mostraba rebelde á sus esfuerzos, y su excelente amiga, como si le interrumpiera, le dijo:

—Oscar, no os violenteis hablando, que no es conveniente. Ya os dispensa nuestra amiga. Ea, sentémonos todos y alegrémonos de hallarnos reunidos junto á una hermosa lumbre en un tiempo tan frio.

Oscar queria recobrar su animacion; mas no le era posible.

La ceremoniosa frialdad de Adela le hacia padecer mucho; si alguna vez se le figuraba ver algo de piedad en aquel semblante adorado, aun se irritaba mas, creyendo que sólo era injuriosa compasion á sus dolores físicos.

La dueña de la casa, cumpliendo con su enojoso deber, refirió en tono chancero los cuidados que habia tenido para con Oscar.

—Y á fé, añadió, que él paga muy mal mi buen celo; pues desde que le he concedido un poco de libertad, no observa ninguna de mis prescripciones. Yo quisiera, Adela, que vos me secundarais, rogándole, como hago yo siempre, que mire un poco mas por sí mismo. A ver si entre las dos...

—Yo lo haré de muy buena gana, si tengo algun influjo con él.

—¡Si tiene algun influjo...! exclamó Oscar. ¡Oh Dios...! Levantóse pausadamente y se retiró junto á la ventana.

Era á fines de otoño y el espectáculo que ofrecia el campo no podia ser mas triste.

El cielo estaba cargado de nubes y anunciaba una próxima tormenta.

La tarde era fria, soplaba por la sierra el viento embravecido y los árboles dejaban caer sus hojas amarillentas.

—¿Qué haceis ahí, Oscar? le dijo la señora Marlove; por cierto que es alegre el espectáculo que teneis á la vista.

—No es alegre, contestó él; pero tiene para mí algo simpático, porque á lo menos está en armonía con mi corazon. Hojas y flores desaparecieron como mis alegrías y esperanzas. Y aun tallos y ramas volverán á recobrar su pompa y gallardía; pero á mí ¿quién me devolverá, quién, lo que he perdido?

—Vamos, Oscar, sed juicioso, le dijo la señora Marlove con una mezcla de ternura y festivo humor que le sentaba muy bien; no os abandoneis á la melancolía, que os hace

decir extravagancias. Antes que el campo recobre sus atractivos, florecerá vuestra salud, y algun dia entrará aquí un oficialito muy petimetre á preguntar á esta buena vieja, si tiene fruta seca que darle, mientras llega á sazon la nueva.

—¡Ah señora, qué recuerdo el de la primera vez que entré en esta casa!

—La primera vez me visteis y me amasteis, ¿no es verdad? ¡Adulador! lo mismo decís á todas. Vamos, reíos, querido Oscar; pues todo eso lo he dicho para que os rierais.

—Os aseguro, señora, que la sensacion primera que experimenté en este sitio, vivirá mientras aliente mi quebrantado corazon.

Al decir estas palabras habia querido no mirar á Adela; mas á pesar suyo sus ojos buscaron los de su amada.

Ella bajó la frente confundida.

La buena señora Marlove queria á los dos entrañablemente; la situacion á que los veia reducidos por la vil estratagema de Belgrave los hacia á sus ojos muy dignos de lástima; pero toda vez que las leyes y el honor les separaban para siempre, deseaba que no tuvieran lugar de darse muestras de mutua inclinacion para que no llegase á ser mayor la desgracia que pesaba sobre ellos.

Su posicion era delicadísima, y ella lo conocia muy bien.

No debia dar márgen á que se sospechara nunca que por malicia, torpeza ni condescendencia habia sido mediadora de una reconciliacion, siquiera inocente, entre los dos amantes.

Avisaron que el té estaba servido, y la señora Marlove les propuso que lo tomasen en la misma sala, lo cual pareció bien á Oscar y Adela.

Mientras lo tomaron, procuró la prudente señora sostener la conversacion, siempre sobre asuntos bien ajenos á los pensamientos que de continuo dominaban á Oscar, y obligaba, ora á este, ora á aquella, á que dijeran algo, pues de otro modo habrian permanecido callados uno y otro.

Despues de tomar el té en una mesa colocada en el centro de la sala, volvieron junto á la chimenea, y dijo la señora Marlove:

—Querida Adela, algunas veces habeis mostrado vivos deseos de conocer los sucesos de mi vida, y yo, sin deciros que no, habia procurado evitar la ocasion de haceros oir ese relato. ¿Quereis que ocupemos la tarde yo en contar y vos en oir mi historia?

La oiré con muchísimo gusto, pues ya sabeis cuánto me interesa todo lo que á vos se refiere.

—¿Y vos, querido Oscar, la oireis con gusto?

—Como os escucho siempre, mi excelente amiga.

—Un millon de gracias. Ea, pues, sin preámbulos: estadme atentos, que empiezo.

CAPITULO XXIII.

La señora Marlove.

Era mi padre maestro de escuela.

Vivíamos en un pueblecito del Sur de Inglaterra.

Aunque mi familia era pobre, mi nacimiento fué celebrado con grande alegría, y mis padres que siempre se habian querido bien me miraban como un suave lazo mas entre sus corazones.

Mi madre ¡la pobre! tenia la imaginacion muy viva, era algo novelera; oyó decir (como lisonja que se dice á todas las madres) que yo iba á ser muy hermosa, y á medida que fuí creciendo se fué ella volviendo vana por causa mia, hasta figurarse que mi belleza, mi talento y mi instruccion me habian de atraer adoradores ricos y encopetados.

Dióme una educacion mas brillante que sólida, é infundió en mí la vanidad de que ella estaba poseida.

Mi pobre padre, débil, condescendiente y sometido en todo á su voluntad, la dejó hacer sin reparo alguno.

Así pues, yo podria ignorar la gramática de mi propia lengua; pero chapurraba el francés, y sin saber coser el percal de mis vestidos, aprendí á bordar en tul y en raso.

Se me dió por maestro de baile á un mal músico del lugar, y no aprendí á tocar instrumento alguno, porque se necesitaba mucho dinero para comprar un clave ó un arpa; mas aprendí música vocal, contribuyendo tambien mi madre á mi enseñanza en este arte con lo que le quedaba en la memoria de las canciones de su tiempo.

Para hacerme brillar, mi pobre madre cogió todos sus vestidos y los cortó para mí á la moda y aun á las modas que ella misma inventaba para hacer resaltar mas mis atractivos.

Bien cierto es que entonces (Dios me lo perdone) cuando iba yo al templo los domingos, mas que por devocion iba para lucir mis extravagantes trajes.

Tenia yo diez y seis años y mi madre estaba persuadida de que mi hermosura superaba á la de todas las demás mujeres.

Yo era vivaracha, atolondrada; estaba muy envanecida á fuerza de oir continuas alabanzas; mas puedo decir sin engaño que era sencilla é inocente.

Un dia cada semana iba á casa del maestro de baile con mi madre. Allí con las demás muchachas me perfeccionaba en la danza y celebrábamos nuestras tertulias.

Cierto dia entró en la sala un jóven muy gallardo y bien puesto, que desde el primer momento cautivó la atencion de cuantas allí estábamos.

Paseó con mucho desenfado las miradas por toda la concurrencia, y las detuvo en la hija del molinero, que era, á fé, muy preciosa.

Las demás estábamos corridas, y mi madre tosió dos ó tres veces y me dijo al oido con mal humor:

—Ese zangullon me parece tan fatuo como largo.

Entonces el recien llegado se volvió á mí, me contempló con tanta atencion que me hizo bajar los ojos poniéndome muy colorada, y despues de aquel exámen, me pidió con una graciosa cortesía que saliera á bailar con él.

Contestéle yo con una ridícula reverencia de las que me habian enseñado á hacer para casos semejantes, y le dije que el honor era para mí y que con muchísimo regocijo accedia á su solicitud, con otras sandeces que promovieron la risa de mi gallarda pareja, por mas que procuró disimularla.

Lo peor fué que poco antes habia yo prometido á un jóven labrador vecino nuestro, que bailaria con él la primera contradanza; ofendióle el desaire que le hice y se enojó conmigo, tanto por haberle faltado yo á la palabra, como porque mi pareja le parecia un rival harto poderoso.

—No sé por qué habeis de contribuir, me dijo, á que un forastero, que os olvidará en cuanto vuelva la espalda, venga á hacer el amo abochornando á los del pueblo con quienes teneis que vivir.

—Yo no sé, le repliqué, por qué sois tan impertinente. Y le miré de alto abajo con toda la fatuidad que se habia apoderado de mí.

Mi pareja se rió mucho con mis despachaderas y me dijo:

—No extraño su enojo; el pobre muchacho tiene trazas de quereros mucho y debe de estar muy furioso conmigo, que le robo á su querida Paquita.

Despues de la contradanza volvimos al lado de mi madre que ardia en deseos de trabar conversacion con el forastero

para darle á entender que no debia confundirnos con el vulgo de la poblacion.

—Ya me figuro, señor forastero, que una persona de vuestra clase debe fastidiarse mucho en un pueblo como este. A nosotros nos pasa lo mismo, pero como hemos de vivir aquí, no tenemos mas remedio que tratarnos hasta con la gente mas inculta y hacer lo que hacen los otros, so pena de estar en guerra con todo el mundo y pasar la vida encerradas como penitentes...

El forastero convino con todo lo que mi madre decia, y aceptó la invitacion de cenar aquella noche en casa, obsequio muy comun en nuestras aldeas.

Mi madre, loca de contento, envió recado á mi padre participándole la novedad, y cuando nos sentamos á la mesa ví que, cosa por cierto extraordinaria para nosotros, teníamos preparado un hermoso pato.

Tiempo es ya de que os lo diga: el forastero se llamaba Marlove.

Como hombre bien educado, estuvo muy fino y delicado con todos nosotros, que á la verdad nos desvivíamos por obsequiarle, y despues de manifestar el placer con que habia pasado aquel rato en el seno de nuestra familia, antes de retirarse pidió permiso para seguir visitándonos, y en efecto estuvo á vernos muy atento el dia siguiente.

Desde aquel punto me consideró mi madre como esposa de un ricacho.

Como en un lugar corto se sabe todo en seguida y se hace conversacion de todo, pronto se murmuró de las visitas del forastero, así como se dijo tambien que á la muerte de un tio suyo debia heredar cuantiosos bienes.

Él tenia talento, cultura y gallarda presencia y estaba destinado á ser muy rico; figuraos pues cómo se pondria mi madre de ufana y cómo me pondria á mí la cabeza.

El forastero siguió visitándonos, y yo abandoné todas las formas ridículas que habia aprendido hasta entonces, y me dejé llevar de la naturalidad y de lo que me dictaban la razon y los sentimientos de mi alma, que no eran malos.

Marlove, que me tenia alguna inclinacion, me amó al verme tal cual Dios me habia hecho, y al cabo de mucho tiempo me dijo que el objeto de sus visitas era interesar mi corazon y pedir mi mano; pero que no podia ser mi esposo en seguida, porque habiendo quedado huérfano en muy tierna edad, vivia bajo la dependencia de un tio muy rico que le habia nombrado su heredero, mas le desheredaria al momento si llegaba á entender que intentaba casarse. Si vuestros padres, añadió, consienten en que nos demos palabra de esposos, yo os prometo cumplirla el dia que pueda poner á vuestros piés la herencia de mi tio ó un caudal con que sustentaros.

Consentí yo, consintieron mis padres y todo quedó convenido.

Entonces Marlove nos encargó el mas profundo secreto sobre nuestro compromiso, participándonos que uno de los criados que iban con él era un espía que le habia puesto su tio para que le diese estrecha cuenta de su conducta, y que hasta entonces el criado se figuraba que si él iba todos los dias á mi casa era porque mi padre habia sido íntimo amigo del suyo.

A mi edad, vanidosilla como yo era y mujer al fin, no me habia de ser muy fácil guardar el secreto.

Sucedió pues que cierto dia estuvo á verme una muchacha con quien me trataba mucho antes de conocer á Marlove.

—¡Es posible, Paquita, me dijo, que vivais tan retirada ahora! Mucho me temo que ese señor Marlove no os haga llorar algun dia el haberos alejado de todas vuestras amigas.

—¡Cómo ha de ser! le repliqué burlona, cuando llegue ese dia, lloraremos.

—No comprendo cómo lo tomais así, sobre todo pudiendo asegurar un buen partido con Alod, el hijo del molinero, que os ama.

—¿Sí? Para molineros estamos.

—Pues no me parece á mí que valga mas ni menos que vos.

—Porque olvidais quién soy.

—Es verdad, replicó mi amiga. Olvidaba que su padre es dueño de un molino, y el vuestro es un pobre maestro de escuela; que él no tiene vanidad y tiene dinero, al paso que vos...

—Yo tengo amigas necias que harian bien en buscar novio para sí mismas en vez de buscarlos para otras, y si no tengo dinero tengo la promesa de un hombre rico que puede mandar fundir un molinero de oro fino.

Mi amiga se fué irritada y contó en el pueblo lo que le acababa de pasar conmigo.

Enteróse de ello el criado espía de Marlove y escribió inmediatamente al tio de este, dándole razon del motivo que detenia á su sobrino.

Poco tardó Marlove en recibir una carta de su tio llena

de las mas duras reconvenciones y la órden terminante de regresar sin demora.

Esto fué un rudo golpe para todos nosotros; pero no habia mas que resignarse á obedecer, so pena de la pérdida de la herencia.

Antes de partir Marlove, en presencia de mis padres me abrazó diciendo:

—Mucho me temo que nos separe una larga ausencia; temo además que mi tio no me obligue á prometerle que no os escribiré. Si mis temores se realizan, no por eso os olvidaré ni quebrantaré la fe jurada. ¿Guardareis vos la vuestra?

—Os lo prometo, le respondí llorando, esperaré y seré fiel.

Partió Marlove y con él mi alegría y mi reposo.

Mi madre padeció una fiebre espantosa y murió en breves dias.

Mi padre, faltándole aquella compañera de tantos años, sucumbió á su dolor.

Yo quedé sola, pobre y malquista.

Ni sabia la residencia de Marlove ni me habia atrevido á escribirle.

Mis vecinos me echaban en cara con dureza de corazon mi vanidad pasada y sólo hacian por mí lo que hace en los pueblos esa caridad reglamentada, fria é ineficaz: impedir que me muriese de hambre.

En medio de mi triste situacion recibí carta de una amiga que estaba casada y se habia ido á vivir á un pueblo de mayor importancia que el nuestro.

Decíame que estaba enterada de mi desgracia y que me

fuera al pueblo en que ella estaba, donde de un modo ú otro sacaríamos partido de mis habilidades y no tendria que vivir de limosna ni sufrir los ultrajes de que era víctima.

Pasé por una nueva humillacion para recoger el dinero indispensable para el camino, tomé el asiento mas incómodo del carruaje menos caro, y llevándome todo lo que poseia en el mundo, me lo puse en un pañuelo, hice un lio y partí.

En casa de mi amiga se restableció mi salud algo quebrantada, y cuando ya estuve en disposicion de trabajar, me dijo ella:

—Ahora es menester que te ganes la subsistencia. Probablemente podrás colocarte en casa de una señora muy rica, que necesita de una jóven que sepa leer bien y bordar algo. Te advierto que así ella como su marido son extravagantes; mas para ganar que comer, el pobre no tiene mas remedio que transigir con los caprichos del rico y aun lisonjearle á menudo, aun cuando le repugnen. En cambio no perderás nada en el concepto de la gente, porque te hablo de una casa muy respetable.

La idea de la servidumbre me humillaba, pero ¿qué habia de hacer?

Algun alivio experimentó mi corazon cuando, mejor enterada, supe que aquella extravagante señora era precisamente la tia de Marlove, y desde aquel momento ya deseé servirla, complacerla y hacerme querer de ella.

La precaucion que debia tomar, empero, era ocultar mi nombre y el de mi pueblo para no infundir sospechas.

Díjele á mi amiga que así me convenia hacerlo ya que iba á entrar en la humilde condicion de la servidumbre;

ella se rió de mí creyendo que sólo la vanidad me movia á proceder de aquel modo y prometió complacerme.

Recogí algunas labores mias para presentarlas como muestra, y palpitándome fuertemente el corazon, salí con mi amiga para la casa de mi ama en ciernes.

La casa era antigua y de feo aspecto.

Todo carecia absolutamente de gusto...

A propósito de gusto, dijo la señora Marlove interrumpiéndose y cambiando de tono; yo no sé si es del vuestro la pesada relacion que os estoy haciendo, amigos mios, y si quereis que no pase adelante por hoy...

Adela y Oscar le suplicaron que continuase, y ella prosiguió como se verá en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXIV.

Extravíos.

—Digo pues que allí era todo del peor gusto. La casa estaba cercada, en medio de una pradera cubierta de árboles plantado con geométrica simetría.

Sobre los pilares de la puerta, que era muy sólida, se levantaban dos groseras estatuas de piedra de cantería, estatuas que representaban no sé qué género de séres, pues no se parecian á hombres, á brutos ni á ninguna invencion mitológica.

Abriónos un portero anciano, escuchó inmóvil nuestra relacion, llamó á un criado sordo, que tardó un cuarto de hora en oirle y otro en comprenderle, y por fin nos hicieron subir al primer piso.

Yo creí hallarme trasladada á la zona tórrida.

Era á mediados de julio y sin embargo ardia un gran fuego en la chimenea. El suelo estaba cubierto de una recia alfombra tan chillona de colores y desgraciada de dibujo como todo lo demás de la casa.

Las ventanas estaban casi herméticamente cerradas y los cristales cubiertos de polvo.

Los dueños de la casa, marido y mujer, estaban sentados en sendas poltronas á ambos lados de la chimenea. A sus piés dormian tres perros y tres gatos.

El marido, de codos en una mesa, leia con mucha atencion un libro grande; la mujer hacia calceta.

Sus semblantes anunciaban falta de salud y mal genio.

La señora levantó mucho la cabeza, se quitó los anteojos, me miró de piés á cabeza y me dijo:

—Conque sois vos la que...

Volvióse á mi compañera y añadió:

—Pero, señora Wilson, esta muchacha me parece demasiado jóven.

Mi amiga contestó á aquel reparo y yo añadí:

—Jóven soy, señora, y por lo mismo estaré sumisa á vuestra voluntad, y haré dobles esfuerzos para complaceros.

—Bien. ¿De dónde sois y cómo os llamais?

Respondí segun lo convenido con mi amiga, y ella añadió:

—Vamos á ver labores vuestras. ¿Traeis algunas?

Presentéle las que traia, las examinó minuciosamente y clavándome las miradas encima me preguntó:

—¿Eso lo habeis hecho vos, sin ajeno auxilio?

—Sí, señora.

—Pues os diré la verdad. El desempeño material no es del todo malo. Lo malo, lo pésimo son los dibujos. Mirad, mirad lo que tengo en esos cuadros dorados, y ¡qué diferencia! decidme si habeis visto en vuestra vida cosa semejante.

Los dibujos que me enseñó con tanta ponderacion eran la

cosa mas absurda y amanerada que puede haber en el mundo, y así, pude decirle sin mentir:

—En efecto, señora, confieso que cosa semejante no habia visto en mi vida.

—Deseo atender á la recomendacion de vuestra amiga y hacer algo en favor de una desgraciada como me ha dicho que sois; os tomaré pues á mi servicio; pero cuidado, que no me habeis de ser andariega, ni chismosa, ni parlanchina, ni respondona; vestid con aseo y honestidad, hablad con decoro, trabajad mucho, santificad las fiestas y estareis bien á mi lado.

Respondí á todo que sí, ¡qué remedio tenia! y me persuadí de que la servidumbre en que habia caido era tan penosa como ya me habia figurado.

No os contaré pormenores acerca de su severidad y mal humor; baste deciros que padecí mucho, ¡mucho con ella!

No salí nunca de casa sino los dias festivos para ir al templo en su compañía ó para dar una vueltecita por el campo al oscurecer llevándola del brazo.

Marlove estaba ausente cuando yo entré en la casa, y por supuesto que nunca me atreví á preguntar por la época de su regreso.

Mi salud decaia, abatíase mi espíritu; pero no me quejaba.

Comia yo con una anciana ama de llaves, y me dijo un dia:

Ahora se os prepara mala temporada.

—¿Por qué? le pregunté.

-Porque tendreis mas que hacer. Mañana llega el sobrino de nuestros amos.

Saltóme de alegría el corazon en el pecho, dí un suspiro, y para no descubrir mi secreto, añadí en seguida:

—¡Cómo ha de ser! Paciencia.

—Eso sí, contestó ella, para ser tan jóven teneis mucha resignacion: no se os puede negar esa buena cualidad.

Yo ya no sabia ocultar mi alegría; iba huyendo de todo el mundo para que no me lo conociesen en el semblante, y me escondí en los sitios donde otras veces me habia escondido para llorar de pena.

No comí, ni dormí, y al dia siguiente, ¡cómo lo recuerdo! al oir las pisadas del caballero Marlove, temí no poder resistir y lanzar gritos de contento.

Pensaba que no podia tardar en tener una entrevista con él, en contarle lo que habia padecido, y en asegurarle que mucho mas estaba dispuesta á padecer, como él me guardase la fe jurada.

Pero habia echado mal mi cuenta. La tia de Marlove vino á sacarme de mi error, diciéndome que durante la permanencia en casa de un sobrino suyo muy mal criado, deberia yo permanecer en mi aposento y no salir de él ó del del ama de llaves.

Oprimióseme el corazon, y no respiré con libertad sino al ocurrírseme que mi ingenio me facilitaria un medio ú otro para hacerle saber que me hallaba bajo su mismo techo.

Mas iban pasando dias sin que se lograse mi deseo, y yo me volvia loca pensando que Marlove estaba tan cerca de mí y me creia tan lejos.

Un dia que mi ama estuvo á verme en mi cuarto, le pedí permiso para ejecutar un bordado á mi capricho y tuve la buena fortuna de que no se opusiese á ello.

Me puse á trabajar con ardor y bordé una casita semejante á la que yo habitaba en mi pueblo, con un árbol muy alto á un lado y otro pequeñito al lado opuesto, para mayor semejanza. Puse allí mi imágen pensativa, junto á una lápida mortuoria con las iniciales de mis padres, y marqué bien los sesgos que hacia el camino que llevaba á mi casa.

Así pensé que Marlove conoceria que el bordado era obra mia.

A mi ama le pareció muy buena la idea y el trabajo; me lo celebró mucho y me dijo que lo mandaria colocar en un cuadro.

Al dia siguiente, estaba yo comiendo con el ama de llaves en su cuarto, cuando se abrió de repente la puerta, dí un grito de espanto y apareció Marlove á mi vista.

El ama de llaves pareció muy enojada, y Marlove sin darle tiempo para nada le dijo:

—Amiga mia, me siento muy malo, andad y componedme aquel cordial que únicamente vos sabeis hacer en casa y es lo único que puede aliviarme. Vos sois mi Providencia en esos casos. Andad, andad.

Salió el ama y Marlove me miró con gran compasion y amorosa ternura.

—A las once, me dijo en voz muy baja, os esperaré en la sala. No dejeis de bajar si os es posible.

Miró con disimulo hácia afuera, y viendo que aun no volvia el ama de llaves añadió con la misma precaucion:

—Os compadezco, amada mia. He conocido vuestra obra: la casita, las iniciales de la sepultura... Mi corazon...

No pudo decirme nada mas.

A las once bajé muy silenciosamente á la sala.

Allí me esperaba Marlove que se enterneció mucho con el relato de mis desgracias, y me dijo:

—Yo no puedo consentir en que esto prosiga así; quiero á lo menos que seais mi esposa al pié del altar, ya que por ahora no puedo compensar de otro modo lo que habeis padecido.

Convinimos en lo que íbamos á hacer, y yo empecé á decir á su tia que estaba delicada y que iria á restablecerme á un pueblecito que distaba de allí seis millas.

La tia de Marlove encontró muy puesto en razon que supuesto que yo estaba enferma, no le diese cuidados en su casa y gastase en mi curacion lo poco que podia haber ahorrado mientras dediqué mi salud á su servicio.

Partí, llegué al pueblo, llegó al mismo tiempo Marlove con un sacerdote amigo suyo, y fuí su esposa, y me sentí verdaderamente feliz.

Quedé en casa de unas personas que debian muchos favores á Marlove y eran bien capaces de guardar el secreto.

¡Así lo hubiera sido yo!

Desde el momento en que me ví casada, deseaba con afan presentarme en el mundo que me habia despreciado y hacer alarde de mi suerte.

Marlove iba secretamente á verme con mucha frecuencia.

Así pasamos un mes.

Cierto dia me asomé impensadamente á una ventana y ví venir por la calle arriba á mi amiga Patricia, la que me habia recomendado á la tia de Marlove y no habia vuelto á visitarme.

Yo me retiré para no ser vista; al poco rato se me presentó Patricia muy curiosa.

Con aire de reprension me dijo que era muy feo el estar buena y sana en aquel pueblo y engañar á la señora Marlove, que me creia enferma en otro.

Su tonillo me recordó la dureza con que me habia obligado á colocarme de criada, como si le estorbara en su casa, y el despego con que repetidas veces me habia echado en cara lo que ella llamaba mi hermosura, como si el tenerla me costase dinero.

Yo la escuché con paciencia; ella se envalentonó poco á poco, y tanto abusó de mí, que por último rompí el silencio y le dije:

—Con este desahogo te has cobrado con usura los favores que te debo. Cuando yo acepté tu auxilio no lo hice ofreciéndote que me obligase á oir tus reconvenciones y desprecios. Ahora que nada te debo, te agradeceré que me dejes en paz.

Al oirme se encolerizó de suerte que me fué preciso recordarle que no estaba en su casa ni en la mia y que algun respeto merecian mis huéspedes.

—Salgo de aquí, me replicó ella, y te abandono. No vuelvas á apelar á mi amistad. Te abandonarán tambien tus amos y te quedarás sola en el mundo.

—Me quedará mi marido, le repliqué á mi vez con orgullo.

—¡Tu marido!

—Sí. Vívame Marlove y abandóname tú.

Formó de mí un concepto tan injurioso en el acto, que me fué preciso demostrarle con documentos que Marlove era mi esposo.

Se puso hecha una furia y se fué.

Se fué, pero al otro dia entró Marlove en casa muy agitado y triste.

Dejóse caer en un sillon y yo corrí á cogerle de la mano.

Él me recibió con dulzura; pero no me ocultó que mi imprudencia nos habia perdido: ya nada tenia que esperar de sus tios, enterados de todo.

Arrojéme á los piés de Marlove y con toda sinceridad le dije que jamás me perdonaria á mí misma la imprudencia que habia cometido.

Él procuró tranquilizarme, y confiando en la proteccion de otro pariente, salimos para Londres.

Mi marido tuvo buena suerte y alcanzó un empleo en las oficinas de la administracion, con un sueldo muy decente.

Entonces comencé á ver el mundo y á prendarme de sus atractivos; ensayaba mi poder pidiendo á Marlove las cosas mas extravagantes, y él siempre fué complaciente hasta en lo más raro y caprichoso que se me ocurria.

Me oí llamar hermosa y me acostumbré á las lisonjas, que llegaron á ser una necesidad para mí.

Entonces trabé amistad con una viuda jóven de muy decoroso aspecto; pero á la verdad depravada, que servia los vicios ajenos para satisfacer los propios, y lo hacia con tal maña, que era considerada de todo el mundo y recibia en su casa á personas muy distinguidas que hacian gala de merecer su amistad.

Concurriendo con ella á varias diversiones, llegué á ser blanco de las lisonjas del hijo de un par, que era uno de los jóvenes mas elegantes.

Mi esposo observó que dicho jóven me hacia demasiadas

demostraciones de galantería, y me dijo que fuese prudente; que aquel era uno de los mayores libertinos de Londres y que sus asiduos obsequios podian perjudicar mi reputacion y la suya..

Yo le prometí seguir sus consejos; pero como estaba poseida del demonio de la vanidad y del ansia de obsequios y adoraciones... no se lo prometí de todo corazon.

Entonces me hallaba yo en cinta. Marlove deseaba que fuese yo madre y nodriza de sus hijos; pero la viuda mi amiga ridiculizó mucho mi propósito y me amenazó con una larga privacion de placeres si lo realizaba.

Resistíme un poco, mas yo era débil y ella diestra; Marlove era tambien débil conmigo y se convino en que mí primogénito se criaria en el campo, en casa de una buena nodriza.

Dí á luz una niña, y en efecto, la envié lejos de mí sin necesidad.

Hice como muchas madres, que parecen dignas de serlo y se privan del grato placer de recibir las primicias del amor mas puro y tierno que pueda existir en la tierra.

Ahora que me encanto con las gracias de las criaturas ajenas, me parece imposible que ni por un momento haya podido yo prescindir de la compañía de mis propios hijos.

Y sin embargo...

Pero no debo prolongar mi relato con reflexiones que únicamente para mí pueden tener importancia.

Cuando salí de casa supe que mi noble galanteador habia salido para el continente, donde tenia negocios que arreglar; y aunque sentí su ausencia, busqué en otras par-

tes obsequios y lisonjas. Así pasé tres años. Entonces dí á luz un niño y volvió mi hija de casa de la nodriza.

¡Cuántas veces he recordado con admiracion la indiferencia con que entonces miraba yo á mis hijos y á Marlove, que me amaba entrañablemente, me trataba con la mayor dulzura y no vivia sino por mí!

Conmigo y con sus hijos compartia sus caricias.

El cumplimiento de sus deberes y los afectos domésticos eran cifra de su vida; y yo... ¡ah, cómo nos degrada y envilece la vanidad!

CAPITULO XXV.

Fin de la historia.

Interrumpióse breves momentos la señora Marlove, y prosiguió en los términos siguientes:

—Lord Taler, el hijo del par, estaba de vuelta. Me repitió sus obsequios y yo torné á agradecerlos.

Mi esposo me hizo otra vez juiciosas observaciones; pero como yo no me proponia ningun objeto criminal y sí sólo ver de continuo lisonjeada mi vanidad, no le hacia gran caso.

Por entonces tuvo Marlove que ir á ver un amigo enfermo, que vivia á algunas millas de Londres. Al mismo tiempo mi hija estaba en cama con calentura, lo cual me privaba de mis diversiones y placeres predilectos.

Antes de partir Marlove me abrazó y me dijo:

—Querida Paquita, tú y mis hijos sois toda mi felicidad. Por Dios vela por ellos, en particular de la niña ahora que su salud requiere mas cuidados, y cuida tambien de tí misma, para que á mi regreso podamos abrazarnos con nuestra acostumbrada satisfaccion y alegría.

Yo no sé qué hallé de profundamente tierno y solemne en sus palabras que me penetraron el corazon y me hicieron saltar las lágrimas.

Dos dias pasé cuidando asíduamente á mi hija.

A los dos dias vino á verme la viuda mi amiga y me dijo que me encontraba muy pálida y desmejorada; que me iba á morir si no salia á distraerme, y que necesitaba de mí porque lord Taler le habia regalado dos billetes para un baile de máscaras y ella queria ir; pero habia de ser en compañía de una persona prudente y bien reputada como yo.

Grandes eran mis deseos de asistir por primera vez á un baile de máscaras; pero ausente mi marido y enferma mi hija, me negué á acompañarla.

Ella se empeñó solicitando mi asistencia como un favor especial; añadiendo que nadie lo sabria, y lisonjeándome y excitando mi funesta curiosidad de manera, que al fin cedí vencida de mi propia debilidad y de sus vehementes súplicas.

Salí con ella dejando la niña al cuidado de una enfermera, y comí en casa de la viuda, en donde apareció como por casualidad lord Taler cuando íbamos á sentarnos á la mesa.

Era cerca de media noche, subimos á un carruaje para ir al baile, y allí el estruendo de la música, la animacion, las luces, las galas y las galanterías de lord Taler me enloquecieron.

Nos retiramos á las cinco de la mañana. Mi amiga tomó una berlina y yo debia haber hecho lo mismo, pero el obsequioso lord me hizo ocupar con él su coche.

Su lenguaje me llenó de sobresalto y su osadía me reve-

ló lo que debia haber adivinado. Habia en él tanta malicia como simplicidad en mí.

A las frases que me inspiró mi dignidad ofendida respondió arrepentido y humilde y me apaciguó.

Llegamos á casa de mi amiga y como habia lodos, al apearnos me llevó él del brazo.

Ví junto á la puerta un embozado, túvele miedo, y sin querer me así fuertemente de mi galanteador; pero el hombrre no se movió y yo no me acordé más de él.

Cenamos con mucha alegría; lord Taler nos propuso ir al dia siguiente á su casa de campo de Richmont, aceptamos su ofrecimiento y nos retiramos á descansar algunas horas.

Levantéme á cosa de mediodía, y me estaba vistiendo, cuando entraron lord Taler y la viuda en mi cuarto con una carta para mí.

—¿Quién puede dirigirme cartas á vuestra casa? pregunté yo asombrada. ¡Ay amiga mia! ¿Si será de Marlove que esté de vuelta?

—Vamos, no hagais aspavientos, me dijo ella, el mal paso pasarlo pronto. Abrid y leed. Si es de vuestro marido ¿no os ha de faltar un pretexto?...

Abrí, leí... La carta no se ha apartado de mí desde entónces; su lectura es el castigo que me impongo por mis faltas cuando creo que soy demasiado dichosa. Oid.

Sacó la carta la señora Marlove y leyó lo siguiente:

«Mis tristes presentimientos se han realizado. No volve-«remos á vernos mas. ¡Oh mujer á quien tanto amé, cómo «os habeis perdido y me habeis perdido á mí para siempre!

«Por vos renuncié á los bienes de fortuna; salí de la tierra

«natal y me dediqué al trabajo con todo el ardor de mi «ánimo. Nada me parecia sacrificio á trueque de veros in- «dependiente y dichosa. Me habia agradado vuestra her- «mosura y despues me encantó vuestro candor y me cautivó «vuestro decoro. Vos sabeis si os he amado; si he podido «yo vivir tranquilo al veros sólo ligeramente indispuesta.

«Dejar de existir vos, me parecia la mayor desgracia «que pudiera sucederme... ¡ay! me engañaba: antes habria «preferido veros en el seno de la muerte que en el de la «infamia.

«He vuelto de casa de mi amigo, traspasado el corazon «de dolor con el espectáculo de luto que encontré en ella, «y venia ansioso de encontrar consuelo en vuestros brazos. «¡Vana esperanza! He hallado moribunda á mi inocente «hija, abandonada de su madre, abandonada tambien de la «mujer mercenaria á cuyos cuidados la confiarais. Supe la «verdad y no quise darle crédito; quise ver por mis propios «ojos, ¡insensato! y os he visto estrechar el brazo de un «libertino y entrar con él en casa de la vil agente de sus «groseros placeres. No os arranqué de los brazos de aquel «hombre porque ya no podia recobrar con vos aquella pu- «reza vuestra que yo habia idolatrado.

«Volvíme corriendo á mis inocentes hijos, y he llorado «con ellos lágrimas amargas de un dolor nuevo, obra «vuestra...

«Antes de daros el último «adios,» quisiera convence- «ros de que no hay en el mundo poder alguno contra la «voz de la conciencia: tras el delito va el remordimiento y «el desengaño de locas esperanzas. ¡Ay del amor que sólo «se funda en las gracias exteriores; porque morirá antes

«que ellas, cuya vida es bien breve! Pasará vuestra belle-«za; llegará el dia del abandono y os acordareis de Marlo-«ve, de su ternura, de su admiracion...

«Retroceder en la senda del vicio, es casi virtud; aun «podeis alcanzar esa palma: haced un esfuerzo; ¡pensad «que teneis un hijo... una hija! ¡Oh, yo les enseñaré á «compadecer á todas las almas extraviadas! pero no sabrán «nunca que entonces os compadezcan á vos.

«Quiero que no tengais excusa contra la virtud: os lego «todo lo que no pertenece á mis hijos. Si su recuerdo no «basta tampoco á apartaros del mal sendero, pensad en «la madre que os dió el sér y que lloraria mas que yo si «hubiese tenido la desgracia de vivir hasta hoy. Si llegais «á un sincero arrepentimiento, os prometo que recobrareis «la paz del alma y aun podreis hallar dulzuras en la vida. «Hacedlo por vos, no os acordeis sino de vos, si así os pla-«ce, y olvidad al que lleva el castigo por haberos amado «sobre todas las cosas,

«MARLOVE.»

Yo derramé copiosas lágrimas mientras leí esta carta. Apenas terminé, dijo la viuda:

—¡Gracias á Dios! ¡Qué pesadez! ¡Creí que no acababa nunca!

—Ya lo veis, encantadora amiga, me dijo mi galanteador; vuestro marido se vale de un pretexto para abandonaros; pero mis brazos estarán siempre abiertos para vos.

—Dice bien milord, añadió ella; quizá os ha venido Dios á ver.

Yo de pronto quedé asombrada, escandalizada, pero muda oyendo lo que proferian sus bocas.

Despues me rehice; les acusé á entrambos de ser autores de mi vergüenza; llamé á voces á mis hijos, á mi madre, á mi esposo, y me entegué á la desesperacion y me eché severamente en cara mi vanidad, mi ligereza y mi mal corazon para con Marlove y nuestros hijos á quienes se me figuró que empezaba á querer antonces.

Mis infames compañeros trataron de calmar mi dolor; pero se valieron de medios tan bajos, me hicieron proposiciones tan odiosas, que me acabaron de indignar contra ellos, pues me dieron á entender que me juzgaban tan corrompida como el mismo Marlove creia.

Un criado vino á decirme que abajo me esperada un caballero.

Corrí creyendo hallar á Marlove; mas sólo encontré á un amigo suyo á quien pregunté inmediatamente dónde estaba mi esposo, pues queria ir á arrojarme á sus piés.

Él me aseguró que lo ignoraba; que aquella mañana habia recibido una carta suya con instrucciones, el documento de donacion y un billete de cien libras esterlinas, y añadió que en su casa hallaria yo todos mis vestidos, pues Marlove habia desalquilado la habitacion que ocupábamos.

Yo con mis lágrimas y mi sentimiento convencí á aquel hombre de mi inocencia; conseguí que me amparase y me llevó á un arrabal donde alquilé un cuartito.

Ese amigo me prometió hacer todo lo posible para averiguar la residencia de Marlove, pero fueron vanas sus diligencias.

El pesar, la ausencia de mis hijos, la separacion de mi esposo, todo conspiró contra mi salud. Enfermé gravemente y me trasladé á Bristol, por consejo de los médicos.

Allí tuve la buena suerte de hallar á una anciana irlandesa, mujer de buenos modales y corazon excelente, y un dia le conté mis desdichas para que me diese consuelo y consejo. Ella sabia lo que eran los pesares, aunque no los que nacian de imprudencias como la mia, y se apiadó de mí. Iba á partir, díjome si queria ir á vivir en su compañía y acepté con mucho gusto.

Mucho tiempo habia trascurrido y nada sabia de Marlove; así pues, antes de partir, escribí á todos mis amigos, dándoles noticia de mi determinacion y del punto á donde me dirigia para que si sabian algo acerca de él, me lo participasen.

Cinco años viví con aquella buena amiga, que me llegó á querer mucho, y en sus últimos momentos me decia que hallaba un gran consuelo en pensar que yo cerraria sus ojos.

Perdonad, amigos mios, si el recuerdo de aquella excelente señora me arranca lágrimas.

¡Que no la hubiera conocido yo antes!

Comprendia toda la extension de mi culpa; mas comprendia tambien mi remordimiento, y nunca me habló sino para infundirme valor y darme provechosos consejos en la forma que menos pudiera avergonzarme.

Murió al fin la buena irlandesa...

Esta casa, el terreno contiguo y cuatrocientas mil libras esterlinas, que constituian su caudal, todo me lo legó á mí, pues no tenia pariente alguno.

Así por ser imprudente y vana quedé sin esposo, sin hijos, menospreciada... Tarde conocí que si hubiese querido habria dominado mi vanidad y habria sido feliz haciendo felices á los que me rodeaban; tarde conocí que

para cohonestar ó disculpar nuestras faltas alegamos la debilidad de nuestra flaca naturaleza... no; no hay inclinacion mala, no hay tentacion que no pueda vencer la voluntad humana si se emplea en favor de la virtud. El vicio, la pasion nos tienden lazos; pero el que tiene siempre puestos los ojos en el deber, no los ve siquiera.

Suspiró la señora Marlove, y Adela enjugando una lágrima se levantó para despedirse, pues habia caido la tarde.

CAPITULO XXVI.

¡Pobres amantes!

Oscar dirigió una mirada suplicante á su huéspeda como para rogarle que no dejase partir tan pronto á su amiga; pero aquella fingió no haberle comprendido y nada hizo para detenerla.

Estaba el tiempo lluvioso y la señora Marlove dijo á Adela que por ese motivo no la acompañaria hasta el coche.

Oscar tomó entonces el paraguas de manos del criado, y dijo:

—Id y decid que se acerque el carruaje de la señora.

La sagaz anciana penetró su intencion.

—Querido Oscar, le dije, la señora Belgrave os dispensa de todo cumplido, pues ya sabe que vuestra salud peligraria expuesta á la humedad.

—¡Oh! sí, señor Fitzalan, no puedo consentir... os suplico...

Adela estaba tan turbada, que habiéndole Oscar ofrecido el brazo en aquel momento mismo, se apoyó en él.

Uno y otro observaron que temblaban; jamás se habian hallado en situacion tan penosa.

Acercáronse al coche, y á la luz de sus faroles vió Oscar que brillaban lágrimas en las mejillas de Adela.

Ella volvió el rostro, aunque tarde, y se apresuró á subir al carruaje.

Oscar sintió que la mano de Adela se apoyaba un instante en su brazo, y se estremeció y quedó inmóvil, como anonadado.

Partió el coche, y él siguió clavado en el mismo sitio.

La señora Marlove inquieta por su tardanza salió á buscarle, y sacudiéndole ligeramente el brazo, le dijo:

—¿Qué haceis ahí? ¿Quereis enfermar de nuevo? ¿En tan poco teneis vuestra salud y mis cuidados?

Oscar se dejó conducir maquinalmente.

Díjole su amiga que se volviera á sentar junto á la chimenea; pero él parado en medio de la sala gritó con ira:

—¡Belgrave es un infame! ¡Por viles medios labró mi desdicha y la desdicha de la mujer que yo adoraba; de Adela...!

Su buena amiga hizo prueba de paciencia y amabilidad con sus repetidos esfuerzos para calmarle, y cuando le vió mas sosegado le hizo presente que siendo irreparable su desgracia, la razon y el deber le mandaban combatir su dolor hasta vencerle; pues la inteligencia y los brios de que le habia dotado la naturaleza, no debia emplearlos en lamentar lo que no tenia remedio, y que su principal propósito para lo sucesivo habia de ser apartarse de la esposa de Belgrave y evitar toda ocasion de encontrarse con ella.

Oscar mostró agradecer el buen celo de la anciana y celebró su recto juicio.

Cuando se sintió un poco mejor se hizo dar de alta en el regimiento y volvió á la ciudad, pero la mayor parte de los dias que el servicio le dejaba libres los pasaba en compañía de aquella franca y bondadosa amiga.

Evitaba las ocasiones de ver á Adela; pero algunas noches, aun en lo mas crudo del invierno, dejaba la confortable habitacion de la señora Marlove, para ir á recorrer las orillas del lago y aquellas veredas solitarias que en otro tiempo habia recorrido lleno el corazon de amorosas esperanzas, al lado de la que colmaba de delicias su existencia.

La señora Marlove confiaba en que siendo jóven, alegre y no abrigando ninguna esperanza, el tiempo y su virtud triunfarian de la pasion y le curarian de sus melancolías; mas él no se sentia con fuerzas para triunfar de todos los pesares que le atormentaban.

Cuando pensaba que la generosidad del general Berbice y el afecto de su hija le tenian asegurado un porvenir tan dichoso, y que todo lo habia perdido por la maldad de Belgrave, le costaba mucho trabajo reprimir su ira, y para contenerse era preciso que se acordase de Adela, del general, y de lo que debia á su buen padre y á su hermana.

Cada vez que veia á Belgrave tenia que hacer un nuevo esfuerzo para no echarle en cara su perfidia; para reprimir el odio que queria estallar desbordándose de su pecho.

Adela se acordaba de él y por él padecia.

Tenia de continuo á la vista su rostro pálido, sus apagados ojos que sólo brillaban cuando los animaba la ternura; y á pesar de la carta que habia dejado caer á propósito

Belgrave, recuerdos anteriores excitaban su compasion en favor de aquel primer amigo suyo, con quien tan pronto habia simpatizado.

Parecíale que con la amistad sola de Oscar habria sido mas feliz que con el amor de cualquier otro, y en fin veia en su imaginacion tierno y obsequioso al que en aquella carta la posponia á otra mujer, y veia en realidad tibio, indiferente y á veces áspero al que con tanto empeño habia solicitado su mano. No se creia apreciada de Belgrave, y una voz misteriosa le decia que no lo habia sido nunca de él.

Como el general Berbice conservaba y administraba por sí mismo la mayor parte de sus bienes, Belgrave se reprimia algun tanto en su conducta ostensible; mas en ciertas ocasiones se olvidaba de lo que exigian de él la prudencia y el decoro, y llegó al extremo de dirigir á Adela algunas chanzas groseras con respecto á sus relaciones con Oscar.

Ella sobrellevaba aflicciones y ofensas sin proferir una queja.

Preparaba su ánimo para el infortunio, y componia su semblante con apariencias de alegría para que el general fuese dichoso creyendo que ella lo era.

Lograba su objeto con respecto á su anciano padre; pero los que conocian un poco á Belgrave y escudriñaban con curiosidad los pormenores, veian á Adela triste; veian pálido su rostro y adivinaban lo que su animacion tenia de ficticio y violento y cuánto habia de indiferencia en su esposo.

Este no iba ya á la ciudad sino cuando lo exigian los asuntos del servicio; pero hacia frecuentes viajes á otros puntos y pasaba temporadas en Londres, ávido siempre de nuevos placeres y aguijoneado por sus pasiones.

El regimiento de Oscar iba á trasladarse á otro punto. Ella no habia hecho diligencia alguna para volver á verle; mas él, al saber que iba á alejarse de los lugares que habitaba Adela, no quiso partir sin contemplar su semblante una vez siquiera.

A propósito oyó decir que una comision de la oficialidad debia ir á la quinta para despedirse del general y procuró ser uno de los nombrados.

Recibiéronles el padre y la hija en el salon, y Adela reparó en él en seguida. Vióla Oscar mas bella que nunca, porque mas que nunca estaba retratada la melancolía en su semblante, y no conoció el esfuerzo que para triunfar de su turbacion tuvo que hacer la desgraciada.

El general ya no tenia con él enojo alguno: ántes al contrario, creia que merced á su franqueza, habia logrado su hija la felicidad que él le atribuia, y así le alargó la mano diciéndole:

—Jóven Fitzalan, os deseo todo género de prosperidades, y espero veros pronto mandando una compañía. Vuestro padre no fué recompensado como á su valor era debido; vos sois un militar distinguido y es tiempo de premiar lo uno y lo otro enmendando la injusticia de la suerte. Conducíos siempre bien y tened confianza en mi amistad.

—Siempre ha sido muy preciosa para mí, el cielo lo sabe, y jamás he dejado de agradecer vuestras bondades, contestó Oscar. Mi mas ardiente deseo será siempre veros completamente felices á vos y á vuestra hija.

—Felicidad... completa no la hay en el mundo, dijo Adela.

El general trató en efecto de favorecer á Oscar, pero Belgrave le dijo:

—Querido papá, Oscar está protegido por lord Rosven; si le favoreceis, lord Rosven se enojará creyendo que tratais de arrebatarle el afecto de su protegido; dejadle pues, que ya os indicaré yo otro oficial á quien podreis mejorar sin riesgo de que se dé por agraviado el noble lord.

Así retuvo Belgrave al hijo de Fitzalan en una posicion bien inferior á la suya, que era una de sus principales miras.

Cuando Amanda y su padre encontraron á Oscar en Dublin la situacion de su alma era la misma.

Devorábale el pesar de dia en dia y su salud iba decayendo.

El volver á ver tras ausencia tan larga á su padre y á su querida Amanda le sirvió de consuelo; mas apenas se alejaron de él recayó en su profunda melancolía.

Callaba, no comunicando con nadie sus males, y los pesares se acumulaban en su corazon, oprimiéndole con su peso.

—¡Ah si al estrechar á Amanda en sus brazos hubiera sabido que habia sido objeto de los ultrajes de Belgrave, cómo se habria arrojado sobre el infame vengando en un punto tantos agravios juntos!

Mas la infeliz Amanda debia callar como él y esconder sus agravios y su dolor en lo mas hondo del pecho.

De cuando en cuando escribia Oscar á la señora Marlove, única persona con quien le era lícito hablar de la pena que le consumia y del agravio que habia recibido en pago de su noble proceder.

Aquella prudente señora siempre le envió los mas sanos consejos y los mas dulces consuelos.

Conocia la desgracia, como hemos tenido ocasion de manifestar, y compadecia á todos los desgraciados; pero se interesaba con preferencia por aquellos dos séres inocentes, víctimas de los pérfidos manejos de Belgrave.

Temia muchas veces que en un momento de debilidad, de despecho, no olvidasen sus deberes, y para contribuir por su parte á alejarles del peligro hizo cuanto le sugirieron su recto juicio y su experiencia.

CAPITULO XXVII.

El castillo de Carberry.

Al cabo de cuatro dias llegaron Fitzalan y Amanda á su nueva residencia.

El castillo de Carberry era antiquísimo y hacia largo tiempo que nadie cuidaba de él.

Era una masa pesada, informe y de groseros detalles, que se levantaba sobre una eminencia formada por rocas que parecian próximas á caer precipitadas al mar.

El sitio, por la parte de Escocia, era pintoresco, y todo lo que desde allí alcanzaba la vista tenia aspecto grandioso.

Bosques espesos, bellas praderas, un agradable y caprichoso riachuelo y un silencio que á ciertas horas daba gran solemnidad al panorama.

Llegaron Fitzalan y su hija al anochecer y fueron recibidos por el conserje y su esposa, que eran dos ancianos y estaban advertidos de su próxima aparicion en aquel antiguo recinto, palacio y castillo á la vez, amparo y amenaza de aquella comarca.

Amanda recibió una buena impresion del conjunto y de ciertas cosas nuevas para ella.

Recorrió con su padre largos corredores, habitaciones amuebladas aun con objetos contemporáneos del castillo, salones desmantelados, altísimos, de techo ricamente esculpido y adornados algunos con trofeos militares que caian pieza á pieza deshechos por la humedad y la fuerza del tiempo. Los tapices representaban batallas, en algunos sitios no habia mas adornos que cascos y armaduras, ciertas ventanas eran puntos de defensa, y aun se veian los fosos, la ladronera, el puente levadizo, si bien la ladronera estaba obstruida y en el foso pastaban ganados, y el puente levadizo tenia rotas sus cadenas y podrido el maderaje.

Siguiendo una dilatada galería fueron á parar á un aposento muy lindo, que contrastaba con todo lo demas que habian visto, no sólo por estar completamente restaurado, sino porque sus muebles y cortinaje eran muy modernos y de delicado gusto.

Preguntó Amanda á la vieja qué significaba aquello, y le dijo que era el gabinete de la difunta esposa de lord Rosven.

A propósito de los últimos dias de su ama, la vieja añadió una larga relacion que daba á conocer lo muy supersticiosa que era, pues todo se le volvia hablar de los augurios que habian precedido á la muerte de su señora, que habia sido muy buena.

Como hacia mencion de toda la familia de lord Rosven, le preguntó Amanda si conocia al hijo de su amo.

—¿Al que es hoy dia lord Mortimer?

—Creo que no tuvo otro hijo varon.

—Es verdad. Le ví cuando no tenia mas que ocho años.

Ahí sobre esta chimenea está su retrato; por cierto que se le parece mucho. Como que lo mandó pintar su madre por un pintor de mucho mérito, que conforme le copió la fisonomía parece que tambien supo pintarle en la cara su propio carácter. ¡Dios le bendiga! Ahora ya será un hombrecillo... ¡Cómo ha de ser! ¡Unos se vienen, otros se van!...

Amanda corrió á ver el retrato, que aun conservaba algun parecido.

Sin duda el pintor quiso aludir á la piedad del niño, pues le retrató acogiendo en su seno á una paloma que iba perseguida por un gavilan.

Aquel aposento eligió Amanda, y á él mandó llevar inmediatamente un bastidor, sus libros y cuadernos de música.

Junto al gabinete habia otro cuartito que le servia perfectamente para vestirse y guardar ciertos objetos, y aun se podia colocar en él una cama.

Cuando lo tuvo arreglado fué á buscar á su padre para enseñárselo. Fitzalan la vió contenta y se alegró con su alegría. Desde aquel momento el gabinete recibió de Fitzalan el nombre de la torre de Amanda, nombre que ella confirmó con su aprobacion.

Desde los terrados divisaron á lo lejos una magnífica posesion que segun dijo Fitzalan pertenecia al marqués de Rosline, par de Escocia é Irlanda, que cada tres ó cuatro años iba solo á vivir una temporada en el pueblo, en donde nunca habian puesto los piés su esposa ni su única hija Eufrasia.

Formaron un plan de vida y tomaron dos criados jóvenes, pues los ancianos conserjes, Jonatan y Catalina, estaban mas para dormir y rezar que para servir.

Elena quedó siempre junto á Amanda.

Fitzalan, tranquilo y contento con tener á su hija al lado, trabajó con ardor y vivo celo y procuró conservar su vida, porque mientras le duraba podia hacer algunos ahorros para sus hijos.

Amanda, siempre firme en su propósito de no inspirar inquietud alguna á su padre, procuró resistir al dolor de la ausencia de Mortimer, y halló consuelo en habitar su gabinete donde él habia pasado los dias de la inocencia, y además se lisonjeaba de que así como ella le tenia siempre en la memoria, tampoco él la olvidaria nunca.

—Sí, decia, Mortimer se informará de mi suerte y sabrá cuál ha sido mi paradero. Él confesará á su padre el amor que me profesa; su padre le ama, desea verle feliz, y con la amistad que al mio profesa y el respeto que tiene al nombre de Fitzalan cuyo noble orígen le es bien conocido, no se opondrá á nuestro enlace; porque si yo desgraciadamente soy pobre, él tiene caudal suficiente para no tener necesidad de buscar una esposa rica.

Amanda madrugaba á visitar sus flores, y ya sola, ya con Elena, recorria los alrededores del castillo, cuando aun brillaba el fresco rocío sobre la yerba.

Salia con su padre y le hacia recorrer los sitios mas amenos y agradables que ella ya habia visto antes.

A veces evitaba toda compañía y paseaba pensativa y melancólica por la orilla del mar, ó escondida en una de las concavidades de las rocas de la playa leia sus autores favoritos y contemplaba como las olas se estrellaban á sus piés.

Quince dias llevaban en el castillo, tranquilos y concentrados en su vida íntima, cuando debieron comenzar á atender á los convites y visitas de sus vecinos.



Amanda madrugaba á visitar sus flores.

Su primera visita fué para el señor Kilcorban, hombre riquísimo, cuyas inmensas riquezas no bastaban á hacer disimular su grosería.

Como rico y grosero, era presumido y audaz, y habia educado á su numerosa familia en el amor al dinero, en la presuncion y la ridiculez.

Mozos y mozas, sus hijos se figuraban ser los mas elegantes, discretos, sagaces y dignos de respeto de toda Irlanda.

El mayor habia ido á la Universidad, donde pasó algunos años reflexionando que un hombre de su caudal, talento y gracia, para nada necesitaba de la ciencia.

Sus libros eran los figurines de modas, su consejero el espejo, su amor su propia ignorancia y la vanidad, universal en aquella familia.

Las niñas, sus hermanas, habian tenido maestras de todo, pero no habian aprendido sino de su madre á murmurar; á dar grande importancia á su caudal, de su padre; á malgastar, de sus hermanos, y á desperdiciar todo lo que no era ellas mismas.

Exageraban las modas, usaban afeites y recorrian el país en coche tirado por seis caballos; curioseándolo todo, burlándose de todo y publicando por todas partes sus defectos, sin conocerlo.

De todo el mundo exigian homenajes y servicios, y daban tertulias en su casa, donde atormentaban al infeliz que no sabia ó no se atrevia á darles mas importancia de la que realmente tenian.

Habian pasado un otoño en Bath y no pasaba dia sin que aquel viaje les diese larga materia para fastidiosas conversaciones.

En la tertulia del ricacho Kilcorban encontraron Amanda y su padre á la señora Devons, viuda, vieja ya, que habia conocido á Fitzalan siendo jóvenes los dos, y renovaron gustosos sus relaciones.

Las noticias que ella habia dado á Kilcorban y su familia del nuevo administrador del castillo, habian prevenido á todos en favor de este.

La viuda era mujer de talento y experiencia; conocia los defectos de aquella familia infatuada, no tenia necesidad de lisonjearles y á veces les mortificaba con sus punzantes epígramas.

La reunion era numerosa cuando llegaron Fitzalan y su hija.

Del grupo de los jóvenes se levantó un murmullo de admiracion al primer paso que dió Amanda en la sala. Su hermosura y sus gracias naturales, su sencillez verdaderamente elegante no podian menos de producir aquel efecto.

—¡Hermosa criatura!

—¡Oh qué bella muchacha!

—¡Un tesoro, un tesoro!

Estas exclamaciones se escaparon de muchos labios.

Uno de los mozos mas entusiastas dijo:

—No he visto cosa tan preciosa como los colores de ese bello rostro.

Una señorita que le oyó le replicó en seguida:

—¡Qué necedad! A cinco reales el bote los venden en Dublin.

Y se rieron otras al oirlo, vengándose así de la admiracion de que la bella Amanda seguia siendo objeto.

El hijo mayor de la casa atropelló por en medio de toda la concurrencia y dijo:

—¡Ah señorita Amanda, qué breve nos va á parecer el tiempo que permanezcais aquí y qué largo el que esteis ausente!

—Estais muy lisonjero, pero os agradezco...

—¿Lisonjero? ahorcado me vea si miento.

A esta réplica tuvo que contenerse Amanda por no mostrar la desagradable sorpresa que le causaba tan grosero lenguaje.

El aviso de que podian pasar al comedor abrevió los cumplidos impertinentes, y fué causa de que Amanda variase de género de aburrimiento.

La comida fué de ricacho; abundante y grasienta y grosera y alabada por el que la pagaba antes que por los convidados.

Levantáronse las señoras, retiráronse á una sala, y entonces empezaron á examinar sin reserva y á admirar el traje, el peinado y los ademanes de Amanda.

Una de las hijas del anfitrion se llevó á Amanda aparte y le dijo con misterio y mimándola mucho:

—Si me atreviera, os pediria un gran favor.

—Dichosa yo si puedo hacérosle; hablad y disponed demí.

—Mirad, muchas de las señoritas que están presentes os pedirán vuestro sombrero para hacerse otro igual; pero yo quisiera que nos dieseis una muestra de distincion á mi hermana y á mí, y que sólo nos lo prestaseis á nosotras que somos las de la casa. Nos ha gustado mucho la forma, aunque quisiéramos que los nuestros fuesen de colores mas vivos. Como somos siempre las primeras en sacar las modas

nuevas, seria una lástima que en esta ocasion una cualquiera nos ganara por la mano. Nosotras vamos todos los veranos á Dublin; es mucho gasto, porque como nuestra familia es tan numerosa... pero ello es que vamos allá y al volver no diriais cómo nos fastidian todas nuestras vecinas pidiéndonos modelos y figurines. Antes éramos unas tontas, porque todo se lo enseñábamos; pero ahora hemos convenido con mi hermana que no accederemos mas á semejantes peticiones. La que quiera vestir á la moda que se ingenie ó que copie lo que nos vea puesto encima. ¿Cómo se llamaba vuestra modista?

—No la he tenido nunca. Yo misma corto y hago mis trajes.

—¡Oh, pues teneis muy buen gusto! ¡Que no me hayan á mí enseñado eso, con tanto dinero como le cuestan á pápá los maestros y maestras que hemos tenido! Yo creo que si dieseis vuestros patrones á mi doncella, tiene bastante habilidad y sabria hacerlo, y si nos salia bien diríamos que eran las últimas modas de Bath. ¿Habeis estado en Bath?

—No, señorita.

—¡Oh allí, allí sí que hay elegancia! Nosotros conocíamos una señora que en un dia salió á la calle con siete vestidos diferentes. Eso sí, se gasta un dineral para ir á la moda. ¿Cuánto diriais que nos costó nuestra permanencia en Bath?

—¡Oh yo pobre de mí, no entiendo!...

—No importa: así... á ojo de buen cubero. ¿A ver? decid, ¿cuánto?

—Soy torpe para muchas cosas y entre otras para sacar

cuentas de viajes ajenos, dijo Amanda. Cada cual vive de una manera tan distinta de los demás...

—¡Canastos! no sois torpe para haceros los trajes. Ya nos entenderemos, ya. La señora Devons os llama, señorita Amanda. Vereis qué mujer.

Libróse de la charlatanería insípida de la niña con el llamamiento de la anciana amiga de su padre, y se sentó á su lado.

—Os acabo de llamar, dijo la viuda, porque he visto que hacia rato estabais padeciendo debajo del poder de una chiquilla impertinente y necia. Aquí toda la familia charla á rabiar; toda es estúpida. La dueña de la casa no se cansa de alabar á sus hijas y hace bien: así podrá decir hay quien las alabe; pues si no lo hace ella... Si las casa y tienen hijos, la nueva generacion tendrá que huir de este distrito; porque ¿quién podrá sufrir la charla y la necedad de esta gente multiplicada por tres ó cuatro?

Entró el hijo mayor de la casa al frente de varios convidados, y colocándose al lado de Amanda, dijo:

—Bella señorita, no os dejeis gobernar por esa viuda de los diablos; que os juro que si todas las mujeres se la parecieran, yo me... hacia ermitaño.

—¡Ah cómo disimulais el cariño que os inspiro! dijo la vieja.

—¿Yo? que me ahorquen si finjo lo mas mínimo.

—No tengo inconveniente.

Llamaron entonces á la señora Devons para jugar á los naipes, y dijo levantándose:

—Siento mucho dejaros expuesta á ser pasto de la familia; pero, hija, no tengo mas distraccion que el juego y

aprovecho las ocasiones que me ofrece para entretenerme.

Apenas se levantó la viuda, volvió la hija de la casa al lado de Amanda.

—¡Qué mal rato os habrá dado aquella buena señora! le dijo. Apostaria á que os ha pedido que le hicierais una gorra ó un delantalito; porque nos tiene fastidiadas á todas siempre con lo mismo. Nosotras no podemos librarnos de sus impertinencias porque es rica y papá es su pariente mas inmediato. A bien que, como ella puede disponer libremente de sus bienes, quién sabe si despues de sufrirla tanto tiempo... Para que veais qué clase de mujer es, os contaré... El año pasado quiso tener un delantal como el mio y aun queria que yo se lo hiciera. Envié á comprar uno igual á Dublin y se lo regalé, figurándome que en cambio me daria uno de sus alfileres de diamantes, que tiene muchos y no le sirven para nada. Pues no me lo dió, ¿lo creeriais? Y eso que me los oyó ponderar media hora.

La señora de la casa, que estaba sentada al otro lado de Amanda y habia oido á su hija, añadió por su parte:

—En verdad no he visto mujer mas extravagante en el mundo que la vieja Devons, y eso que he viajado por Inglaterra, Irlanda y Escocia, que buen dinero nos ha costado. Y luego tiene una lengua, ¡qué lengua, Señor!

—Si os habla mal de nosotras, no le hagais caso, señorita, observó la hija.

—¡Oh! exclamó la madre, á estas horas quién sabe cómo le habrá puesto la cabeza. Es tan diligente para eso...

—Y si nos habla mal de vos á nosotras, ya os lo avisaremos.

—Y vos haced lo mismo por vuestra parte.

—Sí, sí, somos aliadas. ¡Qué lindo corte de vestido el vuestro! Vamos, es de lo mas elegante que he visto. Y esta señorita no tiene modista, mamá: ella se lo hace todo.

—Hija mia, el que no tiene medios... Digo, yo no sé el caudal del señor Fitzalan.

—No tiene ninguno, señora.

—Por eso; ya suponia yo... El carecer de bienes de fortuna no es ninguna deshonra y sirve para aguzar el ingenio.

Amanda habia llegado al colmo de la impaciencia.

Por fortuna su padre estaba esperando la ocasion de poderse retirar sin incurrir en descortesía, y bajo el pretexto de tener obligaciones que cumplir, se despidió de aquella insoportable familia.

De regreso para su casa convinieron él y su hija en el concepto que cada uno por su parte habia formado de los Kilcorban.

CAPITULO XXVIII.

Las nuevas amigas de Amanda.

Al dia siguiente Fitzalan y Amanda fueron á visitar á uno de sus arrendadores que vivia á cosa de una milla de distancia.

La casa que ocupaba tenia el techo de paja y era de construccion muy basta, pero estaba muy bien dispuesta y aseada por dentro.

Estaba situada en medio de unos prados, rodeada de un cercado de zarzas, entre el camino real y un terreno dedicado al pasto comun.

No lejos de aquel sitio quedaban en pié lastimosos restos de un edificio notable que en otro tiempo habia sido templo dedicado á Santa Catalina.

El arrendador tenia tres hijas y dos hijos que salieron á recibirles muy endomingados, con otros muchos vecinos.

El aposento estaba lleno de gente y cargado de muebles; tenia muy cerca la cocina y recibia de ella gran ca-

lor porque ardia el horno donde se cocian las tortas, y aunque Amanda se colocó muy cerca de la ventana, no podia resistir.

Manifestó Amanda deseos de visitar la abadía, y se ofreció á acompañarla un vecino, muchacho barrigudo y de buen humor.

El estado de ruina en que se hallaba todo aumentó el efecto que aquellos lugares habian causado en Amanda. Quedaban restos magníficos: un espacioso claustro, techos elevados de preciosas labores.

Recorria la hija de Fitzalan con la vista los altares, las pinturas casi borradas del todo, las sepulturas escondidas entre la yerba, las paredes cuarteadas amenazando ruina, los patios donde se mecian las altas yerbas.

Entraron en un sitio que sorprendia por lo cultivado y lleno de flores, y en cuyo centro se elevaba un edificio, que por su compañero supo Amanda ser un convento, y á la puerta de la capilla vieron á una religiosa que estaba en oracion detrás de una verja.

El acompañante se paró á la puerta y dejó vagar libremente á Amanda, y preguntó á la religiosa si era permitido visitar las curiosidades de la capilla.

La religiosa se acercó mucho á la verja para responder que en aquellos momentos la comunidad estaba desconsolada por haber muerto la priora, pero que el próximo domingo, si gustaba, podria visitarlo todo.

Amanda creyó notar cierto acento extranjero en la religiosa, y vió que era una mujer como de cincuenta años, que mostraba haber sido muy hermosa y tenia aun el cutis muy terso y fino y una expresion muy agradable.

Respondió Amanda que el domingo probablemente no podria volver á la abadía, y entonces la religiosa, con grande amabilidad, le enseñó todo lo que pudo en la capilla.

Entre otras cosas le mostró flores artificiales hechas en el convento; y Amanda para dar una muestra de aprecio á la casa, compró algunas, prometiendo ir á recogerlas al dia siguiente.

Era hora de volver á casa del arrendador.

La religiosa se despidió con mucha urbanidad de Amanda y le recordó su promesa de ir á ver la capilla, con un tono que daba bien á conocer la simpatía que le habia inspirado.

El compañero de Amanda le contó por el camino que en aquella comunidad sólo vivian doce mujeres entregadas á sus devociones y á la educacion de las niñas; que cada cual pagaba por su parte de los gastos generales, y que si bien tenian libertad para salir á la calle, usaban muy poco de ella y no se entregaban á las austeridades que solian ser de regla en los demás conventos del contorno.

Amanda manifestó que le parecia muy bien aquella institucion, y que muchas eran las mujeres que para purgar pecados ó para olvidar pesares propios con la contemplacion de los ajenos, deberian reunirse en comunidad y hacer una vida semejante á la que se observaba en aquel tranquilo y silencioso retiro.

—Pues, vive el cielo, le contestó su risueño compañero, que no sereis vos de esas si yo puedo impedirlo; ni esos ojuelos os fueron puestos en el rostro para salvacion de almas. Fuera de que, rezar, hacer flores y enseñar á

las niñas, son cosas que se pueden hacer muy bien sin tomar el velo. Nada, nada, vos debeis cumplir vuestro destino que consiste en turbar corazones, y pensar en las tortas que nos esperan, olvidando el convento que sólo es triste para los que lo visitan; pues los que viven en él simpre dicen que son muy felices.

Cuando llegaron á casa del arrendador recibieron sus obsequios; tomaron té despues del refrigerio, y Amanda tuvo que bailar con el hijo mayor de su huésped que, muy emperejilado, reverencioso y tartamudeando de conmocion, le pidió la primera contradanza.

Tambien tuvieron que cenar para que no se tuviese por desairado el obsequioso labrador.

Al fin pudieron retirarse, y formar concepto del género de obsequios y diversiones del país, obsequios y diversiones que Amanda no deseaba por no avenirse con su educacion y su carácter.

Volvió al convento, como habia prometido, y le enseñaron las modestas celdas, los bordados y demás labores, las flores y los dulces, las reliquias y las obras de arte.

Presentáronla á la nueva superiora que era ya de edad avanzada y parecia mujer sumamente benévola, dulce y afectuosa.

La que habia hablado con ella el dia anterior dijo delante de la priora:

—¡Oh señorita! Si la Vírgen quisiera tocaros el corazon y os vinieseis á vivir con nosotras...!

—Gran pecado seria, dijo la priora, encerrar tan bella flor entre las sombrías paredes de Santa Catalina.

—Soy, contestó Amanda, el consuelo y el apoyo de mi

anciano padre que ha padecido mucho, y no debo apartarme de él. Porque él no se halla sin mí, os dejo mas pronto de lo que desearia, señoras, y os doy gracias por lo amables que habeis sido conmigo.

No le dejaron ir sin hacerle probar dulces hechos en la casa, y la religiosa que la habia recibido le hizo prometer que volveria á visitarlas.

Al llegar al castillo vió á la puerta un coche, del que se apearon la señora Devons y las hijas de Kilcorban.

Todos á un tiempo la saludaron y la hablaron aturdiéndola, de suerte que segun observó despues Amanda á su padre, aquella gente no debia decir que iba á hacer visitas, sino que iba á regalar jaquecas.

Pidiéronle que les enseñara todas las preciosidades de moda que sin duda debia de tener; los patrones de todos sus trajes; pidiéronle noticia y parecer sobre los colores que les sentarian mejor, y lo escudriñaron todo sin dejar rincon alguno libre de sus investigaciones.

La señora Devons, sin dejar de curiosear como aquellas dos atolondradas é insoportables muchachas, se reia grandemente de sus indiscreciones.

Celebró mucho un cuello bordado al realce que estaba concluyendo Amanda, y exclamó con entusiasmo:

—Hace un siglo, señorita, un siglo que deseo tener un cuello semejante á este y nunca se me ha podido lograr el gusto. Pedidme lo que se os antoje, pero me habeis de prometer que esta vez quedará cumplido mi deseo. No salgo de aquí sin obtener vuestra formal promesa.

Entonces les llegó el turno de reirse á las hijas de Kilcorban.

—Me favoreceis demasiado, contestó Amanda, pidiéndome una cosa de tan poco valor. Yo os prometo bordaros un cuello igual á este si os parece bien, sólo que me esmeraré un poco mas en la labor.

—Sois la criatura mas amable y bien criada que conozco, gritó la vieja sin consideracion alguna á sus compañeras.

Estas sonrieron con malicia, y estrechando con afectado cariño las manos de Amanda, le dieron gracias por sus obsequios y le hicieron mil protestas de amistad, rogándole que fuese á visitarlas con frecuencia y sin cumplidos.

Ya era tiempo de que se fuesen.

Amanda tenia necesidad de estar sola, porque únicamente en la soledad podia entregarse libremente á sus recuerdos y complacerse en remotas esperanzas.

Sus recuerdos y sus esperanzas se cifraban en un nombre: Mortimer.

Pensaba en él; pensaba que le seria posible vencer á lord Rosven, obtener de él la sancion de su amor y presentarse á Fitzalan con una autorizacion que desvaneciese todos sus escrúpulos.

Fuera de estos pensamientos, que ni un dia dejaban de ofrecerse á su mente, sólo se ocupaba de su padre y sus labores.

Dedicó unos dias al jardin y se entregó á su cultivo.

Gracias á sus cuidados, desaparecieron en breve tiempo los áridos zarzales y la mala yerba; se podaron los árboles frutales y crecieron los jazmines y las rosas encantando la vista y embalsamando el aire con su fragancia.

Hizo trepar las enredaderas por las paredes exteriores

del templete gótico que ocupaba el centro del jardin, y adornó su entrada con grandes jarrones.

En una eminencia que caía á orillas del mar, descubrió una cueva sobre cuya boca habia clavada una cruz de hierro. A uno de sus lados se divisaba aun la base de lo que sin duda debió ser campanario, y dentro quedaban aun restos de una cama de tablado.

Amanda dispuso que se llevase una cama rústica, pero sólida, á la cueva, y ella misma ayudó á arreglar su interior, y á adornarlo con conchas marinas.

Conociendo que no le convenia dejar que su imaginacion vagase mucho tiempo en el ocio, despues de pensar en Mortimer y cuando se iba engolfando en ilusiones harto halagüeñas, se levantaba para ir en busca de su padre cuya conversacion diese otro sesgo á sus ideas, ó se entregaba con ardor á sus labores y al arreglo de sus sitios predilectos.

Cada dia se le ocurria algo nuevo; así el dia que trajo las flores artificiales de la abadía, las combinó de suerte que le sirvieron de lindo adorno para las columnas y paredes del templete.

Y cuando sabia que cerca de ella lloraba una criatura humana afligida de miserias que estaba en su mano aliviar, lo olvidaba todo, flores y labores y placeres domésticos, y corria llamada por el deber con el corazon henchido de benévolos deseos y la mano liberal abierta para los necesitados.

Su padre tomaba parte á escondidas en todas sus obras de caridad.

—Amanda, le decia, si algun dia eres rica, verás como sin privarte de nada puedes sembrar de felicidad la vida del pobre. Un traje menos para tí ¡ya ves lo que significa

un traje en toda la vida! constituye la felicidad de una familia irlandesa. Los señores de estas tierras hacen educar bien á sus hijos con las grandes riquezas que produce el suelo; pero ni al suelo ni á los pobres que lo labran les restituyen nada. Se van á vivir lejos y consumen un capital que empleado aquí enriqueceria á los que materialmente se mueren de hambre y de ignorancia.

Cuando oia Amanda discursos semejantes, se entregaba tristemente á la idea de que nada podia hacer ella en obsequio de tantos infelices y en seguida su imaginacion se iba á Mortimer. Imaginábasele habitando una temporada en Carberry, enterándose de la vida de los pobres labradores, derribando chozas inmundas y mandando levantar para el agricultor moradas sanas y á lo menos no indignas del hombre; recorriendo la campiña y derramando por todas partes beneficios, sembrando el contento, la salud y la hartura donde todo era tristeza, enfermedades y hambre, y recibiendo bendiciones de todas partes..., y algunas veces se atrevia á imaginar que Mortimer no ejercia por sí solo la caridad, sino que tambien á ella alcanzaban las bendiciones de los pechos agradecidos.

Una mañana que estaba entregada á tan plácidas ideas la sorprendieron entrando con grande algazara en su gabinete las hijas de Kilcorban y la anciana Devons.

—¡Amiga mia, graves noticias!

—¡Agradable sorpresa, querida amiga!

—¿Quién diriais que va á llegar muy pronto?

—¿A qué no lo adivinais?

—Personas que os tocan muy de cerca...

—¡No se lo digas!

—¡No, no; que lo adivine!

Amanda estaba aturdida con aquel fuego graneado de frases dichas á gritos, sin darse tiempo unas á otras y sobre asunto que la cogia de sorpresa y no creia que pudiera interesarle.

No podian referirse á Mortimer, pues aun cuando hubiera estado para llegar, ignoraban que su presencia pudiera serle grata y si le tocaba ó no de cerca.

—Vamos, dijo por fin la vieja, reveládselo, que ya se da por vencida.

—En efecto, me rindo: hablad os ruego.

—Pues van á llegar vuestros tios y vuestra prima.

—¡Mis tios!

—Sí, vuestra tia carnal Augusta, su esposo y su hija Eufrasia. Esta mañana ha venido un propio de Dublin y ha dado órden al conserje para que tuviese la casa preparada para recibirles.

—¡Dichosa vos que gozareis del placer de verles! dijo Alicia, la hija menor de Kilcorban.

—Si les veo, dijo Amanda, tendré el gusto de conocerles.

—¡Cómo de conocerles! ¿Qué quereis decir?

—Que no les conozco.

—¡Jesús! ¡Eso sí que es curioso: tener unos parientes cercanos tan ricos, tan nobles, y no conocerles! Acaso habrán vivido siempre en Escocia y vos por miedo de pasar el mar no habeis ido nunca á verles. Pues yo creo que habria ido nadando.

—Habriais ido á pié enjuto, hija mia, le dijo la anciana: porque entre Inglaterra y Escocia ya no hay mar.

—¡Ah, conque ya no le hay!

—No. Al hacer Dios el mundo desapareció de allí.

Amanda no pudo menos de reirse de la ignorancia de Alicia y del epígrama de la vieja.

La muchacha conoció que habia dicho alguna necedad, y fingiendo que no habia oido las últimas palabras de la señora Devons añadió:

—Mirad, amiguita, vamos á dar un gran baile; papá lo consiente, á pesar de la crecida suma que le va á costar la fiesta. Tendremos confiteros de Dublin y cocineros franceses. Todo será de lo más caro y estará dispuesto para el tercer dia de la llegada de vuestros parientes los marqueses. Esperamos que asistireis vos y vuestro papá. Para mi hermana y para mí nos traen de Dublin trajes de baile. No quiero deciros cómo son para que goceis del placer de la sorpresa. Tendremos en casa lo mas granado del país; conque ya podeis esmeraros en vuestro tocado.

—Ya se ha esmerado la naturaleza por ella, dijo vivamente la anciana Devons. Para brillar Amanda en una fiesta ¿tiene mas que presentarse?

Disimularon su despecho las hijas de Kilcorban y se despidieron ruidosamente.

Fitzalan no habia vuelto á ver á Augusta que tan fria y cruel habia sido para su hermana.

Creia que su egoismo é insensibilidad habian contribuido al desamor de su padre para con la desgraciada Malvina, y la consideraba como despojadora de sus hijos.

Con Amanda nunca habian hablado de ella, por cuyo motivo la noticia de su llegada dejó á esta perpleja y hasta poco satisfecha.

CAPITULO XXIX.

Mortimer en Irlanda.

Los marqueses de Rosline hicieron una entrada brillante en la quinta de Ulster; fueron visitados en seguida por los notables del país y, como es consiguiente, por Kilcorban, cuyas riquezas le hacian admisible en todas partes.

Kilcorban fué muy diligente y muy obsequioso con el marqués, porque este podia hacerle nombrar diputado, cosa que anhelaba el ricacho, derrotado en las anteriores elecciones.

Su mujer y sus hijas al salir de Ulster, fueron al castillo de Carberry, con un empaque inusitado.

Observaron cierta frialdad y compostura, como la que con ellas acababan de usar los marqueses, dieron dos ó tres vueltas por la sala para ostentar sus trajes de visita, y se sentaron en un sofá colocado delante de un espejo, del que apenas apartaron los ojos.

Ponderaron la elegancia de los marqueses y descubrie-

ron en seguida el influjo que en ellas habia ejercido aquella visita.

—Lo que es yo, dijo la mayor, quiero tener un traje de mañana como el de Eufrasia.

—¡Toma! pues yo tambien, replicó Alicia, es lo primero que se me ha ocurrido al verlo.

—¡Aquella vuelta de finos encajes, qué precioso adorno es para el cuello!

—Y el forro de seda azul le va muy bien con la blancura de su tez, tan fina que parece nácar.

—Yo me lo mandaré hacer igual; pero que el forro sea encarnado, porque adorna mas y se ve mejor de lejos.

—Vuestra tia, dijo la madre dirigiéndose á Amanda, me ha parecido una mujer de mucho mérito, y su hija una lindísima criatura. ¿No es verdad, Carlota?

—En efecto, respondió la mayor; ¡y qué amables son y qué sencillas! casi os diré que demasiado. Yo me figuraba que llevarian encima muchos brillantes, porque ¡al fin son marqueses! pero me he quedado fria al ver su modo de vestir. Y á vos, ¿qué os ha parecido, señora Devons?

—A mí me parece que vuestro padre nos ha hecho desayunar con velocidad antihigiénica, nos ha hecho meter en el coche corriendo, nos ha hecho correr peligro de muerte volando por el camino para llegar antes, y nos ha obligado á hacer una hora de antesala, cosa que no hago yo por nadie.

—¡Ah, es que los marqueses estarian ocupados...!

—Tan ocupados que la marquesa y su hija estaban mano sobre mano y muy compuestas. Hijas, yo soy franca: no me he divertido. La marquesa no se ha apartado mas que

dos pasos del sofá, y vosotras os desvencijabais á puras cortesías desde la puerta. Eufrasia no ha hecho mas que ademan de levantarse, y con mucha frescura ha reanudado su conversacion con aquel jóven que tenia al lado; ese que ha venido con ellos de Inglaterra.

—¡Muy guapo mozo! dijo la madre, y muy galante por cierto, con una voz muy simpática...; me parece que eso no me lo negareis, señora Devons.

—¿Por qué os lo he de negar, si es verdad? Nada tengo que decir contra ese lord Mortimer; que si no, tampoco me callaria. ¡Bonita soy yo para perdonársela al lucero del alba!

Oyó Amanda el nombre de Mortimer, lo oyó con tal sobresalto, que se puso primero colorada, despues pálida, se le oprimió el corazon y apenas podia respirar.

—¿Qué es eso? ¿os poneis mal? le dijo la vieja Devons acudiendo á sostenerla.

—No, señora, no. Eso es una palpitacion, á que estoy sujeta; pero no debe daros cuidado. Gracias, gracias. Continuad.

—Pues ya veis como hago justicia á ese lord Mortimer, que en mi concepto no aprobaba la conducta de Eufrasia, y avergonzado del recibimiento que nos han hecho los dueños de la casa, él como persona de mas educacion ha redoblado sus obsequios para nosotras.

Amanda experimentó gran placer en oir elogiar así al hombre por quien palpitaba su corazon.

Las Kilcorban, por el contrario, estaban airadas de ver que la señora Devons descubria el ridículo papel á que las habian condenado las elegantes de Ulster.

La madre, tan vanidosa como las hijas, quiso componerlo.

—No sé, dijo, qué mas podian hacer por las personas mas encumbradas. Nos han tratado con mucha política...

—No faltaba mas sino que nos hubieran echado los trastos á la cabeza, interrumpió la Devons.

—Digo, replicó la ricacha, que han observado aquella etiqueta propia de la gente de su esfera y á que por su posicion están obligados.

—Vamos, vamos, señora Kilcorban, que si habeis quedado satisfecha, dais una gran prueba de humildad cristiana.

—Amanda, dejad á mi amiga decir lo que quiera y creedme á mí. Yo no me he olvidado de vos en la visita. Le he dicho á la señora marquesa que teníamos por vecina y amiga á una sobrina suya. Por cierto que me ha respondido con cierta frialdad.

—¡Hola! exclamó la Devons, ya habeis notado algo de frialdad; pero no la que iba con vos.

—Supongo, continuó la otra, que habrá ocurrido algun motivo de disgusto entre vuestras familias...

—Yo lo ignoro, respondió Amanda. De las cosas que mi padre no me dice voluntariamente, nada pregunto.

Así se prolongó aquella conversacion, hasta que quedando sola Amanda, se entregó por completo á la idea de que á corta distancia de aquel sitio se hallaba lord Mortimer, á quien sin duda tendria ocasion de hablar.

Pesábale de ver que era amiga de una familia causadora de las desgracias de la suya; temia que la marquesa no llevase su cruel complacencia hasta el extremo de gozarse

en los padecimientos de la hija de Malvina; temia tambien que siendo su prima Eufrasia rica, hermosa y deseada por lord Rosven para su hijo, no enamorase á Mortimer robándole su cariño.

Acordábase empero de los nobles sentimientos de este; de la viva simpatía que siempre habia mostrado por ella; de la constancia de su carácter, y á estos recuerdos las nubes de la desconfianza se disipaban y renacia para ella el sol de la esperanza.

Al cabo de un momento volvia á agitarse angustiado su pobre corazon, recelando que tal vez Mortimer ignoraba su residencia, y que aun cuando tuviese deseos de verla, abandonase el país ignorando que la hubiese tenido tan cerca; y su loca fantasía le hacia soñar luego que sin duda Mortimer habia averiguado dónde se hallaba, que el haber acompañado á los marqueses de Rosline habia sido un pretexto para verla á ella, cerciorarse de que era dueño de su afecto y pedir otra vez su mano á Fitzalan.

Así vacilaba su corazon entre temores y esperanzas, cuando entró Elena pálida y corriendo y se dejó caer sobre el sofá gritando:

—¡Está aquí, Amanda, está aquí!

—¿Mortimer? gritó Amanda iluminada por un presentimiento.

—¡Cómo! ¿Lo sabiais?

—No. ¿Es él? ¿es él de veras? ¡Dios mio!

Tambien Amanda tuvo que dejarse caer en un sillon, pálida y turbados los sentidos, de suerte que Elena tuvo que hacerle aspirar un pomito de sales, que afortunadamente encontró en seguida en un armario.

—¡Ay! no extraño que os produzca ese efecto la noticia, porque á buen seguro que yo misma no me habria conmovido mas si hubiera visto entrar por estas puertas al pobre Timoteo Chip. Pasaba yo por la sala cuando le ví apearse, y me ha sobrecogido un miedo... como si hubiera visto salir de su nicho una de aquellas estatuas de guerreros del salon que tanto miedo me dan por la noche. Eché á correr, y se me doblaban las piernas. Me detuve en la salita y oí á milord que preguntaba por vuestro padre. No diriais lo que me ha alegrado el sonido de su voz. Despues entró en el gabinete de vuestro padre y... yo ya me figuro de qué estará hablando.

Oyendo á Elena sentia Amanda aumentar su conmocion.

Su destino, toda su futura existencia dependia quizá de aquel momento.

Permaneció mucho tiempo sin atreverse á confiar ni resolverse á dar crédito á los funestos presentimientos que de cuando en cuando la asaltaban.

La voz de Mortimer la sacó de aquel estado.

Aproximóse, sin asomarse, á la ventana, y le vió hablar cortés y pacíficamente con su padre, montar á caballo y despedirse y... desaparecer...

Perdida la esperanza de tener entrevista alguna con él se le cerró el corazon, y corrian por sus mejillas hilo á hilo lágrimas de afliccion profunda.

Trató sin embargo de que su padre no viese huellas de dolor en su semblante, y á la hora de comer se presentó delante de él, que no sin curiosidad deseaba ver el efecto que aquella visita habia producido en su hija.

Al ver y oir al hijo de su amigo lord Rosven, compren-

dió Fitzalan que se hubiese enamorado Amanda de aquel jóven gallardo, de rostro bello é ingenuo, de elevada frente y de sentimientos generosos, que salian de sus labios expresados en lenguaje culto, pero ajeno á toda afectacion.

Afligióse su pecho al ver que se veia obligado á separar dos corazones que parecian formados el uno para el otro; pero como este era un deber imprescindible, se alegró de que lord Mortimer en lugar de insistir en pedirle la mano de su hija, se concretase á hablar de asuntos relativos al patrimonio y le hablase de Amanda con una fria urbanidad que podia ser y era en su concepto señal de un amor olvidado, y no hizo la menor alusion á la carta que desde la aldea le habia dirigido á Londres.

—Se habrá convencido, dijo para sí Fitzalan, de la conveniencia de respetar la voluntad de su padre; habrá mirado el asunto con la fria razon, y esta le habrá hecho comprender que una jóven sin bienes de fortuna no le convenia, teniendo él que sostener el brillo de una casa tan ilustre como la suya, y probablemente las gracias y riquezas de Eufrasia habrán hecho lo demás.

Deseaba Fitzalan no tener nada que tratar de aquel asunto con su hija; pero viendo que permanecia callada durante la comida y haciéndose cargo del estado de su ánimo, creyó que no le causarian pena sino alivio las noticias que él podia darle, yendo acompañadas de ciertas reflexiones, y despues de comer salieron á dar un paseo por el jardin con este objeto.

—Hija mia, dijo Fitzalan, para tratar de negocios y dar una mirada al castillo, ha estado á verme lord Mortimer. Es un jóven de talento natural, buenos sentimientos y

esmerada educacion. Segun me ha dicho, hacia muchos años que deseaba ver el castillo, en donde habia nacido su madre y habia pasado él los mejores de su infancia. Me ha hablado de su madre con un sentimiento tan vivo, que me ha enternecido, y me habria bastado para juzgar de su excelente corazon, si no lo revelara en todo. Él tenia entendido que el castillo estaba abandonado y que en él no veria mas que señales de incuria; pero se ha quedado sorprendido al verle tal cual está hoy. En muchos sitios se detenia recordando sucesos de su niñez: sus inocentes juegos y las caricias de su madre. Ha celebrado mucho la restauracion del jardin y los adornos del templete, sin saber que fuese obra tuya, y me ha hecho notar el buen gusto que revelan ciertas pequeñeces debidas á tu iniciativa y que yo aun no habia visto. Creo, querida Amanda, que lord Mortimer está dando pruebas de ser mozo razonable dominando ciertas inclinaciones y sometiéndose á la voluntad de su padre, y me lisonjeo de que en este particular no seré yo menos afortunado que lord Rosven. No he menester de tí nuevas protestas: me basta haber visto lo que has hecho hasta ahora, para saber cuál será tu conducta en lo sucesivo.

Amanda no replicó una palabra á las observaciones de su padre.

Este por su parte desvió la conversacion á otras materias, y á la hora de costumbre volvió á entrar en la casa para dedicarse á sus habituales ocupaciones, como si no tuviera importancia alguna lo ocurrido aquel dia.

La enamorada Amanda volvió al jardin; entró en el templete y pensó que Mortimer habia adivinado que ella

habia colocado allí aquellos adornos, y que no sólo habia pensado en su madre en aquel sitio, sino que tambien habia sido ella objeto de sus pensamientos.

Salió del templete meditabunda, con los ojos bajos, y le parecia que en el suelo habia de reconocer las huellas de sus pisadas.

—Ha hablado de mí con fria urbanidad, dijo recordando las palabras de su padre; en efecto, nosotros salimos precipitadamente del país de Gales; él ignora si he podido escribirle ó no; él no sabe la promesa formal que mi padre me obligó á hacerle. Se puede creer olvidado, despreciado de la que amaba, y con esa fria urbanidad habrá tal vez querido demostrar que ha llegado ya á mirar con indiferencia mi desvío.

Anduvo algunos pasos, volvió á detenerse, y siguiendo el curso de sus reflexiones prosiguió:

—Pocas palabras bastarian para enterarle de todo lo ocurrido desde que en mal hora partió para la isla de Anglesey, de donde regresaba con tanta prisa cuando yo obedeciendo á mi padre me alejaba, silenciosa y con el corazon despedazado, de aquellos sitios queridos, donde por primera vez oí sus palabras de amor, de ese amor que vive en mí y será el único de mi vida.

Mi padre está ya prevenido en favor suyo: ha adivinado que Mortimer es un corazon de oro y no le habrá pesado tanto de que su hija se dejase aficionar de tan nobles atractivos: mi padre pues ya no se opondrá con tan fuerte empeño á nuestra union, y en cuanto á lord Rosven, rogado, suplicado cariñosamente por su hijo, estoy segura de que se dejaria vencer, conduciéndose como siempre se ha con-

ducido, cual padre tierno, afectuoso y desinteresado.

Estos pensamientos risueños ocupaban la mente de Amanda cuando por la noche entró á tomar el té con su padre.

Este la vió mas tranquila, mas animada, mas próxima á la alegría de lo que esperaba.

Conocia bien el corazon humano y lo que suele ser achaque de todos los jóvenes, y pensó que cediendo á lisonjeras ilusiones, su pobre hija daba cabida á la alegría en su corazon.

Para desvanecer pronto esas ilusiones antes no se arraigasen demasiado, pensó que quizá el mejor medio seria que Amanda viese y hablase á Mortimer.

Por lo que le dijeron hubo de suponer que el hijo de Rosven visitaba á los marqueses de Rosline considerándoles como parte de su futura familia, y que no eran de pura galantería, sino de verdadero cariño los lazos que le unian con Eufrasia, y acabó de persuadirse de que uno de los principales objetos, si no el único, de su visita al castillo de Carberry habia sido demostrar que estaba curado de su antigua pasion y que no habia para qué temer ni recelar de su permanencia en aquel país, cuyos atractivos consideraba encerrados en la quinta de Ulster.

El resultado de sus reflexiones fue aceptar la invitacion á la fiesta de los Kilcorban que hasta entonces le habia parecido convite enojoso, y llevar allá á su hija para que se convenciese de que la mudanza de Mortimer era cierta, públicos sus obsequios á Eufrasia, y vanas de todo punto las esperanzas que ella pudiera fundar en la desobediencia del jóven lord á los mandatos de su padre.

Amanda esperó la noche de la fiesta con febril impaciencia, porque en ella habia de ver tristemente confirmados sus temores ó confirmadas sus bellas esperanzas.

Cuanto mas lo meditó mas oportuna fué pareciéndole su resolucion.

—Pasará alguna pena mi pobre hija, decia Fitzalan para sí, porque no sólo se verá lastimada en su amor sino tambien en su amor propio; pero me ama; mi cariño no le escatimará consuelo alguno. Poco á poco el tiempo, mis consejos, las reflexiones de su sano juicio y sobre todo la imposibilidad de ser esposa del lord, darán otro giro á sus ideas. Ella es jóven y acaso pronto un nuevo amor... Sí, sí, conviene que el desengaño llegue á tiempo.

CAPITULO XXX.

Amanda en el baile.

Llegó la anhelada noche de la fiesta y Amanda fué con su padre á casa de los Kilcorban.

Animaba toda su belleza el aliento vivificador de la esperanza, y Fitzalan mismo se admiró de su hermosura al verla en traje de baile.

—Es imposible, dijo Fitzalan contemplándola, que haya quien la venza en hermosura.

Mientras él se acababa de arreglar, pensaba:

—A lo menos verá la marquesa que la hija de su hermana crece como flor guardada del viento y de la tormenta. La dulzura y la inocencia brillan en sus ojos; ha heredado de su madre todo lo bello, es decir, todo lo suyo; si á la hija de Augusta le sucede lo mismo, su rostro revelará un carácter frio, cruel é insensible.

Amanda á pesar de la confianza que la alentaba, sintió un profundo estremecimiento al llegar á la antesala.

Queria detenerse un momento para recobrar su serenidad antes de pasar adelante, pero salieron á recibirla las señoritas de la casa, las hijas de Kilcorban con su madre, y le fué preciso penetrar en el salon.

La concurrencia era numerosa; la orquesta magnífica; las luces abundantes; las flores, los espejos, las colgaduras, todo imponia á Amanda acostumbrada á tanta sencillez y á tan pacífico retiro.

Acordóse de que Mortimer estaba allí; pensó que la miraria al entrar y que la mirarian tambien sus orgullosas parientas, y como no hay mujer débil para ese género de luchas, tomó su resolucion y atravesó la sala con tanta gracia como dignidad.

Un murmullo de admiracion que llegó á sus oidos y el movimiento de los que se volvian para verla y seguirla con sus miradas la tranquilizó sobre la primera impresion que habia causado, y florecieron las rosas en sus mejillas.

Ocupó el primer asiento desocupado que se ofreció á su vista, y precisamente vino á hallarse al lado de su tia Augusta.

Su belleza y su gracia eran ya puntos reconocidos por todos los hombres; las mujéres no podian menos de admirar que se pudiera ser tan bella con tan sencillos adornos.

Llevaba un vestido de raso blanco, un tocado á guisa de diadema, adornado con dos plumas blancas caidas sobre un lado de la frente, y un collar de perlas de que pendia el retrato de su madre. Sus hermosos cabellos caian en graciosas ondulaciones sobre sus hombros y servian de precioso marco á su frente pura y á sus sonrosadas mejillas.

Al levantar los ojos por primera vez, se encontró con

los de lord Mortimer, que estaba apoyado en el respaldo de la silla de Eufrasia.

Mortimer la contemplaba con suma atencion, como si quisiera escudriñar lo que en su pecho se escondia.

Amanda apartó los ojos de él y se encontró con los de la marquesa y Eufrasia, que hablaban en voz baja, sosteniendo sobre ella sus imperturbables miradas.

Encendióse el color de su rostro con la indignacion que le causó recordar que aquella mujer tan altiva habia sido ingrata y malévola para su madre, y se puso sobre sí recordando el lugar en que se hallaba.

Volvióse Eufrasia á un jóven oficial que estaba á su lado, y con los ojos medio cerrados y lánguido ademan le preguntó:

—¿Qué os parece?

—Sin duda me preguutais por la señorita Fitzalan, porque nadie mas merece aquí mi formal juicio. Pues bien, me parece bella, hechicera, divina, y espero que tambien esta vez estaremos de acuerdo.

Así respondió el oficial, jóven vivaracho y uno de los que mas prendados habian quedado de Amanda desde el primer instante.

La marquesa le oyó, arqueó las cejas y le miró con petulancia.

Eufrasia se sonrió, hizo un gesto de desden, paseó una mirada á derecha é izquierda de su pecho y se dió muy tranquilamente golpecitos con el abanico en la mano.

Augusta no habia dejado de ser egoista: primero lo habia sido para sí misma, despues lo fué para sí y para su hija.

No le importaba oir injuriar, denigrar, calumniar á una

jóven cualquiera con tal que la calumnia, el insulto redundase en elogio ó en beneficio de su hija.

A pesar de tener á Eufrasia por hermosa, no pudo menos de confesarse á sí misma que Amanda era mucho mas hermosa aun.

Eufrasia era muy rica, y el oro la hacia objeto de muchos halagos y rendimientos, de lisonjas serviles y rastreras adulaciones; pero Amanda, pobre, entraba en un salon donde estaban ellas, y toda la admiracion arrastraba en pos de sí y todo el mundo suspendia sus conversaciones para elogiar su hermosura, su elegancia, su sencillez y su gentileza.

Eufrasia se parecia á su madre en cuanto á malignidad de carácter; en cuanto á figura era innoble y repugnante como su padre. Era de estatura baja y de forma basta; tenia la cara redonda, la nariz pequeña, abultada por la punta y arremangada, y sus ojos pequeños carecian de brillo y expresion.

No podia sufrir una mujer hermosa á su lado.

Solia estar satisfecha y envanecida de las lisonjas que su nacimiento y su caudal le atraian por todas partes; pero al ver que una hermosa era objeto de atenciones delante de ella, sentia arder la ira en su pecho.

Habia creido que en el baile de los Kilcorban todo serian provincianas zafias, mal perjeñadas, ridículas y desconocidas; figurábase que en la fiesta ella seria una especie de divinidad descendida á la tierra para hacer muestra de su infinita misericordia, y se encontraba que al lado de Amanda quedaba ella igual á las demás concurrentes que hasta entonces habian sido objeto de sus impertinentes burlas.

Ante la esbeltez, la hermosura y el continente de Amanda; ante aquella belleza real que nada debia al brillo del oro y de los diamantes ni al prestigio de la riqueza, se vió humillada, reducida á su verdadero valor, olvidada de todo el mundo.

Hasta entonces habia conseguido tener á su lado al hijo de lord Rosven y á Carlos Bingley, el jóven oficial de quien hemos hecho mencion, y recibia con desden los cumplidos que le dirigian porque en su mayor parte ella misma los provocaba; mas apenas habia entrado Amanda, Carlos la calificaba de hechicera y Mortimer no apartaba de ella las miradas.

¿Ni cómo habia de apartarlas de aquel rostro donde se habia acostumbrado á leer los mas bellos afectos del corazon?

De buena gana habria escuchado de aquellos labios una nueva confesion de amor firme; de buena gana habria ido á los piés de Amanda á quejarse de su partida y su silencio para oir de su boca explicaciones que le tranquilizaran probando que ella no era culpable ni habia dejado de amarle un solo instante, pero no sabia si alcanzaria ese resultado; temia ser recibido con frialdad, hallar sólo pesares donde él iba á buscar una ardiente amorosa llama, y su amor propio contenia los impulsos de su corazon. No podia imaginar que sólo la exquisita delicadeza de Fitzalan y sus sagaces precauciones para evitar toda correspondencia entre los dos amantes fuesen las únicas causas de aquel largo y doloroso apartamiento. Deseaba con tanta impaciencia como ella que una explicacion veraz le sacase de dudas colmándole de alegría ó matando para siempre sus

esperanzas de felicidad; pero queria permanecer frio, indiferente en la apariencia para no ser juguete de una mujer que habia sido capaz de olvidarle.

Mortimer, en fin, la amaba y no podia desterrarla de su memoria sin cerciorarse antes de que no era digna del amor que á ella le atraia.

Apenas llegado á Tudor desde la isla de Anglesey, tuvo noticia de la partida de Amanda con su padre, y triste y desesperado se volvió á Londres con su familia.

Poco despues el marqués de Rosline que sabia algo de los proyectos concebidos por lord Rosven acerca de sus respectivos hijos, le propuso que le acompañase á Irlanda á donde se iba á dirigir con su familia, y él se excusó de hacer semejante viaje precisamente porque tenia sospechas de lo mismo.

Lord Rosven lo supo, y dijo á Mortimer que le daria mucho gusto si aceptaba la proposicion de su amigo Rosline.

—Quisiera, añadió, que con pretexto de un viaje de recreo, echases una mirada á nuestro castillo de Carberry, que ha tenido hasta ahora administradores poco celosos y hasta poco honrados. Hoy dia creo que el castillo y la hacienda habrán mejorado algo porque están á cargo de un excelente amigo mio, Augusto Fitzalan, que es persona digna de todo aprecio y confianza; pero desearia, ya que no puedo verlo por mis propios ojos, que vieras tú en qué estado se encuentra aquello.

Desde el punto en que Mortimer oyó el nombre de Fitzalan, tuvo que violentarse mucho para no descubrir su agitacion.

Hizo con tono indiferente dos ó tres preguntas á su padre, se convenció de que aquel Fitzalan era el padre de Amanda y dijo:

—¡En el castillo de Carberry nació mi buena madre!

—Sí, hijo mio; allí pasaste tú los primeros años de tu vida.

—Iré á Irlanda, padre mio; acompañaré al marqués de Rosline y os traeré nuevas del castillo.

Partió en efecto pensando en su madre, pero sin olvidarse de Amanda.

El marqués de Rosline tuvo grande alegría al saber la resolucion de lord Mortimer, resolucion cuyos motivos estaba muy lejos de adivinar, y antes de su partida él y lord Rosven se hablaron ya con franqueza acerca de sus proyectos de enlace entre ambas familias.

Eufrasia fué advertida por su madre para que se esmerase en granjearse el afecto del galan; y lord Mortimer que sospechó algo en vista de los agasajos de los padres y las monadas de la hija, se puso sobre aviso y trató á la niña con la mayor fineza, pero sin darle nunca pié para que atribuyera á amor lo que no era mas que deber de caballero.

Jamás dió á Eufrasia la menor esperanza; siempre dió á entender que preferia la conversacion de la madre á la de la hija; pero como esta era tan vana, todo lo traducia en el sentido mas grato para su vanidad.

Mortimer no habria amado á Eufrasia, aun cuando su corazon hubiera sido libre: no le era simpática por su figura ni por su carácter.

Si hubiese llegado á descubrir que Amanda habia deja-

do de amarle y al mismo tiempo hubiera visto que el genio de Eufrasia se mortificaba de manera que notase en ella menos vanidad y mas benevolencia, habria sido capaz de sacrificarse hasta darle su mano por complacer á lord Rosven; mas para renunciar á Amanda era menester que supiera muy positivamente que no podia ó no debia ser nunca su esposo.

Partió, pues, para Carberry con el propósito de hacer creer á Amanda que no iba allá impulsado por su amor á ella.

Queria mostrársele frio, aun cuando debiese afligir su corazon, antes de celebrar una entrevista que determinase la conducta que deberia seguir en lo sucesivo.

La noche del baile deseaba pasarla mostrándole la mayor indiferencia; pero la amaba mucho, y su extremada belleza y su amabilidad y su aspecto inocente y las asiduas galanterías que usó con ella Carlos, le tentaron mas de una vez á abandonar todo fingimiento y á provocar en seguida la explicacion que deseaba, aunque fuera cometiendo una imprudencia.

Iba á empezar el baile.

Las Kilcorban se habian acercado á Amanda como para entablar conversacion con ella, cuando se introdujo entre sus cabezas la risueña faz de Carlos Bingley, el vivaracho oficial, diciendo:

—Pido mil perdones á todas, señoritas; pero nos amaga una contradanza, y como soldado voy á ver si puedo asir la ocasion de los cabellos.

Las dos Kilcorban se pusieron á abanicarse con mucha importancia, dispuestas á conceder como una gracia sobe-

rana el obsequio que creyeron les iba á pedir Carlos para bailar con una de ellas.

El oficial se volvió entonces á Amanda y le pidió que fuese su pareja.

Amanda le aceptó con una amable sonrisa, y las hijas del ricacho se cogieron del brazo y fueron á barrer la alfombra con las infinitas colas de sus vestidos.

Eufrasia esperaba que Carlos y Mortimer se disputarian su mano, y la mortificó mucho ver que no sólo no le habian tributado semejante homenaje, sino que se lo rendian á su prima.

Todas las jóvenes sacadas á bailar antes que ella le fueron pareciendo mas ridículas que nunca, y todos los hombres, incluso Mortimer, poco delicados.

Padecia su amor propio lo que no es decible viendo que no la consideraban tanto como ella se estimaba á sí misma, y si en su mano hubiera estado vengarse, lo habria hecho sin piedad en aquel momento.

De cuando en cuando miraba á Mortimer al soslayo temerosa de encontrarle bailando ya con otra, lo cual habria sido un dardo muy agudo clavado en su corazon.

Entre tanto los jóvenes iban buscando pareja y daban vueltas por el salon esperando los primeros compases para lanzarse al baile.

Lord Mortimer aparentó distraccion para dar tiempo á los demás galanes á que sacaran á bailar á Eufrasia y quedar él en libertad de observar á Amanda; mas viendo que la casualidad no le favorecia, se dirigió á aquella y la invitó.

A tiempo que ella se levantaba para darle el brazo con

su acostumbrada displicencia, llegaba muy de prisa el hijo mayor de Kilcorban, que mostró mucho sentimiento al ver que otro se le habia anticipado, sin saber que mas le pesaba á Mortimer de su tardanza, que á él de la diligencia de este.

El jóven Kilcorban no quiso quedarse sin bailar con marquesa aquella noche, y con valentía para que le creyesen hombre práctico en el trato del gran mundo y con el tonillo de los colegiales cuando recitan una leccion de memoria, dijo:

—Señorita, siento mucho que otro mortal haya sido mas feliz que yo en esta ocasion; pero séame lícito abrigar la esperanza lisonjera de que para la siguiente contradanza tendré el supremo honor y la inapreciable dicha de que acepteis mi mano.

Eufrasia hizo un impertinente ademan de soberana hastiada de obsequios, y con estudiada frialdad le contestó:

—Con mucho gusto, si me siento con ánimo bastante para resistir dos contradanzas seguidas.

CAPITULO XXXI.

La entrevista.

Eufrasia se apaciguó un poco viendo que lord Mortimer la sacaba á bailar, cosa que ya habia temido que no sucediera; mas no por eso perdonó á su inocente prima las atenciones de que era objeto.

La marquesa por su parte fingia haber olvidado la existencia de su sobrina Amanda; pero no la perdia de vista, y de cuando en cuando se mordia los labios y ponia un ceño de ira manifiesto.

Las jóvenes Kilcorban se aburrian de desengaño en desengaño.

Habian creido dominar, disponer á su antojo de las miradas y los obsequios, y se veian poco menos que olvidadas.

No recibian mas lisonjas que las debidas exclusivamente á las señoritas de la casa.

Despues de tanta ilusion y del enorme gasto (como decian ellas), el chasco no podia ser mas pesado.

Durante su tocador su madre las habia estado elogiando sin descanso y llenándoles de viento la cabeza, y cuando se hubieron dado la mano del último colorete, la señora Kilcorban habia exclamado contemplándolas:

—Vamos: contra eso no hay defensa. ¡Pobres hombres! poco saben ellos los dos enemigos de su reposo que les van á salir ahora.

Llevaban vestidos de color con larguísimas colas; rizos naturales y postizos; pendientes, brazaletes, collar, alfileres, diadema, cintas colgando, sortijas, reloj y cadena, flores y toda la torpeza de su educacion y su vanidad contrastando con aquellos innumerables objetos.

Mientras pasaban las parejas antes de empezar el baile, Carlota se acercó al oido de Amanda y le dijo:

—Me parece que teneis mal color; ¿estais indispuesta?

—No, es mi color natural, respondió Amanda, sin sospechar el epígrama que disparaba.

Alicia la menor se le acercó por otro lado y dijo á su vez:

—La marquesa no se ha sonreido desde que vos entrasteis en el baile; mucho sentiria que mamá hubiese cometido una indiscrecion convidándoos á las dos en un mismo dia.

Amanda iba á responder oportunamente á tan bellaca grosería, pero Alicia se separó un poco á las voces de su hermana que le decia con afan y resentimiento:

—Mira, mira, Alicia, con quién bailará lord Mortimer: con Eufrasia. ¿No te lo dije? Eso es casorio.

Amanda buscó á Mortimer con la vista al oir hablar en aquellos términos á Carlota.

Recorrió todo el salon sin verle, y por fin le vió que dan-

do la vuelta se habia colocado en su puesto á la indicacion de la orquesta y era la pareja que tenia mas inmediata.

Mortimer no cesaba de mirar á Amanda, y esta le veia á pesar de estar en conversacion con Carlos, que era tan alegre como fino, y entre burlas y veras y siempre de una manera agradable le describia el efecto que en él y en los demás estaba causando su hermosura.

Mortimer procuraba contenerse y no faltar en lo mas mínimo á lo que como caballero debia á la reunion y á Eufrasia especialmente en aquellos momentos.

Eufrasia no estaba satisfecha con los corteses obsequios de Mortimer, y de continuo solicitaba los de Carlos, dirigiéndole la palabra por delante de Amanda.

El oficial se volvia á ella con viveza, le contestaba con un chiste ó un cumplido y proseguia su conversacion con la pobre Fitzalan.

La mano de Amanda temblaba cuando tenia que dársela á Mortimer; este alargaba la suya, mas no llegaba nunca á la de Amanda, que padecia amargamente cada vez que á la frialdad de su amado se añadia aquella muestra de desden.

Escapóse de su pecho un suspiro, y Carlos sonriendo le preguntó si podia saber para quién era.

Amanda se puso sobre sí y trató de ocultar mejor su pena, hablando y fingiendo animacion el resto de la noche.

Terminada la danza, Carlos llevó á Amanda á un asiento próximo al que Mortimer ocupaba.

Amanda esperó que Mortimer la comprometiera para la contradanza siguiente, y palpitó su corazon de dulce esperanza cuando le vió levantarse y dirigirse hácia ella.

Mortimer se detuvo un momento á su lado, la miró, pasó de largo y fué á invitar á una de las hijas de Kilcorban.

—En otro tiempo, dijo Carlos, no se cambiaba de pareja en toda la noche, costumbre que yo alabo y echo de menos hoy; pero ya que la costumbre ha desaparecido, señorita Fitzalan, os ruego que me ayudeis á restaurarla, si no os desagrada bailar conmigo la segunda contradanza.

Amanda lastimada en lo más vivo de su corazon con la conducta de Mortimer, le contestó:

—No os desairo, caballero; pero no me será posible volver á bailar tan pronto. Necesito un rato de descanso...

—Siento vuestra fatiga, y toda vez que no me desairais os pido la contradanza tercera.

—Con mucho gusto, dijo Amanda para no dar lugar á observaciones como la del suspiro que se le habia escapado.

Muchos jóvenes fueron á sacarla á bailar, pero Amanda se excusó con todos del mismo modo.

—Señorita Fitzalan, dijo Carlos con afectuosa solicitud, si os molestan el ruido y el calor del salon, allí veo el hueco de una ventana donde estareis quizá un poco mejor. Yo os ofreceria gustoso mi compañía: mas no lo hago, en primer lugar, por no dar pábulo á la murmuracion, y en segundo lugar, por no aumentar vuestro dolor de cabeza.

—Me agrada el sitio que me proponeis y allá voy á retirarme sola. Vos bailareis, señor Bingley.

—Lo haré por daros gusto.

Amanda se retiró junto á la ventana fingiendo mirar al baile; pero en verdad sólo atendia á sus tristes pensamientos.

Mortimer, pensaba, podria estar obligado á obsequiar á

Eufrasia, en cuya casa vive; pero despues de cumplir con ella, ¿por qué no baila conmigo la segunda contradanza? ¿Qué le importan esas ridículas Kilcorban á quienes se dirige con el único objeto de mortificarme, de hacerme ver claro que me pospone á lo mas grotesco?

Las lágrimas se agolpaban á sus ojos, y para que nadie reparase en su llanto volvió el rostro completamente.

A través de los cristales vió la luna que iluminaba con su luz serena los bosques inmediatos y recordó las plácidas horas pasadas en el parque de Tudor, cuando aquella suave luz plateaba las aguas del estanque, y escuchaba enternecida promesas de amor, de fidelidad inquebrantable y las creia... para verse preferida una Kilcorban.

Suspendióse entre tanto el baile, y los convidados pasaron á la sala de refresco.

Amanda contemplando el melancólico espectáculo no advirtió aquel movimiento, hasta que el grosero hijo de Kilcorban se le acercó y dijo:

—Señorita, os han dejado sola;... pareceis un ermitaño afeitado.

Soltó una carcajada creyendo de buena fé que habia dicho una gracia y salió corriendo.

El jóven Kilcorban era uno de los insectos que sólo brillan al sol de la fortuna. Henchido de vanidad porque los marqueses y su hija le cobijaban en su casa, ya hacia poco aprecio de Amanda.

Además, el desgraciado habia oido decir que para atraerse el amor de las mujeres lo mejor era fingir desden hácia ellas, y llegó á creer que esto pasaba tambien con los Kilcorbanes.

Dirigióse Amanda á la sala del refresco y halló todos los asientos ocupados.

Cerca de la puerta estaba sentada Eufrasia con una de las hijas de la casa á cada lado. Lord Mortimer se apoyaba en el respaldo de la silla de la marquesa, y el heredero de Kilcorban, que ocupaba una silla á su lado, fué bastante grosero para no ofrecérsela á Amanda.

Quedóse pues en pié, y como muchos veian que siendo tan próxima pariente de la marquesa no se habian dicho aun una palabra, creyeron que bien podian hacer burla de ella, sin incurrir en el desagrado de los poderosos.

Todos los que rodeaban á Eufrasia, excepto Mortimer, se ensañaron con ella, vengándose así de su superioridad.

—Hay mujeres, dijo el hijo de Kilcorban, que estudian las actitudes que han de tomar para producir efecto.

—Cierto. De alguna sé yo que parece la estatua de la esperanza.

—Verdad, Alicia; no le sentaria mal puesto al hombro una de las áncoras de hierro de aquel buque de papá que le cuesta tanto dinero.

—¡Ja, ja! ¡qué gracioso! dijo Eufrasia riendo por primera vez porque vió satirizar á su prima; ¡qué buena ocurrencia! ¡Parece triste. ¿Se sabe si tiene algun pesar? preguntó Eufrasia.

—Uno muy grande, le respondió el jóven Kilcorban.

—¿Cuál es, cuál es? sepamos.

—Tiene la desgracia de ver sus encantos eclipsados por los vuestros.

Este fué el mas oportuno y menos disparatado chiste, aunque falso, que dijo Kilcorban, hijo, en toda su vida.

Eufrasia se volvió á Mortimer y le preguntó:

—Y á vos ¿qué os parece la persona de quien hablamos?

—Me parece que podria compararse con la estatua de la prudencia, viendo y oyendo sandeces y miserias y no defendiéndose de los dardos de la malicia, porque sabe que se han de volver contra quien los arroja.

Impusieron silencio á todos el tono y la salida de Mortimer.

Ni el jóven Kilcorban encontró á mano chocarrería alguna que contestarle, á pesar de serle naturales en tanta copia.

Amanda habia oido algo de las impertinencias dichas contra ella; mas no oyó la noble defensa de su enamorado, que fué hecha con grande aplomo pero en voz baja.

Se habria ido del salon de buena gana; mas era tan numerosa la concurrencia, que no era fácil llegar á la puerta sin llamar mucho la atencion.

Carlos, que hasta entonces habia cumplido con sus deberes de caballero, obsequiando á las jóvenes que últimamente habian bailado con él, reparó entonces en Amanda, se acercó á ella diligente y le dijo:

—¡Cómo, señorita! ¿aquí de pié? Estareis fatigada...

Presentóle el brazo, la condujo á su asiento, y al pasar por el puesto del grosero ricacho, le gritó:

—¡Ah Kilcorban! muy derretidos estamos. La prueba está en que habeis tenido en pié muy cerca de vos á la señorita Fitzalan.

Obsequióla con refrescos y afectuosas palabras, y mostró vivo interés viéndola tan bella y menospreciada y objeto en su concepto de viles calumnias.

La marquesa le habia dicho que los padres de Amanda la habian echado á perder dándole una educacion extravagante y que esta revelaba muy malas cualidades.

La bondad de Amanda era tan evidente, que Carlos cobró ojeriza á la marquesa, á su hija y á los Kilcorban por su conducta indigna.

Eufrasia fue de las primeras que con sus acólitos volvió á la sala de baile.

Amanda miró si Mortimer la seguia, y vió que permanecia allí paseando y clavándole miradas escudriñadoras.

Todavía volvió á confiar en que se dirigiria á ella; volvieron á animarse sus ojos y volvió á palpitar la esperanza en su corazon; pero Mortimer, inflexible en su dureza, ofreció su mano á otra linda jóven y se fué á bailar con ella.

Terminada aquella contradanza, dijo Amanda que no bailaria mas en toda la noche, porque el ruido y la agitacion le daban mareo, y Carlos le propuso pasar á otra sala donde jugaban algunas personas y era mas tranquila.

Pasaron en efecto á la sala de juego, y la señora Devons, que estaba sentada con los marqueses de Rosline, hizo seña á Amanda de que se acercase, le dirigió muchos cumplidos por su hermosura y elegancia y le manifestó cuánto se alegraba de verla.

El marqués se puso los anteojos y la estuvo contemplando y analizando por partes.

La marquesa se volvió á él y con aguda intencion le dijo:

—En adelante no hemos de aceptar convite alguno sin saber si podemos encontrarnos con personas que no deban ir á donde nosotros vamos.

Amanda levantó la frente y se alejó de la mesa comprendiendo la provocativa malicia de su tia.

Carlos la siguió, la vió llorar y le dijo:

—Detestable, abominable gente; vuestra belleza, señorita, les trastorna el juicio. La envidia les inspira.

—¡Ay! exclamó Amanda, despues que persiguieron á mi pobre madre hasta la tumba, todavía no se ha satisfecho su odio. ¡Yo lo quiero! añadió besando el medallon, hija digna de tí debo de ser, madre mia, cuando así me aborrecen los que te aborecieron á tí.

Carlos cogió el medallon, vióle humedecido con las lágrimas de Amanda, y lo enjugó con su pañuelo que besó y guardó en su seno.

Amanda alzó los ojos y vió á Mortimer que cruzado de brazos al umbral de la puerta estaba contemplando aquella escena.

Al notar que Amanda le miraba se alejó de aquel sitio; pero Carlos que le vió al volver la espalda, dijo:

—Mortimer parece un duende: no hace mas que ir y venir grave y silencioso.

CAPITULO XXXII.

Visita inesperada.

Paseó buen rato Amanda del brazo de Carlos, y viendo este cruzar por delante de la puerta á Eufrasia, dijo:

—¿La señorita Eufrasia por un lado y él por otro? Se me figura que Mortimer...

—¿Pues hay alguna relacion, preguntó Amanda, entre lord Mortimer y...

—¿Y la señorita Eufrasia? Así se dice; pero se dicen tantas cosas que no salen ciertas... Me parece imposible que á Mortimer puedan agradarle la figura ni el carácter de Eufrasia, y apostaria á que no se casa con ella, precisamente porque me alegraria de lo contrario: me alegraria á lo menos de saber que es su amada.

—¿Vos?

—Sí en verdad.

—Mucho os interesais por la suerte de Eufrasia.

—No tanto como parece.

—Deseais para ella un marido, un amante...

—Me explicaré: deseo que ese amante sea Mortimer; si no es ese, todo lo demás no me importa.

—Entonces os interesais mucho por Mortimer.

—Me explicaré mas: por quien me intereso verdaderamente es por mí; pues si Mortimer fuese el amante de Eufrasia, no pensaria en ofreceros á vos sus homenajes.

—¿Y os pesaria de que me los ofreciese?

—Mucho; porque seria mi competidor y tendria que darme desde luego por vencido, pues no soy tan necio que no conozca la ventaja que me lleva.

En aquel momento avisaron á Amanda de que su criado preguntaba por ella.

—¿Vais á partir tan pronto? le preguntó Carlos con sobresalto.

—Mi buen padre me ha advertido que me esperaria hasta que yo volviese del baile: tiene muchos años, trabaja mucho y su salud requiere que se acueste á cierta hora. Demasiado trasnochó hoy por mí. No debo hacerle esperar mas.

—¡Sois buena hija!

Carlos profirió aquella exclamacion con una ternura que contrastaba mucho con la ligereza y vivacidad que le eran tan propias.

La acompañó hasta el coche, le dijo que se retiraba tambien porque la reunion ya no le ofrecia atractivo alguno, y le pidió permiso para visitarla al dia siguiente.

Llegó Amanda al castillo, y corrió á echarse en brazos de su padre.

Estaba pálida, llorosa, y le refirió algo de lo que le habia pasado con su tia Augusta y Eufrasia.

—¡Pobre Amanda de mi corazon! exclamó Fitzalan.

Eres demasiado buena para no ser objeto del odio de los malos. Así tu pobre madre... ¡Ojalá tengas mejor destino y antes de cerrar yo los ojos pueda ver asegurada tu felicidad!

Triste noche pasó Amanda.

Sólo pensó en la inconstancia de Mortimer y en el pesar de su padre, á quien se propuso ocultar en lo sucesivo todas sus aflicciones, para no prolongar por su parte las que ya habia él padecido.

A la mañana del siguiente dia Carlos fué á hacer su visita al castillo de Carberry.

Fitzalan habia salido y le recibió Amanda en su gabinete, donde solia estar trabajando.

Carlos estaba triste.

—Cuando creí que iba á tener el gusto de cultivar vuestro trato, señora Fitzalan, me encuentro privado de él de repente. Cartas llegadas hoy me llaman á Dublin, para donde voy á partir, y despues á Inglaterra. Siento infinito que nuestra amistad, permitidme darle este nombre, haya tenido término tan breve; pero os aseguro que volveré á Irlanda en cuanto me sea posible. No me olvidaré de una persona tan apreciable como vos durante mi ausencia, y tendria una gran satisfaccion en saber que no me habiais olvidado.

Amanda, creyendo que Carlos sólo hablaba por pura cortesía, le respondió que cuando volviera á Irlanda su padre tendria mucho gusto en conocerle.

Habia anunciado Carlos que su visita seria de pocos momentos, y al salir vió que habia permanecido dos horas al lado de Amanda, lo cual era muestra del atractivo que encontraba á su lado.

Partió Carlos, dejaron los Kilcorban de visitar el castillo de Carberry, y Mortimer no volvia á presentarse á la vista de Amanda, que procuraba hacer grata la existencia á su padre y buscar en su propia imaginacion ingeniosos pretextos para persuadirse de que no podia ser cierto el completo olvido en que segun las apariencias la habia dejado Mortimer.

La única persona que visitaba el castillo era la señora Devons, que daba noticias de cuanto llegaba á sus oidos y las pedia del bordado que Amanda le habia prometido.

Esas noticias se referian á veces á Mortimer, á quien se suponia constante adorador de Eufrasia.

—¡Cómo, exclamaba Amanda en sus ratos de desaliento; esas flores que yo he cultivado en obsequio suyo, serán deshojadas por otra! Ese jardin, cuya hermosura he restaurado yo pensando en él, será hollado por ella como dueña y señora de su dueño!

A esta idea se agolpaban las lágrimas á los ojos de Amanda y palidecia su rostro, y esta idea se presentaba con cruel tenacidad á su mente.

Cierta mañana que estaba sola en su gabinete, se abrió de improviso la puerta, y creyendo ella que iba á entrar Elena, no volvió la cabeza y siguió abandonada como solia á sus tristes reflexiones.

Notó que no entraba nadie, volvió la cabeza y no pudo contener un grito viendo á Mortimer inmóvil al umbral.

Levantóse con un movimiento espontáneo, cayó la labor de su regazo y no pudo, aunque lo intentó, pronunciar una palabra.

Mortimer, con su acostumbrada frialdad, le dijo:

—Perdonad que haya entrado hasta aquí. Pensé encontrar al señor Fitzalan.

Amanda transida de dolor respondió con voz insegura:

—Está en su gabinete.

Mortimer no se movió, y contemplaba á Amanda con una expresion singular.

Ella, no pudiendo permanecer de aquel modo, añadió sin levantar los ojos:

—Voy á decirle que milord desea verle.

Mortimer le cerró el paso y replicó:

—No permitiré que os tomeis semejante molestia. Lo que tengo que decirle no es tan urgente. Continuad, os ruego, vuestra labor.

Sentóse Amanda, no para tomar su bordado, sino porque la turbacion la habia puesto trémula y el tono glacial de Mortimer tenia oprimido su corazon.

Mortimer dió una mirada á su alrededor, contempló ciertos objetos que le traian á la memoria sus primeros años y le causaban una extraña sensacion compuesta de placer y dolor, y pensando en su madre, que ya no existia, exclamó con sentido acento:

—¡Aquí, en este mismo gabinete solia vivir retirada la mujer virtuosa que tanto me amaba!

La tierna expresion que Mortimer dió á estas palabras contrastaba singularmente con la frialdad con que habia hablado a Amanda.

—¡Hablais, dijo esta, de vuestra madre! Aun recuerdan en estos alrededores sus virtudes.

—Supongo que el mismo recuerdo les quedará de la que hoy dia ocupa su aposento.

¿Qué significaba la dulce mirada y el tono de sinceridad que Amanda vió y oyó en lord Mortimer?

¿No acababa de hablar con ella mostrando una frialdad que casi podia llamarse desden? ¿No llamaba la atencion de todo el mundo con sus obsequios á Eufrasia? ¿No habia dejado pasar mil ocasiones en que si hubiera amado á la habitadora de Carberry podia habérselo demostrado?

Puesta Amanda en nueva confusion, bajó otra vez los ojos, ahogó un suspiro, y no queriendo que el ingrato Mortimer se gozase en su angustia, volvió á levantarse diciendo:

—Mi padre sentiria que hubieseis estado aquí sin tener el gusto de veros. Permitidme que vaya á avisarle.

Mortimer alargó las manos, estrechó una de las de Amanda, y prorumpiendo en un sentimiento que hasta entonces habia contenido, dijo:

—¡Cruel, insensible Amanda! ¿Así huís de mí cuando yo me acerco? ¿Debia yo esperar semejante conducta cuando en el parque de Tudor parecia que el amor mismo hablaba por vuestra boca?

—No, respondió Amanda procurando vencer su emocion; pero desde entonces acá, vos habeis escuchado los consejos de la prudencia...

—Y vos tambien, ¿no es cierto? Decid que sí.

—¡Sí!

—¡Ah! ya comprendo. La prudencia os hizo abandonar el país de Gales cuando yo mas apasionado que nunca regresaba de la isla de Anglesey.

—Yo no abandoné á nadie. Seguí á mi padre.

—Le seguisteis sin hacer nada que pudiera evitar mis sospechas.

—¿Sospechas, milord? dijo Amanda con altivez.

Dió un paso hácia la puerta, pero Mortimer se le puso delante y dijo:

—Perdonad; sé que la palabra es dura; pero pensad en vuestra conducta conmigo; en vuestro precipitado viaje, que bien podia llamarse fuga, cuando acabábamos de confiarnos la ternura de nuestros afectos y parecia establecida para siempre la confianza entre nosotros; pensad en vuestro silencio, pensad en lo escondido de vuestro retiro y en el misterio que os ha rodeado; pensad en la prohibicion impuesta á Magdalena de darme á conocer vuestro albergue y decidme si podia yo dejar de sospechar, si debia hacer las conjeturas mas dolorosas para mí.

—No puedo decir semejante cosa, milord. Si no adivinabais la causa de mi partida, podiais discurrir sobre ella y la razon os la habria hecho comprender.

—Mi razon sólo me ha dicho que yo era desgraciado; que habiais dejado de amarme...

—¡Oh Dios mio!

—La razon me ha dicho que debia pediros explicaciones, y á eso vine.

—¡Tarde! Despues de haberme demostrado la mayor indiferencia.

—Sí, despues de luchar con mi amor y quedar por él vencido.

Oyóse la voz de Fitzalan en la escalera y dijo Amanda:

—Es preciso que nos separemos.

—¡Ahora, sin oiros!

—Mi padre está ahí.

—Yo necesito conocer cuál ha sido vuestra conducta

conmigo. Prometedme que esta tarde á las siete nos veremos en las ruinas de la abadía de Santa Catalina.

—Bien... lo prometo; dejadme salir os ruego.

Volvió á estrechar el jóven lord la mano de Amanda, la detuvo mirándola con amor, con lástima y al mismo tiempo con expresion de una perplejidad extraña entre aquellos afectos, y por último la dejó de pronto diciendo:

—¡A las siete!

Renació la esperanza en el corazon de Amanda; pero rodeada de angustiosos pensamientos, como lirio entre zarzas.

No creia que estuviese enamorado de Eufrasia, pero podia estar comprometido á darle su mano.

Cuando se dejaba llevar de la fuerza de su deseo y se entregaba á la idea de que Mortimer no habia dejado de amarla y la amaria siempre, entonces una voz recelosa la decia que el honrado Fitzalan se opondria siempre á dejar burlado á lord Rosven en sus planes y por consiguiente no consentiria nunca en que Amanda se casara con su hijo.

Gemia sin saberlo ella misma entre tanto que revolvia en su mente aquellas ideas y se escapaban suspiros de su pecho.

Tan pronto dejaba caer la frente abrumada por el peso de presentimientos funestos, como se entreabrian sus labios con dulce sonrisa y sus ojos despedian centellas de la mas viva alegría.

Su padre la vió inquieta; pero como ya habia calculado que antes de librarse de aquella pasion estaria sujeta á muchas alternativas hasta que al fin la reflexion, el tiempo y la pérdida de toda esperanza le devolviesen la calma, redobló sus muestras de cariño hácia ella, y no se dió por

entendido, ni le dijo una palabra que pudiera enconar la llaga de su corazon.

No hacia mucho tiempo que lord Mortimer habia salido del castillo despidiéndose hasta las siete, cuando se oyó la voz de la señora Devons diciendo:

—¿Dónde está la picarilla de Amanda? Hoy vengo dispuesta á hacerle compañía mientras trabaje su precioso bordado, y no saldré de aquí hasta la hora de retirarme. Ya era tiempo de que le dedicase un dia entero.

CAPITULO XXXIII.

Obstáculo fatal.

Amanda se estremeció al oir á la señora Devons y comenzó á temer que no permaneciese en el castillo hasta muy tarde.

—Hija mia, dijo la anciana, me he venido aquí porque la casa de los Kilcorban parece una jaula de locos. Están haciendo preparativos para una fiesta que celebran mañana y no es posible parar un momento entre aquella baraunda.

Mucho habló, mucho elogió la belleza del bordado que Amanda tenia entre manos; mucho martirizó á esta con la continua amenaza de no salir de allí en todo el dia.

Dieron las seis y la buena señora no tenia trazas de marcharse.

—¿Y por las tardes, no teneis todavía costumbre de jugar á los naipes?

—Sí; mas hoy me parece que se interrumpirá la costumbre, porque estoy resuelta á no volver allá. La tranquilidad que aquí se disfruta tiene para mí muchos atractivos.

Amanda dejó el bordado muy inquieta, porque veia llegar la hora de la cita y estaba viendo que no podria asistir á ella, ni tendria con su amante la explicacion tanto tiempo deseada.

Fitzalan entró y conversó con la señora Devons, pero hubo de retirarse á cierta hora para despachar la correspondencia.

Entonces pidió la anciana á Amanda que le leyese un rato algun libro ameno. Hízolo Amanda, pero de muy mala gana, distrayéndose con frecuencia, precipitando la lectura, sin comprender ella misma lo que leia, y echando rápidas ojeadas al reloj que iba señalando para las siete.

Pretextó por fin un fuerte dolor de cabeza y se retiró á su cuarto para descansar.

Su descanso consistió en imaginar á Mortimer esperándola impaciente en las ruinas de la abadía, sospechando que ella le habia engañado al ver que no comparecia á la cita y lamentándose de su triste destino.

Dieron las siete y Amanda se convenció con dolor de que le era imposible salir de casa.

Fitzalan hizo entrar el té en su cuarto, y ella, para evitarle el disgusto de la que creyese enferma y tambien para alejar toda sospecha, se levantó del lecho y dijo que se hallaba mejor.

—Me alegro infinito, dijo la señora Devons, y vuestro alivio llega mas oportunamente que nunca; pues podremos jugar al wisk de tres, que es muy divertido. Es un juego que no fatiga el entendimiento, antes al contrario, distrae mucho con sus lances variados. Yo á veces he sentido un

poco de jaqueca; me he puesto á jugarle y al cuarto de hora ya me he encontrado mucho mejor.

Para colmo de disgusto fuéle preciso á Amanda jugar al wisk y poner atencion en el juego.

Al fin llegó el coche de la señora Devons, que se fué recomendando mucho el bordado, y Amanda se volvió á su cuarto.

Fitzalan no se engañó del todo con respecto á su indisposicion; pensó que la causa residia en Mortimer y en los rumores que corrian acerca de su casamiento con Eufrasia, y al retirarse Amanda, quedó persuadido de que se iba á pensar en él.

Efectivamente en él pensó toda la noche y al dia siguiente se levantó sin haber cerrado los ojos.

Despues de comer salió del castillo, y sola y pensativa se dirigió á las ruinas de la abadía.

Sentóse en una de las gradas que rodeaban las sepulturas, y al cabo de pocos momentos vió llegar á la religiosa que tanto la habia obsequiado la vez primera que estuvo en aquel sitio.

—Estos son dias de aventuras, dijo la religiosa. Aquí generalmente no viene nadie, y entre ayer y hoy he tenido dos encuentros, aunque el de hoy me es en extremo agradable.

—Muchas gracias, no lo es menos el vuestro para mí. ¿Fué desagradable el de ayer?

—Fué una cosa tan rara... Figuraos que yo me paseaba por el claustro á cosa de las siete de la tarde...

—A las siete...

—Sí. Tarde era, ya lo sé, pero se me habia pasado el

tiempo muy agradablemente con la melancólica tranquilidad de la puesta del sol. Iba á retirarme, cuando sentí pasos detrás de mí; y me detuve creyendo que seria alguna de las hermanas. De pronto noté que el ruido del calzado era muy diferente del nuestro, y figuraos cuál seria mi sorpresa al ver á mi lado á un jóven.

—¡Un jóven!

—Gallardo, de muy bello semblante y aire aristocrático. Pues no creais; que si yo me sorprendí, no se sorprendió menos él, y sus vivas miradas penetraron las mallas del velo que llevaba yo echado, como si quisiera conocerme.

Yo me turbé como era natural y sentí abrasárseme las mejillas con su insistencia en verme el rostro.

Él me hizo una urbana cortesía, me dijo que perdonase y yo me apresuré á dirigirme al convento.

Apenas llegué á la puerta, le volví á encontrar á mi lado, sombrero en mano, descubriendo una frente muy tersa y doble y con voz muy grata al oido me dijo:

—Os ruego otra vez que me perdoneis. Yo esperaba esta tarde ver en este sitio á una señorita á quien debia acompañar á su casa. Desearia saber si acaso la habriais visto y si sabriais que cansada de esperar se hubiese vuelto.

—Caballero, le respondí, yo he paseado por este sitio toda la tarde y á nadie he visto. Sin duda no habrá venido esa señora.

Él se mostró muy disgustado y me contestó:

—Así debe ser.

No se resolvió á irse, miraba á todas partes, tenia el aspecto apesadumbrado, y se me figuró que la señora

á quien esperaba debia de ser la de todos sus pensamientos.

Yo, para ofrecerle algun consuelo, le dije que si queria darme alguna seña por donde pudiese conocer á la mencionada señora, en caso de venir mas tarde por acá, le diria que él la habia estado esperando; mas él me contestó:

—Muchas gracias; pero no es menester; ya no me importa que sepa si he venido ó no.

Saludóme con gran cortesía y se fué, al parecer, despechado...

—¿Diciéndoos que no le importaba...?

—Justamente. Y ni mas tarde ni hoy en todo el dia ha parecido por estos sitios señora alguna. Cuando os he visto de espaldas y desde un poco lejos, pensé si será aquella la señora del galan de ayer; pero luego os he conocido, desengañándome con mucho gusto; pues prefiero haberos encontrado á vos que á una desconocida.

Triste impresion hizo en el pecho de Amanda el relato de la religiosa: sus temores de la tarde anterior se habian realizado, y Mortimer achacaba sin duda á su voluntad aquella ausencia. Ya debia creerla ingrata á su amor, falsa en sus palabras, mentirosa en sus promesas, y ¿quién podia saber cuándo se presentaria ocasion para desengañarle ni si querria creer él en el desengaño?

Despidióse Amanda de sor María y con el peso de la desdicha que la abrumaba se volvió camino del castillo.

Iba paso á paso meditabunda por el camino real, cuando entre una nube de polvo vió correr en direccion opuesta á la suya un magnífico carruaje, del que tiraban seis arrogantes caballos.

Junto al carruaje cabalgaban varias personas, ofreciendo el aspecto de una alegre caravana.

Rápido rodó el carruaje, mas á pesar de la rapidez de su carrera, Amanda pudo ver por su desgracia que en él iba lord Mortimer al lado de Eufrasia; ¡de Eufrasia que la miró sonriendo con insolencia!

¡Ella sola con su amor, con sus pesares guardados en el fondo de su corazon para que no llenaran de inquietud á su padre; con la justificacion de su conducta en los labios; volviendo del sitio á donde no habia podido acudir la víspera, y Eufrasia henchida de vanidad, seco el corazon, rodeada de todos los atractivos de la opulencia, arrastraba en pos de sí al que no debia pertenecerle!

El contraste de sus respectivas situaciones abatió el espíritu de Amanda, que se retiró al castillo donde pasó uno de los dias mas tristes de su vida, esperando en vano una nueva tentativa de Mortimer.

No le vió empero aquel dia ni al siguiente que lo pasó en su gabinete sola, entregada á sus recuerdos y despidiéndose con húmedos ojos de sus lisonjeras esperanzas.

Por la tarde pasó largo rato á la ventana contemplando una hermosa fragata anclada á corta distancia del castillo.

Las sombras cubrieron la tierra. El cielo estaba sereno y tachonado de brillantes estrellas, la luna argentaba la tranquila superficie del sosegado mar.

En medio del silencio se oian los cantos de los marineros que parecian desde lejos quejas melancólicas de aquellos hombres ausentes del suelo en que habian nacido.

Poco á poco se fué acercando á la costa una chalupa al acompasado movimiento de los remos.

La chalupa se ocultó en una de las ensenadas de la costa, mas arriba del castillo, y todo volvió á quedar en silencio.

Amanda tuvo que abandonar la contemplacion de aquel espectáculo lleno para ella de encantos, porque su padre iba á sentarse á la mesa y no lo hacia nunca sin tenerla á su lado.

Cuando le dejó se puso otra vez á la ventana y volvia gustosa á someterse á aquel bello encanto, cuando entró Elena muy agitaba á verla.

Elena habia visto á Timoteo Chip que era uno de los marineros.

Refirió con lágrimas de alegría que él la habia conocido yendo con otros hombres de la fragata á comprar provisiones para el buque, al volver ella de casa de una pobre vieja á quien Amanda habia enviado ropa blanca.

Timoteo la habia convidado á ponche y tortas, le habia contado sus aventuras, le habia asegurado que no dejaria de quererla nunca, y le habia prometido por fin que cuando concluyese el tiempo de su empeño se casaria con ella, si era verdad, como creia, que no amaba á Eduardo.

—Dichosa tú, Elena, dijo Amanda, que ves seguro el logro de tus esperanzas. ¡Cuántas veces te habrá parecido envidiable la suerte de otras personas que jamás podrán contar con el dichoso y tranquilo destino que para dentro de poco tiempo te está reservado!

Fitzalan que no perdia de vista á su hija notó su melancolía, y quiso que pasara menos tiempo sola á fin de que no con tanta facilidad se entregase á sus tristes pensamientos.

Al anochecer del dia siguiente bajó con ella á la plaza á ver como los pescadores echaban sus redes.

Acercóse Fitzalan á hablar con algunos de ellos, y Amanda se sentó en un peñasco á meditar en la inmensidad del mar y sus tormentas y sus soledades.

Pensó con dolor en la madre, en la esposa, en la amante que vé desaparecer en el horizonte al objeto mas querido de su corazon; en las angustias de una larga ausencia que interpone aquella inmensa y temerosa masa de aguas entre dos personas queridas; imaginó lo triste que habia de ser para ella un padecimiento semejante si Mortimer...

En aquel momento se le figuró que la voz misma de Mortimer sonaba á sus oidos; volvió la cabeza y con asombro le vió dirigirse hácia ella.

Hácia aquel sitio iba el jóven lord en efecto; mas no veia á la triste Amanda, que le consagraba todos sus recuerdos.

Bajaba con un oficial de la fragata, y como tenia que pasar muy cerca del peñasco en que se habia sentado Amanda, se detuvo mostrando perplejidad al verla.

Aun esperó ella que se acercaria á hablarle; mas pasó de largo y no hizo mas que agitar el pañuelo que llevaba en la mano, de suerte que la desventurada ni siquiera pudo saber si aquel ademan era un saludo de despedida para ella.

Acercóse á un bote, donde esperaban cuatro marineros; entró en él precediendo al oficial, y la frágil barquilla empujada por los remos que caian á una con triste son en el agua se alejó rápidamente.

Amanda la siguió con la vista y vió á Mortimer subir al buque.

Elena le habia dicho que la fragata se hacia á la vela aquella misma noche, y habia de ser cierta la noticia, porque Timoteo iba en ella.

Por fortuna suya podia esconderse á las miradas de su padre y llorar; que era para ella un bien muy precioso el padecer con tal que el afectuoso anciano lo ignorase.

Cuando se retiraron al castillo notó que su padre la miraba con mucha atencion.

Fitzalan habia visto embarcarse á Mortimer y la vió á ella más pálida que de costumbre, enrojecidos los ojos por el llanto.

El deber filial exigia de ella otro esfuerzo, y su bondadoso corazon no se negó á hacerlo, porque habia adquirido el hábito del sacrificio.

Hasta última hora estuvo acompañando á su padre, recibiendo sus caricias, grabando en la memoria sus observaciones y adivinando cuánto le apesadumbraba no verla siempre contenta, libre de aquella fatal pasion que por su triste suerte era un tormento.

CAPITULO XXXIV.

Últimas esperanzas.

Cuando se retiró Amanda á su cuarto, Elena la esperaba con triste semblante y bajos los ojos al suelo.

Corrió Amanda á ella y le dijo:

—¿Conque es cierta la partida de Timoteo esta noche?

—Cierta es, por desgracia.

—¿Parte esta noche? ¿Va en aquella fragata?

—Yo le he visto dejar la playa, y he visto tambien á lord Mortimer.

—¿Tú tambien le has visto? exclamó Amanda como si aun abrigara la ilusion de que fuera un sueño la partida de su amante.

—Se embarcó en compañía de uno de los oficiales... Quién sabe si durante el viaje... el mar es terrible... Yo, soy una necia porque... ¡ay señorita, qué desgraciada soy!

—Tú puedes esperar con fundamento que te verás al-

gun dia unida con Timoteo; no debes llamarte desgraciada.

—¡Oh... no lo digo por esto, no!

—¿Pues por qué?

—Porque he visto el semblante acongojado de lord Mortimer y he visto además que pasaba por vuestro lado sin detenerse, y sabia tambien que se iba muy resentido de cosas que no han sucedido por culpa vuestra, sino...

—No te entiendo, Elena...

—Sino por culpa mia.

—¿Por culpa tuya se ha ido apesadumbrado lord Mortimer?

—Sí, por culpa mia está quejoso de vos.

—¡Oh qué ansiedad! dime, Elena, lo que sepas; no me tengas en una situacion tan cruel; apenas entiendo lo que me dices y sin embargo el corazon me hace presentir no sé qué nueva desventura.

—Por eso os decia yo que soy muy desgraciada, replicó Elena prorumpiendo en llanto. Temo que no me perdoneis jamás.

—Pero ¿qué has hecho? ¿cuál es tu culpa?

—Yo bien queria cumplir ¡Dios lo sabe! pero ví á Timoteo y lo olvidé todo. Ayer como sabeis fuí á llevar la ropa blanca á la pobre vieja.

—Sí, prosigue; viste á Timoteo; te conoció... dime solamente lo que se refiere á esa culpa que te hace derramar tantas lágrimas; á la causa del enojo de lord Mortimer.

—Pues le encontré en el camino y me preguntó si estabais en el castillo. Yo le respondí qué sí estabais y aun me arriesgué á añadir que estabais muy triste: me parece

que en eso no hice mal, primero porque es verdad, y luego...

—Prosigue, Elena, prosigue.

— Entonces él me rogó que os dijese de su parte si queriais bajar al sendero de rocas abierto mas allá del castillo. Le prometí que os lo diria, y él añadió: Dile que la espero yo. Alargóme la mano, yo le dí la mia para estrechársela, y cuando me la soltó me habia puesto en ella cinco guineas. Corrí á casa de la vieja para despachar cuanto antes, como lo hice, y venir en seguida á daros el recado; pero al salir, de vuelta para acá, me encontré á Timoteo, que ¡Dios se lo perdone! me habria hecho olvidar de mi padre, como me hizo olvidar de vos. No me acordé mas que del placer de verle; de lo breve de nuestra entrevista, de lo largo de su ausencia... ¡Dios mio! No lo habria hecho peor si me hubieran embrujado.

Amanda ya no tenia mas que saber, y lloraba á lágrima viva.

—¡Ay Elena! dijo; poco sabes tú el daño que me has causado.

—Yo no sé... yo sé que soy culpable y lo he conocido al ver que lord Mortimer pasaba junto á vos y no os dirigia la palabra. Entonces fué cuando el asombro que me ha causado su conducta me ha hecho acordar de todo. Yo decia para mí: ¿qué motivos tendrá lord Mortimer para no despedirse de la señorita Amanda con el mismo sentimiento que ha mostrado por mí el pobre Timoteo? Y entonces de repente me acordé de todo; de sus encargos, de mi olvido... ¡bien lo veo! Él se figuró que yo habia cumplido con mi deber; que vos no habiais querido bajar al sendero... ¡pero vos no

haceis mas que llorar! ya decia yo bien que no me perdonariais.

Volvió tambien Elena á su llanto, y durante largo rato no se oyó en medio del profundo silencio sino los gemidos de las dos.

Elena, que se calmó primero, hizo varios esfuerzos por consolar á Amanda.

Esta rogó á su hermana de leche que la dejase sola, y se entregó de nuevo á su dolor que por ingeniosos medios no dejaba un solo dia de penetrar en su corazon.

Desde su ventana vió como la fragata desplegaba las velas al viento; desde allí vió disminuir su voluminosa masa y perderse poco á poco á lo lejos hasta desaparecer completamente de sus angustiados ojos.

—¡Oh Mortimer! decia, ¡el error te aleja de mi lado! Huyes de la que crees tibia, infiel acaso mientras ella derrama por tí amargas lágrimas y teme no poder resistir al dolor de tu ausencia. Fácilmente has dado crédito al mayor imposible; fácilmente has creido que podia desvanecerse en mi corazon el afecto. ¡Partes y no sé si volveré á verte; ni siquiera me libras del tormento de esa duda! Parte y sé feliz largos años al lado de la mujer que mas te merezca; pero concédame el cielo á lo menos que no te vea yo esposo de Eufrasia.

Al mismo tiempo que Amanda decia entre lágrimas estas palabras, Mortimer desde el buque contemplaba la costa que iba desapareciendo de su vista, y decia en su pensamiento:

—¡Ah, ya era tiempo de arrancarse al dominio de engañosas esperanzas y abrir los ojos á la luz de la verdad! Ya,

aunque yo lo anhele, no podrá mi débil corazon enternecerse ante los encantos de la ingrata. Bastantes humillaciones ha sufrido mi amor propio, Amanda; harto tiempo he sido vuestro juguete sin conocerlo. He corrido desde el país de Gales hasta Irlanda por vos; os he esperado en vano un dia en la abadía, otro en el sendero de la costa; he sido bastante necio para iros á ver al castillo... No mas. Vuestra explicacion de la precipitada fuga de la aldea ya me parecia oscura y artificiosa; hoy veo claramente que no podia ser verdadera. En fin, quiero olvidaros, mujer á quien he adorado; quiero olvidaros y olvidaré.

Mortimer habia padecido mucho con el apartamiento de Amanda y la necesidad en que se hallaba de ser galante con Eufrasia.

Partió no sólo por librarse de las exigencias de su posicion en casa del marqués de Rosline, sino tambien para demostrar á Amanda que su corazon no estaba tan rendido á sus gracias que le hiciera olvidar lo que debia á su propia estimacion, á su dignidad de hombre.

El capitan de la fragata le habia propuesto que le acompañase á una travesía; le dirigió amistosas chanzas sobre la vida afeminada de la juventud aristocrática en Londres comparándola con los ejercicios varoniles y las duras fatigas del marino, y Mortimer, fingiéndose picado, y deseoso de aprovechar una ocasion, le dijo que le acompañaria en su viaje para que fuese testigo en todas partes de que lord Mortimer era sóbrio, robusto, austero, infatigable como pudiera serlo el primer marino de la Gran Bretaña.

Los demás lo tomaron á broma; pero él fingiendo que le importaba mucho convencer á Eufrasia, que habia mani-

festado participar de las opiniones del capitan del buque, hizo sus preparativos muy gravemente, y se despidió el dia de la partida, cuando mas dudaban las señoras de que su resolucion de hacer la travesía fuese cosa formal.

La marquesa y su hija no cayeron en el lazo.

Mortimer habia tenido que violentarse muchas veces por no revelar lo que le pesaba de estar obsequiando de continuo á Eufrasia, que al fin y al cabo recibia sus obsequios como si le fueran debidos. Su conducta en Ulster les hizo sospechar que Eufrasia tenia una rival y que esa rival no estaba lejos de aquel sitio.

A donde quiera que iban con él observaban atentamente á todas las mujeres, deseosas de adivinar á quién se dirigian sus miradas.

Su celo infatigable les hizo observar que los nombres de Fitzalan y Amanda producian siempre en él un extraordinario efecto; con este dato descubrieron que con mucha frecuencia dirigia la vista hácia el castillo de Carberry, y por expresiones sueltas y pequeñeces llegaron á cerciorarse de que la rival de Eufrasia era la hija de Malvina, la aborrecida Amanda.

Recordaron que en cierta ocasion lord Rosven les habia dicho que ni él ni Mortimer conocian á los hijos de Fitzalan, y dedujeron que Mortimer se habia enamorado en el baile de los ridículos ricachos, suponiendo que allí la habia visto por primera vez.

Desde aquel momento recibieron todas las inspiraciones del ódio que abrigaban contra aquella desgraciada familia, y resolvieron que si Mortimer de vuelta de su caprichoso viaje no se mostraba resuelto á dar su mano á Eufrasia,

revelarian á lord Rosven las causas de su resistencia á los deseos de ambas familias y atribuirian su conducta á las intrigas empleadas por Fitzalan y su hija para atraérselo.

Entre tanto pensaron que por medio de la señora Devons, que visitaba mucho á Amanda, podrian saber algo cierto acerca del asunto que las traia tan desveladas, y á fin de sonsacarla, se humanizaron un poco con ella, celebraron sus chistes y le suplicaron que fuese á verlas con alguna frecuencia, porque ella era, le dijeron, la única persona que en aquel distrito se distinguia del vulgo, cumplimiento que ellas creyeron falso, y que era verdad y no dejó de halagar la vanidad de la vieja.

A esta no le desagradaba estar en buena armonía con la familia del marqués, y en cambio de sus demostraciones derramó sobre ellas la copa de lo que Sterne llama bálsamo del alma; esto es de la lisonja, con lo cual Augusta y su hija empezaron á creer que efectivamente la vieja era una persona distinguida, y que creyendo adularla al decírselo antes habian dicho la verdad.

La marquesa en tono de mucha confianza le dijo que sospechaba que Mortimer estaba enamorado de Amanda, y que lo sentia infinito, porque si lord Rosven llegaba á averiguarlo, no sólo se enojaria gravemente con su hijo, sino que romperia toda relacion con Fitzalan y le abandonaria á la miseria.

Convenia, pues, averiguar si mediaba alguna relacion amorosa entre ambos jóvenes, y nadie mejor que vos, señora Devons, puede sacarnos de dudas (le dijo la marquesa) y salvar quizás de la desgracia á Fitzalan y á su hija, y

á lord Mortimer del enojo de su padre; es una obra de caridad en que todas podemos tomar parte.

La vieja era demasiado sagaz para creer que la caridad tuviese parte alguna en la conducta de la marquesa; pero un poco deseosa de servirla y otro poco excitada su curiosidad, no dejó de hacer sus tentativas para ver si averiguaba lo cierto siempre que iba al castillo de Carberry, que era bastante á menudo.

Amanda era reservada: incapaz de referir á nadie cuál era el verdadero estado de su corazon ni de descubrir lo que habia pasado entre ella y lord Mortimer; pero el alma humana no sólo por medio de la lengua expresa sus afectos, sino que de mil maneras se manifiesta, y Amanda no era de mármol ni podia dominar todos los movimientos de su ánimo.

Así, pues, un dia que la marquesa y su hija lisonjeaban á la señora Devons para que desempeñase mas gustosa el espionaje que le tenian encargado, dijo esta:

—Amanda en mi concepto es muy ladina. Buena muchacha, eso sí.

—¡Oh, excelente! dijo la marquesa.

—Un modelo, segun dicen, añadió desvergonzadamente Eufrasia.

—Yo sólo digo que es buena muchacha; pero creo que muy ladina.

—¿Y en qué fundais...?

—No le he podido sacar una palabra respecto á Mortimer.

—De manera que no habeis podido averiguar...

—¡Lo he averiguado todo!

—Entonces decid que la ladina sois vos.

—No lo digais en son de burla, que algo tengo de eso.

—No lo digo sino séria; pero vamos á ver, ¿qué es lo que habeis averiguado?

—Que le ama.

—¿Quién á quién?

—Por lo menos ella á él.

—¡Le ama! exclamó Eufrasia con desden; muy alto pica.

—Pero, dijo la madre, si ella no ha dicho...

—No: pero ¿por qué la estremezco siempre que se me antoja con sólo pronunciar el nombre de Mortimer delante de ella? ¿Por qué la hice palidecer diciendo que lord Rosven le iba á casar con una hermosa y rica heredera?

Eufrasia se miró al espejo prendada de sí misma.

La señora Devons comprendió aquel movimiento de vanidad y dijo entre dientes:

—No te compongas.

—¿Conque eso habeis observado? preguntó la madre.

—Y he observado además, que al decirle hoy que al parecer habia surgido un obstáculo muy grave contra el proyectado casamiento de Mortimer, se le ha escapado un fuerte suspiro de satisfaccion, y muy animada y parlanchina me ha estado preguntando una hora por ese obstáculo inventado por mí en aquel momento.

—¡Oh, le ama! dijo para sí la marquesa. Ella misma corre á buscar su castigo, y el castigo no evitará su encuentro.

CAPITULO XXXV.

Antecedentes de la señora Devons.—Partida.

Un mes se habia cumplido desde la partida de Mortimer, cuando los marqueses de Rosline dejaron la quinta de Ulster.

Amanda les vió alejarse, pensando con dolor que mientras se alejaban de ella se iban acercando á lord Mortimer.

Sus esperanzas habian desaparecido hacia tiempo; mas aun le quedaba cierta fuerza que la sostenia, cierto aliento que decayó por completo con la partida de Eufrasia y su familia, como si se llevaran la mitad de su vida.

Mientras Eufrasia estaba allí á su vista y Mortimer lejos, muy lejos, aunque padecia soportaba con mas ó menos resistencia su dolor; pero desde el momento en que la vió desaparecer, se creyó mas lejos que nunca de su amado, porque imaginó que al lado de Eufrasia, no sólo su persona sino su pensamiento se alejaria mas y mas de ella.

¡Cuánto mayor habria sido su afliccion á saber las ideas

que últimamente habian formado la madre y la hija con respecto á ella, convencidas de su afecto hácia el acaudalado hijo de lord Rosven!

Poco á poco se fueron tambien hácia la ciudad las demás familias de los alrededores del castillo de Carberry.

Las pocas que quedaban, como habian menospreciado á Amanda durante la residencia de los marqueses en el país, no se atrevian ya á visitarla recelosas de un mal recibimiento, que tenian muy merecido.

El invierno con su triste cortejo contribuia á hacer aun mas triste la existencia de Amanda.

Ya no alegraban las flores su vista; ya el campo no ofrecia los gratos atractivos que hasta entonces habian sido su encanto.

Habia tenido que renunciar á sus acostumbrados paseos, y con la soledad la acosaban mas á su salvo los pesares.

Fitzalan la veia languidecer, y conocia los esfuerzos de su pobre hija por guardar para sí todo lo que podia ser causa de disgusto y sentimiento para él.

Bien sabia la causa de su mal, pero sabia tambien que no era posible descubrir la herida sin enconarla.

Callaban ambos, y en medio de aquel silencio asentaba su trono la negra tristeza.

La sonrisa en los labios de Amanda era pasajera como el sol de invierno, y hacia resaltar mas y mas la melancolía de que estaba poseida.

Por aquella época la señora Devons propuso á Fitzalan llevar á Amanda á Londres, á donde tenia que trasladarse por causa de un pleito que tenia con el sobrino de su último marido.

Fitzalan creyó que aquel viaje podia contribuir á levantar el abatido espíritu de Amanda.

Habiendo visto la conducta observada por lord Mortimer en Carberry, no temia que buscase de nuevo ocasion para hablar con ella; creíale por el contrario dedicado exclusivamente á Eufrasia, é ignorando además la reciente amistad entre la familia Rosline y la señora Devons, aun tenia mayor motivo para creer que vivirian muy apartados uno de otro.

Lo mas que podia suceder en su concepto era que llegase á oidos de Amanda el compromiso formal de Mortimer con Eufrasia ó acaso la noticia de su matrimonio, con lo cual se persuadia de que ella, que era tan razonable y estimaba tanto su decoro, se impondria el deber de olvidarle para siempre.

Contando con esto y con que las numerosas relaciones de la señora Devons en Londres proporcionarian á su hija distraccion continua, consideró la propuesta de la vieja como una coyuntura muy favorable á sus miras y accedió á ella.

La señora Devons decia que era muy rica; que no tenia sino parientes muy remotos, con los cuales no le ligaba obligacion alguna, y que si favorecia con algun obsequio á Amanda podria esta aceptarlo sin ningun escrúpulo, porque con ello no haria mal tercio á nadie.

Esto no era cierto; pero como ni Fitzalan ni Amanda procedian nunca movidos del interés, les importaba poco que lo fuera.

Lo señora Devons tenia buen cuidado de ocultar el estado de sus negocios, sabiendo que en el mundo se hace caso generalmente del que vive en opinion de rico. Si la deja-

ban decir á ella, no necesitaba de nadie y podia favorecer á muchos, y así resultaba ella la favorecida.

Sus padres, irlandeses ambos, habian tenido muchos hijos y escasos bienes de fortuna. Su madre, ya que no podia dejarles al morir ningun caudal, procuró educarlos á todos de manera que se bastasen á sí mismos.

A los diez y nueve años, la señora Devons, que entonces se llamaba Sofía Paquet, ya tenia fama de económica y hábil para el gobierno de una casa, y puso los ojos en ella un hombre regularmente acomodado. Este hombre era, como Nembrot, un excelente cazador delante del Señor, que consagrado exclusivamente á sus perros y sus caballos necesitaba de una mujer que cuidase de su casa. Parecióle que la jóven Paquet era á propósito para lo que él necesitaba, concertáronse y fué su esposo. Dos años duró su union. Un dia el Nembrot moderno iba de caza, saltó un barranco y quedó muerto en el fondo, dejando á su esposa lo bastante para vivir con algun bienestar.

Un individuo pequeño, rechoncho, que desempeñaba un empleo bastante lucrativo, puso los ojos en la viudita, le ofreció su mano apenas terminado el luto, y ella se la aceptó apenas le fué ofrecida. Cuatro años vivieron juntos, porque el rechoncho se murió, y su caudal heredado y sus ahorros pasaron á manos de la viuda reincidente, la cual se fué á vivir á una casa donde vivia tambien cierto baronet, hombre algo entrado en años, pero que jamás habia querido casarse.

Tenia buenas talegas y no mal genio. Era hombre extravagante, pero de carácter dócil y bondadoso.

La viuda era jóven, graciosa y no mal parecida, y el

viejo baronet quiso frecuentar su trato. Ella le vió rico y obsequioso y quiso probar si le veria enamorado, ó cuando menos bastante inclinado á ella para decidirle á matrimoniar en los últimos años de su vida. Hizo algunas teutativas para prendarle, tentativas que fueron vanas por espacio de mucho tiempo.

El baronet tenia sesenta años, no estaba descontento de la vida de soltero y consideraba muy arriesgado ensayar el matrimonio á su edad, con una mujer que sólo tenia entonces veinte y nueve.

La viuda empero fué perseverando en su propósito. Ella disipaba con su chispa el mal humor de su vecino: ella procuraba tener en su casa cuanto podia darle gusto; ella sostenia su alegría y disipaba su tristeza; tenia con él los mas asiduos cuidados, y le acostumbró de tal modo á verla, á oirla y á recibir servicios suyos, que acabó por ser vencido el baronet, y la viuda aceptó la tercera mano que se le ofrecia.

El heredero presunto de los bienes del baronet era el hijo de una hermana suya difunta. Tenia unos veinte años cuando contrajo su tio el suspirado casamiento; era de excelente carácter y de agradable presencia y se habia hecho querer mucho de su tio. La señora Devons vió y observó y, como era lista, comprendió que aquel sobrino podia ser causa de que si sobrevivia al baronet, tal vez no llegasen á ella los títulos y grandes rentas que poseia. Desde aquel momento procuró aguzar el ingenio para evitar lo que temia, y cuando andaba discurriendo en ello, la casualidad pareció ofrecerle un medio de lograr lo que se proponia.

Leoncio, el sobrino del baronet, tenia aficion á una mu-

chacha vecina de su tio ; hija precisamente de un hombre á quien dicho tio profesaba un odio mortal. Enteróse de las cosas nuestra heroína y vió muy claramente que si aquel incauto sobrino llegaba á casarse con la hija del hombre que odiaba , su tio se irritaria con él y en modo alguno le permitiria asomar por su testamento. Llegada á este conocimiento procuró alentar la pasion del jóven , le ponderó hasta las nubes los encantos y las prendas de carácter de Emilia, y le comenzó á excitar insidiosamente á que no temiera el enojo del tio aun cuando se casara con ella. Persuadióle de que ella le favoreceria de suerte que pasado el primer momento de cólera todo tendria buena compostura , y el pobre mozo cayó por fin en el pérfido lazo: se casó.

La cólera del baron fué inexorable; y cerró á su sobrino la puerta de su casa, y juró no volver á verle y considerarle como enemigo, ya que él hacia causa comun con el suyo.

La vivaracha esposa del baronet dió entonces una prueba de refinada diplomacia, y se conquistó el aprecio de mucha gente intercediendo con su marido en favor del sobrino hasta el punto de obtener para él la cantidad de quinientas libras , que le dió su esposo. Ella le regaló otras tantas de su bolsillo y logró tener agradecido al que era víctima de sus planes.

Leoncio compró un empleo en el ejército y se fué á América, para que no le viesen vivir pobremente los que le habian conocido en mejores tiempos.

Nuestra heroína se consagró por completo al cuidado de su esposo y aparentó hácia él una ternura tan profunda, que el baronet se arrepintió de no haberla conocido antes

y testó en favor suyo, nombrándola heredera universal.

Ella no deseaba su muerte, segun decia, pero se lisonjeaba con la esperanza de que la edad y la poca salud del baronet la pondrian en breve en el caso de disponer libremente de sus cuantiosos bienes.

Sin embargo, el baronet seguia viviendo y ella tenia que cuidarle y mimarle siempre con la misma aparieneia de buen celo, pues conocia que si le mostraba despego ó tibieza, despues de tener hecho el testamento en su favor; el baronet caeria en la cuenta del engaño y con la misma facilidad que habia desheredado á su sobrino la desheredaria á ella.

Quince años trascurrieron así, cuando un amigo de Leoncio, que se interesaba mucho por él, le aconsejó que escribiera á su tio pidiéndole perdon, y le ofreció interceder en favor suyo.

Así se hizo, y la carta del sobrino y la intercesion del amigo produjeron muy buen efecto en el ánimo del tio.

La larga ausencia habia amortiguado el resentimiento hácia su enemigo, y la proximidad de la muerte, presentida quizás por el baronet, hizo renacer en su corazon el afecto que durante largos años habia profesado á Leoncio, considerándole mas bien como hijo que como pariente. Comenzó á cavilar el tio, leyó repetidas veces la carta en que sólo se hablaba de reconciliacion y no de intereses, pensó que estaria mal hecho enriquecer á una familia ajena dejando en la miseria al único hijo de su hermana, y su bondad natural le llevó al camino mas razonable.

Desheredar á su sobrino en favor de una mujer que tal vez volveria á casarse, le pareció cosa indigna, y hasta

remordimientos sintió por el tiempo que habia abrigado semejante idea.

Mandó llamar cierto dia al amigo mediador en aquel asunto, y le rogó que le llevase á su sobrino para la reconciliacion.

La ambiciosa viuda fué testigo del acto en que se abrazaron despues de tantos años de ausencia y desvío, y lo fué tambien de la liberalidad con que su esposo socorrió á Leoncio para que volviese á América, de donde habia venido con licencia de su jefe.

En presencia del baron abrazó Leoncio á su esposa, y muy agradecido á entrambos, dijo:

—No os habiais engañado, señora, cuando deciais que mi tio tenia un excelente corazon y no dejaria de amarme nunca. Yo temia el odio de mi querido tio y no me atrevia á casarme; vos me animasteis repetidas veces á hacerlo prometiéndome interceder continuamente en favor mio, y conozco que me habeis cumplido la palabra. A vos os debo en gran parte esta reconciliacion y os prometo que no lo olvidaré nunca.

El baronet escuchó muy atento esta manifestacion de Leoncio, y no la echó en saco, sino que antes la tomó muy en cuenta.

Comprendió inmediatamente que su mujer habia procedido con malicia, y que al aconsejar al sobrino que se casara sólo se habia propuesto hacerle incurrir en su enojo para que le desheredase. Le habia prometido interceder de continuo con él para volverle á su gracia y no lo habia hecho: el juego estaba descubierto.

El buen baronet, que se habia arrepentido de haberse

casado tan tarde, se arrepintió de haberlo hecho tan pronto, y con mucha maña hizo ir á su casa á un escribano y sigilosamente revocó la donacion universal hecha á su mujer, y dejó todos sus bienes al sobrino, exceptuando una pequeña parte que dejaba á su viuda, ya para que no quedase en la miseria llevando su nombre, ya para pagarle los cuidados que al fin y al cabo habia recibido de ella.

Las cosas no se hicieron con tanto secreto que escaparan á la penetracion de la viuda, que se tiraba de los pelos al ver perdido el fruto de sus largos afanes.

Aquel año mismo padeció el baronet un ataque de apoplejía, y aprovechando ella la ocasion se previno de un escribano venal y de testigos falsos, cerró á todo el mundo la puerta de su casa y se otorgó á sí misma un testamento á pedir de boca, que inconsciente firmó el baronet, guiada su mano por el pérfido escribano, y autorizaron los testigos comprados.

El baronet murió como habia previsto su esposa.

Acto continuo se presentó en su casa el amigo y apoderado de Leoncio, con el testamento en favor de este; pero la viuda exhibió el suyo de fecha posterior y revestido de apariencia de toda validez.

El asombro del apoderado fué grande y no menores sus sospechas del fraude cometido en perjuicio de su amigo, á quien escribió lo que sucedia, aconsejándole poner pleito á la viuda.

Esta arregló diligente sus negocios y se volvió á su país, donde sus parientes, lejanos todos, se apresuraron á festejarla al olor de sus riquezas, y ella se apresuró á ex-

plorar su codicia, haciéndose regalar de ellos y economizando de lo suyo cuanto podia.

Dos años despues llegó de América Leoncio, á turbar algo la tranquilidad con que durante aquel espacio de tiempo habia vivido, y le puso pleito, tachando de nulo un testamento hecho en ocasion en que su tio no podia gozar del libre uso de sus facultades intelectuales.

No se alarmó ella mucho, porque sabia que Leoncio no tenia dinero para pleitear, y calculaba que sus abogados, no cobrando corriente abandonarian su defensa; pero se vió obligada á ir á Londres con motivo del dichoso pleito y entonces pensó en llevarse á Amanda, que le ahorraria mucho dinero con la habilidad que tenia para bordar y hacer todo género de labores de señora.

Amanda se resistia á alejarse de su padre; pero él mismo le dijo que un viaje y distracciones como las que se le proporcionarian le eran muy convenientes, así como él mismo estando solo podria ausentarse algunas veces del castillo para hacer diligencias y correrías que contribuirian igualmente á distraerle, cosa que no podia hacer mientras tuviese que dejarla sola con Elena y los criados.

Cedió Amanda, y lloraron los dos muy tiernamente al despedirse, como si fueran á separarse por toda una eternidad.

En un carruaje iban la viuda y Amanda; en otro Elena y la doncella de aquella.

Partieron, y Fitzalan se fué solo y se encerró en su cuarto á lamentarse de la suerte que así le obligaba á vivir separado de sus hijos.

CAPITULO XXXVI.

Llegada á Londres.

La charla de la señora Devons, que iba muy contenta con Amanda, no bastaba á aliviar á esta de su tristeza; pero la esperanza de volver á ver á su amado comunicaba alguna animacion á su espíritu.

Detuviéronse varias veces durante el camino, mas no en posada alguna, sino en casa de amigos de la señora Devons, que los tenia en todas partes.

El tercer dia llegaron á Dublin y el quinto se embarcaron para Inglaterra. Llegaron á Anglesey, descansaron y á la mañana siguiente prosiguieron su viaje.

A las cinco de la tarde llegaron á una posada poco distante del palacio de Tudor.

Comieron, y Amanda acompañó á Elena á su casa.

Iban solas y recorrian sitios que conservaban interesantes recuerdos para entrambas.

Elena vió la choza abandonada de Timoteo y se le aso-

maron las lágrimas á los ojos; pero al misma tiempo sonrió, como si pensase en el dia en que al calor de aquel hogar entonces frio se habia de ver reunida con el que habia de ser su esposo, contando las cosas mas íntimas de la vida y compartiendo sus ideas sobre lo porvenir.

Amanda caminaba lentamente contemplando los bosques del palacio de Tudor. Estremecíase á cada paso á la vista de los objetos que habian sido testigos de los primeros pensamientos de amor que Mortimer le habia inspirado. Los senderos del parque, la reja que el jóven lord le habia abierto para que llegara mas pronto á su casa cuando iba huyendo de él, los amenos bosquecillos donde solia ir á leer, todo despertaba en ella melancólicos recuerdos.

En algunos puntos la siempre verde madreselva daba color de primavera á la naturaleza árida ya con los rigores del invierno. Detúvose un momento en uno de los vergeles mas floridos que habia visto en su vida, y al contemplar los secos y deshojados tallos, exclamó:

—¡Ay de mí! Cuando vuelva á circular la sávia por esos troncos, y hojas y flores retoñen al benéfico influjo de la mas grata estacion del año, y se pueblen de mariposas los jardines y de ruiseñores los bosques, ¿dónde estaré yo? ¡Cuán lejos de estos sitios queridos! ¡cuán lejos de la memoria de su dueño!

Llegados á la morada de David, vieron por la ventana á toda la familia que cenaba tranquilamente.

Elena no supo ni quiso prevenirles, y separándose repentinamente de Amanda, abrió la puerta con violencia y se arrojó en brazos de su madre.

Levantáronse todos sorprendidos y regocijados y se repar-

tieron entre Elena y Amanda sus caricias, preguntando á esta si permaneceria mucho tiempo en la aldea.

Al decirles ella que no, mostraron todos verdadero sentimiento.

Repartióles ella algunos regalillos que á propósito se habia traido, y les rogó que siguieran cenando, pues la señora Devons deseaba tenerla á su lado á la hora del té.

Magdalena no acababa de soltarla, pues sabido es que la queria como si realmente fuera su hija.

Le hablaba de mil cosas á la vez; de lo que la habia echado de menos; de su precipitada partida; del disgusto que por esta causa habia padecido lord Mortimer, quien le preguntaba por ella á todas horas y no queria creer que ignorase la direccion que habia tomado; de las flores que ella cultivaba; de cómo estaba su aposento, y del pobre Eduardo que no la olvidaba nunca y siempre le preguntaba si habia recibido noticias suyas.

David le dió el brazo y la acompañó á la posada, siendo menester que se empeñara mucho Amanda para evitar que la acompañasen todos. Elena no la dejó partir sin arrojarse á sus brazos, llorando mucho, rogándole que la perdonase por los disgustos que la hubiese causado y deseándole toda suerte de dichas en la tierra, conforme con sus deseos.

Amanda muy conmovida tomó el té con la señora Devons, jugó con ella la indispensable partida á los cientos, contempló desde una ventana el palacio de Tudor y se retiró á descansar.

Al otro dia se levantó temprano, y como la señora Devons no se habia despertado aun, bajó á dar un paseo por el patio.

El primer objeto que se presentó á su vista fué Eduardo apoyado de codos en la valla.

Corrió á ella al verla y le dijo:

—Os suplico que no os mostreis enojada por mi visita; supe que estabais aquí, y como padecí tanto con vuestra precipitada marcha y he deplorado tanto vuestra ausencia, no he podido resistir al deseo de veros y aquí he venido desde muy temprano esperando este momento.

—Siento mucho, le respondió Amanda con gravedad, que empleeis tan mal el tiempo.

—¡Con qué frialdad me hablais, señorita! replicó él. Si pudierais leer en mi corazon, veriais como no abriga locas esperanzas de correspondencia; si conocierais el desinterés de mi afecto, estoy seguro de que me estimariais en mas de lo que me estimais. Yo puedo atreverme á prometeros no ser nunca molesto, no intentar nada con el fin de haceros participar de mi triste suerte; amaros siempre y amar tambien todo lo que vos ameis en la tierra: padre, hermano, esposo... como amo la memoria de vuestra madre á quien no he conocido, y cuya sepultura conserva mis ofrendas y se cubre de guirnaldas regadas con mis lágrimas.

La dulce voz y el simpático semblante de Eduardo y las palabras que acababa de pronunciar conmovieron á Amanda, que le aseguró que le volvia á ver con mucho gusto y se acordaba de que siempre se habia mostrado muy amigo suyo.

Retiró entonces Amanda la mano que Eduardo le tenia cogida y fué á volverse á la posada, en cuya ventana vió á la señora Devons que la miraba sonriendo con malicia.

El coche estaba presto, Eduardo se despidió, bajó la epigramática anciana y dijo:

—Yo queria partir, pero no me he atrevido á interrumpir la tierna conversacion que vos teniais con aquel jóven. Sin duda no le conoceis de ahora; vos habeis pasado alguna temporada en esta aldea.

Amanda no podia esquivar la respuesta y contestó:

—Creo haberos dicho en otra ocasion que aquí me crié á los pechos de la madre de Elena.

—Sí, pero salisteis de casa de la nodriza á los cuatro años y desde entonces acá han pasado dias para que este muchacho pudiera conoceros.

Mientras hablaba así la señora Devons no perdia de vista á Amanda.

Pasaron por delante del palacio de Tudor y dijo:

—¡Magnífica finca ¿eh? bien la conocereis y tambien á su dueño!

Amanda no podia mentir ni contestar con evasivas.

—En efecto, es preciosa, magnífica, y sé que pertenece á lord Mortimer, á quien ví aquí el verano pasado.

—¡Acabáramos! dijo para sí la anciana, é inmediatamente se puso á elogiar con animacion á lord Mortimer, á reirse de los que suponian que trataba de casarse con Eufrasia, y á procurar por todos los medios imaginables ganar la confianza de Amanda y obtener de ella la confesion de la verdad.

Amanda guardó como siempre su secreto; pero ya habia adelantado algo la señora Devons, que entrando en reflexiones, dijo para sí misma:

—Se conocieron el año pasado: se aman: malo. La mar-

quesa cuando lo sepa no me perdonará que la haya traido á Londres; pero yo me excusaré diciendo que su padre me ha suplicado mucho que la llevara conmigo y no me ha sido posible resistir á sus ruegos. Así el rencor, si lo hay, caerá sobre Fitzalan y ellos se arreglarán como Dios les dé á entender.

A los tres dias llegaron á Londres y se hospedaron en la casa que habia alquilado á este fin el agente de la señora Devons.

Al dia siguiente de su llegada envió recado á la familia Rosline ofreciéndole sus servicios en Londres, y á las veinte y cuatro horas, conforme ella esperaba, la marquesa y su hija fueron á visitarla.

Amanda desde la ventana las vió bajar del coche y se retiró en seguida á su aposento.

La señora Devons, despues de mostrarse muy satisfecha de su atencion y de colmarlas de elogios, les dijo que se habia llevado consigo á Amanda, cediendo á las reiteradas súplicas de su padre; y al propio tiempo para templar el disgusto que les habia dado con la noticia, les refirió todo lo que habia averiguado y deducido acerca de la permanencia de Amanda en el país de Gales y de su conocimiento con lord Mortimer desde el verano anterior.

La marquesa y su hija desconfiaron inmediatamente de las intenciones de Fitzalan al enviar su hija á Londres, y se propusieron estorbar, no ya su casamiento con Mortimer, sino todo proyecto de enlace que pudiera sacar á Amanda de su posicion precaria.

Resolvió la madre en el acto que era conveniente tratarse con ella para tener ocasion de vigilarla mas de cerca con

disimulada astucia, y rogó á la señora Devons que la hiciera salir y se la presentase.

Amanda les hizo una reverencia tan fria como el tono empleado por la marquesa, y Eufrasia la miraba entre tanto con insolencia sin dejar de acariciar á su perrito ni de cantar entre dientes un trozo de ópera italiana.

La dignidad que respiraban todos los movimientos de Amanda era desesperadora para aquellas dos mujeres que habian querido ver en ella humillacion, bajeza, cortedad y convencimiento de que era muy inferior á ellas.

La marquesa de una rápida mirada la comparó con su hija, y á pesar de su soberbia y del amor que oscurece la vista de las madres ante los defectos de sus hijos, conoció que Eufrasia tendria una poderosa rival en su prima. Ni sus facciones, ni sus modales, ni lo delicado de su apostura, ni su voz, ni aquel encanto en fin que la rodeaba escaparon á sus escudriñadoras miradas.

Este exámen tan poco satisfactorio obligó á la marquesa á abreviar su visita, porque en presencia de la hija de su hermana el despecho y la envidia devoraban su corazon miserable.

Desde aquel dia, en vez de empezar la lucha desacreditando á Fitzalan á los ojos de lord Rosven, determinó la marquesa desacreditar á Amanda á los ojos de Mortimer.

Conocia la independencia y la nobleza de carácter de este, y sabia que, si enamorado de Amanda y creyéndola digna de él era capaz de resistir á su padre y hacerla su esposa, tambien enamorado de ella y persuadiéndose de que no era mujer digna de estimacion, la olvidaria condenándola al desprecio y huyendo de su lado para siempre.

Esto no se oponia á que aprovecharan toda ocasion de alejar de Fitzalan la proteccion de lord Rosven, por cuyo medio podian ver reducidos á la miseria á aquellos dos séres que ningun daño les habian hecho, pero que tenian la desgracia siendo pobres de valer mas que ellas, defecto que los ricos infatuados, sobre todo las mujeres, no perdonan nunca.

Aquella misma tarde envió la marquesa recado á la señora Devons y á Amanda suplicándoles que se sirvieran honrar su mesa al dia siguiente, á lo cual no podian negarse.

Amanda pensó en la posibilidad de ver á lord Mortimer, y su rostro se animó otra vez con la esperanza, y todo su ser recobró una animacion que no habia gozado en mucho tiempo. La señora Devons, á quien se le escapaban pocas cosas, la felicitó por aquel cambio, atribuyéndolo á habérsele ya pasado el cansancio del viaje, y con tan excelente pretexto le pidió que le hiciera un adornito para presentarse en casa de la marquesa.

Inmediatamente se puso Amanda á complacerla.

La vieja encantada de verse tan pronto complacida se sentó á su lado viéndola trabajar, y la entretuvo contándole anécdotas en que siempre resultaba puesto en ridículo algun conocido suyo.

Amanda tuvo poco que hacer para adornarse.

Rizó su hermosa cabellera y se conservó fiel á aquella sencillez que constituye la verdadera elegancia y que jamás comprendieron las domingueras bellezas que viven sometidas al figurin.

La señora Devons al verla vestida para la fiesta cruzó las manos, y contemplándola extasiada, dijo de buena fé:

—¡Jesús, Dios mio! ¡Qué quebradero de cabeza voy á llevar conmigo! Verdaderamente, Amanda, no sé si es lícito ser tan hermosa.

Hizo un gesto con los ojos y boca para demostrar el efecto que le producia la hermosura de su compañera, y con rápida pronunciacion le dijo medio al oido:

—¡Pobre Eufrasia!

Amanda se sonrió, y deteniendo á la vieja que se alejaba, le estuvo arreglando los rizos y el cuello y poniéndole bien las cintas.

—Lo tomo con paciencia, ya lo veis; me resigno á este apéndice de tocador; pero lo mismo pareceré de un modo que de otro. Así como vos enamorais, cinta mas, cinta menos, yo no puedo esconder mis años ni mejorar de semblante á pesar de todos vuestros amables cuidados. De todos modos, gracias, hija mia, y dejadme volver á miraros; que tal vez sea yo la única mujer que hoy me deleite en vez de rabiar al veros.

—Sois muy buena para conmigo, señora Devons.

—No lo soy sino para mí, hija mia. Ya veis que nada sacaria de adularos. Vamos, hija, vamos. No hagamos esperar.

CAPITULO XXXVII.

Triunfos de Amanda.

Entraron en casa del marqués de Rosline, cuya concurrencia era muy numerosa y distinguida.

Amanda fué presentada á su tio, no como parienta, sino como una señorita amiga de la señora Devons.

Un individuo habló algunas palabras al oido de la marquesa; esta acudió en seguida á su encuentro y la presentó á lord Rosven.

—Tengo muchísimo placer, dijo este, en conocer á la hija de mi digno amigo Fitzalan, corazon noble si los hay. Permitidme otra satisfaccion, señorita. Se halla actualmente en Londres mi hija Araminta, hoy dia Araminta Dormer; deseo presentaros á ella y espero que la trateis como amiga.

Presentóle la mano y la acompañó á donde Araminta estaba.

Amanda, aunque turbada en el primer momento, respondió con mucha gracia á lord Rosven, agradeciéndole su

atencion y haciéndole saber que desde niña le habian enseñado á respetar su nombre.

Araminta la recibió con mucha benevolencia y con una llaneza que contrastaba mucho con la soberbia de los de Rosline.

Mientras las dos entablaban agradable conversacion, todo el mundo se ocupaba de Amanda, así por su gracia, hermosura y señoril desembarazo, como por las delicadas atenciones que merecia de un hombre tan importante como el conde de Rosven.

La marquesa y su hija notaron con despecho el efecto producido por Amanda, y sólo se consolaron con la esperanza de lograr el infame objeto que se habian propuesto.

Junto á Eufrasia se hallaba la señorita Sonder, cuya compañía agradaba mucho á Eufrasia por la sencilla razon de ser dicha señorita mas maligna y mas fea que ella misma.

—¿Quién es esa aldeanilla tan escueta que parece que ha venido á medio vestir? ¿quién nos la trajo acá? preguntó la fea Sonder á su amiga.

—La ha traido esa señora Devons y nos ha obligado á recibirla.

—¿Y quién es? ¿De dónde sale?

—Es algo parienta de mamá y viene de Irlanda. Nosotros la habíamos protegido por compasion; pero toda su familia se ha portado muy mal con mamá y ella ya empieza á manifestar iguales inclinaciones. Apuesto á que su padre ha gastado lo poco que tenia ahorrado para comprarle los cuatro pingos que trae encima y que ya no le volverán á servir en su vida. A menos que se figuren que

sus gracias personales le han de rendir el corazon de algun rico heredero...

El petimetre Love que estaba junto á Eufrasia, dijo entonces con su voz afeminada:

—Nos divertiremos con ella, amigas mias.

El señorito Love era un jóven que estaba al corriente de las modas y se dedicaba á saber cuáles eran las cosas de buen tono. Estaba muy contento de no tener barbas, ni fuerza física, ni voz ni sentimientos varoniles, y se habria trocado en mujer de buena gana.

Eufrasia le habia puesto buena cara durante algun tiempo creyendo que tal vez inspiraria celos á lord Mortimer; pero lord Mortimer no le vió mas que una vez; pues en lo sucesivo apartó los ojos de aquel ente ridículo.

Eufrasia y su amiga prosiguieron en su murmuracion mientras que Amanda con su natural atractivo se iba granjeando la simpatía y el interés de Araminta.

El señorito Love se miraba el chaleco, se miraba las hebillas del calzado, se miraba los puños de la camisa, se gustaba mucho y se comprometia á auxiliar á las feas para poner en ridículo á Amanda y castigarla por la osadía de presentarse en ciertas reuniones que no eran para personas de su clase.

Ella no pensaba en semejantes víboras.

Era dichosa al ver la estimacion que hacia de ella Araminta, y de cuando en cuando miraba á su alrededor, aunque en vano. Mortimer no parecia.

Esperó verle quizá á la mesa; pero Mortimer no asistió á la comida.

Afortunadamente su hermana no quiso separarse de

Amanda y se sentaron una al lado de otra, con lo cual se les hizo menos largo el tiempo que pasaron á la mesa.

El único pensamiento algo consolador que se le ocurrió á Amanda, fué que á lo menos su ausencia indicaba poca solicitud por estar al lado de Eufrasia.

Araminta tenia la voz dulce y simpática como su hermano, una entonacion muy agradable y un lenguaje que revelaba en ella mucha cultura y ninguna necesidad de esmero para producirse bien.

Cuando la mayor parte de la concurrencia se hubo trasladado al salon, despues de comer, Eufrasia quiso llevar á cabo su proyecto, y dijo en secreto á su madre que la hiciese cantar y tocar el piano.

El señorito Love se habia sentado cerca de la presunta víctima con ánimo de chancearse con ella, pero el círculo de los jóvenes mas distinguidos iba sintiendo atraccion hácia aquel lado y no tenian por cosa de burla, sino muy al contrario, la belleza y gracia de Amanda.

El señorito Love se columpió en la silla, se miró con atencion varias prendas de su traje, se compuso bien los puños, y despues con aire de superioridad se volvió á Amanda y le preguntó con su vocecita:

—¿Y qué tal, qué tal, habeis visto algunas de las curiosidades que encierra Londres y que tanto admiran á los campesinos?

La impertinencia del tono y la mala intencion de aquel sér ridículo repugnaron á Amanda, que mirándole á la cara, le respondió con amable sonrisa y dulcísima voz:

—En efecto... Ya veo que en Londres hay cosas curiosas.

—¡Chúpate esa! dijo álguien en voz baja al oido del señorito.

—Él no creyó que aquella respuesta pudiera ser un epígrama y prosiguió:

—Debeis ir á ver los fenómenos de historia natural: es de lo que mas agrada á la gente de los pueblos. ¿Sabeis lo que es?

Amanda le dirigió una mirada de compasion, cuyo significado comprendieron los que estaban á su alrededor, y respondió:

—La estoy aprendiendo.

La risotada de algunos jóvenes espectadores de aquella escena acabó de desconcertar al señorito.

—¿Conque la lugareña os estudia? le dijo uno.

—¿Conque la gente del pueblo aprende historia natural perforándoos con sus miradas? le dijo otro.

—Siempre fueron maliciosos los villanos, les respondió él.

—A buen hora os acordais. Aunque en cuanto á malicia, no podeis quejaros: os han pagado en la misma moneda.

Eufrasia y su amiga oyendo bullicio hácia donde estaba Amanda quisieron enterarse de lo que ocurria, y vieron al señorito Love muy corrido y rechiflado y á la campesina objeto de la atencion y los aplausos de los demás.

Eufrasia se sentó al piano, y tocó y cantó y recibió de los concurrentes los elogios que nunca se niegan á la señorita de la casa y mucho menos cuando es rica y tiene el padre marqués.

Ella envanecida apenas hizo muestra alguna de agradecer los aplausos, y acercándose á Amanda le suplicó que

tocara alguna pieza, á lo cual se negó Amanda; pero Eufrasia se empeñó creyendo que allí iba á fracasar; se empeñó su amiga la otra fea, se empeñó la marquesa y al fin se lo rogaron todos, unos con mala intencion, otros esperando que su mérito correspondería á su hermosura.

No pudiendo cortesmente resistir á tantos ruegos, se sentó Amanda al piano, é inmediatamente enmudecieron todos los concurrentes.

La señorita Sonder con toda su audacia levantó la voz, y hojeando su cuaderno, dijo:

—Busquémosle una romancita fácil.

Amanda que lo oyó, cogió inmediatamente un cuaderno de difíciles sonatas, lo abrió rápidamente, lo colocó en el atril, y con gran soltura y desembarazo empezó á tocar, dejando asombrada á la impertinente que le fingia compasion.

El espíritu del amor propio femenil irritado era su númen: jamás habia sido su ejecucion tan brillante, tan limpia, tan sentida.

Tres y cuatro veces se levantó circulando por toda la sala un murmullo espontáneo de admiracion hácia ella, y cuando terminó la sonata, ya habia bostezado tres veces Eufrasia del fastidio que le causaba la atencion con que todos la escuchaban.

Llovieron sobre ella los elogios y las enhorabuenas, y su triunfo habría sido aun mas manifiesto si no se hubiese encontrado allí la señorita de la casa, que no habia recibido mas que frios cumplimientos.

—No lograrán envanecerme vuestros corteses elogios, dijo Amanda; sé que no toco bien el piano y por eso me

resistia. Si hubiese sido el arpa, os habria podido hacer pasar el rato con menos disgusto.

Tocaron y cantaron otros concurrentes, y la mal aconsejada Eufrasia buscando una compensacion á su derrota suplicó á Amanda que cantase tambien.

La marquesa unió sus ruegos á los de su hija, y Amanda dijo:

—Tampoco sabria qué cantar.

—Cantad lo que sepais...

—Muy mal, sé muchas cosas. Probaré si recuerdo una cancion popular de Escocia.

—Yo os iba á proponer que cantarais esta romanza francesa...

—¿A ver? ¡Oh con mucho gusto! La he cantado cuando aprendia y me conmueve siempre recordándome otros tiempos.

—Pues no, dijo la marquesa, yo os suplico que canteis esta aria italiana.

—Debeis mandarme, señora, le contestó Amanda con el mismo tono ceremonioso y fino con que le hablaba á ella la marquesa.

Cantó el aria acompañándose, y lo hizo de tal manera que suspendió, arrebató los ánimos y produjo verdadero entusiasmo hasta el extremo de arrancar lágrimas y exclamaciones de los concurrentes, que no teniendo que guardar consideracion á Eufrasia, pues no cantaba nunca, le tributaron los elogios con menos reserva que cuando habia tocado el piano.

Para mayor mortificacion de la marquesa y su hija, todos los hombres, mas tarde ó mas temprano, iban á pre-

guntarles quién era aquella jóven tan agraciada por la naturaleza.

La madre y la hija vengaban su derrota diciendo á todo el mundo que era pobre, que habia recibido una educacion desordenada, y aun dejaban entrever que no la tenian bajo su proteccion porque no estaban bien seguros de que la mereciese.

Cuando Amanda, en compañía de Araminta Dormer, pasó á un aposento inmediato, se fueron tras ella muchos concurrentes, y la marquesa, que no la perdia de vista, corrió á interrumpir sus triunfos distribuyendo á sus admiradores en varias mesas de juego. Ya no podia sufrir por mas tiempo que Amanda recibiese tantos homenajes.

Araminta Dormer habló á Amanda de Irlanda y dijo que apenas le quedaba un vago recuerdo del castillo de Carberry.

—Sin duda habreis visto allí á mi hermano lord Mortimer, añadió.

Al responder Amanda que sí, notó Araminta que bajaba los ojos como turbados y sospechó si entre ella y su hermano mediaria mas que un mero conocimiento.

Araminta sabia el proyecto de su padre respecto á Mortimer y Eufrasia, y no creia que él que era delicado, sincero y afectuoso, pudiera amar nunca á una muchacha tan seca de corazon y de aspecto tan poco atractivo. Queria mucho á su hermano; y á su regreso de Irlanda se le figuró que habia dejado allí alguna persona amada.

La figura, el carácter, las gracias de Amanda le parecia que habian de haber sido muy del gusto de su hermano, como lo eran del suyo, y el silencio que habia guardado él

acerca de una jóven tan notable, que por fuerza debia de haberle llamado la atencion, avivó mas y mas sus sospechas. Dos ó tres veces pronunció el nombre de Mortimer y siempre vió que producia en ella el mismo efecto.

Lord Rosven se acercó á Amanda y le dijo que habia rogado á la señora Devons que al siguiente dia concurrieran las dos á comer á su casa á donde asistirian tambien los marqueses, y que dispensara si la invitaba sin haber ido él antes á verla; pues la premura del tiempo no consentia otra cosa, por tener que partir Araminta á los dos dias.

Amanda le dió las gracias y le dispensó de todo, y lord Rosven prolongó su conversacion con ella mostrándose muy complacido de su gracia y su delicado ingenio.

Araminta calculó que si su padre continuaba frecuentando el trato de Amanda y conociendo sus bellas cualidades, aun se podria llegar á resultados muy agradables para todos, dado que fuese cierta la aficion que suponia existir entre su hermano y ella.

De regreso á su casa, escribió Amanda á su padre los sucesos de aquel dia.

El disgusto de no haber visto á Mortimer se templaba con la esperanza de verle pronto en su casa y con el aprecio que Araminta y su padre le habian mostrado.

Asistió al convité de lord Rosven al dia siguiente, y al entrar en el salon, lord Mortimer fué la primera persona que se ofreció á su vista.

CAPITULO XXXVIII.

Consuelo.

El conde de Rosven se separó de las personas con quienes estaba en conversacion, se dirigió á Amanda, le alargó la mano con semblante muy benévolo, y encaminándose con ella á donde estaba lord Mortimer, le dijo:

—Os presento á la señorita Fitzalan, á quien debeis haber conocido en Irlanda.

—En efecto, contestó Mortimer; he tenido esta dicha. Señorita...

Amanda le devolvió su reverencia muy turbada

Su confusion no se escapó á la perspicacia de Araminta.

Todos los demás que se hallaban presentes, entre ellos la marquesa, su hija, su íntima amiga y el señorito Love asaetearon con sus miradas á los dos amantes.

Mortimer la contempló con grande aficion, y viendo que se habia ido á sentar en sitio donde habia un asiento desocupado, se dirigió hácia ella atraido por la fuerza de sus en-

cantos; mas apenas tocaba á la silla, cuando de un salto se dejó caer en ella la señorita Sonder y le hizo pasar al lado opuesto, diciéndole con grande aturdimiento:

—Sentaos, os ruego, lord Mortimer; decidme qué es de vuestra vida; apenas tenemos nunca el gusto de veros un instante; ya sabemos que andais distraido entre muchas diversiones...

Con lugares comunes de conversacion entretuvo al jóven lord hasta la hora de comer, y le obligó á darle la mano hasta la mesa para tenerle alejado de Amanda.

Los demás jóvenes que habia en la sala fueron obsequiando cada uno á su dama. Sólo quedaba el señorito Love, que enojado con las respuestas que de la campesina habia recibido el dia anterior, se fué haciendo un par de piruetas y cantando entre dientes, para llamarle la atencion y demostrarle que aunque iba solo no le ofrecia el brazo.

Araminta, enojada de tan fea accion cometida en casa de su padre, fué á coger á Amanda de la mano, y en tono de broma, pero con intencion marcada y de modo que el señorito Love pudiera oirla, dijo:

—A falta de «caballeros,» aceptad mi brazo, Amanda.

La señorita Sonder se habia sentado, dejando un asiento entre ella y Eufrasia, y con rostro lánguido se volvia á Mortimer para que se colocara entre las dos, cuando este, fingiendo hablar con su hermana, acompañó á Amanda al otro lado de la mesa y se sentó junto á ella.

Amanda experimentó una viva emocion al verse por primera vez despues de tan largo tiempo obsequiada por Mortimer; pero observando que todas sus enemigas le tenian puestos sus ojos encima, se sobrepuso á todo y con la ma-

yor naturalidad y despejo tomó parte en la conversacion que Mortimer habia suscitado.

Este se hallaba de nuevo bajo el prestigio de la que tanto amaba á pesar de sus dudas, vacilaciones y recelos.

Aquella mañana Araminta le habia hecho grandes elogio de la señorita Fitzalan, dándole cuenta de haber observado en ella tanto talento y tanta bondad de corazon, que en su concepto lo de menos era su hermosura, con ser esta admirable.

Mortimer participó en todo de sus opiniones, y al pensar en su lealtad y su ternura, no pudo admitir que fuera para él falsa é indiferente, y volvió á persuadirse de que si no hubiese partido tan precipitadamente de Irlanda, una explicacion satisfactoria habria puesto término á su afliccion y desvanecido sus locas sospechas.

La vió mas delgada que á su partida de Irlanda y se lisonjeó de que su ausencia podia ser causa de aquella novedad, que acabó de embellecerla á sus ojos, así como su palidez, que á una mirada suya desaparecia, asomando en seguida á sus mejillas el vivo encarnado que realzó su hermosura al sorprenderla él por primera vez en el palacio de Tudor.

Despues del té propuso Eufrasia que fueran al Panteon, lo cual fué bien recibido por toda la concurrencia y tambien por Amanda, ya porque no habia visto nunca aquel espectáculo, ya porque esperaba que Mortimer podria aprovechar una ocasion de satisfacer los deseos de hablarle que habia manifestado.

Eufrasia y su amiga temieron al mismo tiempo lo que Amanda deseaba, y se propusieron impedir que esta y Mor-

timer ocuparan un mismo coche. Apenas se le ocurrió á Eufrasia esta idea, cuando fueron á ofrecer sus asientos á Amanda y al señorito Love en el coche de la marquesa, para tener ellas el gusto de ir en compañía de Araminta.

La marquesa adivinó y apoyó; Mortimer adivinó tambien y no pudo disimular su justo enojo.

Hasta que se apearon, la marquesa estuvo hablando con la señora Devons, el señorito Love cantó entre dientes y se miró repetidas veces la ropa, y Amanda se entregó á sus amorosos pensamientos. Paró el carruaje, bajó el señorito, dió la mano á las señoras y siguió adelante como si se olvidara de Amanda.

Mortimer le arrojó una mirada insultante y corrió á dar la mano á Amanda que iba á apearse sola. Llevóla al lado de Araminta y entraron los tres juntos.

Eufrasia se mordió los labios hasta hacerse saltar la venenosa sangre; porque en el camino, á pesar de sus esfuerzos y los de su amiga, no habian podido obtener del jóven lord mas que aquellas contestaciones á que la buena educacion le obligaba, y cuanto mas claro veia que la trataban de un modo poco digno exponiéndola á desaires, mas digna de aprecio le parecia la que siempre habia sido benévola, generosa y complaciente con todo el mundo.

La señora Devons, despues de hablar un rato con Eufracia, se acercó á Amanda y le dijo:

—Ya sabeis que ante vuestro padre soy responsable de vuestra salud, hija mia; conque, es menester que os dejeis guiar por mí. Venid y sentaos á mi lado y evitareis todo cansancio.

—¡Oh cómo os agradezco vuestra solicitud y que así os acordeis de mi buen padre! Pero no temais, señora Devons, no estoy cansada; puedo pasear y puedo bailar sin recelo alguno. Además ya he prometido mi mano á lord Mortimer para una contradanza.

—Eso no consentiré yo en modo alguno: mi responsabilidad es demasiado grave.

—Pero, señora...

—Dejadla pasear y bailar, dijo entonces Araminta; yo velaré por ella y en cuanto note el menor síntoma de cansancio os la traeré.

—¡Oh! vosotras sois jóvenes y no conoceis bastante bien las reglas de prudencia tocante á la salud, replicó la vieja. En estas materias vale mas pecar por carta de mas que por carta de menos. Figuraos si seria yo culpable si la expusiera al menor peligro. Dios me libre...

—Me siento con gusto á vuestro lado, le interrumpió Amanda; pero os aseguro que no siento cansancio alguno, antes me encuentro mejor que otras muchas veces.

—Sois una tontuela, le replicó la vieja en voz baja. Esas bribonas insidiosas andaban diciendo que estabais pálida. Yo les salí al encuentro contestando que era efecto de haber trabajado por darme gusto estas últimas noches y que estabais fatigada. Así, no paseando ni bailando justificais lo que yo he dicho y las amenazais con aparecer mañana mismo con los sanos colores que tanto contribuyen á embelleceros; aunque la verdad sea dicha, vos sois hermosa de cualquier modo que os presenteis.

La marquesa se sentó al otro lado de Amanda y la pusieron de modo que no la dejaban ver ni ser vista. Eufrasia se

colgó del brazo de Araminta y se la llevó lejos de aquel sitio, y su fea cómplice pidió á Mortimer que la acompañase á dar una vuelta.

A pesar de tan maliciosas precauciones, Amanda habia llamado la atencion al entrar, y á cada paso la buscaban con los ojos muchos jóvenes que desde lejos se la enseñaban como una maravilla unos á otros, con grande enojo de la marquesa, cuyos mal disimulados sentimientos eran objeto de estudio y de malignas ocurrencias para la señora Devons, que parecia no fijarse en nada y lo veia todo antes que nadie.

Entró Carlos Bingley y le detuvieron al paso Eufrasia y su amiga.

Una y otra deseaban cuando menos en apariencia poner á Carlos en la lista de sus constantes lisonjeros; pero este se mostraba poco dispuesto á complacerlas, y dos ó tres veces intentó despedirse y no pudo lograrlo, porque las dos jóvenes no le dejaban á preguntas.

Afortunadamente un amigo suyo se llegó á él, diciéndole:

—Con permiso de estas señoritas, Carlos, tú que conoces á todo el mundo, ven á decirme quién es una hermosa desconocida...

—No hay para mí hermosa que no me sea conocida. No sé de quién me hablas; pero enséñame la bella y te diré su nombre, su clase, quién es su padre, cuántos adoradores tiene... Perdonad, señoritas, voy á cumplir una obra de misericordia. ¿Dónde está la hermosa?

Las dos feas se quedaron observando hácia qué lado se dirigian Carlos y su amigo, y con mayor pena que nunca

vieron que este señalaba á aquel el grupo de la marquesa, Amanda y la señora Devons.

—¡Vive el cielo! exclamó Cárlos, que es la jóven más bella, más graciosa y más buena que he conocido. Tiene cuando ménos un amante, que soy yo, y un admirador, que es el universo entero. Canta como una musa y toca el piano y el arpa y los corazones de cuantos la oyen. Perdona, hijo, que necesito verla. Adios.

El paso para llegar hasta Amanda era difícil; pero Cárlos atravesó por entre la apiñada concurrencia, y acercándose á ella, la dijo:

—Os saludo, señorita, y saludo á estas señoras con gran regocijo. Nuestro inesperado encuentro me colma de gozo, y si no os hubiese visto, dentro de dos ó tres dias pensaba ir á Irlanda y habria solicitado el placer de veros allí.

La marquesa le dirigió una mirada altiva.

—Señoras mias, prosiguió él, haceis un gran beneficio á la humanidad teniendo así medio escondida á la señorita Fitzalan, porque hace verdaderos estragos su hermosura. Los hombres se entusiasman con sus gracias y algunas mujeres se ponen enfermas de envidia: yo he visto ejemplos. ¿Habeis paseado mucho?

—No; estaba fatigada al entrar, dijo la señora Devons.

—¡Ah! pues entónces ya habeis descansado, ¿no es cierto? Hacedme el obsequio de aceptar mi brazo para dar un paseo. Mirad, allí está Araminta que os llama tambien; emancipaos de esas falsas amigas que bajo el pretexto de cansancio os condenan á esclavitud odiosa.

El tono ligero y frívolo de Carlos encerraba una leccion dura para la marquesa y la señora Devons, que por si acaso

se sospechaba su intento, aconsejaron á Amanda que saliese á dar un paseo.

—Al fin os mostrais complaciente, dijo levantándose Amanda á la señora Devons.

Carlos repitió entre dientes:

—¿Al fin? pues he acertado: este par de estafermos conspiran contra esta deliciosa criatura. ¡Debe ser pobre! ¡Cuánto mas vale ella que todos los millones de esa canalla soberbia y perdida de corazon!

Atravesaron por las filas de asientos, y cuando hubieron salido á sitio donde pudieron ir el uno al lado del otro, dijo Carlos:

—¡Qué lejos estaba yo de sospechar que me estaba reservada dicha tan grande! Por eso he venido tarde.

—En vuestra ausencia, le contestó Amanda, habeis aprendido el arte de lisonjear.

—Puedo aseguraros que no. Lo que yo quisiera es saber expresar mis afectos con la misma vehemencia que vos los inspirais.

Lord Mortimer, que deseaba ver si podia juntarse con Amanda, la vió entonces del brazo de Carlos y se retiró, aunque sin perderla de vista ni poderse explicar cómo habia logrado su amigo arrancarla del duro círculo donde la habian tenido encerrada.

A la primera vuelta que dió por el paseo le pidieron muchos que bailase con ellos; pero Amanda se excusó con todos, y Araminta hizo lo mismo por el gusto de estar á su lado.

Aun esperaba Amanda que Carlos se retiraria y Mortimer aprovecharia la ocasion para reunirse con ella y su

hermana; pero Carlos estaba consagrado completamente á ella, le aseguraba que todo lo habia precipitado con el objeto de embarcarse en Londres y pasar á Irlanda lo mas pronto posible, y añadia que en su proyectado viaje á Irlanda no se llevaba otra mira que tener el gusto de volver á verla.

Por último propuso Araminta que se retirasen.

Eufrasia y su amiga, persuadidas de que lord Mortimer ya se habia ido, no pusieron cuidado alguno en repartir los asientos de los carruajes.

Araminta se fué pues con Amanda y rogó á Carlos que fuera á cenar á su casa, á lo cual accedió él con mucho gusto, pidiendo permiso para avisar antes al amigo que le habia acompañado al espectáculo.

Llegaron los primeros á casa de lord Rosven, Araminta y su nueva amiga.

—¡Cuánto siento tener que separarme de vos cuando empezábamos á conocernos! dijo aquella; pero estoy comprometida para asistir á la boda de una antigua compañera.

Entró en esto Mortimer, se detuvo sorprendido á la puerta y exclamó:

—¡Gracias á Dios! Despues de tantas impertinencias al fin este momento me solaza y alivia del mal humor que he pasado. Ahora me toca á mí el turno, despues de Carlos Bingley. ¿Habeis pasado bien la noche, señorita?

—Sí... la novedad, la sorpresa...

—¿Sorpresa por la llegada de Carlos?

—Lo digo por el espectáculo. Sir Carlos Bingley es un jóven de buen humor y me parece todo un caballero; mas

no le he tratado apenas y su presencia no podia interesarme.

Mortimer necesitaba oir palabras semejantes de la boca de Amanda. Bendíjola desde el fondo de su corazon, y porque estaba delante Araminta no la dijo: os amo mas que á mi vida.

—No me admira que Bingley haya sido tan obsequioso con vos, dijo entonces Araminta: es difícil, señorita Fitzalan, encontrar una persona que como vos se granjee desde el primer momento el aprecio de las gentes: lo digo por lo que me pasa á mí y he notado en otras personas. Me parece imposible que nos conozcamos de dos dias; se me figura que al hablar con vos hablo con una de aquellas amigas... no; con una hermana.

—¡Oh querida Araminta! exclamó lord Mortimer, amadla como hermana.

—Yo, contestó Amanda conmovida, creo en la sinceridad de vuestro afecto fraternal, y al oiros me ha parecido que renovábamos una amistad profunda despues de una larga ausencia.

Llegaron los coches de los demás, y mientras salian al recibirles, Mortimer dijo al oido de Amanda:

—¿Quién sino vos merece ser querida de Araminta como una hermana?

Estas palabras de Mortimer la agitaron de contento, sus ojos brillaron radiantes y toda su fisonomía se animó con una expresion que en mucho tiempo no habia tenido.

Sus curiosas perseguidoras notaron el cambio y no dejaron de achacarlo á la compañía de Mortimer que se habia apresurado á volver á su casa al mismo tiempo que Amanda.

La marquesa hizo grandes cumplidos á la señora Devons al despedirse.

Lord Rosven colmó de elogios á Amanda por su hermosura, irritando así mas y mas el odio de Eufrasia y su madre.

Amanda se retiró lleno el corazon de dulce consuelo, pensando en lo fácilmente que una palabra de amor habia devuelto la tranquilidad á su pecho.

Antes de entregarse al sueño pensó en la soledad de su padre; pero el sueño le trajo la imágen de Mortimer.

CAPITULO XXXIX.

Carlos.

Al siguiente dia por la mañana, cuando habia salido la señora Devons para ir á ver á su abogado, recibió Amanda la visita de Carlos Bingley.

Manifestóle este el placer que le causaba encontrarse á solas con ella, y añadió despues refiriéndose á lo que habia padecido en su ausencia:

—Aunque debeis tener entendido que no siempre estuve ausente de vos, pues vuestra imágen me acompañaba.

—Señor Bingley, yo no he hecho nada para merecer tanta lisonja.

—Así es el mundo, señorita: dice uno una lisonja á una fea, porque con su importunidad se la arranca, y ella la toma como moneda corriente: dice uno lo que real y verdaderamente le inspira una mujer buena y hermosa, y lo achacan á lisonja. Mirad, señorita Fitzalan, dijo poniendo una mano sobre la de Amanda, si me dijesen que buscase

una expresion para exagerar vuestra belleza, me veria en el mayor compromiso en que puede hallarse un hombre.

En aquel momento entró Mortimer.

Amanda retiró precipitadamente la mano, y quedó tan confundida como si realmente hubiera autorizado la libertad que se tomaba Carlos.

Mortimer no pudo ocultar del todo su desagradable sorpresa, saludó friamente y tomó asiento.

Carlos se levantó con viveza sintiendo ser interrumpido por uno á quien juzgaba indiferente en aquel asunto.

Despues de un breve silencio, preguntó Amanda á lord Mortimer si habia partido Araminta.

—No, respondió él: mas va á partir muy en breve y pienso acompañarla un buen trecho.

—Y entre tanto, dijo Carlos, para no perder ripio venís á visitar á la señorita Fitzalan.

—He tenido mucho gusto en verla, contestó lord Mortimer, y en descansar este breve rato á su lado.

Su acento era frio y revelaba la contrariedad que estaba experimentando y el disgusto que le habia producido sorprender aquella muestra de confianza entre Carlos y Amanda.

Creyendo Mortimer que Carlos habia ido á visitarla con el propósito de hablar con mayor claridad que nunca, tuvo que hacer un grande esfuerzo para disimular el disgusto que le causaba la presencia de Carlos.

Mortimer se fué despidiéndose con mucha gravedad; Carlos esperó á la señora Devons y le suplicó que aceptase unos billetes para el teatro de la ópera, que él traeria á la hora del té

Amanda deseaba no ir al teatro, sobre todo para no dar

ocasion, y menos en público, á que Carlos la persiguiera con sus obsequios; pero no pudo lograr su deseo.

Sir Carlos Bingley estaba verdaderamente apasionado. Era de carácter noble y generoso, poseia cuantiosos bienes, gozaba de completa independencia y era dueño de ceder á sus inclinaciones. Deseaba de veras casarse con Amanda, y aunque le desalentaba á veces su indiferencia, acudia á sostenerle la intrepidez de su carácter y no desconfiaba del triunfo.

Tal vez si Amanda hubiera sido libre habria aceptado su mano, pues Carlos, á mas de ser gallardo y bueno, era inteligente y poseia muchos conocimientos.

La señora Devons tenia en Londres muchos conocidos que lo eran tambien de Carlos, por cuyo motivo Amanda solia ver á este en los sitios que con aquella señora frecuentaba, y como el oficial era constante en sus obsequios, circuló pronto el rumor de que sus relaciones eran amorosas.

La señora Devons cuando le echaban alguna indirecta sobre este particular no lo desmentia abiertamente; lo que hacia maliciosamente era mostrarse admirada de que Carlos pudiera pensar en casarse con una jóven que, segun ella decia, estaba reducida á la última miseria, y que ella por compasion se habia llevado consigo.

La marquesa y su hija, á cuyos oidos llegó el rumor de las relaciones entre Carlos y Amanda, creyeron que esta, perdidas las esperanzas de casarse con Mortimer, se propondria la conquista de aquel, y aunque en ese caso se les quitaba de encima un peso enorme, se propusieron hacer fracasar el proyecto, pues su satisfaccion no podia ser completa sin destruir todas las esperanzas de Amanda y verla sumida en el mayor desconsuelo.

Lord Mortimer observaba á Amanda de lejos.

Desde que pudo presumir que quizá hubiese intimidad entre ella y Carlos, resolvió observar su conducta y no comprometerse con la suya.

Tenia demasiado orgullo para disputársela á un rival que se presentaba despues de haber llegado él á tanta intimidad con ella. En su concepto, mujer capaz de titubear entre dos amantes, era indigna de ambos, y aunque la amaba con todo su corazon, quiso dejarla en completa libertad, para que procediese conforme su corazon le dictara. El suyo le decia que él saldria victorioso; pero no quiso fiarse de un vago presentimiento en cosa en que los hechos podian servirle de seguro guia.

Entre tanto habia llegado la época del regreso de Araminta.

Esperábala Amanda con impaciencia confiando en que por su intervencion podria ver mas á menudo á Mortimer y librarse de los continuos obsequios de Carlos; pero Eufrasia dijo en una reunion donde se hallaba Amanda, que Araminta estaba enferma y que se habia aplazado su regreso.

Cierto dia que Amanda estaba sola, se presentó un sugeto que dijo tenia que esperar á la señora Devons.

Tenia aquel hombre de cuarenta y cinco á cincuenta años. Vestia un uniforme de oficial del ejército muy raido. Tenia el rostro amoratado de frio; su fisonomía era noble y simpática, su estatura alta. Parecia agobiado por los pesares y llevaba impreso en su semblante el sello de la tristeza, por mas que no le hubiese abandonado del todo su natural jovialidad.

Aquel hombre inspiró desde el primer momento respeto

y compasion á Amanda. La desgracia propia y los instintos de su corazon le habian enseñado á respetar las desgracias ajenas, y se conmovió al ver en aquel veterano señales de padecer bajo el peso del infortunio.

La sensible hija de Fitzalan se acordó de que su padre tambien habia sido soldado, y arrimó una silla á la lumbre.

—Muchas gracias, señorita. Cierto que el que no tiembla delante del enemigo, tiembla peleando con el frio como me sucede á mí; pero los oficiales subalternos tenemos obligacion de despreciar el frio y el fuego.

Pidió permiso para mirar las flores artificiales que estaba haciendo Amanda y dijo con sentido acento:

—¡Vos producís las rosas sin espinas! ¡Ojalá sean así las que recojais en el camino de la vida!

—¡Oh! le contestó Amanda, no me lisonjeo yo con semejante esperanza.

—Pues tal vez sois la única que dotada de tan bellas prendas sea tan prudente en la edad de la juventud.

—¡Desgraciada de la que no sea capaz de reflexion!

—Sin duda; por eso abundan tanto las hermosas desgraciadas. La reflexion para la juventud es un tirano que la aleja del placer, placer que suele convertirse andando el tiempo en ponzoña.

—Bien hareis alguna excepcion: no todas las jóvenes...

—Decís muy bien; no todas... pero es indudable que generalmente nos enervamos durante la juventud entre sueños de esperanzas locas, y al sonar la hora de la vejez nos hallamos sin fuerzas para resistir á los golpes de la desgracia.

Entró la señora Devons, y mirando con aire de superioridad al militar, le dijo:

—¡Ah! ¿sois vos, Leoncio? Sentaos, sentaos.

Amanda se retiró.

Siempre que la señora Devons le habia hablado de Leoncio, se lo habia presentado como un hombre falso y de bajas inclinaciones. El rostro y el lenguaje del militar desmentian la pintura de la vieja, y desde el punto en que Amanda le oyó nombrar empezó á creer que la señora Devons le habia calumniado.

Interesóse por Leoncio, de quien habia oido decir que estaba cargado de una numerosa familia, y supuso que estaria sumido en la miseria.

Estaba asomada á la ventana pensando en aquel hombre cuyo aspecto decia bien claro que no se habia rendido á la pobreza y al rigor del destino, sino que batallaba sin tregua con todas las adversidades, cuando le vió salir con la cabeza baja, caminando á paso lento.

El frio habia arreciado, la nieve caia en abundancia, y Leoncio iba envuelto en su raido uniforme padeciendo de la suerte que daba á comprender su semblante.

Amanda se conmovió profundamente viéndole detenerse para dejar paso á un carruaje, cuyos caballos iban abrigados con lujosas mantas.

—¡Ah! exclamó Amanda, si este coche fuese mio, Leoncio tendria abrigo, yo veria asomar una lágrima á sus ojos, y con un poder semejante al de Dios, le diria: desaparece, y brotaria la sonrisa de sus labios...

Pensó en Mortimer, y añadió siguiendo el curso de sus ideas:

—¡Pobre Leoncio! Tal vez llegue un dia en que se mitiguen tus quebrantos por mano de Amanda auxiliada de Mortimer.

La doncella la llamó de parte de la señora Devons, y Amanda se apresuró á ir á su encuentro, esperando averiguar en seguida algo cierto con respecto á la desgracia de Leoncio.

—¡Buenas noticias, Amanda! le dijo la señora Devons muy alegre; ese que ha estado aquí era Leoncio. Se le ha muerto el amigo que le costeaba los gastos del pleito, y los abogados, viendo que no les paga, no quieren trabajar por él. Ya él y su familia no saben dónde dar con sus huesos; ya ha venido á proponerme una avenencia.

—Y habeis aceptado, ¿no es verdad?

—¡Pues qué! ¿soy yo boba?

—Como le he visto tan abatido...

—Por lo mismo. Ahora que no puede hacerme daño, buena tonta seria yo en aceptar transacciones que no he menester.

—A mí me ha dado lástima.

—A mí quebraderos de cabeza: justo es que se los devuelva.

—De manera...

—De manera que le he dicho redondamente que no.

—Ya he oido decir que los pleiteantes son inflexibles por buen corazon que tengan.

—¡Oh! eso es otra cosa, á buen corazon no quiero que me gane nadie.

—Le habreis dado algun socorro. Tiene hijos...



Pero el frio... ¡Sus hijos no tienen la culpa!...

—No les conozco. Además, ¿con qué derecho me habria venido á pedir?...

—No digo que tenga derecho, pero vuestros sentimientos...

—El mayor sentimiento para mí seria ver que ese hombre y los suyos se comian algo de los bienes de mi marido, despues de haberse portado muy mal con él y peor conmigo. Os veo dispuesta, Amanda, á aconsejarme que le vaya á echar dinero por la ventana.

—Sí, y no poco.

—Guijarros le arrojaria yo al que me ha hecho gastar dinero en el pleito.

—Pero el frio... sus hijos no tienen la culpa...

—No; pero ya sabes lo que dice la Sagrada Escritura: los pecados de los padres caerán sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generacion. Conque calentémonos, que hace frio, como se calentaria Leoncio si hubiese ganado el pleito.

La señora Devons comió, bebió, se calentó, jugó á los naipes y despues fué con Amanda á casa de la marquesa, donde pasaron la noche.

En medio de aquel fausto, de aquella magnificencia, pensó Amanda en Leoncio, en su miseria y en la de su familia, y tuvo largo tiempo el corazon oprimido.

Carlos Bingley la buscó con la vista desde la puerta y fué á sentarse á su lado.

Pocos momentos despues llegó Mortimer que se quedó lejos de ellos observándoles.

Amanda aceptó una invitacion que le dirigieron para jugar, por ver si conseguia librarse de los obsequios de Carlos; pero este se levantó con ella y fué á sentarse á su lado.

Mortimer se colocó enfrente.

—Señor Bingley, dijo uno de los jugadores, sois el hombre más variable que conozco. Tres semanas hará que andabais presuroso por todas partes, atropellándolo todo, porque segun deciais, pensabais partir para Irlanda de un momento á otro, y os veo en Londres muy distraido y muy ajeno á ideas de viaje.

—Debeis tener entendido, le replicó Bingley, que precisamente por eso mismo merezco ménos la nota de variable: mi objeto es uno y á él encamino mis acciones; él varía de lugar y yo he de variar de direccion.

Al decir estas palabras dirigió una viva mirada á Amanda. Esta volvió los ojos á Mortimer y le sorprendió expiándoles á los dos.

Estaba disgustada, temiendo que Mortimer creyera que las atenciones de Carlos eran señal de correspondencia entre ambos.

No podia ser descortés con este y queria que aquel no lo fuera tanto con ella.

Su situacion era tal, que á pesar de hallarse allí Mortimer, cuando llegó la hora de retirarse le pareció que se libraba de un suplicio.

CAPITULO XL.

La pretension de Carlos Bingley.

El jóven Carlos Bingley no cedia de su empeño y estaba más enamorado que nunca.

Al siguiente dia de ocupar la mesa de juego con Amanda en casa de la marquesa, se presentó por la mañana en casa de la señora Devons en ocasion en que esta iba á salir para sus diligencias.

—Si sabeis lo que son pleitos, señor Bingley, me dispensareis que no me quede á gozar de vuestra amable compañía; porque me precisa hacer dos ó tres visitas importantes. Aun salís ganancioso, pues hallareis á la señorita Fitzalan en la sala de tertulia.

—Señora, esto no es ganar; de dos buenas amigas me va á faltar una.

—Lo que no os faltará nunca son galanterías. Sois un excelente jóven, pues sabeis decir cosas agradables á las viejas. Entrad, entrad, y hasta la vuelta si os hallo aquí.

Carlos entró, dirigió algunas frases de cariño á Amanda, y dijo en seguida:

—Señorita Fitzalan, de algun tiempo á esta parte mis amigos me tratan de loco, porque hago las cosas sin concierto: pero eso seria lo de ménos, si yo tuviese la seguridad de conservar sano mi juicio, lo cual no sucede por ahora. Vos misma oisteis ayer como me manifestaban la extrañeza que habia causado primero mi vehemente afan por ir á Irlanda y despues mi permanencia en Londres. Yo queria irme por veros, y por veros me quedo. Este es el verdadero motivo de mi conducta. Vos teneis el derecho de saber el estado de mi corazon y yo tengo el deber de explicárosle.

—Permitidme, ántes que paseis adelante, unas pocas palabras, señor Bingley.

—Hablad, señorita; mi mayor placer es oiros, sobre todo cuando me dirigís la palabra á mí exclusivamente.

—Pues bien, hace algun tiempo sosteneis una chanza, que para bien de entrambos debe terminar lo más pronto posible.

—Enhorabuena: terminémosla y conviértanse en veras las burlas: eso es lo que deseo de todo corazon. Mi felicidad, señorita, depende de vos. Aceptad mi mano y tendreis en mí al esposo más amante y más fiel de la tierra. Yo quisiera saber deciros cuánto os amo, pero á tanto no alcanza mi corto ingenio. Lo que puedo deciros es que despues de conocer vuestro carácter me ha parecido superior á vuestra hermosura, que me habia cautivado. Yo tengo viveza de genio, pero tengo un corazon afectuoso, y aunque no creo mereceros, tengo la confianza de que con el tiempo os convencereis de que no habeis dado con un hom-

bre indigno de vos. Si llegase yo á merecer vuestro corazon...

—Señor Bingley, vuestra proposicion y los términos en que la haceis me honran muchísimo, y seria yo indigna de ella y de los sentimientos que habeis mostrado siempre, si no os lo agradeciera en el alma; pero siempre seria indigna de la buena opinion que habeis formado de mí si aplazase un sólo momento el deciros con toda lealtad que sólo con la amistad más sincera me es dado corresponderos.

—¡La amistad! dijo Carlos levantándose de repente.

—El afecto más puro, más noble, el único tal vez compatible...

—La amistad entre un hombre y una mujer significa la tibieza, significa el amor incompleto...

—Creo que os engañais.

—Señorita, dijo Bingley volviendo á sentarse, yo no puedo creer que permanezcais conmigo siempre fria é inflexible; no espereis de mí tampoco que renuncie tan pronto á la esperanza de vuestro amor, esperanza en que tengo cifrada la dicha de mi existencia.

—Creo que no podreis acusarme nunca de haber alentado esa esperanza, señor Bingley.

—No, por desgracia mia. Siempre os he visto amable, como exige el trato social, pero no afectuosa.

—En eso os engañais tambien.

—Vos me entendeis; quiero decir que no habeis sentido por mí el amor que yo querria inspiraros.

—No somos dueños de amar ni aborrecer á nuestro arbitrio, como vos no lo habeis sido de alejar de vos una esperanza que yo no he alimentado.

—Es cierto: en esto me he dejado llevar de la natural propension que tenemos á engañarnos siempre que el engaño halaga nuestros deseos. ¡Ah! no me obligueis á desechar mi grato error. Yo no intentaré la locura de violar vuestra voluntad; procuraré no seros molesto con mis obsequios, pero no podré dejar nunca de demostrar que os amo. Permitidme esperar á lo ménos que el tiempo, la constancia, la sinceridad de mi cariño y el respeto á vuestra voluntad lograrán hacerme un lugar en vuestro corazon y trocar la tibia amistad que me ofreceis en un sentimiento igual al que yo os profeso.

—Lo que puedo prometeros con certeza de cumplirlo, es que no alimentaré nunca esperanzas que no crea poder realizar. Si reflexionais un poco, señor Bingley, me agradecereis la sinceridad con que os hablo. Ahora creo que no debeis obligarme á proseguir una conversacion que ha sorprendido mi ánimo. Yo os agradeceré eternamente las intenciones que acabais de manifestarme. Vos me permitireis que me retire para no verme obligada á reiteraros una negativa que no quisiera haber tenido que dar á una persona como vos, á quien profeso una amistad tan profunda.

Amanda se retiró en efecto á su cuarto.

Carlos la siguió con la vista, quedó pensativo, y dijo sin levantar los ojos del suelo y con sentido acento:

—¡Si yo pudiera olvidarla desde ahora para siempre!...

Dió una vuelta por la sala cruzado de brazos, volvió á detenerse, y contestando á sus propias reflexiones, añadió con aire de conviccion.

—No; por más que padezca mi amor propio con un desaire, ¿á qué forjarse ilusiones tontas? No seamos fátuos,

no puedo olvidarla. Ahora es cuando conozco que la amo. Si se tratara de cualquiera otra mujer, ya mi orgullo levantaria la voz mas alta que la de mi amor. ¿Está en lo posible que ella me ame con el tiempo? Sí. Pues lo intentaremos todo para hacernos amar. Soy su amigo, ó mas bien dice ella que es mi amiga... La amistad puede convertirse en odio y en amor: veremos lo que sale de la suya sometida al influjo de mi pasion. Tengo pocas noticias acerca de su familia, pero me basta saber que lord Rosven es amigo íntimo de su padre y veo que demuestra mucho aprecio hácia ella. Vamos á ver á lord Rosven y á rogarle que se interese por mí.

Sin pensarlo mas se encaminó directamente á casa de lord Rosven y le encontró hablando con su hijo.

—Señor Bingley, tengo mucho gusto en veros, le dijo el padre. ¿A qué feliz casualidad debo el honor de vuestra visita?

—A vuestro excelente corazon, que me ha hecho pensar en vos teniendo necesidad de cierto servicio.

—Ya sabeis que estoy siempre á vuestras órdenes.

—Papá, señor Bingley, dijo entonces lord Mortimer, no quisiera estorbar.

—No hagais ademan de marcharos, contestó Carlos, si no quereis obligarme á que me vuelva.

—De ningun modo...

—Yo no tengo secretos y menos para tan buenos amigos. Sentaos, os ruego, como estabais.

Lord Rosven indicó á Carlos un sillon y se sentaron todos.

—Milord, la súplica que tengo que dirigiros interesa á mi felicidad.

—Os prometo, pues, hacer por mi parte todo cuanto pueda...

—Así lo espero de vos y desde ahora os lo agradezco. Vos conoceis mucho al señor Fitzalan.

—Sin duda alguna.

—Él es hombre honrado.

—Uno de los hombres mas honrados que conozco.

—Su familia lo es tambien.

—Todos ellos son honrados y nobles.

Mertimer escuchaba con creciente curiosidad aquellas primeras frases.

—Pues bien, señor conde, yo amo á la señorita Fitzalan, deseo hacerla mi esposa y quisiera que vos os interesaseis por el logro de mi pretension.

Ni el conde ni Carlos notaron el repentino movimiento que hizo Mortimer en aquel momento.

—Señor Bingley, dijo el conde, mi satisfaccion será completa si por mediacion mia se logran vuestros deseos. Os prometo interesarme con empeño en este asunto con la señorita Fitzalan, no sólo porque es hija de un antiguo amigo mio, sino porque reconozco en ella cualidades muy apreciables y me inspira tanto afecto como vos mismo.

—Quiero que sepais, señor conde, que hace pocos momentos he estado á ver á la señorita Amanda. Le he hecho por primera vez la oferta de mi mano y se ha negado á admitirla. Me ha asegurado que me queria como amigo, pero que no podia profesarme un afecto que correspondiese al mio. Le he dicho que pues no me amaba ahora, me permitiese abrigar la esperanza de ser amado algun dia, y me ha contestado que no podia dar pábulo á esperanzas

que no creyese poder realizar. En fin, ha sido sincera conmigo, pero desgraciadamente esa sinceridad, siempre laudable, me dice que están cerradas para mí las puertas de su corazon. Si vos, señor conde, podeis mejorar mi causa; si vuestras reflexiones y las de su padre pudieran nada mas que disponer su ánimo en favor mio...

—En verdad me admira, dijo el conde, que la señorita Fitzalan haya rechazado vuestras formales proposiciones. Eso puede probar en ella una sinceridad y un desinterés de que la creo muy capaz; pero... ¿sabeis si acaso otro amor?... ella es hermosa, está dotada de muchos atractivos.

—Yo nunca he oido hablar nada de eso, ni nada he observado en mucho tiempo que mi deseo de obsequiarla me ha hecho ir en su compañía á todas partes.

Lord Mortimer permaneció callado, y como si diera poca importancia á aquel coloquio; pero no perdia una palabra de lo que se hablaba y en su interior se estaba felicitando de hallarse presente á la demanda de sir Carlos, que le revelaba cosas que él tenia tanto empeño en averiguar.

—Amigo mio, dijo el conde, yo escribiré hoy mismo al señor Fitzalan que, os lo repito, es noble, valiente y uno de los hombres mas honrados que he conocido en mi vida. Le escribiré con toda eficacia...

—Tanta bondad...

—Le diré quién sois vos y os tendrá por persona muy apreciable sin que yo os adule en mi carta.

—¡Oh gracias, señor conde, gracias! No sé cómo pagaros...

—Pero os debo advertir una cosa: si mi amigo Fitzalan no me ruega que siga ocupándome de este asunto ó no me

autoriza explícitamente para que me ocupe de él, no debereis extrañar que despues de haberle escrito, no me mezcle para nada mas en este negocio. Si mi amigo aprueba vuestras intenciones, podeis contar con que yo os auxiliaré con todo mi influjo y que lo haré muy gustoso.

Carlos se despidió con una esperanza mas, y lord Mortimer le vió partir dejándole á él una seguridad que poco esperaba obtener del que se le presentaba como competidor respecto al cariño de Amanda.

Ya sabia al fin Mortimer cuáles eran las intenciones de esta: ya no podia abrigar duda alguna sobre la clase de afecto que le merecia Carlos Bingley.

La negativa que obligaba á este á dar aquel paso era la mas clara confirmacion de su cariño.

Lleno de impaciencia Mortimer salió de su casa y se fué á la de la señora Devons.

CAPITULO XLI.

Amor y deber.

La señora Devons aun no habia vuelto, y Mortimer tuvo la buena suerte de hallar á Amanda sola.

Cayósele á esta el libro de la mano con aquella imprevista y tan deseada visita, y se mostró tan turbada, que Mortimer tuvo que decirle:

—Calmad vuestra agitacion, querida Amanda, y perdonadme el haberme presentado de este modo despues de tan largo apartamiento; pero hoy tenia no ya vehemente deseo, sino ansias de veros, y es menester que aproveche una ocasion como esta, que quizás no volverá á presentarse en mucho tiempo.

Hízola sentar en un sofá, se sentó él á su lado y le explicó todo lo que habia padecido desde su vuelta de la isla de Anglesey.

Díjole todas las locuras que le habian pasado por la

imaginacion; los temores que á cada paso le inspiraba su mala fortuna y las esperanzas que le hacia concebir el corazon de Amanda; confesó los celos que de Carlos habia tenido, el propósito que habia formado de observar su conducta dejándola libre para aceptar los obsequios de aquel jóven que parecia amarla, y acabó asegurándole que en medio de aquellos azares no se habia entibiado nunca el amor que le profesaba.

Amanda le refirió entonces brevemente cómo habia sido su precipitada partida del país de Gales; los inconvenientes que habia tenido para acudir á la abadía de Santa Catalina y el olvido de Elena, que por pensar en Timoteo no le habia dicho sino despues de su marcha, que él habia estado cerca de la playa; lo mucho que habia padecido con su alejamiento y su desvío y cuánto habia anhelado poderle explicar todo lo que en aquel instante le explicaba.

—Lo mucho que os estimo, Amanda, lo mucho que os amo, lo mucho que valeis á mis ojos me hacen creer siempre que no ha de llegar nunca el dia en que pueda probaros todo mi cariño. Este breve momento, no lo dudeis, es uno de los mas gratos que he gozado en mi vida; porque todo cuanto escucho de vuestros labios me hace creer que me amais y que no amais á nadie mas que á mí. ¡Oh si yo pudiera deciros ahora que los obstáculos opuestos á nuestra union estaban superados!

Amanda suspiró y bajó la cabeza.

—Yo no debo ocultaros nada, querida Amanda: mi padre se opondrá á que veamos realizadas nuestras esperanzas. Es bueno, es generoso; pero no olvida nunca la posicion que ocupa, las ventajas que él cree que esa posicion puede

valer á su familia, y piensa mas en mi interés material que en los afectos que pueda abrigar mi corazon. El proyecto que él acaricia es unirse á la familia del marqués de Rosline por medio de mi casamiento; yo no puedo secundarle. Hasta ahora no le he dado á entender que era vano su propósito, esperando que algun acaso me favoreciera sin necesidad de ponerme en abierta contradiccion con él; pero temo que vendrá dia en que con sentimiento mio se vea turbada la buena inteligencia que hasta ahora ha reinado entre los dos.

—¡Milord! ¡Qué habeis dicho, milord! exclamó Amanda, no quiera el cielo que introduzca yo disensiones en el seno de vuestra familia. ¡Oh jamás! Obedeced á lord Rosven, olvidadme, casaos con Eufrasia y sed feliz.

—¡Eso oigo yo de vuestros labios, querida Amanda! Mal haceis en suponer que podais ser causa de esas disensiones. Os juro que aun cuando no os hubiera visto nunca no podria ser esposo de Eufrasia. ¿Creeis que pudieran serme agradables ni su carácter, ni su educacion, ni su figura? Si yo no tuviera corazon, podrian tentarme sus riquezas; pero las riquezas no bastan á la felicidad, y si contribuyen á ella, me bastan las que poseo para asegurarla. Sacrificar los sentimientos de amor á la codicia es una degradacion que sólo se ha echado en cara á las mujeres; pero los hombres que se prostituyen así son aun mas despreciables. Un casamiento sin amor es un acto que no está conforme con la probidad, y yo no lo cometeré nunca; de eso me atrevo á responderos. La mujer que sea mi esposa ha de ser tal que la estime yo como amiga; que no me repugnase tenerla como hermana, y que ademas de estas cualidades posea la de conmover mi

corazon despertando en él aquel afecto inexplicable que se llama amor. Para cada uno sólo hay un sér en el mundo que reuna completas esas cualidades; yo os he visto á vos, Amanda, y no puedo amar á otra mujer alguna. Oidme ahora con mucha atencion, Amanda. Yo respeto á mi padre, y como os he indicado antes, no pretendo oponerme descubiertamente á sus miras. Aunque no me avergüenzo, antes me glorio de amaros, importa que ignoren los hombres nuestro amor hasta que sean impotentes para separarnos. La situacion en que nos hallamos, vuestra tranquilidad y mi satisfaccion exigen que tengamos una certeza de que nos pertenecemos uno á otro. Para este fin he resuelto proponeros que nos casemos secretamente... Dejadme concluir. Yo no estaria nunca tranquilo si á lo menos á mis solas no pudiera llamaros mi esposa, así como ahora no me atrevo á llamaros Amanda mia; la vida es breve para gozar del bien y sus continuos azares nos arrebatan las ocasiones de proporcionárnoslo. ¿Quién sabe si en este momento la sospecha y la envidia trabajan ya para descorrer el velo que oculta nuestro secreto? De un momento á otro pueden separarnos, levantar obstáculos entre los dos; pues bien, obremos de modo que por mucho que adelanten en su obra encuentren unida nuestra suerte como lo están nuestros corazones, y nadie pueda ser osado á desatar lo que esté atado delante de Dios.

—Milord, milord, me asustais proponiéndome tan atrevido paso. Cesad ya. Los medios que me proponeis, por su misma violencia están diciendo que debemos renunciar á toda esperanza de unirnos. Esta esperanza se ha desvanecido en mí para siempre. Podria haber continuado abrigán-

dola si me hubierais dicho que confiabais en que algun dia renunciaria vuestro padre á su propósito y sancionaria con su aprobacion nuestro afecto; pero tener que burlarle, tener que engañar al hombre á quien tanto debo... ¡oh jamás, jamás!

Con la violencia que se hacia su corazon se llenaron sus ojos de lágrimas y hubo de reclinar medio desfallecida la cabeza en el hombro de Mortimer.

—Milord, dijo despues que se hubo recobrado un poco, enjugándose las lágrimas de continuo y con voz temblorosa; milord, la hija de Fitzalan es la que con mas energía debe rechazar todo intento de burlar un deseo de lord Rosven. Vos me quereis virtuosa, lo seré, no temais. Si algun afecto debeis conservar hácia mí, sea el que os inspire mi entereza y el respeto que profeso á vuestro padre. Si Eufrasia no os es simpática, mujeres hallareis que por su apellido y sus bienes de fortuna sean igualmente agradables á vuestro padre y por sus buenas cualidades merezcan vuestro aprecio y vuestro amor tambien. Olvidad á Amanda que carece de caudal y de buena suerte, y seria causa de la division de dos personas que quiero ver siempre unidas. Proponeos ser buen esposo y lo sereis. Dejadme á mí volver al tranquilo albergue donde vive en paz mi padre, gracias á la generosidad del vuestro.

—¡Amanda! ¡Es posible, Amanda! Si me amais, ¿cómo puede dictaros vuestro corazon...

—No es mi corazon, es mi razon la que me dicta lo que acabo de deciros.

—Pero ¿puede por ventura repugnar á la razon el unir nuestro destino? ¿Por ventura no nos enseña la razon misma

á buscar la felicidad por el camino de la virtud, sirviéndonos de los consejos de la prudencia? ¿Qué tiene de poco razonable el buscar yo para compañera una mujer amable, virtuosa, sencilla y llena de atractivos? ¡Ay Amanda! No existe, no, esa mujer que en vuestro concepto podria reemplazaros en mi corazon! Yo os amaba antes que mi padre me hubiese dejado conocer los proyectos que abrigaba; le amo á él y le respeto profundamente; pero no puede exigir de mí, y mas en materia tan delicada, una obediencia ciega, una mentira al pié de los altares, un juramento que mi conciencia repugna y que no me siento capaz de cumplir, ni es racionalmente indispensable para su dicha. Os propongo el medio mas seguro para vuestra tranquilidad, para que á pesar de todos los obstáculos sepais vos que yo soy vuestro y yo que vos sois mia; si vos no aceptais ese medio, yo estoy resuelto; yo haré pública manifestacion de mis sentimientos, porque harto tiempo he vivido violentándome y no puedo soportar la vida en estado tan penoso; mi amor es puro y yo padezco mas para ocultarle que si tratase de ocultar un crímen.

—Milord, por mucho que me martirice yo, cuyo tormento no puedo expresaros, os aseguro que no entraré en vuestra familia á despecho ni á escondidas de vuestro padre.

—¡Dios mio! Cuando de nuestra reconciliacion esperaba yo tanta dicha, he venido en alas del amor para oir de vuestros labios semejantes protestas! ¡Cuando creia salir de aquí dejando asegurada nuestra futura dicha, la alejais mas que nunca de mi ferviente anhelo! ¡Os pido un ligero sacrificio en nombre de mi amor, de vuestro amor, Amanda, y vos...

—Decidme, por grande, por costoso que sea, un sacrificio compatible con mis deberes, milord; un sacrificio que tenga que durar tanto como mi vida, y me vereis arrostrarlo. ¡Ah desdichado de vos, milord, si dierais la mano de esposo á una mujer que en aquel supremo instante sintiese intranquila la conciencia y creyese que faltaba á sus mas sagradas obligaciones! ¿Qué bien podriais prometeros de semejante union y de semejante compañera? ¿No temeriais que fuese tambien capaz de olvidar sus deberes de esposa? Vos os opondriais á la voluntad de vuestro padre; yo á la suya y á los designios del mio; ¿cuándo hallaríamos paz en el alma para gozar de nuestra union?

—Vuestro modo de pensar, Amanda, nos mantendria eternamente en el estado mas penoso. La felicidad no se alcanza sin esfuerzos. Vos que teneis tanta fuerza de reflexion podeis prever fácilmente que una vez consumado nuestro matrimonio, una vez hecho indisoluble por nuestra resolucion, mi padre, que no podria decir que yo habia puesto los ojos en un objeto indigno, sentiria calmarse el resentimiento que hubiese podido concebir contra mí, y cuando llegase á conoceros, como no podria menos de amaros, se regocijaria de lo que vos llamais mi desobediencia. Entonces seriais vos quien afianzase la paz y la concordia en nuestra familia. Araminta os ama, y ella, que tiene mucha influencia en el ánimo de mi padre, apresuraria este feliz momento.

—¡Oh milord! ¿cómo quereis que, por halagüeña que sea esa pintura, me haga olvidar que me proponeis un casamiento clandestino para burlar los planes del hombre cuyo afecto habia de ser el complemento de nuestro bien-

estar? Ni yo debo proponerme contrariar sus graves proyectos, ni debeis exponerme á que me rehuse por hija, desaire que me haria padecer mucho en mi orgullo y que llevaria consigo el rompimiento de los amistosos lazos que siempre han unido al opulento lord Rosven con el pobre Fitzalan. Me lacera el corazon, me abrasa los labios la palabra; pero... separémonos, milord, es indispensable. ¡Quizá os seria menos difícil de lo que esperais olvidar á la desdichada Amanda. Vuestra posicion os ofrecerá medios para brillar en el mundo, para codiciar las miradas de los hombres; la política os brindará sus triunfos y sus intrigas; muchos pensamientos ocuparán vuestra mente; yo en mi oscuro retiro concentraré todos mis afectos en mi padre, y cuando piense en lo pasado procuraré acordarme solamente de que no he sido ingrata para con mi bienhechor.

Y las lágrimas que bañaban el rostro de Amanda pregonaban lo mucho que padecia entre tanto su corazon.

—¿Y creeis, dijo Mortimer, creeis que vuestro llanto me ha de encontrar insensible; que no me ha de decir que me estais proponiendo una crueldad; que á vos misma os destroza el pecho el aconsejármela? ¡Ah! ¡olvidaros yo, querida Amanda! ¡Hallar consuelo alguno en la idea de que vos tambien erais capaz de olvidarme! No, para mí ya no hay dicha posible sino á vuestro lado y con la certeza de que ocupo vuestro pensamiento y palpita por mí vuestro corazon. Oid, escuchadme, Amanda, no hay medio suave que no esté yo dispuesto á emplear antes que apelar á los extremos. Escuchadme: tengo una tia hermana de mi padre, que me profesa mucho cariño. Es mujer de altivos y generosos pensamientos; es muy rica, sobre

todo ahora que ha recogido una cuantiosa herencia, y estoy seguro de que si os conociera y tuviera que elegir una esposa para mí os elegiria á vos. Pues bien, voy á escribirle explicándole con todos los pormenores la situacion en que nos encontramos y suplicándole que venga á Londres, que no dudo lo hará por mí. Yo le rogaré que mueva el corazon de mi padre en favor nuestro, y si ella cede una parte de sus bienes de suerte que mi padre vea que nada viene á perderse aunque no entre á formar parte de los bienes de la familia el dote de Eufrasia, aun espero ver allanados todos los obstáculos que se oponen á nuestra felicidad. Me parece que en este plan no puede caber nada que repugne á vuestra delicadeza; decidme que lo aprobais y yo podré estar algo mas tranquilo, y hoy mismo partirá la carta, para que tarde lo menos posible en manifestarse el resultado de mi proyecto.

Amanda tuvo el plan por aceptable y autorizó á Mortimer para que lo pusiera por obra.

Desde aquel momento el jóven lord ya se creyó en posesion de su dicha y se entregó al regocijo, sobre todo viendo sonreir á Amanda que tantas lágrimas habia derramado por su causa.

Habló de su porvenir, del modo de emplear el tiempo cuando serian dueños de sus amores.

—Pasaremos breves temporadas en Londres, decia Mortimer, así para distraernos y gozar de los atractivos de la sociedad culta, como para el mejor arreglo de lo que entonces podremos llamar «nuestros» negocios; pero despues desapareceremos por largo tiempo, y escondidos en Tudor entre sus tranquilas sombras ¿os acordais? procuraremos ex-

tender la felicidad á nuestro alrededor. Desterraremos de allí las supersticiones, la ignorancia y la pobreza, y alguna vez oiremos bendecir nuestro nombre. Ahora os advierto, querida Amanda, que no quiero ya pasar tantas horas sin veros. Siempre que pueda, aprovecharé las ausencias de la señora Devons para visitaros; porque ¿lo creereis? ciertas ideas, ciertos pensamientos que me satisfacen sólo se me ocurren cuando estoy á vuestro lado sin que nadie nos mire ni escuche.

Al acabar de decir estas palabras entró la señora Devons.

—Me alegro de veros tan bien acompañada, Amanda, dijo al entrar. Si yo supiera que siempre os habia de suceder así, me ausentaria mas tranquila, con la seguridad de que no os habiais de fastidiar en mi ausencia.

Lord Mortimer creyó ver alguna malicia en las palabras de la vieja.

—¡Pobre Amanda, dijo para sí, por carecer de bienes de fortuna se ve condenada á tan insoportable compañía! ¡Ah, no hay esclavitud á que no esté sujeto el pobre! Quiera el cielo que yo pueda librarla de todas.

Saludó graciosamente á entrambas y se fué.

CAPITULO XLII.

Nueva intriga.

Amanda, despues de las penosas sensaciones de aquel dia, quedó con alguna esperanza; pero no abrigaba las seguridades de lord Mortimer.

Acostumbrada á padecer siempre, á ver turbadas todas sus alegrías, burladas todas sus ilusiones, no esperaba que aquella ventura, precisamente la mayor que habia deseado en su vida, se le lograse, desmintiendo la fuerza del destino que desde el nacer le estaba reservado.

La señora Devons supo por su doncella que la visita de lord Mortimer habia sido larga; en sus semblantes conoció al entrar que algo interesante habia ocurrido entre ellos, y esperó con impaciencia el momento en que Amanda le hiciera alguna revelacion, momento que, como es de suponer, no llegó, con grande disgusto de la vieja que se moria por saber cosas ajenas.

Aquella misma tarde, hallándose Amanda en una sala

de paso vió entrar á una mujerzuela á quien le pareció conocer, y no se engañaba en efecto.

Aquella mujer habia vivido en la misma casa que Amanda cuando esta con su padre huia de las persecuciones del coronel Belgrave, y habia sido portadora de cartas de este á la infeliz doncella, que ya la consideró desde entonces como mujer despreciable é infame cómplice de los depravados designios del coronel.

Lucía con muestras de mucho cariño fué al encuentro de Amanda; pero esta retrocedió con horror al verla, respondió con gran frialdad á sus preguntas y se retiró á su cuarto.

Discurrió allí si Lucía diria algo á la señora Devons de su conocimiento; pero creyó que buen cuidado tendria de callarse para no revelar el miserable papel que habia desempeñado con respecto á ella.

Amanda empero no contaba con la osadía á que apelan los perversos, fiando en ella para salir impunes de muchos de sus atentados, como les sucede algunas veces.

La señora Devons se sorprendió al ver que Lucía habia conocido á Amanda y le preguntó el orígen de sus relaciones.

—A vos os sorprende, señora, el ver que yo la conozca, y no me sorprende á mí menos el verla en vuestra casa.

—¡Oh no hagais caso de verla aquí! Muchas veces por tener un buen corazon... La chica está miserable, y una, porque no digan... Aquí come y bebe como una reina, y ya podeis pensar quién lo paga.

Lucía era conocedora del carácter de la señora Devons. Por lo menos sabia que esta nunca oia con disgusto que

se hablase mal de otra persona. Tenia la seguridad de que calumniando á Amanda la daria gusto, y al mismo tiempo queria aprovechar la ocasion de vengarse del movimiento de repugnancia y de la frialdad de esta al verla.

—Pues esa chica, como vos decís, ha estado de huéspeda en mi casa.

—¿De huéspeda? ¿Estais bien cierta?

—¡Toma! Entonces viajaba con un militar viejo, á quien ella á veces llamaba padre; pero como una no es tonta... Por cierto que si yo hubiera sabido antes quién era, no la habria recibido en mi casa, que hasta entonces habia gozado de muy buena reputacion.

—¿Y despues no? ¿Por qué?

—Por causa de ella, señora. ¡Bah, bah! No sabeis bien la que se armó...

La señora Devons conocia que aquella mujer la estaba engañando; pero era tal su aficion á hablar, pensar y oir hablar mal del prójimo, que la escuchaba con tanto interés como si la creyese.

—Pues sí señor, siguió diciendo Lucía; á esa... señorita la rondaban muchos galanes, cosa que á mí ya no me gustaba, porque yo no he andado nunca en trapicheos, y hay ciertas cosas que... vamos, no son para el carácter de una, como podeis comprender.

—¡¡Ya lo creo!!

—Pues, amiga del alma, entre esos galanes habia uno de costumbres muy depravadas y de malísima fama, que era coronel y se llamaba Belgrave, que cada vez que le veia yo entrar en casa, me llevaban los demonios, Dios me perdone.

—Amen.

—Ya estaba yo resuelta á cantarle la cartilla, cuando de la noche á la mañana desaparece la niña.

—¡Oigan!

—Busca que te busca, la niña no parecia. Todos esperábamos ver la cara que pondria el coronel al saber su desaparicion; pero ¿cómo le habíamos de ver la cara? El coronel tampoco pareció.

—¡Conque tampoco!

—Pues es claro. No faltó quien aquel mismo dia viniera á decirnos que los habia visto juntos en una posada de un pueblo que distaba seis leguas. Ya la daba yo por perdida, cuando... figuraos con qué sorpresa me la he encontrado en vuestra casa, dándose un tono y un aire de señorita, que ¡bendito sea Dios!

—Hija mia, contestó la señora Devons, aunque yo no me forjo ilusiones sobre ciertas virtudes, no sabia ni presumia tanto acerca de esa muchacha, á quien ya os digo que protejo por ciertas consideraciones. Mas, como una es así, se deja llevar de su natural, y luego hay aquello de haz bien y no mires á quién...

—Por supuesto...

Ni una palabra creyó la señora Devons del cuento de Lucía; pero le acogió íntegro, porque le servia para contárselo á la marquesa, sin ponerle ni quitarle y dejárselo á ella que lo explotase del modo que creyese mas conveniente á sus miras.

De algun tiempo á aquella parte su empeño por servir á la marquesa era mayor que nunca. Todavía no habia renunciado á frecuentar los altares de Himeneo, y mas de una

vez habia soñado que aumentaba la lista de sus maridos con el nombre de lord Rosven. Una indiscrecion habia hecho conocer á la marquesa el flaco de la viuda, y en dos distintas ocasiones le habia dicho que cuando el conde diese alguna tregua como hacia todos los años á los negocios políticos y estuviese mas tranquilo, ella habia de poder poco ó le habia de determinar á que la tomara por esposa.

Cada vez que la marquesa reanimaba en este concepto las esperanzas de la vieja, excitaba de paso su celo para que la ayudase á frustrar los proyectos de Mortimer con respecto á Amanda.

Antes de veinte y cuatro horas la señora Devons ya habia referido á la marquesa y á Eufrasia todo lo que habia contado Lucía, añadiendo que si era menester la misma Lucía sostendria lo dicho.

La virtud, la lealtad, el candor de Amanda tenian tal poder que de todas aquellas mujeres no hubo una que creyera la infame calumnia; pero todas ellas pensaron convertirla en provecho propio y en daño de su inofensiva víctima, y perderle en el concepto de Mortimer, de cuya pasion ya no dudaban.

Despues de consultar el negocio gravemente convinieron en que no convenia dar el golpe repentino y ruidoso, sino minar sordamente la reputacion de Amanda, preparar con lentitud su caida y entre tanto proceder de modo que nadie pudiera sospechar su intervencion en aquella infamia.

La marquesa en particular podia creer menos que nadie el cuento inventado sobre las relaciones de Amanda con Belgrave, porque sabia por una persona de todo crédito que Belgrave habia dejado á Fitzalan y á su hija reducidos á la

miseria en castigo de la virtud de Amanda y del desprecio con que habia rechazado sus indignas proposiciones.

Afortunadamente para los proyectos de la marquesa, la persona que la habia enterado de este suceso estaba muy lejos y no habia de servir para desenmascarar á los calumniadores.

Importaba á los maquiavélicos planes de aquellas mujeres aparentar que se habian rendido al atractivo y á la dulzura de Amanda y se habian reconciliado cordialmente con ella, y á este efecto resolvieron que la señora Devons le participase al regresar á su casa, que desde el siguiente dia se trasladarian á casa de la marquesa.

Amanda no recibió con gusto la noticia, á pesar de haber añadido la señora Devons que así la marquesa como su hija le habian hablado de ella con mucha dulzura y con el mas afectuoso interés.

—Parece, añadió al terminar, que quieren volver por su honra y demostrar á los maliciosos, que si hasta ahora os han tratado con frialdad, ahora que conocen vuestras excelentes prendas os distinguen y aprecian como mereceis.

¿Qué podia hacer Amanda sino someterse á aquella nueva contrariedad que la amenazaba con privarla de las frecuentes visitas que Mortimer le habia anunciado para lo sucesivo?

Trasladáronse pues á casa de la marquesa.

Eufrasia y su madre recibieron á Amanda, no sólo con demostraciones corteses, sino con insinuaciones de aprecio, y le repitieron lo que la señora Devons les habia indicado acerca de las disposiciones de su ánimo.

Amanda no pudo creer que la maldad revistiera tan hala-

güeñas formas: creyó la inocente que en todo aquello no habia ficcion alguna, y que efectivamente, su dulzura, su dignidad y su decoro habian triunfado de toda funesta prevencion, y lleno el corazon de gozo escribió á su padre aquella mudanza, como hacia con todo lo que le habia de ser agradable.

Así como creyera al principio que con dificultad podria verla Mortimer, se persuadió despues de que se habia engañado, pues la dejaban dueña de sus acciones y no notó que á nada le pusieran obstáculos, ni la estuvieran espiando de continuo, como habian hecho hasta entonces.

La marquesa selló su amistad con varios regalos todos ricos y elegantes, y le dió una de las doncellas para su servicio exclusivo, y Eufrasia dejaba muchas veces el tratamiento de señorita Fitzalan y la llamaba familiarmente Amanda.

El apasionado Carlos no dejaba de visitarla y rendirle sus obsequios mientras esperaba la solicitud del conde Rosven en favor suyo, y entre tanto, á pesar de la negativa que habia recibido, se apasionaba mas y mas cada dia de las gracias de la que deseaba por esposa.

Quince dias habian trascurrido desde su traslacion á casa de su tia, cuando una noche fué con toda su familia al Panteon.

Mortimer le habia dicho que si podia evitar un compromiso que tenia con ciertos amigos, iria tambien al Panteon y deseaba que ella estuviese libre para bailar ó pasear con él.

Amanda se prometia una noche tan feliz como le era dado disfrutarla en la situacion en que se hallaba.

No temia ya las importunidades de Eufrasia y de sus amigas ni tampoco las de la señora Devons, que se atempe-

raba siempre á la conducta de todos aquellos de quienes esperaba algo, salvo el despellejarlos despues cuando creia que ya no le eran necesarios sus servicios.

Apenas ponian los piés en aquel sitio de recreo, cuando Carlos Bingley se presentó á saludarlas.

Nunca como en aquella ocasion habia tenido Amanda por importuno á Carlos, pues imaginó que se pondria á su lado y no la dejaria en libertad para hablar con Mortimer si se presentaba como ella creia.

En efecto, Carlos tenia empeño en demostrar á Amanda que su afecto no le consentia distracciones de ningun género, y que le consagraba todos los momentos que le era lícito pasar á su lado así como todos sus pensamientos.

Apenas llegado á aquel sitio vió á Belgrave que con los ojos fijos y sonrisa diabólica parecia entregado por completo á una sola idea.

Siguió la direccion de sus miradas y vió á Amanda, que con las señoras que la acompañaban iba hácia aquel sitio.

Quedó Carlos un momenta perplejo.

Las señoras fueron adelantando, y al pasar junto al coronel, saludó este á todas y con acento muy marcado á Amanda.

Ella no le habia visto, y al hallarse sorprendida con su presencia, no pudo contener un movimiento de horror que la obligó á retroceder y á dar una gran vuelta para alejarse de aquel hombre.

Carlos lo observaba todo con la mayor atencion.

Tenia muchos deseos de ponerse al lado de Amanda, pero



Amanda no pudo contener un movimiento de horror.



lo que acababa de descubrir le habia puesto perplejo, sembrando la agitacion en su pecho.

Miró á Belgrave, y le halló vuelto de espaldas, porque iba siguiendo todos los movimientos de Amanda, sin perderla de vista un solo instante.

Acercósele y vió pintada en su rostro la expresion del maquiavelismo mas refinado y de la audacia mas confiada en sí misma.

Deseoso de averiguar la causa de lo que veia, impaciente por saber si faltaba á sus deberes de caballero no obligando en el instante mismo á Belgrave á mirar con respeto lo que él adoraba, se encaminó á su encuentro y le saludó.

Belgrave le devolvió el saludo con el tono y las maneras de la mayor cultura, y volvió á mirar hácia Amanda, como lo habia estado haciendo hasta entonces.

¡Qué de sucesos ocurrieron en un breve momento!

Entraba Mortimer en el punto mismo en que Amanda despavorida se alejaba de Belgrave, y quedaba atónito, pasmado al ver el movimiento de entrambos.

Eufrasia y su envidiosa compañera se daban con el codo, al ser testigos de aquella rápida escena, que interpretaron de la manera mas maliciosa.

Amanda con una mirada conoció que para nadie era un secreto lo sucedido; se sobrecogió de miedo al pensar que volvia á estar expuesta á las insolencias del coronel, y adivinó que del suceso se aprovecharian para calumniarla.

Faltóle la respiracion, vaciló... y fué preciso que la sostuvieran para que no cayese al suelo.

Vuelta en sí de la primera congoja, se encontró al abrir

los ojos con la mirada de Belgrave, y cubierta de sudor frio volvió á desvanecerse, de manera que fué preciso trasladarla inmediatamente á casa de la marquesa.

Mortimer se presentó de improviso como si llegara en aquel momento, y cogió á Amanda en brazos para entrarla en el coche.

CAPITULO XLIII.

Carlos Bingley.

Carlos se detuvo expresando con su fisonomía el extraño efecto que le producia el semblante provocador de su amigo.

Aquella maligna sonrisa parecia preñada de revelaciones acerca de Amanda.

Carlos y Belgrave se habian conocido algunos años antes, se habian separado, y largo tiempo habia trascurrido sin que tuvieran noticia el uno del otro.

A los ojos de Carlos Bingley, el coronel Belgrave era un hombre dado á los placeres, algo veleidoso, muy galanteador y audaz en lo que emprendia; pero de ningun modo le habria creido capaz de maldad alguna ni pérfido hasta el extremo de calumniar á una mujer.

Carlos, ocupado en un solo pensamiento, le volvió á mirar y le preguntó:

—¿Conoceis á la señorita Fitzalan?

Belgrave guardó silencio un momento y por fin respondió:

—Sí; su padre habia tomado tierras mias. Es una de las mas hermosas muchachas que he conocido y muy amable tambien.

—En efecto... replicó Bingley, amable es la señorita Fitzalan, y en lugar de acogeros con la amabilidad que á todo el mundo, ha parecido asustarse... horrorizarse...

—¡Oh...! no tanto, no tanto como horrorizarse, replicó á su vez Belgrave. Se ha sorprendido, se ha mostrado conmigo desdeñosa... ¡Oh amigo, el bello sexo es muy caprichoso é inconstante!

—¿Inconstante decís? ¡Pues qué! ¿habeis acaso merecido que en otro tiempo la señorita Fitzalan se os mostrase mas amable, mas...

Volvió á sonreir maliciosamente Belgrave y respondió con calma y aplomo:

—Algo mas.

—Belgrave, dijo Carlos con vehemencia, no sabeis el daño que me estais haciendo. Basta de misterios, que me mortifican, y hablad claro. Os lo ruego como amigo, y os advierto que las intenciones que me guiaban hácia la señorita Fitzalan me autorizan para exigir una explicacion franca y completa.

—El coronel Belgrave, que no cederia á ninguna exigencia hecha con imperio, está pronto á acceder al ruego de su amigo Bingley, y le jura por su honor que no le ocultará nada que pueda interesarle en este asunto.

—¡Oh amigo mio! si vierais mi corazon en este momento...

—Pst... calma, calma y no seamos chiquillos. El sitio en que nos hallamos no es á propósito para una explicacion

de esta clase. Un negocio de mucha importancia me obliga ahora á suplicaros que me dejeis solo y dueño de mis acciones, como lo haria yo por vos en ocasion semejante. Esperad...

—Pero me vais á dejar así, cuando mi cabeza está ardiendo, cuando la agitacion y la fiebre me devoran...

—Pues por lo mismo. Es menester que... Para oir cosas graves, un hombre que hasta ahora ha abrigado las intenciones que me habeis dado á entender, es preciso que tenga el ánimo sereno: eso demasiado debe comprenderlo un hombre discreto como vos. Con vuestro permiso...

Desapareció Belgrave entre un grupo de gente, dejando á Carlos entregado á todos los tormentos de los celos, de las mas espantosas dudas sobre la virtud de Amanda.

No acertaba á salir de aquel sitio donde poco antes habia entrado con propósito de adelantar un paso, de ganar algo del corazon de aquella mujer que en su concepto no tenia igual en la tierra.

Desde la aparicion de Belgrave todo habia variado de color y aspecto: la animacion y alegría que reinaban allí le parecian un cruel sarcasmo, así como la risa de los labios de Belgrave le parecia una mueca infernal.

Vagaba sin saber á dónde iba, sin conocer á nadie, sin poder detener su inquieta planta, y buscaba por todas partes á Belgrave para pedirle que tuviera compasion de él, resuelto á no dejarle hasta obtener la aclaracion de aquellas reticencias que habian acabado de robarle la calma y la paz del corazon.

Muchas veces daba vueltas creyendo él mismo que miraba y nada veia. Estaba en un estado semejante á la demencia.

Todo el mundo se habia ya retirado, y él recorria las salas del Panteon, creyendo oir la música y el ruido y ver la confusion de los concurrentes que iban y venian.

Un portero le miró con asombro advirtiéndole que iba á retirarse para que cerrasen, y entonces volvió en sí y recorrió inquieto las calles de Londres sin resolverse á ir á su casa ni acertar con el camino que debia llevar.

A la madrugada se sintió rendido de fatiga, tiritando de frio, y se encontró en una plaza pública, junto á una fuente.

Volvióse á su casa, se arrojó sobre el lecho, y agitada su imaginacion, daba profundos suspiros y veia continuamente ante sus ojos la diabólica sonrisa del coronel Belgrave.

Esperaba con impaciencia que fuera de dia para ir á verle, y entre tanto daba paseos por su cuarto, tratando en vano de coordinar sus ideas.

Llamó un criado á su puerta y aquel leve ruido le sobresaltó extraordinariamente.

Abrió como si fuera á arrostrar un peligro, y el criado que sólo iba á entregarle una carta, se admiró al verle desencajado el rostro, por lo general risueño y benévolo.

Abrió Bingley la carta y buscó la firma.

Era un anónimo.

El corazon le dijo que aquel papel se referia al suceso de la noche anterior.

Clavó en él los ojos que parecian estar fuera de sus órbitas, y leyó lo siguiente:

«Si el señor Carlos Bingley tiene en algo su honor y su «tranquilidad, como no es dudoso, renuncie desde ahora á «sus proyectos acerca de la señorita Fitzalan. Se lo acon-

«seja un amigo sincero, que por delicadeza se vale de este «medio para advertirle.»

Helada sintió Carlos la sangre en las venas despues de leer las anteriores líneas.

Quedó suspenso con el papel en la mano, y de pronto le zumbaron los oidos y se le agolpó la sangre á la cabeza latiéndole las sienes con tal violencia como si fuera á partírsele el cráneo.

Alargó instintivamente la mano y se apoyó en el respaldo de una silla para no dar consigo en el suelo.

Pasóse la mano por la frente, abrió la ventana para respirar el aire que le faltaba y se sentó al borde de su lecho.

Volvió á leer el papel deletreándole, y con los dedos crispados por el dolor se tiraba violentamente del cabello.

Irguióse de pronto como si se hubiese librado en un momento de una fuerza superior que le tuviesè dominado, y examinó con detencion el carácter de la letra calculando á quién podria atribuírsela.

—Belgrave, dijo á media voz con tono afirmativo.

Dobló la carta, se la metió en un bolsillo, y componiéndose en un instante el desordenado traje, salió á la calle y se dirigió á casa del coronel.

Este no dudaba que se presentaria aquella mañana y le vió entrar desde una ventana.

Dió á su fisonomía el aspecto que creyó mas conveniente para el caso y esperó tranquilo.

Carlos sin hacerse anunciar, penetró apresuradamente en su cuarto.

—Belgrave, le dijo, vengo á saber si es vuestro este billete.

Tomóle Belgrave, hizo un gesto de compasion, y volviéndose á Carlos, que, como él presumia, estaba espiando todos sus movimientos, le preguntó:

—¿Insistís aun en lo de ayer noche?

—Os pregunto si habeis escrito vos este billete.

Belgrave le lanzó una mirada penetrante, y despues con rostro muy compungido dejó caer la cabeza sobre el pecho y se cruzó de brazos.

—Por compasion, dijo Carlos, que apenas podia hablar, sacadme de esta cruel incertidumbre.

—Pues bien, contestó al fin Belgrave, fingiendo gran sentimiento: este billete es mio.

Carlos se llevó ambas manos á la frente.

—Ayer os aconsejé la calma, porque conocia vuestro carácter apasionado; pero veo que no hicisteis caso de mis consejos. Esta mañana procuré desvanecer vuestras ilusiones tratando de que vos mismo renunciarais á una explicacion entre nosotros que no podia menos de ser dolorosa, y vos os empeñais todavía... Ea, Carlos, seamos hombres. Ya puede decirse que hemos hablado bastante del asunto; figuraos que lo habeis oido todo y...

—No, imposible; despues del tormento de la duda, necesito el tormento de la realidad. Quiero que hableis.

—Sois un insensato. ¿Quereis que hable? Pues bien, permitidme que por compasion á vos mismo sea yo breve, conciso. Sabedlo: la señorita Fitzalan y yo nos hemos amado en otro tiempo. Yo no soy un D. Juan Tenorio; pero cuando una hermosa se me pone delante y ostenta para mí su ingenio, sus gracias, aquel aire de modestia que le sienta tan bien y contrasta deliciosamente con una desen-

voltura que nadie sospecha... ¡qué diantre! tampoco soy de bronce. Encontré á esa mujer...

—¡Esa mujer! repitió Carlos herido en el alma por aquel tono de desprecio que ya creia merecido.

—¿Cómo quereis que la llame? preguntó Belgrave con indiferencia; encontré á esa mujer, é... hice lo que otro cualquiera en mi lugar: no evité su encuentro.

—¡Basta... basta! exclamó Carlos con la voz anudada en la garganta. Ya todo acabó para siempre entre nosotros ¡oh Amanda! única mujer á quien adoraba mi corazon, única á quien habia amado!

Carlos se dejó caer sobre una silla, apoyó los codos en la mesa y se cubrió el rostro con el pañuelo.

Belgrave colocado delante de él hizo un gesto de satisfaccion horrible.

Dió en seguida á su acento el tono de la piedad y dijo:

—¡La amabais mucho, pobre amigo mio!

—Sí, contestó Carlos procurando dominar sus sollozos: la amaba... ¡no es posible decir cuánto la amaba! La creia la mujer mas digna de ser amada, de ser estimada; era la única mujer que pudo hacerme creer poco digno de ser su esposo; y el vivo dolor que siento es mas por ella que por mí, Belgrave: porque me duelo de ver cubierto de infamia el ídolo de virtud y pureza, de bondad y candor que yo habia levantado en mi mente para tributarle las adoraciones del corazon.

Levantóse, y juntando las manos exclamó:

—¡Oh! es horrible ver á una criatura hermosa, dotada por la naturaleza de tan poderosos atractivos, carcomido el

corazon, pervertidos los sentidos y la inteligencia, privada de pudor...

—Vamos, amigo mio, no os intereseis tanto por quien no lo merece. Os ha engañado, os ha solicitado, os ha seducido, ha querido arrancaros, ó quizás os habia arrancado ya promesas solemnes ¿no es cierto? ¿no habia un poquito de matrimonio entre sus protestas y monadas? Sed franco conmigo.

—No, respondió Carlos: no puedo acusarla de que haya tratado de engañarme ni atraerme: jamás alentó mis pretensiones; jamás halagó mis esperanzas.

Belgrave se mordió los labios.

—Ya entiendo, dijo, enmendando su falta, ya entiendo. Conozco su táctica: ella no os dijo nada directamente para atraeros y vos os sentiais cada vez mas atraido; no alentaba vuestras esperanzas y sin embargo vos esperabais...

—Es cierto.

—Es claro: erais el cebo para otro. ¡Oh! la niña pica muy alto, y bajo su aspecto de candor y sencillez pastoril abriga ambiciones desmedidas y aspira nada menos que á la mano de lord Mortimer, y no extrañaria que le prendiera en sus redes. Ya visteis ayer cómo se deshacia preguntando la causa de su mal; ya visteis qué asiduo, que vehemente; todas sus acciones y palabras eran de hombre profundamente enamorado. Nada, nada, querido Carlos, añadió Belgrave dándole golpecitos en el hombro; lo que debeis hacer es...

—Partir. Me vuelvo á Irlanda; voy á olvidarla. ¡Así pudiera ignorar que la he conocido!

—Eso no. No debeis ser ingrato con la Providencia que

por su medio os da una leccion que puede seros muy provechosa en lo porvenir.

—¡Ah no lo creais, Belgrave! He sentido por ella una pasion tierna, vehemente, pura; he gozado pensando en ella todas las dulzuras de la esperanza y apurado la amarga copa del desengaño. Ya ninguna otra mujer puede hacerme sentir lo que he sentido por ella. Mi corazon ha muerto para el amor, y en las gracias de las mujeres no veré en lo sucesivo sino instrumentos del engaño. ¡Oh cuántas cosas, Belgrave, van á perder su encanto para mí!

—Pues, hijo mio, no sois razonable. Si cada vez que nos engaña una mujer hiciéramos voto de castidad... ¡estábamos frescos! No digo que no le escueza á uno una burla semejante; pero, hijo, la vida es breve y no se ha de ir toda en lágrimas. Partid, si así lo quereis; olvidad pronto á la bella y volved luego, resuelto á emprender una conquista digna de vos. En todo tiempo y lugar ya sabeis que Belgrave es vuestro amigo.

—Si lo hubiera dudado alguna vez, hoy me habria convencido de ello. Recibid las gracias que os da mi corazon, y adios, adios; yo debo partir.

CAPITULO XLIV.

Otra víctima.

Lord Mortimer habia pasado la noche con gran desasosiego, despues de la escena del Panteon, y como sir Carlos Bingley, esperó ansioso el dia sin poder cerrar los ojos y con ansia de averiguar el orígen de aquel temblor y aquella palidez de Amanda.

Bastante le habia costado no presentarse en casa del marqués despues del espectáculo para adquirir noticias de su amada, y si se contuvo fué por observar la prudencia que uno á otro se habian encomendado.

Las primeras horas de la mañana las pasó dando vueltas por su aposento; despues salió á una plaza inmediata, y cuando le pareció que casi era hora oportuna para una visita de confianza, se dirigió á casa del marqués de Rosline.

Eufrasia y la señorita Sonder estaban almorzando juntas, y apenas entró Mortimer se dieron con el pié como advirtiéndose de que adivinaban el objeto de su visita.

Poco tardó Mortimer en patentizarlo preguntándole cómo estaba Amanda.

—Creo que aun no está muy buena, respondió Eufrasia. Encerrada se halla en su cuarto. No ha pedido de almorzar ni ha subido en toda la mañana.

La señorita Sonder, viendo que Mortimer callaba, y deseando que la conversacion girase sobre Amanda, dijo con cierto gesto de misterio:

—Yo aun no he vuelto de mi sorpresa.

—Ni nadie, añadió Eufrasia.

—¿De qué sorpresa hablais? preguntó Mortimer.

Eufrasia dió con el codo á su amiga, que respondió inmediatamente:

—¡Ah! ¿no estabais vos presente cuando Amanda se encontró de improviso con el coronel Belgrave?

—No... no estaba yo, dijo Mortimer turbado, pero ¿hay algun enlace entre la indisposicion de Amanda y la presencia del coronel en el espectáculo?

El dardo estaba clavado.

La señorita Sonder se apresuró á responder:

—No diré precisamente... Puede ser cosa delicada asegurar... Nadie mejor que la señorita Fitzalan podria aclarar este punto.

—¿Pero la señorita Fitzalan, volvió á preguntar el jóven lord con cierta inquietud, conoce al coronel Belgrave?

—Ahora me haceis caer en una cosa, contestó Eufrasia; ¡es particular! El padre de Amanda ha sido arrendador de Belgrave; este ha visitado sus tierras estando Amanda con su padre en aquel condado, y sin embargo, mi prima no nos ha dicho nunca que le conociera, cuando ayer se vió

bien claramente... En fin, no nos metamos en lo que no nos importa.

Mortimer se puso sombrío.

Conocia á Belgrave, sabia la maldad de su corazon y era infamada toda mujer que con él hubiera tenido relaciones.

La incauta que daba márgen á que se creyera que tenia intimidad con él, quedaba perdida en el concepto público.

En estos pensamientos se abismó con gran contento de las dos señoritas que le estaban observando y veian lo que le pasaba como si su corazon fuese un libro abierto para ellas.

Habian sabido por la marquesa lo ocurrido en el espectáculo, y se habian preparado para sacar provecho de la noticia en daño de su pobre víctima.

La marquesa se hallaba en el salon de baile al presentarse Belgrave delante de Amanda, y con viva curiosidad, medio oculta entre varios grupos de paseantes con la señora Devons á quien daba el brazo, se habia enterado perfectamente de todo.

Obtenido el triunfo que deseaban, Eufrasia y su amiga se retiraron para dejar al jóven lord en completa libertad para atormentarse.

—Esta noche, lord Mortimer, hay comedia nueva. Prometedme que nos veremos en el teatro.

—Sí... nos veremos, señorita. Tendré mucho gusto en ello.

—Sois muy galante; ya sabeis que yo siempre os veo con placer, aunque os vais vendiendo muy caro. ¿Hasta la noche pues?

—Sí, prometo visitaros, ya que sois bastante amable para hacerme recordar...

No le era posible á Mortimer responder con acierto á lo que le preguntaban, porque su entendimiento estaba todo fijo en las noticias que acababa de adquirir.

¡Aun no habia dudado y padecido bastante por su amor para que viniese á añadirse á las anteriores aquella nueva duda, la peor de todas!

En efecto, Amanda conocia á Belgrave y lo ocultaba.

¿Seria para librarse de calumniosas sospechas, ó para ocultar la iafamia que las relaciones con aquel hombre llevaban consigo?

Pero ¿podia caber infamia en Amanda?

¿No era ella la que procedia siempre guiada por los principios del honor y la virtud mas severos?

¿No era la misma que en el parque de Tudor se habia mostrado tan digna y jamás habia desmentido la excelente opinion que en el primer momento formara el que tanto la amaba?

¿No era la misma Amanda quien acababa de negarse á un matrimonio secreto con Mortimer, por respeto á la obediencia debida á su padre y á los designios de lord Rosven, cuya proteccion no queria pagar con una conducta que á sus ojos era un acto de deslealtad?

¿Aquella hermosa, casta y modesta Amanda, modelo de abnegacion, cuyos escrúpulos en vano habia querido vencer él; aquella hermosa en todo, delicada en todo, habia de ser una vil mujer, semejante á las que habian sido escándalo de la virtud en sus relaciones con Belgrave?

Pero ¿por qué ocultaba cuidadosamente que habia conocido á este?

¿Por qué habia temblado y palidecido á su vista?

¿Por qué habia mostrado tanto empeño en salir inmediatamente del lugar ameno donde se hallaba evitando responder á la solicitud del coronel, que con sus ofrecimientos y ademanes daba bien á entender que la conocia?

Tanto misterio, tanta duda tenian inquieto, agitado el corazon de Mortimer hasta un extremo indecible.

¿Tendria Belgrave algun vergonzoso derecho adquirido sobre ella?

¿La resistencia de Amanda á casarse secretamente con Mortimer, seria hija de algun lazo que no podia quebrantar, de alguna pasion hasta entonces hipócritamente encubierta?

Todo en Amanda desmentia tan crueles sospechas; pero nada en ella explicaba de ningun modo la escena de la noche anterior.

Mortimer tenia necesidad de descifrar aquel enigma, de adquirir una certeza, de salir de dudas y respirar libremente; porque la congoja le estaba ahogando.

Ocurríansele mil pensamientos diversos y los desechaba todos por infundados.

Del extremo del temor y del espantoso recelo, pasaba al extremo de la confianza.

Su amor abogaba por Amanda; su orgullo despertaba en él la prudencia y con la prudencia el temor de un engaño horrible.

Reprendíase á sí mismo por las ideas injuriosas que las palabras de la señorita Sonder y Eufrasia le inspiraban, y despues de censurarse gravemente á sí mismo por sus indignos y bajos pensamientos, se verificaba en él una súbita reaccion y se echaba en cara su necia y pue-

ril confianza antes de haber aclarado el inexplicable suceso.

Creia que la ternura, la sencillez de corazon, el pudor de su amada, no podian ser hipocresía y vana apariencia; pero por otra parte, ¿qué cosa más cierta que su conocimiento con Belgrave, su cuidado en ocultarlo y su conmocion al verle la noche anterior?

Solo, triste, meditabundo, con un peso enorme en el corazon, permaneció largo rato donde Eufrasia y su amiga le habian dejado.

Esperaba, y no sabia qué esperaba; temia, y se avergonzaba de sus temores.

Amanda continuaba encerrada en su cuarto.

Era la hora en que su padre tenia costumbre de verla todos los dias, y se resolvió aunque con pesar á volver á su casa.

En el semblante se le conocia lo que estaba padeciendo, y por más que hizo un esfuerzo sobre sí mismo al salir a la calle, no pudo disipar la nube de tristeza en que estaban envueltos sus pensamientos ni acallar los violentos latidos de su corazon.

—¡Misterio es el hombre para sí mismo, decia; héme aquí que en este momento ignoro quién soy! Yo, Mortimer, no sé sino que me han puesto el nombre que llevo; pero no sé quién es el individuo á quien ese nombre se aplica hace tantos años.

¿Soy juguete de un error de mis sentidos?

¿Soy un hombre amado de una jóven bella, inocente, pura, de noble corazon y capaz de los más altos sacrificios por conservar sin mancha ni leve sombra de sospecha su honor?

No lo sé.

¿Soy ludibrio de una infame mujer prostituida al hombre más indigno, esclava de él y amarrada á su poder con los lazos del vicio ó de la más indigna debilidad?

No lo sé tampoco.

¡Oh, es imposible que una duda semejante se prolongue por mas tiempo!

Es menester que llegue pronto la aclaracion, el descubrimiento patente de lo que ha pasado y está pasando: un dia mas y mi corazon dejaria de latir y mi mente de pensar.

Habia acortado el paso miéntras se entregaba á estas reflexiones, y lo volvió á alargar para llegar á presencia de su padre á la hora de costumbre.

Caminando de prisa pasó por el lado de Carlos Bingley.

Pesóle de hallarse precisamente en aquella ocasion con aquel jóven que la noche antes habia sido testigo del suceso que tanto le atormentaba.

El semblante de Cárlos no era mejor que el suyo.

Vióle pálido y ojeroso, y al alargarle este la mano observó que temblaba y ardia con violenta fiebre.

—Perdonad, señor Bingley, dijo Mortimer que deseaba evitar toda compañía, y sobre todo la de Carlos para no verse obligado á hablar con nadie de la causa de la indisposicion de Amanda; perdonad si no me detengo, pues voy directamente á mi casa por ser la hora á que suele venir mi padre.

—A vuestra casa voy yo tambien, señor Mortimer.

—En ese caso iremos juntos.

—He merecido un atento recado de vuestro padre que me anima á estarme esperando.

Entraron juntos, y cuando Mortimer iba á retirarse, le dijo lord Rosven con mucha afabilidad:

—No es menester que te retires, hijo mio. El señor Bingley, estoy seguro de ello, tendrá un vivo placer en que permanezcas con nosotros y oigas la grata noticia que tengo que comunicarle. Señor Bingley, os felicito. Tengo carta de mi amigo Fitzalan... no hay para qué decir más.

Mortimer hizo un violento ademan de sorpresa.

Carlos Bingley quiso hablar y no pudo.

—El honrado Fitzalan, prosiguió lord Rosven, es en este momento tan dichoso como vos podais serlo, aunque parezca exageracion, y yo tomo mucha parte en vuestra felicidad. Lo mismo me atrevo á creer que le suceda á mi hijo y á cuantos tienen la dicha de conoceros; que de seguro no podrán menos de estimaros.

Entre tanto buscaba lord Rosven la carta de Fitzalan.

A Carlos se le saltó una lágrima de dolor y de despecho al ver cómo juzgaba de su situacion aquel buen amigo, ignorando el cambio repentino ocurrido en ella.

Mortimer vió añadida una confusion á todas sus confusiones, y volvió el rostro para que no descubriese su semblante lo que su corazon padecia en aquel momento.

—Mi honrado amigo Fitzalan, dijo lord Rosven recorriendo con la vista el papel que tenia en la mano, se expresa en los términos mas lisonjeros así con respecto á vos, como con respecto á mi inútil intervencion en este asunto. Agradece infinito el honor que haceis á su familia solicitando la mano de la señorita Fitzalan...

Mortimer ahogó un profundo suspiro, y con una contraccion violenta desgarró las vueltas de encaje de su camisa.

—Mi amigo, prosiguió lord Rosven, se persuade de que una persona de vuestras prendas hará la felicidad de su hija, y no duda en asegurarme á mí que conozco su lealtad, que su hija sabrá mostrarse digna del que le dé su mano. La señorita Fitzalan habrá recibido á estas horas carta de su padre sobre el mismo asunto, pues él me avisa que le escribe por el mismo correo. No dudo pues que este asunto terminará de la manera mas satisfactoria para todos y que cuanto antes escribireis al bravo Fitzalan...

—Señor conde de Rosven, dijo Carlos que hasta entonces no habia podido romper el silencio, siento infinito el compromiso en que os he puesto y la molestia que os habeis tomado...

El conde le miró asombrado.

Mortimer volvió á él el rostro repentinamente.

—He renunciado, prosiguió Carlos, á toda idea de matrimonio con la señorita Fitzalan.

CAPITULO XLV.

Dos rivales caballeros.

Lord Rosven no pudo ocultar su sorpresa.

Carlos habia vuelto á su silencio.

Mortimer escuchaba anhelante esperando con vivas ansias explicaciones de Carlos.

—No puedo ocultaros, señor Bingley, dijo el conde, la extrañeza, cuando menos, que me causa vuestra conducta. Vos la comprendereis perfectamente recordando cuán poco tiempo hace que en este mismo sitio hablamos sobre este asunto y mostrasteis disposiciones del todo contrarias.

—Es verdad, señor conde.

—A vuestras reiteradas y ardientes súplicas accedí gustoso, y por complaceros escribí á mi amigo Fitzalan...

—Lo sé, señor conde, y os lo agradezco infinito. Lo que por mí habeis hecho...

—Nada es lo que he hecho por vos, señor Bingley, y no merece recordarse; pero...

—Convengo, milord, en que á primera vista mi resolucion puede pareceros extraña y tal vez censurable.

—Yo no he dicho...

—No lo habeis dicho, pero podriais creerlo. Sabed pues que he adquirido la conviccion de que no podria ser feliz casándome con la señorita Fitzalan.

Carlos Bingley amaba todavía á Amanda y sobre todo era caballero, y no queria que por culpa suya padeciese el menor menoscabo la reputacion de una mujer.

Inspirado por estos sentimientos, prosiguió:

—Vos convendreis conmigo, milord, en que no podria ser feliz con una mujer que constantemente ha correspondido á mis agasajos con la mas completa indiferencia. La pasion me enardeció; el deseo me hizo concebir esperanzas locas, y entonces ofuscado os supliqué que dierais un paso á que vos os prestasteis con la mayor benevolencia. Ahora que la razon ha recobrado sus fueros; ahora que soy dueño de reflexionar, abandono un proyecto que considerado á sangre fria, no me puede proporcionar la dicha que yo anhelaba, y á que debo renunciar con profundo sentimiento.

—Nadie mejor que vos puede juzgar sobre esta materia, dijo el conde.

—Y puedo aseguraros que he meditado mucho sobre ella.

—Yo sólo intervine en el asunto por el cariño que os profeso y por la amistad y estimacion que profeso á Fitzalan. Supongo que vuestro proceder es honrado y que no recaerá mancha alguna en el honor de la señorita Amanda.

—Podeis estar seguro de ello, replicó Bingley con mucha animacion. Hasta hoy todas mis acciones han merecido la estimacion de las personas honradas, estimacion que

creo conservar y procuro y procuraré merecer siempre.

—Así lo creo yo tambien.

—Señor conde, os agradezco mucho este favorable concepto, y os repito las gracias por vuestra amabilidad. Estoy seguro de que la señorita Fitzalan escribirá á su padre en términos que ese señor no verá en mi desistimiento sino un acto muy razonable. Si las cosas hubiesen sucedido como yo deseaba, ¡oh! yo seria verdaderamente feliz. Mil perdones, milord, y mil gracias.

Saludó Carlos y salió para no prolongar aquella conversacion que le hacia padecer en muchos conceptos.

Lord Mortimer no habia dejado de pensar en aquella repentina renuncia de Carlos á la mano de Amanda, con tanto fervor solicitada pocos dias antes; de Amanda, á quien el dia anterior estaba prodigando finos obsequios.

Tan repentina é inesperada resolucion debia tener una causa muy poderosa: esa causa deseaba averiguar lord Mortimer; esa causa podia quizás motivar en él un cambio de conducta semejante al que acababa de notar en Carlos Bingley.

Habia temido perder el amor de Amanda y temia ahora que sir Carlos no supiera algo mas de lo que habia dicho y ocultase lo que podia redundar en descrédito de su amada.

Cierto que Carlos habia asegurado que el honor de la señorita Fitzalan no padecia menoscabo despues con su conducta; pero el tono en que habia dicho primero que renunciaba á todo proyecto de matrimonio con ella parecia encerrar un sentido poco favorable á la mujer de cuyo honor respondia poco despues con un celo que quizás tenia trazas de exagerado.

Carlos era muy amigo del coronel Belgrave.

El coronel Belgrave se hallaba á su lado en el salon de baile cuando padeció Amanda la congoja; el nombre del coronel Belgrave sonó en los labios de Eufrasia y su amiga al ocuparse de la indisposicion de Amanda.

Nuevas sospechas, nuevos recelos acosaron á Mortimer.

No pudiendo dominar su curiosidad salió presuroso á la calle y se reunió con Bingley diciendo:

—Está de Dios que hoy caminemos juntos por las calles de Londres, cosa que no nos habia sucedido en mucho tiempo.

—Es verdad que hace mas de un año no habia yo tenido ese placer, le contestó Carlos.

—Pareceis triste, señor Bingley; no vayais á dejaros abatir por el mal éxito de una aventura amorosa. ¿Quién sabe? Acaso no habeis hecho todavía los últimos esfuerzos para vencer la resistencia de la hermosa, y con vuestra perseverancia y vuestras bellas cualidades...

—No, no pienso en hacer ningun otro esfuerzo. Aspire al triunfo quien como vos esté dotado de esa perseverancia que me suponeis dispuesto á mostrar en un asunto, que, ya lo he dicho, ha terminado para mí.

—Lo cierto es, como os decia no há mucho mi padre que sorprende cuando menos la precipitacion con que renunciais á la mano de la señorita Amanda, precisamente cuando acabais de obtener el consentimiento del señor Fitzalan.

—Vos habeis oido mis razones.

—Por lo mismo. Hoy he oido vuestras razones, y ayer mismo, ayer noche, aun no hace veinte y cuatro horas, os ví suspirando por ella, colmándola de atenciones, y jurando que la amabais como siempre.

Carlos suspiró y con profundo acento dijo:

—Y no he dejado de amarla.

—La amistad de mi padre con el honrado Fitzalan pone á su hija bajo el amparo, digámoslo así, de mi familia, y como los públicos obsequios que habeis tributado á Amanda no han podido menos de llamar la atencion de la gente, me parece que vuestra repentina separacion de ella ha de dar que hablar á los curiosos y sobre todo excitar el interés de sus amigos,

Interrumpióse Mortimer esperando una contestacion de Carlos.

Este viendo que callaba, sólo le respondió:

—No lo dudo.

—Os parece natural que alguno de ellos os pregunte...

—Señor Mortimer, dijo Carlos, vuestro padre lord Rosven es la única persona que ha intervenido en este negocio y por consiguiente la única que tenia derecho á pedirme explicaciones. Nos hemos visto ya como sabeis; se ha contentado con lo que le he dicho, y podeis estar seguro de que á nadie mas daré cuenta de mi conducta.

—Vuestras palabras me hacen comprender que además de las razones que habeis dado á mi padre, teneis otras reservadas. ¡Lástima grande en verdad que de vuestra insinuacion puedan deducirse consecuencias de importancia y que puedan ser funestas á una reputacion de mujer! ¿Quién es capaz de poner freno ni límites á las interpretaciones? La malicia es como cierzo, y la reputacion de la mujer es como flor. Figuraos, figuraos qué partido no puede sacar la malignidad de vuestro repentino retraimiento y de vuestras insinuaciones. Ella es jóven, es pobre, es hermosa, vive lejos de su padre...

—Tened por cierto, amigo mio, que si de lo que yo diga ó deje entender depende la reputacion de la señorita Fitzalan, quedará sin mancha alguna.

—Yo bien sé que no tengo derecho á erigirme en defensor suyo; pero soy su amigo, como lo soy vuestro, y en este concepto os hablo. Esta doble amistad me inspira doble interés que es lo que me obliga á hablar en este momento del modo que hablo con vos. Deseo la felicidad de la señorita Fitzalan y os confieso que sentiria en el alma verla expuesta á murmuraciones.

—En efecto, veo que os interesais vivamente por esa señorita.

—Cuando no me fuera simpática en extremo como lo es para cuantos la conocen, la amistad de mi padre al suyo, el aprecio en que ella misma le tiene...

Miró Carlos atentamente á lord Mortimer, y deteniendo el paso le dijo:

—Permitidme, milord, una pregunta, y desearia que bajo palabra de honor me respondierais sincera y categóricamente.

Con sorpresa le oyó Mortimer, le miró tambien y le contestó alargándole la mano:

—Teneis mi palabra. Preguntad.

—Decidme pues: ¿habeis deseado alguna vez que se llevara á efecto mi proyecto de enlace con la señorita Fitzalan?

Mortimer sintió que le asomaban al rostro los colores, y respondió:

—Os confieso, señor Bingley, que no lo he deseado.

—Vos y yo, señor Mortimer, somos imprudentes en nuestros afectos y nos dejamos llevar de ellos con demasiada

facilidad. Somos impetuosos en nuestras pasiones y nos entregamos sin resistencia á ellas; es muy posible que hiciéramos mas bien resistiéndonos y no dejándonos conducir mas allá de ciertos límites... En fin, os repito que no hay nadie mas celoso que yo del honor de la señorita Fitzalan, pues aunque me alejo de ella, la amo todavía.

—¡La amais!

—Sí, no intento negarlo.

—¡Y renunciais á su mano!

—No puedo renunciar lo que me ha sido imposible obtener. Si ella hubiera correspondido á mi afecto, os aseguro que mi felicidad habria sido completa. Ella no ha querido... Por lo demás, mi retraimiento no puede redundar en agravio suyo, desde el momento en que afirmó que el único motivo que de ella me aleja es su frialdad hácia mí. Vuestro padre ha quedado convencido con esta razon, ¿y cómo no habia de quedarlo? Él sabe bien que un hombre sensible no puede hallar la dicha al lado de una mujer que no le corresponde con todo el amor de que sea capaz su corazon y no dudo que de la misma manera opinareis vos tambien.

—Sin duda que sí.

—Ahora, dijo Carlos, permitidme que os diga lo que siento sobre un punto que interesa tambien á la señorita Fitzalan.

—Hablad sin reparo, dijo Mortimer con seguridad.

—En mi concepto quien perjudica á la señorita Fitzalan con su conducta no soy yo, sino vos.

—¡Cómo! Explicaos.

—Me explicaré y me comprendereis perfectamente. No

son mis palabras, sino las vuestras las que encierran una insinuacion desfavorable para la señorita Amanda.

—No acierto... ¿Qué he dicho yo que pueda...

—Vos manifestais no dar crédito al motivo que yo alego para alejarme de ella, y suponeis que debo tener otro de tal naturaleza que me vea obligado á callarlo.

Lord Mortimer comprendió en seguida cuán atinada era la observacion de Carlos Bingley.

Temió haber tomado con demasiado calor la defensa de Amanda, y se turbó al ver cuán expuesto se hallaba á revelar ó dejar que adivinasen su secreto, obteniendo un resultado contrario al que se proponia.

—Habeis hablado como un libro, dijo con toda sinceridad á Carlos. La pasion suele ser como ciertos abogados que por exceso de celo pierden las causas encomendadas á su defensa. Me he ofuscado, lo confieso. Sabiendo quién sois vos, debia presumir desde luego que en todo habiais de obrar como un cumplido caballero, y dejarme de dudas y de observaciones pueriles. No debo pasar de aquí, amigo señor Bingley. Tengo entendido que pensais volveros pronto á Irlanda. No olvideis que dejais aquí un amigo que se interesa por vuestra felicidad y que está dispuesto, si os puede ser útil alguna vez, á prestaros todo su apoyo.

—Señor Mortimer, vos sois un hombre á quien estimo muchísimo. Si Carlos Bingley se va á Irlanda y no vuelve en mucho tiempo á Londres, no por eso os tendrá léjos de su memoria, y si algo hubierais menester de él, hablad, y vuestra indicacion será un mandato.

Estrecháronse la mano cordialmente y se separaron.

Lord Mortimer se volvió á su casa y evitó hablar con su

padre de aquel asunto, pues no queria que conociese el efecto que producia en él el nombre de Amanda.

Carlos Bingley no se dejó ver, pues todo le era enojoso ménos la soledad y el silencio.

Belgrave pasó el dia frotándose las manos y diciendo de cuando en cuando acordándose de Amanda:

—Ya se amansará, ya se amansará...

CAPITULO XLVI.

Sospecha sobre sospecha.

Amanda no habia salido de su cuarto hasta muy tarde.

Preguntáronle si asistiria al teatro y respondió que sí, tanto para distraerse de los pesares que la abrumaban, como por ver á lord Mortimer, que suponia no dejaria de ir.

La carta de su padre (que en efecto la habia recibido, segun anunciara el conde de Rosven) la habia conmovido agradablemente.

El buen Fitzalan, al paso que se alegraba de la proposicion de Carlos Bingley y estaba dispuesto á admitirle gustoso por yerno, aconsejaba á Amanda que no por deseo mal entendido de complacerle sacrificase su porvenir y se comprometiera en un empeño que no tuviese la certeza de cumplir buena y lealmente. A su eleccion lo dejaba todo en asunto de tan grave importancia, y le aseguraba repetidas veces que él no se enojaria si ella le confesaba sin rodeos que no le era grato para esposo Carlos Bingley.

A la hora precisa de salir para el teatro, se presentó Mortimer en casa de la marquesa.

Esta, su amiga Devons, Eufrasia, su cómplice y Amanda estaban ya dispuestas y salieron inmediatamente.

Con ellos iba tambien el señorito Love, siempre perseverante en vigilar el estado de su traje.

Mientras las señoras tomaban asiento en el palco, Mortimer pudo preguntar á Amanda por su salud y decirle que aquella mañana habia estado á verla.

Apenas pudo añadir una palabra mas, porque desde otro palco le saludó muy afectuosamente una señora y tuvo que salir á ponerse á sus piés.

Amanda le vió entrar en el palco y sentarse á su lado, y era tan sencilla en todos sus afectos, que al fijarse en ella celebró su hermosura, sin la menor sombra de envidia ni de desconfiaza por las atenciones que á Mortimer le merecia.

No incurria en la ridiculez de ver una rival en cada una de las mujeres que á Mortimer pudieran parecerle agradables, y por otra parte confiaba como debia en el cariño de este; cariño que ella sabia que estaba fundado en la estimacion, y no temia perderlo no dejando nunca de merecer que la estimasen.

Tranquila, pues, sobre este particular, escuchaba con atencion y se interesaba por los personajes de la comedia.

Dos veces al principio habia vuelto los ojos á Mortimer, le habia visto sonreir y estaba contenta.

Despues, entregada toda á las bellezas de la obra que se estaba representando, no observó que la señora del otro palco la miraba con mucha frecuencia y que de pronto suspendiendo su conversacion, palidecia visiblemente.

Mortimer si observó la extraña novedad, miró hácia donde habia estado mirando aquella señora y vió que sus ojos no podian haberse fijado sino en Amanda.

Aquella señora era Adela, aquella amable Adela tan adorada de Oscar, y de Belgrave tan menospreciada.

Mortimer palideció á su vez al advertir quién era la causa del disgusto manifestado por Adela, y le preguntó turbado:

—¿Conoceis aquella señorita á quién mirabais con tanto interés?

—Sí, la conozco, respondió Adela, ¡demasiado la conozco!

Este fue otro golpe terrible para Mortimer.

Ver que Adela palidecia á la vista de Amanda; oir el tono en que acababa de responder á su pregunta; acordarse del libertinaje de Belgrave; sentir de nuevo que le punzaban el corazon las vagas insinuaciones de Carlos Bingley... ya casi era imposible sentir tanto sin dar á conocer el estado de su ánimo y rendirse al peso de tantas contrariedades acumuladas.

Adela habia mirado primeramente á Amanda, prendada sólo de su belleza; pero á medida que se fue fijando en sus facciones conoció que tenia ante sus ojos el original del retrato que en manos de Oscar habia visto.

Oprimiósele el corazon, y como no era feliz con Belgrave, se acordó del tiempo en que confiaba serlo con Oscar y este le mostró el retrato de aquella misma mujer que estaba allí, causa inocente tal vez, pero causa al fin de su desgracia.

—Lord Mortimer, tengo que pediros un favor...

—No teneis mas que mandarme, señora.

—Pues bien, acompañadme á mi casa.

—Yo lo haré por el gusto de serviros; pero ¿tan pronto dejais el espectáculo?

—No puedo permanecer mas aquí.

—¿Tan profundamente os ha afectado la vista de aquella dama? preguntó Mortimer procurando ocultar el interés con que hacia aquellas preguntas.

Adela no contestaba.

—No es posible ocultar que dejais el teatro por ella. Habeis palidecido al verla, y cuando os he preguntado si la conociais me habeis respondido con voz tan doliente, que no queda duda alguna sobre lo que tal vez pensabais negarme.

—Os confieso que en efecto ella ha sido la causa, sin quererlo, sin saberlo...

—¿Y me será lícito preguntaros dónde habiais visto antes de ahora aquella señorita?

—No la habia visto nunca.

—¡Cómo!

Habia visto su retrato, y por cierto que no podia ser más parecido.

—¡Su retrato!

—Sí, una miniatura que la representaba tan hermosa como es en efecto. Ningun trabajo me ha costado conocerla.

—¿Y visteis ese retrato... en qué ocasion?

—En una ocasion bien notable para mí, que no desearia recordar.

—No deseo yo contribuir á traérosla á la memoria; pero me ha llamado la atencion... ¿Quién tenia ese retrato?

—Un hombre... á quien ella conoce.

—Y... ¿no puedo saber quién es, preguntó Mortimer con voz trémula.

—No debo yo decíroslo, contestó ella con viveza.

—Guardad vuestro secreto y perdonadme una curiosidad que puede haberos parecido indiscrecion.

Hablando así habian llegado junto al coche de Adela.

Mortimer se despidió y quedó pensativo discurriendo si dejaria tambien el espectáculo.

Estaba temiendo que aquella noche fuese funesta para él segun iban los acontecimientos enlazándose para martirizarle.

Aquella mañana la señorita Sonder habia empezado á sembrar la inquietud en su pecho, refiriéndose á lo ocurrido en la noche anterior.

Eufrasia con su maligna observacion sobre el antiguo conocimiento de Belgrave y Amanda, y el silencio que esta habia guardado sobre el asunto, habian irritado mas y mas su ánimo.

Despues la conducta de Carlos Bingley y su reticencia ó á lo ménos el motivo oculto que le atribuia Mortimer, le habia exasperado, y finalmente Adela acacababa de darle el último golpe.

Aquel retrato de amanda en manos de un hombre le llenaba de angustias mortales, como el pañuelo de Desdémona á Otelo.

Aquel hombre que Adela no habia querido nombrar ¿seria Belgrave?

¿A qué acontecimiento habia dado ocasion aquel retrato malhadado para que Adela al ver el original le conociese en

seguida, palideciese y no pudiera permanecer un momento mas en su presencia?

Acostumbrado á dominarse; resuelto á apurar sus dudas hasta llegar á una evidencia; amaestrado por sucesos anteriores, determinó ser prudente hasta donde fuera compatible con su honor, y ocultar sus pesares mientras procuraba averiguar si habia algun lunar en el honor de Amanda.

Si observaba que Belgrave tenia alguna familiaridad con ella, sin decir nada, sin revelar á nadie su fatal error ni su terrible desengaño, se alejaria de Amanda para siempre. Si por el contrario se convencia de que ningun derecho tenia aquel hombre relajado á su mision ó á su silencio, él averiguaria la historia del retrato referida por Adela.

Despues de discurrir largamente sobre esta materia, volvió á entrar en el palco y se sentó detrás de Amanda.

Pocos momentos despues vió acercarse en la misma direccion al coronel Belgrave que se despedia de un círculo de mujeres.

Irradiaba la sonrisa triunfante y diabólica que solia asomar á su rostro al influjo de ciertas ideas.

Entró en el palco inmediato y se recostó en la columna en que estaba apoyada por Amanda.

Mortimer lo observaba todo, fingiendo tener la atencion ocupada en otra parte y sin dejar de responder á las preguntas que las señoras le dirigian.

Eufrasia y su amiga, que habian visto entrar á Belgrave, se hablaban en voz baja mirándole de reojo y abriendo y cerrando sus abanicos.

Cambió varias veces de postura Belgrave para llamar la

atencion de Amanda; pero esta le habia vuelto la espalda y así continuó el resto de la noche.

Belgrave inclinó mucho la cabeza echando el cuerpo hácia adelante, para que Amanda tuviese ocasion de verle; pero ella permaneció impasible.

Ya habian notado lo que ocurria cuantos en el palco se hallaban; ya Mortimer estaba tentado de pedirle cuenta de su insolencia, y le detuvieron muchos motivos, sobre todo el de que conservando el otro su frio descaro y dejándose él arrebatar del enojo, podria poner en ridículo su causa á los ojos de la multitud frívola y comprometer por exceso de celo á Amanda misma.

Terminó el espectáculo, y Belgrave esperó á que salieran todos los que estaban en el palco de la marquesa.

Mortimer era el que estaba mas cerca de esta y no pudo excusarse de darle la mano.

El señorito Love, despues de echarse una mirada general, dió la suya á Eufrasia; la señora Devons y la señorita Sonder les siguieron, y detrás salió Amanda.

Al llegar á la puerta la multitud agolpada les hizo esperar un poco, de manera que se reunieron todos en un grupo, y Amanda, temerosa de la proximidad de Belgrave, se adelantó hasta la misma línea que ocupaba la marquesa.

Belgrave apretó tambien el paso, y puesto detrás de ella le dijo en voz baja:

—Sois tan ingrata como querida. Yo soy firme, que os amo todavía; vos inconstante...

Mortimer que vió á Belgrave dirigirle la palabra, no pudo contenerse y dijo en voz alta:

—Señorita Fitzalan, si quereis aceptar mi brazo, yo os abriré paso y os evitaré las insolencias de algun grosero.

Amanda pasó al otro lado y se agarró de su brazo.

Belgrave comprendió perfectamente que á él iban dirigidas aquellas alusiones; pero no se dió por entendido.

Tenia meditado ya un proyecto contra Amanda, y no le convenia exponerse á perder el fruto de sus combinaciones por un arrebato caballeresco que no estaba en su índole.

Las palabras de Mortimer le inspiraron el deseo de vengarse, y con la calma y la frialdad con que lo calculaba todo, calculó que tarde ó temprano se vengaria.

—Este mozo, dijo para sí, es el colateral de Carlos Bingley: los dos tenian flanqueada á Amanda. Carlos ha partido ó va á partir: su alejamiento es seguro. En cuanto á este, parece un enamorado pegajoso; pues le castigaremos conforme á su pecado. Yo te prometo, lord Mortimer, separarte para siempre de Amanda, y entonces... ¡oh ya se amansará, se amansará!

Con los brazos cruzados y en actitud de hombre seguro de sí mismo vió alejarse la comitiva en que iban Amanda y Mortimer, y volviéndose con desembarazados movimientos se dirigió hácia otro lado.

Mortimer habia sentido temblar en el suyo el brazo de Amanda; la habia visto correr á ampararse de él despavorida, y era tal la nobleza de sus sentimientos, que en aquel instante, si Amanda hubiese sido una desconocida, una mujer miserable, él habria salido á ampararla contra la brutal persecucion de Belgrave.

Despidióse de aquellas señoras cuando estuvieron acomodadas en el coche, y no accedió á los ruegos de la mar-

quesa para que fuera á cenar á su casa, bajo el pretexto de que habia contraido un compromiso formal con varias personas para aquella noche.

Amanda le vió partir con gran pesadumbre y pensó en la felicidad que seria el tener derecho á gozar públicamente de la proteccion de Mortimer, sin miedo á las asechanzas de un malvado.

Al llegar á su casa encontraron á lord Rosven en conversacion con el marqués y les dejaron solos hasta la hora de cenar.

Despues de la cena, Amanda pidió permiso para retirarse á su cuarto, y entonces el conde de Rosven le manifestó cuánto sentia que su frialdad para con Bingley hubiese hecho renunciar á este á sus proyectos de casamiento con ella; si bien, añadió, comprendo y aun aplaudo que hayais procedido con sinceridad y honradez, desechando la mano de un hombre rico y noble, si estabais segura de que no podiais ser felices ni uno ni otro faltando el amor, que debe ser el lazo del matrimonio.

CAPITULO XLVII.

Perversidad.

Las palabras de lord Rosven dieron pié á todas aquellas mujeres para poner por obra el proyecto que acariciaban, inspiradas por los mas bajos sentimientos.

La marquesa lanzó una mirada significativa á la señora Devons, mirada que no se escapó á la penetracion de las demás.

La señora Devons se acomodó en su asiento, como diciendo: estoy pronta.

Eufrasia y su amiga acercaron sus sillas y se hablaron rápidamente en voz baja.

—En efecto, dijo la marquesa con cara hipócrita, pocas jóvenes en la situacion de Amanda habrian desechado un hombre del caudal y distinguido nacimiento del señor Bingley, que es además jóven, bien parecido, estimado y posee conocimientos no comunes, además de tener un excelente carácter.

—Yo, que me intereso por ella, dijo el conde, estaba muy satisfecho con las esperanzas que habia concebido; pero ella parece que no siente amor por Carlos, aunque le aprecia como amigo, y ha procedido con rectitud no dándole nunca esperanza alguna.

—Yo no lo extraño, dijo entonces la señora Devons, porque es verdad lo que dicen que cada cual conoce á los suyos, y he tenido ocasion de conocer bien á Amanda. Está algo pagada de su físico y no se contenta con poco; la juventud se engaña fácilmente.

—No trato, observó el conde, de rebajar en nada el mérito de Amanda; pero me parece que el partido que se le proponia, no era poco para ella.

—¡Oh! pues aun aspira á mas. Yo en parte á ella la disculpo, pues no es gran falta en una jóven el ser algo vana; pero sí condeno á quien le ha inspirado las locas ambiciones que la dominan.

—¡Qué decís, señora! ¿Hay quien comete la imprudencia de excitar su vanidad y su ambicion? ¡Oh! eso seria una falta imperdonable, un delito; porque es conspirar contra el porvenir de una jóven apreciable, abusando de una debilidad que, como vos decís muy bien, es disculpable en la juventud y la inexperiencia. ¿Y quién puede ser capaz de obrar tan desacertadamente é influir así en el ánimo de la señorita Amanda?

—Yo, señor conde, soy muy franca: no lo puedo remediar y no se la callo á nadie por amigo que sea. No puedo fingir lo que no siento: Dios me hizo así y así he de morir. Si conocierais bien las miras del señor Fitzalan, ya no os sorprenderia la desmedida ambicion de su hija ni la faci-

lidad con que desecha un partido que tal vez no volverá á presentársele en la vida; pues un enamorado jóven, noble y rico no se encuentra á cada vuelta de esquina. Pero ya lo he dicho: si el padre es loco, ¿qué ha de ser la hija? ¿Cuánto vá á que no sabeis en quién tiene puesta la mira el señor Fitzalan?

—Claro es que no puedo saberlo.

—Pues el yerno que él tiene entre ojos es vuestro hijo lord Mortimer, y ahora he conocido yo que la chica ya vino amaestrada de Irlanda para conseguir su objeto; que si yo caigo antes en la cuenta, conmigo no vive.

—¡Es posible! dijo la marquesa.

—Señora, replicó la taimada vieja, vos sois muy discreta y es imposible que no hayais conocido algo, cuando bien habreis visto, en sitios donde nos hemos hallado juntas, ciertas evoluciones de la niña...

—Es verdad; ahora que vos lo decís, se me figura haber notado...

—¡Ya lo creo! Ni que fuéramos ciegas.

—Me dejais absorto, dijo el conde.

—Yo al padre le comprendo. Él cree que las gracias de su hija cautivarán el corazon de lord Mortimer, y que cuando las cosas lleguen á cierto punto, la amistad que le profesais y de que tanto se envanece, os obligará á consentir en la union que allá en su mente tiene proyectada.

—¡Es posible!

—¡Vaya si lo es! Yo no creo que lord Mortimer caiga en el lazo; pero teniéndole contínuamente á la vista, esmerándose ella por parecerle bien, y con ese aire y ese modito que tiene... Por supuesto que yo no aprobé que Amanda

viniera á Londres, y menos conmigo, como si el corazon me dijera algo de lo que habia de suceder; pero con un genio tenaz é infatigable como tiene el padre, que no hizo caso de mis indirectas, no tuve mas remedio que traérmela.

El marqués, que ignoraba la conspiracion tramada en su casa contra Amanda, y que hasta entonces no habia hablado una palabra, tomó parte en la conversacion, diciendo:

—En verdad que por fuerza debia tener el señor Fitzalan algun motivo semejante al que dice la señora Devons para enviar su hija á Lóndres; pues sin un móvil muy poderoso, no habria hecho los gastos que son indispensables para que su hija pueda presentarse en una sociedad para la cual no ha nacido. Yo no conozco el caudal del señor Fitzalan; pero debo suponer que no andará muy sobrado.

—¡Qué ha de andar! exclamó la señora Devons. Pero como se le ha metido en la cabeza que si gasta ahora ha de ser sembrar hoy para recoger mañana; se echa las cuentas del labrador, sin pensar que puede malogrársele la cosecha.

—Como de eso se ve en el mundo, dijo la marquesa sonriendo.

—¡Jamás habria creido semejante cosa de Fitzalan! exclamó lord Rosven sin poder ocultar su indignacion.

—Cada dia ve uno cosas que le parecen increibles.

—Es que lo que en otro seria nada mas que locura, dijo el conde, en Fitzalán es indignidad, ingratitud y falsía.

—Y sobre todo torpeza, dijo la señora Devons. ¡Pues qué! ¿Se habrá figurado que él solo es el ladino y que no se le ha de conocer el juego?

—Estoy asombrado y además irritado ahora conmigo mismo.

—No os enojeis, señor conde.

—Si yo hubiera sabido que os habiais de irritar, dijo la señora Devons, no habria abierto la boca. Ahora me pesa...

—No debe pesaros, señora; antes os agradezco infinito la noticia.

La marquesa dirigió otra penetrante mirada á la señora Devons.

—El señor Fitzalan, prosiguió el conde, á quien yo he tratado siempre como amigo, sabe muy bien las miras que yo tengo con respecto á mi hijo.

Eufrasia frunció los labios, se echó hácia adelante y puso los ojos medio en blanco.

La señora Devons dijo:

—Porque lo sabe procura aprovecharse de ello. Vos teneis vuestras miras y él tiene las suyas.

—Pues es una infamia que se oponga á mis propósitos. De cualquiera podia yo haberlo esperado ménos de él.

—Ya se sabe que de donde uno ménos espera..

—Desengañaos, conde, cada cual debe buscar las relaciones dentro de la esfera social en que vive, dijo el marqués con aire de suficiencia. En cuanto á este punto mis principios son muy rígidos. Ya podrian venirme á mí todos los Fitzalanes del mundo...

—Y á mí, añadió la marquesa.

—¡Pero, Señor! ¡qué se han hecho el desinterés, la buena fé, la lealtad...!

—Pues, querido conde, ¿á dónde diantre habeis ido á buscar esas virtudes? Yo aseguro á fe de Rosline, que si alguna vez me extravío en este punto, no será por las ve-

redas de los Fitzalanes. En fin, señor conde, vos sois padre; os hareis cargo de lo expuesto que está á errar un padre que desea colocar lo mejor posible á su hija, y sabreis disculpar al señor Fitzalan; que al cabo sois su amigo...

—Lo he sido, dijo el conde.

—Me pareceis muy severo.

—No puedo ni debo ser indulgente con quien obra con tamaña falsedad y olvida las leyes del honor, sacrificando al vil interés los sentimientos más sagrados. Os aseguro que recibo un desengaño cruel. ¡Yo que le tenia por un modelo de probidad...!

—Eso sí, á fe de Rosline, siempre os he visto inclinado á atribuir virtudes á cierta gente sin posicion, sin...

—Yo me complazco siempre en creer que trato con hombres de bien, y tales los creo á todos, mientras no me dan pruebas de lo contrario.

—Si juzgais del corazon de los demás por el vuestro...

—¿Pues he de juzgarle por el de las hienas? ¿No soy yo hombre?

—Ya veis el resultado de vuestro criterio.

—Sí, de cualquier principio que se parta para juzgar de los demás, se puede recibir un desengaño como el que yo padezco en este momento. Os aseguro que me ha robado la tranquilidad al ver que acabo de perder un amigo en quien tenia puesta toda mi confianza. Es cosa muy cruel, creedlo. Permitidme que me retire.

—¿No os sentís bien?

—Estoy desazonado, no lo niego.

—¿Por lo de Fitzalan solamente?

—¿Os parece poco, á mis años, tener que decir: tengo

un amigo ménos y conozco á un perverso más? Si hubiera muerto, á lo ménos me habria quedado el consuelo de seguir creyéndole honrado.

—Si tomais las cosas tan á pecho, no vivireis muchos años, querido conde.

—¡Y yo que tengo la culpa! exclamó la señora Devons con fingida pesadumbre. Si yo hubiera sabido... Os aseguro, señor conde, que nunca me consolaré del mal rato que estais pasando.

—No tengais pena alguna por eso, señora, antes os repito que os agradezco mucho las noticias que por vuestro conducto llegan á tiempo á mis oidos. Dispensadme si os dejo. Necesito retirarme á mi casa, estar solo.

—Procurad distraeros, querido conde, y no conserveis rencor á esta vuestra casa por este suceso.

—¡Quereis callar, marqués!... Señora... señorita...

Salió el conde vivamente afectado, y la marquesa y la señora Devons al ver el efecto que acababan de producir, se estrecharon la mano con un rápido movimiento, como participándose haber salido triunfantes de la primera refriega.

Eufrasia antes de volverse á sentar se miró al espejo y volvió á fruncir la boca, creyendo que le sentaba muy bien aquel gesto y proponiéndose tenerlo prevenido la primera vez que Mortimer se le pusiera delante.

Ya veian cargada la atmósfera, avanzar la negra nube; ya oian á lo léjos el misterioso rumor de la tormenta, próxima á descargar sobre la frente del honrado Fitzalan.

No quisieron aquel dia hablar una palabra de Belgrave; antes al contrario, unas y otras procuraron guardar acerca

de él el mayor silencio y tenerlo reservado para ocasion más oportuna.

Bastábales en el primer momento la victoria conseguida sobre el afecto que lord Rosven profesaba al antiguo capitan, y haberle dado á entender que Amanda secundaba sus desapoderadas ambiciones.

Lord Rosven procedia con prudencia y calma en los negocios; pero cuando se sentia aguijoneado por la pasion, era vehemente é impetuoso.

Tenia motivos secretos para desear la union de lord Mortimer con Eufrasia, abrigaba la esperanza de ver con el tiempo logrados sus proyectos, y la idea de que saliera á frustrárselos un hombre que tenia obligacion de ayudarle á alcanzarlos, le irritaba extraordinariamente.

Sabia bien el conde que su hijo Mortimer era tambien tenaz en sus propósitos y que se apasionaba ardientemente.

Era conocedor profundo del carácter de lord Mortimer, y estaba convencido de que si habia cobrado aficion á Amanda, el ruego ni el consejo y la advertencia podrian nada con él.

Discurrió aquella noche sobre la situacion en que se hallaba, y determinó que lo más conveniente era obligar á la señorita Fitzalan á que saliera de Londres, ántes que Mortimer pudiera sospechar que él era la única causa de su partida.

CAPITULO XLVIII.

Miseria.

Apartemos por un momento las miradas de las bajas intrigas de aquellas mujeres, y fijémoslas en un desgraciado, víctima de la codicia y la maldad de una de ellas: de la señora Devons.

El infeliz Leoncio se habia retirado á su casa sin pan y sin abrigo para él y para su familia.

Caia la nieve en abundancia y llegó á su miserable hogar aterido de frio, agotados todos sus recursos sin un consuelo ni una esperanza para su mujer y sus pobres hijos.

Al verle entrar comprendieron que traia el corazon despedazado y en sus ojos enrojecidos por el llanto leyeron su sentencia.

Su mujer le salió al encuentro y le abrazó estrechamente, dejando correr las lágrimas con la cabeza apoyada en su hombro.

Leoncio dió un profundo suspiro, y volviendo la vista encontró á su alrededor á sus hijos tiritando de frio.

Ocupaba una mezquina y oscura habitacion, donde el sol, que segun los ricos sale para todos, no penetraba nunca.

El espectáculo de tan triste miseria, habria quebrantado corazones muy duros.

—¡Esposa, hijos! exclamó Leoncio, ¡cómo me avergüenza la miseria que os rodea! ¡Hijos mios! ¿qué culpa teneis vosotros de los pecados de vuestro padre? ¡Oh, ser hombre y no servir para nada!...

—Leoncio, le dijo su mujer, ten buen ánimo, no te desesperes, no te dejes abatir; que si tú enfermaras, ¡cuánto mayor no seria nuestra desgracia!

¡Oh si la muerte piadosa me librara de ella!

A estas palabras se levantó un doloroso llanto en toda la familia.

Sus hijos se le acercaron agarrándose á él como si instintivamente quisieran disputárselo á la muerte que él habia nombrado.

—¡Esa mujer! exclamó Leoncio. Esa mujer es una fiera. ¿Qué no ha de ser habiendo sido falsaria? Por vosotros, por vuestro amor me he humillado en su presencia; he cometido la indignidad de tratarla como se debe tratar sólo á las personas honradas; le he propuesto el acomodamiento más ventajoso para ella; he renunciado á casi todo lo que de derecho me pertenece; ha faltado poco para pedirle por Dios un pedazo de pan, despues de manifestarle que confiaba en su corazon bondadoso... ¡y Dios ha castigado severamente mi indignidad, mi bajeza, y la mentira que he dicho atribuyéndole una bondad que ella jamás ha conocido. Pero yo lo hacia por vosotros, por tí, pobre esposa mia..., por nuestros hijos, condenados inocentemente á todos los



Leoncio se llevó con desesperacion las manos á la frente.

rigores de la miseria. Ella ¡mujer cruel! ha estado altanera, soberbia, vengativa conmigo; se ha entregado á las inspiraciones de su genio sacástico y yo... yo lo he escuchado, lo he sufrido todo... porque al fin de todo aun esperaba que por caridad me arrojase á los piés con desprecio un puñado de oro para vosotros... para cubrir vuestras carnes y acallar vestra hambre.

Leoncio dejó caer la cabeza sobre el pecho y calló.

En aquel triste albergue reinó el mayor silencio interrumpido sólo por ahogados sollozos.

La hija menor de Leoncio se acurrucó al lado de su madre y se envolvió en la falda de su vestido que no podia abrigarla del frio.

Su madre le puso ambas manos en la cabeza para darle calor; pero las tenia tan heladas, que la pobre niña las apartó con un estremecimiento que hizo chocar sus dientes.

Era ya tarde. El sol se habia ocultado hacia largo tiempo.

La niebla era espesa y sofocante.

La niña que descansaba la cabeza en el regazo de su madre la llamó en voz baja:

—Mamá... tengo hambre.

Su madre le puso inmediatamente la mano en la boca para que Leoncio no la oyese, y la cubrió de besos.

Leoncio la habia oido; que ningun dolor queria ahorrarle su cruel destino.

Volvió los ojos á su hija y se llevó con desesperacion las manos á la frente.

Su esposa comprendió el amargo pesar que revelaba aquel movimiento, y sin dejar á la niña, le pasó el brazo al rededor del cuello.

Las demás hijas prorumpieron en llanto.

Leoncio se despidió de su esposa, miró á su alrededor y no vió nada, absolutamente nada que pudiera trocarse en alimento para las prendas de su corazon.

Levantóse sombrío, y echando una mirada á la puerta, se abrochó hasta el cuello con su miserable abrigo y se hundió el sombrero hasta las cejas.

—¿Qué vas á hacer, Leoncio? le preguntó su mujer con inquietud, ¿vas á salir?

—Sí.

—Tan tarde, nos dejas solas... Ha oscurecido ya hace rato...

Volveré, volveré pronto. Enciende una luz para que no esteis tan tristes.

—¿Una luz? dijo con acento del mayor abatimiento su esposa.

—Es verdad... no tenemos con que alumbrarnos. Hijos mios, esperad un poco; esperad y vuestro padre os traerá alegría. No apesadumbreis á vuestra madre, que yo pronto vuelvo. ¿Sí, hijos mios?

—Leoncio... ¿á dónde vas? le preguntó inquieta y en voz baja su esposa.

Voy... cerca. Pronto vuelvo. Es preciso que mis hijos coman.

Ella le tendió los brazos para detenerle; mas Leoncio salió apesadumbrado, diciéndole:

—Entretenlos, consuélalos... yo vuelvo, no te impacientes.

La pobre mujer se volvió á sentar llorando y escondiendo en la oscuridad su llanto.

Sus hijos todos la rodearon.

Se pusieron tocando á sus vestidos y ella les sentia tiritar de frio.

La mas pequeñita le puso las manos en los ojos, tocó sus lágrimas y besándola cariñosamente le dijo:

—Yo no tengo hambre, mamá, no. ¿No es verdad que así soy buena?

—¡Hija mia de mi alma! dijo la madre con el corazon desgarrado por el angelical movimiento del ánimo de la niña; sí, ¡eres buena, hija mia!

Todos sus hijos quisieron abrazarla á su vez, y por espacio de largo rato no se oyeron mas que besos y sollozos en el aposento.

—Tesoros de amor, de cariño purísimo, envueltos en tinieblas y miseria! ¡Desconocidos al mundo, despreciados, condenados á baja y grosera servidumbre; cuántos corazones tiernos y afectuosos y buenos, que podrian iluminar y fecundar poderosas inteligencias, se depravan y envilecen en la tierra, avasallados por la necesidad, relajados por el mal ejemplo, mientras los poderosos escandalizan quejándose de la corrupcion de los menesterosos!

La pobre niña no volvió quejarse de hambre.

De cuando en cuando suspiraba y pedia un beso á su madre, como si de su boca esperase calor y alimento.

Aquella amorosa fé, aquella resignacion en una criatura de tan pocos años, causaba un dolor mas vivo á la que le habia dado el sér, que si la hubiese oido pedir á voces el sustento que le hacia falta.

Pasaron así largo tiempo reunidos en un grupo todos aquellos séres desgraciados.

Se oia sonar el reloj de una torre inmediata, y la pobre

madre padecia mas y mas al oirle, tanto por la tardanza de Leoncio, como porque sentia que sus hijos pudiesen medir el tiempo que tardaba en volver su padre.

Caia una lluvia menuda, espesa y contínua.

De cuando en cuando se movian ruidosamente los vidrios de la única ventana del aposento, al impulso del viento helado que penetraba por las rendijas.

Al fin tras mucho esperar sonaron pasos en la escalera y se estremecieron todos conociendo ser de Leoncio.

Su mujer se iba á levantar para recibirle; mas contuvo su primer ademan, recelosa de verle entrar sin nada que dar á sus hijos.

Poco á poco y á medida que se acercaban los pasos de Leoncio, fué penetrando alguna claridad en la habitacion.

—¡Papá, trae luz! gritó con alegría la mas pequeña.

La madre dió un suspiro de esperanza y la estrechó contra su pecho.

Entró Leoncio y dejó caer algo que hizo mucho ruido junto á la puerta.

Traia una vela encendida, y un gran pedazo de queso debajo el brazo.

Puso el queso sobre la mesa, sacó de un bolsillo frutas secas y una botella de cerveza y lo colocó todo junto.

Despues llamó cariñosamente á sus hijos, puso la vela en un candelero de barro, y volviendo á la puerta trajo un enorme pedazo de tabla.

Su mujer repartió entre la familia lo que su esposo habia traido, y entre tanto él partia el madero y encendia la chimenea.

Cada una de aquellas desdichadas criaturas se llegó á su padre brindándole con queso y frutas.

—Comed, hijos mios, comed, les respondió él, vuestro padre ha comido ya.

Su mujer no se engañó con aquella respuesta, y con húmedos ojos miraba comer á sus hijos inmóvil en medio de ellos.

Leoncio se levantó, partió un pedazo de queso, se separó unas frutas, y acercando una silla á la mesa, le dijo con afecto á su mujer:

—Come, no me dés mas pena, que harto pesa sobre mí la desgracia.

Ella se retiró, y partiendo la mitad de lo que su esposo le habia puesto delante, se lo ofreció á él con un ademan á que Leoncio no pudo resistir.

Aquel ademan significaba que ella no podia comer sino á condicion de verle comer á él.

Cuando vieron á su padre sentado á la mesa todos los niños se alegraron. Todos se levantaron y fueron á besarle.

A Leoncio se le saltaban las lágrimas.

Les veia comer con afan y agradecerle aquel alimento que era fruto de la humillante limosna, quizás de la mas humillante de todas, de la que es hija de la caridad. ¡Quién sabe si alguno de los que le habian favorecido le habia dado un par de monedas de cobre por temor de que le ensuciarian los bolsillos si las guardaba!

Este era el estado de Leoncio, legítimo heredero del último esposo de la señora Devons; mientras esta se veia rodeada de comodidades, no encontraba nada bastante bueno para su paladar, y desde su excelente posicion tra-

bajaba por asegurarse otra mejor, procurando la miseria y la deshonra para la hija de Fitzalan.

Ella desde por la mañana combinaba los elementos de su infame estrategia para ir adelantando terreno en el camino de sus egoistas miras; Leoncio esperaba la noche para salir con menos vergüenza á implorar la caridad de los transeuntes.

La hipocresía, la falsedad y la vileza de corazon le proporcionaban á ella todas las comodidades de la vida; á él largos años, toda una existencia consagrada al trabajo, á la probidad y los mas puros afectos no le daban el sustento indispensable para sus hijos.

Entre tanto ella se albergaba en casa del marqués de Rosline, que no creia que pudieran existir virtudes sino en las clases elevadas, y él estaba á punto de ser arrojado de su miserable albergue, porque no habia buscado en la region del crímen el camino que guia á los suntuosos palacios.

¿Podia durar mucho mas ese largo tránsito del vicio sobre la virtud?

¿Podia vivir mucho tiempo el infeliz Leoncio teniendo que pedir diariamente á la incierta caridad el alimento, el escaso alimento que como aquella noche daba á sus hijos?

CAPITULO XLIX.

Las víctimas.

El conde de Rosven no tenia motivo alguno para dudar de la veracidad de la señora Devons.

Conocia á los hombres en general y sabia que el propio interés es el móvil de la mayor parte de sus acciones.

Sabia que Fitzalan habia sido honrado; pero habia vivido muchos años alejado de él; se habian visto durante períodos muy breves; Fitzalan era padre y muy fácilmente podia haberse dejado llevar de la ambicion, sobre todo viéndose ya entrado en años y deseando que á la hora de la muerte quedase su hija bien establecida.

A mas de la señora Devons, la marquesa habia hablado como persona que estuviese muy convencida de los proyectos de Fitzalan y de la vocacion de su hija para secundarla.

Habíale costado trabajo admitir la hipótesis de que aquella jóven tan sencilla y aparentamente digna y virtuosa

se prestase á intrigas indecorosas como la de Fitzalan en aquel caso; pero todo lo concilió por desgracia calculando que, excitada Amanda por su padre, conociendo y acaso exagerando el valor de sus encantos, y tal vez inclinada á Mortimer, contribuyese al logro de los mal fundados intentos de su padre.

Lord Rosven era hombre recto, estimador de la honra ajena tanto como de la propia, y tan incapaz de faltar á la gratitud y á la buena y leal correspondencia, que se indignó, como hemos visto, despues de oir lo que se dijo en casa de Rosline.

Bajo la presion de aquellas sensaciones y cediendo á su impetuoso carácter, escribió aquella misma noche á Fitzalan una carta llena de reconvenciones, en cuyos párrafos se retrataba perfectamente el estado de irritacion de su ánimo: carta que terminaba intimándole que sin pérdida de tiempo enviase á buscar á su hija.

Aquella carta, producto de la infame maquinacion de las dos ambiciosas mujeres, iba camino de Irlanda, cuando la hija de Fitzalan al salir de su cuarto al dia siguiente era saludada con graciosas sonrisas y frases llenas de falso cariño por las que no descansaban tramando su desgracia.

Mientras se estaban desayunando fueron á decir á la señora Devons que una jovencita deseaba hablar con ella.

—A mal tiempo viene, respondió la vieja. Cuando almuerzo no me gusta tratar de negocios. ¿Cómo se llama esa jovencita?

—No lo ha dicho.

—¿Ni ha indicado lo que quiere?

—Sólo ha pedido con muy buen modo que se os pasara recado. Parece afligida... viste pobremente...

—Entonces no la conozco. Es decir... Tal vez venga por alguna limosna... Como una es así y los pobres del barrio ya le conocen el genio... Decidle que pase.

La señora Devons pronunció estas últimas palabras con un aire de bondad tan exquisito, tan natural y poco exagerado, que el criado creyó de buena fe que era mujer incapaz de resistir á los impulsos de la caridad.

Salió un momento y volvió acompañando á una jóven de unos diez y seis años, vestida en efecto pobremente, pálida y marchita.

La expresion de su rostro á pesar de todo era agradable por su regularidad y su dulzura, y sus ojos bellos y expresivos parecian abrirse y cerrarse por la mano misma de la modestia.

Entró con paso inseguro y respirando con dificultad por la violencia con que su corazon palpitaba.

La señora Devons la miró de piés á cabeza, y con aquel aplomo que da la superioridad de la posicion dijo clavando los ojos en ella:

—Vamos á ver, ¿qué traeis? ¿alguna esquela?

—Sí; señora... una carta...

—¿No lo dije? ¿Irá firmada por el cura de la parroquia y un par de tenderos electores, ¿no es eso?

—No, señora... respondió la jóven en voz baja, aumentada su cortedad con la audacia y el aplomo de la vieja. Mi padre...

—¡Ah! teneis padre; bien, bien. Y ¿qué quiere vuestro padre, quién es?

La jóven alargó la carta á la vieja, y esta la tomó á tiempo que aquella decia:

—Mi padre el capitan Leoncio...

—¡Bah! dijo la vieja prorumpiendo en aquella exclamacion con una insolencia que cubrió de rubor la frente de la hija.

Eufrasia que se habia asomado en aquel momento á la puerta se quedó cantando:

«¡Ay qué dirán
«mi tia la abadesa,
«mi padre el capitan...!
«¡Ay qué dirán!»

Chispearon las lágrimas en los ojos de la niña y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—¡Con qué sois hija del capitan, eh! dijo la señora Devons desdoblando la carta; no sé por qué se toma la molestia de escribirme, sin duda para repetirme las proposiciones que ya otra vez le dije que eran inadmisibles.

Calóse los anteojos, pasó la vista por la carta, y Amanda que la observaba notó que brillaban de gozo sus miradas.

Despues de leer tomó su semblante la expresion del enojo y exclamó con voz vibrante:

—Hija mia, sino fuera porque lo he leido yo y porque vos me asegurais que la carta es de vuestro padre, no me atreveria á creerlo. Por lo visto el capitan Leoncio se figura que aquí somos tontos. ¡Con qué viene á pedirme á mí que le socorra despues de lo mal que se portó con su pobre tio, que en paz descanse, y conmigo tambien poniéndome pleito y haciéndome acusar de cosas que sólo es capaz de

hacerlas el que se las achaca á otro! El capitan ha errado el camino: no es así como se consigue el favor de las personas. Dispuesta estaba yo de muy buena gana á dar una limosna, porque al darme vuestras señas ya se me figuró que se trataba de socorrer á algun desgraciado, y por eso le dije al criado que os hiciera pasar, sin conoceros; pero tratándose de vuestro padre, no puede ser. No quiero establecer una mala costumbre que sólo serviria para fomentar la ingratitud y la holgazanería. Tú ya eres grandecita; que te enseñe tu padre á ganar la vida, á los otros tambien, y entre tanto que os la gane él con el sudor de su rostro; que así os lo mandó el Señor.

La niña que no habia podido contener el llanto, dijo entonces:

—Mi padre está enfermo.

—¡Ah... que se alivie!

Amanda, no pudiendo continuar por mas tiempo siendo testigo de tanta dureza, hipocresía y maldad, salió del comedor y se fué á su aposento del piso bajo.

Ella sabia por experiencia cuán duro es tener que sufrir la soberbia de los poderosos y los insultos que la virtud y la inocencia desvalida reciben de la perversidad triunfante, y cuando estuvo sola, lloró de indignacion y de lástima por el pobre Leoncio.

La pobre niña despedida groseramente, se detuvo al pié de la escalera para enjugarse las lágrimas.

Amanda la vió, la hizo entrar en el aposento y procuró tranquilizarla y consolarla con sus palabras.

La hija de Leoncio conmovida con un trato tan dulce como no imaginaba encontrar en aquella morada, se arrojó

al cuello de Amanda, y con sus abrazos y sollozos le expresó cuanto le agradecia sus compasivas frases, mas preciosas que el oro.

Dominada por la vergüenza y el dolor, ahogada su voz por el llanto sólo pudo exclamar:

—¡Mi pobre padre... mis pobrecitos hermanos!... ¡Madre mia!

—Sosegaos, sosegaos, la dijo Amanda; no os entregueis á la desesperacion; no saldreis de aquí sin la certeza de llevar algun consuelo á vuestra familia. ¿Dónde está vuestra casa?

—Al lado de la cárcel, señorita.

—Muy léjos está, para vos sobre todo, trastornada como os hallais. No podeis volveros en seguida...

—¡Ay señorita! Preciso es que me vuelva. ¡Y mi pobre madre me está esperando porque cree que llevaré salud para mi padre y sustento para todos!

—No se verán defraudadas sus esperanzas: yo os lo aseguro. Oid. ¿Conoceis cerca de allí alguna familia en cuya casa podais esperarme? Yo tomaré el coche y os acompañaré.

—¡Oh! no vine yo á causaros semejante incomodidad, señorita. Dejadme, dejadme ir; mis padres estarán impacientes...

—Antes llegareis á vuestra casa siguiendo mi proyecto. No os detengan vanos escrúpulos ni el temor de molestarme. ¿A quién conoceis cerca de aquí?

—Conocemos á unos sombrereros que viven en la calle de Bon, frente á la iglesia.

—Pues bien, dentro de poco iré yo á buscaros. Id de-

lante, que no os haré esperar. Enjugad vuestras lágrimas, y pensad que ya podeis contar con el auxilio que para vuestro padre deseabais.

La desdichada hija de Leoncio levantó los ojos á Amanda para despedirse, y quedó pasmada al ver aquella encantadora y suave belleza, nunca mas encantadora que en aquel momento, animada como estaba por el espíritu de la compasion y la caridad.

Amanda volvió á abrir, y atravesando el comedor vió á Eufrasia con la carta de Leoncio en la mano, que hacia notar á su madre, decia, la desvergonzada exageracion de una miseria inverosímil y la bajeza de aquel hombre que pedia materialmente una limosna á una señora á quien tan ofendida tenia.

Y sin embargo, la carta de Leoncio, expresion espontánea y sincera de su miserable estado, era capaz de estremecer á cualquiera que no estuviese privado de todo sentimiento.

Era la expresion del hombre orgulloso que nunca ha pedido para sí, y doblegado por la dura necesidad pide para su débil mujer y sus inocentes hijos. Era imposible tener corazon y no llorar ante las sentidas y sencillas frases empleadas por aquel hombre reducido á buscar un alivio á sus males en el orígen mismo de ellos.

La señora Devons se habia retirado á su cuarto diciendo:

—Vamos, si es verdad lo que Leoncio dice, ya podré estar tranquila, á Dios gracias. Porque él enfermo, su esposa poco menos, cargados de hijos y sin recursos de ninguna clase, no es de suponer que me vuelva á romper la cabeza con el dichoso pleito ni encuentre abogados que le trabajen

al fiado. A ver si de este modo consigo pasar en paz los dias de mi vejez, tranquila en mis posesiones entre los consuelos de la amistad y de la religion.

La marquesa escuchó la lectura de la carta en actitud indolente, y dijo á su hija:

—Esto te enseñará á no fiarte de los pedigüeños cuando seas dueña de tu casa. Hay mucha gente que fingiendo necesidades, pide de contínuo á las personas de nuestra clase invirtiendo en sus vicios lo que arrancan á la caridad.

Madre é hija se fueron al tocador para asistir á una funcion á que se excusó de concurrir Amanda, diciendo que tenia que salir á compras.

Cuando las vió á todas ocupadas en componerse, pidió un coche y se dirigió á la calle de Bon en busca de la hija de Leoncio.

CAPITULO L.

Buen corazon y mala fortuna.

Amanda tenia diez guineas destinadas á un traje para asistir al baile que dentro de pocos dias debia dar la duquesa de B.***

Lord Mortimer le habia pedido que aquella noche fuese su pareja, y ella queria celebrar el contento que le habia dado su amante al dirigirle aquella peticion, adornándose para él como no habia hecho nunca.

Pero la hija de Leoncio quebrantó su corazon revelando la miseria de su familia y la enfermedad de su padre, y al momento se acordó de aquel dinero que estaria mejor empleado en un acto de caridad, en el alivio de toda una familia, que en frívolos adornos.

Verdad es que tendria que privarse de ir al baile y de ver á Mortimer aquella noche; pero cuando él, pasado algun tiempo, llegase á saber el motivo que le habia

privado de aquel placer, ¡con qué frases no aplaudiria su conducta y cómo se alegraria del uso que habria hecho de su dinero.

La dureza y la grosería de la señora Devons para con la pobre hija de Leoncio, acabaron de interesar su bondadoso corazon en aquel proyecto.

No queria, no podia consentir que la pobre niña saliera de aquella casa sin llevar mas que las humillaciones de que ella habia sido testigo.

Aquel nuevo padecimiento añadido á la miseria reclamaba una compensacion, y Amanda creyó que era deber suyo amparar á una criatura tan sincera, tan simpática, hija de un capitan como su padre, y como su padre tambien perseguido por la mala fortuna.

Mientras las demás señoras iban para la feria que era la uncion de aquel dia, Amanda llegaba á la calle de Bon, tomando en su coche á la hija de Leoncio, y se dirigia con ella hácia la cárcel, hablándole siempre con encantadora amabilidad, y no con las frases estudiadas que suelen usar muchos que practican cierta caridad reglamentada y consuetudinaria, sino con aquel calor comunicativo que sólo puede nacer del afecto.

Cobró alguna animacion la hija de Leoncio, y refirió á su bondadosa protectora la historia de las desgracias de su familia.

Sus padres habian regresado de América con seis hijos.

El amigo de Leoncio que habia intervenido en la reconciliacion entre él y su tio, le aconsejó que presentase una demanda contra la señora Devons, impugnando la validez del testamento por el cual se habia hecho adjudicar la

propiedad de todo cuanto habia pertenecido á su difunto esposo. Ofreció socorrerle con su bolsillo mientras durase el pleito, seguro de que no podia menos de resolverse en favor suyo, y le dió habitacion para él y su familia en su propia casa.

Leoncio tenia algunas deudas, vendió su empleo de capitan y pagó á todos sus acreedores para quedar tranquilo.

Entre tanto buscaba colocacion apropiada á sus conocimientos y capacidad, y de cuando en cuando habia desempeñado con lucimiento comisiones y destinos, que aunque de poco provecho, podian darle á conocer en ciertos círculos y hacerle adquirir relaciones que le servieran con el tiempo.

Teniendo asegurada la subsistencia, descansando en la amistad que le unia á su protector y mecido en las halagüeñas esperanzas que le daban sus abogados, esperaba tranquilo Leoncio el resultado de su pleito, cuando de repente muere su amigo, arrebatado en pocas horas de una fiebre violenta, y sin tiempo para hacer testamento; pues de haberlo hecho, habria asegurado el porvenir de Leoncio y su familia.

Heredó los bienes del difunto un hombre sin corazon ni delicadeza, codicioso hasta lo sumo, que odiaba á Leoncio, sólo porque habia temido que su pariente mermase mucho la parte que acaso podia dejarle su herencia.

Para vengarse de la inquietud que, no Leoncio, sino su codicia le habia causado, levantó la casa que habitaba su pariente y vendió al instante los muebles, dejando en el mas completo desamparo al que no tenia otra culpa que ser amigo del hombre cuyos bienes le enriquecian.

Todo el favor que hizo á Leoncio fue permitirle habitar

la casa que quedaba desamueblada, durante el tiempo por el cual quedaba pagado el alquiler. Leoncio iria á vivir á donde le pareciese y él se reembolsaria del anticipo hecho por el difunto.

Los agentes de Leoncio viendo que carecia de recursos para pagarle sus honorarios, le advirtieron que no podian emplear su tiempo sin recibir cuando menos una buena cantidad á cuenta, y persuadidos de que ni esto debian esperar, por la leal contestacion que él les dió, abandonaron su causa.

En un momento breve el pobre Leoncio vió destruidas todas sus esperanzas y el porvenir de su familia; todo lo que habian ideado y calculado desapareció como vano edificio levantado entre las quiméricas ilusiones del sueño, que apenas deja memoria en nuestra imaginacion cuando abrimos los ojos á la realidad.

Por consideracion á su familia y cuando se vió acosado estrechamente por la miseria y sin esperanzas de obtener empleo alguno, acudió, como ya hemos visto, á la señora Devons proponiéndole una avenencia, dispuesto á dejarse arrebatar la mayor parte, y tuvo que volverse con aquella esperanza ménos, abatido, humillado por la insolencia y la inhumanidad de aquella mujer, y resuelto á no volver á ponerse en su presencia.

Sólo cuando se vió reducido al último extremo; despues de haber apelado vergonzosamente á la caridad de los transeuntes encubierta la honrada faz; despues que se vió postrado en el lecho y rodeado de sus hijos transidos de frio y debilitados por el hambre; sólo entonces, imaginando que quizá el aspecto de la juventud y las gracias hechas

presa de la miseria enternecerian el corazon de la señora Devons, se resolvió á enviarle á su hija mayor con la carta que desde su miserable lecho habia escrito con lágrimas en los ojos y rebosando de su corazon la amargura.

La niña hizo la relacion de todo con sentidas palabras é interrumpiéndose muchas veces para dar libre curso á sus lágrimas; y Amanda la escuchó con el mayor enternecimiento, estrechándole de cuando en cuando la mano con un movimiento compasivo.

—Todo lo hemos agotado ya, dijo la desventurada jóven al terminar; el paso que he dado hoy por mandato de mi padre, era, aunque frágil, una esperanza á lo menos, y ¡ya lo veis! esa esperanza, ¡la postrera, se ha desvanecido tambien! Hasta ahora habíamos carecido de todo, pero esperábamos; ahora ya ni siquiera podemos esperar. ¡Oh mi pobre padre! ¡Ay madre mia!

—Y ¿por qué habeis de renunciar á la esperanza? No desconfieis nunca de los sentimientos del noble corazon humano, amiga mia. No todo en el mundo son gentes endurecidas y egoistas; en todas partes hay almas sensibles que padecen del dolor ajeno y se gozan en aliviarlo. Yo no puedo, por desgracia, libraros del infortunio que pesa sobre vuestra familia; pero puedo compadeceros, y os aseguro que lo compadezco de todo mi corazon. Tomad, amiga mia, recibid sin repugnancia esta pequeñez. Recibid igualmente la seguridad de que no os olvidaré nunca, y espero que el conocimiento que contraemos hoy se convertirá en un afecto verdadero.

Así diciendo, puso las diez guineas en manos de la jóven que turbada en extremo le contestó:

—¡Oh señora! ¡Mi padre! ¡Mi padre...! ¡mi madre tambien rendida por el peso de la miseria, aterida de frio; mis hermanitos padeciendo hambre!... Vos les salvais á todos, señora; todos os bendicen; tened por cierto que ahora mismo su corazon... ¡Oh Dios mio, Dios mio! ¡nos negais el consuelo de los hombres y nos concedeis el de los ángeles.

—Escuchad, amiga mia, porque tenemos que separarnos muy en breve. Si mis recursos fuesen como mis deseos, yo me avergonzaria de ofreceros lo que pongo en vuestras manos; pero es todo cuanto poseo y lo tenia destinado para otro objeto, menos provechoso. Tomadlo como señal de lo que quisiera hacer en obsequio vuestro.

El coche habia salido ya de la poblacion y estaba parado mas allá de la cárcel, conforme á la órden que habia recibido el cochero.

La hija de Leoncio besó la mano de Amanda, y levantando á ella los ojos bañados en dulce llanto la dijo:

—¡Sois un ángel; sois tan buena como hermosa; miraros el semblante hace olvidar los pesares!... ¡Y no he de volveros á ver!...

—Si, os prometo que volveremos á vernos; no os digo cuándo, pero os aseguro que será lo mas pronto posible. Id, hija mia, no os detengais, y alentad á vuestros queridos padres y hermanos.

Estrechóle otra vez Amanda la mano y le dirigió una afectuosa sonrisa de despedida.

La pobre niña bajó del carruaje, que inmediatamente volvió á toda prisa hácia la ciudad, y permaneció inmóvil y contraido el rostro por una dulce sonrisa hasta que

perdió de vista el vehículo donde iba el ángel, que bien podia llamarla así, de su familia.

Habia permanecido como en éxtasis.

El contacto de las diez guineas y el recuerdo de que aun no habian salido de su ansiedad sus padres y hermanos, le dió alas, y corrió ligera á su casa que distaba pocos pasos.

Subió corriendo las escaleras, entró en el cuarto desalada, y la alegría misma la venció y tuvo que apoyarse en la pared para no caerse.

CAPITULO LI.

Mas dudas.

Corria el coche de Amanda rápidamente por el arrabal cuando se desherró uno de los caballos y fue preciso detenerse.

Amanda tenia vivo interés en estar de vuelta cuanto antes á fin de que no tuviese que dar explicaciones acerca de su ausencia; pues no queria en modo alguno que la señora Devons se enterase de lo que habia hecho por la familia del infeliz Leoncio.

Estaba segura de atraerse la mala voluntad de la vieja, como llegase á saber que favorecia á personas que ella queria condenar á perpetua miseria, para que en ningun tiempo tuvieran medio alguno de recobrar lo que ella les habia usurpado.

Mientras herraron el caballo estuvo Amanda impaciente y dando paseos agitada, porque el tiempo trascurria tan

lento para emprender de nuevo su camino, como veloz para que la marquesa y sus amigas se hallasen de vuelta antes de su regreso.

Por fin pudo volver al coche, y encargando otra vez al cochero que siguiese el camino mas breve y corriera todo lo posible, recobró la esperanza de llegar todavía á tiempo.

Entonces pudo complacerse en imaginar cuál seria en aquellos momentos el regocijo de la familia de Leoncio y las bendiciones que derramarian sobre ella por una dádiva que de nada la privaba sino de una noche de diversion, que le seria compensada mas adelante, cuando pudiera confesar á Mortimer el verdadero motivo de no haber asistido á la fiesta.

Estaba segura de que Mortimer á la primera ocasion le preguntaria la causa de no haber asistido al baile segun le prometiera; pero habia decidido no revelárselo de pronto, en primer lugar para que él no se considerase comprometido á hacer un sacrificio por aquella familia objeto de la caridad de su amada, y en segundo lugar porque no pareciera ostentacion censurable el descubrir que se habia privado de un traje de baile por socorrer á una pobre gente tan necesitada.

Con estos pensamientos llegó á casa de la marquesa y preguntó al entrar si se hallaban de vuelta las señoras.

—Mucho rato hace, le respondió el criado, y van á ponerse á la mesa.

Entró apresuradamente en su cuarto, y la doncella le dijo que la señora Devons habia preguntado por ella varias veces.

Arreglóse con viveza para ir á comer y se dirigió al

salon, donde encontró á toda la familia reunida y además á lord Mortimer, á la señorita Sonder y otras muchas personas.

—¡Hija mia, hija mia, la dijo la señora Devons al entrar, ¿dónde habeis estado toda la mañana?

—Yo voy sospechando, añadió Eufrasia, que Amandita nos oculta sus acciones.

—¡Malo! exclamó la señorita Sonder; el que oculta sus acciones... no procede con rectitud. Eso aun no hace tres dias que lo he oido decir en la iglesia.

En medio del tono ligero de la señorita Sonder despuntaba una intencion maliciosa, de manera que cada cual podia interpretar como muy frívolas ó como muy significativas sus palabras.

Amanda le volvió el rostro.

—Conque vamos á ver, dijo la señora Devons, ni habeis ido á las ferias, ni os habeis quedado en casa... ¿Qué ha sido de vuestra vida?

Amanda vaciló, y queriendo aparentar una indiferencia que no supo fingir por su desgracia, respondió:

—He ido á compras á la cité.

—¡A la cité! exclamó lord Mortimer involuntariamente, no pudiendo ocultar su extrañeza y mirando fijamente á Amanda.

Esta se volvió á él sobresaltada, vió que le tenia clavados los ojos como si quisiera penetrar hasta el fondo de su corazon, y no pudo menos de sonrojarse y bajar la vista.

Cualquiera hubiera creido que Amanda habia cometido una mala accion y que estaba viéndose en peligro inminente de ser descubierta.

La atencion de las señoras estaba ocupada en otros asuntos y no hicieron alto en aquellos varios pero breves movimientos.

Sólo Mortimer quedó como absorto ocupándose de lo mismo, y Amanda como si se hubiera abrasado los labios, no acababa de persuadirse de que hubiese mentido con tanta facilidad ni se reponia de su turbacion.

Bien léjos estaba ella de sospechar por qué se habia sorprendido tanto lord Mortimer al oirle decir que habia estado en la cité.

Habia ido á pasear por la feria creyendo encontrarla allí; pero viendo que llegaba la marquesa y sus amigas y que Amanda no estaba con ellas, las acompañó un rato por cortesía, y fingiendo que tenia que despachar un negocio á hora determinada, se volvió á su casa con propósito de salir á dar un paseo solo.

Mandó que le pusieran un coche, y quiso la casualidad que se dirigiera tambien hácia el arrabal de la cárcel, que era sitio poco frecuentado y el que mas le convenia, tanto porque le habia aturdido el bullicio de la feria, como por evitar el encuentro con personas conocidas.

Pensaba en Amanda; ya sentia el estar ausente de ella y haber tomado aquella direccion en vez de dirigirse á la cité donde Eufrasia le habia dicho que estaba, cuando al pasar junto al coche de Amanda, detenido mientras iban á herrar el caballo, la vió con suma sorpresa y no hay que añadir que la conoció en el acto.

Hallarla en sitio tan apartado de aquel en que le habian dicho que estaba, le sorprendió doblemente, y verla precisamente en aquel arrabal donde no sabia si era

probable que tuviera relaciones, le dió cierta inquietud.

En cualquiera otra ocasion habria aprovechado conjetura tan favorable para hablar con ella sin testigos; pero despues de las sospechas y las murmuraciones de aquellos dias, prefirió contenerse prudentemente y observar.

Siguió de léjos el coche y no le perdió de vista hasta verlo parar á la puerta del marqués de Rosline y que se apeaba ella y entraba en la casa.

Como lord Mortimer se habia apeado á cierta distancia de casa del marqués, y tuvo que volver atrás para meterse otra vez en el coche, antes de poner el pié en el estribo, vió al coronel Belgrave que contemplaba como inteligente los dos hermosos caballos.

Hasta entonces Mortimer y Belgrave no habian hecho mas que saludarse de paso; mas aquel dia Mortimer que siempre habia evitado el trato y la conversacion de Belgrave, se sintió excitado de repente de cierta curiosidad y se dirigió al coronel preguntándole si se habia divertido en la feria.

—No, no he ido. Estaba cansado de bullicio y he dado un paseo nada mas que hasta el arrabal de la cárcel.

Allí acababa de ver Mortimer á Amanda, su curiosidad estaba casi satisfecha, sus sospechas á punto de averiguarse y tal vez de convertirse en amargas realidades.

¿Se realizarian por último los rumores que hasta entonces habia tenido por calumnias?

¿Seria impúdico refinamiento lo que hasta entonces le habia parecido sencillez y candor de Amanda?

Palideció con la respuesta de Belgrave, hombre para él de funesto augurio, y recordósele todo cuanto acerca de su indignidad habia oido.

No hay vacilacion, no hay desconfianza, no hay rencor que no experimentara Mortimer á la vista de aquel hombre y al recuerdo de su amada, y en breve su turbacion fue tanta, que subió al coche y se hizo conducir á su casa sin ver por dónde pasaba.

Encerróse en su cuarto y llamó á la serenidad á su auxilio.

Pensó un instante dejar de ver á Amanda para siempre; mas en aquel instante mismo la voz del amor le decia que si se habia de alejar de ella, fuese corriendo á verla siquiera por última vez.

—Iré, dijo, me pondré en su presencia, le echaré en cara su doblez, y por infame que sea, ante la hidalguía de mi cariño se estremecerá, se sentirá vencida y se arrojará á mis piés confesando su falta: entónces todo habrá concluido entre nosotros, y yo la olvidaré, porque no podré amar infamado lo que he amado casto y puro.

Siguió dando paseos, acordándose de sus primeras entrevistas, de todas las agradables sensaciones que le habia causado, de los proyectos para lo porvenir que le inspirara, de las ideas siempre nobles que por ella concibiera, y se cubrió su corazon de tristeza.

—¿Y ha de ser todo mentira, exclamó, y nada ha de quedar de tan hermosos sueños? ¡Oh si pudieran ser falsas tantas apariencias como la condenan! Si por una de aquellas extrañas combinaciones hubiera creido yo en una alucinacion de las que un rayo de luz de la verdad desvanece...; si Amanda explicara su conducta de un modo tan satisfactorio que no dejará lugar á ninguna duda... ¡Oh! eso seria salir del infierno y entrar en el cielo; seria nacer yo á una

nueva vida... en otro mundo superior... Seamos prudentes y no confiemos en milagros, que son raros, y siendo para bien no se avienen con mi poca fortuna. Vamos á casa de la marquesa; he prometido comer con ellos y no quiero que vean en mi conducta nada que excite sus maliciosas sospechas, harto despiertas por desgracia.

Resuelto á proceder como habia dicho, sin dejarse llevar de frívolas apariencias favorables ni de nuevas sospechas opuestas á sus deseos, se dirigió á casa del marqués procurando dar á su semblante y acciones tal compostura que de ninguna manera revelasen el estado de su corazon.

Entónces fue cuando oyó decir á Amanda que habia estado en la cité despues de haberla visto él en sitio tan distinto y de haber oido decir á Belgrave que sólo para ir hácia aquel mismo sitio habia salido aquella mañana.

Entónces se inclinó á creer que casi no necesitaba más prueba para saber que habia sido burlado; que sólo tenia una interpretacion funesta el misterio con que Amanda ocultaba el lugar á donde habia ido; entónces recordó que Carlos Bingley habia sido muy amigo de Belgrave, y á confidencias amistosas de este atribuyó la resolucion de Carlos de renunciar tan inesperadamente á la mano de Amanda.

Tenia, como hemos indicado, necesidad de todo su dominio sobre sí mismo para contener los impulsos de su corazon; pero quiso disimular sus sospechas hasta quedar plenamente convencido.

Conocia que si se separaba de Amanda sin tener la certeza de que le habia engañado, la fuerza de su amor y sus escrúpulos volverian á traerle á ella, y para acabar de una

vez y librarse de lo ridículo que seria á sus propios ojos haber roto con ella sin motivo bastante y volver despues á su lado sin que hubiese desaparecido el motivo que de ella le arrojara, lo mejor era esperar, y cuando llegase el caso de tomar una resolucion, tomarla irrevocable. Estuvo en la mesa sentado frente á Amanda y no podia dejar de poner en ella los ojos, y como era tan poderoso el influjo de su belleza, con frecuencia tambien pensaba en ella airado y no podia mirarla sino con la mayor ternura, y con aquella melancolía que se siente á la vista de un objeto amado sabiendo que pronto lo hemos de perder para siempre.

A pesar de su propósito de que no revelase con el semblante lo que pasaba en su corazon, la zozobra y las dudas en que vivia, la tristeza que le comunicaban ciertos pensamientos se retrataban en él y fueron visibles á la atencion de la marquesa y su hija.

Ellas conocieron que el veneno de la sospecha habia penetrado en el corazon del amante, y satisfechas del buen resultado de sus cabalas, se animaron á llevar adelante lo que tenian proyectado para conseguir por completo los importantes objetos que se proponian; atraerse á Mortimer hasta unirle con Eufrasia, y perder para siempre á la bella y sencilla hija de la desventurada Malvina.

Madre é hija saboreaban de antemano las dulzuras del triunfo.

Eufrasia como más jóven lo disimulaba ménos y rebosaba de su corazon el júbilo.

Cuando menos, aun cuando no se lograse su principal objeto, que era casarse con Mortimer, lograria vengarse de

él, haciéndole ver que habia entregado su corazon á una mujer indigna de quien habia sido juguete; vengarse de él que siempre se le habia mostrado frio é insensible; vengarse de entrambos, cuyas prendas personales, cuya nobleza de corazon, cuya gallardía hacian resaltar en todas partes cuán poco la habia favorecido á ella la naturaleza.

Tambien Amanda observó que Mortimer hacia vanos esfuerzos para disimular su tristeza; pero estaba muy léjos de adivinar la verdadera causa del estado de su ánimo.

Queriendo adivinarlas, se daba á mil conjeturas, pero ninguna tenia relacion con las sospechas que acerca de su amor y de su honradez pudiera haber concebido el que en su concepto no debia abrigar la menor duda sobre lo uno ni lo otro.

Pensó que acaso su tia habia contestado á su carta negándose á favorecer su pretension de que intercediera con su padre y renunciara á cierta parte de sus bienes para facilitarles su anhelado enlace.

Pensó tambien que tal vez su padre le habria hablado claramente con respecto á sus deseos de verle casado pronto con Eufrasia, y que en su concepto estuviese él sosteniendo una penosa lucha entre lo que el amor le aconsejaba y lo que los deberes filiales exigian de él.

Agobiábala esta idea; mas siempre acababa por decirse á sí misma que Mortimer no dejaria de amarla nunca, ni seria capaz de entregar su mano á una mujer que no mereciese su corazon.

Poco á poco fueron acudiendo á la casa más visitas, de suerte que al anochecer la concurrencia era muy numerosa; pero el desventurado amante, presa de su confusion y

de los encontrados afectos que tenian trabada una fuerte lucha en su ánimo, apenas tomaba parte en las conversaciones y mostraba empeño en permanecer solo y retraido, para seguir con más abandono el inseguro curso de sus pensamientos.

El movimiento de los que entraban y de los que se despedian colocó á Mortimer al lado de Amanda.

Esta se alarmó al verle tan pálido y al notar su agitacion que subió de punto cuando la tuvo á su lado, pues en la situacion difícil en que se hallaba, ni queria tratarla como mujer indigna de su cariño, ni demostrarle aquella confianza de otro tiempo, que le parecia un insulto á su amor propio. Amanda no pudo ménos de manifestarle que habia concebido temores por su salud.

—Mi salud es buena, contestó él.

—Pero no estais tranquilo, se apresuró á añadir ella.

Dirigióle Mortimer una mirada que significaba su deseo de conocer la intencion con que habia dicho Amanda aquellas palabras, y dijo:

—Efectivamente, no estoy tranquilo.

Vió que Amanda le miraba con ternura, ¡mas ay! habia pasado aquel tiempo dichoso en que no veia en el semblante de Amanda sino lo que en él se retrataba, y habia llegado una época en que todo para él era objeto de interpretaciones y desconfianzas.

Aquella ternura podia ser un fingimiento, un cebo para atraerle, un lazo tendido á su buena fé.

Aquellas miradas dulces podian haber sido dirigidas aquella misma mañana á otro hombre, á un hombre cuyo contacto mancillaba.

—¡Oh, mal haya la duda! exclamaba en su interior, ¡mal haya la duda y quien la abriga en su mente: que no sabrá huir del mal ni gozar del bien que en la tierra le sea concedido!

Aun con el recelo de que aquella expresion de amor fuese falsa, no podia resistirse al influjo que en él ejercian las gracias de su amada.

—Estais intranquilo, le dijo ella tristemente; ya sabeis que yo tomo parte en todos vuestros pesares, como la tomo tambien en vuestras alegrías; creed que hasta que recobre la salud vuestro pecho no hallaré yo paz en el mio.

—¡Amanda, exclamó en voz baja Mortimer, dichoso el hombre que realmente os inspire los sentimientos que manifestais!

Aquel acento, aquella exclamacion inspirada por la envidia, es decir, por celos del que acaso fuese amado de mujer tan bella, no fueron iuterpretados con rectitud por Amanda.

Ella creyó que lord Mortimer, satisfecho del interés que acababa de manifestarle, celebraba su propia dicha y se lo participaba para que viese ella lo mucho que apreciaba el ser objeto de solicitud tan tierna.

Aquella noche no pudieron hablarse más, porque la señorita Sonder, viendo un asiento desocupado junto á lord Mortimer, corrió á ocuparle riendo, con el objeto, dijo, de reanimar su abatido espíritu.

CAPITULO LII.

Asechanza.

Los dias que sucedieron á aquel en que Mortimer vió á Amanda en el arrabal de la cárcel, fueron para él muy tristes.

No teniendo ocasion de hablar con ella, no pudo resistir al deseo de volver algunas veces á aquel barrio miserable, donde Belgrave le dijo haber estado.

En vano buscó una casa que por su apariencia indicase que podia albergar á personas que tuviesen relacion con el mundo en que Amanda vivia: todo eran casuchas miserables, segun noticias que tomó, la mayor parte de la gente que allí habitaba era de conducta sospechosa ó abiertamente criminal.

Su intranquilidad iba en aumento, pero resuelto á no dejarse llevar ya mas en la vida del ímpetu de su carácter y á no dar un paso de que pudiera arrepentirse, esperó dominando su impaciencia.

Habia llegado el dia del baile de la duquesa de B.***

Amanda veia los preparativos que para asistir á tan ruidosa fiesta estaban haciéndose en casa de la marquesa; pero acordándose de Leoncio y de su familia se consoló fácilmente de no asistir á ella.

Mortimer llegó aquella mañana en ocasion en que Eufrasia referia á Amanda las noticias que habia adquirido acerca de los trajes que llevarian sus amigas; de los gastos hechos por la duquesa para recibir dignamente á sus convidados; de las variaciones introducidas en los adornos de los salones y salon de paso, y de mil otras cosas que en su concepto habian de colocar la fama de aquel baile muy por encima de todos los que habia dado la aristocracia inglesa en muchos años.

—Será menester, la dijo Amanda, que mañana si estais para ello, me hagais una descripcion detallada y exacta de todas las excelencias de la fiesta.

—¡Pues qué! replicó Eufrasia, ¿no vereis y observareis vos lo mismo que yo y mas tambien porque teneis el genio mas observador?

—Si yo asistiera al baile, entre las dos lo veríamos todo; pero yo no voy y confio en vuestro relato.

—¡Cómo! exclamó Eufrasia en el colmo de la admiracion, ¿renunciais á una fiesta cuyas esquelas de convite han sido tan envidiadas?

—¿Qué significa eso? preguntó la señora Devons no ménos sorprendida; á vuestra edad renunciais voluntariamente... Ahora digo que cada dia entiendo ménos á las muchachas de la época. Pero ¿qué capricho es ese? vamos á ver: ¿por qué no habeis de ir? Ea: que yo no lo creo; para

mí va pasando ya la edad de las fiestas y los bailes, y sin embargo, aunque hubiera de enfermar por ocho dias, no dejaria yo escapar el de esta noche. ¡Eso sí que no! Y vos... A bien que aun faltan horas, y de aquí para entonces ya habreis variado de parecer.

—Eso no creo yo, dijo Eufrasia con viveza. Ya sabeis que Amandita antes de decir las cosas las piensa mucho, y apostaria á que su resolucion es irrevocable: que no irá, vamos, que no irá.

—¿Es realmente cierto, preguntó Mortimer con cierta gravedad y disgusto que no se ocultó á ninguna de las mujeres, que no ireis al baile de la duquesa?

—Es cierto.

La marquesa, aun mas contenta que su hija de la resolucion manifestada por Amanda, resolucion que favorecia sus infernales tramas, dijo entonces con aire bondadoso:

—En verdad siempre he dicho que una de las cualidades que mas me agradaban en Amanda, era la formalidad de su carácter y su manera de proceder: con ella siempre sabe una á qué atenerse. Cuando dice que no, es que ha resuelto que no, y carece de ese afan que se vé en las demás jóvenes por las diversiones ruidosas aunque inocentes. Mi hija por el contrario, á cada paso muda de bisiesto. A propósito, hace algunos dias que se queja de hallarse indispuesta; en vano le he dicho que se quedara en cama para aliviarse ó que no fuera hoy al baile de la duquesa: no he podido conseguir ni lo uno ni lo otro. Seguro está que nadie vea por allí á Amanda habiendo dicho una vez que no.

Eufrasia, que no se habia sentido indispuesta ni habia hablado de semejante cosa con su madre, la estuvo escu-

chando con el asombro pintado en el semblante, y ya iba á contradecirla delante de todos, cuando esta con una elocuente mirada la advirtió que callara y dejara pasar lo dicho.

Eufrasia comprendió y se calló.

—¿Y no podemos esperar, dijo lord Mortimer, que esa resolucion repentina sea considerada por la señorita Fitzalan como poco meditada? Si fácilmente la adoptasteis, con igual facilidad podeis desecharla, y por eso no perdereis vuestra reputacion de persona formal.

—¡Oh milord! no creais que mi resolucion haya sido repentina ni poco meditada: muy al contrario, lo he pensado mucho...

Lord Mortimer dió un paseo por la sala, y aprovechando una distraccion de las señoras dijo en voz baja á Amanda:

—Me habeis prometido ir al baile.

—Es verdad, milord.

—Y ser mi pareja.

—Tambien es cierto. Por eso solo podria pesarme de no ir.

—Pero eso no basta á decidiros á variar de parecer.

—Ya es imposible.

—¡Imposible! Pensé que ibais á darme una razon...

—Lo deseo vivamente.

—¿Aprovechareis la primera coyuntura que se os ofrezca para explicarme por qué causa os quedais en casa esta noche?

—La aprovecharé con mucho gusto, os lo prometo.

—¿Y no sabeis cuándo podré ver satisfecha mi curiosidad?

—Si yo pudiera aseguraros...

—Decidme que mañana.

—Supuesto que vos lo quereis, mañana os explicaré por qué no cumplo la palabra que os ofrecí, que vos acabais de recordarme y que yo no habia olvidado.

—Muy poderoso debe ser el motivo...

—Lo es mucho, y estoy segura de no engañarme: vos aprobareis mi conducta.

Al recordar un acto de caridad y tener que hablar de él se ruborizó Amanda, y Mortimer que la miraba atentamente la vió bajar los ojos sin acertar á explicarse la causa de su rubor.

—No puede ser, pensó, que comprenda el principal objeto de mi insistencia; si así fuera, no podria haber respondido con esa seguridad que respira su acento; mas si no lo adivina, ¿por qué se turba y ruboriza? ¿Será mas complicado el misterio de lo que yo mismo creia?

—No sabeis, le dijo á ella, cuánta seria mi satisfaccion si en efecto fuera tan plausible como dais á entender el motivo que os hará permanecer alejada de mí esta noche.

—Vos lo juzgareis mañana, y yo me someteré á vuestro fallo.

—Hasta mañana pues, ya que antes no pueden tener término mis inquietudes.

Como Amanda ignoraba el amargo pesar que padecia Mortimer, sus dudas, su encuentro con Belgrave en el barrio de la cárcel y las maliciosas insinuaciones de que habia sido objeto, creia que la inquietud de este estaba fundada en el disgusto de haber sabido que no podia hablar ni conversar con ella en casa de la duquesa.

Agradecíale de todo corazon el pesar que mostraba por aquella ausencia y se proponia decirle toda la verdad, con

lo cual, pensaba, el pobre Leoncio y su familia habrán adquirido un protector por conducto mio; pues es imposible que enterado lord Mortimer de su triste suerte y sabiendo el interés que me inspiran y la historia de sus desgracias y sus necesidades, desaproveche la ocasion de hacer una obra de caridad que le ha de ser tan grata.

Por la tarde Eufrasia fué á decir á Amanda que pues ella no habia de emplear el tiempo en componerse para el baile, la ayudase á tocarse y vestirse.

Amanda se mostró complaciente de todo corazon con ella, y cierto que por embellecerla hizo prodigios de ingenio que jamás habia tenido necesidad de apurar para vestirse y adornarse á sí misma.

La marquesa manifestó que bien se conocia que la mano de Amanda habia andado en ello, pues nunca habia visto á su hija vestida y adornada con tanta sencillez y buen gusto.

La señorita Sonder celebró tambien su rara habilidad, pero añadió en voz baja al oido de Eufrasia:

—Toda esa gentecilla cultiva con mucha prevision ciertos talentos.

—Esta podrá algun dia ganarse la vida cantando en teatritos de verano, haciendo de modista ó peinando á señoritas de nuestra clase.

A las seis partieron las que debian ir al baile.

—La verdad, Amanda, le preguntó Eufrasia, ¿no sentís ahora el haber tomado la resolucion de quedaros?

—Os aseguro que no. Me quedo muy gustosa.

—Ya lo veis, lord Mortimer, dijo la marquesa con aparente benevolencia, pero con la intencion más dañina; es

lo que yo os habia dicho. Amanda repite que se queda muy gustosa en casa.

Mortimer sonrió tristemente.

Amanda habria querido explicarle con una mirada el sentido de sus palabras, pero no siéndole posible, les miró salir diciendo á sus solas:

—Mañana lo sabrá todo, y en vez de sonreir tristemente, acaso llore de alegría su corazon al ver que me he anticipado á socorrer á una familia víctima de la desgracia, adivinando lo que él habria hecho en mi lugar, lo mismo que me habria aconsejado él si le hubiera pedido su parecer.

CAPITULO LIII.

Tigre y serpiente.

Con esta grata esperanza se dispuso á pasar la noche tranquila.

Retiróse á un aposento cuyas ventanas caian á unos dilatados jardines, y estuvo largo rato á oscuras, entregada á suaves pensamientos en medio de aquella soledad que parecia imposible pudiera existir en la populosa Londres.

Pero mucho mas imposible habria parecido que bajo el semblante exterior de las personas que la rodeaban no se ocultase mas que deseo de venganza, perfidia y ódios enconados contra una criatura inocente.

La calma que rodeaba á la hija de Malvina era aquella calma engañosa precursora de grandes tempestades.

Sobre su frente se acumulaban en aquel momento las negras nubes preñadas de borrascas, y se forjaba sordamente el rayo que debia herirla.

¡Oh quién hubiera podido decirle: niega hoy tu pecho á

la compasion, á los ajenos dolores, y prevente para evitar los tuyos propios; corre al baile, mézclate entre aquella gente alegre y frívola que olvida la piedad y no olvida el rencor...!

Pero ¿qué habria entendido Amanda de este consejo?

¿Cómo podia imaginarse en medio de la satisfaccion que le causaba la calma de la inocencia, que pudieran aplicársele los hermosos versos de Shakespeare que dicen:

«Cuando el límpido azul del firmamento
Promete al mundo dilatada calma,
Ruge de pronto la tormenta impía
Y huye del cielo y tierra la bonanza.

Habia entrado Amanda en el gabinete del tocador de Eufrasia, y hallando á mano un libro cuyo comienzo le pareció interesante, se sentó con propósito de esperar allí tranquila el regreso de los que habian ido al baile.

Pronto se aficionó á los principales personajes del libro, que eran dos finos amantes perseguidos por la desgracia, y el tiempo iba trascurriendo rápido y agradablemente para ella.

Un súbito ruido que oyó á su espalda le obligó á volver la cabeza; y helada de terror vió al coronel Belgrave que silenciosamente se acercaba hácia ella.

Vióle, temióle, faltóle el aliento y helósele la sangre en las venas.

El libro se deslizó de sus manos al suelo.

Ella como fascinada no podia apartar la vista del semblante de aquel hombre, que paso á paso iba destacándose de la oscuridad y acortando la distancia que de ella le separaba.

Apareció la infernal sonrisa en los labios de Belgrave y

centellearon sus ojos, y como si el flúido de aquella mirada y la contraccion nerviosa de aquel rostro hubieran obrado en ella, se levantó de un salto y corrió hácia la puerta.

Belgrave extendió el brazo, le puso la mano en la boca, y á su leve contacto faltóle la voz á Amanda como si se estuviera ahogando.

—No griteis, la dijo él en voz baja y tono imperioso.

Asióla en seguida de la mano, y sin que ella pudiera oponer resistencia alguna, subyugada, enajenada todavía por el pavor, se dejó conducir al sofá donde cayó sentada.

—Haceis bien en mostraros dócil, dijo él; porque ni gritos, ni lágrimas, ni nada os valdria en esta ocasion. Bien se os alcanzará que para introducirme en este sitio habré contado con el auxilio de persona segura; que no habré entrado hasta aquí sin dejar cerca de nosotros quien me guarde las espaldas. Todo esto os digo para que no os empeñeis en oponerme una inútil resistencia. No temo ni debeis temer que nadie nos interrumpa ni sorprenda, y me ha costado mucho hallar esta ocasion para que piense en desaprovecharla.

A medida que hablaba Belgrave iba recobrando Amanda sus sentidos y voluntad.

Lo primero que concibió su mente fue que habia sido víctima de la traicion de algun criado de la casa; la seguridad de Belgrave le hizo perder toda esperanza en el auxilio ajeno, y la misma desesperacion que le causó esta idea, reanimó su espíritu y la dispuso á emplear todas sus fuerzas contra la villana agresion de aquel malvado.

El coronel se inclinó hácia ella mirándola con pasion.

Ella se levantó y dijo:

—Es tan imprudente, tan insensata vuestra conducta, que aun confio que volvereis en vos y desistireis del intento que os ha conducido aquí por medios que deben repugnar á todo hombre de honor.

—¿Y si en vez de desistir insisto? preguntó Belgrave sonriendo.

—Entonces ya dejareis de ser insensato; sereis el hombre mas vil del universo; mas traidor y felon que el mismo que os ha abierto el camino para llegar hasta mí. Entonces ya no os temeré.

—Eso deseo yo, replicó el coronel levantándose; que no me temais; que os inspire mi pasion otro afecto mas grato...

Amanda retrocedió.

—Señor Belgrave, le dijo, estoy aquí bajo el amparo del marqués de Rosline; mirad bien lo que haceis, porque vuestros agravios en este sitio, tanto como á mí, le ofenden á él. Si no habeis temido mi desprecio, temed la justa venganza del marqués indignamente ultrajado en la persona de una jóven indefensa á quien ha dado hospitalidad. Aun podeis retiraros sin que nadie sepa que os habeis deshonrado con tan fea accion: aun estais á tiempo: salid.

—Ni yo he venido para tratar de materias tan árduas y caballerescas, contestó el corenel, ni he pasado tantas inquietudes, ni he estado acechando tanto tiempo, ni he tomado tantas precauciones para entrar y volverme sin celebrar con vos una amistosa conferencia. ¡Decís que no me temeis, Amanda! Pues bien, ya que habeis dejado de temerme, empezad á amarme. Me dais consejos, me imponeis órdenes; ¡oh cuán dulce me seria seguir dócil vues-

tras indicaciones, obedecer sumiso vuestros mandatos, si os fuesen inspirados por el amor! Vos sabeis cuánto tiempo há que os amo: vos estais viendo que la ausencia, el desprecio no han podido nada contra mi amor; vos me veis tan apasionado de vuestros encantos como el primer dia que tuve la dicha de veros; mirad, pues, si podeis engañaros acerca de la firmeza de mi cariño. Vos habeis visto con cuánta lealtad os manifesté mis intenciones en una carta...

—¡Dios mio! exclamó Amanda arrebatada de indignacion, ¡y se atreve á recordarlo! Teneis la audacia de confesar vuestros bajos proyectos, vuestras cínicas proposiciones; creeis que es posible rocordarlas y amaros... ¡oh, vos no habeis sido jamás un hombre honrado!

—Yo soy todo lo que de mí quiera hacer el loco amor que os profeso. Sí, él me hundiria en el abismo de las mayores bajezas y me haria capaz de las mas hermosas acciones. Queredlo vos y yo seré el hombre á quien podrán tomar por modelo todos los demás.

—¡Empezando por ser desleal á vuestra esposa!

—¡Amanda! dijo el coronel dando un paso hácia ella, que volvió á retroceder hácia el sofá; ¡Amanda! ¿por qué os oponeis á ser la mujer mas adorada del universo? ¿Por qué rechazais la dicha y fortuna? ¿Por qué rechazais tambien al que querria tener derecho para enmendar el error de la suerte, que deberia haberos colmado de riquezas y señalar con un triunfo de amor cada uno de los dias de vuestra juventud? No querais ser ingrata conmigo, siquiera para no ser cruel con vos misma. Mi vida y todo cuanto poseo es vuestro, Amanda; porque yo no puedo

disfrutarlo sin escrúpulo si no lo comparto con vos. ¿Qué daño os causaria saber que en el mundo hay un hombre que os agradecia la piedad que habiais usado con él; un hombre que estaria siempre dispuesto á perder por vos la existencia? Vos que os gozais en hacer bien, ¿por qué negaros á llenar de contento al que mas ardiente y sinceramente os ama? ¡Oh Amanda! vos amais á vuestro padre; pues bien, por vos deseo yo verle rico, independiente, dueño de sí mismo, á cubierto para siempre de los azares que turban el reposo del que no ha sido favorecido con los halagos de la fortuna. Me hablabais hace poco del lazo que me ata ante los hombres... Pues bien, tened por cierto que si el enlace que contraje bajo funestos auspicios, engañado por falsas apariencias y deseando sustraerme al tirano influjo de vuestras gracias; si esos lazos, digo, pueden romperse algun dia, entonces mismo, mi corazon, mi nombre, mi fortuna, todo será vuestro, Amanda, y nada me quedará que ambicionar en la tierra, nada echaré de menos, con tal que vos seais mia.

—¡Oh, basta, basta! exclamó Amanda; no puedo oiros mas. Aun cuando fuerais libre, vuestra mano me repugnaria. Cada ofrecimiento vuestro es un insulto, que me veo obligada á oir; pero que no puede ofenderme, porque no lo he merecido. Ea, señor Belgrave, yo seria en cierto modo cómplice de vuestra permanencia en esta casa si no os repitiera que salgais de aquí al momento. No tengo voluntad ni derecho para oiros. Libradme de vuestra presencia, ó me obligareis á llamar en mi auxilio á los que obligados á librarme de vos tendrán que castigar vuestros ultrajes. El cielo sabe cuánto me pesa tener que valerme

de semejantes palabras; pero no me dejais otro medio para persuadiros de cuán inútiles son vuestros esfuerzos. ¡Ojalá el ver la repugnancia que me inspirais os haga abandonar vuestros criminales proyectos y olvidarme para siempre!

Belgrave le habia cogido una mano. Amanda con un grande esfuerzo y no sin lastimarse logró desasirse de él y encaminarse precipitadamente hácia la puerta.

Antes de llegar al umbral Belgrave se le habia puesto delante, y clavando en ella los encendidos ojos y abriendo los brazos, dió un paso y la estrechó fuertemente en ellos.

Amanda echó la cabeza hácia atrás, y experimentó un estremecimiento de horror y repugnancia.

El contacto de aquel hombre no podia manchar su honor, pero le repugnaba como el de ciertos animales inmundos.

Belgrave acercó los labios á su frente, y Amanda lanzó un grito involuntario y en seguida comenzó á dar voces de socorro.

Vibró su voz en el aire, y tras la pasajera vibracion todo volvió quedar en silencio.

Nadie acudió en su auxilio.

En aquel palacio, donde todo el dia circulaba una numerosa muchedumbre, se vió tan sola como pudiera estar en un desierto.

Acudieron las lágrimas á sus ojos y se exaltó su imaginacion de un modo extraño, porque concebia que por odiosa que fuera la conducta de Belgrave, mas fácil era verse acosada por su audacia, sin freno, hallándose aislada, sola en la casa del marqués de Rosline.

—¡Oh señor! exclamó temblando la desgraciada: ¡por piedad...!

—¡Piedad me pedís, replicó él sin soltarla y devorándola con sus miradas; piedad quereis que tenga con quien tan duramente me trata!

—Perdonádmelo, señor, soltadme, yo no habia pensado en ofenderos jamás, ni á vos ni á nadie; ¡soltadme por compasion...!

—Compasion he menester yo, Amanda; decidme que sereis mia...

Otro movimiento de reaccion dió fuerzas á la desgraciada hija de Fitzalan, que irguiéndose con altivez, dijo:

—Señor Belgrave, si os queda un resto de honor; si hay en vuestra alma un sentimiento humano, retiraos, retiraos y os lo perdonaré todo, y lo olvidaré todo y os creeré capaz de rehabilitaros á vuestros propios ojos.

Aflojó Belgrave los brazos, pero sin soltar á Amanda; y bajando hipócritamente la vista, con cierta compuncion y tono blando contestó:

—¡Qué imperio ejerce vuestro acento en mi corazon, que así domina mis ímpetus mas vehementes! ¡Preciso es que sea muy poderosa la fuerza de mi amor cuando á él ceden todas mis pasiones, hasta el amor propio ofendido! Vos no sabeis cómo se lastima el alma mia de veros padecer, y si os lo dijera no lo creeriais. Vos me creeis malvado porque estoy loco; porque la pasion trastorna mis sentidos. Me enfurezco conmigo mismo porque no sé mereceros, y me irrito con vos porque sé que no odiais á nadie sino á este desgraciado que tanto os ama. Mi vanidad lastimada me ha dado consejos necios; yo los he seguido, y

entonces he ido en persecucion vuestra, queriendo mostraros un fingido desprecio que mi corazon desconoce. Avergonzado de mí mismo, queria huir de vos, testigo de mi locura y mi bajeza, y todos los caminos me conducian á vuestros piés sin hallar nunca el de vuestros brazos. Por vuestro amor he cometido acciones verdaderamente indignas, porque las mas viles son las que rebajan la propia dignidad; pero es porque vos me habeis exasperado con vuestras crueles negativas. Y sin embargo, ¡si me conocierais bien! ¡Si supierais cómo me ha trasformado vuestro cariño! Yo que he sido capaz de todo lo malo, me siento capaz de todo lo bueno. Si me he presentado á vuestros ojos cínico y grosero, ha sido, ¿por qué os lo he de ocultar á vos que quiero que conozcais todos los secretos de mi corazon? ha sido porque el resabio de lo antiguo me inspiraba una falsa vergüenza por mi bondad, que al cabo no me servia para alcanzar vuestro aprecio, y el espíritu rebelde del amor propio me hacia fingir una dureza y una grosería que repugnaba á mi alma. ¡Oh Amanda! Sólo yo á quien odiais, sólo yo os amo y no los cien adoradores que os han fingido amor un momento. ¿Visteis á Carlos Bingley que se fingia tan apasionado? pues sólo buscaba un triunfo que halagase su vanidad; que le hiciera pasar á los ojos de los frívolos curiosos por el hombre digno de vuestra preferencia. Él me lo ha confesado, y si vos hubierais admitido sus falsos ofrecimientos, yo habria tenido que matarle, pues sabia que en ese caso estaba dispuesto á echar mano de cualquier pretexto para dejaros burlada. ¿Veis á lord Mortimer? ¡ay de él si no toma otro camino, porque no podrá escapar á mi justa venganza! Mortimer

es aun mas peligroso para vos, y ojalá no se realicen mis fundados temores. Mortimer aspira á llamarse dueño de vuestros encantos: lo sé. Mortimer, cauto como la serpiente, os finge un amor puro, desinteresado: pero temed su carácter pacienzudo, rastrero y artificioso; no dejeis nunca de creerle dispuesto á abusar de la menor prueba de vuestra confianza. Si os adormeceis al arrullo de sus lisonjas estais perdida; porque una vez logrado su objeto, os sacrificará á Eufrasia y vuestro dolor no tendrá término. Eufrasia lo anhela y le auxilia en la consecucion de su triunfo, esperando el momento de gozarse en el bárbaro espectáculo de veros á sus piés como víctima, ¡á vos que habeis nacido para ser su soberana! ¡Oh! mientras yo paso por indiferente, por frívolo, por egoista á los ojos de muchos, velo por vos, indago; sé lo que contra vos se trama y conozco los sentimientos de todos los que os rodean. Yo por vos lo olvido todo; Carlos Bingley y Mortimer no olvidan nada. Mortimer anhela riquezas, muchas riquezas, es ambicioso como todos los de su raza, y aunque no ama ni puede amar á Eufrasia, se casará con ella por el dote, y hará sangrienta la burla de la inocente que haya creido en el desinterés de su cariño. ¡Cuán diferente es el mio, Amanda!...

—Señor Belgrave, le interrumpió ella, os he escuchado pacientemente mas de lo que debia. Si es verdad que me amais, pensad que con vuestro amor vendria á mí la deshonra, y conocereis que aunque yo misma quisiera, no podria aceptarlo mi decoro. Ahora que he sido complaciente, harto complaciente con vos, os lo digo por última vez: retiraos.

Amanda se apartó de él que la siguió cogiéndola de la mano y le dijo:

—Un momento, un momento no mas...

—Es imposible. Salid.

Así dijo extendiendo el brazo con imperio, cuando sonaron golpes redoblados á la puerta de la casa.

CAPITULO LIV.

Martirio de la inocencia.

Amanda sobrecogida, quedó inmóvil escuchando atentamente.

Belgrave esperaba que hablase.

Turbóse afuera el silencio que hasta entonces habia reinado y á los primeros leves rumores se llevó ella las manos á la frente diciendo:

—Huid... huid... ¡Qué haceis aquí!

—¡Huir! ¿Por dónde?

—No sé...; marchaos, salid por donde entrasteis.

—Imposible.

—¿Imposible? dijo Amanda aun mas asustada y dando dos pasos hácia la puerta.

El ruido se acercaba y se oian varias voces.

—¿Pero vos habeis venido á perderme?

—¡Oh, no! Vuestro honor antes que todo. Ahora os amo mas que nunca: os amo y os admiro por vuestra virtud que me rinde á vuestras plantas.

—Se acercan... van á llegar... ¡Oh Señor, Señor! ¡Desdichada de mí, en qué mala hora vine al mundo!

—No temais hermosa Amanda...

Ella escuchando atentamente, pálido el rostro, desencajados los ojos, seca la garganta y sin aliento, dijo:

—Aquí están ya... que van á entrar...

—¿Aquí vienen? Me esconderé...

—¡Oh no! ¡Esconderos no!

—Sospechan de vos; yo tendria la culpa; quizá no lograria disculparos... Allí hay una puerta; en el gabinete me entro.

—¡No! exclamó Amanda queriendo detenerle; pero Belgrave se desasió de ella y se ocultó en el gabinete próximo al tocador de Eufrasia.

Ya llegaba á sus oidos la voz de la marquesa y aun permanecia perpleja en medio del aposento.

Los terribles compromisos de su situacion se presentaron en tropel á su mente. Veia cierta su pérdida, y triunfantes á la marquesa y Eufrasia que al fin saciarian aquel odio feroz que siempre habian sentido por ella, y que á pesar de sus fingidos halagos despuntaba en las mas nimias circunstancias.

Veia á la señora Devons dejando desamparada su inocencia y poniéndose de parte de los poderosos, con toda la prevision de su carácter egoista, y oia los ultrajes de su lengua maldiciente.

Veia todas las apariencias, hasta las mas leves, conspirando para condenarla: su misteriosa y reciente salida del otro dia, su negativa de ir al baile, su afirmacion de que se quedaria en casa con mucho gusto.

¡Mortimer... Mortimer la creia culpable!

Su turbacion, que no podria dominar y que la venderia desde el primer momento..., mil y mil consideraciones temerosas con la rapidez del relámpago cruzaron por su imaginacion.

Dió á tientas dos ó tres pasos á la ventura por la sala; se acercó á la puerta del gabinete para hacer salir á Belgrave; se apartó de ella rechazada por el horror que le inspiraba la proximidad de aquel hombre, y cuando la turbacion habia llegado á su mas alto punto, llamaron á la puerta del aposento.

Para mayor desgracia suya; para que fueran mayores las apariencias que la condenaban, la puerta del aposento estaba cerrada, sin que ella lo supiera.

Llevóse la mano al corazon que parecia querer saltársele del pecho; llevóla al cabello como si alisándolo recobrase su semblante la expresion que le era natural y disimulase su congoja, y abrió, no sin dificultad, con mano débil é insegura.

Acompañadas del marqués, que estaba de vuelta hacia mucho rato, y de Mortimer, á quien habian convidado á descansar un momento, aparecieron las señoras á su vista.

—Amanda, dijo la marquesa riendo, no quiere que nadie interrumpa sus meditaciones. Bastante tiempo estuvisteis sola; ahora sufrid nuestra cháchara, que tiempo os quedará para seguir meditando toda la noche. Ahí teneis á Eufrasia que tan diferente es de vos; que en nada sigue vuestro ejemplo. Ha querido ir al baile á pesar de mis reiteradas advertencias; se ha puesto peor y nos obliga á

volvernos mucho mas temprano de lo que imaginábamos y á lo mejor de la fiesta.

Amanda apenas podia respirar.

—Pues se me figura, dijo Eufrasia, que con haberos quedado en casa tan sola y encerrada, no se encuentra Amanda mucho mejor que yo. Mirad que pálida está.

—En efecto, dijo la marquesa. ¿No os sentís bien?

—¿A ver, á ver? añadió la señora Devons, ¡pues es verdad! teneis el rostro cadavérico; desordenado el cabello... ¿Qué os ha pasado?

Amanda no tenia voz para responder.

Fuéronse agrupando á su alrededor todas las mujeres.

Las miradas pesaban sobre ella como si fueran enormes montes de plomo. Mortimer se le acercó solícito, y ella vió pintado en su rostro el asombro con que veia su palidez, su turbacion y su opresora congoja.

La marquesa y su hija de una rápida ojeada se enteraron tambien del efecto producido en Mortimer el estado de Amanda.

—Sin duda deberia estar indispuesta hace mucho, dijo el marqués; pues hace mas de una hora que vine yo á casa, le hice pasar recado por si queria honrarme acompañándome un rato, y me mandó decir lisa y llanamente que no.

El marqués no mentia.

De vuelta á su casa, por una consideracion rara en él, le habia hecho pasar recado; pero el recado no llegó á noticia de Amanda, pues nada le dijeron.

El recelo se levantó en el ánimo de la infeliz, que con una vehemencia que sólo Mortimer y el marqués no pudieron explicarse, replicó:

—¡Os aseguro que no he sabido nada; no me han dicho nada!

—¿Pero qué habeis hecho? ¿en qué habeis ocupado el tiempo? le preguntó con viveza la señora Devons, como si quisiera hacer olvidar las palabras del marqués y la respuesta de Amanda.

Esta bajó la cabeza y con voz débil respondió balbuceando:

—He leido...

—¿Siempre?

—Indudablemente, dijo lord Mortimer, habreis dejado vuestra imaginacion abandonada á ideas melancólicas, ó los sentimientos de algun personaje de novela han excitado el vuestro. Vuestra sensibilidad ha padecido y se os conoce á la simple vista.

Amanda queria responder, mas no podia.

Sólo mentiras habian de salir de sus labios, y sus labios se negaban á darles paso, acostumbrados á obedecer únicamente á las inspiraciones de su corazon.

En vez de razones ó excusas á sus labios acudieron lágrimas á sus ojos.

Mortimer se compadeció de ella, y conociendo que todos contribuian á aumentar su disgusto, formó la resolucion de aprovechar el primer pretexto decoroso para marcharse.

Pero su presencia era necesaria en aquel sitio, y sin sospecharlo él estaba condenado á no salir de allí hasta que quedara consumada la obra infame de la marquesa.

—Malos estamos todos, dijo Eufrasia. La pobre Amanda se ha aburrido ó lo que es peor se ha conmovido demasiado con la lectura y la soledad, y yo estoy aturdida del bulli-

cio y la atmósfera sofocante del baile. Necesito humedecerme un poco las sienes.

—Sí, hija mia, yo llamaré.

Hizo la marquesa ademan de tirar del cordon de la campanilla.

—No, no es menester; en el gabinete está el frasquito... Yo iré.

Amanda se sintió helada de terror.

Levantóse Eufrasia y ella la siguió con la vista, entreabierta la boca, seca la garganta, erizado el cabello y cubierta de frio sudor la frente.

Al verla llegar al umbral, quedó postrada; se dejó caer en el sofá y no pudo continuar un prolongado gemido doloroso, como si con él hubiera de exhalar el alma.

El crímen, que no podia tener entrada en su pecho, el crímen no la habria avergonzado mas que el temor de parecer criminal la avergonzaba.

Un movimiento ajeno á su voluntad la hizo ponerse en pié con todas las señales del terror impresas en su rostro, viendo ya ante sus ojos la aparente prueba acusadora, como Macbet creia ver el espectro de Banquo.

Lord Mortimer vió su agitacion, sintió su temblor, le cogió una mano que encontró helada y le preguntó con viva solicitud:

—¿Qué es lo que os agita de este modo? ¿qué afliccion es la vuestra? Señora marquesa, indudablemente Amanda está indispuesta.

—¡Cómo! ¡Pobre hija mia! exclamó la marquesa levantándose para ir á su encuentro fingiéndose muy lastimada.

Llegaba ya á la mitad de la sala cuando resonó un grito.

La marquesa se detuvo mostrando sorpresa y sobresalto.

Amanda vaciló.

Eufrasia salió despavorida del gabinete, y ocultando el rostro en el seno de su madre, dijo señalando la puerta por donde acababa de salir:

—¡Allí... allí...!

Mortimer volvió los ojos hácia el gabinete y vió salir de él al coronel Belgrave.

La indignacion le hizo prorumpir en un grito y abandonar la mano de Amanda que hasta entonces estrechara.

La pobre Amanda volvió los llorosos ojos á su alrededor y vió todas las miradas fijas en ella y todos los semblantes expresando la admiracion y el desprecio.

Aquel golpe era superior á cuanto podian resistir sus quebrantadas fuerzas.

Belgrave estaba allí, y á la vista de todos salia de un escondite que sólo tenia paso por aquel aposento en donde ella habia pasado toda la noche encerrada.

Belgrave estaba allí con su reputacion infamante para toda mujer...

Una luz suprema fulguró ante las confusas ideas de la infeliz Amanda, y con su rápido brillo le descubrió lo recóndito de aquel suceso.

Recordó el odio de la marquesa que desde la madre habia pasado á la hija; comprendió que la presencia de Mortimer en aquel sitio no era casual; vió el lazo que habian tendido á su inocencia y los funestos resultados que habia de tener aquella trama infernal, y exclamó con acento moribundo:

—¡Perdida...! ¡estoy perdida!

Cayó sobre el sofá al lado de Mortimer.

Este se apartó de ella creyendo que era una forzosa confesion de la culpa lo que sólo era el ay de dolor de la víctima, y lanzando sobre ella una mirada que parecia encerrar todas las reconvenciones, todo el dolor del desengaño, la renuncia de todo amor y toda esperanza, se llevó las manos á la frente exclamando!

—¡Al fin, desdichada, al fin...!

No pudo proseguir y pasó al otro lado.

Belgrave le era mas odioso que nunca y se desvió al pasar junto á él sin mirarle.

Creyendo de buena fé que la marquesa sentiria doblemente aquel funesto suceso por haber ocurrido en presencia suya saludó gravemente y se retiró.

Amanda yacia en el sofá desmayada.

Al llegar Mortimer á la antesala, se encontró á Julia, la doncella de Amanda, que le dijo:

—¡Ay señorito! temo que suceda una desgracia, y lo peor es que yo tendria parte de culpa en ella por ser demasiado complaciente. Yo no debia ceder á los ruegos de la señorita...

—¿De cuál?

—De la señorita Fitzalan. ¿Sabeis si ha ocurrido algo desagradable? ¡decídmelo por Dios!

—Sí..., ¿pero á qué me preguntais á mí...?

—¡Oh, perdonad mi llaneza, milord! ¡Dios mio, no hay duda le han descubierto!

—¿A quién?

—Al señor coronel.

—¡Cómo! ¿Tambien vos sabiais...

—Esa es mi pena mayor. Mi señorita procurará since-

rarse, la creerán y todas las culpas recaerán sobre mí. ¡Dios mio! ¿quién me creerá por mas que jure que yo no queria, y que sólo consentí en hacerle entrar porque con tanto afan me lo rogó la señorita?

—¡Qué mas he de escuchar! exclamó Mortimer sombrío; ¿puede haber desdicha mas cierta que la mia ni deshonra mas evidente que la suya?

—¡Ella me aseguró que no me comprometeria!

—¡Ah! dijo Mortimer con amargura, ella os aseguró...

—Sí, señor, y como es tan sagaz y previsora, yo creí que esta vez tambien le saldrian bien las cosas...

—«¡Esta vez!» repitió Mortimer con sonrisa nerviosa.

—Mirad si hacia yo bien en resistirme. El corazon me decia que hoy tendríamos un contratiempo. Y despues de tantos dias de decirle que no, justamente he ido á ser débil en la peor ocasion. Ya se ve, una no es de bronce y comprende lo que es estar mucho tiempo sin poder hablar á la persona amada. Yo me hice cargo de que un amor ya tan antiguo requeria algun consuelo...

—¿La misma señorita Amanda os dijo que su amor al coronel era antiguo?

—Si me engañó, lo ignoro; mas no lo creo; porque conmigo me parece que siempre ha sido franca, y me dijo que antes de casarse el coronel ya se amaban, lo cual, como comprendereis, la disculpa mucho.

—¡Ahora todo lo comprendo! exclamó Mortimer.

Y realmente se figuraba verlo todo claro cuando mas ofuscada se hallaba su razon y mas lejos él de la verdad, desviado de ella por aquel cúmulo de intrigas y maldades.

CAPITULO LV.

La engañosa apariencia.

Cruzóse Mortimer de brazos, y dejando caer la cabeza sobre el pecho se quedó meditabundo, miéntras la doncella fingia enjugarse las lágrimas.

—¡Engaño cruel! dijo por fin con acento frio.

—Os aseguro milord, que os digo la verdad...

—¡Demasiado lo creo, desgraciado, porque la verdad es en daño mio!

—¡Oh milord! yo bien conozco que soy mas culpable que la señorita, porque á ella al fin el amor le sirve de excusa; pero la señora marquesa no querrá creer que yo me he resistido á introducir al coronel en casa, hasta que cedí vencida de los ruegos y las lágrimas de la señorita Amanda. No me querrá creer...

—¡Las lágrimas... por él! interrumpió Mortimer.

—¡Le ama tanto la desgraciada...! Mi señora no querrá creerme, yo lo comprendo, y estoy viendo ya que me arroja de aquí y me deja abandonada en mi pobreza. ¡Qué

castigo tan cruel! Ya veis... La señorita me habia asegurado tanto que no se sabria... que sólo queria despedirse del hombre, del único hombre que habia amado... y yo por no verla padecer... ¡es tan triste la ausencia del único que hemos amado!

—¡Todos pagamos mas ó menos sus culpas! exclamó Mortimer con indignacion; todos víctimas de su falsía; pero yo... yo...

Lanzó un profundo suspiro y se alejó rápidamente sin volver el rostro á la doncella.

Entre tanto Amanda habia vuelto de su desmayo.

Al abrir los ojos se encontró rodeada de todos los de la casa.

Faltaba Mortimer y estaba Belgrave en el mismo sitio que ántes.

Reinaba en torno suyo el mas profundo silencio.

La marquesa se presentaba altiva, procurando darse el aspecto de la majestad ultrajada.

La señora Devons parecia esperar con impaciencia que se inaugurase la lucha, para dar suelta á su malignidad y desgarrar las entrañas de la pobre víctima.

Eufrasia volvió el rostro á Amanda, como si su vista solo bastase para mancillarla.

El marqués expresaba en su brutal semblante el enojo de que verdaderamente se sentia poseido.

Las mismas dificultades que se oponian á su justificacion dieron á Amanda parte de aquella energía que le era necesaria; la conviccion de su inocencia era tan poderosa, que le parecia á ella imposible que no lograse comunicársela á los demás.

—Señor marqués, dijo Amanda levantándose y encaminándose á él, es preciso que me escucheis.

—Yo ya sé, dijo el marqués mostrándose persuadido de que creia muy audaz á la pobre Amanda, que si se escuchara á todos los culpables, no se ahorcaria á ninguno.

Herida ella por aquel tono de desprecio, replicó:

—A todos se les escucha, sin embargo.

—Bien, quiero decir si se les diese crédito.

—Por culpables que parezcan, sólo se da crédito á pruebas y sólo por ellas se los condena...

—Pues entonces, bastante hemos hablado. Me parece que mayor prueba...

Al decir esto, el marqués señaló con la vista á Belgrave y volvió la espalda á Amanda.

Esta dió un paso hácia él, y con dolorido acento, pero con íntima firmeza que no está en el tono ni en las palabras sino en algo que el alma les comunica, replicó:

—Milord, yo estoy al amparo de vuestra hospitalidad.

—Por desgracia, dijo él en voz baja.

—Milord, no os apresureis á condenarme; la indignacion que mostrais contra mí variará de objeto cuando sepais que la alevosía, la baja perfidia de uno de vuestros criados me coloca en la triste situacion en que me veis.

—¡Uno de mis criados! dijo el marqués con incredulidad. ¿Es esa vuestra prueba? ¿Cuál es el criado alevoso? Nombradle.

—No puedo ¡ay de mí! no sé cuál es. Oidme, milord, oidme y comprendedme y salid á mi defensa, supuesto que sois caballero. Sabedlo, ya que es fuerza que lo diga. El

coronel Belgrave, ese hombre que teneis delante, es hace tiempo la causa de mil angustias para mí. Ese hombre me ha perseguido con una tenacidad cruel y se me ha hecho odioso por sus proposiciones tan degradantes para mí como para él. Yo le he evitado siempre; yo he huido siempre de él con horror. Entró aquí no sé todavía por dónde; me sorprendió sola; me ha declarado que el amigo que le habia introducido en esta casa le guardaba las espaldas, y ha desoido mis ruegos, mis súplicas, mis órdenes para que se retirase. Yo he llamado en mi auxilio á vuestros criados, ¡milord! y no ha acudido ninguno á favorecerme. A vos os pido amparo, haced por el honor de vuestra casa, por vuestra propia seguridad doméstica, y hareis por mí y me salvareis, señor marqués, del oprobio que me amenaza, y que ¡Dios lo sabe bien! no lo merezco. Sépase al momento quién ha dado entrada hasta aquí á ese hombre; descúbrase el odioso misterio, averígüese la causa del abandono en que me han dejado todos vuestros servidores, y yo no perderé vuestra estimacion, y vos no tendreis el sentimiento de creer que habeis albergado bajo vuestro techo á una persona indigna.

—Me parece, señorita, contestó el marqués, con cierta suficiencia propia del necio que cree no dejarse engañar nunca, que lo mejor es que dejemos las cosas como están, porque á mas escándalo, peor para todos. Yo paso por lo que digan de mi casa, pasad vos por lo que se diga de vuestra persona. El tiempo de los crédulos ya pasó afortunadamente. En mi casa no hay nadie capaz de cometer la alevosía de que me habeis hablado; sobre álguien la habiais de echar; la echais á un criado cualquiera, es natural: bien

está. Todos ellos saben que serian despedidos por la mas leve falta; conque buen cuidado habrán tenido de cometer la que les achacais, que seria enorme. Nada: lo mejor es no hablar de ello...

—¡Quereis dejarme sin medios de justificacion! ¡No os atreveriais á leer en el rostro de vuestros criados cuál ha sido el culpable! ¡Pues qué! ¿tan duchos los suponeis á todos para cometer maldades sin temor ni vergüenza?

—Me obligareis, respondió el marqués con grave enojo, á decir mas de lo que yo queria, por una consideracion, que por lo visto vos no me agradeceis. Os quedasteis en casa en lugar de ir al baile, cosa que ya llamó la atencion dando lugar á charlatanerías. Vuelvo yo temprano, os mando llamar y me decís redondamente que no quereis ir.

—¡Yo no, yo no lo supe; os lo aseguro: averiguad si me dieron el recado!

—Me parece, dijo el marqués, que yo no os he interrumpido durante vuestra larga relacion. Espero, pues, que me dejareis concluir. Digo que además os encerrasteis en este aposento, á donde no soleis venir nunca... En fin, decís que fuisteis sorprendida, que disteis voces y no os oyeron, como si mi casa fuera un desierto; escondisteis el coronel cuando volvíamos.

—No le escondí.

—O no os opusisteis á que se escondiera.

—¡Me opuse, milord, me opuse!

—No mucho por lo que se vé, y consentisteis que entrara en el gabinete de mi hija... y no nos revelasteis nada al entrar, y dijisteis que habiais pasado la noche leyendo...

La marquesa iba aprobando con movimientos de cabeza todo lo que decia su esposo.

—En fin, dijo este concluyendo; hay cosas que no tienen compostura. Vos en vez de descubrir lo que llamais temeridad de un perseguidor odiado, os callasteis...

—¡La turbacion, el terror me vencieron!

—Lo creo. La inocencia es valiente y no se turba.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Abandonada... calumniada!

—¡Eso es! quejaos ahora y acusadnos á todos de calumniadores: sólo esto faltaba para coronar vuestra obra.

Demasiado sabia Amanda que las apariencias estaban contra ella, y esta misma conviccion contrastaba las fuerzas que le daba su inocencia.

Su defensa era sencilla; en otro caso cualquiera, habria sido muy fácil que se descubriera á sí mismo el criado culpable ó que le descubriera otro de sus compañeros; mas era tan inverosímil que todo aquel cúmulo de circunstancias concluidas no fuese cierto, que parecia ridículo proponerse desmentir tantas apariencias acusadoras.

Aun cuando hubiese sido capaz de explicar el estado de su ánimo al oir las voces de los que venian del baile; aun cuando hubiese podido patentizar que la habia engañado la esperanza de que no se dirigieran á aquel aposento, y entonces Belgrave se hubiese determinado á partir sin llevar al último extremo su crueldad; aun cuando hubiera declarado con las frases mas persuasivas que el mismo temor de parecer culpable la tenia anonadada y sin aliento para denunciarles la conducta de Belgrave al hallarse todos dentro del aposento, nadie le habria dado crédito.

Corrian hilo á hilo sus lágrimas al pronunciar el mar-

qués sus últimas palabras, y despues de un momento de silencio, la marquesa que queria que aquella noche se decidiera todo, dijo:

—No he visto cosa igual en mi vida. Despues del ultraje, empeñarse en que mi esposo mismo sea un paladin. Vamos, hay caractéres para todas las situaciones. Otra se daria con un canto en los pechos despues que le han dicho que no se trate mas del asunto.

La señora Devons que como el tigre anhelaba la ocasion favorable para lanzarse sobre su presa, dijo entonces:

—Con vuestro permiso, marquesa, ya no puedo ser de vuestra opinion.

Amanda al oirla sintió otra vez abrirse su pecho á la esperanza y escuchó atenta, como el condenado á muerte que todo cree poder interpretarlo por indicio de perdon.

—Fuera de que, prosiguió la vieja, yo soy quien ha traido á Amanda á vuestra casa.

—¡Quereis callar, señora! dijo la marquesa, ó vais á hacernos el agravio de suponer que somos capaces de imaginaros cómplice...

—No supongo eso; pero á mí me está mandado por mi propio decoro facilitar la justificacion, y además, Amanda ha venido desde Irlanda encomendada á mi amparo y vigilancia. Señor coronel, añadió dirigiéndose á Belgrave, yo os lo suplico humildemente, por cuanto os sea mas caro en el mundo; reveladnos el medio por el cual os habeis introducido aquí. Decidlo, os vuelvo á suplicar, pues ningun daño habeis de padecer por ello y ayudareis á descubrir la verdad.

—Señora, no puedo complaceros: el honor me lo veda.

—El honor de esta señorita, sin embargo.

—A él atiendo callando. Sólo puedo deciros que al esconderme no lo hice porque temiera riesgo alguno por mí. Sobre lo demás, dijo lanzando de reojo una mirada á Amanda, permitidme que guarde completo silencio. De mi conducta estoy pronto á dar las satisfacciones que se me puedan pedir como caballero; á dar explicaciones no.

—Señor mio, dijo el marqués con tono de superioridad, ni aquí, ni fuera de aquí, os pediré explicaciones de cosas que veo harto explicadas. Ni quiero ni debo mezclarme en los negocios de esta señorita, por quien os habeis escondido. Vos hareis lo que mejor os parezca.

—En este momento, replicó Belgrave, no puedo obrar segun mi voluntad; debo sujetarme á lo que el deber me manda.

Saludó con una gran reverencia y se encaminó á la puerta.

Amanda, como el náufrago que se abraza sin tino á un objeto que le ha de sumergir en el abismo, agarró del brazo á Belgrave, y ahogada por la suprema angustia, con entrecortada voz le dijo:

—¡No! no salgais; aun podeis ser humano, decid la verdad y os lo perdono todo y aun creeré que no sois un malvado. Hablad, decid cómo entrasteis en este aposento; decid todo lo que pasó entre nosotros. Calladme á mí si quereis el nombre del traidor; pero decid en presencia de todos lo que es cierto, y sereis creido. Os lo pido por Dios, por vuestro honor, por vuestra madre...

Detúvose Amanda esperando una palabra...

Belgrave callaba.

—¡Me dejais bajo el peso de una odiosa calumnia! exclamó ella. ¡Ni los mas sagrados objetos que invoco mueven á vuestro duro corazon! ¡Y esto es posible en el mundo!... Belgrave, añadió con acento solemne, si esperais misericordia del que nos ha de juzgar á todos, justificadme; no lo hagais por mí, sino por vuestra salvacion eterna... Mirad que hay muerte y juicio.

El malvado se acercó á ella, y en voz baja, pero de modo que los demás pudiesen oirlo, le dijo en tono de confianza:

—Hija mia, yo lo siento; pero todo cuanto se me ocurriese inventar para el caso, seria inútil, pues no estamos entre bobos y no nos creerian. Desgraciadamente no podemos negar. Nos han cogido... ¿qué quereis? Es una desgracia que yo deploro, pero ya es inevitable, y si me hubierais dejado partir ántes, todo ello no hubiera sido nada. Lo que debeis hacer, es tranquilizaros y tener la seguridad de que miéntras yo viva no os faltará nada. Yo hallaré medio de que nos veamos pronto.

Volvióse á los circunstantes, y saludando silencioso, salió del aposento.

Amanda estaba abrumada como si hubiera oido hablar al demonio por boca de Belgrave.

No habria creido que fuera posible tanta perfidia.

El marqués la miraba como si la oyese confesarse ser culpable, y viendo salir á Belgrave torció la cabeza á un lado, y mirando á su mujer y á la señora Devons, dijo como hombre que todo lo hubiese adivinado:

—¿Eh?

CAPITULO LVI.

La inocencia confundida.

El marqués paseó con cierta satisfaccion por la sala, y á cada vuelta veia con placer su esposa que en su opinion no quedaba la menor duda sobre la culpa de Amanda.

Amanda muda é inmóvil se recobraba poco á poco y con dificultad del efecto que en ella habia producido la nueva perfidia de Belgrave, cuya maldad parecia inagotable.

La señora Devons apeló á su tono compungido, y mirando al marqués, que continuaba su paseo, dijo:

—En verdad que me pesa en el alma de que por causa mia...

—¡Por causa vuestra!

—Sí, porque al fin y al cabo, conmigo vino esa señorita á Londres y conmigo entró en vuestra casa donde era tratada como hija. Si yo me hubiera dejado llevar del primer movimiento que siempre es el mejor... hace dias que se la habria devuelto á su padre; pero la esperanza y la

compasion me engañaron. Bien necia he sido, pero bien lo pago con lo abochornada que me siento.

—Por amor de Dios, señora Devons, dijo la marquesa, ¿por qué os sentís abochornada? ¿Quién ha dejado de apreciaros aquí? ¿Quién es capaz de dirigiros el menor cargo ni abierta ni secretamente?

—Señora marquesa, esa misma estimacion que me profesais me hace lamentar mas que haya pasado lo que ha pasado con persona que entró conmigo en vuestra casa. Yo me forjaba mil ilusiones; confiaba en el poder del buen ejemplo, en el trato de las personas honradas que siempre suele influir algo..., en fin, mi mas ardiente deseo era verla digna del aprecio de todo el mundo; pero este golpe...

—Yo os confieso, señora, le interrumpió la marquesa, que quien tiene toda la culpa soy yo. Despues de los agravios recibidos de su familia, no debia... y si no hubiera sido por vuestra fina amistad, no la habria recibido en mi casa.

—Por eso es mayor mi pena.

—Pues señor, dijo el marqués cuadrándose en medio del aposento, lo que es en cuanto á lo pasado es inútil que se vuelva á hablar, por la sencilla razon de que lo pasado no tiene enmienda. ¿Qué sacaríamos ahora de disputar sobre si fue bien hecho ó mal hecho esto ó aquello? Lo que hay que mirar ahora es lo porvenir, y á vos os lo encomiendo, marquesa. Á mi modo de ver, nuestra Eufrasia debe ausentarse inmediatamente y no volver á casa miéntras permanezca aquí la señorita Fitzalan.

—Por de contado, dijo la marquesa.

—Yo daré esta noche misma las órdenes necesarias y mañana partiré al campo con nuestra hija.

—Y yo tambien, dijo Augusta con viveza. ¿Habia yo de permanecer en casa? No: la presencia de esa señorita me recordaria á cada momento la escena de que ha hecho teatro nuestra casa y, francamente, no podria resistirlo. No pudiendo vivir juntas bajo un mismo techo, me iré yo, porque no quiero que se diga nunca que la he arrojado de mi casa, aunque no merezca su conducta otro mejor tratamiento. No quiero dar el mas leve pretexto á la malicia, que todo lo interpreta contra los ricos. Esa señorita partirá para Irlanda tan pronto como sea posible, y será lo que le tenga mas cuenta; porque volviendo á su pasada oscuridad, el lance de hoy morirá en el olvido.

—Me resigno á la desgracia, señora, replicó Amanda, pero no me resignaré nunca á la infamia. Confio que no morirá en el olvido el lance de hoy, sino que revivirá un dia ú otro en la memoria y saldrá á la luz esplendente de la verdad, para oprobio de todos los que han tomado parte en esta inícua trama. No espero vengarme de nadie; pero justificarme ante todo el mundo, sí. No habria justicia en el cielo, ni en la tierra si prevaleciera contra mí esa mancilla, sólo porque soy mujer y sola y desgraciada. Esta esperanza me da aliento para arrostrar los rigores de la suerte. No sé cuándo llegará para mí el dia de la justicia; pero el corazon me dice que llegará tarde ó temprano. ¡Ah! mucho he padecido; mucho me espera que padecer quizá; pero en ninguno de mis pesares hay mezcla de remordimiento, señor marqués, y muchas veces lloran mis ojos y sonrie mi conciencia.

—Bien; yo ya he dicho...

—Yo creo que os horrorizarais si supierais la verdad de

mi desventura, como os horrorizareis el dia que veais devorados de remordimientos, ó quizá sólo de desesperacion á los que me han tendido el pérfido lazo. Vos no concebís la maldad enorme de que soy víctima, y por eso creeis inverosímil mi inocencia. ¡Ah! sí, yo volveré pronto á la tranquila oscuridad; mas no iré á ocultar mi vergüenza, sino á esperar la reparacion. Allí estaré á cubierto de odiosas tramas; allí olvidaré el daño que me han causado los que son capaces de desoir la voz de la sangre; allí viviré apartada de quien tiene constantemente abiertos los oidos á la voz del egoismo y los cierra al grito de justicia y la humanidad.

La marquesa primero y la señora Devons despues hicieron un movimiento al oir las últimas palabras de Amanda.

Miráronse una á otra, y entre tanto la pobre víctima que otra vez sentia acudir las lágrimas á los ojos, salió del aposento y se retiró á un gabinete, para dar rienda suelta á su dolor.

—¡No he visto valentía semejante! exclamó la marquesa fingiéndose indignada para disminuir su rabia.

—Mejor diriais insolencia, replicó la señora Devons para desahogarse un poco. Ya me servirá á mí de leccion lo que me está pasando con ella.

—Desengañarse, dijo el marqués con su habitual fatuidad suspendiendo su paseo; es un grave error confundirse con personas de cierta clase: es máxima que deberíamos tener todos muy presente y que por desgracia se va olvidando de dia en dia. Nuestros padres eran mucho mas mirados en este punto, y en su tiempo las cosas iban mejor que ahora y no habia tantos disgustos en las familias.

Durante la escena anterior, muchos criados se habian agolpado silenciosamente á la puerta de la estancia para escuchar lo que se hablaba.

Julia, la doncella de Amanda, salió de aquel grupo al retirarse esta, y la siguió á su cuarto.

Amanda al verse sola rompió á llorar amargamente.

Pensó en el triste fin de su madre; pensó en el profundo disgusto que estaba reservado á su padre; en el desprecio de Mortimer; en la triste vida que esperaba á entrambos y en la inaudita maldad de cuantos en su daño se habian conjurado.

Su congoja daba tanta lástima, que corazones muy duros se habrian enternecido al verla.

El ama de llaves y la falsa Julia le dirigieron algunas frases de consuelo y la desnudaron aconsejándole el descanso.

—Si la señorita quiere que no me acueste... dijo Julia.

—Acostaos, dejadme sola.

—Si la señorita quiere algo, se servirá llamar.

—Bien, dejadme.

—¿A qué hora desea la señorita que entre mañana?

—Mañana muy temprano, buscadme un carruaje que me lleve á Irlanda.

—Está muy bien.

—Buscadlo esta noche misma para que pueda yo partir mañana al ser de dia. Andad.

Salieron ambas del cuarto, y al llegar á la puerta, dijo Julia murmurando:

—¡Anda, pobre y vanidosa y no tratarse mas que con señores; anda, que ya llevas tu merecido!

La envidia habia contribuido mucho á que Julia tomara parte en aquella intriga. La gente pobre, cuando es grosera, no puede sufrir ver en otro pobre sentimientos delicados ni inteligencia superior. Quieren ver á su mismo nivel á todos los que carecen de caudales, y los persiguen con encarnizamiento, auxiliando así á sus comunes adversarios. Prefieren servir á un marqués de Rosline rudo é ignorante y sufrir malos tratamientos, á reconocer la superioridad de una criatura angelical como Amanda.

Así conspiran ellos mismos en contra suya, perpetuando el dominio del oro sobre todo, y las ventajas de sus enemigos en la lucha abierta entre las clases sociales.

La marquesa triunfaba.

Su anhelada venganza le brindaba con el fruto de tan largos desvelos; pero aquel fruto era amargo.

Apenas hubo alcanzado la victoria cuando la acosó el temor de que fuera pasajero su contento.

La fatídica prediccion de Amanda la habia estremecido, y experimentaba ya la inquietud del que ha cometido un crímen y teme verle descubierto.

Amanda habia caido en el lazo; pero ¿seria el lazo bastante fuerte para retenerla en él?

Ella no habia sido sola en la ejecucion del proyecto; el que tiene cómplices desconfia siempre de ser vendido por ellos.

Aunque no se sentia capaz de arrepentirse, creia en el remordimiento ajeno y esta idea la llenaba de sobresalto.

Poco cuidado le daba la conciencia de Belgrave; pero sí le inspiraba fundado recelo su excesiva maldad.

Belgrave tenia una arma poderosa contra ella.

La marquesa no era simpática, y estaba convencida de ello; Belgrave era cínico; era hombre capaz de revelar la parte de culpa que á él le cabia en aquella infamia, con tal de hacer cargar á la marquesa con la que á ella le correspondia; y si las malas pasiones del coronel llegaban un dia á aconsejarle que obrara así, no habia de vacilar un momento en hacerlo y seria creido de todo el mundo bajo su palabra, pues nadie habia de extrañar de él la confesion de un hecho tan propio de su carácter.

Mas alentada con la vaga esperanza que suele halagar siempre nuestros deseos, acababa por pensar que lo que temia aun estaba por suceder, y si acaso habia de realizarse la dejaria tiempo bastante para el logro completo de su propósito que consistia en casar á Mortimer con Eufrasia, despues de haberle apartado de Amanda.

La marquesa habia tenido la desgracia de que nada se opusiera á la ejecucion de sus proyectos.

Conociendo el libertinaje de Belgrave, mas de una vez habia pensado vagamente en él como hombre capaz de secundarla.

Una vez persuadida de que el coronel perseguia con sus obsequios á la desgraciada hija de Malvina, la vaguedad de sus pensamientos se convirtió en el embrion de un plan completo.

La señora Devons contribuyó mucho á allanarle el camino.

Sabiendo que á la marquesa le era grato cuanto podia redundar en perjuicio y descrédito de Amanda, le refirió el absurdo cuento que acerca de esta y Belgrave le contara Lucía, y con este dato y lo que en Belgrave habia observado,

comenzó la marquesa á preparar la trama, haciendo al principio insinuaciones á este y hablándole despues con toda franqueza.

El coronel quedaba autorizado para emplear los medios que quisiera é introducirse furtivamente en el aposento de Amanda durante la ausencia de la familia, y cualquiera que fuese el resultado de sus tentativas, se obligaba á dejarse sorprender escondido en presencia del marqués.

Belgrave, pues, encargó á un criado suyo que con lisonjas y dádivas se granjease el cariño de la doncella Julia, hasta obtener de ella que le prometiese introducir una noche á su amo en el cuarto de Amanda.

Julia se negó de pronto; tras su negativa vinieron dádivas de mas precio, promesas de regalos mayores y la seguridad de que no seria castigada por sus amos ni siquiera recaeria sobre ella sospecha alguna.

Julia, atraida por el cebo de las promesas, confiaba hasta cierto punto en la impunidad, y deseosa de causar algun daño á la que siendo pobre como ella era mas hermosa, mas inteligente y señora por el corazon y los pensamientos, cedió un poco y dejó entrever la voluntad con que serviria al que con tan bellos regalos se captaba su agradecimiento.

Habia llegado ya al extremo de pensar en su complicidad sin escrúpulo; pero le detenia el miedo á las consecuencias.

La marquesa estaba advertida por Belgrave de los progresos que su ingenioso criado iba haciendo en el ánimo de la doncella, y enterada de que sólo el miedo al castigo de sus amos la detenia, aprovechó una ocasion para decir

delante de Julia que tenia en ella la mas absoluta confianza; que la consideraba mas bien como ahijada que como doncella; que la habia destinado al servicio de Amanda porque era la que menos daba que hacer en la casa, y que ella saldria siempre en su defensa y la acogeria bajo su amparo en cualquier trance.

Julia se atrevió á hacerle una indicacion encubierta para el caso en que le saliera mal lo que proyectaba, y la marquesa la tranquilizó completamente, reiterándole la seguridad de que nunca le faltaria su apoyo.

—Creo haber adivinado, le dijo la marquesa, para hacerle mas fuerza, que estais en muy buenas relaciones con el criado que suele mandar aquí el coronel Belgrave; ese mozo es un excelente sugeto; procurad siempre ser agradable á sus ojos y no disgustarle en nada, y cuando él vea que por vuestra sumision y docilidad mereceis ser su esposa, pedirá vuestra mano y yo os dotaré para que podais estableceros convenientemente y salgais de la servidumbre.

Julia, que era maliciosa y conocia el odio que la marquesa y su hija profesaban á Amanda, adivinó que aquellas palabras eran un estímulo para que no vacilase en acudir á tomar parte en el proyecto tramado contra su señorita, y desde aquel punto mismo determinó contribuir á ella del mejor modo que le fuese posible.

Belgrave, avisado, esperó el momento oportuno.

La prudencia exigia no precipitar los acontecimientos y esperar que un suceso cualquiera viniese á favorecerle.

Anunció Amanda que no asistiria al baile de la duquesa,

y en aquel anuncio fijó ella misma sin saberlo la hora de la catástrofe.

La marquesa escribió en el acto mismo á Belgrave una seña que tenian convenida para cuando llegase aquel deseado instante, y atribuyó á Eufrasia una indisposicion que no padecia, preparando desde por la mañana su regreso del baile en ocasion en que pudiera verificarse la sorpresa que habia de llenar de confusion á la hija de su hermana.

Eufrasia estaba advertida de que al llegar á su casa debia entrar en el gabinete del tocador.

El marqués ignoraba aquella inícua trama, de la cual era tan útil para cómplice como para víctima.

Julia introdujo á Belgrave en el aposento de Amanda é hizo bajar á los demás criados al cuarto bajo, para que, como todos, pudieran decir con verdad que no habian oido gritar á nadie, en caso de que Amanda diese voces de socorro.

Ella fue quien recibió el recado del marqués para Amanda, cuando este la invitó á pasar la velada en su compañía, pero en vez de cumplir su encargo, volvió diciéndole que la señorita le habia dicho que estaba muy bien sola.

La marquesa sabia la hora en que Belgrave se presentaria en su casa, y mientras esperaba aprovecharse oportunamente de la fingida indisposicion de Eufrasia para retirarse á toda prisa del baile, retuvo á Mortimer á su lado haciéndole notar maliciosamente el empeño de Amanda en permanecer aquella noche sin salir, despreciando una fiesta verdaderamente espléndida.

CAPITULO LVII.

El corazon de Mortimer.

La marquesa estaba mirando atenta el reloj, y cuando creyó que habia contenido bastante su impaciencia, dijo á Mortimer que estaba á su lado:

—Eufrasia se queja de su indisposicion: será menester que nos volvamos á casa y que otra vez sea yo menos complaciente con ella.

—¿Cómo os sentís, señorita Eufrasia? le preguntó él.

—Hace rato que me va doliendo mucho la cabeza; yo creí que me aliviaria...

—Vámonos, hija mia, vámonos; jóven eres, tiempo te queda para asistir á bailes.

—Estoy á vuestras órdenes, señora marquesa, para acompañaros.

—Mil gracias, yo iba á pediros este obsequio, porque el marqués se ha retirado temprano, aunque siento pri-

varos por un rato de tan brillante fiesta y tan escogida sociedad.

—Señora, ya veis que no me he movido de vuestro lado, de manera, que saliendo con vos, variaré de lugar, pero no de amable compañía.

—Sois tan bondadoso como galante. Vamos pues.

Mortimer acompañaba gustoso á la marquesa con la esperanza de que en su casa aun tendria el gusto de ver otra vez á Amanda.

¡Cuán léjos estaba de imaginar que aquella grata esperanza se convertiria en el amargo cáliz que le estaba parando la pérfida y codiciosa Augusta!

Amanda era hija de aquella Malvina á quien lady Isabel la habia enseñado á odiar desde niña; Amanda era hermosa; Amanda era la rival preferida á su hija; las leyes de la hospitalidad y el bien parecer habian obligado hasta entonces á tratar á Amanda con suma cortesía y aparente cariño; pero al fin sonaba la hora de la venganza y en un momento iba á satisfacer juntos todos los odios que acumulados en su corazon amargaban su vida.

La señora Devons, que durante una larga série de años habia ejercitado su natural sagacidad, veia que se tramaba algo que no era contra ella, y estaba siempre dispuesta á auxiliar al poderoso que podia á su vez prestarle eficaces auxilios.

Ya hemos visto el resultado del plan concebido por la marquesa puesto por obra aquella noche con la ayuda de todos sus cómplices, con un celo y una voluntad que no siempre encuentran las buenas causas.

El marqués, resuelto á partir al dia siguiente, salió de la

habitacion que habia sido teatro de aquella escena de lágrimas é injurias, para dar sus órdenes á fin de que desde muy temprano estuviesen hechos todos los preparativos necesarios.

Las mujeres se quedaron solas y durante largo rato permanecieron en silencio.

Era menester más valor del que acompaña á crímenes como el que acababan de cometer para atreverse á comunicarse los pensamientos que ocupaban su mente y lo que juzgaban una de otra.

Eufrasia miró dos veces á su madre, que por ella se empeñaba con mas vehemencia en el mal camino, y en lugar de sentirse agradecida experimentaba cierta repugnancia que la obligaba á reposar las miradas y el pensamiento en otros objetos.

Poco despues de haber salido el marqués, oyeron llamar á la puerta, y como ya era tarde, calcularon que sólo Mortimer podia presentarse á aquellas horas.

En efecto, Mortimer, despues de presenciar la funesta escena habia vagado por las calles sin tino y medio loco, lamentando su suerte, formando proyectos de venganza contra Belgrave y echándose en cara la candidez de que habia sido víctima.

No creia ya en la inocencia de Amanda; pero la queria aun y procuraba representársela en su imaginacion de la manera menos odiosa.

—Sin duda, decia, no ha creido nunca en la pureza de mi amor. ¡Oh! estoy cierto de que si hubiese comprendido cuánto la amaba, habria llegado á hacerse digna de mi cariño.

Se habia ido de casa del marqués en un estado de irritacion muy grave; la habia dejado á ella en una de las situaciones mas difíciles y angustiosas en que una mujer puede hallarse, y no se resolvia á volverse á su casa y pasar á lo menos hasta el dia siguiente sin saber nada de ella.

Él atribuia á la simple compasion el impulso que le llevaba al sitio donde Amanda se encontraba; pero la verdad es que en medio de las diversas sensaciones que habia experimentado, el amor lo dominaba todo; y cuando la sorpresa, la admiracion, la ira y todos los demás efectos se hubieron desvanecido en su pecho, el amor subsistia entre las ruinas de sus ilusiones y esperanzas.

Habia visto á Amanda abrumada bajo el peso de la desgracia; la creia culpable; mas todas las señales de su horrible padecer las tomaba él por señales de vergüenza y remordimientos, exclamaba:

—¡No es una mujer vil, no ha nacido para la bajeza, no; yo la he visto llorar arrepentida, no atreviéndose á arrostrar las miradas de nadie; todavía quedan en su corazon sentimientos de honradez y puede hallar perdon en los corazones generosos por mas que su debilidad la haya hecho cometer faltas enormes! Ahora queda quizá sin esperanza de consuelo; tal vez la desesperacion la precipite por la mala senda. Es jóven, y despertando en ella la idea del honor y fortaleciendo su ánimo con la confianza de un olvido completo de su conducta si en adelante procuraba proceder honestamente, retrocederia deseosa de conquistar el aprecio de las gentes y el de sí misma. Si mi voz pudiera contribuir á su regeneracion, yo no vacilaria en decirle: has da-

do muerte á mi amor; pero aun puedes llegar á merecer la consideracion de todo el mundo; esmérate en ser buena y hallarás buenos para tí á los demás, y tambien á mí á quien tanto daño has hecho.

Penetrado de estos pensamientos volvió á casa del marqués de Rosline.

Las señoras al verle ocultaron su gozo y dieron á su semblante el aire del abatimiento y la tristeza.

—Ya lo veis, milord. Habíamos ocupado el dia en preparativos de fiesta y el fin de la jornada ha sido de luto para nuestros corazones. Os agradezco mucho vuestra presencia, pues me indica que habeis comprendido nuestra necesidad de consuelo. A vos os consideramos como uno de nuestros mas íntimos amigos, y vuestros consejos no pueden menos de sernos provechosos en las presentes circunstancias.

—Yo no me consolaré nunca, dijo la señora Devons, de haber sido causa, aunque involuntaria, de que haya ocurrido en vuestra casa semejante suceso. Es menester que esa muchacha carezca de juicio para... Si á lo menos se tratase de un hombre que pudiese reparar el daño causado... pero ya lo veis, el coronel Belgrave no es libre... ¡Ella bien sabia que estaba casado...! ¡Vamos, cuando mas pienso en ello...!

—El coronel es un infame, dijo lord Mortimer levantándose de su asiento. Cuando esta circunstancia misma que acabais de mencionar no hubiera bastado á contenerle debia tener mas respeto á esta casa. ¡Qué triunfo tan vergonzoso el suyo! ¡Una criatura débil, indefensa, expuesta á todas las seducciones... una casa honrada, donde se le

daba el título de amigo, todo lo ha mancillado. ¡Oh! seria hacer un servicio á la humanidad librar á la tierra de mónstruos semejantes!

—Los hombres, dijo la señora Devons, no reparan...

—No comprendo de qué hombres quereis hablar, señora. Los hombres de sentimientos delicados reparan en todo. Ese Belgrave que no quiere confundirse con la plebe; que se lamenta del desenvolvimiento de las libertades en Inglaterra; que teme ver los privilegios de su clase puestos al alcance de la canalla, ¿qué es sino canalla? ¿qué ha hecho sino mostrarse indigno de toda distincion y privilegio?

La marquesa y la señora Devons cambiaron una mirada significativa. Ambas hallaron á lord Mortimer muy distante de los sentimientos que esperaban ver dominando su corazon.

—La señorita Eufrasia, dijo él, á pesar de su indisposicion no se ha retirado...

—He visto á mamá en una situacion que... no me he atrevido á dejarla.

—¿Os sentís mejor?

—Algo mas aliviada desde hace un breve rato.

—Me alegro y espero que experimenteis alivio con el descanso. ¿Y... ella?

—En su cuarto está. He dado órden de que su doncella y la mia pasen la noche cerca de su aposento, por si necesitaba de sus cuidados.

—Habeis hecho bien y esa atencion revela vuestra bondad.

—Pues bien mal empleada está por cierto, dijo la señora Devons. Si la hubierais oido al retirarse... Yo no he visto cosa semejante. Desde que se le anunció que iba á vol-

verse á Irlanda con su padre, nos ha sorprendido con su desenvoltura y audacia. Yo, por mi parte, no me intereso mas por ella; que haga lo que quiera.

—Mi resolucion ya la sabeis, repuso la señora Augusta. El marqués ha decidido que nos vayamos al campo y permanezcamos allí hasta que ella haya partido. Es lo mejor que podia discurrir, y Eufrasia y yo nos iremos con él. ¿No os parece resolucion acertada, milord?

—Quizá sea la única que podais tomar, dados los sucesos ocurridos esta noche. En cuanto á ella, cualquiera que sea la disposicion de ánimo que haya manifestado, creo que la dureza y el desprecio no son el mejor medio para atraerla á la buena senda. Es desgraciada y toda desgracia merece nuestro respeto. Me parece que si os ve dispuesta á olvidar su falta y á compadecerla, se despertará en su corazon el agradecimiento; se arrepentirá de lo hecho...

—A mí, dijo Eufrasia, me ha conmovido tanto, me ha inspirado tan viva lástima, que pensó ponerme peor. Se veia en sus lágrimas la confusion de lo que negaba su lengua; me figuré lo que debia padecer su amor propio, y francamente, me conmovió mas de lo que yo podia imaginar.

Aleccionada prácticamente por su madre, Eufrasia pronunció con mucha naturalidad aquellas palabras.

Mortimer le dirigió una mirada simpática, la primera en toda su vida, y se sentó á su lado.

Eufrasia creyó que era llegada la ocasion de fruncir mucho los labios para hacerse mas interesante.

—En vuestro acento, dijo Mortimer, acabais de mani-

festar que el cielo os otorgó un corazon sensible y generoso, Eufrasia. ¡Os habeis apiadado de ella! ¡Habeis pensado en su dolor olvidando su falta! Habriais querido endulzar su amargura, ¿no es verdad?

—¡Oh sí por cierto, con todo mi corazon! Yo no puedo ver padecer á nadie.

—Esta niña era como yo era á su edad, dijo Augusta: la menor cosa me enternecia hasta el punto de hacerme derramar lágrimas.

—Dichoso quien sabe verterlas por el dolor ajeno, dijo Mortimer, y contempló cariñoso á Eufrasia.

Era la primera vez que aquella criatura tenia algun atractivo para él.

Creyó sencillamente en su fingida compasion, prenda tan propia de la juventud, pero extraña por completo al corazon de Eufrasia.

La idea de que habia llorado por Amanda, la idea de que habian participado los dos á un mismo tiempo de un sentimiento tierno hácia la desgraciada, le hizo suponer cierta fraternidad entre sus corazones.

—No os arrepentireis de tan nobles sentimientos, querida Eufrasia, le dijo; que si la compasion experimentada por sugetos indignos de ella algunas veces se convierte en amargura, en cambio cuando recae en quien la merece es un manantial inagotable de dulzuras, y por desengaños que nos cueste, jamás nos envilece el ánimo, antes al contrario, cuanto mas la ejercitamos mas ennoblece todos nuestros afectos y sentimientos.

—Yo he oido decir siempre, replicó Eufrasia viendo el buen resultado de su táctica, que sólo el que sabe compa-

decer es digno de consuelos cuando experimenta algun quebranto.

—Es cierto, Eufrasia, es cierto; conservad siempre viva la llama de la caridad; compadecer es amar. Sin duda la infeliz de quien hablais tiene hoy gran necesidad de un corazon tierno que mitigue sus pesares; haced vos el oficio de ángel para el cual son tan propios vuestra edad y vuestro sexo. Dejad en su mente el recuerdo de vuestra piedad, y llévelo consigo ella en su desventura. De nadie con mas agradecimiento que de vos recibirá aquellos dulces consuelos que tan fácilmente encuentran frases para expresarse cuando los inspiran sentimientos como los que dominan vuestro corazon.

Eufrasia ya no podia sufrir por mas tiempo el vivo interé que Mortimer manifestaba por Amanda.

Irritábale el ver que sólo merecia la blandura y los halagos de Mortimer cuando se trataba de prestar un servicio á su rival aborrecida.

Queria acabar pronto con aquel diálogo que le parecia ser ridículo, y se levantó fingiendo que iba al cuarto de Amanda.

—Id, le dijo Mortimer, id, Eufrasia: las galas del baile realzan vuestras gracias naturales; pero el ministerio que vais á ejercer, y que tiene algo de augusto, os embellece mas que todos los lujosos adornos. Consolar una grande afliccion, vencerla y trocarla en consuelo, es obra de ángel, y á vos os será fácil.

Eufrasia salió precipitadamente.

Volvió la cabeza para que Mortimer no pudiera leer en su semblante la ira que la abrasaba, y él creyó que lo hacia para ocultar su llanto.

Así se quedó viéndola alejarse y pensando en su interior:

—¡Qué injustos somos! Hé ahí que yo imaginaba que Eufrasia era una mujer frívola, quizá dura de corazon, incapaz de inspirar cariño alguno, y á la primera ocasion descubro en ella un tesoro de tiernos afectos.

La marquesa le echó una mirada y se alegró de ver la expresion de su rostro.

CAPITULO LVIII.

El colmo del dolor.

Retiróse Eufrasia para no volverse á presentar en toda la noche, y en vez de dirigirse al cuarto de Amanda, se encerró en el suyo.

Allí vertió á sus solas lágrimas de despecho y se desató en imprecaciones contra Mortimer y contra su suerte: contra Mortimer que aun creyendo culpable á Amanda sólo se acordaba de ella para compadecerla y decia que compadecer era amar; contra su suerte que la condenaba á verse siempre á todas las demás mujeres postergada, y si algun elogio habia recibido era por ideas y sentimientos que jamás le habian pertenecido ni un solo instante.

La señora Devons quiso demostrar á la marquesa que no echaba en olvido sus intereses, y apenas desapareció Eufrasia, hizo de ella el elogio mas falso y mas cumplido que podia desearse.

Despues dió hábilmente un sesgo á su discurso, y repi-

tió como cosa nueva todas las mentiras que Lucía le habia dicho acerca de las relaciones de Amanda con Belgrave y de su misteriosa fuga cuando la tenia de huéspeda con aquel anciano militar, que ella procuraba dar á entender que no era su padre.

Lamentó amargamente la conducta de Amanda y su propia imprudencia en llevarla consigo, y suspiró hipócritamente condoliéndose de los padres que tienen la desgracia de que sus hijas no sigan siempre la senda del honor.

Aquella conversacion era muy desagradable para Mortimer.

Mostró de nuevo su pesar por todo lo ocurrido, deseó para Amanda un pronto alivio y se retiró á su casa.

Enterado de los preparativos que en casa del marqués se hacian para la partida del dia siguiente, encargó á un criado de confianza que estuviese atento y le avisara al instante en que la familia del marqués se pusiera en camino.

Amanda gemia sola bajo el peso de su inmenso infortunio.

Despues de las penosas emociones que habia experimentado con la sorpresa y las asechanzas de Belgrave; despues de su agitacion durante la estéril defensa que de su inocencia habia hecho ante la familia reunida; abrumada por la perfidia con que el libertino habia procedido antes de marcharse, y abatida y humillada hasta la última degradacion por el universal desprecio, habia temido volverse loca cuando oyó á la señora Devons ponerse de parte de sus enemigos, sabiendo que lo hacia faltando á sabiendas á la verdad y á la verosimilitud y sólo por granjearse, no

el efecto, sino las dádivas y favores de sus encarnizados enemigos.

Mucho lloró Amanda durante la noche.

Verdad es que le quedaba el consuelo y la compañía de su inocencia; pero en lo vivo de su dolor no se acordaba tanto de que era inocente como de que era desgraciada y de que el mundo la juzgaria culpable.

La fatiga la postró tras una lucha tan ruda, y poco antes de amanecer un sueño ligero le trajo el olvido de sus pesares.

El olvido fué pasajero, como todas las dichas de Amanda.

Despertóla el movimiento y el ruido que reinaban en la casa, abandonó inmediatamente el lecho.

Se vistió sola, y apenas salia del tocador oyó el ruido de un carruaje que paraba á la puerta.

Pensó si seria el que ella habia encargado, y se asomó á la ventana.

Desde allí vió á Eufrasia con sus padres que subian al coche para irse á su casa de campo.

Permaneció asomada un solo instante y vió á Eufrasia llorar.

Su primer pensamiento fué como todos los suyos.

La bondadosa Amanda creyó que Eufrasia habia pasado tambien la noche llorando de compasion hácia ella, y sintió un movimiento de gratitud en su pecho y se echó en cara la tibieza con que hasta entónces habia tratado á su prima, en quien jamás sospèchara los nobles sentimientos que la expresion de su rostro le inclinó á atribuirle entónces.

—¡Así engañan las apariencias! dijo; ¡así yo ayer pare-

cia culpable á los ojos de todos, como Eufrasia me habia parecido siempre fria é incapaz de compadecer á nadie!

¡Oh malograda piedad de Amanda!

Su índole angelical le hacia equivocar el llanto de la ira y el desasosiego de la envidia y el despecho con señales de amor y de bondad.

Llamó esperando ver entrar á Julia, y en su lugar se presentó el ama de llaves.

—Julia ha partido con la señora, le dijo esta; mas aquí quedo yo para serviros durante vuestra permanencia en casa.

—Está bien. ¿Mandasteis ayer por el carruaje? ¿A qué hora lo traerán?

—Ayer cuando la señorita nos dió la órden era ya tarde y no habia tiempo de avisar; mas yo iré ahora á la administracion y no tardareis en poder disponer de él.

—Pues id en seguida. Yo tengo pocos preparativos que hacer y quisiera partir inmediatamente.

Salió el ama de llaves, y Amanda con húmedos ojos comenzó á recoger en un paquete los pocos efectos que debia llevarse.

Tenia ya hecha la mitad de su trabajo, cuando entró una criada diciéndole:

—Señorita, lord Mortimer pide licencia para veros.

Al nombre de su amado á quien no esperaba ver antes de la partida, se estremeció el corazon de la desventurada.

Tenia discurrido ya escribirle desde el castillo de Carberry dándole cuenta de todos los pormenores del suceso y de los motivos que tenia para atribuir á una trama infernal para perderla, lo que parecia un efecto de indignidad suya.

El anuncio de su visita le hizo creer que el jóven lord no la creia culpable, y la esperanza dilató su corazon y la afectó dulcemente haciéndole entrever un consuelo que podia endulzar su amargura y servirla de compensacion á parte de sus desgracias.

Alentóla la idea de que podia triunfar de todas las calumnias y la halagó el pensar cuán grande habia de ser el cariño que el jóven lord le profesaba, cuando á pesar de todas las apariencias se apresuraba á visitarla pocas horas despues de la terrible escena.

—¿Dónde está lord Mortimer? preguntó á la criada.

—Está en el cuarto bajo esperando la respuesta.

Traspasó rápida la puerta, bajó sin tino la escalera y en un momento se echó en brazos de Mortimer que los abrió instantáneamente, sin lo cual, débil, trémula, ciega y fuera de sí como estaba, habria caido á sus piés.

Mortimer en extremo conmovido la entró en su gabinete, la sentó en un sofá y esperó que se recobrase.

—¡Vos sois en efecto! ¡Oh gracias á Dios que os veo; que sé que no evitais mi contacto! Habeis adivinado, habeis comprendido la inmensa necesidad de consuelo que padecia mi corazon... ¡Gracias, lord Mortimer, gracias!

—Plugiera al cielo, le contestó Mortimer, que fuese yo capaz de consolaros y de consolarme á mí mismo. Los consuelos esperadlos del tiempo: algun dia estaremos menos agitados, seremos mas dueños de nosotros mismos... Entonces podré yo acaso mitigar vuestros pesares que será aliviar los mios; porque, Amanda, á pesar de todo, jamás se borrará de mi memoria el amor que os he tenido, la estimacion que os he profesado.

Amanda palideció, é incorporándose dijo con acento de admiracion y tristeza:

—¡El amor que me habeis tenido...! ¡la estimacion que me habeis...

Llevóse ambas manos á la frente y añadió con mayor pesar:

—¡Es decir que aquel amor, aquella estimacion se desvanecieron ya!

Mortimer se sintió penetrado de dolor por aquel acento que salia por entre las heridas de un corazon sensible y tierno.

Anudósele la voz en la garganta; no queria confesar á Amanda que aun la amaba; no queria abochornarla diciéndole: no os amo ya, y levantándose se dirigió sin responder á una ventana.

Si sus palabras habian causado tan grave pesar á Amanda derribando de pronto las esperanzas que su visita le habia hecho concebir, su silencio le indicó que Mortimer iba resuelto á separarse de ella para siempre.

Se vió deshonrada á sus ojos; ya no dudó que la trama infernal habia producido en él el efecto que se deseaba. Habia llegado á ser objeto de desprecio del hombre que en tanta estimacion la tenia poco tiempo antes, y se veia amenazada de eterno olvido.

¡El olvido de Mortimer! ¡Castigo cruel para ella que no podia vivir sin la certeza de ocupar su pensamiento y de hacer palpitar su corazon!

¡Pero ella era inocente! Era inocente y pura y debia avergonzarse de su debilidad y del miedo que le infundia un error como aquel de que Mortimer era víctima.

Devolvióle su energía el noble orgullo, aliento de los ánimos nobles, y viendo su inocencia ultrajada por quien debia sustentarla y proclamarla contra todas las apariencias, se levantó silenciosa para encerrarse otra vez en su cuarto y partir sin ver á nadie.

Levantóse animosa todavía y se encaminó hácia la puerta.

Llegó al umbral y el amor se sobrepuso al orgullo, y se sintió desfallecer al alejarse para siempre del que para siempre debia haberse unido con ella.

Ahogábanla las lágrimas; pero queria soportarlo todo hasta hallarse sola, y despues de poderosos esfuerzos no pudo contener sus sollozos ni sostenerse en pié sin apoyarse en el respaldo de una silla.

Lord Mortimer la oyó, la vió vacilar y acudió á sostenerla.

Llamó á los criados, y estos le ayudaron á colocarla en un sofá.

Mortimer se sentó otra vez á su lado y no pudo contener el llanto.

—¡Ah, exclamó, yo sin duda he desgarrado tu corazon, pero no puedes quejarte de mi dureza tú que has desgarrado el mio y á quien sin embargo adoro con toda mi alma! Si el mundo te compadeciera tanto como yo te amo, jamás hubieras llegado á ser objeto de mi desprecio. ¡Oh Amanda! ¡bella con la belleza de la inocencia aun despues de la culpa! Flor ajada á la mañana de la vida; no parecias destinada á tan triste suerte.

Volvióla á contemplar atentamente y prosiguió:

—¡No! no puede haber nacido para el mal, ¡imposible! No son sus gracias las de esos ángeles rebeldes que en su

belleza llevan un sello de maldad, cuyos atractivos resplandecen con fulgor siniestro. No, aquí se ha albergado la pureza; esa frente ha sido asiento de ideas castas; en su corazon han germinado afectos nobles. ¡Ay del malvado que la mancilló! ¡Belgrave infame! ¡Habeis arrebatado al bien una de las mas nobles creaciones de la naturaleza! ¡Oh Amanda! Por grande que sea tu desgracia no es mayor que la mia, que te amo cuando tú has dejado de amarte á tí misma. ¡Y mientras el amor me devora, mientras sigo adorando en tí aquel ídolo de mi primer culto, he de mentir y disimular en tu presencia y esconder en el fondo del pecho un amor que me haria ludibrio de la gente y me infamaria ante tus propios ojos. ¡Pudieras estar siempre sorda á mi voz para poderte repetir sin rubor que te amaré eternamente!

Así exhalaba el desgraciado Mortimer su amarga pena, gozando de un placer que tenia algo de tormento y buscando mayor tormento á trueque de aumentar su placer.

El ama de llaves que habia permanecido escuchando á la puerta, entró á ofrecerse para auxiliar á Amanda.

Un leve movimiento de esta seguido de un suspiro les dió á conocer que iba recobrando los sentidos.

Lord Mortimer temia ser vencido por su debilidad ante el dolor de Amanda, y resolvió marcharse antes que volviera en sí.

Conocia el influjo del acento, de las lágrimas, de las miradas de aquella mujer á quien amaba con pasion; no queria faltar á su dignidad, y en la prevision de que si permanecia en aquel sitio, despues de sostener una lucha

conmigo mismo cederia al atractivo de la belleza, hizo formal resolucion de evitarlo.

Dirigióle la última mirada cruzando las manos, y llamando en su auxilio toda la fuerza de su voluntad, se volvió al ama de llaves y con voz conmovida le dijo:

—La señorita Fitzalan partirá esta mañana. Yo enviaré aquí un carruaje con un hombre de mi confianza que la lleve al lado de su padre. Os ruego, señora, que no la enojeis. Si no con cariño, tratadla á lo menos con blandura y consideracion, porque es desgraciada; y si juzgarais de tal modo que temierais que ella no os lo agradeciese, acordaos de mí y pensad que yo os lo agradeceré.

Interrumpióse para exhalar un suspiro, y sacando un papel del bolsillo añadió:

—Cuando la señorita Fitzalan se haya recobrado, hacedme el favor de entregarle esta carta.

Vaciló un momento, y como si se dejara allí la mitad del alma, salió de la habitacion.

El ama de llaves habia enmudecido ante la solemnidad del acento de lord Mortimer, y á medida que él hablaba se le iba comunicando la conmocion de que se mostraba poseido.

Al partir él quedó con la carta en la mano y escuchando el ruido de sus pisadas.

Despues se volvió á Amanda que apenas daba señales de vida, y sus ojos se fijaron en la carta movida de la curiosidad que sentia de leerla.

CAPITULO LIX.

La nave á merced de la tormenta.

El propósito de lord Mortimer era que Amanda volviese al lado de su padre acompañada de una antigua criada de su madre y de un hombre que le era muy adicto.

Habia excitado doblemente su compasion el ver las malévolas inclinaciones de la marquesa y la rastrera bajeza, que rayaba en inhumanidad, de la señora Devons.

Todo el mundo abandonaba á la infeliz cuando mas necesarios le eran los auxilios y consuelos, y Mortimer, que habia nacido verdaderamente noble, aun cuando no hubiese querido entrañablemente á Amanda, habria protestado con su conducta contra la conducta cruel de aquella gente.

El ama de llaves habia cedido ya á la tentacion.

Todo se le volvia mirar á Amanda y mirar la carta, calculando si el desmayo de aquella le daria tiempo bastante para leer el contenido del papel, y mientras aun andaba vacilando, con un movimiento involuntario que hizo, la carta quedó abierta y ya no dudó mas.

Hizo un gesto muy expresivo al ver que dentro de la carta iba un billete de banco de quinientas libras, y viendo que no habia muchas líneas escritas, se apresuró á leer lo siguiente:

«Amanda: consideradme en lo sucesivo como á un her-«mano, y aceptad en este concepto los servicios que yo «pueda prestaros. Así me demostrareis que os juzgais «digna de ellos y no sois tal como las malas pasiones os «han pintado; así tambien tendré yo el único consuelo que «me es lícito esperar. Me complazco en creer que no me «le negareis. Volved al lado de vuestro padre, es indis-«pensable; no vacileis un momento en hacerlo. Haced uso «sin ningun escrúpulo de este billete; esa prueba de con-«descendencia será para mí señal de que aun conservais «alguna amistad hácia

«MORTIMER.»

La compasion del ama de llaves se habia desvanecido al abrir la carta y ver el billete.

Echóle otra mirada intensa, repitio su expresivo gesto, y volviendo los ojos ya al billete ya á Amanda, dijo pensativa:

—¡Quinientas libras! Quinientas libras añadidas á lo poco que yo tengo recogido con mis sudores componen una suma no despreciable, de la cual no me considero indigna; que al cabo yo soy mujer de bien y vengo de buena línea. ¡Quinientas libras! Quisiera yo que el sacerdote mas escrupuloso del mundo me dijera si puedo yo ofender á Dios quedándome con ellas, para librarme de hacerlo y dejar intacto este billete, que seria lástima ver empleado en la señorita Fitzalan. Por otra parte, ella no sabe ni imagina

que semejante billete pudiera ir á parar á sus manos. Lo que es ella en realidad nada pierde con que yo me quede con él; porque al acostarse hoy se encontrará con lo mismo que poseia ayer. Cierto que lord Mortimer me ha rogado que se lo entregase; pero... ¿por qué ha de acceder una á todos los ruegos que se le dirigen? Tambien podia haberme suplicado que me hiciera una sangría suelta. Además, yo no le he pedido á él nada en mi vida; ahora me acuerdo de que no sé con qué derecho me ha de venir á mí con ruegos. Si yo lograra echarla de aquí antes que llegase el carruaje de lord Mortimer...

Salió ligera al pasillo, llamó á un criado y le encargó que fuese por un coche de camino, que sin pérdida de tiempo acudiera á la puerta para llevar á una persona á Irlanda.

Cuando volvió al aposento, Amanda se estaba recobrando.

Ocultó el ama diestramente carta y billete y dijo:

—Vamos, ¿se pasó ya? Vaya que tambien ha durado un poquito; ya teniais tiempo para haber echado un sueño.

Amanda no comprendió ni podia hacerse cargo del desenfado con que le hablaba el ama de llaves, á quien la posesion de las quinientas libras inspiraba grande audacia.

—Yo no soy, prosiguió el ama, de las que se oponen á las pataletas; pero hay un término medio en todas las cosas, y á mí siempre me dieron de una medida muy razonable. Vamos, vamos, despachad, que va á llegar el coche.

Amanda dió una mirada á su alrededor y con voz desfallecida preguntó:

—Lord Mortimer... ¿no estaba aquí?

—¡Jesús! ¿todavía os acordais de eso? Estaba aquí al principio del soponcio; pero tan largo lo hicisteis que se marchó cansado de bostezar.

—¡Cómo! he oido mal sin duda: ¿qué decís?

—Que se fué el señorito, dijo el ama levantando la voz, y al irse me ha dicho que no volveriais á engañarle, como si á mí me importara algo.

Amanda juntó con dolor entrambas manos y alzó los ojos al cielo.

—¡Que yo no volveria á engañarle! dijo con dolorido acento; y parte sin oirme, dando crédito á las calumnias acumuladas sobre mí... y seguirá creyéndome falsa, indigna de todo aprecio... ¡Oh! no; quiero verle, quiero hablarle: quiero que sepa que jamás cupo el engaño en mi corazon.

—Calmaos, señorita, y tened juicio siquiera para eso. Lord Mortimer se ha ido para no volver á veros; conque...

—¡Daré voces para que me escuche!

—¡Eso, eso: escandalizar, como si no bastara con lo de ayer; llamar la atencion de todo el mundo...

—Sí, ante el mundo entero ha de resonar mi voz, si no tengo otro medio para convencerle de mi inocencia.

—¡Ay señorita! A los inocentes los degollaron hace muchos años por órden del gobierno, y sólo se escapó el buen Jesús, que ya sabeis el fin que tuvo mas adelante. Desde entonces no hay ya inocentes, ni cree nadie en ellos. Seguid mi consejo: liad vuestros trapitos, y andando; y os traerá mejor cuenta.

Entonces comprendió Amanda la grosería con que aquella mujer estaba haciendo burla de su dolor.

—¡Tambien ese golpe me estaba reservado! dijo prorumpiendo en llanto; ¡todas las desgracias han venido á caer sobre mí!

—Bien os quejais y bien os lamentais, replicó el ama; así se pasa el tiempo...

—Dejadme á lo menos lamentar mi triste suerte.

—Hija mia, las que somos honradas, si somos pobres, no la tenemos muy alegre; conque no os quejeis vos, si pasais lo que estais pasando.

Amanda le echó una mirada en que iba toda su noble altivez, todo su desprecio.

Pasóse la mano por la frente y dijo:

—Esta admósfera cruel envenena. Es menester que salga de aquí.

—¡Y tanto como es menester! Apuradamente está para bromas la señora marquesa, y al partir ha dicho que no os dejáramos pasar el dia de hoy en su casa.

—¡En aciago dia entré por sus puertas! ¡Ojalá no hubiera traspuesto nunca sus umbrales! ¡Aquí se ha proseguido la crueldad comenzada con mi pobre madre!... ¡Oh madre mia! Si por tí padezco; si los ódios que me acosan son contra la hija de Malvina, ya siento menos las calamidades que sobre mí pesan: yo soy la continuadora de tu honrada existencia y por el dolor que padezco revive tu alma en mí!

Enjugó las lágrimas, se volvió al ama de llaves que con una mano metida en el bolsillo daba vueltas al billete de banco, y dijo con acento mas sosegado:

—El dolor ha agotado mis fuerzas. Ayudadme á recoger lo poco que he de llevar conmigo y á arreglar mis vestidos, y estaré pronta á partir cuando venga el carruaje.

—¡Ajá! contestó el ama, esto es hablar. Por ahí debiais haber empezado y no por desmayos y aspavientos. Vamos, vamos, y en un momento concluiremos.

Pasaron á su cuarto, el ama llamó á una muchacha para que la ayudase y entre las tres lo arreglaron todo.

Dejó hechas unas maletas para que se le enviasen al castillo de Carberry. Aquellas maletas contenian unos vestidos, adornos y ropa blanca, y ella se llevó solamente un bulto ligero.

Poco dinero le quedaba; pero se llevaba un reloj, que en caso necesario podia vender por el camino, y era de bastante valor para sacarla de cualquier compromiso, hasta llegar el castillo y llorar de pena y de ternura en los brazos de su padre.

Habia terminado sus preparativos y llegó el carruaje á la puerta.

Cogió su lio y bajó la escalera casi desfallecida y apoyándose en el pasamanos.

El ama de llaves la vió partir con los brazos cruzados, disimulando la impaciencia que le causaba su tardo paso, por temor de que de un momento á otro llegase el coche de Mortimer con su criado y quizás Mortimer mismo, no pudiendo resistir á su pasion.

Nicolás, el criado que habia ido por el carruaje, le abrió la portezuela y le presentó el brazo para que se apoyara en él para subir.

—Dios os lo pague, Nicolás, le dijo ella, y adios para siempre.

—Todavía no, señorita. Yo os acompañaré.

—No es menester. Dejadme y retiraos.

—Perdonad, señorita; pero sola durante el viaje... no es decoroso para nadie, ni seguro estando vos delicada.

Amanda agradeció profundamente la atencion del criado y se enterneció al ver que no todos la abandonaban; la idea de que una criatura humana se interesaba por ella creyéndola merecedora de alguna atencion, hizo asomar dulces lágrimas á sus ojos.

Partieron en seguida, sin que Amanda se volviera á dirigir una mirada al palacio de Rosline, antro para ella de fieras embravecidas.

Cuatro horas anduvieron sin detenerse.

Al parar el coche, asomó Amanda la cabeza y vió que se hallaban frente á una especie de hostería ó mas bien taberna.

Nicolás abrió la portezuela.

Amanda no queria bajar, pero él le dijo que era preciso, pues tenia que mudarse el tiro.

Entró con repugnancia en la casucha y se encontró en un aposento bajo de techo, oscuro y de olor nauseabundo.

Sentóse á una mesa y pidió té.

A poco rato vió entrar á Nicolás en el mismo aposento, y le pareció que con su compañía era menos infeliz su suerte.

Nicolás llegó al extremo de la sala donde ella se habia colocado para ser menos vista, y se sentó desembarazadamente á su lado.

Admiróse Amanda de semejante proceder, y temió que

Nicolás no se hubiera embriagado; mas al ver las miradas que le dirigia concebió un nuevo temor y se puso á temblar.

Espantada á la idea de que despues de la escena ocurrida en casa del marqués, no se creyese autorizado para faltar al decoro, trató de reunir todas sus fuerzas y le dijo:

—Nicolás, id á dar prisa á esa gente para que enganchen cuanto antes. Si os necesito, ya os llamaré.

Nicolás se levantó; mas en vez de ir hácia la puerta, se acercó mas á Amanda y dijo:

—¿Para qué? ¿No vale mas que esté á vuestro lado?

El descaro de Nicolás fué una terrible revelacion.

Amanda se levantó de improviso; pero Nicolás la sujetó por un brazo diciendo:

—¿Vais á hacer dengues conmigo? Yo valgo tanto como el primer coronel del mundo y no he de ser menos que el señor Belgrave. Bastante ventaja me lleva con haber llegado primero.

Inclinóse á ella con resolucion de echarle los brazos al talle, y Amanda retrocediendo con horror exclamó:

—¡Dios mio! libradme de ese miserable.

Abrióse en aquel punto una puerta, y asomó por ella un muchacho gritando:

—¡Nicolás! ¿Dónde está metido Nicolás?

Volvióse este sin soltar á Amanda y gritó:

—¡Eh! ¡no escándalices! ¿Qué le quieres á Nicolás?

—Sal pronto; que ahí fuera te buscan.

—¿Quién es?

—Es... sal y lo verás: un caballero.

—¡Ah! gritó de pronto Nicolás soltando á Amanda; y

con cara de mal humor, pero con diligencia, salió del aposento.

Ella al verse libre dió un fuerte suspiro y se dejó caer sobre el asiento.

Aquel grosero, brutal comportamiento del hombre á quien habia considerado como un protector benigno, turbó sus sentidos y le hizo temer nuevos peligros.

Nadie habia de triunfar de su virtud; pero la contínua lucha contra tantas fuerzas adversas quebrantaba su espíritu y la anonadaba.

Y en efecto, una criatura tan tierna ¿podia resistir incólume al sinnúmero de calamidades que la suerte acumulaba sobre ella?

Preguntóse en qué podia haber ofendido al cielo para que en tal desamparo la dejase, y examinaba su conciencia, que serena y tranquila parecia decirle: lucha y vencerás; pero miraba á su alrededor y se veia sola; pensaba en su anciano y honrado padre, y se estremecia con frio mortal imaginando que la voz de la calumnia podia llegar á sus oidos y acabar con su existencia.

CAPITULO LX.

¿Triunfará Belgrave?

En aquel aposento repugnante, que parecia á propósito para el crímen, privada de todo auxilio, sin esperanza de encontrar un alma compasiva, Amanda temió perder la razon.

Volvió azorada los ojos á todas partes, y en todas partes halló la soledad, la sordidez, el desamparo.

Su imaginacion le representaba aquella casucha como una madriguera de ladrones, á donde habia sido conducida para que no tuviera defensa contra la persecucion de que era objeto.

Figurábase ya que habia caido en un lazo del que no podria escaparse, y que en medio de las mortales congojas á que estaba destinada, veia asomar el rostro de la marquesa haciendo sangrienta burla de su martirio.

La atencion con que en medio de su pavor miraba á todas partes, la hizo descubrir á un lado una ventana, cuyos vidrios empañaban el humo y el polvo.

Ocurriósele arrojarse por ella si daba á algun sitio donde no se viera á nadie, y la abrió.

La ventana caia á un corral cubierto de maleza.

Enfrente de ella se levantaba un cobertizo sostenido por piés derechos, debajo del cual bebian y jugaban á los bolos una porcion de hombres.

Retiróse inmediatamente, pero dejó la ventana abierta para que se renovase el aire de aquel infecto aposento, y el fresco ambiente la serenó un poco.

Oyó ruido de pasos, volvió á cerrar la ventana para permanecer en la oscuridad, vió asomar una mujer que llevaba tarros de cerveza abrazados, y adivinó ser la dueña del figon.

La mujer estaba acostumbrada á aquella oscuridad y vió perfectamente á Amanda.

Encaróse con ella y le dijo:

—¿Vos sois la que ha venido con Nicolás?

—Yo soy.

—¡Vaya! exclamó la figonera examinándola atentamente y haciendo un gesto de aprobacion; el perillan no escoge lo peor. Pues me ha dicho qne no puede acompañaros porque ha tenido que volverse á la ciudad; que ya podeis figuraros cuánto lo siente... en fin: aquellas cosas que se dicen.

Amanda respiró con mas libertad.

—¿Que se ha vuelto realmente? preguntó.

—Parece que os alegrais. Pues mirad que es buen sugeto y corriente para bromas y para veras, aunque no lo parece. Se ha tenido que volver con mucho sentimiento suyo; pero se lo han mandado. Yo misma ví á la persona que venia corriendo por el camino de Londres y le mandó volverse.

—¿Y sabeis si han mudado el tiro de mi carruaje?

—¡Cuánto há!

—Pues quiero partir, quiero partir al momento.

—Me parece que nadie os lo impide. Verdad es que no habeis pagado las dos tazas de té.

Amanda arrojó sobre la mesa una moneda y salió de la casa á toda prisa.

Al volver á la luz y al aire libre, le pareció que volaba á la vida y se dilató su pecho con una nueva esperanza.

Subió al carruaje, se recostó en el asiento y poco á poco se fué tranquilizando.

Para calmar la agitacion de su espíritu y desechar las ideas melancólicas, pensó en su padre, en la vida que llevaria en el castillo, en las metódicas costumbres que volveria á adquirir, y en el consuelo que hallaria en las soledades de Carberry, cuando su padre, á causa de sus ocupaciones, no pudiese estar á su lado.

Como dos millas habia recorrido el carruaje cuando se detuvo de repente.

Asomóse Amanda, y vió que se hallaba en un estrecho sendero, entre mucha espesura, de modo que á su entender el coche habia errado el camino y se habia metido por un bosque adentro.

Llamó al postillon y no obtuvo respuesta.

Sacó el cuerpo fuera con inquietud, y se llenó de terror indecible al ver caminar hácia aquel sitio al coronel Belgrave seguido de Nicolás.

—¡Corred, dijo al postillon, azotad los caballos; salgamos á sitio descubierto!

El postillon no se movió ni le dijo una palabra, inmóvil en su sitio.

Entre tanto el coronel y Nicolás se iban acercando en silencio.

Amanda acurrucada en un rincon del carruaje oia crujir bajo sus piés los guijarros y troncos del sendero.

Apareció Nicolás, y abrió en silencio la portezuela.

Apareció Belgrave tras él, se metió en el coche, cerró de golpe y se sentó al lado de Amanda.

Abalanzóse ella á la otra portezuela para salir; mas Belgrave la asió del vestido; sonó el chasquido del látigo y arrancó el coche al trote largo.

En las miradas del coronel vió la expresion de su triunfo; vió la seguridad con que contaba; vió sus impuros deseos, la prolongacion de sus penalidades, y no pudiendo resistir á tantas desgracias, perdió el sentido.

Belgrave le hizo apoyar la cabeza en su hombro, y enlazándola con sus brazos parecia querer devorarla con la vista.

Dejaron el bosque y salieron á sitio descubierto, y despues de andar buen trecho, el postillon fué por agua á una casa que estaba al borde del camino.

Entonces les pasó delante otro coche de camino, que despues de seguir como cien pasos en direccion recta, tomó otra senda y se volvió hácia Londres.

Belgrave y el postillon refrescaron el rostro de Amanda con el agua que este habia traido y la hicieron volver en sí.

Amanda no se quejó, no lloró, no dijo una palabra ni mostró el menor deseo de resistir á la violencia de que era víctima: sus fuerzas se habian aniquilado.

Sentia una debilidad semejante á la que deben experimentar los que se abren las venas y mueren desangrándose.

Creia que estaba próxima su muerte, y la esperaba, no

sólo resignada, sino como reposo necesario á su espíritu y premio alcanzado á fuerza de padecimientos.

No podia ya medir la intensidad de su desgracia, ni desear la vida.

La vida era para ella el afan contínuo, el peso de la calumnia, el ódio de los poderosos, el olvido de la persona amada, el deseo de un imposible, el escarnio de sus mas nobles afectos; la muerte era el reposo, blando y eterno al lado de su madre.

Cuando el coronel vió que habia recobrado los sentidos, le mandó traer un vaso de refresco.

Amanda no tenia fuerzas para levantar la mano y rechazarlo; volvió la cabeza al otro lado y cerró los labios para que no se la obligase á tomar cosa alguna.

El postillon volvió á ocupar su sitio y el coche se puso otra vez en movimiento.

Anduvieron sin parar hasta las nueve de la noche y se apearon en una quinta de Belgrave, situada en medio de un bosque.

Amanda no podia moverse de su asiento.

Belgrave la cogió en brazos, la entró en la casa, mandó abrir la puerta de un salon y la sentó en una butaca.

Habló desde la puerta con dos mujeres de la servidumbre, y él quedó paseando por el salon.

Las mujeres volvieron en breve con vino azucarado y otras bebidas propias para restaurar las debilitadas fuerzas de Amanda.

Una de aquellas mujeres presentó á Belgrave una carta, pero él la desvió extendiendo maquinalmente el brazo para observar á su víctima.

—Señor...

—Dejadme ahora, dijo Belgrave.

—La trajeron esta mañana, replicó la mujer, y dice urgente.

Belgrave tomó con mal humor la carta y la abrió.

Puso mal gesto á las primeras líneas, brillaron en seguida con vivo resplandor sus ojos y una sonrisa de satisfaccion contrajo sus labios; pero al volver la vista á Amanda, manifestó que titubeaba entre opuestos deseos.

En la carta le anunciaban, al empezar, que era necesaria su presencia inmediatamente en casa de un tio suyo, y al fin le daban á entender que aquel tio, de quien iba á heredar él, títulos y caudales, estaba enfermo de peligro y rodeado de gente codiciosa.

Anhelaba Belgrave la pronta posesion de Amanda; pero codiciaba el oro de su pariente y le era además necesario, pues tenia empeñada gran parte de sus bienes, cuyo producto malversara en muy poco tiempo.

Separarse de Amanda en el momento mismo en que la veia segura en su poder era muy duro; renunciar al provecho que podia obtener de presentarse acto contínuo en casa de su tio era imposible.

Con ánimo de volver pronto y persuadido de que Amanda, por el estado de su salud, no podia en aquellos momentos atender á sus seductoras proposiciones, determinó partir al instante, con lo cual ella tendria tiempo y tranquilidad para reflexionar y recobrar el perdido aliento.

Despidió á las mujeres de la servidumbre, cerró la puerta, y se sentó al lado de la desdichada que tenia la cabeza caida sobre el pecho y sollozaba de contínuo.

—Amanda, le dijo, cuando pensaba consagrarme á vos exclusivamente, un deber sagrado me obliga á partir. Breve será mi ausencia, no por eso menos amarga para mí. Sólo mitigará mi pesar la esperanza de que reflexionareis á solas, que el amor que os profeso, me hace capaz de todo, y á mi vuelta no opondreis obstáculo alguno á la felicidad que tanto anhelo y de que tan digno soy por mi constancia. Resistiéndoos, no habeis de salvar vuestra reputacion que está perdida para siempre; ¿á qué os obstinariais en proceder como procedeis, cuando podia ser fundado el temor de perder algo, en el concepto de las gentes, si correspondeis á mi pasion? Todos en el mundo comenzamos con ideas heróicas y acabamos por ser razonables. Tiempo es ya de que vos lo seais tambien; que sólo en cuanto á hermosura podeis saliros de la ley comun, pues la vuestra es tan extraordinaria que me hace olvidar, ya lo sabeis, graves obligaciones. Estando aquí no teneis necesidad de dinero; os advierto, pues, que guardo vuestro bolsillo á fin de que inocentemente no lo empleeis en corromper la fidelidad que deben guardarme mis criados.

Apoderóse en efecto del bolsillo y del reloj de Amanda y lo guardó consigo.

Volvió á ocupar su asiento y prosiguió:

—En vuestra mano está, bella Amanda, convertir vuestra situacion en la mas odiosa ó en la mas envidiable, segun os plazca. De vos depende todo. Durante mi ausencia meditareis y comprendereis cuán conveniente os es el contar con un protector poderoso, y una vida feliz que os ponga en estado de brillar en el mundo y de excitar la envidia de todas las demás mujeres. Goces, riquezas, imperio ab-

soluto sobre todos cuantos os rodeen, seguridad para el porvenir: eso os ofrece el hombre á quien vuestra dureza negó siempre toda palabra de amor. Yo me alejo de vos con sentimiento, pero confio en que á mi vuelta, vuestra conducta me indemnizará de cuanto por vos padezco. No seais ingrata, bella Amanda, con quien sólo desea veros alegre y feliz.

Acercó Belgrave los labios á la frente de Amanda; pero se pintó de tal manera en el semblante de esta el horror que su proximidad le inspiraba, que desistió por no hacérsele mas antipático.

Viniéronle á avisar que podia partir cuando gustase, y se despidió de ella diciendo:

—Os amo, soy tenaz y estais en mi poder; todo mi amor ó todo mi ódio: elegid.

Las criadas, á quienes Belgrave habia dado sus órdenes acerca de todo lo que habian de hacer con ella, la acompañaron á un aposento y la colocaron vestida sobre la cama, pues no quiso consentir que la desnudasen.

No pensó siquiera en excitar la compasion de aquellas criaturas á quienes tuvo por insensibles y vendidas por completo á su amo, ántes ahogó sus suspiros y les ocultó su llanto para que no hicieran burla de su desgracia si la oian quejarse.

CAPITULO LXI.

Mortimer se engaña mas, cuando cree desengañarse.

Dejemos á Amanda en la quinta de Belgrave para enterar al lector de algunos pormenores indispensables.

Cuando el coronel se retiró de casa del marqués de Rosline, dejando comprometida á Amanda, su criado, favorecido de Julia la doncella, se quedó escondido para tener noticia de cuanto ocurriera.

Él fué quien enteró á su amo de la resolucion tomada por los marqueses de partir al dia siguiente para su casa de campo, y de la órden que diera Amanda de que le buscasen un carruaje para trasladarse á Irlanda á la mayor brevedad posible.

Con estas noticias y el auxilio de Julia, contaba Belgrave que le seria fácil apoderarse de su víctima; y aunque Julia tuvo que partir con los marqueses, las cosas se le presentaron tan conforme con sus deseos, que ninguna falta le hizo el socorro de la desleal servidora.

Belgrave y su criado, que estaban en acecho, indicaron á Nicolás dónde debia tomar el coche y qué cochero habia de pedir que lo guiase, asegurando así mejor el resultado de su empeño, pues le dieron las señas de un postillon que estaba siempre á las órdenes de Belgrave y recibia de él abundantes propinas.

Amo y criado fueron siguiendo el carruaje, con el propósito de detenerlo á la entrada del bosque; mas al ver que hacia alto en el parador, para mudar el tiro, creyó aquel que era ocasion de que Nicolás se volviera.

Mandóle llamar y le dijo que podia volverse á Londres.

—Voy acompañando á la señorita Fitzalan, contestó Nicolás.

—Ya lo sé, pero quiero ser yo quien la acompañe.

—Si es vuestro gusto...

—Bien puedes creerlo, cuando te digo que te vuelvas y te calles sobre el asunto.

—¡Ah! dijo Nicolás, pronto sabré yo si es verdad, pues me consta que el señor coronel Belgrave paga bien sus gustos.

—¡Socarron! Toma.

Belgrave se metió la mano en el bolsillo y le dió un par de monedas de oro á Nicolás, añadiendo:

—Me parece que estarás convencido.

—En efecto, señor.

—Pues retírate.

—Digo, mi coronel, que estoy convencido en cuanto á ser gusto vuestro el acompañar á la señorita. Me habeis recomendado, creo, que guarde secreto.

—Y te lo recomiendo de nuevo: anda.

—Y yo sé que el señor coronel paga mejor todavía el guardarle un secreto que el mayor gusto que pueda dársele.

—¿Eres codicioso?

—Soy pobre, señor.

—Y aprovechas las ocasiones para explotar al prójimo.

—Señor, yo no puedo regatear á mis amos el salario, y tengo que contentarme con lo que me den. Ahora... no os pongo precio, sé que sois generoso y además no pareceria bien que pudiera yo jactarme de haberos guardado un secreto de balde, de manera que una persona tan encumbrada como vos, viniera á resultar deudora de un pobre como yo.

—¿Tú has estudiado algo? preguntó Belgrave metiéndose otra vez la mano en el bolsillo.

—Sí, señor.

—Ya se conoce, y no con aprovechamiento. ¿En qué universidad.

—En la del universo, donde se castiga con pena de la vida el dejar de comer con reincidencia.

—¿Sabes leer?

—En la cara os estoy leyendo, señor, que me teneis por un tunante, como si yo empleara mi tiempo y dinero en perseguir doncellas ó séanse muchachas hermosas y desamparadas. ¿He leido mal?

—No, respondió Belgrave, dándole con desprecio otras dos monedas; pero en adelante, lee para tí solo, ó vete á leer lejos.

—Voy á obedeceros. Iré á leer los carteles de las esquinas de Londres, á ver si ofrecen un buen hallazgo al que

haya encontrado á una señorita jóven y hermosa, que ha salido para una quinta situada...

—¡Nicolás! dijo Belgrave irritado, vete.

Nicolás se descubrió reverentemente y se fué poco á poco, jugando con las monedas de oro al estilo malabar.

Entre tanto el coche y los criados prometidos por lord Mortimer, llegaron á la puerta del palacio del marqués de Rosline.

Mortimer, no pudiendo resignarse á dejar partir á Amanda sin volver á verla, se presentó tras ellos.

El ama de llaves se alegró mas que nunca de que Nicolás hubiese sido bastante diligente para anticiparse al obsequio del enamorado lord.

Esperó Mortimer á cierta distancia, y se admiró de ver que despues de entrar sus criados en la casa volvian á salir como confusos, hablando uno con otro, dirigiéndose al cochero y pareciendo que no sabian qué resolucion tomar.

Decidióse á entrar en la casa y encontró en el cuarto bajo al ama de llaves.

—¿Aun no tiene hechos sus preparativos la señorita Amanda? le preguntó: ¿se ha puesto acaso peor?

—¿Peor? dijo el ama, ya quisiera estar yo como ella.

—¿Qué quereis decir?

—Que está buena y sana: ¡bien claro está!

—¿Pues por qué no parte?

—¿Aun estais en eso, señor? ¡Pues si ya hace tiempo que ha partido!

—¿Ha partido? repitió Mortimer, palideciendo; ¡ha partido...!

—Apenas hace rato, que digamos. En cuanto milord

volvió la espalda, mandó por un coche á toda prisa y, ligera como una corza, lo dispuso todo para irse. Bien se le dijo que esperase, pues milord iba á enviarle un coche y criados fieles que la acompañasen; pero dijo que no, que ella tenia su hora señalada y no podia esperar... Yo fuí una tonta, que le dije que podia esperar un momento, y á lo menos tendria la satisfaccion de ir acompañada de gente de bien. ¿Sabeis qué me respondió? Que persona de bien no habia conocido ninguna en Londres; que no le faltaba quien cuidara de ella sin necesidad de vuestro tardío carruaje, y que tenia prisa por perder de vista una casa donde, por una friolera, habian escandalizado tanto ayer noche.

—¿Partió á lo menos acompañada?

—Sí, señor.

—¿Le entregasteis mi carta?

—Se la entregué; por cierto que yo..., perdonad que me meta en esos asuntos; pero al ver vuestro semblante, me habia figurado que vuestra carta debia ser triste ó á lo menos séria, y despues conocí que debia ser cosa alegre.

—¿Conocisteis? preguntó Mortimer con extrañeza.

—Sí, porque...

—¿Por qué? Hablad sin recelo.

—Como parece que milord se enoja, y...

—No me enojo con vos, creedlo.

—Pues yo conocí que la carta era alegre, porque la señorita la leyó riendo y dijo: Gracias á Dios que al fin me envia un consuelo de los que yo esperaba: eso es hablar al alma.

Mortimer quedó confuso.

Jamás hubiera podido imaginar que hubiese puesto su cariño en objeto tan indigno.

Cierto que el dicho del ama de llaves era inverosímil y chocaba con todas las ideas concebidas por Mortimer con respecto á Amanda; pero en poco tiempo se habian acumulado contra ella tantas apariencias; tenia él la imaginacion tan turbada, que creyó en aquel momento cuanto le dijo el ama.

Todo conspiraba para perder á la desgraciada en el concepto de su amante, y á juzgar por lo que él veia y le decian, no podia empeñarse contra lo que la lógica natural le dictaba.

Mas fácil era que él, como enamorado, se engañase, que desmentir los hechos que habian pasado á su vista, corroborados por la misteriosa conducta de Amanda últimamente y por lo que de ella le decian todos.

¡Y á pesar de todo la amaba!

Deseaba ardientemente no ya la justificacion de su conducta, sino ver patentes sus desengaños para desterrar de su pecho aquella pasion que, en sus momentos de calma, calificaba de vergonzosa.

Sospechó que encerraba algun misterio su prisa por marcharse y el no haber querido esperar el coche y la compañía que él le enviaba, y quiso ver si averiguaba la verdad.

Además, aunque le repugnaba confesárselo á sí mismo, temia por ella viajando en un coche de alquiler y en compañía de Nicolás, que de tan buena voluntad se habia prestado á acompañarla y á quien no tenia en muy buen concepto.

No pudo resistir á los motivos que le impulsaban á cor-

rer tras ella, y diciendo á los criados que se volvieran á su casa, subió al coche y dijo al postillon que le recompensaria largamente si daba alcance al carruaje alquilado por Nicolás.

—¿Camino de Irlanda? preguntó el cochero.

—Sí, volando.

El postillon habia oido perfectamente lo de la recompensa y sabia que lord Mortimer pagaba con largueza.

Azotó á sus caballos y partió con velocidad extraordinaria.

Mortimer se asomaba con frecuencia á la portezuela y nada descubria.

El breve rato que se detuvo para mudar el tiro fué un siglo para su impaciencia.

Poco mas de dos millas habian andado, cuando Mortimer mandó parar el coche viendo á Nicolás que se volvia hácia Londres.

—¡Nicolás! le gritó al paso, ¿á dónde vais?

Nicolás se detuvo, se quitó la gorra y respondió:

—A Londres, Milord.

—Pero... ¿de dónde venís?

—De... por ahí.

—¿No habeis salido acompañando á la señorita Fitzalan?

—¿Lo sabeis milord?

—En casa del marqués me lo han dicho. Vos son quien tomó alquilado el carruaje de órden suya.

—Es verdad, milord.

—Vos os brindasteis á acompañarla.

—Tambien es cierto.

—Habeis salido de la casa con ella... ¿Por qué os volveis

—Porque... porque la señorita ya no tiene necesidad de mis servicios.

—¿Por qué?

—Porque... va mejor acompañada.

—¿De quién?

—Del señor coronel Belgrave.

Mortimer creyó ver un rayo de luz en lo que era una nueva ofuscacion para su mente.

—¡El coronel Belgrave! repitió; pero vos no debeis dejarla.

—Milord, desde el momento en que la señorita no se mostró muy satisfecha de mi compañía y no se opuso á admitir la del coronel..., me parece que mi obligacion era retirarme.

—¡Tambien ha de ser cierto eso! ¿Todavía quiero averiguar mas? exclamaba Mortimer. ¿El señor coronel la esperaba en el camino?

—Me parece á mí que no debe ser costumbre de los coroneles correr tras un carruaje cualquiera por esos caminos y acompañar á la primera señora que se encuentre; sobre todo: no todos ellos tienen casas de campo aquí cerca...

—¡Vuela, postillon! gritó Mortimer no queriendo saber mas y echándose al fondo del carruaje, que partió rápidamente.

Nicolás se quedó en medio del camino, viendo alejarse el coche hasta perderle de vista.

—¡Lo que es el mundo! dijo volviéndose á poner la gorra. Ese hombre no es mi amo, yo no tengo obligacion alguna con él, y sin embargo, me pára, me hace hablar, adquiere de mí noticias que valen dinero, supuesto que á

él le sirven, se queda con ellas y no me da nada, ni las gracias siquiera. Y luego él tendrá fama de bueno y al pobre coronel le llamarán malo. ¡Mentira! ¡Viva quien paga! El coronel es todo un hombre, y ese lord, aquí donde nadie me oye puedo decirlo, es un sonsacador de criados, ruin y miserable.

Siguió su camino prometiéndose no volver á prestar servicio alguno sin recibir la paga adelantada, y se consoló revolviendo entre los dedos las monedas que Belgrave le habia dado.

—¡Está ciega por él! decia Mortimer entre tanto. Se ha envilecido con su pasion por ese hombre y abandona familia, parientes, amigos y hasta el propio decoro por él. ¡Ah, por que permanecí en el palacio de Tudor! ¡por qué no me alejé de ella á los primeros dias de conocerla, y hoy me quedaria el recuerdo de una Amanda, tan pura como bella, tal cual me la figuraba yo entonces!

Iba á dar órden al postillon de volverse, cuando vió que á poca distancia les precedia otro carruaje, que sospechó seria el que conducia á los dos supuestos amantes.

Ganáronle la delantera, y Mortimer al pasar pudo ver á Amanda, reclinada la frente en el hombro del coronel y enlazado el talle por sus brazos.

—¡Á Londres! gritó en medio de su desesperacion, y el postillon dió la vuelta.

CAPITULO LXII.

Dolor de Mortimer.

Ya era para lord Mortimer evidente como la luz del sol la falsía de Amanda.

Partiendo de los engañosos antecedentes que servian de base á sus cálculos, añadiendo á ellos lo que le habia dicho el ama de llaves de la marquesa, habiendo despues oido á Nicolás y visto en fin con sus propios ojos á Amanda reclinada con tanto abandono en Belgrave, ¿podia dudar de que por su volutad le seguia á su casa de campo en vez de partir para Irlanda y reunirse con su padre?

El golpe que acababa de recibir era terrible; era de los que pueden acabar para siempre con la alegría de un corazon noble y afectuoso.

Obligado á renunciar á una quimera que, como la mas envidiable realidad habia acariciado tanto tiempo, se mandó llevar á su casa con propósito de encerrarse en ella y evitar el trato de la gente.

Queria ocultar su dolor y el desconcierto de sus ideas, y

antes de entrar en su cuarto le salió al encuentro con los brazos abiertos su tia Marta Dormer, á quien habia escrito poco antes para que interviniera en el logro de la dicha que anhelaba, y que cediendo á sus instancias, deseosa de verle feliz, no habia vacilado en trasladarse á Londres, apenas se lo permitiera el estado de sus negocios.

Mortimer que en cualquiera otra ocasion habria experimentado la mayor alegría, se acabó de entristecer pensando en la triste suerte de sus amores y malogradas esperanzas.

—¡Aquí me tienes, Federico mio, tuya soy en cuerpo y alma! aquí me tienes que vengo á ocuparme exclusivamente en tus asuntos, y te aseguro que habria abandonado los mios para venir al recibo de tu carta, si mi presencia no hubiera sido indispensable en otro punto. Ahora, estoy á tus órdenes. Vamos á ver, picarillo; háblame de tu divinidad; porque supongo que tú no pasarás por menos, ¿no es verdad?

—¡Ay querida tia! exclamó el pobre enamorado.

—Deja ese aire de compasion; triunfaremos, yo te lo aseguro. No te asuste la oposicion de tu padre. Vengo dispuesta á sobornarle con oro. ¿A ver su retrato? Estoy deseando que me guste su efigie, para ir á rendirle despues mis homenajes en persona.

—No tengo retrato suyo... dijo Mortimer turbado.

—Te contentas con llevar su imágen grabada en el corazon, ¿no es verdad? A bien que yo ¿para qué necesito verla? Tú la amas; por consiguiente debe ser la perla de las mujeres en lo físico y en lo moral; convengo en ello desde luego. Por de pronto, añadió sonriendo y en voz baja,

por de pronto está fuera de duda que no se parece á Eufrasia. Díme, querido sobrino, ¿será cosa de no poderla conocer hoy mismo?

—Perdonad, querida tia...

—¡Querida tia... querida tia...! repitió ella remedándole, estás abatido, triste...; yo te curaré pronto. ¿Cuándo empezamos á atacar á tu severo padre? ¿Quiéres que de sobremesa empieze yo á acometerle?

—¡Oh, no, no!

—¿Pues cuándo esperas que se dé por vencido?

—Ya nunca.

—¿Nunca? Ó le crees inexorable, ó tienes muy poca confianza en mis recursos. Has de tener entendido que yo siempre he vencido á tu padre, y esta vez... podrá costarme el dinero; pero yo le haré que sea complaciente y dócil contigo. Yo quiero asegurar tu felicidad...

—¡Mi felicidad!

—Sí, quiero que seas dichoso cuanto antes.

—¡Ay! exclamó Mortimer prorumpiendo en llanto, ¡yo no puedo ser dichoso en la vida!

—¡Cómo! dijo sobresaltada su tia; Federico, tú lloras, tú desesperas... Habla por compasion. Esa jóven tan amada...

—¡Ya no podrá ser mia!

—¡Qué escucho! Muerta quizás...

—¡Oh pluguiera á Dios que hubiera muerto!

—Me haces temblar, Federico... Esa jóven... ¡Acaba!

—¡Perdida para mí... perdida para siempre!

La señora Dormer vió con espanto la desesperacion de su sobrino, su palidez, sus lágrimas, y oyó con vivo dolor los sollozos que se exhalaban de su pecho.

Abrazó tierna y cariñosamente á Mortimer, y trató de consolarle; mas ignorando todavía los verdaderos motivos de su desconsuelo y deseosa de hallar remedio para su mal.

Lord Mortimer, que con sólo recordar su desgracia ya sentia despedazado el corazon, se resistia á volver sobre los pasados sucesos y particularmente á referir los de la noche anterior y de aquella mañana; mas á fuerza de palabras consoladoras y llegado á aquella situacion de ánimo en que sirve de alivio á los males propios el comunicarlos con quien se muestra compasivo con ellos, cedió á las súplicas de su tia y le contó sus amores, sus ilusiones, sus esperanzas y sus desengaños, que tales los creia él, con la señorita Amanda de Fitzalan.

La señora Dormer, que le queria con pasion, se enterneció mucho con él durante su sentido relato, cuyas expresiones le dieron á conocer bien que Federico habia amado y amaba todavía á la engañadora, y lamentó su desgracia como si fuera hijo suyo y se indignó contra quien parecia ser única causa de ello.

Federico recibió agradecido sus consuelos y le pidió permiso para retirarse á su aposento.

La señora Dormer no pudo menos de otorgársele, y quedó verdaderamente afligida viendo que el objeto de su viaje que tanto la habia alegrado se habria convertido en manantial de amargura para su querido Federico.

Este se encerró en su cuarto con mayor desconsuelo que nunca.

Durante el relato que habia hecho á su tia, habia renovado en su memoria el plácido recuerdo de sus primeras

relaciones con Amanda, y al terminar le dijeron sus sensaciones que no le seria posible desterrarla del corazon.

No le bastaba convencerse de que Amanda era una mujer artificiosa, sin pudor, llena de codicia y de groseras pasiones disimuladas con el refinamiento de todas las hipocresías: á pesar de esto la amaba.

Amaba Federico las nobles ideas, los bellos sentimientos que el amor de aquella mujer habia inspirado; amaba la melancólica dulzura que junto á ella habia ganado en las tranquilas frondosidades del parque de Tudor; amaba los delirios que habia concebido pensando en lo dichoso que seria cuando pudiera llamarla esposa; la casita del valle escondida entre el follaje, los tranquilos goces del hogar en el fondo de un retiro desconocido del mundo y habitado por los mas suaves afectos, sus propósitos de caridad para con los habitantes de aquellos contornos...; y en medio de todos estos amores, oia sonar su voz vibrante y conmovedora, ya lánguida y triste, ya impetuosa y severa; contemplaba sus bellos ojos, reproducíale la imaginacion todas sus gracias naturales, y recordaba el encanto, el misterio, las seductoras promesas de su acento trémulo al decirle: «os amo,» cuando el carmin cubria sus mejillas y parecia estremecerse su espíritu comunicándose con el suyo, que se estremecia tambien.

Conocia Mortimer que la amaba aun y que la amaria mientras existiera en él la memoria de tantas gracias reunidas y tantas esperanzas malogradas, y se irritaba consigo mismo y se dirigia las mas amargas reconvenciones.

A veces se volvia frenético evocando con toda energía á Belgrave, como si hubiera de aparecer á su voz, y le espe-

raba crispadas las manos, extendidos los brazos para ahogarle en ellos.

A veces llamaba á voces á Amanda para que fuera á escuchar cómo la maldecia, y en efecto salian de sus labios las maldiciones mas terribles contra ella; pero aun en aquellos momentos su enamorado corazon desmentia sus palabras, y al fin volviéndose en el lecho, cubriéndose avergonzado el rostro con las manos, exclamaba:

—¡Pero si la amo, si la adoro mas que nunca!

¿Era debilidad, era vergonzosa flaqueza aquel amoroso sentimiento que á pesar de todo subsistia en el corazon de Federico?

¿Era mas bien un instinto superior, que negando la verdad aparente proclamaba la verdad oculta y se revelaba contra todo lo que quisiera oscurecer la virtud de la desventurada Amanda?

¡Quién sabe!

El encanto, el prestigio de la virtud es muy poderoso en los corazones nobles, y en el corazon de Federico habia florecido el amor al sol de aquel prestigio.

Los primeros juicios que habia formado de Amanda eran rectos; los primeros impulsos que le habian guiado hácia ella eran producto de una fuerza que sólo á lo bueno podia encaminarlos.

Ninguna idea le habia inspirado que no se hubiese él atrevido á confesar á su propia madre; ningun afecto habia despertado en su corazon que no hubiese contribuido á ennoblecerle.

Por eso la amaba todavía, y aunque parezca contradictorio, adoraba á la que creia sumida en las mas bajas degra-

daciones, porque amaba la virtud y á ella misma le era deudor de parte de la que su corazon albergara.

¡Desgraciados amantes víctimas de las pasiones mas viles! ¿triunfará siempre de vosotros la maldad? ¿Morireis alejados uno de otro, presa de amargo duelo mientras proclamen los perversos su victoria?

CAPITULO LXIII.

Favor con trazas de agravio.

Amanda yacia en tanto en la quinta de Belgrave temiéndolo de su suerte todo menos la ignominia.

Su corazon llamaba á Mortimer con tristes voces, porque harto se figuraba que de aquellos inexplicables sucesos habia de resultar el desamor de aquel de quien era digna.

Estaba postrada, sin aliento; pensaba en la muerte, y la muerte le habria sido dulce si hubiera podido exhalar el último aliento en brazos de los séres queridos de su corazon, leyendo en sus ojos que no la creian indigna de su aprecio.

Pensaba en su anciano padre, que tras una honrosa y larga carrera sembrada de infortunios, se iba á ver condenado á triste y solitario fin, ocultando de los hombres su nombre para que nadie viese en él al padre de la que iba á morir cubierta de infamia por manos infernales.

Pensaba en su pobre hermano, en quien iba á recaer

tambien la vergüenza de las faltas que el mundo le atribuia, y se deshacia en amargos sollozos, y tan pronto se desesperaba y hacia vanos esfuerzos para arrojarse del lecho, como se recogia y rezaba para que Dios la librase de la pérfida asechanza y por un milagro de su poder la trasladase á otro sitio, donde á lo menos pudiese morir fuera de la morada de Belgrave.

Despues de largo rato de padecer todas las amarguras de su situacion se quedó no tranquila, pero en reposo semejante al de la muerte, porque no habia en ella fuerza para pensar y su sensibilidad se habia embotado.

Habia en la casa una mujer, jóven y hermosa todavía, que sin que Amanda pudiera sospecharlo la habia visto entrar con ódio y se habia declarado su mortal enemiga.

Aquella jóven era una desgraciada hija de uno de los servidores de Belgrave.

La jóven habia recibido gustosa los halagos de Belgrave: el padre era grosero y codicioso, Belgrave cínico y rico y la pobre niña fué víctima de la maldad de entrambos.

La hija del criado adquirió durante algun tiempo dominio soberano en la quinta; sus menores deseos se veian al instante satisfechos; sus órdenes eran humildemente acatadas, y Belgrave mismo se complacia en mostrarse á sus ojos el mas celoso en servirla.

Belgrave volvió á Londres; se deshizo el encanto que le habia sometido á los caprichos de aquella criatura; tras el deseo vehemente vino la saciedad, y la hija del servidor fué echada en olvido así que hubo caido en la corrupcion.

El desden con que se vió tratada irritó su amor propio; mas aun no habia tenido que pasar por la humillacion de

verse preferida á una rival dentro de aquella casa, que consideraba como dominio suyo y donde en efecto hasta entonces se habia hecho su voluntad, compensacion con que Belgrave dulcificaba el pesar de su abandono.

Pero vió entrar á Amanda, vió su hermosura, vió los cuidados de Belgrave con ella y le juró odio inextinguible.

Esperaba ver á Belgrave á solas para exigir de él que arrojase de allí á aquella mujer, amenazándole, si no lo hacia, con su ira que no se detendria ante ningun obstáculo, aunque para vengarse no le quedase otro medio que prender fuego á la quinta y perecer dentro de sus muros.

Al ver la precipitada resolucion con que Belgrave mandó preparar su carruaje para volverse á Londres, creyó que quizá se llevaria consigo á la que consideraba como su rival; pero enterada de que este partia solo y encargaba los mayores cuidados y atenciones con Amanda hasta su próxima vuelta, resolvió no consentirla un momento mas en la quinta.

Llamó á las dos mujeres que habian recibido las órdenes de Belgrave y les participó su resolucion.

—El coronel, se atrevió á observar una de ellas, nos ha mandado que no la abandonásemos un momento.

—Yo mando lo contrario.

—Pero el coronel se enojará con nosotras por no haberle obedecido.

—Yo haré que se enoje de veras si me desobedeceis á mí. Vamos á ver dónde está esa sultana. Escuchad: cuando vuelva él le direis para disculparos, que segun os dije yo, antes de subir al carruaje habia cambiado de parecer y me habia mandado á mí echarla de casa.

—No nos creerá.

—A vosotras solas no; pero me creerá á mí que apoyaré vuestro dicho. Venid conmigo.

La muchacha era naturalmente imperiosa y desenvuelta, y excitada por los celos y la envidia, estaba resuelta á hacer que prevaleciera su voluntad sobre todo.

Dirigióse al aposento en que se hallaba Amanda, y conforme se acercaba á la puerta sentia aumentar la violencia de su iracundo enojo.

Entró en el cuarto y se quedó contemplando el rostro de Amanda, que en medio de su dolor, era mas bella que nunca.

Aquella belleza señoril, serena y melancólica no podia menos de ser doblemente antipática á aquella mujer cuya hermosura hablaba sólo á los sentidos, porque sólo de ellos recibia expresion.

La ira, la envidia, los celos y la seguridad de su inmediata venganza iluminaron su mirada, y dijo en su interior:

—Partirá hoy mismo. Partirá, aun cuando el coronel á su vuelta tenga que arrojarme á mí de su lado para siempre. Podia haberla preferido á mí como falso é inconstante; pero traerla aquí; poner á su servicio á los que sólo podian ser servidores mios... esto es el colmo del desprecio y no lo consentiré. ¡Infame y grosero á un tiempo! Yo creo que sólo la ha traido aquí para mortificar mi vanidad. Podria tener no excusa, pero sí explicacion su conducta, si me hubiera sacrificado á una mujer hermosa; pero el colmo del agravio es menospreciarme por semejante criatura. ¡Consentirlo yo! Antes creo que me haria pedazos á mí misma.

Llegad vosotras, dijo dando una voz á las criadas que se habian quedado á la puerta.

Entraron ellas, y al grito y al rumor abrió Amanda los ojos.

—Buenas noches, le dijo con insolencia la muchacha; á ver si dejamos ese aire de señorita mimada y tomamos el portante.

Amanda sorprendida no acertaba á comprender qué podia significar aquello.

Abrió desmesuradamente los ojos y fijó sus miradas en aquella mujer que le era desconocida.

—Con vos hablo, le dijo esta.

—¿Qué quereis decir?

—Me parece que no hablo en griego: que vais á salir de casa al momento. ¡Lo que son las cosas! ¿eh? Vos contariais pasar aquí una larga temporada y no esperabais la incomodidad de tener que dejar tan pronto las delicias de la quinta; pero hay que partir y tener paciencia.

—Parece que imaginais que vivo aquí de buena voluntad, segun entiendo.

La muchacha la miró maliciosamente, y con sonrisa sarcástica y tonillo insolente replicó:

—¡No! Habreis venido por fuerza.

—Por fuerza, insistió Amanda que en su excitacion encontró fuerzas para levantarse; por una traicion infame; por un abuso y una violencia brutales.

—¡Pues miren qué casualidad! Por fuerza entrasteis y por fuerza vais á salir. Ea, prontito.

—Pero..... ¿de veras..... me permitís que salga de aquí?

—¡Vaya si os lo permito! ¿quereis que os lo repita de otro modo?

—¡Oh! exclamó Amanda juntando las manos, si yo merezco de vos un favor semejante, os tendré por amiga toda la vida y rogaré al cielo por vos todos los dias.

—Juraria que sois de la comedia. Esa cara y esas retóricas... Pero con tanta gana como teneis de marcharos, ya deberiais haber pasado la puerta y lo que yo veo es que no os moveis. Si os proponeis ganar tiempo, es inútil; porque el señor coronel no volverá hoy ni tal vez mañana y yo no quiero que os encuentre aquí. Clarito. Levantaos, levantaos y salid á tomar el sereno.

Acercóse y la cogió de un brazo.

Amanda asustada de su resolucion se encogió diciendo:

—¿Qué quereis hacer de mí?

—Sacaros fuera, ni mas ni menos. Despues que esteis al aire libre se cerrará la puerta y hareis lo que mas os convenga.

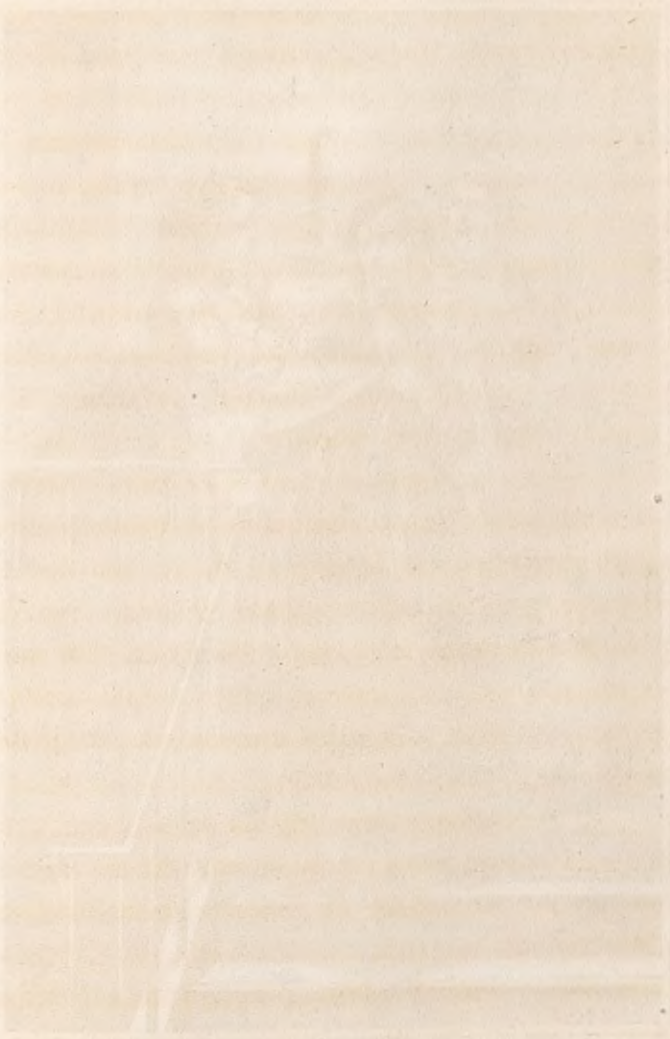
—Pero... no querreis dejarme abandonada, sin guia, en despoblado, de noche, á tales horas...

—No me rompais la cabeza, ni me salgais con pretextos necios para quedaros en casa. Mirad que me voy amoscando y me dan tentaciones de poneros los deditos en la cara. Idos y tengamos paz.

—¡Oh qué mal me conoceis! Mirad que no conozco aquí á nadie. El coronel me ha quitado el dinero y el reloj diciendo que lo hacia para que no tratase de corromper á sus criados.

—¡Eso es mentira!

—Os juro que es la pura verdad. Yo quiero sustraerme





«Asió decididamente de un brazo á Amanda...

á su violencia, sí; quiero dejar su casa. Dadme una corta cantidad para que pueda ir al encuentro de mis amigos, y todo os será devuelto en breve religiosamente. Yo no os he hecho nunca daño alguno; no consintais que por culpa vuestra lo padezca. Dadme una persona que me acompañe á lugar poblado, y yo me alejaré alegre y agradecida á vuestra bondad; porque pasar tan inesperadamente á ser libre desde la situacion en que me hallo, será para mí el colmo de la dicha.

—¿Por qué no pedís palio y los incensarios y tropa armada? Pues no habeis venido con poco tono. Apuradamente me engorda á mí dar en la cabeza á los que gastan tantos humos. ¿Con qué dinero y guia, eh? Rejalgar para todas esas gazmoñas. Vais á salir ahora mismo sin pedir ni una gota de agua: que eso es apurar la paciencia y burlarse, y no sé cómo me he contenido hasta ahora.

Asió decididamente de los brazos á Amanda, y llamando á las otras criadas gritó:

—A ver, cogedla y en un periquete la echamos fuera.

Las mujeres la cogieron con violencia, la hicieron bajar de la cama y á empellones la llevaron hasta la puerta.

Allí compadecidas la dejaron, pero la que creia vengarse de una rival les dijo:

—A propósito, ¿queriais compañía? cogedla, cogedla y la acompañaremos bosque adentro.

En efecto, entre las tres la acompañaron ó mejor iban empujándola y tirando de ella y se internaron en la espesura.

La infeliz se lastimaba los piés, tropezaba á cada paso y deshecha en llanto pedia piedad en vano.

Aquella mujer brutal se iba aficionando á la venganza á medida que la saboreaba, y con cierta embriaguez iba corriendo por la espesura complaciéndose en imaginar que mayor seria el castigo de la inocente víctima, cuanto mas la alejara de todo socorro.

Hasta que se sintió cansada no se detuvo, y soltó á Amanda, que se dejó caer al pié de un árbol.

—Eso es, dijo con verdadera crueldad la insolente criatura; tomad asiento hasta que venga el coronel.

—¡Dios mio! exclamó Amanda, tened misericordia de mí.

—Ahora ya sabeis que si os asomais otra vez por la quinta os espera buen trato. No os burleis conmigo, creedme, porque tengo malas pulgas. Como advertencia basta lo de hoy: no os digo mas. Buenas noches. Vamos, muchachas.

Las otras dos mujeres la siguieron, y cuando ya habian dado algunos pasos se volvió ella y dijo gritando con aire satisfecho:

—¡Expresiones al coronel!

Fuese alejando el ruido de sus pasos y todo quedó en silencio.

La noche era oscura y fria.

En aquella selva espesa la oscuridad era completa.

Por entre las copas de los mas altos árboles se veia brillar el terso resplandor de algunas estrellas que servian como dice Milton, para hacer visibles las tinieblas.

El aire frio hizo recobrar á Amanda los sentidos.

Apoyó la cabeza en el tronco del árbol á cuyo pié habia caido, y se estremeció al pensar confusamente en la série

de desventuras que parecian atropellarse en su daño y cuyo término aun no veia llegado.

Respiró al verse fuera de la casa de Belgrave; y aunque hallándose en aquel sitio no estaba muy segura de no caer otra vez en sus garras, se consoló con la idea de que si tal cosa sucedia le faltarian las fuerzas para resistir y hallaria en la muerte el remedio de todos sus males.

A la idea de la muerte se despertó de nuevo en su memoria el recuerdo de su padre, y volvió á oprimírsele el corazon y á pedir al llanto algun alivio.

Sólo sus sollozos turbaban el silencio de aquella soledad muda é imponente, donde no se podia esperar alivio, pero donde se podia á lo menos llorar sin ser escarnecido.

CAPITULO LXIV.

La buena hospitalidad.

Tan dolorosamente ocupaban á Amanda sus pesares, que no la afectó ninguno de aquellos terrores nocturnos que en otra ocasion cualquiera habrian turbado su ánimo.

Hablaba en voz alta pero débil, exclamando :

—¡Mi pobre padre! No podria resistir la noticia de mi muerte. Yo debo vivir para él: la muerte que seria mi remedio, le sumiria á él en profundo desconsuelo.

Procuraba reunir todas sus fuerzas, y al instante proseguia diciendo :

—¡Ay de mí! aunque no tenga que llorar sobre mi sepultura, ¿qué dolor será el suyo al saber que he sido indignamente arrojada de una casa con escándalo como mujer infame, sólo merecedora de desprecio? Aunque no abrigue la menor duda sobre mi inocencia, ¿cómo sobrellevará la vergüenza de que volveré cubierta á su lado? ¿Era este el fruto que debia esperar de sus desvelos? ¿Eran esas las es-

peranzas que habia concebido, cuando por mi bien consintió en nuestra separacion que tantas lágrimas debió de costar á su corazon amante?

Con frecuencia embargaba su voz el llanto; pero no podia dejar de lamentarse y expresar sus pensamientos con entrecortado acento.

—¡Desgraciado anciano! decia, yo que debia ser el consuelo de sus postreros años, yo que debia compensarle de todo lo que lleva padecido, seré quien le cause el supremo dolor y le haga humillar la frente encanecida!... ¡Oscar hermano mio, tambien en tí refluirá mi desventura, y habré hecho la desgracia de los séres que mas he querido; de todos aquellos cuya felicidad anhelaba mi corazon! ¡De todos...! ¡Oh Mortimer! ¡Tampoco en tu pecho hallará compasion la desdicha de Amanda! ¡Qué piedad ha de merecerte la que sin duda crees falsa y degradada hasta la última vileza! ¡La ponzoña de la calumnia habrá penetrado en tu corazon, y quizá en este momento mismo, están destilando en tus oidos la hiel de su pecho los que me odiaban antes de conocerme, y sobre todo los que han querido continuar en mí su obra de crueldad contra mi madre. Tú les darás crédito... ¡se lo has dado ya, se lo diste al dejarme entre aquellos séres insensibles, crueles, endurecidos en el mal, que lenta y cautelosamente han labrado las redes en que debian prenderme! ¡Inhumano Belgrave...!

Aquí se detuvo como si aquel nombre abrasara sus labios.

Pasóse la mano por la frente y trató de desechar toda idea que pudiera traerle á la memoria el recuerdo de aquel hombre, cuya repugnante faz, contraida por su infernal sonrisa, temia ver asomar por aquellas oscuras soledades.

—Al fin, dijo, estoy fuera de la morada de la infamia; este beneficio debo agradecer al cielo, que se ha valido del odio de una miserable para arrancarme á una situacion peor que la presente.

Reanimóse un tanto con esta consideracion y se incorporó.

Apoyó ambas manos en un arbusto que tenia cerca y se levantó.

La oscuridad le pareció mas profunda que antes; pero sus ojos se habian acostumbrado á ella, de suerte que distinguia mejor los objetos y á lo menos podia ver por dónde iba, sin miedo de caer en ningun precipicio.

Anduvo un buen trecho lentamente y escuchó atenta por si percibia algun ruido que guiase sus pasos; mas todo yacía en el silencio mas profundo.

Siguió adelante, pero no salia nunca de la espesura y se afligia pensando que quizá en lugar de ir hácia la salida del bosque se internaba mas en él.

Hízole cobrar aliento la reflexion de que habiendo aumentado la oscuridad desde que se encontraba allí, sin duda no habia cerrado la noche cuando la arrojaron de la quinta, y cobró la esperanza de que si salia al llano, aun podria dar con una morada abierta ó con algun viandante compasivo.

Aunque fatigada de cuerpo y de espíritu, volvió á emprender su camino á la ventura, y al fin experimentó grato consuelo viendo brillar una luz á lo lejos.

Apretó el paso, y lastimándose con la maleza y desgarrándose los vestidos salió á campo raso.

Hasta entonces no habia apartado los ojos de aquella luz, como el marino los fija en el faro que ha de salvarle de funestos escollos.

Al salir del bosque vió otras luces á la misma distancia de ella, y se dió á entender que se hallaba no lejos de una aldea y que en efecto no era tarde como al principio imaginara.

Comenzaron á llegar á sus oidos aquellos rumores de vida que se oyen cerca de los lugares habitados por el hombre.

Lejanos ladridos anunciaban la vigilancia de los perros, y tal vez el balar de las ovejas le indicaba la proximidad de los rediles.

Caminaba Amanda cuanto se lo permitian sus fuerzas; pero comenzaba á temer que no la rindiera el cansancio antes de llegar al pueblo.

Las luces iban desapareciendo, lo cual le decia que los aldeanos se retiraban á descansar.

Despues del afan que pasaba para que á su llegada no estuviesen cerradas todas las puertas, se preguntaba á sí misma con inquietud, si en efecto encontraria almas caritativas que la amparasen.

Ella á nadie conocia, estaba enteramente exhausta de recursos, necesitaba dar con una persona que supiera comprender su desgracia y no careciera de medios para aliviarla.

Ya tocaba al arrabal del pueblo; ya tenia cerca las casas...

—¿Será posible, decia, que en todos los corazones encuentre dureza, desconfianza y malos sentimientos?

La agitacion que padecia era extraordinaria y acababa de consumir sus escasas fuerzas.

Sentia faltarle el aliento; flaqueaban sus rodillas; pero

no podia detenerse por miedo de que se retirasen todos los aldeanos y se encontrase sola en el lugar y cerradas las puertas.

Arrastrando los cansados piés llegó no lejos de una casa aislada de las demás y rodeada de espesos árboles.

A pocos pasos de ella vió á un anciano de cabellera blanca y bondadoso semblante.

Tenia los brazos cruzados sobre el pecho y parecia meditar tranquilamente. Su frente era bella y espaciosa, y en ella, así como en toda su fisonomía, parecia traslucirse una idea que de contínuo embargase sus facultades mentales.

Levantaba con suave expresion los ojos al cielo, y la melancolía de sus miradas parecia revelar la complacencia que experimentaba fijándolos largo rato, como si contemplase algun sér muy querido.

Todo él era blandura y resignacion que atraian.

En su abatimiento, sintiéndose desfallecer, Amanda esperaba confiada en la voluntad del anciano; mas sus fuerzas se negaban á sostenerla y ya veia llegado el momento de caerse aniquilada.

El anciano se volvió encaminándose hácia la puerta de la casa, y á cada paso que daba le parecia á Amanda que se habia alejado una legua.

Quiso llamarle y le faltó la voz.

El sentimiento de su extrema debilidad la hizo prorumpir en fuertes sollozos, y el anciano se volvió á ella.

Dobláronsele las rodillas, y al ver que él se le acercaba, tuvo aliento para balbucear:

—¡Señor... Tened piedad de mí!

Tras estas palabras cayó al suelo sin sentido.

El anciano acudió á levantarla; mas viendo que ella no cogia la mano que él le alargaba, dió voces para que salieran fuera de la casa un criado y una mujer que habitaban en su compañía.

No era mentida aquella expresion de bondad de su semblante.

Conmovióse profundamente al ver el estado de Amanda, y ordenó en seguida que la entraran en su casa y la hicieran volver á la vida.

Él, que no tenia fuerzas para ayudarles, siguió sus pasos y la contempló con vivo dolor.

El bello semblante de Amanda, su juventud y las huellas de sus muchos padecimientos excitaron su natural compasion.

La mujer que vivia con él era tambien de corazon excelente y manifestó en seguida cuánto se interesaba por aquella desdicha.

Gracias á los cuidados de aquellas personas bondadosas volvió Amanda de su desmayo.

Abrió los ojos, y su mirada vaga y sin brillo recorrió cuantos objetos tenia á su alrededor.

—Recobraos, pobre niña, dijo el anciano, vuelva la calma á vuestro pecho, y pensad que os hallais entre amigos.

—Padre mio... murmuró Amanda, ya no mas... ya no os veré mas.

—Está delirando, dijo la mujer.

—¡Pobre jóven! Desgracia notable debe de ser la suya cuando llega á tales horas y en estado tan lamentable. En medio de su delirio sus primeras palabras son para su padre... ¡Acaso sea un pobre anciano como yo, que

en ella tenga puesto todo el cariño de su corazon!

Toda la noche pasó la vieja á su lado velando.

El anciano se habia retirado muy tarde, pero no para dormir, sino para tomar algun descanso, pues la desgracia de aquella criatura tan simpática, despertó en él dolorosos recuerdos que no dejaban paz á su mente.

Amanda permanecia postrada, pero de cuando en cuando daba un profundo suspiro y articulaba quejas y lamentos.

Pronunciaba con horror el nombre de Belgrave, pedia con doliente acento á Mortimer que la amparase y se lamentaba de ser causa de la muerte de su padre.

Volvia á descansar, aunque su respiracion daba á comprender la fatiga de su pecho, y despues el delirio le hacia pedir á voces la muerte como término de sus pesares.

Parecia como que la marquesa, Mortimer y Belgrave la rodeasen, pues queria desprenderse de todos; volver á Irlanda y no verles ni oirles mas en su vida.

El anciano se levantó al amanecer para enterarse de su estado, y mucho se entristeció su pecho al verla en aquel delirio interrumpido por breves intervalos.

Pasó la mayor parte del dia y de la noche sentado á la cabecera de su lecho, y al oir ciertas expresiones de Amanda se cubrian sus ojos de lágrimas.

Oyóle tambien nombrar á Belgrave pidiéndole compasion por todo lo mas sagrado, y entonces se retrató la ira en aquel semblante que era todo piedad, todo dulzura y benevolencia.

Tres dias permaneció Amanda en aquel estado, sin que se notara en ella síntoma alguno de alivio.

El anciano llamó á un médico, y tuvo que tomar á su

servicio á una muchacha de la vecindad que pasase parte de la noche al lado de Amanda, pues la pobre mujer que la servia no podia resistir tanta fatiga.

Él se enternecia mucho oyendo sus incoherentes expresiones, porque á veces una palabra sola de Amanda le hacia recordar toda una historia de dolorosos sucesos que desgarraban su corazon.

Entónces salia del aposento, se iba á su cuarto, y cruzados los brazos se paseaba con la frente inclinada al suelo, y de cuando en cuando suspendia su paseo, daba profundos suspiros y se enjugaba las lágrimas.

Despues volvia á ver á Amanda y se embebecia contemplando aquel rostro cuya belleza le parecia á él que habia de ser semejante á la de su alma.

Al tercer dia de su llegada á la aldea, despues de un largo y mas tranquilo sueño despertó Amanda.

Volvió los ojos admirada á su alrededor, y al encontrarse sus miradas con las del anciano, experimentó su corazon grato consuelo.

Poco á poco se despejó su mente, se coordinaron sus ideas y fué recordando cómo habia llegado á los piés de aquel hombre benéfico.

Detuvo su pensamiento en ciertas circunstancias, estremecióse de horror al recuerdo de la quinta de Belgrave y de su abandono en el bosque, mas aquella paz bondadosa le revolvió la calma.

La vieja, que estaba sentada al lado de la cama, sonrió al ver que el semblante de la enferma ya no revelaba el desarreglo mental de que hasta entonces habia sido víctima, y el anciano casi lloró de alegría.

—¡Ay! ¡Cuánto debo agradeceros! dijo con débil acento; yo iba á morir.

—¡Hija mia! dijo el anciano inclinándose á ella; no penseis mas que en recobrar la salud, somos amigos vuestros; os creemos buena y capaz de doleros de las desgracias de vuestros semejantes; y nos consuela el pensar que podiais haber quedado en el campo sin auxilio y pudisteis llegar por fortuna hasta aquí.

—Dios os pague la caridad que me habeis hecho, contestó Amanda mirándole con mucha dulzura.

El anciano se estremeció al oir su sonora voz, porque el sentimiento enriquecia aquellas palabras que tan frias son en ciertos labios.

La anciana retiró un poco la cortina para que llegase á Amanda la templada luz del sol poniente.

—Yo no sé cómo agradecer vuestros cuidados...

—Admitiéndolos sin escrúpulo, hija mia; yo tengo obligacion de socorrer á los desgraciados, y los que me facilitan el cumplimiento de este deber, son acreedores á mi agradecimiento

—¡Qué bueno sois, señor! le dijo Amanda mirándole enternecida.

—Mi amo es tan bueno como podais imaginar, repitió la buena vieja saltándosele las lágrimas.

CAPITULO LXV.

La desgracia comun crea amistades.

Tras las violentas agitaciones que en poco tiempo habia experimentado Amanda, aquel descanso y aquella paz fortalecieron su espíritu.

La honradez, la benevolencia, la virtud parecian vivir con ella, y comparando al anciano y su compañera con las gentes que últimamente habia tenido la desgracia de tratar, se dilataba su pecho, como si saliendo de una atmósfera viciada y próxima á asfixiarse, saliera al aire puro y recobrase la vida.

Hubiera querido demostrar al anciano todo su reconocimiento, y se desvivia por hacerle comprender sobre todo, que si era muy desgraciada, se habia conservado siempre digna de las personas honradas.

Deseaba ver llegado el momento de hallarse reunida con su padre, para lo cual era menester que aquel hombre hospitalario y compasivo le proporcionase medios ó le per-

mitiese vivir en su casa hasta que los recibiera de su padre.

En ese caso tendria que escribir á Carberry la historia de sus desgracias, idea que le era muy dolorosa porque le hacia prever el sentimiento del que, tranquilo en el castillo, se figuraba á su hija respetada y á cubierto de toda calamidad, y recibiria un golpe terrible con la relacion que ella tendria que hacerle en su carta.

Estas ideas la conmovian alterando su inquietud, y conociéndolo el anciano le rogaba que tuviera un poco de resignacion y dominio sobre sí misma y no desaprovechase aquella coyuntura tan favorable á su restablecimiento.

Aquella noche durmió mas tranquila, porque las reflexiones del anciano le hicieron recordar que debia recobrar cuanto antes la salud si no queria que por falta de noticias suyas imaginara su padre que el daño era muyor todavía.

Las palabras de aquel hombre sencillo y poseido de los mejores sentimientos, fueron de grande eficacia para ella, y á la mañana siguiente despertó ya muy aliviada.

Aunque Leonor, la buena vieja, se opuso á ello, Amanda se levantó de la cama cuando el sol de un dia sereno y templado bañaba la luz todos los objetos que alcanzaba la vista.

Preguntó á Leonor cómo se llamaba su compasivo huésped; y cuando supo su nombre, le dijo que pusiera en su noticia que estaba levantada y deseaba verle.

El anciano acudió al momento á su encuentro, y le preguntó con mucho celo si se sentia bastante fuerte para estar mucho tiempo levantada.

Amanda le respondió que sí, y él le dió el brazo para bajar al cuarto inferior.

Desde la ventana principal descubrió Amanda gran porcion de terreno y un espectáculo muy pintoresco.

Cerraba el horizonte un anfiteatro de elevadas montañas en cuya falda parecia reposar gran número de casitas blancas esparcidas en agradable desórden, y todas entre robustos árboles que comenzaban á cubrirse de hojas.

Por entre las casas serpenteaba un riachuelo de limpias y corrientes aguas.

En aquel momento numerosas muchachas lavaban en el riachuelo las ropas ó las tendian á secar en las ramas de los arbustos, y alegraban el oido con sus cantares y el corazon con su contento.

Amanda se gozó mucho en la contemplacion de aquel espectáculo de la naturaleza; pero fijó mas profundamente su atencion en las alegres lavanderas.

—¡Dichosas criaturas! exclamó. Yo debia ser mas feliz que todas vosotras, porque merced á los cuidados de mi padre mi inteligencia abarca mas ideas y mi corazon no está cerrado á ningun bello sentimiento; los encantos de las artes debian contribuir á hacer mas delicados mis goces y mas placentera la existencia, y el ejercicio de mi mente, mas cultivada, habia de proporcionarme mayor conocimiento de las cosas del mundo y precaverme con mayor facilidad de los peligros; ¡mas ay! la suerte no ha querido que así fuera y me veo ahora reducida á envidiar la vuestra. ¡Oh! no desaparezca nunca de vuestros corazones la plácida alegría que mostrais ahora, y el cielo vele

por todas vosotras y ahorre á vuestros padres los pesares que han agobiado al mio,

El anciano le tendió las manos diciendo:

—Sois un ángel señorita...

—Llamadme Amanda, señor Heller.

—Sois un ángel, Amanda; os acordais de vuestro padre y pedís por los padres que pueden experimentar los rigores de la suerte; sois desgraciada y no envidiais á los dichosos su ventura; padeceis y no os irrita el espectáculo de los goces ajenos; si no sois un ángel, ¿quién sois pues?

—Soy una infeliz digna de compasion, creedlo y espero que no me hallareis indigna de vuestro aprecio. Nunca he deseado mi bien á costa del bien ajeno; he sido aborrecida antes de nacer y jamás he sentido el menor deseo de venganza; he honrado las canas de mi padre y he sido tratada por el mundo con mucho rigor; pero en medio de mi amargura encuentro corazones bondadosos como el vuestro y procuro olvidar mis infortunios para pensar en las virtudes de los que, como vos, son dignos de toda suerte de venturas.

—Ha de haber, exclamó el anciano, una justicia severa para los que sean capaces de desear el daño de criaturas tan buenas y delicadas como vos. ¡Dichoso yo que me he encontrado á vuestro paso y he podido conoceros y amaros... ¡cómo he amado en otro tiempo! ¡cuando me sonreian unos labios como los vuestros y me miraba en unos ojos como los vuestros tambien!

El anciano dió un profundo suspiro y estrechó á Amanda contra su corazon exclamando:

—¡Hija mia!

Amanda suspiró tambien enternecida.

En aquel abrazo le parecia haber recibido una caricia como las de su padre.

—Vuestras palabras, dijo, vuestras caricias, señor Heller, me prueban que abrigais un corazon sensible en extremo, y suavizan en cuanto es posible mis amarguras. ¡Oh cuán dulce es hallar compañía en la desgracia! Yo empero no seria completamente dichosa, si no alcanzase vuestra estimacion á la que no tengo todavía ningun derecho. Vos ignorais de que modo he llegado á esta aldea desconocida para mí, sola, de noche, las manos y los piés heridos, desgarrados los vestidos y próxima á fallecer. No por curiosidad vana, sino por el interés que yo puedo inspiraros, os ruego que me escucheis para que despues me sea dado oir de vuestros labios que no habeis amparado á una criatura indigna de vuestras bondades. Mientras vivo ausente de mi padre y hasta que su labio me bendiga, necesita mi corazon que una voz venerable como la vuestra me diga: no sois merecedora de la suerte que os ha cabido, levantad la frente. Hacedlo por mi padre, si sois capaz como creo, de adivinar los sentimientos de un corazon paternal.

—¡Si soy capaz!... ¡Yo tambien he sido padre!...

El anciano se interrumpió, enjugó una lágrima, y con voz entrecortada, sentándose al lado de Amanda le dijo cariñosamente:

—Hablad, hija mia, que os escucho.

Amanda, agradeciéndole tanto afecto, le miró con una expresion de ternura que penetró en el corazon del anciano.

Con toda la sencillez que le era propia y toda la lealtad de su corazon, refirió Amanda la historia de sus desventuras, tomando lo mas principal de los acontecimientos y no pensando ni un momento en abusar de la buena fé del anciano, para suponerse mejor de lo que se creia.

Esta circunstancia resaltó mucho en su relato y contribuyó mas y mas á interesar á su oyente.

Al tratar Amanda ciertas materias, no podia aquel ocultar su conmocion, su profunda piedad; y en otras ocasiones, al oir las maldades de Belgrave, se encendia en ira su corazon y llegaba aquel fuego á sus miradas.

Terminó Amanda su relato, y el anciano permaneció un breve rato como si meditara, con la cabeza caida sobre el pecho,

Suspiró, volvió los ojos á Amanda y la cogió de una mano diciendo:

—¡Pobre niña! Mucho habeis padecido, sin haber hecho ni deseado daño á nadie, pero vuestra conducta os hace doblemente acreedora á mi estimacion. Vos al fin habeis salido triunfante de las mas duras pruebas, y sois mas apreciable, que si tranquila y no combatida jamás por la desgracia, ignoraseis vos misma hasta dónde erais capaz de llevar la resistencia. Vuestro padre podrá gloriarse de tener tal hija.

Interrumpióse un momento y añadió.

—¡Pobres padres!

Habia cierta tristeza en aquella exclamacion, que impuso silencio á Amanda.

Suspiró de nuevo el anciano y dijo:

—Amanda... perdonadme que os llame así.

—¡Oh sí! llamadme de manera que me crea yo digna de vuestra amistad.

—Habeis pronunciado un nombre, Amanda, que mas de una vez ha hecho asomar á mis ojos las lágrimas...

—Se ha despertado vuestra compasion...

—¡No; el odio, la ira! Yo he luchado largo tiempo para desterrar de mi pecho todas las malas pasiones; pero al oir el nombre de Belgrave...

—¡Ah!

—No le odieis vos, hija mia, y perdonadme este mal ejemplo; no le odieis vos, confiad en que no volverá á causaros daño alguno y olvidareis el que os ha causado; pero yo... El daño que me hizo es irremediable. Él no puede devolverme aquella hija adorada que era mi encanto y seria ahora el consuelo y el apoyo de mi triste ancianidad. ¡Oh! vos no sabeis... Escuchad, hija mia, escuchad y vereis si es posible que no se desvele el odio en mi corazon cada vez que oigo pronunciar el nombre del malvado, matador de mi hija... Escuchad.

CAPITULO LXVI.

Desdicha de Juliana.

Amanda miró á su vez con lástima al anciano, cuya pacífica bondad se expresaba al recuerdo de la desventura de su hija, y le miró con mas respeto y cariño que nunca al saber que era padre.

—Hace ya muchos años, dijo él, que vine á establecerme aquí. Deseaba alejarme del bullicio del mundo y vivir reduciendo todo lo posible mis gastos para mejor mantener y educar á mis hijos.

Entre tanto habia concentrado en ellos todos mis afectos. Ellos eran buenos y yo feliz. Sí, ¡entonces era feliz!

Mi hijo habia ya recibido alguna instruccion y le envié á la mejor universidad, contando con que seguiria la carrera eclesiástica á la que se mostraba inclinado. Para cuando llegara ese caso, un antiguo amigo mio me habia ofrecido su apoyo para colocarle decorosamente, segun sus conocimientos é inteligencia.

Mi hija no podia brillar en las altas ciudades á causa de mi escaso caudal; podia ser feliz siendo aldeana, y yo esperaba que por su instruccion, su modestia y sus excelentes cualidades, encontraria un hombre honrado que le diera la mano de esposo.

¡Ella era buena!

Era... muy buena. Su mayor placer era verme á mí contento, y con la mitad de lo que hacia podia lograrlo; porque yo sólo considerando su buen deseo, experimentaba un regocijo indecible; así somos los padres.

Por otra parte, en todo este distrito era muy apreciada de todo el mundo; hombres y mujeres, viejos y niños, ricos y pobres; porque... ya creo que os lo he dicho: ¡era tan buena!

El anciano Haller se interrumpió, porque se le trababa la lengua al recuerdo de su hija; pero como al mismo tiempo no se cansaba nunca de recordar su bondad y su desventura, prosiguió diciendo:

—Un dia... ¡qué dia tan funesto, Amanda! no lo olvidaré mientras viva; porque en él tuvo comienzo mi desgracia y la de mi querida Juliana.

¡Se llamaba Juliana!

Un dia me pidió permiso para asistir á un baile campestre que los padres de Belgrave daban todos los años en obsequio á sus arrendadores, cuando venian á establecerse en la quinta.

Mi pobre hija era así como... parecia un poco señorita, era de delicadas facciones; tenia cierta gracia natural realzada por su sencillez y sus pocos años, y... los ojos del jóven Belgrave se pusieron en ella.

Jóven era... pero ya malvado.

No parecia sino que habia nacido con inclinaciones viciosas, porque desde los primeros años de su juventud habia sido libertino.

Decian en el país que era verdadero hijo de su padre, hombre lleno tambien de vicios.

Puso, como os decia, los ojos en mi Juliana y concibió un infame proyecto; un proyecto de ejecucion tanto mas fácil para él, cuanto mas oscura era nuestra posicion.

Mostróse desde aquel dia muy solícito por ver y hablar á mi hija.

Yo que la queria tanto y no me hallaba bien sino á su lado, no pude menos de notar su aficion y me alarmó sobremanera; pues si bien entonces ignoraba que fuera un ser corrompido, sabia demasiado bien que no era conveniente que se aficionaran, siendo él uno de los mas ricos herederos del reino, pariente de las personas mas encumbradas, y mi hija una muchacha pobre y humilde, aunque honrada de nacimiento.

Me alarmé y viví celoso por la niña, que buena é inexperta, no era capaz de creer ni mucho menos á dónde podia llegar la maldad.

Su misma sencillez fué la causa...

Yo le hice presente lo peligrosos que podian ser compromisos de amor entre ella y Belgrave; la distancia que nos separaba de la esfera en que vivian los suyos, y ella pareció comprenderlo en seguida; pero cuanto mejor lo comprendió, mayor fué su tristeza al comprenderlo.

La pasion habia adelantado camino, y aunque el aviso

no llegó tarde para su entendimiento, no llegó temprano para su corazon.

Belgrave habia conocido inmediatamente el carácter de mi pobre hija, y con una seguridad infernal se habia atemperado á él.

Afectaba siempre á su lado la mayor dulzura, la mas exquisita delicadeza, y por este medio habia ido apoderándose de los sentimientos de aquel corazon sin doblez, cautivando su pensamiento.

Mi pobre Juliana, aunque con gran pesar, habia hecho firme propósito de renunciar á él.

Queria obedecerme; queria que conociera yo lo feliz que era viviendo sometida á mis mandatos y tomando por regla de conducta mis mas leves advertencias.

Yo la veia luchar con el imperio que en su pecho ejercia aquel amor, con ánimo resuelto de libertarse de su tiranía, huyendo las ocasiones de ver á Belgrave y ocupando su imaginacion de continuo, para que su recuerdo no enflaqueciera sus buenas resoluciones.

Él, siempre en acecho, infatigable, aprovechaba todos los medios de hacerse presente á su memoria.

Ella la infeliz, veia su constancia y tenia por imposible que el vicio, ni ninguna mala pasion, pudiera inspirar aquella virtud y el respeto y la consideracion y la paciencia de que hacia muestra ó mas bien alarde el perverso, capaz de todas las hipocresías.

La prudencia y el decoro de mi hija y mi continua vigilancia le hicieron comprender que no le seria muy fácil el logro de sus intentos, y su obcecacion en el mal le hizo aguzar el malhadado ingenio.

Ya habia tratado de hacer llegar á manos de Juliana cartas que no habian sido recibidas; ya estaba convencido de que su recato y mi vigilancia no le darian ocasion para verla; mas ni aun así desistió de su empeño.

Por entonces se fueron de la quinta sus padres, y él concibió una idea propia de su maldad y de sus extraviadas pasiones.

Fingió que se iba primero que ellos: salió la víspera de manera que le viese la gente de la aldea, y volvió á entrar de noche sin ser visto de nadie.

Mi pobre hija procuró ocultar á todo el mundo el sentimiento que su partida le causaba.

Yo empero, que la miraba con otros ojos que el comun de la gente, ví en sus mejillas el rastro de sus lágrimas y oí de noche los suspiros que se escapaban de su pecho.

No podeis imaginar, Amanda, cuánto padecia mi corazon al verla padecer á ella de aquel modo; pero me quedaba el consuelo, ¡falso consuelo! de pensar y creer que todo era por su bien; que aquel sentimiento tendria término; que una larga ausencia y mis cuidados harian renacer la calma en su pecho, y así agradecia á Belgrave su alejamiento y pedia á Dios que le colmara de felicidades á donde quiera que dirigiese sus pasos.

Otro consuelo tenia en considerar cuán virtuosa y obediente era mi hija; que sin desconfiar de la lealtad de Belgrave, encantada de su mentida dulzura, de sus halagos y de la paridad de gustos é inclinaciones que él fingia existir entre ambos, sólo por no contrariarme, luchaba heroica y resignada con su pasion en mal hora nacida.

Al siguiente dia de la supuesta partida de Belgrave, no

temiendo yo que se encontrara con él y creyéndole muy lejos, la dejé ir por la tarde sola á paseo.

Ella, guiada quizá por los recuerdos de su amor, ó llevada de aquel movimiento que nos hace desear la presencia de los objetos que tienen relacion con las personas que amamos, se dirigió á los alrededores de la quinta.

Entróse en el bosque para ser menos vista, y recorrió las sendas menos frecuentadas y descansó en las mas espesas arboledas. Allí se entregó por completo á los afectos que se veia obligada á reprimir delante de mí, y la sin ventura pronunció suspirando el nombre de Belgrave.

Entretenida en sus amorosos pensamientos dejó trascurrir la tarde, y aun se hallaba en las ásperas veredas del bosque cuando las primeras sombras se extendian por la tierra.

La profunda calma que reinaba en aquel sitio cuadraba por desgracia muy bien con los pensamientos tiernos, y el corazon, bañado en melancolía, hallaba grata dulzura en aquellos sitios.

Dos ó tres veces hizo propósito de volverse á mas andar para la aldea; pero siempre hallaba una excusa para detenerse un momento mas y exhalar su amorosa pena, lamentando la ausencia de su amado y pronunciando su nombre con expresiones de tierna y dolorosa despedida.

Figuraos cuál quedaria mi hija al oir de repente cierto ruido entre el ramaje, y ver salir por allí á Belgrave que se arrojó á sus piés exclamando:

—¡Reunidos estamos, querida Juliana, para no separarnos jamás!

Mi pobre hija, sorprendida, turbada, sin aliento, apenas podia rechazar blandamente sus fogosas caricias.

Él fué mañoso para tranquilizarla y aparecer á sus ojos tal cual ella deseaba que fuese; le dijo que tenia que tratar con ella muy gravemente de asuntos que interesaban á su porvenir, para lo cual era menester que le siguiera.

Mi pobre hija, bien lo comprendereis, se turbó aun mas de oirle y manifestó viva repugnancia á sus proposiciones.

Él, conociendo sus principios, le dijo que no podia dilatar el verse unido con ella al pié de los altares...

Juliana pálida, temblorosa, fascinada por su acento, pero abriendo los oidos á la voz del deber, le advirtió que no consentiria nunca en un casamiento clandestino.

Entonces él, que tenia bien medido el influjo que en aquel tierno corazon ejercia, se desesperó, lloró, maldijo su suerte, invocó el amor, trató de desleal á mi hija y juró por Dios el desgraciado que tras aquel desengaño no queria mas que la muerte.

Juliana se enterneció primero, se horrorizó despues: quiso calmarle con los consejos de la razon y no lo consiguió; porque al pérfido le convenia fingir que en su vida volveria á recobrar la calma; lloró prodigándole palabras de consuelo, y él se mostró inconsolable.

¿Qué habia de suceder siendo él tan sagaz y ella tan inocente, y amándole ella y habiendo él hecho propósito de apelar á todos los medios para burlarla?

Sus amenazas de muerte horrorizaban á mi pobre hija, que llegó á temer que aquella resolucion fuese en él irrevocable; sus lágrimas la ablandaron, y él que acechaba aquel momento, le aprovechó para persuadirle de que habia cumplido por su parte con todo lo que los deberes

filiales podian exigir de una hija, y era tiempo de que hiciera algo por su amor.

Añadió que por ella lo habia abandonado todo y que sin ella para nada queria la existencia.

Dijo que tampoco la queria para esposa si no la reconociese adornada de todas las virtudes, y que hasta adoraba en ella la resistencia que le habia opuesto.

Hízole una patética pintura del feliz estado que gozarian despues de casados, viviendo en la quinta; del placer que experimentarian sus corazones desde el momento en que se reconciliara él con su familia, merced á los encantos de que la habia dotado el cielo, y conmigo por medio del celo ardiente y del inextinguible cariño que yo veria que la profesaba; en fin... ¿qué criatura no se habria rendido como se rindió mi hija á tantas seducciones juntas?

¡Sí! se dejó persuadir y consintió en el matrimonio secreto, y la inocente le hizo prometer que no atentaria contra su vida.

Él, cuando la vió vencida á sus falsas razones, le dijo que no habiendo cumplido la edad exigida por las leyes para contraer matrimonio, era indispensable que fueran á casarse á Escocia.

—No dejo de sentir escrúpulos, dijo con fingida delicadeza, al separarnos así de vuestro padre, y no lo haria si no supiera de cierto cuáles son sus exageradas ideas sobre la autoridad paternal. Pero no tenemos otro remedio, por que no lograríamos convencerle nunca. Es indispensable proceder del modo que os he dicho.

Ella lloró de pesar al imaginar cuál iba á ser su conducta conmigo; pero él insinuó otra vez propension á deses-

perarse, y juró que inmediatamente despues de terminada la ceremonia de su casamiento la volveria á mis brazos.

Este juramento, el respeto con que habia hablado de mi persona, el temor de que desesperado se entregase á un acto violento y sus nuevas protestas de amor, turbaron de tal manera á mi pobre hija, que enajenaron su voluntad, y la acabó de decidir á que partiesen juntos aquella misma noche.

No puedo deciros, Amanda de mi corazon, cuál fué mi pena. Fué tan grande... no, no puedo explicarlo: no hay palabras con que ponderarla.

No parece sino que arraigó en mi corazon y que el llanto que vierto la hace revivir y florecer.

En ciertas épocas del año la siento crecer en mi pecho, dilatarse, extenderse por todo mi sér, como si hubiese de ahogarme.

Cuando yo á la mañana siguiente no encontré á mi hija...; cuando en vez de mi bella Juliana me encontré con una carta suya en que me daba cuenta de su partida... ¡Oh! aquel fué un golpe funesto que debia haberme quitado la razon y la vida al mismo tiempo.

Yo leí... y no podia creer que estuviera leyendo; queria despertar, daba voces; recorria toda la casa convencido de que en un aposento ú otro me veria Juliana, se echaria en mis brazos libertándome de tan fuerte pesadilla... ¡ay, Juliana no pareció! no pareció mi inocente y engañada hija, y yo... yo... ¡ay de mí!

CAPITULO LXVII.

Una muestra de dos padres.

Lloró el anciano Heller, y Amanda no pudo menos de llorar con él.

Despues de enjugar sus lágrimas, aquel excelente anciano estrechó la mano de Amanda, que mostrándose piadosa á su dolor se lo habia hecho mas leve.

—Yo temí, prosiguió él, por el honor, por la felicidad, por el porvenir, por el decoro de mi pobre hija desde aquel momento.

No hacia mas que llorar y hablar á solas y leer su carta y llamarla á voces con tales gritos, que mas bien que de persona cuerda, eran de loco.

Vivia en contínua fiebre, y habria muerto sin duda si se hubiera prolongado mucho aquel tormento.

Un dia, en medio de mi constante afliccion ví entrar de repente á mi Juliana, que cayó á mis piés deshecha en llanto y acariciándome con sus ademanes, ya que la conmocion no la dejaba hablar.

Tras ella entró tambien Belgrave que con aire contrito se llamó esposo de mi hija.

Yo enajenado de placer al verla la levanté á mis brazos y la llené de caricias teniendo á inmensa dicha su regreso, pues en medio de mi desconsuelo ya habia creido que no volveria á verla.

Desahogué con aquellas caricias mi triste corazon; pero me quedó la pena de considerar á Juliana casada clandestinamente con un hombre cuya familia no podia aprobar su enlace, y me quedaba tambien algo de sentimiento al fijarme en que la felicidad de mi hija hubiese tenido comienzo en un acto de desobediencia, lo cual en mi concepto habia de ocasionar que aquella felicidad no fuese duradera.

Pero dominaba principalmente en mí el gusto de volver á verla, y confiando en mejor fortuna para lo sucesivo y en que un nuevo compromiso, siendo tan grave, influiria en el carácter del nuevo esposo, le insté para que escribiese á su padre pidiéndole su perdon y consentimiento.

Él me lo prometió muy sumiso, añadiendo que tal habia sido siempre su deseo.

Yo entonces, á pesar de mis años y experiencia, me dejé engañar, llevado del buen deseo, de aquellas decorosas apariencias de Belgrave, y con el ansia de verles á entrambos felices le dí aquellos consejos á que me autorizaban mis años y el ser padre de Juliana.

A todo se mostró dócil y agradecido, reanimando mi confianza en mejores dias.

Díjome él con cierto semblante de verosimilitud, que si bien no dejaria ni un momento de solicitar el perdon y

consentimiento de su padre, por noticias que acababa de recibir estaba temeroso de no alcanzarlos sino con el tiempo, y que entre tanto me suplicaba que para mayor decoro de todos guardase á Juliana en mi casa, hasta que obtuviera el perdon de su padre ó alcanzase la edad en que la ley le habia de dejar dueño de sus acciones.

Ya podeis figuraros que yo no me habia de negar á peticion semejante; parecíame por el contrario muy razonable, muy sesuda, y la acogí con el mayor gusto.

¡Volvia á ver á Juliana todos los dias! imaginad mi contento.

Cierto que ella me habia desobedecido una vez: pero me pedia perdon con tantas veras por su desobediencia, que era para mí un gran placer verla del todo arrepentida, lo cual me indicaba que su corazon era tan bueno como antes.

Sólo una mancha oscurecia el sol de mi felicidad, y es que no recibíamos nunca carta del padre de Belgrave, por mas que este le escribiera muchas veces, pidiéndole perdon, segun nos decia.

Así transcurrió un mes.

Terminado aquel plazo, Belgrave anunció con suma tristeza que tenia que partir para alcanzar su regimiento.

La noticia no podia sernos grata á mí ni á mi hija, y sólo nos sirvió de algun alivio la promesa que nos hizo de que recibiria dentro de muy pocos dias real licencia para volver, y entre tanto nos escribiria con frecuencia.

No hay para qué deciros si nos enterneció su despedida.

Mi hija quedó muy triste con su ausencia, y yo ¿cómo habia de estar viéndola triste á ella?

Los primeros dias la consolé un poco haciéndole esperar

sus cartas; pero despues ni ese consuelo pude brindarle, porque él no escribia.

Aplazábamos siempre para el dia siguiente la realizacion de aquella esperanza; ¿qué habíamos de hacer? mas trascurrian los dias y no llegaban noticias suyas.

Dos semanas pasaron en ese estado.

Una mañana mientras nos desayunábamos paró un carruaje á nuestra puerta.

Mi hija suspendió todo movimiento.

—¿Qué tienes? le pregunté.

—El corazon me dice que está aquí, me respondió.

—¿Quién?

—Belgrave.

Así dijo y se puso en pié.

Hizo de pronto un rápido movimiento para salir, y quedamos ambos muy sorprendidos, viendo en lugar de Belgrave á su padre.

Entraba con aire severo, con una altanería que anunciaba nuestra desgracia.

Yo me levanté y le ofrecí un asiento con maneras respetuosas.

—No me trataríais con tanta cortesía, dijo él con aspereza, si supierais á lo que vengo.

Yo lo adiviné todo; pero dominando mi dolor, le respondí con entereza:

—Sea cual fuere vuestro objeto, no podrá convertirme en hombre descortés.

Él, puso el oido á mi réplica, tomó un aire mas altanero todavía y dijo:

—Lo sé todo.

Nos miró en seguida á mí y á mi hija para ver qué efecto nos habian producido sus palabras.

Yo por orgullo permanecí impasible.

Mi pobre hija, atónita desde su entrada, no pestañeó.

Pareció incomodarle nuestra inmovilidad, y añadió comunicando mayor energía á su acento:

—Lo sé todo y lo condeno todo, y he querido que supierais que vamos á anular el matrimonio de mi hijo con esa señorita.

Juliana con un súbito movimiento juntó las manos.

El padre de Belgrave sonrió satisfecho viendo que al fin habia producido alguna emocion.

—¡Ah! parece que os duele, exclamó.

—¡Oh! no es posible, no es posible... dijo ella.

—¿No es posible? La mitad y mas del camino ya está andado, y la otra mitad viene cuesta abajo; conque...

Yo me indigné al ver que un asunto tan grave en que iba el honor, el reposo, la vida de mi hija era objeto de chanza para aquel hombre, y le dije:

—Señor de Belgrave, si el objeto de vuestra visita era darnos esa noticia, ya está cumplido. Decid si se os ofrece otra cosa...

—Entiendo, contestó él. Parece que despues de atraer al hijo quereis echar fuera al padre.

—Yo no le atraje, ni sabia que ningun padre fuese capaz de imaginar semejante indignidad. Estoy familiarizado con ideas muy opuestas.

—Ta, ta, ta, me replicó él; la culpa la tengo yo de daros conversacion.

Iba ya á salir cuando mi hija dió dos pasos hácia él, diciendo con voz suplicante:

—¡Oh señor!

—¿En qué puedo serviros? preguntó él volviéndose.

Mi pobre Juliana sin duda creia que se le iban á ocurrir muchas cosas; pero turbada, balbuciente sólo pudo repetir:

—Pero... ¡es imposible!

—¿Qué es lo imposible?

—Que vuestro hijo deje de ser mi esposo.

—Pues ya casi ha dejado de serlo; mirad qué mal lo entendeis.

—¡Oh! decia la infeliz, eso seria no haber justicia en la tierra.

—Al contrario, niña, precisamente la justicia es quien ha hecho lo mas y va á hacer lo menos.

—¡Oh, Dios...! Pero él se opondrá; él no querrá.

—Él quiere todo lo que está mas lejos de vuestro pensamiento.

—¡Oh, no quiero, no puedo creerlo! Aun cuando se hubiera extinguido el ardiente amor de su pecho; la palabra empeñada, el honor, la delicadeza...

—¡Bah! respondió el bárbaro con desden; vos conocisteis á mí hijo enfermo de todos esos males, pero ya está bueno y sano á Dios gracias. Las palabras las lleva el viento...

—Mas no la palabra de honor de un caballero.

—Pero sí las fanfarronadas de un chiquillo, y él no es otra cosa.

—¡Oh! yo no quiero hacerle injuria...

—¡Y me haceis á mí la de no creerme! Valiente delica-

deza. Vamos, no abrigueis mas ilusiones sobre este punto. Quiero acabaros de convencer, porque no tengais dudas. Vos estareis quizá imaginando que yo le hago violencia y que él, por temor ó debilidad, cede á las duras exigencias de un padre tirano. Pues no hay nada de eso. No digo que no me alegre de la resolucion que ha tomado; porque vuestro matrimonio no tenia piés ni cabeza: desigualdad de caudales, de clases, de educacion... de todo; pero repito que la resolucion es suya y muy suya, y yo no vengo á ser mas que un celoso agente de su voluntad.

—¡De su voluntad!

—Explícita y manifiesta.

—¡Dios mio, Dios mio! Sin duda me han calumniado á sus ojos, y él ha podido creer...

—No os han calumniado, dijo el padre de Belgrave con desprecio. Nadie se ha ocupado de vos... ni siquiera él mismo. Vos por lo que veo imaginais que él os ama tiernamente, y conviene que salgais de vuestro error. Mi hijo habrá podido olvidar un instante lo que se debia á sí mismo y al nombre de sus mayores. Pudo apasionarse de vuestra juventud y gentileza, pero en cuanto la reflexion hizo su oficio, recobró el deber su imperio...

—¡El deber decís! Su deber era cumplir un solemne juramento hecho ante Dios y los hombres, al pié del altar. Su deber...

—Bien, no tengo empeño en sostener lo que he dicho. Será que, como es algo ligero de cascos, se cansó, perdisteis para él el atractivo, le entró deseo de variar... lo cierto es que á instancias suyas se anula vuestro matrimonio, por haberlo él contraido sin edad suficiente para ello.

—¡Y vos le apoyais!

—Por mil razones: la primera es porque quiero que ahora permanezca libre; la segunda, porque cuando se case quiero que lo haga con quien le iguale á lo menos en riqueza y títulos. Estas dos razones os deben parecer bastante.

—¡Oh, Dios mio! exclamó mi pobre Juliana, yo moriré de dolor.

—Él no: eso yo os lo aseguro. No extrañaria que mañana ó esotro dia le vierais conquistando á otra aldeanilla de por ahí, muy fresco y muy campante. Es un tarambana, travieso hasta no mas en materia de mujeres..., á bien que quien lo hereda no lo hurta; yo era lo mismo á su edad, sólo que tenia mas ingenio y nunca hice la necedad de casarme sino cuando traté formalmente de asegurar mi posicion en el mundo y redondear el caudal, un tanto mermado, que me dejaran mis padres.

Yo estaba viendo palidecer por momentos á mi hija, que entre el dolor que le causaba la conducta de Belgrave y el que le añadia el tono frio y sarcástico de su padre, vaciló, y tuve que abrazarme á ella para que no cayera al suelo.

—Milord, dije entonces, ya podeis estar satisfecho. El casamiento de mi hija quedará anulado. No tendreis por qué quejaros de nosotros. ¿Quereis algo más?

—Yo no.

—Pues dejadme cuidar de su salud.

—Enhorabuena.

—¡Pobre hija mia, exclamé yo sentándola en un sillon; la vida te ha de costar tu excesiva confianza!

—Eso no, dijo Belgrave al marcharse. Yo sé lo que son

esas cosas. A mí se me han desmayado en los brazos muchas queridas, ¿pero morirse? esas chicas no se mueren. Aun ha de volver locos con sus travesuras á la mitad de los mozos del pueblo.

Creo que en aquel momento habria yo sido capaz de ahogarle.

Alejóse por fortuna, y yo procuré olvidarlo todo para no pensar mas que en la situacion de mi hija.

Imaginad cuál seria mi quebranto.

Vos que mostrais ser buena hija, calculad cuál seria el dolor de vuestro padre si algun dia os viera desmayada en sus brazos y creyera que era crueldad volveros á la vida.

Eso creí yo.

No auguraba mas que vergüenza y penalidades para mi pobre Juliana, que harto caro pagaba la infeliz el haber olvidado un momento que nada debia hacer sin consultarme y obtener mi consentimiento y menos en asunto tan grave como el tomar estado.

Mientras ella no recobraba los sentidos, yo que hasta entonces habia dominado mi sentimiento, lloré... lloré como un niño.

CAPITULO LXVIII.

El castigo del amor.

Amanda escuchaba atenta y conmovida al anciano, y sin que dejara de lamentar su desgracia, pensaba al propio tiempo en su padre y en las aflicciones que le estaban reservadas.

El anciano dió un profundo suspiro, y anudando el hilo de su relato despues que permaneció algunos instantes pensativo, dijo:

—Mis cuidados hicieron recobrar á Juliana los sentidos: ¡mas ay, no pudieron devolverle la alegría y la paz del corazon!

—Desde su asiento fué trasladada al lecho, donde por espacio de mucho tiempo estuvo sepultada.

Le entró una fiebre ardiente; se negó á todo alimento y á todo remedio.

En su dolor llegó á no conocerme á mí... ¡á su padre! y delirando dia y noche pensaba sólo en el infame.

Me refirió hallándose en aquel estado todos los pormenores que yo ignoraba todavía, y que os he referido, de sus relaciones con Belgrave; decia no sólo lo ocurrido entre ellos, sino lo que habia pensado y sentido durante aquel período que precedió á su funesto casamiento, y me acabé de convencer de su pureza y del amor que me tenia, así como de su respeto; pues si me desobedeció, cediendo á las instancias de su amante, fué, no lo dudeis, porque imaginaba ser tan querida de aquel hombre, que, caso de no haber accedido ella á darle su mano secretamente, se habria quitado la vida.

Muchos cuidados costó tranquilizarla y volverla á la razon; pero la razon sólo le sirvió para medir lo enorme de su desventura, y la tristeza iba minando su salud de dia en dia.

Porque me vió abatido por su desgracia, hizo la infeliz esfuerzos heroicos.

Fingia una calma y un olvido de las cosas pasadas, que no existian en su corazon ni en su mente.

Yo no podia menos de agradecerle aquellos esfuerzos; pero veia con dolor que le eran muy costosos aunque los hiciese de buen grado.

Queria yo complacerla adivinando sus deseos; pero ya no tenia ella deseo alguno que moviera su corazon.

Aun abrigaba en secreto un resto de esperanza la pobre Juliana y sin duda por eso respiraba todavía.

Yo la oia en sueños y creia comprender el pensamiento que la dominaba de dia, si bien á mí no me lo habia confesado.

Todas las noches, querida Amanda, todas las noches sin falta soñaba lo mismo la desgraciada.

Belgrave volvia á sus brazos.

Ella daba gritos de alegría y con entrecortadas frases decia:

—¿Veis, padre mio, como yo no me engañaba? ¿Veis como al fin su cariño leal y constante ha triunfado de la oposicion de su familia? ¡Yo soy su esposa! Él no quiere otra esposa que yo.

Ignoro si era sólo efecto de la agitacion de la noche ó si la memoria de sus sueños dichosos agravaba su mal con el contraste de la realidad; pero yo la veia levantarse cada vez mas triste.

Los remedios eran inútiles; estaba herida de muerte y algunas veces se me figuró que la pobre me acariciaba porque el presentimiento le decia: dále un consuelo á este anciano, que pronto dejarás sólo y lleno de amargura en el vasto desierto del mundo.

Viéndola empeorar rápidamente, yo no tenia reposo de dia ni de noche.

¡Cuántas veces he dejado el lecho para sentarme silencioso á la puerta de su cuarto; cuántas me he llegado inquieto á la cabecera de su lecho por ver si aun respiraba, y cuántas me eché en cara mi egoismo que me hacia desear que viviera, siendo su vida un continuo martirio que sólo podia tener fin en la sepultura!

Hubo ocasion en que llegué á forjarme la ilusion de que Dios la retuvo en el mundo por la fuerza de mis oraciones, y entonces, como si Dios estuviera delante de mí, decia yo:

—Pues bien, Señor, ya os la devuelvo; llevadla, yo os prometo dejarla ir resignado á vuestro querer.

Pero despues, una vaga esperanza, un desconcertado

discurrir me hacia creer que aquel profundo dolor podia curarse; que aquel abismo podia colmarse, y pedia perdon al cielo y le suplicaba que no la arrancase de mi lado asegurando que yo devolveria la dicha y la tranquilidad á mi hija.

Entre tanto el pesar iba devorando su existencia.

Belgrave no volvia, y la esperanza se iba extinguiendo, y con la esperanza se extinguia al mismo tiempo la vida.

Una tarde sin duda viéndome mas triste que de ordinario, quiso tal vez disimular á mis ojos su doloroso estado, ó quizás se propuso despedirse del mundo.

Ello es que mi Juliana me preguntó si queria acompañarla á dar un paseo fuera de la aldea.

Yo accedí gustoso; pero apenas salimos de casa cuando se me cerró el corazon viendo que mi hija en la flor de la edad no podia dar un paso; que tenia que apoyarse en mí, anciano ya abatido bajo el peso de los años.

Es indecible lo que padecí al recibir aquel nuevo desengaño: yo la creia muy enferma, pero no tan débil, no tan falta de aliento.

Tuve que volver el rostro y llorar.

La poca gente que hallamos á nuestro paso se paraba con la admiracion y la piedad pintadas en el semblante, y volvia la cabeza, siguiéndonos con la vista, maravillada de ver que aquella criatura fuera la hermosa Juliana, á quien no habrian conocido á no verla conmigo del brazo.

Queria mi hija llegar al bosque que rodea la quinta, para respirar, decia, aquel aire puro.

Yo no me dí por entendido; pero bien alcancé que su

deseo era visitar aquellos sitios donde el amor le habia hecho experimentar agradables sensaciones.

El sendero del bosque era escabroso y formaba cuesta, y á los pocos pasos mi pobre hija sintió agotadas sus fuerzas y tuvo que sentarse.

Yo me senté á su lado, me recosté en el tronco de un árbol, y cogiéndola por la cintura apoyé su cabeza en mi hombro.

Así permanecimos largo rato.

Parecia gozar de una celeste calma.

Su respiracion era más tranquila; sus ojos vagaban de las ramas de los árboles al cielo; ya fijaba su vista en una tierna florecilla que se mecia blandamente, ya seguia á las aves que revoloteaban de la copa de un árbol á la copa de otro, ora chillando cada una sola en su rama, ora saliendo á bandadas y escondiéndose momentáneamente á nuestra vista.

Ambos experimentábamos un placer que no habíamos gozado en mucho tiempo.

¡Ay! aquel placer fué muy breve.

Sentados como estábamos en sitio frondoso, los arbustos nos ocultaban á las miradas de todo el que hubiera acertado á pasar por aquellos sitios.

Nadie habia turbado nuestro agradable reposo, cuando del lado mas cercano á la quinta oimos la voz de Belgrave.

Mi hija se estremeció repentinamente y se arrimó mas á mí, exhalando un sollozo, un suspiro... no sé...

Sé que yo sentí lo que no habia sentido nunca al oirla á ella, y al ver en seguida á Belgrave, que no iba solo.

Iba con él la hija del conserje de la quinta; hablaban

muy familiarmente y él se permitia unas confianzas que revelaban mucha intimidad en sus relaciones.

Mi hija palideció, tembló...

Yo la estreché mas fuertemente entre mis brazos.

En aquel mismo instante pasaron otra vez á poca distancia de nosotros Belgrave y aquella muchacha.

Él iba corriendo como jugando, y tras él apareció ella llamándole por su nombre de pila.

Él, escondido entre unos árboles, la cogió por la cintura y sonaron á nuestros oidos sus carcajadas y despues un beso...

Mi hija prorumpió en un largo lamento, con el cual temí que exhalara el alma.

Volvió la cabeza y la recostó en mi regazo llorando lágrimas que amargaban mi corazon y me inspiraban deseos horribles. Aquel hombre estaba allí, y el coraje me daba la seguridad de ahogarle de un solo abrazo.

Pero allí estaba tambien mi pobre hija, padeciendo el último dolor, un dolor que ella no habia imaginado ni podia creer que nadie en el mundo pudiera padecerle.

Yo no sabia calmarla, ¡desventurado de mí! No sé lo que le dije; sólo sé que nos encontramos de vuelta sin acordarme de los sitios por donde habíamos pasado, y que mi hija se metió en cama y no salió de ella sino para ser llevada á la sepultura.

Yo estaba loco, Amanda, ¡loco!

Toda la aldea compartió mi dolor; hasta aquellos vecinos que nos profesaban menos cariño; hasta aquellos que habian evitado nuestro trato, compadecieron mi suerte y la de mi hija, lloraron nuestra desdicha, la acompañaron al cementerio y rezaron por ella.

Yo no agradecia nada, de nada me curaba, á nadie atendia.

Sentia una amarga pena, muchos deseos de llorar, y á veces en mi loco frenesí queria salir á arrebatar la vida del que me habia arrebatado la de mi hija.

Y han pasado ocho años y todavía la lloran cuantos la conocieron; porque la amaron todos... ¡todos menos aquel que recibirá algun dia, no de mi mano, sino de Dios, el castigo!

Ahora comprendereis bien si he de compadecer vuestra desgracia, hija mia.

En ocho años no he pasado un solo dia sin acordarme de mi hija; desde ahora me recordaré de ella y de vos.

Mientras espero de continuo reunirme con ella, visito á menudo su sepultura.

Las flores que ella cuidaba, las saqué todas de mi casa y rodean su losa.

No dejo crecer la mala yerba en el césped que la rodea, y donde ella tiene la cabeza trasplanté su rosal mas estimado. Allí brotan sus capullos y se abren sus corales y se deshojan volviendo á la tierra.

Dejarla sola en el mundo me habria sido muy amargo. Ahora que ella me ha precedido, la muerte me atrae con dulzura.

Yo la espero tranquilo y resignado, sin impaciencia, porque desearia que al cerrar los ojos, mi espíritu pudiera reunirse con ella inmediatamente, sin tener que purgar antes graves pecados.

Por fortuna, me la puedo representar buena y pura en mi imaginacion, y la veo en todo lo que se halla á mi alrededor.

Todos los adornos que veis en este aposento son obra de sus manos, ¡ay de mí! ¡sus manos hoy convertidas en polvo!...

Suspiró otra vez el anciano, y sobreponiéndose á la fuerza del sentimiento que solicitaban sus lágrimas, añadió:

—En ese lecho dió su último suspiro, y aun estaban calientes sus labios, cuando con una cruel compasion me arrancaron de su lado sin dejarme clara memoria del último beso que la dí.

Aquí me recojo para pensar en ella, á lo cual me ayudan los objetos que me rodean.

Cuando todo reposa y la noche es tranquila y serena, me asomo á contemplar el cielo, y á veces se me ha llegado á figurar que desde aquí debe descubrirse el lugar donde habita su espíritu.

El acento del anciano y las ideas que expresaba conmovieron profundamente á Amanda.

Por esto, y por respeto al padre de Juliana, permaneció inmóvil y enjugando silenciosa sus lágrimas.

Nada mas á propósito para interesarla y enternecerla en aquellos momentos que la sencilla y dolorosa historia de aquella desgraciada, oida en aquel sitio y narrada por su bondadoso padre.

Aquella narracion aumentó el terror que Belgrave le inspiraba, haciéndole tambien considerar como ventura mayor de lo que hasta entonces habia creido, el haberse librado de su poder.

El buen anciano recobró su triste calma y dirigiéndose á Amanda la tranquilizó sobre su suerte.

Amanda le expuso los penosos pensamientos que la ha-

bian acosado viéndose tan lejos de Carberry y sin recursos de ningun género; pero Heller le aseguró que podia desechar toda inquietud, pues él la proveeria de todo lo necesario para el viaje y la acompañaria buen trecho del camino.

El apellido del anciano habia llamado la atencion de Amanda, pues Heller se llamaba tambien aquel Eduardo que tan viva y respetuosa aficion le habia mostrado en la aldea.

Preguntóle si tenia algun pariente en el país de Gales, y supo que Eduardo era su hijo.

Alegróse de saber que tan honrado padre tenia el que tantas simpatías le mostrara, y dió noticias suyas al anciano Heller, que se las agradeció infinito, y se creyó doblemente obligado á servirla por aquel motivo.

CAPITULO LXIX.

Regreso á Carberry.

Dos dias pasó Amanda en casa del buen anciano.

Él se complacia con ella y le aconsejaba que no partiese hasta haber restaurado completamente sus fuerzas, pues como tenia que embarcarse, el mareo podia perjudicarla gravemente, si no se hallaba muy fortalecida.

Amanda estaba impaciente por ver á su padre y se lo confesó sencillamente á su protector, que exclamó:

—¡Dichoso padre, á quien su hija puede ver todavía!

A los dos dias Heller mandó despertar muy de mañana á Amanda. Leonor, la buena mujer que tan solícita habia velado junto á su lecho, le dió ropa suya para abrigarse y se despidió de ella cariñosamente, mostrándose tan apesadumbrada de su separacion, como si la conociera de muchos años, y haciendo votos por su felicidad.

Subieron Amanda y el anciano al coche que este habia tomado la víspera, y Leonor les acompañó hasta la salida del pueblo.

A cosa de un cuarto de hora y al borde del camino nuevo que seguia, separado de él por una tapia baja, estaba el cementerio.

Los cipreses y sauces que allí crecian daban á aquel sitio el aspecto melancólico que tanto se aviene con las ideas que inspira la contemplacion de las sepulturas.

Heller estrechó la mano de Amanda y con voz conmovida dijo:

—Mirad el lecho de mi hija; el grupo de rosales que desde aquí se distingue señala el lugar donde descansa su cabeza.

Bajó con mano trémula el cristal, sin apartar los llorosos ojos de aquel sitio, y Amanda vió en efecto las bellas rosas mecidas por la suave brisa de la mañana, y el verde, aterciopelado césped que rodeaba la fúnebre losa.

Entristecióse profundamente en presencia de aquel desventurado padre que suspiraba de anhelo porque le abandonase la vida.

Las lágrimas surcaban las mejillas del anciano, que pasándose el pañuelo por los ojos, repitió:

—¡Allí descansa la que amé tanto!

Era tan bueno como discreto, y viendo que á la salida del pueblo el cochero azotaba los caballos, le encargó que fuera poco á poco, á causa de la debilidad de Amanda.

Tenia con ella las mas delicadas atenciones y hacia lo que habria hecho viajando con su propia hija enferma.

El viaje duró todo el dia y toda la noche, y á la mañana siguiente llegaron al punto de embarque.

Verdaderamente hasta entonces no respiró tranquila-

mente Amanda, pues aun temia que pudiera alcanzarla la persecucion de Belgrave.

A las cuatro de aquella tarde salia un paquebote, y Heller tomó pasaje para su compañera.

Llevóla á una posada donde comieron los dos parcamente, y las horas se les hicieron minutos desde que pensaron que tan en breve tenian que separarse.

Bien se mostraron con su ternura que no se romperian fácilmente los estrechos lazos con que la simpatía y el mutuo conocimiento de sus desgracias les habian unido.

Amanda prometió al anciano que le escribiria á su llegada al castillo, y le deseó tranquilos y serenos los dias que le quedaban de vida.

Él expresaba sus sentimientos mas con abrazos y lágrimas que con palabras, y la acompañó hasta el bote que debia llevarla á bordo.

Quedóse en el muelle contemplándola y saludándola con el pañuelo, y recibia conmovido los saludos de despedida que no cesó de dirigirle ella hasta que le perdió de vista.

El buen Heller se volvió á la posada pesaroso de haber dejado aquella dulce compañía, y consolado por haber podido servir de alivio á aquella desventurada.

Amanda pensó largo rato en el anciano y en sus cuitas, y despues su atencion se fué fijando en su padre.

La debilidad que sentia y el mareo que experimentó al poner los piés en el buque la obligaron á acostarse.

No salió del lecho hasta que llegaron á puerto.

Se alojó en un meson poco distante del punto del desembarque, y dió órden para que le tomaran asiento en la di-

ligencia que dentro de poco debia partir y tenia que pasar á pocas millas del castillo de Carberry.

No tardaron mucho en avisarla que podia partir en aquel carruaje, y despues de tomar un ligero refrigerio se hizo acompañar al muelle, satisfecha de no tener que esperar un dia en la posada y de ver acortado el plazo que la separaba de su padre.

Eran las once de la noche cuando partieron.

A su lado se acomodó un viajero, hombre de edad avanzada que se calzó unos enormes zapatos de abrigo, se caló hasta las orejas un gorro de recia lana, se abrochó hasta el cuello, le dió las buenas noches y se cruzó de brazos, cerrando los ojos.

Su ruidosa y acompasada respiracion advirtieron en breve á Amanda que su compañero dormia profundamente.

La compañía de aquel pacífico sugeto era la mejor que podia desear Amanda.

No tuvo que oir vanas lisonjas, ni que responder á preguntas insípidas, ni satisfacer curiosidades indiscretas.

Dueña de sí misma, se abandonó al curso de sus pensamientos.

Mortimer y su padre embargaban toda su atencion.

A veces en su interior se reprendia á sí misma, porque en vez de consagrar todos sus pensamientos á su padre pensaba tambien en el jóven lord.

Si se ocupaba de lord Mortimer era, principalmente, por el pesar que le causaba considerar que sin duda habia dejado de merecer su estimacion.

Ella que tanto le amaba; que no se sentia capaz de amar á otro hombre; si en aquel momento le hubieran dicho:

renuncia á su amor para siempre, pero recibe la seguridad de que ahora mismo quedará convencido de tu inocencia y te devolverá todo su aprecio, no habria vacilado en aceptar.

Dos dias duró el viaje sin que su compañero le causara incomodidad alguna.

Verdad es que no se mostraba solícito en brindarle sus servicios, pero tampoco los necesitaba Amanda.

A cosa de las cuatro llegaron al punto mas cercano á Carberry de los que recorria la diligencia.

Amanda se apeó en una poblacion de muy corto vecindario, y tomó un coche que antes de la noche la podia dejar en el castillo.

Conforme se iba acercando al término de su viaje, sentia redoblar su agitacion y se representaba con mayor viveza el pesar que experimentaria su padre al saber la historia de sus desventuras.

Temia que sus años y sus padecimientos le hubieran dejado sin fuerzas suficientes para resistir el funesto golpe que le amagaba, y que ella, que habria dado por él la vida, no viniera á ser causa involuntaria de su muerte.

A esta idea se sentia bañada en sudor frio y se le erizaba el cabello.

Estaba dispuesta á no ocultar nada de los sucesos ocurridos ni de las ideas que habian despertado en ella.

De cuando en cuando procuraba alentarse á sí misma.

Figurábase que su padre, acostumbrado á los reveses de la suerte y á sufrirlo todo con resignacion, pondria el ánimo sereno á aquella nueva desgracia, y que con tal de

tenerla á su lado y de creerla digna de su cariño, lo arrostraria todo heroicamente.

Pero, como era natural, á esta confianza volvian á suceder los períodos de desaliento, y así llegó á las cercanías del castillo.

—Véame yo en sus brazos, decia, y sabré prescindir de todos los demás goces del mundo, y sólo me ocuparé en ser para él tan buena hija como él ha sido para mí buen padre.

Así reflexionaba, cuando divisó en lo alto la masa enorme del castillo.

El sol habia traspuesto las montañas.

Negras nubes cubrian el espacio y se amontonaban amenazando récia tormenta.

Caia una lluvia menuda y helada y de cuando en cuando resonaban lejanos truenos.

Triste era el aspecto del campo.

Aquellas chozas que, bañadas por el sol riente le habian parecido á Amanda tan agradables y pintorescas cuando el amor y la esperanza reinaban en su corazon, le parecieron entonces albergues miserables y repugnantes indignos de ser habitados por hombres.

Sus moradores recogian los ganados para ponerlos á cubierto de la tormenta, y volvian apresurados del campo con sus aperos.

El mar estaba agitado; las olas embestian furiosas la playa y se estrellaban levantando en alto montañas de espuma.

La fatiga del viaje y la agitacion de su mente habian vuelto á excitar en Amanda la fiebre, y aquel cuadro con-

fuso y tempestuoso y el triste aspecto de cuanto le rodeaba aumentaron su malestar.

Despidió el coche para llegar sin ruido al castillo y hacer prevenir á su padre por algun criado, á fin de que no le afectara tanto la sorpresa de su repentina presencia.

Siguió la orilla del bosque y fué hácia el castillo.

La formidable masa iba poco á poco mostrando á la vista sus detalles.

Reinaba en aquel sitio el mas profundo silencio, y á la luz de los relámpagos parecia la mole de Carberry un palacio encantado.

Llegó en extremo conmovida á la que entonces era puerta principal y caia á uno de los lados del vasto edificio, y se detuvo á escuchar.

No llegó á percibir mas ruido que el de su propio corazon que latia fuertemente, y con mano insegura llamó á la puerta.

Los golpes resonaron con pavoroso estruendo en lo interior del edificio, y su turbacion aumentó mientras esperaba que abrieran.

Esperó largo rato en vano, volvió á llamar, y tras el mismo estruendo siguió el mismo fatídico silencio.

La lluvia arreciaba, el viento bramaba haciendo crujir las ramas de los árboles y Amanda sintió penetrar el pavor en su pecho.

Dió vueltas penosamente al edificio, y vió luz en una habitacion que solian ocupar los criados y era un cuerpo bajo adherido al castillo.

La puerta estaba entornada y gemian sus goznes al impulso del viento que la abria y cerraba de continuo.

Penetró por un largo corredor, llegó á la cocina y vió á la mujer del conserje adormitada junto á la chimenea donde ardia un gran fuego.

—¡Catalina! dijo Amanda deteniéndose.

La mujer abrió los ojos, se puso en pié y dió un gran grito.

—¡Jesús mil veces! ¿vos aquí señorita Amanda?

Aquella voz que sólo habia oido Amanda en el castillo, le produjo un efecto extraordinario al volver á sonar en sus oidos, y la obligó á sentarse porque se sentia desfallecer.

CAPITULO LXX.

Narracion de Catalina.

Catalina no acababa de volver en sí de su sorpresa.

—¡Conque os admirais de verme! le dijo Amanda.

—Sí por cierto, señorita. Tanto tiempo sin veros y parecer cuando no os esperaba y casi me rendia el sueño... ¡Al fin volvisteis!

Amanda se levantó y cogiendo á Catalina entrambas manos le preguntó con vivo interés:

—Decidme, Catalina: ¿cómo está mi padre?

—¡Ah! el pobre capitan lo ha pasado muy tristemente en vuestra ausencia... ¡Bien podeis compadecerle, porque el buen señor... ¡Cuántos disgustos ha tenido!

—¡Disgustos! exclamó Amanda azorada; ¿pues qué, á mas de mi ausencia ha tenido mi padre algun otro motivo...?

—¡Que si ha tenido...! ¡Conque vos no sabeis...!

—¡Cómo! ¿Está enfermo acaso? hablad, Catalina hablad.

—Motivos tiene el excelente señor para haber enfermado. Conozco que ignorais lo que ha sucedido.

—Sin duda, le contestó Amanda impaciente, hablad por Dios.

—Pues os contaré... Sentaos; que estais temblando y sin duda venís transida de frio. Acercaos á la lumbre que está dura la noche. Estais pálida. ¿Quereis algo?

—No...

—¿Un poco de leche? ¿quizás prefeririais manteca? Dejadme hacer á mí; yo os daré...

—No, Catalina, no; me seria imposible tomar cosa alguna. Lo que os suplico es que me digais qué es lo que ha sucedido...

—Pues bien, vais á saberlo, aunque mientras yo os lo estaria refiriendo, bien podriais tomar una friolera, que os diese calor al estómago. Pues señor, debeis saber que hará cosa de tres semanas... unas tres semanas hará, trajo del correo mi marido una carta para el señor capitan, carta que por el sello conoció que venia de Inglaterra, y por la forma de letra vió que no era vuestra. Mi marido se la entregó, por supuesto, á vuestro padre, y viniendo en seguida á la cocina á verme me dijo:

—Catalina, el capitan ha recibido una carta, que no sé de quién puede ser.

—Le escribirá la señorita, dije yo.

—No, me replicó él; pues aunque la carta viene de Inglaterra, la letra no es de la señorita Amanda, que bien conocida la tengo.

En fin, que si será, si no será, yo dije por último:

—Me alegro de que haya recibido carta y ojalá recibie-

ra muchas; que así se distraeria; pues habeis de saber, querida señorita, que el pobre capitan pasaba muchos ratos de mal humor y llevaba ya algunos dias de estar muy triste.

Yo tenia la costumbre, siempre que el capitan recibia carta, de entrar en su cuarto, y él me lo permitia gustoso, á preguntarle, ¿cómo está la señorita? ¿sigue bien? ¿se divierte mucho? ¿volverá pronto? en fin, aquellas cosas que son naturales. Aquel dia hice lo mismo. Me puse el delantal blanco y me arreglé un poco el pelo, que lo tenia lleno de polvo de andar en la cocina, y me entré en la sala, por cierto pensando en vos y deseosa de saber qué tal os iba. Llego á la puerta, la entreabro y digo como siempre:

—¿Hay permiso?

Vuestro padre, me parece que le estoy viendo todavía, estaba sentado de espaldas á mí y tenia el codo en la mesa y la cabeza en la palma de la mano.

Volvióse al oirme y se me figuró que tenia el semblante mas triste que nunca y aun entendí que lloraba.

Le ví pálido, con los ojos enrojecidos... Yo, francamente, me apesadumbré de verle de aquel modo y ya sentí haber entrado; pero quise disimular y como si nada hubiera visto, le pregunté segun costumbre:

—Santas y buenas, señor capitan. ¿Hay buenas noticias de la señorita?

—Buena Catalina, me dijo él, porque eso sí, nunca ha dejado de ser amable con los pobres, Dios se lo premie; buena Catalina, me dijo, esta carta no es de la señorita. Entrad, entrad, que tengo algo que deciros.

Pasé adelante y le miré bien á la cara y no sé por qué me dió un vuelco el corazon, anunciándome algo.

El capitan, con mucha pausa me dijo:

—Por motivos varios, tengo necesidad de dejar inmediatamente el castillo.

Yo me quedé como quien ve visiones.

—Pero señor..., le dije.

—Dejadme concluir, replicó él muy serio, de manera que me cortó la palabra; voy á salir de aqui y es menester que entre los dos veamos si están las cosas en el mismo sér y estado que cuando entré.

¡Ay señorita, qué desazon pasé yo, sorprendida tan de repente y viendo que aquello iba de veras.

No queria creerlo, es decir, demasiado lo creia; deseaba empero que aquello no fuese verdad, y vuestro padre añadió:

—Ajustaré cuentas con todos los criados que he tomado y los despediré, por mas que me pese; pero confio que hallarán pronta colocacion.

Yo no pude contenerme y con la voz anudada en la garganta dije:

—Pero, señor capitan, líbrenos el Señor de que nos dejeis de este modo: ¿qué va á ser del castillo? ¿qué va á ser de nosotros todos? ¡Dichoso vos si podeis vivir satisfecho separado de nuestra compañía; que mi marido y yo no tendremos satisfaccion alguna no estando vos aquí!

Podeis creer, señorita, que no he dicho mas que la pura verdad.

Vuestro padre sin duda lo creyó así, porque iba á decirme algo y conocí que no podia de sentimiento.

Levantóse de la silla, me volvió el rostro y se fué junto á la ventana.

Por mucho que lo disimulara, le ví llevar el pañuelo á los ojos y oí tan perfectamente un suspiro suyo, que me dió tambien gana de llorar.

Como el buen señor se conoce que sabia dominar sus penas y es de aquellos que se dejarian morir en un rincon sin quejarse, se acercó á mí fingiendo una serenidad que aun quebrantaba mas el corazon, diciéndome que lo que hacia estaba bien hecho; que él conocia sus deberes y que el arreglo de cuentas era de mucha urgencia.

Yo salí del cuarto bien afligida así como habia entrado en él con tan buenas esperanzas, y fuí á contar á mi marido lo que nos pasaba.

Vos que le conoceis, imaginad cómo se pondria; que si yo estaba triste él se puso desesperado, como si se le muriera un hijo, ó digamos mejor su padre; porque el capitan, no lo ocultaré nunca, ha sido verdaderamente padre para nosotros y para cuantos han estado á sus órdenes.

Mi marido ha sido tambien militar, y en América conoció y empezó á apreciar á vuestro padre y desde entonces se le habia aficionado. Siempre le habia oido decir que el capitan Fitzalan era un caballero y un excelente soldado, tanto que cuando supo que venia de administrador al castillo ya me habia manifestado á mí su contento.

En fin, señorita, el capitan nos dijo redondamente que dejaba de ser administrador de lord Rosven, lo cual nos dejó como podeis figuraros.

Como es tan hábil en eso de las cuentas, ajustó muy pronto las de toda la servidumbre y las suyas. A los cria-

dos todos les pagó al punto con su conocida religiosidad y les dió certificaciones de buena conducta, que por cierto les han sido muy útiles, pues en seguida han encontrado colocacion todos ellos.

Al dia siguiente, como siempre, andábamos al rededor suyo; que se nos iba el alma tras él á mí y á mi marido.

Ahora bien; si la idea de que iba á salir del castillo ya nos habia afectado tanto, figuraos lo que nos pasaria cuando nos dijo que iba á pasar á Inglaterra.

—¡Ya no volveremos á veros! le dijimos con viva pesadumbre: á lo menos aplazad vuestra partida, dejad que nos acostumbremos á pensar que vamos á vivir alejados de vos.

Él con cierta severidad, que no disimulaba bien su sentimiento, nos replicó:

—Es imposible: debo partir mañana.

Inmediatamente empezó á hacer sus preparativos, y ya le llorábamos ausente, cuando aquella noche padeció una indisposicion repentina.

Cuando le creíamos dormido, tocó repetidas veces la campanilla y mi marido acudió á ver que se le ofrecia.

Quejábase mucho del estómago; yo me levanté, le hice tomar té, y llevé á su cuarto una botella de rico aguardiente que teníamos reservada para casos semejantes.

Alivióse un poco; pero no tanto que pudiera ponerse en camino el dia siguiente como tenia proyectado.

Esta contrariedad aumentó su malestar; mas á pesar de todo no quiso permanecer en cama por mas que se lo aconsejamos, se levantó á la hora de costumbre, escribió muchas cartas que mi marido llevó al correo, recogió sus papeles y hechó los sellos á la secretaría.

Cuando mi marido volvió de echar las cartas al correo, nos dijo que no debia permanecer un momento mas en la casa, y apoyándose en el brazo de aquel, fué á tomar un aposento en casa de Patricio Dorle, á quien ya conoceis, y se volvió á meter en cama en seguida.

—¡Dios mio! exclamó Amanda, ¡dadme fuerzas para soportar esta nueva desgracia y no permitais que me vea sola y huérfana, ni que se agrave con mi presencia la enfermedad de mi pobre padre!

Las lágrimas brotaron en abundancia de sus ojos y Catalina se acercó á consolarla.

—Comprendo vuestra afliccion, señorita, le dijo, pero no os entregueis á tan graves temores; que el Señor no querrá abandonaros á vos ni á vuestro padre. Él no está bueno; pero no todos los que creemos en peligro son los que perecen en él; ya sabeis que mas peces quedan en el mar que se cogen en las redes, y en fin, siempre hemos visto que tras un dia de lluvia viene un dia de sol. No hay que desalentarse pues, si no quereis que realmente vuestro padre tenga un disgusto. Lo que él ha menester para aliviarse es veros buena y sana, con mucha confianza. Estoy segura de que sólo con veros risueño el semblante se pondrá mejor el capitan. Ea, tranquilizaos para ir á verle y os daré de comer, cosa frugal, pero sana: ya sabeis que ni á mi marido ni á mí nos gustan los comistrajos. Tengo cociendo en la olla unas patatas muy ricas y tengo en la alacena manteca muy fresca que parece traida á próposito para vos. Mientras cenareis volverá de la ciudad mi marido que ha ido á comprar carne para el domingo; entonces puede que haya cesado la tormenta; pero sea

como fuere, yo misma os acompañaré á casa de Patricio Dorle.

—¡Ah! No puedo esperar, buena Catalina; es preciso que parta al momento á ver á mi padre; harto tiempo hemos permanecido separados uno de otro. ¡Está solo! ¡Solo teniendo dos hijos por quienes sacrifica su reposo! ¡Ni siquiera tiene al lado un amigo que alivie sus pesares! ¡Ay! ¡quiera el cielo que no haya yo vuelto tarde á Irlanda!

Catalina se empeñó de nuevo en hacerla esperar el regreso de su marido; pero Amanda estaba poseida de impaciencia y de temor y quiso partir, aunque tenia que ir sola, pues la buena mujer no podia dejar la casa, so pena de exponerse á dejar á la intemperie á su marido, que volveria cansado y abrumado y tendria necesidad de mudarse la ropa y acercarse inmediatamente á la lumbre.

Con mucho pesar consintió la buena mujer en dejar ir á Amanda sola; pero le prometió que en cuanto su marido estuviese de vuelta correria ella á casa de Dorle.

Amanda le estrechó la mano y salió.

Catalina la acompañó hasta la puerta, y al ver que la tempestad en vez de calmarse parecia arreciar con mas violencia quiso otra vez detenerla.

Amanda le estrechó fuertemente la mano, y con febril impaciencia y heroica resolucion tomó el camino de la morada de su padre.

Temia para él la miseria á mas de la enfermedad, y sombríos como el aspecto de la naturaleza eran los sentimientos que la acompañaban.

Su padre habia permanecido poco tiempo desempeñando la administracion del castillo, y siendo tan probo, no era

posible que hubiese hecho importantes ahorros. ¿Qué seria de su padre en adelante? ¿Se veria perseguido como siempre por la adversidad, y le veria ella víctima de su funesto destino siendo una carga para él en vez de servirle de consuelo? Si ella se hubiera sentido capaz de ganar el sustento para los dos, en medio de su desgracia la habria sostenido la esperanza de aliviar la suerte de su padre, y aun habria experimentado cierta satisfaccion en ver que de alguna manera mas que con frases y lágrimas podia demostrarle su cariño; pero no veia mas que impotencia en ella y quizá necesidad de recibir consuelos en vez de darlos, porque conocia que el último golpe recibido habia quebrantado mucho su salud.

Iba discurriendo y no acertaba con ninguna idea que pudiera tranquilizarla. Se acordaba bien de lo que le habia costado á su padre encontrar la colocacion que hasta entonces desempeñara, y no habia motivo para esperar que se repitiese una casualidad tan favorable.

La manera de referirle Catalina el suceso de su alejamiento del castillo, le hizo sospechar que lord Rosven habia retirado á su padre la confianza, y se aterró sospechando si tendria ella alguna parte en aquella desgracia que les heria á entrambos.

El espectro de la miseria la seguia en sus cavilaciones, y acordándose de la familia del capitan Leoncio, lloró al considerar que su padre podria verse tambien reducido á aquel miserable estado.

Si hubiera sido sola, en tan apurada situacion, no habria retrocedido ante la idea de una honrosa dependencia; pero ¿qué seria de su padre si la viese en la condicion de

la servidumbre y sin poder él ganarle el sustento? Moriria de pesar y de vergüenza.

Entre tanto que así discurria la pobre Amanda, se desataba terrible la tormenta en mar y tierra.

Las olas avanzaban inundando lo que el dia anterior eran fecundas huertas.

El agua despeñándose impetuosa por las quebradas, rugia cayendo á torrentes, zapando los peñascos mal seguros y arrastrando los árboles tiernos. El huracan bramaba con voces aterradoras, y la nieve y el agua impelidas por su violencia azotaban el rostro de Amanda y calaban sus vestidos penetrándola de frio hasta los huesos.

El camino era escabroso y su cansancio era mucho; mas á pesar de todo sacaba fuerzas de su cariño filial y avanzaba sin acordarse del ruido que en otra ocasion le habria privado de aliento.

La casa en que vivia su padre era la mas pobre de la aldea. Patricio Dorle estaba muy miserable al llegar Fitzalan á Carberry, y gracias á los socorros de este habia mejorado su suerte.

La casa estaba no lejos del mar á cuya parte caian dos de sus ventanas; y á pesar de estar cerrados los postigos, Amanda vió que habia luz en aquellas habitaciones.

Arrimóse al amparo del alero y llamó.

Con una agitacion siempre creciente esperó que abrieran, y en efecto se asomó el hijo de Patricio preguntando:

—¿Quién va?

—Soy yo, dijo ella quedito, soy Amanda Fitzalan; no dés voces; ábreme en silencio para no sorprender muy repentinamente á mi pobre padre.

CAPITULO LXXI.

Miseria de Fitzalan.

Abrió el hijo de Patricio, asombrado de ver que á tales horas y con semejante tempestad llegase Amanda á su casa.

—¿Cómo está mi padre? le preguntó ella en voz baja.

—Vuestro padre, señorita... pero venís calada hasta los piés; entrad, entrad.

—¿Está peor acaso? No me tengas dudando.

—¡Ah! Es decir que ya sabeis que está enfermo. Yo creia...

—Sí, lo sé. ¿Cómo se encuentra?

—No puedo deciros que está bueno; porque se halla en cama...; pero no os alarmeis, os aseguro que peor no está. Pasad adelante; que os estais empapando en agua, y entra la lluvia en casa.

—No quiero presentarme repentinamente á su presencia. Es menester prepararle antes.

—Todo se hará como gusteis, dijo el muchacho cerrando la puerta. Tenemos tiempo para todo, supuesto que está durmiendo.

—¡Ay! ¡ojalá que el reposo le dé fuerzas para mejorarse y arrostrar su triste suerte.

Entró Amanda y la precedió el muchacho, que con la luz en la mano y el dedo en los labios hizo señal de que callara todo el mundo, y dijo despues en voz baja:

—Padre, no metais ruido ni hagais exclamaciones; que aquí se viene detrás de mí la señorita Amanda, la hija del señor Fitzalan.

El padre que estaba de rodillas, soplando el fuego de turba, donde tenia puesta una marmita, se volvió no menos sorprendido que el hijo, y convencido de aquella inesperada aparicion se puso en pié.

Al olor de la marmita andaban tres niños vestidos de andrajos, esperando impacientes que estuviera hecha la cena, y al ver que su padre dejaba de soplar, se volvieron á Amanda con cara de mal humor.

La madre estaba hilando; la abuela amasaba una torta de patatas, y todos suspendieron lo que estaban haciendo á la llegada de Amanda.

El aposento era muy reducido para tanta gente y los muchos objetos que contenia hacinados.

La mitad de la familia dormia en el cuarto bajo; la otra mitad en un camaranchon, cuya escalera arrancaba de la cocina, y en el cual habia tambien un gallinero.

El aposento donde dormia Fitzalan estaba contiguo al de los padres y tenia un tabique de tablas, cubierto de imágenes de santos groseramente pintados y pegados con engrudo.

Patricio acercó un taburete á Amanda junto á la abuela. Su mujer se levantó á darle las buenas noches, pues en medio de su asombro no se le ocurria otra cosa que decirle, ni le fué grata su presencia.

La abuela la contempló cruzando las manos y levantando despues los ojos al cielo, como diciendo:

—¡Señor, qué hermosa criatura y en qué triste estado se nos presenta!

La mujer de Patricio no se acordaba ya de los favores recibidos de Fitzalan, y volvió á ponerse á hilar, diciendo á su marido:

—Sopla, Dorle, sopla; que todo se puede hacer á un tiempo. Esta señorita ya nos dispensará.

—¡Conque mi padre está enfermo! dijo Amanda en medio de aquel triste silencio.

—Sí, lo está, respondió la mujer; enfermo y sin amparo, que es lo peor. ¡Cómo ha de ser! Nosotros tambien lo hemos estado y hemos tenido que pasarlo. A fé que si hubiéramos necesitado quien nos recogiera en su casa, no lo habríamos encontrado tan pronto como vuestro padre. Conque no hay que quejarse.

—Mujer, le contestó Patricio, reprendiendo con una seña su indiscrecion; es natural la queja cuando se está entre amigos y se padece una desgracia.

Amanda le miró con agradecimiento y le pidió un vaso de agua.

—Mejor seria, dijo Patricio, que tomarais un vaso de leche.

—No, no me sentaria bien: dadme agua y os lo agradeceré.

Vasos no los habia en la morada del pobre Patricio; mas él fué por un cacharro, lo lavó cuidadosamente, le echó primero un poco de agua templada y despues lo acabó de llenar de agua fria.

—A este paso, dijo la mujer, esa lumbre no acabará de encenderse nunca.

La pobre Amanda creyó que tenia razon para quejarse del mal tercio que les estaba haciendo, y se arrepintió de haberles estorbado.

Patricio despues de mirar con enojo á la mujer, volvió á arrodillarse y se puso á soplar con mas fuerza que nunca.

La escena que tenia á la vista la hija de Fitzalan era para ella de muy funesto augurio.

Si la vida que á ella y á su padre les esperaba era semejante á la de la familia de Dorle, estaba segura de que pronto lloraria su orfandad.

Fingió que no habia notado la falta de atenciones de aquella mujer que tan agradecida debia estar á su padre, y le dijo:

—Es menester que sufrais por caridad, amiga mia, la molestia que voy á causaros.

—No nos molestareis en nada, se apresuró á decir Patricio entre dos resoplidos.

—¿Qué sabes tú? Déjala hablar, le replicó la mujer; decid, señorita Amanda, decid.

—Quisiera ver de qué modo me presentaria yo á mi padre para que la conmocion, la sorpresa no agravasen su enfermedad. Vos me ayudareis, ¿no es cierto?

—Vaya, con mucho gusto. Vuestro padre se durmió



¡Oh padre mio, hé aquí el único asilo que habeis podido encontrar

temprano; pero se ha despertado varias veces. Esperad, que entraré en su aposento á ver si duerme ahora.

Entró efectivamente en el aposento de Fitzalan, y salió diciendo que aun dormia.

Amanda se llegó de puntillas y vió á su padre en un miserable lecho, y en una estancia no menos miserable.

Era baja de techo y muy reducida.

Colgaban de las paredes una porcion de objetos sin valor, pero de los cuales no podia desprenderse la familia de Dorle á causa de su extrema pobreza, ni tenia otro sitio donde ponerlos.

Alumbraba la estancia un candil de barro, y á la opaca luz se veian aquellos escasos muebles, la mitad de ellos rotos ó desvencijados de puro viejos.

A uno de los ángulos estaba arrimado el lecho de tablas donde yacia el desgraciado Fitzalan sobre pobrísimos jergones, cubiertos con una manta y sayas de mujer despedazadas, porque faltaba en la casa ropa bastante para darle calor.

¡Cuán doloroso fué para Amanda aquel espectáculo!

No pudo presenciarlo sin que se llenaran sus ojos de ardientes lágrimas.

—¡Oh padre mio! exclamó en su interior, hé aquí el único asilo que habeis podido encontrar!

Acercóse al lecho y se inclinó para verle el semblante, y le encontró pálido y demacrado.

Su respiracion era penosa; de cuando en cuando se agitaba con un fuerte estremecimiento, y movia los labios como si estuviese hablando.

Amanda seguia todos sus movimientos: no acertaba á separarse de él.

Fitzalan, en voz muy baja y entre sueños dijo:

—Mi Amanda... mi hija... No... la... veré mas.

Amanda no podia ya contener sus sollozos y tuvo que salir del aposento porque el dolor la ahogaba.

Volvió á la cocina y prorumpió en ayes y gemidos que enternecieron á Patricio y á la vieja.

Estuvo mucho rato sin poder hablar palabra, hasta que al fin, retorciéndose las manos exclamó:

—¡Dios mio, habré llegado tarde para salvarle!

Patricio la consoló asegurándole que no estaba su padre tan enfermo para inspirarle tan graves temores.

Amanda no podia persuadirse de que su padre no padeciera principalmente por su causa, habiendo visto que aun en sueños pronunciaba su nombre y manifestaba el temor de no volver á verla.

Hablaban ella y Patricio muy bajo para que el rumor de su conversacion no turbase el universal silencio, cuando oyeron á la mujer decir en alta voz algunas palabras; con lo cual callaron ellos y prestaron atencion.

A la voz de la mujer sucedió la del capitan que llegó muy débil á sus oidos; y la conmocion de Amanda fué tal, que para no caerse tuvo que apoyarse en el hombro de Patricio.

—¿Cómo es posible? decia Fitzalan; ¿cómo en vez de hablarme vos no la encuentro en mis brazos? ¿O es acaso que creo estar despierto y estoy aun bajo el dominio del sueño?

—No señor, no señor, replicaba la mujer; es verdad que os hemos oido soñar y que ciertamente hablabais de vuestra hija; pero el sueño se desvaneció y ahora estais en la

verdad. Si no ha entrado á despertaros ha sido porque temia que estando enfermo como estais no os fuera perniciosa la sorpresa. Ha querido que dejara yo mi trabajo para preveniros antes...

—¿Pues cuándo he necesitado yo prevencion alguna para abrazar con delicia á mi Amanda? Si es verdad que se halla de vuelta, decidle que entre...

—Vaya, entrad ahora, dijo la mujer asomándose á la puerta. Vuestro padre dice que bien podeis.

Amanda sin dejar que acabara de hablar entró en el aposento.

Fitzalan se habia incorporado en el lecho, y al verla alzó los brazos, recibiendo en ellos á Amanda, deshecha en llanto, que en aquel momento brotaba tanto por efecto de la tristeza como del gozo.

Sobre su frente cayeron las lágrimas de Fitzalan que no podia hablar embargada la voz por el sentimiento.

Sólo interrumpian el silencio con suspiros, besos y sollozos.

Cuando Fitzalan recobró el uso de la palabra, exclamó estrechando contra su pecho á Amanda.

—¡Dios me ha oido y devuelve á mi hija á mis amantes brazos para alivio de mis últimos momentos; para que pueda morir en paz!

—¡Oh, no, no, padre mio, replicó ella; desechad tan funestos pensamientos; si teneis alguna piedad de vuestra hija, vivid, vivid; no la dejeis en la tierra en la orfandad y el desconsuelo! Alentad, querido padre; pensad que teneis que ser mi apoyo, mi único amigo; que he vuelto para concentrar en vos todos mis goces en este mundo, que seria un desierto para mí si vos me faltarais.

—¡Hija mia! ¡Qué dulces son á mi corazon tus palabras! Yo bien quisiera por tu amor y el mio que no nos separásemos nunca; ¡mas ay! temo que mi fin está muy próximo.

Descansó, dando un suspiro, su frente en la frente de Amanda, posó en ella los labios y despues la contempló muy atento.

Vió con sumo dolor su palidez y el abatimiento que se retrataba en su fisonomía, y dijo con nuevas lágrimas:

—¡Hija de mi corazon... el mundo nos ha tratado con mucha crueldad!

—¡Ay! contestó Amanda, nuestra suerte es siempre adversa, padre mio: lejos de vos no he conocido mas que desdichas; pero concédame el cielo vivir á vuestro lado, y cualesquiera que sean los sucesos que nos sobrevengan no podrán turbar mi felicidad.

—Suceda lo que sucediere, Amanda mia, replicó Fitzalan, unidos ó separados, vivamos y muramos procurando tener por amiga la conciencia, que es el mas poderoso amparo contra las mayores desventuras. La adversidad es la prueba para las almas de buen temple; en la adversidad se purifican los buenos como en el fuego se purifica el oro; no olvides nunca esta idea en los azares á que puede verse expuesta tu existencia. Ciertas penalidades sólo las conocen las almas nobles; porque el que no se duele de las ofensas hechas á su honor, puede llamarse invulnerable.

Ya sabes, hija mia, que fuí soldado desde mi primera juventud, y tengo el consuelo de que no me relajó la licencia de los campamentos, sino que por el contrario, honré las armas. Mis amigos me abandonan, el mundo me

desdeña, la enfermedad y los pesares me oprimen; pero la conciencia me sostiene y endulza los momentos mas amargos de mi vida, y no me echa en cara la desgracia de ninguno de mis semejantes. ¡Ay de aquel que á la hora de la muerte se acuerda de haber causado daño á los hombres y desea en vano deshacer lo hecho! porque se expone á morir desesperado y aborrecido cuando ya no puede aprovecharle el mal ajeno.

—¡Padre mio! Pensad en restableceros, dijo Amanda; desechad ideas que por sanas que sean, como yo lo reconozco, no pueden convenir al estado en que os encuentro, cuando apenas os he estrechado en mis brazos.

—Mi capitan, dijo Patricio que estaba asomado á la puerta, la señorita ha llegado cuando mas arreciaba la tormenta; necesita descansar, secarse sobre todo, porque está empapada en agua. Hemos puesto junto á la lumbre las ropas que ha traido en un lio, y ahora podria.

—Sí, hija mia, sí, dijo Fitzalan abrazándola de nuevo; anda, no tardes en ponerte otros vestidos. ¡Dios mio! yo por el gusto de tenerte junto á mí, olvidaba... ¡Ah! tambien somos egoistas los padres, los ancianos...

Iba á añadir «los moribundos» y se contuvo.

Amanda le abrazó, y guiada por la mujer, se colocó detrás de un biombo para mudarse los vestidos, y dió los que se quitaba para que á su vez los pusieran á secar junto á la escasa lumbre.

Fitzalan entre tanto mezclaba con su tristeza el consuelo de volver á ver á su hija.

La vieja, que tenia excelente corazon, habia llorado mas de una vez al oir las tiernas palabras del padre y la hija.

El pobre Patricio no sabia cómo hacerlo para que su mujer no agravase con su desabrimiento el estado de Amanda, cuya obligacion compartia.

Los niños de cuando en cuando mostraban una impaciencia muy natural que exasperaba mas y mas el enojo de su madre contra el capitan que tanto les habia favorecido.

La lluvia seguia cayendo con grande estruendo y penetrando á veces por las ventanas, cuyos postigos sacudia el terrible huracan.

CAPITULO LXXII.

El padre y la hija.

Mientras Amanda se vestia, Patricio habia sacado otra luz, y en un bufete destinado á Fitzalan puso pan y vino.

Amanda comió y bebió á ruegos de su padre, que no se cansó de mirarla y animarla, porque en su semblante conocia que se hallaba muy enferma.

Despues le dijo que hacia dias que la estaba esperando, y que detrás de aquel biombo se pondria una cama que se tenia preparada para ella.

—Es un sitio muy estrecho, hija mia, le dijo; no estarás muy á gusto.

—Estaré mejor, contestó ella, cuanto mas cerca esté de vos, padre mio; el palacio mas suntuoso no podria serme agradable fuera de vuestra compañía. Tenia ya, no digo deseos, mas necesidad de veros; por eso no me opuse á que se os incomodara interrumpiendo vuestro sueño.

—¡Hija mia! dijo Fitzalan enternecido, el sueño mas

dulce y grato no pasa de ser sueño, y nada para mí es comparable con el placer que experimento viéndote y oyéndote. ¡Qué diferencia entre la calma deliciosa que ahora estoy gozando y los agitados sueños que han turbado mi espíritu en tu ausencia!

En tu ausencia han variado mucho las cosas, hija mia. Lord Rosven me escribió una carta que me causó vivo dolor, hiriéndome en lo mas delicado de mi alma. Decíame con frases que revelaban indignacion, que yo me habia propuesto favorecer la inclinacion de su hijo hácia tí, destruyendo sus proyectos que me eran notorios y burlando así la amistad y la confianza que siempre me habia mostrado. Sus injustas reconvenciones me irritaron tanto mas cuanto menos las merecia, y le respondí sin perder momento cual cumplia á mi probidad y delicadeza. Díjele que habia dado crédito á una vil calumnia, lastimando su corazon con el mio, que tan suyo habia sido siempre, y le participé que cesaba en aquel momento mismo de administrar sus posesiones de Carberry, pues no cuadraba bien á mi decoro conservar un empleo que debia á su amistad y estimacion, desde el momento que habia perdido aquel antiguo aprecio que me profesaba, creyéndome capaz de tanta bajeza, de tanta ingratitud y felonía.

Dolióme mucho el corazon al hacerlo, hija mia; pero mas me habria dolido si no lo hubiese hecho.

Tenia corrientes mis cuentas, y pensaba ir yo mismo á llevárselas, para recogerte al mismo tiempo, alejándote de personas que en tan mal concepto tenian á tu padre; pero una repentina dolencia fué mas poderosa que mi voluntad. Preciso me fué renunciar á mi proyectado viaje; pero sin

perder tiempo, escribí á lord Rosven enviándole mis cuentas y una corta cantidad de que le era deudor. Al propio tiempo te escribí tambien á tí, incluyendo en la carta una letra de cambio de poco valor para tus gastos de viaje, y me fuí del castillo creyendo que no debia permanecer un momento mas en él sin degradarme notoriamente. Habria sentido mucho que mi permanencia en Carberry hubiese hecho sospechar que aun era capaz de volver á desempeñar el destino que renunciaba, y que por cierto no aceptaria, aun cuando el mismo lord Rosven viniera expresamente á ofrecérmelo. No, no incurriré nunca en la vileza de aceptar favores del hombre que dude de mi probidad. A costa de mi propia estimacion no quiero nada: á tí te lo sacrificaria todo, hija mia; todo menos el honor.

Calló Fitzalan, y conoció Amanda por su relato, que no estaba enterado de lo que habia padecido ella últimamente, ya que se figuraba que su regreso era á consecuencia de la carta que le habia escrito él al tiempo de escribir á lord Rosven.

Durante aquel silencio reflexionó que lo mejor era no revelarle nada y mantenerle en aquel engaño, ya que le ahorraba sinsabores que en su estado de salud podian serle funestos.

Acercóse á su padre, que le tendió otra vez los brazos, y despues de haberla estrechado cariñosamente contra su pecho le dijo:

—Amanda, la fatiga del viaje y el verme en este estado podrian perjudicarte ahora que yo necesito mas que nunca verte fuerte y ágil. Descansa, hija mia, que yo dormiré mas tranquilo que nunca sabiendo que estás tan cerca de

mí. Dios te bendiga por el bien que me ha hecho tu llegada.

Era hora muy avanzada de la noche, y suponiendo Amanda que la familia de Patricio no se retiraba á descansar por causa suya, mostró menos empeño en dejar de acostarse.

La mujer entró á desnudarla, y cuando la vió en cama le dijo que la esperase un momento, que por indicacion de su esposo iba á traerle una bebida.

En efecto, á poco rato volvió con una cazuelita de suero y le dijo que lo tomase; que era un excelente refresco, muy propio para calmar su calentura y proporcionarle un sueño tranquilo, con lo cual al dia siguiente se hallaria en mejor disposicion para cuidar á su padre.

Siguió su consejo Amanda, mas no por eso durmió tranquilamente.

Acosáronla los recuerdos de todo cuanto la hacia padecer.

Representósele la marquesa persiguiéndola con su ódio; Eufrasia zahiriéndola inspirada por la envidia; Belgrave acechándola con su infernal malicia; Mortimer huyendo de ella con horror, y su padre llamándola con las ansias de la muerte.

Dos veces saltó del lecho y fué á la puerta del aposento de su padre, pareciéndole imposible que fueran sueño las voces que creia haber oido.

A la mañana siguiente se hallaba todavía mas débil; sentia dolorido todo su cuerpo y agitado extraordinariamente su ánimo, y si no hubiera sido por temor de causar una grave inquietud á su padre no habria dejado el lecho.

Movida de esta consideracion se levantó temprano, y

aunque se sentia falta de fuerzas y alegría, se presentó á su padre mostrando buen ánimo.

Fitzalan estaba ya despierto y la recibió con sus acostumbradas caricias.

En otro tiempo habria sabido adivinar que su hija estaba enferma; pero aquel dia á pesar de la palidez de su semblante y de estar empañado el brillo de sus ojos, la creyó cuando ella le dijo que se encontraba bien y que habia pasado muy buena noche.

—Yo por mi parte he dormido poco, dijo él con melancólica sonrisa. En ciertas ocasiones la alegría es tan enemiga del sueño como el pesar. El saber que te tenia tan cerca, que ya era cierto el consuelo que tanto tiempo habia deseado, me quitaba las ganas de dormir. Durmiendo, pensaba yo, no podria saborear este gozo.

Hízola sentar á su lado, y la contempló extasiándose en su belleza.

Aquella mirada enterneció á Amanda, como si creyese que su padre la miraba con tanta atencion, temeroso de que pronto la habia de dejar de verla.

—Yo podria decir como el libro santo, exclamó él: «Dejadme ver vuestro semblante y oir vuestra voz, porque vuestra voz es dulce y vuestro semblante agradable, y al miraros siento el alma penetrada de placer.»

Despues del desayuno, que recibió contento porque se lo servia Amanda, quiso levantarse.

Amanda entre tanto salió á un huertecito que el pobre Patricio llamaba su jardin.

Era una especie de corral estrecho, sembrado de berzas y patatas, cercado de una tapia baja y de zarzas.

Era cuando la primavera anuncia su próxima llegada.

La tormenta del dia anterior habia despejado la atmósfera. El cielo estaba sereno; el aire era templado; el sol brillante desvanecia las ligeras nubes.

Entre los verdes retoños de la zarza asomaban algunas flores encarnadas alegrando la vista con su bello contraste.

Por todas partes se veian indicios de que la naturaleza recobraba la animacion y la vida.

Donde habia un poco de tierra, allí asomaba una yerba ó una flor; los pájaros revoloteaban juguetones de rama en rama, y parecian saludar la vuelta de la estacion fecunda.

¡Ay! ¡Tan bello espectáculo no tenia ya para Amanda los atractivos que hasta entonces habia tenido!

La naturaleza hacia gala de sus encantos; mas no le devolvia sus esperanzas; no le podia hacer olvidar sus desengaños; no le traia el amor de Mortimer, ni la tranquilidad del espíritu que habia perdido su padre perdiendo el medio de ganar el sustento para sí y para su hija.

Sentóse á la entrada del huertecillo, y descansando la cabeza en la palma de la mano se puso á meditar.

—El año pasado, por este tiempo, decia para sí, ¡cuán diferente era mi situacion! No nadaba en la abundancia; pero no veia mi padre amenazado por la indigencia. Yo amaba y esperaba, y hoy amo sin esperanza. Pensaba en lo que podíamos prosperar en un año, y ahora pienso en lo que en un año hemos perdido. Fueron mis glorias y contentos muy breves; como la vida de esas flores que se anticipan á la primavera, y que un dia inseguro una ráfaga de viento frio marchita apenas han nacido.

Acordóse entonces de que meditando en el palacio de

Tudor habia exclamado un dia: «Cuando esos bosques vuelvan á cubrirse de verdes hojas; cuando las aves vuelvan á hacer resonar sus cantos melodiosos; cuando florezcan estos rosales y sus bellas flores abran al sol su cáliz, ¿dónde estaré yo? Lejos quizá de estas frondosas arboledas; tal vez abandonada, olvidada para siempre de mi dueño.»

¡Y en efecto: las flores ostentaban sus colores y derramaban por el ambiente su fragancia, y ella lloraba, abandonada, si no olvidada, de Mortimer!

Acordóse de su última entrevista con él, y dijo:

—Seguramente mi nombre sólo se ofrece á su memoria como el de un sér merecedor de desprecio. ¡Quién me dijera que yo habia de parecer tal á sus ojos! ¡Ah! ¡El ódio que quitó la vida á mi madre es implacable, inexorable: se ceba en la existencia, en la honra... mata los amores, acaba con todo!

Engolfábase en tan tristes pensamiensos, cuando uno de los hijos de Patricio fué á decirle que el capitan preguntaba por ella.

Entró con presteza en su cuarto y le encontró vestido y sentado en un sillon.

Levantado, le pareció aun que leia mas claramente en su semblante la historia de sus padecimientos.

Los estragos de la enfermedad y de los sinsabores que habia padecido eran realmente muy visibles en su rostro.

Ya no era nada de lo que habia sido.

Parecia que tuviese un pié en la sepultura, á pesar de la sonrisa con que recibió á Amanda.

Ella vió mas tristeza en aquella sonrisa premeditada para ocultar tristezas, que en las lágrimas de la noche anterior.

—Papá, dijo Amanda; ¿no habeis pensado en llamar á un médico?

—¿Para qué, hija mia? Yo lo único que deseo es fortalecerme.

—Y bien; nadie mejor que un médico puede indicarnos el modo mas breve de lograr este objeto.

—¡Oh, bien lo sé yo! Un rayo de sol y tu dulce compañía: hé ahí mis remedios.

—Y el método de vida, y las precauciones que hay que tomar en lo sucesivo, y el modo de repartir vuestras horas...; dejadme tener el gusto de oir lo que sobre eso diga un médico. Yo le escucharé atentamente y seguiré sus consejos al pié de la letra, y quizás tenga algun dia que recordároslo.

—Si tú te empeñas, hija mia, le llamaremos, sólo para empezarte á demostrar que siento impaciencia por darte gusto.

Amanda le estrechó entrambas manos agradecida.

Aquel dia era domingo, y quiso Fitzalan que su hija le leyese un trozo de la Biblia.

Tomóla ella de encima de la mesa, y abriéndola á la ventura, leyó las palabras siguientes:

«Deja á mi cuidado á tus hijos huérfanos, que yo les serviré de padre.»

Fitzalan dejó caer la mano sobre el libro, y levantando al cielo los ojos exclamó:

—¡Cómo consuelan estas palabras el corazon de todo padre anciano! Seria un sarcasmo horrible haber inventado los hombres una promesa tan solemne; haberla propagado si no tenian certeza de que habia de cumplirse. ¡No, Dios

no habria permitido que se abusara así de su santo nombre! El anciano podrá dejar tranquilos á sus hijos huérfanos en la tierra, porque el Señor les servirá de padre! ¡Oh, yo prometo dejar á mi hija confiada á su bondad paternal, seguro de que no le abandonará nunca! Lee, hija mia, lee. El Señor ha guiado tu mano cuando has abierto el libro.

Amanda lloraba.

Enjugó sus ojos, y con voz débil y entrecortada prosiguió su lectura.

Fitzalan la escuchó largo rato, con mucha atencion, penetrándose de las palabras y del espíritu del libro, porque se confortaba su ánimo con el convencimiento de que no podia faltar á su hija el amparo de un poder fuerte é infinito, cuando él dejase de existir.

Amanda tuvo que interrumpirse porque las lágrimas la ahogaban; él se volvió á mirarla, y quitándole el libro de las manos la hizo descansar en sus brazos.

CAPITULO LXXIII.

La carta de Oscar.

Para distraer Fitzalan á su hija de las tristes ideas á que entrambos se habian entregado con motivo de la lectura de la Biblia, le dijo que le refiriese todo lo que le habia sucedido en su viaje y permanencia en Londres.

Amanda le refirió con la mayor amplitud y sinceridad todo lo ocurrido hasta que con la señora Devons fué á vivir á casa de la marquesa.

No le ocultó las esperanzas y los temores que habian agitado su corazon con motivo de sus relaciones con Mortimer, ni los esfuerzos hechos por este para inducir á un matrimonio secreto, y la formal negativa que ella sin vacilar un momento le habia opuesto.

Su padre la escuchaba con la atencion mas profunda, y al llegar á este punto, exclamó:

—Bien, hija mia; te has conducido del modo mas grato á mi corazon. Gran dicha es la que recibo de tí, pues me

es lícito gloriarme de tu conducta, así como me irrita mas que nunca ver que á este propósito no ha tenido reparo lord Rosven en abrumarme con tan imperiosas suposiciones.

Amanda estaba íntimamente persuadida de que las suposiciones de lord Rosven no habian nacido de él, sino que le habian sido inspiradas por las personas enemigas acérrimas de su reposo, por las que la habían atraido á su casa para disparar contra ella mas de cerca los emponzoñados dardos de la envidia; mas por consideracion á su padre no quiso revelarle nada de ello, ni los malos tratamientos de que fué objeto desde que entraron en casa de los marqueses de Rosline.

Rogóle Fitzalan que prosiguiera su relacion y se turbó Amanda; faltóle la voz, y en toda ella se mostró la agitacion de su espíritu.

Las dolorosas memorias de lo que habia padecido desde aquella época se renovaban en ella y le causaban las mas crueles sensaciones.

Bien habria querido ocultar á su padre los acontecimientos, pero ni su lealtad le permitia inventar otros, ni podia responder con el silencio á las reiteradas preguntas de su padre.

Fitzalan se conmovió tanto como ella esperaba, y parecia maravillado de que tales maldades pudieran cometerse y de que su hija hubiera podido resistirlas.

—¡Me pasma, dijo, tanta maldad y tanto engaño! Parece imposible que permita Dios á los malos ser tan crueles y á los engañadores tan ingeniosos. ¡Oh mónstruos! ¡No tuvisteis piedad de una criatura jóven, inocente, sin

apoyo; que ningun daño os habia hecho...! ¿Cómo puede respirar su corazon nutriéndose de ódio? ¿cómo no le envenena su propia maldad? ¡Ah! para que á todas partes te siguiera la desgracia, hija mia, el odio que Augusta profesaba á tu madre ha retoñado lozano en su pecho contra tí. Pero no les envidiemos, no, hija mia. La muerte del alma llevan consigo los que la nutren de odio.

Enterado de la inapreciable conducta de Heller para con ella, le dió dinero para que le pagara el gasto que hubiese hecho en su casa.

Amanda le mostró el pesar que le causaba ver que tenia que pagar gastos suyos hallándose en aquel estado, y Fitzalan le contestó:

—No empobrece el pago de las deudas, hija mia; sino muy al contrario. A mas de ser una imperiosa obligacion en mí el pago de ese gasto, lo que tengo ahorrado, si vivimos con mucha economía, nos permitirá subsistir algunos meses, entre tanto que busco un alivio á nuestra suerte. Envia ese dinero, hija mia, al buen anciano que tan bondadoso se ha mostrado contigo y díle que no olvidaremos nunca su bondad.

Amanda y su padre, cada uno por su lado, procuraban distraer al otro de las ideas que podian serle penosas.

No sabia Amanda noticias de su hermano, y entre el natural interés que este le inspiraba y el deseo de apartar de la imaginacion de su padre otros pensamientos, le preguntó:

—Decidme, padre mio, ¿qué es de mi hermano, de quien nada he sabido en tanto tiempo?

—¡Ah! respondió Fitzalan, el pobre Oscar no será en-

vidiado por su dicha! Toma, hija mia, lee la carta mas reciente que tengo de él.

Amanda cogió aquella carta que las manos de Oscar habian tocado; donde habia de encontrar el espíritu de su hermano, y leyó lo siguiente:

«Mi querido padre:

«Con todo el pesar de mi corazon no he contestado antes «á vuestra última carta, como deseaba. Circunstancias «particulares me han privado hasta hoy de hacerlo, y aun «ahora lo hago con poca satisfaccion, por las tristes nuevas «que tengo que comunicaros. Yo bien habria prolongado «mi silencio; mas temeroso de que la inquietud de la duda «no fuera peor para vos que la certeza misma, y conside- «rando que mas tarde ó mas temprano habiais de saber la «verdad, me resuelvo á tomar la pluma.

«Yo sufro mis digustos con paciencia y resignacion, y «como esas cualidades las he adquirido de vos, pienso que «tambien os enterareis de ellos paciente y resignado como «siempre, sobre todo teniendo la seguridad de que la «adversa suerte puede afectarme en todo menos en la «honra, que conservo pura. En medio de todo me queda «el consuelo de que dentro de mi carrera y fuera de ella «me he conducido bien, y esta satisfaccion templa la fuer- «za de mi dolor.

«Por mucho que me duela tener que decíroslo, hace «mucho tiempo que he tenido que mantenerme firme «contra un enemigo poderoso y activo: sin duda vos no «podreis sospechar quién sea este y quedareis admirado al «saber que me refiero al coronel Belgrave.»

Amanda suspendió la lectura.

Inmediatamente se le ocurrió que si su hermano padecia era por causa suya; que fuera de la venganza que de ella y su familia queria tomar Belgrave por la energía con que ella le rechazara, no podia existir otro motivo de ódio en él contra su hermano.

A una mirada de su padre prosiguió leyendo, pero ya lo hizo con el corazon oprimido y como si supiera de cierto que su pobre hermano fuese víctima de su conducta.

«Belgrave, seguia diciendo la carta, ha sido insolente «y perverso conmigo, no porque yo le haya causado directa «ni indirectamente daño alguno, sino porque es enemigo «de la humanidad y yo la he defendido.

«Os ruego, padre mio, que no creais que haya exagera- «cion alguna en lo que os digo: no expongo mas que la «pura verdad.

«Ha sido conmigo grosero é insolente; como si no le «bastara haberlo sido con sus miradas y ademanes, lo ha «sido de palabra; yo no he podido sufrir que se me ultra- «jara de aquel modo y le he desafiado.

«Confieso que no he procedido conforme á lo que la pru- «dencia me aconsejaba; pero me inspiró la pasion nacida «de nobles sentimientos, y sin calcular la consecuencia de «mi arrebato, me aparté de lo que debia haber hecho en «la posicion subalterna que ocupaba.

«Con este motivo, él que, no me cabe duda, buscaba «hacia tiempo un pretexto para perderme ó perjudicarme, «aprovechó la ocasion de ver satisfechos sus deseos y lo ha «logrado. He sido depuesto de mi empleo por un consejo «de guerra que me ha condenado por olvido de la subordi- «nacion. Belgrave era un oficial superior y yo no debia

«defender la justicia contra él, ó cuando menos no debia «indignarme por sus injuriosas maneras. Todos mis com- «pañeros y los demás jefes tambien, creian que despues «de hacer efectiva la sentencia del consejo, se me repon- «dria en el mismo cuerpo ó en otro; mas para eso era me- «nester el consentimiento de Belgrave, que yo no quise «solicitar, ni es de suponer que él hubiese otorgado. Para «que no se gozase en mi triunfo y mi humillacion no qui- «se volver á verle ni hallarme cerca de él. Tomé una re- «solucion grave, y al recibo de estas líneas, padre mio, ya «estaré fuera de mi patria. Os pido mil perdones, padre «mio, por no haberos consultado antes de tomar esta reso- «lucion. No lo he hecho, temiendo que la ternura que me «habeis mostrado siempre os hiciera considerar como un «sacrificio demasiado duro nuestro alejamiento, y que «para detenerme cerca de vos me enviarais auxilios que «podian haceros falta para ocurrir á vuestras necesidades «y á las de mi querida hermana: en cuyo caso, ya podeis «pensar cuán amargo me seria el pan que llevara á la «boca.

«Soy hombre, soy jóven; tengo salud y buen ánimo y «no debo seros gravoso á vos ni á mi pobre Amanda; ya «que no puedo daros, á lo menos que nada os quite. Aun «espero valerme á mí mismo y con el tiempo deciros: des- «cansad, padre mio; que mi trabajo me da lo bastante «para todos. No he querido haceros una visita de despedi- «da, porque si bien el placer de veros habria sido muy «grande para mí, dudo si hubiera sabido arrancarme de «vuestros brazos, y mi deber era partir donde no pudiera «aceptar nada de lo que os es necesario.

«Recibireis carta mia tan pronto como llegue al sitio de «mi destino.

«Me ha sido de grata satisfaccion el saber que nuestra «Amanda se hallaba con la señora Devons. Me parece que «se distraerá agradablemente con ella. ¡Ojalá se haya can- «sado la desgracia de perseguiros y halle mi hermana la «dicha que merece! Mucho me acuerdo de vos, padre mio; «pero tambien me acuerdo mucho de ella!

«Ni uno ni otro debeis pasar cuidado alguno por mí. «Pensad que soy robusto, que no pesan obligaciones sobre «mí y que me siento con buen ánimo para arrostrarlo todo «con entereza y dignidad. Tengo la esperanza de que no «ha de burlar la muerte mis cálculos, y voy á emprender «lo que tengo pensado con toda la actividad y buen celo «de que sea capaz. Pensaré en vos y en mi hermana; me «figuraré que os tengo á mi lado esperando gozar del pro- «ducto de mis esfuerzos, y este pensamiento redoblará mis «fuerzas y garantizará mi acierto.

«Algun dia se convertirá en realidad este mi deseo, y «unidos los tres nos sostendremos mútuamente y compar- «tiremos nuestras alegrías.

«Adios, mi querido padre, repetid, os ruego, á mi her- «mana que la quiere tanto como á vos, vuestro

«OSCAR.»

CAPITULO LXXIV.

Orfandad.

Al terminar Amanda la lectura apenas podia pronunciar una palabra.

El llanto embargaba su voz y la tristeza oprimia su corazon.

Habia abrigado la esperanza de que Oscar obtendria licencia para ir á reunirse con ellos y contribuiria á disipar la melancolía de su padre, que le tenia muy abatido, y al verse defraudada en una materia tan interesante experimentó un gran decaimiento de ánimo.

Imaginó en seguida las penalidades, los contratiempos con que tendria que luchar su hermano para llegar á conquistarse una posicion lejos de su familia y amigos, y despues de todo temia no volverle á ver, y á esta idea corrian copiosas lágrimas por sus mejillas.

—Hija mia, le dijo Fitzalan, no te aflijas así; que me causan ahora mayor pena tus lágrimas que me causó la carta de Oscar.

—Teneis razon, padre mio; yo deberia consolaros y no hago mas que aumentar vuestro desconsuelo.

—No, mi contento supera á todo, Amanda; sé tú mi apoyo y aliento, por Dios; que si tú pierdes la energía, la esperanza, ¿qué quieres que haga tu pobre padre?

Enjugó el llanto la triste y trató desde aquel momento de manifestar su dolor.

Los conserjes del castillo, Catalina y su marido, fueron á casa de Patricio á ver si el capitan necesitaba algo en que pudieran servirle.

Amanda le encargó á él que el dia siguiente fuera á avisar un médico, y á ella le dió la llave de su armario para que le trajera algunos efectos de su uso que habia dejado en el castillo.

Fitzalan comió aquel dia con mas apetito y se encontró mas sereno que los dias anteriores.

A la mañana siguiente se presentó en casa de Patricio el médico mandado llamar, y examinó á Fitzalan conversando largo rato con él.

Antes que se fuese quiso Amanda que le hablara con toda franqueza acerca de su padre.

A este objeto, mientras los dos conversaban los dejó solos bajo el pretexto de que pudieran discurrir con toda libertad, y con una inquietud é impaciencia que pocas veces experimentara, esperó la salida del médico.

Al verle que se despedia, se alejó ella hasta la puerta de la calle, y esperándole al paso, le rogó que le dijera su opinion sobre el enfermo sin engañarla.

—No me gusta engañar á las familias de mis clientes, respondió él. Os hablaré con toda franqueza, señorita. Aquí

tenemos un individuo bastante trabajado por los años y las afecciones morales, ¿no es verdad?

—Es cierto.

—Pues bien, francamente, el individuo se halla en una situacion delicada. Necesita descanso, distraccion, ideas agradables, alimentos sanos, campo, primavera, baños de mar y Dios sobre todo. Ahí le dejo una receta que le aliviará. Me alegro de que me hayais llamado á tiempo; pues si se hubiera dejado agravar el mal, podia darnos qué sentir.

—De suerte que podemos contar con su alivio.

—Es seguro. Yo en esta tierra soy muy conocido y he hecho curas extraordinarias. Por supuesto que no curo á todos los enfermos que se me presentan, porque hay gente que no llama al médico sino cuando la salud ya ha dicho que no volveria. Esta casa no es bonita, pero tiene buena vista. Ahora se han puesto algo caros estos terrenos.

—Vuestras palabras me han tranquilizado...

—¡Ah! ¿con respecto al enfermo? Completamente. Seguid mis instrucciones y podeis dormir á pierna suelta. ¡Qué bonita vista la de toda esta costa! Conque, nada, nada, tranquilizaos, y si ocurre novedad que me avisen al momento.

El médico era buen médico, pues parecia estar distraido.

Saludó con una profunda reverencia y se fué deprisa haciendo el molinete con el baston.

Amanda confió que entre los cuidados del médico y los suyos se pondria bueno su padre, y deseosa de verle cuanto antes completamente aliviado, descuidaba su salud por atender únicamente á la de aquel.

Si él no se lo hubiera prohibido en términos muy severos, habria pasado todas las noches en vela á la cabecera de su lecho.

El desgraciado Fitzalan recibia gran consuelo de ver á su hija tan solícita y cuidadosa, y seguia con toda docilidad las prescripciones del médico; pero la tristeza le devoraba, porque no podia forjarse ilusiones acerca de su verdadero estado.

Conocia que la vida le abandonaba; lo veia, digámoslo así, como veia desaparecer todas las tardes el sol detrás de las montañas.

Si pedia al cielo que prolongara su existencia era sólo para retardar á Amanda el sentimiento que le habia de causar su muerte.

Cuatro dias habian trascurrido desde la visita del médico, y Fitzalan habia ido empeorando de continuo.

Las promesas de alivio no se realizaban: Amanda lo veia y disimulaba mas su inquietud; Fitzalan se sentia á cada momento mas débil, y en silencio se iba despidiendo del mundo.

Ya sólo se levantaba un breve rato por la tarde para que le hiciesen la cama.

Sus labios no proferian una queja; pero el brillo de sus ojos se apagaba, y palicecia y se demacraba por momentos.

Faltábale el deseo de hablar y pasaba todo el dia contemplando á su hija.

Si alguna vez le dirigia la palabra era para recomendarle el valor y la resignacion que iban á serle necesarios para atravesar sola el camino de la vida, y soportar el dolor del triste suceso que no habia de tardar en realizarse.

Amanda al oirle padecia un martirio inexplicable ; mas él aprovechaba todas las ocasiones que podia para darle consejos y reglas de conducta que le habian de ser útiles muy en breve, porque iba á encontrarse jóven , con poca experiencia, sin guia, proteccion ni amparo en la tierra.

Entre otras advertencias, le hizo la de que evitase prudentemente en lo sucesivo toda intimidad con lord Mortimer, único medio, le decia, de salvar su reputacion y conservar su reposo desvaneciendo las injuriosas sospechas de lord Rosven. Huyendo de su hijo le obligaria á reconocer la injusticia con que habia procedido , y se veria obligado á confesar que habia causado un daño irreparable al hombre honrado, objeto de sus ofensivas reconvenciones.

Amanda le prometió seguir al pié de la letra sus advertencias.

Resuelta estaba á evitar en adelante la proximidad de lord Mortimer; pero le parecia inútil la recomendacion de su padre , porque en su concepto Mortimer la habia abandonado del todo , la despreciaba como mujer falsa y miserable y no seria menester esfuerzo alguno para vivir fuera de su intimidad.

Doloroso le era pensar así del hombre que tanto aprecio le habia manifestado; mas no evitaba el recordar sus amores, persuadida de que de todas las pruebas saldria victoriosa , y de que si su padre por un milagro recobraba la salud se dedicaria exclusivamente á cuidar de él , y si desgraciadamente moria , consagraria la vida entera á su memoria.

Pasados desde entonces ocho dias , al levantarse por la tarde Fitzalan, segun costumbre, pidió á su hija que le co-

locara una silla junto á la ventana para respirar el aire puro del campo.

Amanda le acompañó y le ayudó á sentarse.

Fitzalan se quejaba de opresion y su rostro estaba cubierto de palidez mortal.

Hizo sentar á Amanda á sus piés y descansar la cabeza sobre sus rodillas.

Púsole ambas manos sobre la frente y le dirigió las miradas mas tiernas y expresivas.

Habia en ellas tanto gozo como inquietud; tanto cariño y placer de verla como sentimiento de considerar cuán pronto la dejaria de ver.

La tarde era tranquila y serena.

El sol caminaba majestuoso hácia su ocaso, y el mar reflejando sus rayos oblícuos parecia un lecho de oro líquido.

Las ligeras nubes eran como franjas de púrpura y oro, fragmentos de una inmensa decoracion que debiese completar la solemnidad de aquel acto imponente.

—¡Qué hermoso espectáculo! dijo el anciano Fitzalan. ¡Con qué majestuosa pompa, con qué seguridad gira en medio del espacio la brillante majestad de la tierra, haciendo visible á otros mortales la hermosa luz de que nos priva ahora, para volverlo á mostrar mañana á los que sobrevivan á su ausencia! ¡Tal debe ser el fin del hombre honrado sobre la tierra!

—¡Padre mio! dijo Amanda, ¿por qué lo referís todo á ideas de muerte?

Fitzalan abrazó á su hija y respondió:

—¿A qué engañarnos? Ni á tí ni á mí nos cuadra despedirnos con un engaño. La idea de la muerte ya no debe

asustarnos, porque no debe asustarnos la verdad, y nada mas cierto en cuanto á mí, que la proximidad de mi eterno reposo. La voluntad de Dios sea hecha.

Lloraba Amanda como nunca habia llorado en su vida.

Penetrábala el tono de profética sencillez con que hlababa su padre.

Fitzalan la cogió de las manos exclamando:

—¡Oh Amanda de mi corazon! no derrames el llanto que debe servir para las desventuras; piensa que tu padre muere amándote porque eres buena y con toda la honra que podia haber deseado. No llores tú que no tendrás que avergonzarte de mis hechos; no llores tú que me ves como un viajero fatigado que llega al punto donde podrá descansar.

—¡Dios mio! ¡No me arrebateis á mi padre! exclamó Amanda descansando la cabeza en el seno de Fitzalan.

—Hija mia, replicó este; devolver mi cuerpo á la tierra es pagar una deuda. Escúchame; que tal vez dentro de poco no podré hacer llegar mi voz á tus oidos. Cuando vuelvas á ver á Oscar, que espero que será en breve, díle que en mis últimos momentos le envio mi bendicion. Él sabe que otra herencia no puedo dejaros que mi buen ejemplo, mis consejos, mis deseos por vuestra felicidad y mis paternales bendiciones. Yo sé que mas estimais esto que muchas talegas alcanzadas con infamia. Tal vez en la tierra recibireis algun dia la compensacion de lo que habeis padecido. Si así no fuere, si los hombres os fueren adversos, procurad tener siempre por amiga la conciencia. Amanda... estoy fatigado; descansaré un poco en silencio.

Brilló una lágrima en los ojos de Fitzalan y dejó caer la cabeza en la almohada.

Amanda se acercó á la mesa, y mientras cogia un vaso le preguntó si tomaria unas gotas de cordial.

Fitzalan la miró largo rato y le respondió:

—¡Adios!

Resbaló el vaso de manos de Amanda, que corrió al lecho.

Su padre la tendió la mano, pero ya no pudo estrechársela.

Arrojó un largo suspiro y cerró los ojos para siempre.

Dió voces Amanda sin dejar á su padre á quien tenia abrazado, y entraron sobresaltados en el aposento Patricio y su mujer.

Sostuvieron á Fitzalan incorporado en el lecho, le frotaron las sienes y las palmas de las manos; Patricio le llamó por su nombre, Amanda dió gritos como hija, pero Augusto Fitzalan no pertenecia ya al mundo.

Amanda conoció que era huérfana al ver cómo caia en el lecho el cuerpo de su padre desde el momento en que Patricio dejó de sostenerle.

Arrojóse sobre aquel sér inanimado, abrazóle, besóle y como loca le dirigia las frases mas cariñosas y le pedia que la escuchara aun y volviese los ojos á ella.

Patricio sintió quebrantado el corazon por aquella desgracia y hasta su mujer lloró tambien.

CAPITULO LXXV.

Último adios de Fitzalan.

Despues de aquel arrebato, de aquel frenesí que se apoderó de Amanda á la muerte de su padre, perdió el sentido.

Al volver en sí, se encontró tendida sobre un colchon en el suelo.

Abrió los ojos, y conoció que aquel techo y aquellas paredes eran del primer aposento de la casa de Patricio.

Parecióle de pronto que habia estado largo tiempo sumergida en profundo sueño; pero al momento se aclaró su memoria, y cuando comenzaba á recobrar sus ideas, se fijaron sus miradas en un bello rostro que se iba inclinando hácia el suyo.

Reconoció en seguida á sor María, la simpática religiosa de la abadía de Santa Catalina, y sintió que le estrechaban cariñosamente las manos.

—¡Oh caridad! exclamó Amanda.

—¡Oh gozo! contestó sor María; me veis, me conoceis,

¿no es verdad? Dejadme que os abrace y me diga vuestra hermana.

El afectuoso acento de la religiosa conmovió á Amanda.

Despertar y hallar prevenido tan dulce consuelo inspiró á su pecho una dulce paz que no creia poder gozar en mucho tiempo.

Las lágrimas que derramó Amanda en el seno de su amiga, de la que queria llamarse su hermana, eran lágrimas dulces que aliviaban su corazon.

Sor María la tenia abrazada y la estimulaba á que llorase para alivio de su quebranto; y sus dulces palabras eran todas tan sentidas, y al propio tiempo tan espontáneas, que Amanda no se cansaba de oirla y permanecia abrazada á ella como si encontrara en su compañía el mejor consuelo que pudiera esperar en el mundo.

Sor María lloró tambien enternecida por el sentimiento de Amanda, y se regocijaba en su interior del buen pensamiento que habia tenido de trasladarse junto á la desgraciada apenas tuvo conocimiento del fuerte golpe que la habia herido.

Sor María ignoraba el regreso de Amanda.

La mujer de Patricio habia ido á Santa Catalina á buscar ramas de romero para extenderlas sobre el cuerpo de Fitzalan, segun costumbre del país, y entonces se supo al mismo tiempo en el convento la muerte del padre y la llegada de la hija.

Entonces tambien se trasladó sor María á casa de Patricio para ayudar á la familia en lo que fuese útil y suplicar á Amanda de parte de la superiora y de toda la comunidad, que fuera á restablecerse al convento.

Amanda le agradeció sus delicados ofrecimientos; pero añadió que no podia aceptarlos por entonces, pues los deberes que tenia que cumplir no le permitian trasponer los umbrales de aquella casa.

Se admiró de ver que la habian desnudado para acostarla, y sor María le dijo que como habia perdido el conocimiento y Patricio y su mujer temian que no se alterase gravemente su salud, la habian desnudado y acostado, lo cual le parecia muy bien dispuesto.

—Mas ahora, replicó Amanda, ahora ya ha desaparecido el temor; ahora bien podré vestirme.

Sor María, deseosa de que evitase todo lo posible la vista de su padre, le respondió:

—Yo creo, hermana, que antes deberiais descansar tranquila sabiendo que estoy á vuestro lado y recobrar en parte las fuerzas que habeis perdido durante vuestro delirio.

—¡Oh, no, despues, despues! Considerad el poco tiempo que me queda que pasar al lado del que me dió el sér; ¿cómo quereis que permaneciese lejos de él? ¡Demasiado pronto le cubrirá la tierra y entonces ya no le podré ver mas! Tampoco le verá Oscar mi querido hermano que me preguntará un dia qué hacia yo mientras nuestro padre yacia insepulto, y yo tendria que responderle que no le habia visto por hallarme descansando. ¡Oh, no! Quiero levantarme.

El deseo engañaba á Amanda.

Quiso incorporarse por sí sola, y al apoyar las manos en el colchon vió que no podia sostener el peso de su débil cuerpo.

Volvióse con rostro lastimoso á sor María y le dijo:

—No puedo. Si quisierais hacer la caridad de ayudarme...

—Ya veis, hermana, como no tendria razon vuestro Oscar para echaros en cara que en estos momentos hubierais permanecido en el lecho. Estais muy débil, no podeis sosteneros...

—Hermana, dijo con voz suplicante Amanda, es el último esfuerzo, ¡el último! que puedo hacer por mi padre. ¿No me ayudareis de buena voluntad?

Sor María levantó y vistió á Amanda, y le sirvió de apoyo hasta llegar al aposento de su padre, donde queria pasar la noche.

Antes de entrar le dió una bebida para confortarla un poco.

Amanda contempló aquellas facciones venerandas que habian perdido toda expresion, y no apartaba los ojos del cuerpo inerte, pareciéndole imposible que su dolor, siendo tan intenso, no fuese bastante á devolver la vida á aquel cadáver.

Hacia pocos momentos que se hallaban allí las dos, cuando se abrió una ventana de un aposento que habia á la otra parte del huerto y llegaron á sus oidos muchas voces y risotadas.

Como si despertara de un sueño se puso á escuchar Amanda, y dudaba que fuese verdad lo que oia, cuando ciertos cantares desentonados y nuevos gritos y el chocar de los vasos le convencieron de que aquello era real y positivo.

—¿Qué es eso? preguntó con espanto, ¿qué horrible profanacion es esta? ¿Así se hace burla de la muerte y del

dolor de quien ha perdido la prenda mas cara á su corazon?

—No os admireis, hermana, le respondió sor María. Los amigos y vecinos del capitan celebran así la libertad que ha recobrado su espíritu y brindan á su memoria honrándole á su manera.

—¡Oh, inhumanos!

—En algun tiempo de verdadera fe, era esta una costumbre piadosa y se celebraba frugalmente y con solemnidad. Hoy dia, empero, la costumbre ha degenerado por desgracia en escenas groseras...

Los gritos eran tan fuertes, que sor María se calló porque Amanda no podia oirla con tanto alboroto.

—¡Ay! Padre mio, exclamó esta, no bastaba que durante tu vida fueras escarnio de la suerte; preciso es que tambien tu muerte sea profanada por los que se titulan amigos tuyos.

Mientras así decia, penetró en el aposento aquella turba cantando, fumando, con los vasos en alto y saltando con muestras de embriaguez.

Decian todos á gritos cuantas palabras groseras se les ocurrian y brindaban de la manera mas innoble á la memoria del capitan.

¡Oh qué espectáculo fué aquel para la tierna hija que se creia para siempre inconsolable y tenia con el cadáver de su padre mas miramiento que si hubiera estado en disposicion de verle y oirle!

El aspecto de la muerte siempre conmovedor, no tenia imperio alguno en los sentidos de aquella multitud rústica y beoda. Para ellos no habia sobre el lecho mortuorio sino

una señal de que podian entregarse á una borrachera con un pretexto que justificaria á los ojos de sus paisanos todos los excesos de intemperancia á que pudieran entregarse.

Amanda se arrojó en brazos de sor María y le dijo:

—Por Dios os lo ruego, á vos os creerán; decidles que me despedazan el corazon; rogadles que se vayan; que dén otras muestras de aprecio al que fué verdaderamente su amigo, que no paguen sus favores martirizando á su hija.

Sor María, acostumbrada á aquellos excesos brutales, pues los habia visto repetir donde quiera que habia asistido á la familia de un finado, no experimentaba tanta repugnancia; pero comprendió la de Amanda, y suplicó á aquellos hombres que se retiraran ó fueran á cumplir algo mas lejos de aquel sitio lo que ellos llamaban un deber piadoso. Añadió con mucha suavidad que la hija del capitan no estaba acostumbrada á tales usos, y que si bien agradecia el móvil de su conducta, como la violencia del dolor tenia turbados sus sentidos, no podia apreciar lo que aquellas ruidosas manifestaciones significaban.

—Si no lo sabe, replicó uno, que lo aprenda. ¿Ha venido aquí por ventura para trastornar los usos patriarcales del pueblo mas religioso de Irlanda?

—No por cierto, amigo mio, respondió con mucha blandura sor María; ¿cómo quereis que abrigara semejante propósito una persona que es la bondad y la dulzura misma? Ella aprenderá, yo os lo aseguro, á respetar y apreciar vuestras costumbres; pero vos que sois discreto comprendereis que no es este el momento oportuno para ello. La desgraciada no sabe sino que la causa de su dolor es

cierta y que no tiene remedio en la tierra. Compadecedla, vosotros que sois buenos...

—Lo malo es, dijo otro refunfuñando, que uno ya habia hecho el gasto para pasar la noche alegremente segun costumbre...

La mujer de Patricio le interrumpió diciendo:

—Si yo hubiera sabido que esta señorita, despues de las incomodidades que nos ha causado el padre con su enfermedad, se habia de oponer á este desahogo tan natural y justo, no la habria recibido en mi casa. Lo que se hace por el capitan se ha hecho por mi abuelo, y no parece sino que se le cause algun daño cantando y brindando á su memoria. Ya veo yo que cuanto mas señores mas ingratos. Molestias en vida y molestias en muerte: eso es lo que se saca de cierta gente.

Los conserjes del castillo, que estaban entre la turba, se separaron á un lado diciendo que por su parte el mayor obsequio que podian hacer á la memoria del muerto era acceder al primer deseo que les manifestaba su hija, y que en este concepto, no tenian reparo alguno en retirarse á su casa, si los demás no querian continuar la fiesta en otro punto.

A los conserjes se unieron algunos otros que estaban mas serenos ó mas blandos de corazon que la mayoría de aquella gente.

Los que se habian separado hicieron reflexiones á los mas obstinados, que fueron cediendo, sobre todo cuando Catalina para arrancarles de allí les dijo en voz baja:

—Vámonos hoy, que me parece que muy pronto volveremos á tener ocasion de reunirnos y nos lo proporcionará

la misma señorita Amanda que parece ya muerta. Entonces no se opondrá á nuestros antiguos usos.

Una carcajada ruidosa sucedió á aquellas palabras, y se marcharon todos dando voces y volviendo á levantar los vasos en alto.

Alejáronse sus gritos, perdiéndose por fin en el universal silencio, y las dos mujeres quedaron solas en el aposento.

La opaca luz que ponia de manifiesto la miseria de aquella habitacion y vertia sus débiles rayos sobre el rostro de Fitzalan, aumentaba el augusto pavor de aquel cuadro.

Amanda volvió á contemplar á su padre largo rato, y por fin tuvo que apartar de él la vista y ocultar su cabeza en el seno de sor María, que oró con ella.

La buena religiosa era conocida por la exquisita sensibilidad de su alma.

Jamás habia turbado la paz de los risueños ni habia dejado de acompañar con su llanto el dolor de los tristes.

Volvió á aconsejar á Amanda que se retirase á recobrar su tranquilidad al convento donde no encontraria mas que personas simpáticas deseosas de su alivio, que fundaban su contento en el contento ajeno.

Amanda le prometió que despues de enterrado su padre aceptaria aquel caritativo ofrecimiento, y entonces sor María le prometió á su vez no dejarla hasta que hubiese terminado la triste postrera ceremonia.

No sabia cómo agradecer Amanda tantas muestras de piedad, y sor María le repitió con frecuencia que en aquello no hacia mas que cumplir con su deber y justificar la vocacion que le habia hecho tomar el velo.

—Yo me avergüenzo muchas veces, añadió, de oir que nuestra conducta nos impone sacrificios; no hay tal, amiga mia. Así como otros tienen la desgracia de entregarse á pasiones que destruyendo su salud, redundan en escándalo y perjuicio de sus semejantes, mis compañeras y yo tenemos la suerte de complacernos en actos que sirven de algun alivio al prójimo. Para conseguir este fin, no tenemos que mortificarnos, muy al contrario, no hacemos mas que dejarnos llevar de nuestros naturales impulsos. ¿Sabeis cuándo padeceria yo? Cuando tuviera noticia de vuestro dolor y no pudiera venir á acompañaros. Entonces sí que tendria que ofrecer á Dios aquella mortificacion que me resultaria de verme lejos de vos é inútil para vuestro consuelo.

—¡Oh santa mujer! exclamó Amanda volviéndola á abrazar, ¡dichosa quien pudiera imitaros!

A pesar de su postracion, la hija de Augusto Fitzalan quiso permanecer toda la noche dispierta á la cabecera de su padre.

A la madrugada se echaba sobre el colchon tendido en el suelo y dormia sin olvidar su pena, como lo revelaban los gemidos exhalados de su pecho aun en sueños.

Sor María para dormir se echaba sobre el duro suelo, y poniéndose para cubrirse un ligero abrigo, descansaba y de cuando en cuando preguntaba á Amanda si le podia ser útil en algo.

Amanda la admiraba mas y mas viendo que aquel dormir tantas veces interrumpido no podia dar gran descanso á su cuerpo. Pasaba la noche en tristes reflexiones y en vagos delirios.

A veces se sorprendia á sí misma rezando con fervor para que su padre la bendijese por última vez, y fijaba en él los ojos, como si concentrándose en la oracion hubiese de obtener el imposible que pedia.

Otras veces á fuerza de tener la vista fija en el inmóvil semblante, se figuraba que le veia sonreir volviéndose hácia ella.

La tarde del dia cuarto del fallecimiento de Fitzalan era la señalada para su entierro.

Cuando le colocaron en el ataud, padeció Amanda como si aquel cuerpo sin vida pudiera padecer encerrado en tan breve espacio.

Su dolor se renovó como si le viera morir por segunda vez.

No podia resolverse á que ninguno de sus abrazos fuera el último; no podia creer que sus lamentos no recibiesen una sola palabra de consuelo del que siempre se los habia prodigado tan dulces y suaves.

Cuanto mas cierto veia su infortunio, menos se resignaba á creer en él.

Por fin el cuerpo fué llevado al cementerio, y cuando salió de las puertas de la casa parecióle á Amandá que salia con él su propio espíritu vital y cayó sin sentido en brazos de María.

Llevaron en hombros al capitan sus mejores amigos, que eran Patricio, el conserje de Carberry y otros varios excelentes colonos y trabajadores que habian recibido beneficios suyos ó conocian su bondadoso corazon.

Los hombres llevaban gasas y cintas negras; las mujeres cofias negras tambien.

Entre el acompañamiento caminaban graves y severos algunos de aquellos rústicos que pocas noches antes se embriagaban y gritaban como energúmenos, creyendo así cumplir con un deber piadoso ante su cadáver.

El conserje de Carberry, como soldado que habia sido, mandó poner el sombrero y la espada sobre el ataud.

Él y Patricio lo dirigieron todo, señalaron el lugar en que debia enterrársele y se arrodillaron al rededor de la sepultura, á cuya señal hicieron lo mismo todos los acompañantes, que eran numerosos, y rezaron por Augusto Fitzalan.

CAPITULO LXXVI.

Reaparicion.

Mientras iban y volvian del cementerio los aldeanos, Amanda yacia sin sentido en brazos de su amiga.

Fué muy difícil volverla en sí, á causa de su extrema debilidad, y cuando abrió los ojos y vió que no le quedaba ni siquiera el cadáver de su querido padre, comenzó á lamentarse de nuevo.

Las lágrimas que derramó la aliviaron un poco, pero sobre todo recibió el alivio de las caricias de sor María que se mostró pacientísima y amantísima con ella.

En aquella buena religiosa residia el instinto de todos los amores.

Amanda la tenia fuertemente asida entre sus brazos, y tan pronto le parecia oir en ella la amorosa voz de una tierna madre, como el tierno y cariñoso acento de una hermana; ya influia en su ánimo con la superioridad de augusta sacerdotisa inspirada por el cielo, ya le parecia

oir á la miserable esclava que le ofrecia su sangre y su vida si podia servirle de alivio en su afliccion.

Merced á sor María, experimentó consuelos celestiales la desventurada hija de Fitzalan, y quedó sumida en una especie de estupor y de resignacion que no podian menos de serle muy favorables despues de la extraordinaria excitacion en que por espacio de tanto tiempo se habia encontrado.

Sor María alcanzó de ella que aquella tarde misma se dejase trasladar al convento.

Era imposible que pudiera ir por su pié, porque la habian abandonado completamente las fuerzas, y aprovechando el regreso del carro, que habia servido para llevar el cadáver del capitan desde la salida del pueblo hasta el cementerio, la subieron á él para llevarla al convento.

Amanda no supo que era conducida en el carro que habia servido para el postrer viaje de su padre, aun cuando en sus barrotes habian quedado algunas tiras de la percalina negra con que Patricio y el conserje le habian mandado adornar.

Entráronla en la celda de la superiora, que la recibió con todo el afecto imaginable, y dispuso que fuera de ella y sor María nadie entrase á verla por entonces; pues la visita de personas desconocidas no podia serle de provecho alguno en el estado en que se hallaba su ánimo.

Las dos religiosas á fuerza de paciencia y oportunos cuidados la sacaron del estupor en que yacia, y al fin se hizo cargo de su situacion y se les mostró vivamente agradecida.

Ella misma trató de parecer mas tranquila, para evitar

que aquellas buenas mujeres se tomasen nuevas molestias, y aquel esfuerzo que al principio le fué algo penoso, redundó despues en provecho suyo, pero llegó á calmarse un tanto la agitacion de su espíritu y pudo luchar con su abatimiento.

A fin de que la creyeran mucho mas aliviada no se fué á acostar como le aconsejaban, y se quedó recostada en el sillon de la superiora.

Acercáronle una pobre mesita con una taza de té.

Ella no habria querido tomar otra cosa; pero como sor María explicó que por fuerza su debilidad habia de contribuir á retardar su convalecencia, la superiora con muy escogidas frases le supo enseñar que no por regalo del cuerpo sino por cuidado de la salud y la vida debia tomar un ligero corroborante.

Amanda obedeció gustosa, y la superiora se prometió el pronto alivio de la pobre interesante huérfana.

Era víspera de Santa Catalina, y en el convento se preparaba la celebracion de la fiesta de su patrona, que todos los años solia solemnizarse con mucha abundancia de manifestaciones.

Despues que Amanda hubo tomado el té, la superiora y sor María tenian que dejarla, pues toda la comunidad iba á trasladarse á la capilla.

Prometieron volver á su lado en cuanto hubiesen cumplido con sus imprescindibles obligaciones, y como demostrasen mucho sentimiento por temor de dejarla sola, Amanda les dijo para tranquilizarlas, que entre tanto dormiria.

Sor María, así que lo oyó, fué por una almohada y se

la colocó de manera que pudiese descansar cómodamente la cabeza en ella.

Amanda cerró los ojos, y con la soledad y el silencio satisfizo la necesidad que tenia de dormir despues de tan penosas y prolongadas vigilias.

Su sueño fué tranquilo, pero ligero, pues la despertaron unos suaves sonidos que se oian á lo lejos.

Antes de despertar por completo le pareció que aquellas armonías sonaban en lo interior de su corazon, como si dulcemente se separase de ella el espíritu y blandamente se elevara poco á poco á un mundo superior, á un cielo sereno, puro, á una morada infinita de beatitud.

Fuése despertando, y en aquel tránsito suave distinguió los acentos del órgano que la distancia hacia aun mas misteriosos y agradables, y despues las voces de las religiosas alternando con ellos.

No podia recibir Amanda sensacion mas agradable.

Mecida su alma por aquellas melodiosas voces, no se vió asaltada su memoria por los tristes pensamientos que de continuo la afligian, pues todas sus potencias estaban embargadas, y sólo existia para gozar de aquellas deliciosas sensaciones.

Calló despues todo rumor, y al volver á reinar el silencio se sintió mas consolada.

Juntó las manos como si de otro modo no pudiera expresar el consuelo que acababa de recibir, y se asomaron las lágrimas á sus ojos: lágrimas de agradecimiento á quien tanto bien le habia proporcionado.

Mientras se complacia en aquel estado de calma, llegó á sus oidos un suspiro exhalado dentro de la celda.

Volvió los ojos y le pareció que veia á lord Mortimer.

—En otro tiempo, dijo para sí, habria sido esta ilusoria aparicion una de mis esperanzas de consuelo; pero hoy ¿por qué me trae la fantasía las imágenes de lo pasado que no ha de volver y las ideas de consuelos imposibles?

La escasa claridad que penetraba en la celda por las ojivas que sólo recibian segunda luz, no dejaba distinguir bien los objetos.

Amanda, empero, como ya habia tenido tiempo para acostumbrarse á aquella oscuridad, volvió á mirar al sitio donde creyera haber visto la fantasma de su amado y con grande asombro vió que realmente estaba allí.

Quiso incorporarse al verle y volvió á caer en el sillon exclamando con voz débil:

—¡Aquí! ¿Quién ha consentido que penetrara en este sitio...?

Dejó caer la cabeza sobre el pecho, cubriósele el corazon y cayeron sus brazos sin fuerzas para apoyarlos.

Mortimer se le acercó mudo y silencioso, se arrodilló á su lado, le cogió una mano y la llevó á sus labios.

El contacto de sus labios extremeció á Amanda, que recobrándose dijo:

—Milord, ¿qué venís á hacer aquí?

Mortimer respóndió con voz insegura y lenta:

—Vine á saber si la señorita Fitzalan se dignará mirarme todavía como amigo.

Amanda volvió los ojos á él, y viéndole en aquella posicion contestó:

—Mientras permanezcais en semejante postura, milord, nada puedo responderos.

Levantóse Mortimer, sentóse á su lado y dijo:

—Si es así como consentís en responderme, os ruego que habléis: ya os escucho.

—Me habeis hablado de amistad, dijo Amanda, y yo no puedo otorgárosla sin estar segura de la vuestra. Para nadie estoy obligada á imponerme condiciones; para vos sí.

—Fijadlas.

—La primera, milord, es que habeis de honrar y hacer honrar la memoria de Fitzalan, desvaneciendo las injuriosas sospechas que acerca de él concibió en mal hora vuestro padre, creyendo que habia favorecido el mio nuestras relaciones con fines egoistas, indignos de él. Es menester que le expliqueis cómo nació y se fomentó nuestro afecto, hasta convencerle y hacerle confesar que mi pobre padre no tuvo parte alguna en lo ocurrido entre vos y yo. Vos sabeis bien que él me hizo salir de la aldea para alejarme de vuestro lado; que me hizo prometer que no os escribiria á fin de que me olvidarais. Desvanecer por completo esas ideas es para mí la obligacion mas sagrada: es el último deber que debo pagar á mi padre, supuesto que yo fuí la causa de las sospechas que de su nunca desmentida lealtad concibió el vuestro, sospechas que pesan sobre mi corazon como un remordimiento, y fueron parte á abreviar su existencia.

—Os prometo, dijo lord Mortimer solemnemente, que sereis obedecida. Antes que vos me lo exigieseis, habia yo resuelto pagar esa deuda, que considero mas bien mia que vuestra. Hace muy poco tiempo que me son conocidas las calumnias con que vuestro padre fué denigrado en el concepto de lord Rosven; tan poco tiempo, que aun no lo he

tenido para satisfacer mi ardiente deseo de averiguar quién fué el infame calumniador.

—Quizá sea el mismo que me ha rodeado de pérfidas asechanzas; que me ha tendido tantos lazos; que me ha causado tantas amarguras; que me ha sometido á tantos tormentos, haciéndome sufrir todos los dolores imaginables: todos... menos los que son efecto de una conciencia culpable.

—Decidme su nombre...

—Os diré... mi segunda condicion.

Mortimer bajó la cabeza.

—Lo segundo que exijo de vos, milord, es que si oís hablar con menosprecio de Amanda Fitzalan á alguna de aquellas pocas personas cuyo aprecio y estimacion pueden serme gratos, les digais si en vuestro concepto merezco ó no ser despreciada. Vos debeis conocerme algun tanto, milord; habladles de mí por lo que en mí hayais visto, no por lo que podais haber imaginado, y yo lograré mi intento.

Si creeis en mi inocencia, fácilmente persuadireis á los demás á que crean en ella. Si dais crédito á ciertas apariencias, ya lo sé: me considerareis culpable; pero yo puedo aseguraros que me condenan sucesos aparentes guiados y aparejados por la vileza y la mas negra maldad, á fin de perderme en el concepto de mis amigos. Yo he sido estímulo inocente para que se completara una venganza... mal digo; para que se saciara un odio de muchos años, y quizá ha habido el intento de impulsarme á caer en el crímen. Sin duda hubo quien creyó que viéndome comprometida y rodeada de apariencias culpables delante

de la gente no vacilaria en cometer una bajeza, por cuya anticipada vergüenza me habian hecho pasar.

¡Ah! En este momento solemne, el mas solemne de mi vida, cuando acabo de ver á mi padre bajar al seno de la tierra; cuando quebrantado mi espíritu por el dolor mas grave y atormentado el cuerpo por el ayuno, la vigilia y toda suerte de fatigas; cuando me veo en un pié en la sepultura y contemplo la sepultura reciente de mi padre, seria yo la criatura mas indigna de la tierra si me atreviese á afirmar falsamente mi inocencia. Estoy segura que de la tumba misma se alzaria la voz de mi padre á desmentirme. ¡Oh! no. Siendo ahora falsa, cometeria despues del crímen una locura, privándome á mí misma del reposo que aun puedo esperar en esta vida, y del que puedo alcanzar en la vida futura en compensacion de todo lo que en esta llevo padecido.

Lord Mortimer que habia permanecido sentado junto á Amanda, se habia levantado despues, y á medida que ella se animaba en su relato, paseaba con la mayor agitacion por el breve espacio de la celda.

Cuando Amanda con aquel acento de verdad y de sentimiento pronunció las últimas palabras, Mortimer se detuvo, y llevándose ambas manos á la frente, exclamó volviéndose á ella:

—¡Oh Amanda, vuestro acento, vuestras palabras llegarian á convencerme contra el testimonio de mis sentidos!

—¡Dudais! replicó Amanda.

Calló Mortimer sin levantar á ella los ojos.

Amanda prosiguió:

—Lo veo, milord, dudais de mí; no estais dispuesto á

creerme; pero siendo así, ¿con qué objeto habeis venido á este sitio? ¿Veniais para convenceros de que Amanda era culpable? ¿Veniais para oirme acaso confesar que era justo el castigo que el mundo me ha impuesto?

—¡Oh... no...!

—¿Acaso para oir de mis labios que mis culpas habian causado la muerte de mi amado padre? ¿Qué estoy sola en el mundo, sin amigos, sin paz y sin abrigo, lejos de mi hermano cuya residencia ignoro, único sér que puede interesarse por mi bien y llorar conmigo la comun desdicha que nos aflige? ¿Despertaron en vuestra alma generosa algun sentimiento de crueldad y ¡no puedo creerlo! vinisteis á saciarlo? Esperad, milord, y acaso me veais perecer víctima de la mas ruin miseria, y podreis certificar en Londres cómo he sucumbido al hambre y á la desnudez, y mirad entonces bien á vuestro alrededor y vereis algun semblante irradiar con infernal alegría.

—¡No... jamás, jamás! exclamó el jóven lord; mientras yo viva no consentiré que seais presa de la miseria. No, aun cuando fuerais culpable; aun cuando fuerais tan culpable como os han supuesto, no; todavía reinais en mi corazon y no quiero que os veais expuesta á la necesidad. Yo no creo, no debo creer que os propongais engañarme. Mi corazon no da entrada á suposiciones semejantes, y en mis oidos suena vuestra voz con el encanto de la verdad persuasiva y elocuente. Cada gemido vuestro me parece una disculpa; cada lágrima vuestra me parece que desmiente una acusacion; cada palabra vuestra es mas poderosa para mí que la evidencia de lo contrario. Sí, es forzoso, aunque yo no lo sepa, es forzoso que amaños viles, que

pérfidas cábalas, que odios y maldades os hayan reducido á aparecer culpable siendo solamente víctima. Yo confio en vos, yo creo en vos como en la verdad misma. ¿Han ajado vuestra reputacion? Pues bien, yo quiero arrostrar el anatema y compartir el concepto que de vos forme la gente. ¿Han querido manchar vuestro nombre? Tomad el mio, Amanda. ¿Han querido perderos, empobreceros, aislaros para siempre? Venid, pues, á compartir mi caudal, aceptad mi compañía, y sea vuestro destino el mio y no aquel á que quieren condenaros.

Amanda que hasta entonces se habia sostenido con cierta severidad y firmeza, no pudo oir en aquel estado las palabras de Mortimer, y prorumpió en llanto.

—¡Cómo! exclamó él, ¿mis palabras nacidas del mas ardiente deseo de veros feliz provocan vuestras lágrimas, Amanda? ¿Habeis desconocido ya los sentimientos del que llamabais vuestro mejor amigo? ¿Tan lejos está de vos mi corazon que ya no comprendeis su lenguaje? ¡Desventurado de mí!

Amanda sin poder reprimir su llanto le contestó:

—No os pese, milord, de mi llanto, pues me lo arranca vuestra generosidad; me lo arranca tambien la situacion en que me encuentro, que hace resaltar mas vuestro noble proceder.

—¡No me hableis de mí, Amanda!

—Sufrid que os diga lo que sólo á vos puedo deciros. En vuestro concepto y en el mio, milord, las apariencias me condenan. Esas apariencias se presentan á vuestros ojos con el carácter de certeza, y, sin embargo, vos les cerrais la mente y el corazon, y sólo atendeis al buen deseo

que os hace encontrar persuasivas mis palabras y elocuentes mis gemidos. Para sacarme de la triste situacion en que me hallo os arrojais á arrostrar las consecuencias de mi conducta, que os serian funestas si fuese cierto lo que no es mas que amaño y falsedad. Yo me defiendo como debo; yo procuro justificarme, porque mi justificacion es al mismo tiempo la de mi padre; yo me he lamentado en vuestra presencia; pero no quiero que mis lamentos puedan parecer lanzados al aire para conmover vuestro corazon y arrancaros las palabras que acabais de dirigirme. Yo sabré evitar que las interpreteis así. En adelante, lord Mortimer, nuestros corazones podrán estar quizá unidos por una amistad muy estrecha; pero no será íntimo ni frecuente el trato entre nosotros.

—Estais resentida conmigo porque he usado de una lealtad cruel en vuestra presencia; porque no he ocultado las dudas que abrigaba; pero en cambio he sido igualmente leal manifestándoos el efecto que en mi corazon producian vuestras palabras... No me habeis perdonado, Amanda, y yo no puedo estar tranquilo sin vuestro perdon.

—Aunque vuestras sospechas me han lastimado profundamente, os las perdono. Os las perdono tanto mas fácilmente, cuanto comprendo la facilidad con que debieron penetrar en vuestro corazon merced á las circunstancias en que me habeis visto, preparadas unas por la desgracia, otras por la mas refinada crueldad.

—Pero esas circunstancias ¿son inexplicables todavía? ¿Habeis de aparecer siempre culpable? ¿Qué podeis temer ahora para revelar la causa de que haya permanecido tanto tiempo eclipsada vuestra inocencia?

—Nada temo ya.

—Yo recuerdo que en un dia muy amargo para entrambos, me habeis ofrecido una explicacion...

—Que no volvisteis á pedirme.

—¡Es verdad! lo confieso, la creí despues imposible, y por no aumentar vuestra pena, no la reclamé. Al siguiente dia, en vez de explicaciones recibí una nueva herida en el corazon. Vos partiais para Irlanda; yo seguí vuestro camino, y á cierta distancia os ví en un carruaje...

—¡Oh Dios mio, Dios mio! exclamó Amanda, y yo no lo supe, y perdido el conocimiento fuí arrebatada...

Mortimer despues de algunos momentos de silencio, dijo:

—Si creeis en los sentimientos que por vos abriga mi corazon, Amanda; si soy una de las personas á cuyo aprecio aspireis, ¿quereis darme esa explicacion que esperé en vano de vos?

—Despues de haberos oido, os la debo milord. Escuchadme.

CAPITULO LXXVII.

El amor recobra su imperio.

Mortimer se sentó al lado de Amanda, atento á las palabras que iban á salir de sus labios, no para analizarlas y ver si se ajustaban á los hechos de manera que fuesen comprobaciones de la inocencia de ella, sino convencido de que confirmarian el favorable concepto que le merecia y deseoso de que fuese la absolucion del ciego afecto que á amarla le arrastraba.

Amanda le refirió cómo su padre, á la muerte de Malvina, se habia retirado primero á la aldea y despues á las tierras de Belgrave; cómo conocieron á este que se fingia al par del conde de Rosven protector de su hermano Oscar, y cómo les sumergió en la miseria despues que ella rechazó sus infames proposiciones y se le mostró vivamente ofendida.

Por el mismo órden, con brevedad y sencillez le fué refiriendo todos los demás sucesos de su vida, sin olvidar las

instancias de la señora Devons para llevarla á Londres, el frio recibimiento que le habia hecho su tia Augusta y su prima Eufrasia, el odio de aquella á su padre y á su desventurada madre, la repentina mudanza de conducta con respecto á ella, el inesperado ofrecimiento de que fuera á vivir en su compañía...

Al llegar aquí reveló Amanda sus sospechas.

En su concepto, desde el momento en que la marquesa le ofreció su casa, se propuso preparar la escena de la sorpresa con Belgrave para perderla en la opinion de todos aquellos á cuyo oidos llegase la noticia, y aun añadió que las sospechas concebidas por lord Rosven sobre la probidad de su amado padre, nadie sino la marquesa se las podia haber sugerido.

Mortimer recordó entónces que Julia, la doncella de Amanda en casa de la marquesa de Rosline, le habia dicho en la antesala que se veia comprometida por haber accedido á los ruegos y lágrimas con que Amanda le pidiera que dejase entrar ocultamente á Belgrave la noche misma de la sorpresa.

Refirió Amanda todo lo que aquella muchacha fingió descubrirle y el temor que habia mostrado de que la echaran de casa.

Amanda le escuchó con asombro, porque aun no habia calculado que pudiera llegar á tanto el refinamiento de la maldad.

—No la habria creido jamás culpable de tanta bajeza, dijo; la compadezco porque vive en la servidumbre, y en ese estado es muy fácil sucumbir una vez ú otra á los asedios de los poderosos á quienes se sirve; pero fingir temo-

res por haberme servido á mí y llorar refiriéndoos tantas mentiras, me parece prueba de corazon poco sano. Si en efecto la marquesa la despide algun dia, así como os buscó á vos para perjudicarme en vuestra opinion, no será extraño que os busque para descubriros á quién obedecia en aquel momento. Mas ya lo veis: no puedo hacer mas que desmentirla; no puedo probaros que no dijo verdad.

Mortimer le contó tambien lo que la señora Devons habia dicho que sabia por conducto de Lucía acerca de su fuga con Belgrave, dejando abandonado al anciano militar que viajaba con ella, y despues añadió lo que ya habia dicho el ama de llaves de la marquesa respecto del modo como habia recibido Amanda la carta y el billete de banco que él dejaba para ella, y á su prisa por irse en un carruaje de alquiler sola y no con la compañía que él habia ofrecido enviarle con su coche.

—¡Cuánto mas os escucho, lord Mortimer, contestó ella, mas difícil encuentro mi justificacion!

—No os lo digo para que os justifiqueis delante de mí, Amanda; os lo digo sólo para que comprendais qué terrible lucha tienen que sostener mi amor y mi buena fe contra tantos hechos y tantas noticias reunidas para combatir mis sentimientos y hacerme dudar hasta de mi propio juicio.

—Todo se armó contra mí, en efecto, dijo tristemente Amanda. La maldad de Belgrave y el odio de mi tia Augusta se combinaron fácilmente y se aprovecharon de todos los elementos nocivos que iban encontrando al alcance de su mano.

Prosiguió su relacion Amanda, diciendo qué oficios habia desempeñado Lucía para con ella por encargo de Bel-

grave; cómo habia caido en poder de este cuando iba á partir á Irlanda; la salvacion que habia debido á la grosera mujer que la tomó por rival suya, las injurias que tuvo que sufrir de ella; el generoso recibimiento que habia debido al anciano Heller, y por fin el estado en que encontrara á Fitzalan á su llegada.

Al tratar de su padre la abandonó la energía que hasta entonces la sostuviera y habló mas con sollozos que con palabras.

—¡Amanda, á quien amo mas que nunca! dijo lord Mortimer separándole las manos del rostro y estrechándolas entre las suyas; ¡Amanda mas que nunca digna de ser amada! yo no quiero separarme de aquí sin que me autoriceis para tomar vuestra defensa y declarar enemigos mios á cuantos lo sean vuestros.

—¡Ay! respondió Amanda, lo que me pedís es imposible. Me recordais mis gratas esperanzas de otros tiempos, los deseos vehementes de mi corazon; pero nada puede hacerme olvidar mi deber.

—¡Vuestro deber es acaso rechazar mi amparo!

—Es cumplir la solemne promesa que en su lecho de muerte hice á mi padre.

—¡Funesta promesa!

—No, sino muy santa; acordaos de que nació de él y me ayudareis á cumplirla; y si ahora no estais aun en estado de atender á la voz de la razon, yo que no tendria esa disculpa, debo aseguraros resueltamente que esta conferencia será la última entre nosotros.

—¡La última! Eso seria haber prometido abandonarme á mi dolor; dejarme entregado á la desesperacion... ¡oh!

ni vos sois capaz de haberlo prometido, ni hay autoridad ni poder en la tierra para haberos exigido promesa tan inhumana.

—La prevision y el noble deseo de no dar pábulo á las calumnias de los malvados y á las sospechas de los mal advertidos inspiraron á mi padre cuando exigió de mí lo que en vuestra sinrazon llamais promesa inhumana. Si yo la quebrantase, ¿cómo me atreveria á llamarme aun digna hija de Augusto Fitzalan? ¿cómo se desmentiria á los que suponen que sólo miras ambiciosas me hicieron pensar en el opulento lord Mortimer? Conservad vos vuestro caudal, y no participando yo de él tal vez podré demostrar que no lo ambiciono á los que sepan de vos que me habeis propuesto compartirlos. Sólo un acontecimiento podria salvar esta dificultad, pero es acontecimiento imposible. Si yo mañana fuese dueña de un caudal como el vuestro, de suerte que viesen todos que nada iba á ganar en cuanto á intereses materiales uniéndome con vos, y viese claro lord Rosven que la hija de Fitzalan no era lo que desgraciadamente ha creido, entonces sin reparo alguno podríamos vernos y seguir nuestra voluntad; pero el acontecimiento es imposible: Amanda Fitzalan es pobre y no dejará de serlo. Siendo esta nuestra situacion respectiva, ya comprendeis, milord, que lo mas acertado fué lo que me hizo prometer mi padre.

—¡Oh! No veros nunca...

—¡Nunca, milord! No lo intenteis; no turbeis mi reposo; no hagais resonar vuestra voz en mi retiro... Si de algun consuelo puede serviros, sabed que habeis aliviado de un gran peso mi corazon, dando crédito á mis palabras.

—Y vos en cambio, cruel...

—Yo en cambio cumplo fielmente la palabra que he dado, y á vuestros mismos ojos sigo siendo digna de vos. Si me vence la enfermedad, me acordaré en mi última hora de que vos ¡á lo menos vos! creeis en mi inocencia, y eso tranquilizará mi corazon. Si vivo, la idea de que no teneis formado mal concepto de mí me dará valor para arrostrar todas las amarguras de la vida, y sabré que cuando esta me falte no me faltará vuestra estimacion. ¡Qué consuelo seria para mí en mis últimos instantes saber con certidumbre que algun dia podriais exclamar: Amanda no fué una criatura despreciable; al contrario, yo la amaba... como á una hermana, porque fué buena!

—¡Oh Amanda, lo creo, lo creo desde ahora, y en el fondo de mi corazon lo he creido siempre, á pesar de las vagas, atormentadoras dudas que los sucesos mal comprendidos por mí levantaban en mi mente! Y os juro que jamás se ha alejado mi alma de la vuestra, ni puede alejarse de ella mientras me dé aliento. ¡No sacrifiqueis á nimios escrúpulos vuestra felicidad y la mia; no me rechaceis! Vuestro padre que ve desde el cielo mis intenciones os absolverá de vuestra no meditada promesa...

—Lord Mortimer: todavía no tenia idea de cómo soy yo capaz de cumplir con mis deberes. Me vereis cumplir el que contraje con mi padre, y entonces podreis juzgar si soy capaz de haber olvidado los que tengo para conmigo misma.

—No necesito yo recibir semejante prueba.

—Necesito yo dárosla á vos y al mundo.

—¿Qué obligaciones teneis para con el mundo que tanto os ha maltratado?

—No puedo vivir sin su aprecio, lord Mortimer; compadezco á los vanos y á los malvados; pero hay otras personas cuya estimacion es una necesidad de mi conciencia.

—¡Oh si me amarais...! ¿No os tengo yo por inocente?

—Por lo mismo, quiero que lord Rosven vea que no os interesais por quien no lo merece.

—¡Ah, sois inflexible, inflexible! ¡Sois... cruel!

Al pronunciar lord Mortimer las últimas palabras, vió iluminarse la puerta de la celda y aparecer en ella á la superiora y sor María, que iban cada una con una luz en la mano y se detuvieron al umbral.

Lord Mortimer bajó la cabeza para ocultar su llanto.

La superiora y sor María se miraron una á otra sorprendidas y perplejas.

Amanda estaba tan conmovida, que no podia pronunciar una palabra.

Procuró lord Mortimer reponerse, y dirigiéndose á la superiora dijo:

—Siento infinito, señora, haber tenido que penetrar hasta aquí sin vuestro permiso, mientras estabais entregada á vuestras devociones. He llegado hoy mismo á Carberry, tengo la dicha de contarme entre los amigos de la señorita Fitzalan, he sabido su desgracia y vuestro generoso proceder con ella, y no he podido resistir al deseo de visitar inmediatamente esta santa casa, así para manifestar á esta señorita la parte que tomo en su dolor y ponerme á sus órdenes, como para manifestaros la admiracion y el aprecio que me inspiran personas capaces de tanta caridad como sois vos, señora.

—Señor...

—Federico Mortimer.

—Señor Mortimer, dijo la superiora, yo me complazco mucho en ver el interés que os inspira la señorita Fitzalan á quien desearíamos dar todo género de consuelos. En cuanto á la virtud que me atribuís, acepto vuestro cumplido para toda la comunidad; pues la comunidad ha sido quien ha deseado tener en casa á la digna hija del hombre probo que ha recibido ya el premio de sus virtudes.

Mortimer replicó en términos muy corteses á la superiora, y entre tanto sor María se acercó á Amanda.

Encontróle temblando y cubierto de lágrimas el rostro, y le dijo en voz baja:

—Os habeis conmovido mucho y no convenia á vuestra salud. Es menester que os dejeis guiar y os entregueis al reposo.

—¡Decís bien!

—Pues dejaos guiar un poquito por mí. Haced la prueba. Por de pronto conviene que tomeis algo.

—No puedo, amiga mia, no puedo tomar nada.

—¡Oh, es menester que conozcais mejor vuestras propias fuerzas! vais á ver cómo podeis. Se trata nada mas que de un poquito de vino. Si os repugna tomarlo, pensad que lo haceis por mí, y entonces sé yo bien que lo engullireis sin dificultad.

Con mucha diligencia fué sor María á una alacenita á buscar la botella del vino, vertió un poquito de él en una copa y puso en el plato un bizcocho duro.

Sor María habia dejado la luz sobre la mesa y sus rayos daban de lleno en el rostro de Amanda.

Mortimer no habia visto aun cuán pálido y demacrado

estaba aquel bello semblante, y se espantó al ver los estragos que el dolor y la enfermedad habian hecho en él.

Al ver aquellas sienes blancas, aquellos ojos hundidos, aquellas mejillas cóncavas y los labios sin color, se acercó repentinamente á Amanda y le dijo con una ternura que reveló su profundo cariño:

—Mirad por vuestra salud, Amanda, que temo que esté muy quebrantada.

Amanda le miró tristemente, como dándole las gracias por su interés y conviniendo en lo que él decia.

—Sin duda yo tengo en parte la culpa de haberos hecho entrar en agitacion cuando mas necesario os era el reposo. No me lo perdonaré nunca.

—Milord, no os achaqueis lo que no debe pesar sobre vos. Otros podrian temer con algun motivo ser causa de mis pesares.

Así dijo Amanda; pero los esfuerzos que habia hecho para arrancar de su corazon el amor que á Mortimer profesaba; los recuerdos dolorosos que habia tenido que evocar para justificarse á sus ojos; la pena que experimentó al ver que él le ofrecia su mano cuando ella no podia aceptarla, habian acabado de aniquilar aquel cuerpo débil que ya tan duro quebranto padeciera.

En aquel momento pensaba ella que en medio de su orfandad ¡le habria sido tan grato poder admitir los cuidados de lord Mortimer! ¡Qué suerte tan diferente la suya, si la calumnia no se hubiera cebado en ella! En vez de huir del hombre á quien amaba se habria unido á él mas estrechamente que nunca; en vez de buscar la calma en

la austera soledad de un convento la habria encontrado en sus amorosos brazos!

Desear una felicidad; tenerla al alcance de la mano y rechazarla por exigirlo así el decoro... ¡esto hacia Amanda, burlada, escarnecida por los que debian haber sido su amparo; abandonada á los piés del cadáver de su padre!

Pero aquel doloroso sacrificio se revelaba bien evidente en su deplorable estado.

Sor María se acercó á la superiora y dijo:

—En efecto, nuestra amiga está muy mala. Mandadme, os ruego, que la acompañe al lecho inmediatamente.

—Sí, añadió Mortimer; la señorita Fitzalan tiene sin duda necesidad de reposo. Os lo deseo completo; pero antes de partir, decidme; si estas buenas señoras me permiten volver aquí mañana, ¿podré tener el consuelo de veros?

—Ya sabeis que es imposible.

—¡Imposible lo que depende de vuestra voluntad!

—No os engañeis, milord. Conoceis mi promesa: os he dicho ya que esta conferencia seria la última entre nosotros.

—¡Y vuestra resolucion ha de ser irrevocable!

—No es mia la resolucion, milord, sino del que ya está en el cielo.

—¡Os negais á verme, despues que me habeis convencido de que mereciais mi cariño! ¡Me dais el atractivo y me negais la satisfaccion! ¡Oh si yo pudiera creer que no es cierto el efecto que decís profesarme...!

—Creedlo, replicó Amanda, si preferís vivir con la idea de que sois engañado y la engañadora soy yo. Así vivireis en paz y vuestro corazon no deberá á nadie nada.

—¡Ah cruel! ¡sois toda ingenio para martirizarme...!

Lord Mortimer se detuvo al ver que á pesar de su aparente firmeza, Amanda no podia contener el llanto.

—Caballero, dijo la superiora interponiéndose entre ellos y hablando con cierta severidad, vos sin duda no veis que estais haciendo llorar á un ángel.

—¡Ah señora! Nadie puede ver con mayor dolor que yo las lágrimas de Amanda.

—Pues bien, respetad su dolor...

—Os pido mil perdones, señora, y parto. Cuando la señorita Fitzalan se encuentre mas aliviada, yo os suplico que os entereis por sus propios labios de todas las circunstancias de nuestra amistad; estoy seguro de hallar en vos mi mejor abogada y aun la persuadireis á que no me rechaze como habeis visto que lo ha hecho.

—Perdonad, pero yo no debo aspirar sino á las confianzas que esta señorita, sin ruegos mios, se digne hacerme. Por lo que he visto en ella debo deciros que creo su comportamiento conforme con la prudencia y las leyes del decoro. Nos ha hecho merced á todas eligiendo este humilde y pobre asilo, y no abusaremos de su bondad y delicadeza ni haremos nada para dar carácter de proteccion á lo que es un deber entre nosotras. No podré yo ni podrá nadie excitarla á recibir visitas que ella crea no serle convenientes.

—Comprendo, dijo gravemente Mortimer, toda la rectitud de vuestros propósitos y no puedo menos de aplaudirlos. La señorita Fitzalan, estoy seguro de ello, os dirá que en cuanto á mi visita de hoy no puede merecer su desaprobacion, conociendo el móvil que me ha guiado. No debo

importunaros mas; pero confio en que no permanecereis siempre inflexible.

Saludó respetuosamente, lanzó una mirada expresiva á Amanda y paso á paso se fué dirigiendo á la puerta.

Las tres mujeres estaban inmóviles.

Él se detuvo al llegar al dintel y se pasó la mano por la frente.

No podia resolverse á dejar aquel sitio.

Volvió á acercarse al sillon de Amanda y con voz muy conmovida le dijo:

—¡Tenia tantas cosas de que hablaros! ¡Me es tan doloroso dejaros en ese estado! ¡Vine tan persuadido de que no me despediria de vos sino como un amigo, á quien hariais prometer que volveria muy en breve...! Quiero que conozcais todos mis pensamientos: me voy deseando vuestro pronto alivio, esperando que cuando os halleis restablecida, robusteciéndose vuestra mente varieis de resolucion. Me he dejado llevar tal vez de mi impaciencia; pero vos me lo perdonareis. Si en algo he podido disgustaros, achacadlo á la vehemencia misma del cariño, y no olvideis que sin vos no puede haber para mí felicidad en la tierra.

Alargóle la mano, y Amanda al cabo de un breve rato le dió la suya.

Estrechósela apasionadamente y dijo.

—¡Oh Amanda!... Decidme hasta mañana.

Amanda no pudo responder.

—Este silencio... ¿cómo debo interpretarlo?

Ella procuró desasir su mano de la de lord Mortimer que volvió á preguntarle con afan:

—¿Hasta cuándo?

—¡Hasta nunca! respondió Amanda con tono solemne.

Mortimer dejó caer la cabeza; y reprimiéndose para no prorumpir en sollozos, hizo un esfuerzo supremo y salió de la celda.

Tambien Amanda se habia hecho gran violencia para contener su llanto, y cuando dejó de oir sus pasos se llevó precipitadamente el pañuelo á los ojos.

Sor María cogió una luz y salió detrás de Mortimer porque los corredores estaban oscuros.

La religiosa habia conocido á lord Mortimer.

Habíale visto la tarde que paseando por las ruinas estuvo él esperando en vano que acudiese Amanda á la cita, y si entonces llamó su atencion, la sentia doblemente excitada en aquellos momentos viendo en él á un amigo de Amanda.

Mortimer se serenó un poco al recibir la impresion del aire frio, y se detuvo cuando iba á salir del pasillo, viendo que sor María le daba las buenas noches y no parecia dispuesta á seguir mas adelante.

Fijó sus miradas en aquel rostro, que pregonaba la bondad del corazon de la religiosa, y le dijo con acento triste y afectuoso:

—Aunque sin ningun título para pediros nada, desearia merecer de vos un obsequio, hermana.

—Obligacion nuestra es, respondió ella, favorecer á nuestros semejantes, dentro de las prescripciones á que estamos sujetas.

—Yo me dirijo mas bien á la amiga de Amanda que á la religiosa.

—Podeis hacerlo, porque en verdad la quiero de todo

corazon; pero mi amistad, os lo advierto, no puede obligarse á nada que sea contrario á mis votos.

Mortimer sacó su bolsillo y dijo:

—Yo sé que el convento es pobre y sentiria que por esta causa se viese Amanda privada de auxilios que pudieran serle necesarios. Si vos os dignarais aceptar para ella...

—Me es imposible, señor.

—Aceptadlo, pues, para el convento. Supongo que esta casa no será la única que se niegue á admitir los dones de las personas que tengan devocion al santuario.

—Lo que puedo deciros es que las que vivimos bajo la obediencia de la madre superiora no estamos autorizadas para recibir limosnas de ninguna especie.

—Podreis, sin embargo, encargaros de hacer pasar á sus manos lo que se os entregue para ella.

—Estando ella visible y hallándonos dentro de la casa, no podemos.

Mortimer hizo un ademan de despecho.

—Id sin cuidado, señor, le dijo cariñosamente sor María; pobre es nuestra casa, pero no lo es en caridad, creedlo, y la señorita Fitzalan no carecerá de nada. Ahora, buenas noches; que no nos es permitido pasar estos umbrales despues de encendidas las luces. Desde aquí vereis la puerta: es hácia la izquierda El Señor os acompañe.

Retiróse la religiosa, y Mortimer quedó solo y pensativo, sin moverse de aquel sitio.

Por fin la calma de la noche y la soledad y el silencio en que estaba envuelto el convento influyeron algo en su ánimo, y se alejó con pausa de aquel sitio donde dejaba á Amanda, huérfana, débil, enferma y bajo el peso del in-

menso sacrificio que le imponia la promesa hecha á su padre en los últimos momentos de su existencia.

Sor María explicó á la superiora lo que con él le habia pasado, y esta dió la mas completa aprobacion á su conducta.

Las dos religiosas con sus demostraciones de cariño procuraron el alivio de la pobre enferma.

Ella les agradecia en su corazon la buena voluntad que le demostraban, y silenciosamente comparaba su agitada vida con la de aquellas pacíficas mujeres que sin negarse á todo trato humano, se consagraban á la oracion y al alivio de los males ajenos.

Sor María y una de sus compañeras acudieron con tanto silencio como presteza á lo que mas urgia para el descanso de su querida huéspeda enferma.

El contento con que la servian sólo podia compararse con el pesar que les causaba verla tan decaida de ánimo.

En una celda contigua á la de la superiora colocaron una cama para Amanda, y al lado mismo trasladó la suya sor María para estar en disposicion de servirla durante la noche.

CAPITULO LXXVIII.

Ojeada retrospectiva.

El lector recordará que lord Mortimer habia quedado en Londres sumido en la mayor afliccion á la llegada de su tia Marta Dormer que se habia apresurado á ir á verle, contando que venceria la resistencia de lord Rosven y tendria el gusto de ver por su mediacion casado á su querido sobrino con la mujer á quien amaba.

En vano la buena señora trató de consolar á lord Mortimer con sus caricias: el golpe que este habia recibido era demasiado fuerte.

Habia visto á Amanda reclinada en el hombro de Belgrave en el carruaje y cerca de la quinta de este; habia visto que desdeñaba servirse de su coche y aceptar la honrada compañía que él le ofrecia; habia oido la falsa relacion del ama de llaves... ¡ya nada le quedaba que esperar!

Ni el tiempo, ni las distracciones, ni los consejos de su padre, ni el evitar la presencia de la marquesa y Eufrasia, nada bastaba á mitigar su dolor.

El aire que es indispensable á nuestra respiracion le ahogaba; el bello sol le parecia creado para iluminar su desventura ante los que gozaban de las dichas del mundo; la visita de las gentes cansaba sus ojos y aturdia su cabeza el ruido. La soledad le abrumaba como si le estuviera recordando que á eterna soledad quedaba condenado en los mas bellos años de su juventud.

Mortimer amaba... pero ¡qué poco se parecia su corazon á los corazones vulgares, abiertos sólo á la pasion; que no se satisfacen si no logran dichas ambicionando las dichas ajenas!

En aquellas circunstancias se reveló la excelente índole del hijo de lord Rosven.

—¡Infeliz Amanda! exclamaba. Se ha dejado seducir por el infame Belgrave; pero ó se arrepentirá bien pronto de su desliz viendo perdida su propia estimacion, ó la hará arrepentir él con su abandono; pues al ver satisfecha su ansia de placer, la dejará sumida en triste duelo, la arrojará de su lado, y tras un breve dia de falsas caricias, se verá condenada á toda una vida de desprecios.

¡Si mi voz pudiera llegar á sus oidos! ¡si antes de recorrer toda esa carrera de perdicion llegase yo á tiempo de arrancarla de la funesta senda y volverla al buen camino! ¿No le debo por ventura algun sacrificio en cambio de las sanas ideas que en otro tiempo me ha inspirado? ¿No fué ella quien me enseñó á compadecer muchas miserias, á desear el bien ajeno como el propio, á amar, en una palabra, como desearia yo ser amado? No por sus extravíos de hoy debo olvidar sus beneficios de ayer; si aun es tiempo

el devolverla á la virtud, yo debo aspirar á la gloria de conseguirlo.

Resuelto á librar á Amanda del seductor infame, aun cuando tuviera que ponerse en lucha abierta con este, resolvió salir de Londres.

Su propósito era ver á Fitzalan, y en caso de no encontrar con él á su hija, consultarle los medios mas á propósito para alcanzar su noble intento.

Persuadió á su padre de lo conveniente que seria para los intereses de la casa un viaje suyo al país de Gales y le encontró muy bien dispuesto.

Lord Rosven creyó que así se alejaba de Amanda y dejaba de ocuparse de ella, y que de ahí comenzaria á nacer el olvido completo de su amor.

En esta confianza se prometia que al volver su hijo á Londres podria tratar con él, con mas esperanza de no ser desairado su matrimonio con Eufrasia.

Mortimer sabia bien que no era virtud solamente lo que le impulsaba á correr tras la hija de Fitzalan.

A veces veia muy claro que la amaba á pesar de creerla sumida en la bajeza y el vicio.

Amaba en ella las primeras sensaciones que le habia hecho experimentar: amaba en ella su propio amor como les sucede á todos los enamorados.

Avergonzábase de su debilidad; pero en vez de combatirla, la escondia á todas las miradas ya que no le era dado esconderla á las suyas mismas.

Una vez formada su resolucion, corrió, voló, anduvo sin descanso; se exasperó por tener que esperar veinticuatro horas un buque que se hiciera á la vela para las costas de Irlanda.

Desde la costa tomó una berlina y con un criado se dirigió al castillo.

Recibia consuelos pasajeros de las esperanzas que él mismo se formaba; pero pasado un breve momento, le volvia á devorar la fiebre de las impaciencias y le abrumaba la idea de que se habia propuesto un imposible.

A cosa de una milla del castillo de Carberry se encontró con un triste concurso de gentes que acompañaba un ataud colocado en un carro.

Mortimer no era supersticioso; pero aquellos semblantes tristes, aquella sensible y fúnebre solemnidad, le llenó el corazon de pesar.

Entre los que iban en la comitiva conoció al conserje del castillo y le llamó.

El buen hombre se separó de sus compañeros y fué á saludar á su amo.

—¿Quién es el hombre que así os tiene conmovidos á todos? le preguntó Mortimer.

—¡Ay milord! Un hombre que era un modelo de bondad para con todo el mundo. ¿Veis el gran número de acompañantes que lleva? Pues no es porque les haya dejado ninguna manda; porque el desgraciado era pobre mereciendo ser muy rico; y con ser tan pobre, todos los que acompañamos sus restos tenemos favores que agradecerle.

—¡Así desaparece la virtud de la tierra, y los malvados triunfan! dijo Mortimer. ¿Cómo se llamaba vuestro amigo?

—Amigo mio era; pero lo era de todo el mundo y vuestro y de vuestro padre tambien. Se llamaba Augusto Fitzalan...

—¡Augusto Fitzalan!

—Y era el mas honrado administrador del castillo de Carberry, que todo lo que vale hoy dia es muestra de su buen celo.

—¡Augusto Fitzalan! repitió Mortimer; ¡oh, ya es mas cierta que nunca la desventura de Amanda, que sabe Dios cuándo tendrá término!

Inmediatamente se le ocurrió que su padre podia tener alguna parte en la desgracia del honrado capitan, pues sabia por él el contenido de la carta que le habia escrito excitado por la maledicencia de la marquesa, que no descansaba en labrar su ruina.

La idea de que por causa suya se viese huérfana Amanda; el recelo de que por causa de su frialdad con Eufrasia hubiese precipitado la marquesa su venganza, le hizo sentir lo que en su vida habia sentido; porque al imaginar la culpa conoció el remordimiento.

No podia suceder otra cosa con aquel carácter bondadoso y aquel corazon delicado en todos sus afectos.

—¡Augusto Fitzalan! repetia meneando la cabeza; ¡aquel á quien mi padre solia llamar el honrado Fitzalan!

—¡Ah! vuestro padre le conocia bien si así le llamaba. Por esto nos asombró á todos que con tanta precipitacion abandonase el capitan el castillo y los papeles y dejase de administrar lo que únicamente por él ha sido bien administrado.

El pobre conserje decia estas palabras llenos de lágrimas los ojos.

—¡Desgraciado de él, dijo Mortimer, y mas desgraciado aun el que tenga la culpa de su muerte!

—Así debe ser, contestó el conserje. Al pobre capitan

le pesaba mucho la vida. Grave carga fué para él desde que resolvió abandonar el castillo. Eso todo el mundo lo ha visto.

—¿No tenia algun amigo, algun hijo á su lado? preguntó Mortimer con voz trémula.

—Ahora últimamente sí, señor; pero ya llegó tarde.

—¿Quién?

—Su hija...

—¡La señorita Amanda!

—Creo que no tenga otra, porque el otro que tiene es varon.

—¿Y ha estado junto á él?

—Llegó hará cosa de diez dias; cuando ya el capitan mas muerto que vivo se habia aposentado en la miserable vivienda de Patricio y se le veia perecer por momentos.

—Y su hija..

—¡Ah, pobre señorita! Mucho me temo que tarde poco en seguir el camino que su padre.

—¡Qué decís!

—La verdad, señorito.

—Pero... ¿está enferma?

—Cuando os digo... ¡Si vierais cómo está... En fin, ¿para qué hablar de ella?

—Al contrario: deseo mucho enterarme de su estado. Creo que su padre fué un leal servidor del mio.

—¡Oh! en cuanto á eso... el mas leal de todos: mas que yo, milord, que no siento nada que me remuerda la conciencia.

—Pues bien: deciais que su hija...

—Es muy buena y muy amable y toda ella respira

honradez y nobles sentimientos; pero está desmejorada... ¡Ah! no podeis formaros una idea.

Mortimer sintió desgarrado el corazon al oir aquellas palabras.

Sentia acudir las lágrimas á sus ojos, y para no dar que pensar al conserje le hizo seña con la mano de que se alejara.

El hombre no le entendió, y permanecia por respeto inmóvil y callando delante de él.

Por fin Mortimer dominando por breves momentos su conmocion le dijo:

—Retiraos, amigo, id á reuniros con vuestros compañeros y rendid el último tributo de respeto al honrado Fitzalan.

Fuése el conserje y Mortimer permaneció meditabundo.

Allí estaba Amanda; cerca de él...; pero ¡en qué estado!

El haber vuelto al lado de su padre le inclinó á creer que se habia arrepentido de su conducta y habia abandonado á Belgrave.

No se atrevia á imaginar en qué condiciones se habria alejado su seductor.

Belgrave era audaz y nada tenia que aprender en la carrera de los vicios. La relacion que el ama de llaves de la marquesa le habia hecho de su última escena con Amanda no le permitia ya pensar que pudiera abrigar esperanza alguna de su inocencia.

Si Amanda por su propia voluntad habia dejado pronto la quinta del coronel para arrojarse en brazos de su padre, ¿habria llegado á él sin mas virtud que la del arrepentimiento?

Si este era tan poderoso que la hubiese obligado á confesar la verdad á su padre moribundo, era indudable que el desgraciado Fitzalan no habria podido resistir al peso de la infamia y habria sucumbido aumentando los remordimientos de su hija.

¿La habia perdonado Fitzalan en su última hora? ¿habia creido en las muestras de arrepentimiento de Amanda?

¿Aquella escena de muerte; al ver á su padre en aquel trance postrero, habia influido bastante en Amanda para que en lo sucesivo no se dejase llevar de pasion alguna que la encaminara al mal? ¿Tendria el valor y la abnegacion necesarios para rescatar con su conducta futura las faltas de su vida pasada?

¡Ah! él deseaba amarla siempre, y torturaba su imaginacion para que se la presentara digna de ser amada!

CAPITULO LXXIX.

El buen corazon de Mortimer.

Inclinado á creer de Amanda todo lo bueno que racionalmente pudiera esperarse de ella, despues de las faltas que equivocadamente le atribuia, se horrorizó recordando las palabras que el conserje le habia dicho acerca del estado de su salud.

Temia para ella que al proponerse hacer una vida de expiacion la muerte le robase aquel medio de redimirse de sus culpas.

Deseaba ardientemente verla, hablarle, aconsejarla tal vez; ofrecerle su apoyo en medio de su desamparo, y veia que la ocasion no era á propósito para ello.

—Si no la viese más... dijo para sí estremeciéndose; si sólo pudiese verla para darle el último adios y asegurarle que la perdonaba de todo corazon... Si mis palabras tuvieran suficiente eficacia para devolverle la vida...

Agitado por aquellos pensamientos quiso tentarlo todo por verla cuanto antes, y dijo al cochero:

—¡Anda!

—¿Hácia dónde, milord?

Mortimer sabia que era inútil buscar á Amanda en el castillo, pues debia hallarse en casa de aquel Patricio que el conserje habia nombrado.

Por otra parte, por decoro de la misma Amanda, no le parecia bien andar preguntando por el pueblo dónde vivia aquel hombre, sobre todo siendo difícil encontrar en aquellos momentos á quién dirigir la pregunta, pues casi todos los aldeanos se hallaban en el cementerio.

El cochero estaba con la cara vuelta hácia él esperando sus órdenes.

Tuvo por mejor acuerdo bajar del coche y decir que cochero y criado fuesen al castillo, donde él iria despues.

Tomó una estrecha vereda, y despues de un largo rodeo fué á parar á una de las paredes laterales del cementerio.

Desde allí escondido entre unos corpulentos árboles vió bajar el ataud de Fitzalan á la sepultura.

Las buenas gentes que le acompañaban no fiaron nada al cuidado del sepulturero y por sí mismos desempeñaron todas aquellas tristes faenas.

Desde allí les oyó celebrar las virtudes del difunto y enumerar algunos de sus rasgos de caridad que les hacian derramar lágrimas.

Permanecieron buen espacio de tiempo al rededor de la sepultura y al fin se retiraron con el dolor retratado en los semblantes.

Hasta en el modo respetuoso de recoger el baston y el

sombrero de Fitzalan se conocia el sentimiento que dominaba á aquellos hombres.

Cuando ellos salieron, Mortimer no pudo resistir á un movimiento de veneracion á la memoria de aquel honrado anciano, y saltando por un sitio donde se habia desmoronado la tapia, penetró en el cementerio.

—¡Hé aquí, dijo, cómo se ha desvanecido el valor, cómo se ha extinguido la virtud! No corrió tras la fama y las riquezas; se contentó con que el sol de la honradez iluminara su oscura existencia; no invadió el lugar de nadie, se redujo á los mas estrechos límites, y sin embargo la malicia de los hombres le ha arrojado de la tierra antes de tiempo, como si fuese uno de aquellos séres que absorben la vida de los demás. ¡Ah! duerme en paz, tú que has dejado á los hombres el ejemplo y la memoria de tus virtudes! ¡Duerme en paz! Yo habria sido dichoso á tu lado, endulzando tus amargos pesares, adormeciéndolos y haciéndote considerar la muerte no como una venganza de los hombres, sino como un grato reposo; porque no habria sembrado la inquietud en tu pecho el temor de dejar sin amparo á tu hija!... ¡Mas yo te prometo velar por ella y por su hermano; yo te prometo compartir contigo la obra de la paternidad; si no puedo igualarte en el cariño que les profesaras, á lo menos mi amparo no les será negado jamás!

Conmovido profundamente se alejó lord Mortimer de aquel sitio, y triste y pensativo emprendió á pié el camino de Carberry.

El conserje se habia apresurado á encender la chimenea del cuarto que ocupara Amanda.

Aquel aposento conservaba cierto sello de elegancia que no tenian los demás: era el mas limpio y aseado y por eso lo prefirió el conserje para el hijo de su amo.

Otros habia mas cómodos tal vez para él; pero los unos apenas tenian nada ordenado, y los otros estaban cerrados desde que Fitzalan salió del castillo.

Apenas entró Mortimer en aquel aposento, se acordó del dia que habia visitado en él á Amanda y experimentó un estremecimiento doloroso en todo su sér.

Todo cuanto allí habia le iba recordando los felices momentos que debia á la hija de Fitzalan, y el recuerdo de las dichas pasadas le hacia menos soportable su tristeza presente y le hacia considerar con miedo su porvenir.

Separado de Amanda, no se sentia con valor suficiente para arrostrar las penosas é interminables horas de una larga vida.

Paseaba agitado por el cuarto y de cuando en cuando se le oia exclamar:

—¡La muerte! ¡la muerte!

Los criados que acaso pasaron por delante de la puerta de su cuarto se alarmaron todos, y el conserje se acercó dos ó tres veces á su lado, haciendo ruido para distraerle de los lúgubres pensamientos en que le veia abismado.

Aquella indirecta advertencia hizo poner sobre sí á Mortimer, que no quiso dilatar el momento de ver á Amanda.

Preguntó dónde estaba la casa de Patricio, y el conserje le dió sus señas, añadiendo:

—No sé por qué me figuraba yo que milord no conocia al pobre viejo.

—En verdad no le conozco á él; pero me parece que no

cumplo bien con el desgraciado Fitzalan, si no voy ahora mismo á ofrecer mis servicios á su hija.

—En ese caso no debe ir milord á casa de Patricio.

—¿Por qué?

—Porque ya no encontraria allí á la señorita Fitzalan.

—¿Pues ha salido por ventura de la aldea? preguntó Mortimer alarmado.

—Sí, milord.

—¿A dónde ha ido?

—Al convento de Santa Catalina. Aquellas buenas religiosas han mostrado empeño en asistirla, viéndola tan decaida.

En medio de su pesar, respiró Mortimer mas consolado sabiendo que Amanda no estaba lejos de aquel sitio.

Su impaciencia por verla era tal, que salió inmediamente del castillo para dirigirse al convento.

El conserje le siguió algunos pasos preguntándole si queria que le acompañase, y él sin detenerse le respondió que queria ir solo.

No se acordó de que tenia necesidad de tomar alimento, pues apenas habia comido cosa alguna durante el viaje, y emprendió el camino precipitadamente, tanto mas, cuanto por ser la hora avanzada, temia que no estuviesen ya cerradas las puertas de aquel tranquilo retiro.

Pensaba Mortimer por el camino, que en llegando al convento, si estaba abierto, llamaria á una religiosa, le diria su nombre y le suplicaria que le guiase á donde estaba la señorita Fitzalan, si estaba visible; mas al llegar allá estaban todas las religiosas solemnizando la funcion de que hemos hablado, y sólo halló al paso una criada,

que fué la que le dijo que todas las hermanas estaban en la capilla y la señorita enferma en el cuarto de la superiora.

—¿Sabeis si puede recibirme? preguntó él.

La pobre criada, que no estaba acostumbrada al trato de la gente, se quedó embobada mirándole sin responderle.

Mortimer se hizo cargo de que no le habia comprendido, y disimulando su impaciencia repitió su pregunta en otros términos.

—¿Está tan enferma la señorita, dijo, que no se pueda entrar á visitarla?

—No, milord, respondió ella. Yo entré en la celda agua para hacer el té y ví que no estaba en la cama, sino en un sillon que tiene la señora superiora, muy bueno para echar siestas.

—Pues bien, hacedme el favor de subir á la celda y preguntad á la señorita Fitzalan si puede recibir á lord Mortimer.

Para acabar de embobarse sólo necesitaba saber la criada que estaba hablando con un lord.

Se turbó en tales términos que sintió los piés clavados en el suelo y no sabia á dónde dirigir las miradas, porque en todas partes encontraba las del lord fijas en las suyas.

Mortimer, que no sabia á qué atribuir aquella inmovilidad, le puso en la mano una moneda de oro, y dándole suavemente en el brazo le dijo:

—Andad, buena mujer, andad, que mi visita quizá sea útil á la enferma.

La criada, como electrizada por el contacto del oro y de aquella mano aristocrática, echó á correr hácia el pasillo de las celdas, pero á la mitad de la escalera ya se le habia

olvidado el nombre del lord y no le era posible dar el recado.

Por no pasar por torpe y por no dejar sola su cocina, creyendo además que no estando en cama la señorita Fitzalan estaba bastante buena para recibir visitas, volvió atrás y dijo á Mortimer que bien podria subir sin reparo, y le dió las señas de la celda de la abadesa.

Entró Mortimer en ella, y viendo en medio de la oscuridad á Amanda en el sillon, esperó á la puerta que le mandase entrar.

Amanda no se movia.

Mortimer se acercó á ella y vió que tenia los ojos cerrados.

No pudo creer que se hubiera dormido supuesto que hacia tan poco rato habia dado el recado á la criada.

Temió que estuviera desmayada y se persuadió de lo contrario, pues suspiraba tranquilamente.

Creyó entonces adivinar que la criada no le habia dado aviso de su llegada, y así comprendió la agitacion con que con turbada lengua le habia dicho que bien podia entrar á verla, pues aun no se habia acostado.

Detúvose en el sitio desde donde podia contemplarla, y se entristeció profundamente viéndola sola en el mundo, y suponiendo los pensamientos que estarian ocupando su mente.

Representábasele agobiada por el peso del reciente infortunio, y al mismo tiempo por el dolor de haber sido hija indigna de aquel hombre sin mancha.

Pensaba que estarian quizás resonando en sus oidos las solemnes palabras que debia haberle dirigido su padre

desde el borde de la tumba para apartarla del camino del mal.

—Se estará acordando de mí, decia; tal vez ha abierto ya los ojos á la razon y comprenderá cuán feliz podia haberme hecho siguiendo sus buenas inclinaciones y desoyendo los pérfidos consejos de Belgrave.

Sí, es imposible que para aquel recto juicio que siempre habia mostrado no haya llegado pronto el arrepentimiento; es imposible que desde que vió cerrados para siempre los ojos paternales no haya comenzado la obra de su rescate, haciéndose digna de la compasion de los que siempre desearon su bien. Negarla el apoyo ahora, seria la mayor vileza.

CAPITULO LXXX.

Visita al convento.

Ya hemos visto cómo se abandonó Mortimer á los impulsos de su corazon en su coloquio con Amanda.

Tenia tanta necesidad de que fuese buena como él se la habia figurado en otro tiempo, que apenas la oyó protestar de su inocencia no vaciló un momento en darle crédito, y cediendo al prestigio que siempre habia ejercido en su corazon aquella voz adorada, deseaba en su interior que no fuese cierto nada de lo que él mismo habia visto.

Cuando le oyó referir pormenores de las tramas empleadas contra ella; horrorizarse de la conducta de Julia; desmentir con energía el ama de llaves y explicar cómo iba en el coche con Belgrave, experimentó un consuelo mayor del que se habia atrevido á esperar.

La inocencia de Amanda resplancecia á sus ojos, dejando en la confusion á todos sus calumniadores.

El empeño con que ella rechazó la oferta de su mano

para cumplir la promesa hecha á su padre moribundo, contrariaba los planes que habia formado en su mente; pero era una nueva prueba de que la desdichada Amanda era muy diferente de aquella que pintaban sus enemigos.

Cuando se retiró del convento, estaba transido de dolor, pero á medida que se acercaba á Carberry iba siendo mas dueño de sus reflexiones y sentia cierto consuelo en el corazon.

¡Ah! el saber que Amanda era inocente era la absolucion del profundo cariño que por ella sentia y era además una nueva esperanza para él.

Con las noticias que de Amanda habia adquirido se proponia ir á Londres, confundir á los malvados calumniadores, restaurar su buena fama, presentarla á su padre como víctima de funestas maquinaciones, y pedirle, no dudando que lo conseguiria, que le permitiese casarse con la hija en desagravio por su parte del daño causado al infeliz Fitzalan.

Veíase ya vencedor de las tramas de los Roslines, descubriendo ante el mundo sus bajas maquinaciones y haciéndoles envidiar la suerte de Amanda; de aquella que habian tratado de sumir, no ya en la oscuridad, sino en la deshonra ó la miseria.

Estaba decidido á no omitir diligencias ni gasto alguno para obtener de los instrumentos de aquella intriga la confesion de la parte de culpa que hubiesen tenido, y de los amaños de que por inspiracion propia ó ajena hubiesen sido cómplices ó autores.

En aquellos momentos ya no era su propósito convencerse á sí mismo de la inocencia de Amanda; pues de ella

se sentia perfectamente convencido: lo que anhelaba con impaciencia, con verdadero afan era avergonzar, confundir, anonadar á sus detractores, sacarla de la oscuridad y la penitencia en que vivia, y presentar al mundo á la desgraciada hija de Fitzalan convertida en la feliz esposa de lord Mortimer.

Las pruebas de su inocencia serian la mas poderosa condenacion de los malvados, y desapareciendo el aprecio de su padre á los Roslines, no podria oponerse ya á su matrimonio con Amanda que le traeria en dote, si no un caudal en dinero, una virtud acrisolada y resplandeciente.

En caso de que su padre mostrase alguna repugnancia á consentir en su matrimonio, estaba resuelto á retirarse con su esposa al palacio de Tudor ó á casa de su tia Dormer, que le recibiria con los brazos abiertos.

En tan gratos pensamientos pasó Mortimer gran parte de la noche, y cuando se durmió vencido por las halagüeñas ilusiones que le forjaba el deseo, soñó que todas sus esperanzas se realizaban tal como él las habia concebido.

Al dia siguiente recordó la prohibicion de Amanda y su triste despedida; mas no pudo resistir á sus primeros impulsos.

Amanda estaba en el convento, padecia el dolor de la orfandad y además su salud estaba quebrantada; ¿á dónde habia de ir él sino á donde estaba ella?

Encaminóse, pues, apresurado al asilo de Santa Catalina, y la criada con quien hablara la víspera le salió al paso diciéndole que aquella señorita estaba muy enferma.

Mortimer se sobresaltó; mas al punto se le ocurrió que

sin duda para cohonestar mejor la negativa de Amanda habian exagerado su enfermedad sólo para él.

En la seguridad de que la criada le diria lo que habia de cierto, le habló muy afable y sacó del bolsillo una moneda de oro que ya iba á poner en sus manos, cuando se presentó á su vista sor María.

—Sin duda, le dijo la religiosa, deseabais saber de la salud de la señorita Fitzalan.

—En efecto venia á preguntarle si estaba mejor.

—Por desgracia se encuentra peor que ayer.

—¿De manera que no me será lícito entrar á verla?

—Milord, mucho me pesa recordároslo; pero ya oisteis que ella misma en presencia de la superiora y mia os dijo ayer repetidas veces, que no debia recibiros. Ni excusa decente tendríamos para oponernos á su voluntad, sobre todo siendo su deseo tan razonable.

—El amable tono de vuestras palabras no puede templar la amargura que me causa, respondió Mortimer. Ella está enferma, ¿y no he de saber yo si mejora, ni tener noticia de su estado?

—Sí podeis, milord, y con menos molestia que la que os habeis tomado hoy. Podeis mandar un criado una ó dos veces al dia y nos ahorrareis el sentimiento de teneros que decir que no podemos complaceros.

—No me parece, dijo Mortimer ofendido, que os cueste mucho desairarme. La señorita Fitzalan no es religiosa para vivir así apartada del trato de sus amigos.

—¡Caballero! dijo sor María resentida, pero con mucha dulzura; si la señorita Fitzalan fuera religiosa, se atendria á lo que le mandase nuestra madre superiora; precisamen-

te porque no lo es, secundamos todas su voluntad que hasta ahora no se ha apartado de lo justo y razonable.

—Supongo que no habrá mostrado la de tomar el hábito.

—Desgraciadamente no, milord.

—¡Desgraciadamente!

—En efecto, entre nosotras no habria experimentado las desgracias que ha padecido en el mundo. ¡Vos lamentabais que tratase de vivir apartada del trato de la gente! ¡Ah! milord, no creo que á ese trato deba la señorita Fitzalan muy apacibles recuerdos. ¡Ojalá si sale de aquí, no tenga que lamentar nuevos desengaños!

—¿Sabeis, le preguntó Mortimer, fijando en ella sus miradas, sábeis, hermana, que la amo?

—Fatal le ha sido vuestro amor. A haber tenido vocacion de vivir en el convento, no habria puesto en vos tan hondo afecto.

—No puede quejarse de mi correspondencia: os lo juro. Si supierais...

—La he oido refiriendo á nuestra superiora muchos sucesos relativos á vos y á ella. De su propia boca sé que su desgraciado padre deseaba que no tuviera con vos comunicacion alguna, y segun las razones que ha expuesto con aquella cándida lealtad que en todo descubre, el buen anciano fundaba perfectamente sus consejos. Ella hizo una promesa solemne, y mientras permanezca aquí debemos ayudarla á cumplirla. Milord, vos sois una persona juiciosa y no os opondreis, así lo esperamos, al cumplimiento de nuestro deber. No nos obligueis, por Dios, á que os neguemos lo que ya sabeis de antemano que no nos es lícito concederos. No ofrezcais dinero tentador á esa pobre

muchacha, que puede dejarse fascinar por el brillo del oro...

—En verdad que he procedido como si quisiera que me secundase en alguna mala accion, lo confieso; mas puedo juraros que al ir á ofrecerle una moneda, supuesto que lo habeis visto, sólo me propuse averiguar por su medio si en efecto Amanda estaba muy enferma, si la noticia de que habia empeorado tenia sólo por objeto justificar ¡el que se me negase el permiso para verla.

—Nos habeis juzgado mal, milord; eso hubiera sido una superchería á que no habríamos apelado nunca.

—Me alegro de que así sea y me arrepiento de haber incurrido en semejante sospecha. Os creo bastante bondadosas á todas; y para mí bastaria que fuerais dignas de la estimacion de Amanda para merecer la de todo el mundo. Por lo mismo, por el concepto que me mereceis, me atrevo á poner en vos particularmente mi confianza. Sois la que mas se interesa por Amanda.

—Perdonad, milord; todas mis hermanas se interesan por ella tanto como yo á lo menos, aunque no han tenido la buena suerte de que la madre superiora las eligiera para velar junto á ella.

—Veo que sois buena con todas vuestras compañeras, y esto me mueve á esperar que lo seais tambien conmigo. Sí, sor María, de vos espero que intereseis á Amanda en mi favor.

—Demasiado lo está en mi concepto.

—¡Demasiado y veis que se niega á recibirme!

—En el estado en que se halla, aun cuando ella no lo hubiera exigido, no dejaríamos que nadie la visitase. Creed,

milord, que así lo exige su salud: y si es verdad que la amais...

—¿Podeis dudarlo?

—Quiero decir con ese amor verdadero que nos hace grato el sacrificio de nuestros gustos en pro de la persona amada. Si es así como la amais, renunciad á verla. Convenceos de que la falta de reposo podria costarle la vida.

—Vuestras palabras me dicen que os he de encontrar inflexible á mis súplicas.

—Sí, inflexible he de ser para cumplir con mis deberes; para salvar á la señorita Fitzalan y para que algun dia confeseis que debeis estar agradecido de las religiosas del convento de Santa Catalina.

Mortimer bajó la cabeza no teniendo nada que oponer á semejantes razones.

Sor María aprovechando la ocasion añadió:

—La única prueba de verdadero y cristiano afecto que en estos momentos podeis dar á la señorita Fitzalan es obedecer su voluntad, ayudarla á cumplir su promesa y no desconfiar de las que merezcamos su confianza. Yo os prometo daros noticias suyas siempre que envieis á preguntar por ella.

—Mucho os agradezco la buena voluntad que me mostrais, replicó Mortimer; pero ¿no me será tampoco permitido recibir esas noticias por la misma señorita Fitzalan?

—La pasion os hace olvidar que la señorita Fitzalan está muy enferma y que aun cuando quisiera contestar á vuestras cartas, el mal estado de su salud no se lo consentiria. ¡Ah, no es así como deberia ella ser amada!

—Teneis razon, dijo Mortimer, soy un insensato, ¿no

es verdad? Os causo risa sin duda ó tal vez repugnancia porque no sé amar como vos...

—No, milord, creo que sois desgraciado y me inspirais compasion. Ahora permitidme que me retire. Nuestra amiga puede tal vez tener necesidad de mis cuidados.

—Id, sor María, id y decidle...

—No me es permitido darle recado alguno de vuestra parte, dijo sor María, y desapareció.

Mortimer ya no pudo dudar que Amanda estaba resuelta á cumplir con la voluntad de su padre.

El empeño con que la veia negarse á verle, á oir pronunciar su nombre, le convencia mas y mas de tan triste verdad.

Conocia bien á Amanda y la tenia por incapaz de dejarse torcer en graves resoluciones; mucho menos podia esperar que olvidase la de cumplir lo que á su padre habia prometido.

¡Oh! ¡Cómo veia desvanecerse los sueños de felicidad que pocos momentos antes acariciaba!

¡Qué triste le parecia su porvenir!

Cuando entregado á sus dolorosos pensamientos le habia aquejado el temor de la muerte de Amanda, no veia nada mas allá, le parecia que desapareciendo ella del mundo, desaparecia tambien él.

Amanda muerta, significaba volver él á la nada.

Pero cuando consideraba que podia llegar el caso de ver á Amanda restablecida y alejada de él para siempre; que habia de ser su semblante mudo para él y que era posible tambien ver extinguida en ella la llama que su amor habia encendido, entonces se creia destinado á una larga existen-

cia sin sol, sin aire. El mundo se le representaba como un desierto á donde habian de llegar las voces de júbilo de otros séres alegres para resonar tristemente en su corazon siempre triste.

Abatido por tales ideas se volvió al castillo y se encerró en su aposento.

Allí todo le hablaba de Amanda.

Los numerosos objetos colocados y tal vez elaborados por sus manos parecian adquirir vida para atormentarle, gritándole que no volveria á verle.

Entre todas las amarguras que habia imaginado; entre todas las desdichas de que habia sido testigo, ninguna le parecia tan terrible como el mal que padecia, para el cual no le era lícito esperar alivio alguno.

—¡Si á lo menos no conspirasen todos los objetos á recordármela, á hacerla mas y mas querida! decia; y las lágrimas del consuelo inundaban su semblante.

CAPITULO LXXXI.

Amanda se recobra.

No podia Mortimer resignarse al porvenir que preveia estarle reservado, ni siquiera satisfacerse por entonces con las noticias que sor María habia ofrecido darle.

Su agitacion, el violento estado de su ánimo no podian ocultarse.

El conserje de Carberry notó que apenas comia ni bebia, observó que paseaba horas enteras por la habitacion y se alarmó al ver que hablaba solo.

Aquel hombre de excelente corazon, que amaba á sus amos y no podia ver padecer á nadie, se afligió considerando que lord Mortimer padecia gravemente y no pudo contenerse.

Llamó á la puerta de su aposento, y mirando á su amo con viva lástima le dijo:

—Perdonad, milord; pero desearia haceros una pregunta... una pregunta que... puede ser de mucho interés.

—¿Qué quereis, amigo mio?

—Mi pobre mujer, á pesar de su buena voluntad, no sabe lo bastante para guisar á gusto de milord, bien lo sé, y sin duda milord ha visto demasiado pronto que es mala cocinera.

Mortimer, extrañando aquella incongruente salida, sonrió tristemente y le dijo:

—Yo no he tratado de averiguar semejante cosa. ¿Por qué me venís á hablar de eso?

—Si me lo permitís, milord, os diré que sin duda hallais detestables sus guisos, pues apenas los habeis probado.

—¡Ah! No culpeis por eso á la buena Catalina; que no lo merece. Ahora me recordais que en efecto he comido poco...

—¿De manera que lo habiais olvidado?

—Sí, ó mas bien dicho, no lo sabia.

—¡Ah! ¡No lo sabiais, milord! Eso prueba que milord no está bueno.

—¿Qué dices?

—Digo, señor amo, que nos teneis entristecidos porque no comeis, no bebeis, no dormís, ni teneis reposo desde que entrasteis en el castillo. Los señores de estas cercanías suelen venir á sus quintas á descansar del bullicio de Londres y aquí restauran su salud y recobran nuevo vigor; pero en este bendito castillo sucede al revés. El desgraciado capitan salió de aquí enfermo; á vos...

—¿Ibais á decir que me sucede lo mismo?

—Perdonad, milord; pero me parece que quien no come, ni bebe, ni duerme, y habla solo...

—¿He hablado solo?

—No creais, milord, que lo haya ya averiguado por medio de ninguna indiscrecion; pero os he oido al venir hácia acá...

Mortimer cruzado de brazos y caida la cabeza sobre el pecho empezó á pasear por la sala.

El conserje le miraba persuadido cada vez mas de que su enfermedad era grave.

—Si á lo menos me permitierais...

Paróse Mortimer como si saliera de un sueño á la voz del conserje y le dijo:

—¿Qué teneis que pedirme?

—Quisiera que me permitierais ir á avisar al médico...

—¿Para quién?

—Para que os aconseje. A menos de tres millas de aquí vive el doctor Vorden, por cierto muy querido de vuestro padre.

—¡En efecto! le interrumpió con viveza Mortimer.

—El doctor Vorden es muy entendido...

—Sí... Vorden es un sabio... Sé dónde vive. ¡Oh, mucho os agradezco que me lo hayais recordado!

—¡Oh! Yo no me alegro menos que vos, milord. ¿Quereis que vaya á avisarle ahora mismo?

—No.

—Nada ganareis, me parece, con aguardar á mañana.

—Decid que ensillen al punto mi caballo. Voy yo mismo á ver al doctor.

—¡Feliz pensamiento, milord! Entre tanto hareis ejercicio.

—Id, no os detengais.

—Voy volando, milord.

El conserje se fué contentísimo de haber sugerido una feliz idea á su amo.

Lord Mortimer al oir el nombre de Vorden pensó que nadie mejor que él para darle noticias de Amanda, y combinó en su mente el plan para ponerse en seguida al corriente del estado de su salud.

Vorden era hombre incapaz de ocultarle la verdad, y le pareció á Mortimer que por su medio se enteraria mejor de lo que pasaba que por medio de las religiosas, las cuales, ya por secundar á Amanda, ya por otro móvil, podian tal vez ocultarle lo que á él convenia saber.

Montó á caballo diligente, y con una animacion que dejó sorprendido al conserje, haciéndole augurar muy bien del resultado de sus indicaciones, se dirigió á casa del doctor.

Era este un hombre bien acomodado y entendido, que despues de adquirir mucha celebridad en Londres, se habia tenido que retirar á un pueblecito poco distante de Carberry, para estar cerca de su madre, señora ya entrada en años que no podia vivir en otra parte.

Vorden no habia dejado por eso el estudio de la medicina, y desde su retiro auxiliaba activamente con sus trabajos á varias academias de que formaba parte, y daba á luz cada dos ó tres años el resultado de sus vigilias.

Nunca se negaba á visitar á aquellos pobres aldeanos; era de trato franco y sencillo y de muy distinguidos modales, y así su talento como las demás prendas que le adornaban le habian hecho muy simpático á lord Rosven, durante una larga temporada que habia vivido en Carberry.

Lord Mortimer, que estaba enterado de todo, se dirigió á él con toda confianza, y al manifestarle su deseo de que

visitara á Amanda no le ocultó nada de lo que con ella y su familia le habia ocurrido y la situacion en que se hallaban.

—Algo mas podriais pedirme, milord, le contestó el médico, porque á mucho estoy obligado con vuestra casa por las atenciones que conmigo ha tenido siempre lord Rosven. Yo veré hoy mismo á la señorita Fitzalan y os haré saber cómo se encuentra. ¿Pensais casaros con ella, milord?

—Lo deseo, pero cada dia lo veo mas lejos.

—Por la relacion que me habeis hecho, entendí que erais amado.

—Puedo sin vanagloria decir que lo soy; pero...

—¿No es libre y dueña de sus acciones esa señorita?

—Deberia serlo; mas prometió á su padre en su lecho de muerte romper toda relacion conmigo...

El doctor viendo el sentimiento con que Mortimer hablaba, no le dirigió mas preguntas sobre el particular.

—No me parece bien, dijo, presentarme á las buenas religiosas como enviado vuestro. Yo he conocido un poco al difunto capitan; fingiré que le conocia mas, que era amigo suyo, y que en este concepto, enterado de la enfermedad de la hija, he creido de mi deber ofrecerle mis servicios.

—Decís bien, doctor. No quiero turbaros mas en vuestras ocupaciones; creed que os agradeceré vivamente la molestia que vais á tomaros por mí...

—No, no, dijo el doctor, guardad vuestro agradecimiento para mejor ocasion. Las enfermedades de las mujeres, sobre todo cuando pueden ser producidas por causas morales,

nunca se estudian bastante: siempre dejan mucho que aprender. Precisamente enterado como estoy de los antecedentes de la señorita Fitzalan, puede serme muy útil su estudio; por consiguiente ya veis como quien debe estar agradecido soy yo.

—No sé cómo corresponderos, mi querido doctor.

—Yo os proporcionaré el medio de pagarme.

—¿De veras? ¿Puedo serviros en algo?

—Sí; cuando vaya yo al castillo á daros cuenta del resultado de mi visita al convento, os pediré un favor.

—¿Por qué no ahora mismo?

—Porque... El favor que quiero pediros es que cuideis de vuestra salud, dejándoos guiar de mis consejos. La mitad de las defunciones y de las mas graves enfermedades son debidas á causas morales, mi querido lord Mortimer... Cuidad de vos, creedme, es menester que durante la juventud nos robustezcamos para que no nos derribe la primera acometida de la vejez.

Lord Mortimer volvió al castillo menos intranquilo despues de su visita y de las seguridades que le habia dado el médico.

Amanda no salia del lecho.

Lo que en breve tiempo habia padecido era mucho para no abatir aquella naturaleza delicada.

Las religiosas se esmeraban todas á porfía en mostrarle su buen afecto, y tenian una verdadera satisfaccion en poderse ocupar en su servicio.

El doctor se presentó á la superiora, segun habia dicho, como amigo del difunto Fitzalan.

La superiora le recibió muy bien, como amigo del padre

de Amanda, y como médico fué introducido en el cuarto de esta.

Desde aquel dia no trascurrieron nunca venticuatro horas sin que la visitase, y siempre al salir del convento se dirigia antes que á su casa al castillo de Carberry.

Mortimer pudo tranquilizarse un poco en cuanto á la salud de Amanda, pues á la primera visita ya le habia dicho el médico que se recobraria con un poco de tiempo y que en el convento estaba perfectamente asistida.

En el castillo procuraba el médico dar consuelos y buenos consejos á Mortimer, y en el convento hacia lo mismo con Amanda.

Cuando esta convaleció él hizo todo lo posible por levantar su espíritu, y como era hombre de buena sociedad y de conversacion muy amena la entretenia agradablemente y le daba el brazo para que paseara por el jardin.

El doctor no habló nunca de Mortimer en el convento; pero la superiora, y aun Amanda, creyeron notar que la amistad entre aquel y Fitzalan debia de haber sido muy íntima, y aun sospecharon si habia sido enviado por el jóven lord, al saber que todos los dias al salir de allí se dirigia siempre á Carberry.

Mortimer sentia que su impaciencia iba renaciendo á medida que el doctor le aseguraba que la salud de Amanda era mejor.

Abrigaba la remota esperanza de que cuando esta se hubiese recobrado del todo, su insistencia triunfaria y le seria lícito por lo menos ir de cuando en cuando al convento y enterarse de los proyectos que formase su amada para lo porvenir.

¡Cuánto se engañaba!

Amanda estuvo mas firme que nunca en su resolucion.

En sus conversaciones con la superiora la habia contado punto por punto su historia, y cada vez se mostraba mas firme en el propósito de permanecer alejada de Mortimer.

La superiora aplaudia su juiciosa conducta, tanto mas cuanto no estaba enteramente segura de que las miras del opulento lord fueran tan honestas como las creia Amanda y como eran realmente.

Llegó el momento en que el doctor le dijo que Amanda no tenia ya necesidad de su cuidado por hallarse en plena convalecencia, y añadió que en adelante sólo iria á verla una vez que otra por gozar de su ameno trato.

Mortimer se creyó mas solo que nunca y mas alejado de ella que cuando se hallaba en Londres.

No yendo el doctor á verla, no sabia cómo procurarse noticias suyas. Ir al convento á recibirlas de sor María no era bastante para él.

Le parecia indigno de su mucho amor someterse á lo que quisiera decirla aquel intermediario.

Repetidas veces estuvo á punto de atropellar por todo y dirigirse al convento con ánimo decidido de no salir de allí hasta que Amanda le hubiese levantado la prohibicion de ir á verla.

Este propósito formaba; pero se veia detenido repentinamente por una fuerza igual á la que le impeliera antes; el temor de enojar á Amanda, el recelo de que ella achacara su violencia á un motivo que no fuera la vehemente pasion que por ella sentia.

Antes que verla enojada por su culpa habria preferido Mortimer no verla en un año.

Al dia siguiente de despedirse el doctor envió el conserje al convento con la siguiente carta:

«LORD MORTIMER

«Besa los piés á la señorita Fitzalan y se atreve á espe-«rar de ella que le permita felicitarla personalmente por su «restablecimiento. No puede imaginar que sea desoida su «súplica, conocido su deseo de gozarse en el restableci-«miento de una salud que le es tan cara y la inquietud en «que ha vivido hasta hoy, inquietud que no puede calmar-«se hasta que le sean explicadas ciertas expresiones que «oyó en su última visita al convento.

«DEL CASTILLO DE CARBERRY Á 10 DE MAYO.»

Mientras esperaba la vuelta del conserje padeció verdadera fiebre.

CAPITULO LXXXII.

Amanda heróica.

Para que Amanda no se negase á recibir la carta, el conserje se la entregó á la criada, y esta la entró y la puso en manos de aquella.

Amanda al ver de quién era tuvo un gran sentimiento.

Habia llegado á creer que el jóven lord acabaria por resignarse á su suerte y no le pondria en el duro caso de repetirle sus negativas.

Vió en la carta el mismo deseo, la misma insistencia de siempre, y conociendo el carácter de Mortimer y convencida de su ternura hácia ella, se figuró cuánto habia de padecer cada vez que ella le rechazaba y al considerar que ella permanecia inflexible en su resolucion.

Amanda no habia dejado de querer un solo instante á Mortimer.

Le amaba cuanto era capaz de amar su corazon sensible y agradecido, y en medio del pesar que le causaban los

esfuerzos que él hacia por verla y reanudar sus relaciones, en el fondo de su corazon brotaba un manantial de dulzura, de agradecimiento á su cariño ; dulzura que no le era lícito saborear á la desgraciada.

Ella se mantenia firme en su propósito ; pero ¡cuántas lágrimas no le costaba mantenerse en aquella firmeza!

Este era el triunfo de su virtud.

Amar y privarse del objeto amado; renunciar por delicadeza á lo que despues de la muerte de su padre era lo que mas avivaba las ansias de su corazon ; verse brindar con la copa de la felicidad y reprimir la ardiente sed y apartarla de sus labios... ¡Oh, bien digna era de respeto, de admiracion y tiernos y afectuosos consuelos la pobre niña!

La desgracia de Mortimer , á fuerza de pensar en ella, llegó á serle mas dolorosa que las suyas propias.

Al fin , ella en sus padecimientos encontraba alguna compensacion : la de cumplir un deber que se habia impuesto; la de demostrar á sus crueles enemigos que la codicia no habia sido nunca móvil de sus acciones ; pero ¿qué compensacion podria caberle á Mortimer en su desventura?

Ella que se sentia fuerte hasta el extremo de sacrificar todo lo suyo, vacilaba á la idea del estéril sacrificio de su amado.

No era culpa de Mortimer el odio ciego de su tia Augusta á la infeliz Malvina , odio que se extendia á Amanda por ser su hija ; no era culpa suya que lord Rosven se hubiese propuesto casarle con Eufrasia.

La malignidad de la señora Devons y las perfidias de

Belgrave pesaban sobre él no teniendo nada que echarse en cara, y le hacian desgraciado sin que le quedase el consuelo, como á ella, de que así restauraba su buena fama y cumplia una solemne promesa.

Presentes estaban sor María y la superiora cuando Amanda recibió y leyó la carta, y ambos fueron testigos de la lucha que se trabó en su corazon y de su glorioso triunfo.

Ellas vieron las lágrimas que caian de sus ojos á consecuencia de las tristes reflexiones que hemos procurado dar á conocer.

Acercáronse al ver su llanto, y Amanda con voz débil, pero con firme resolucion, dijo á sor María:

—Hermana, quisiera pediros un favor.

—¿No sabeis que no teneis mas que mandarme?

—¡Qué buena sois! Id, os suplico, á ver al hombre que ha entregado la carta y decidle de mi parte que estoy buena y por consiguiente no hay que pasar cuidado alguno por mi salud. Lleve esta contestacion á quien le ha enviado, y dígale además que ni de palabra ni por escrito envie otra vez á saber noticias mias; pues no recibiré sus visitas ni contestaré á sus cartas.

Bien se veia el inmenso esfuerzo que aquella determinacion le costaba; pero se veia tambien que seria capaz de repetirlo si necesario fuera.

Sor María salió de su presencia con los ojos arrasados en llanto.

La superiora se quedó largo rato contemplándola, y despues cruzó las manos y levantó los ojos al cielo en muestra de su admiracion.

El conserje se volvió con el recado, seguro de que su amo volveria á ponerse enfermo.

Así como á la ida habia apresurado el paso, á la vuelta lo acortó como si deseara no llegar nunca al castillo.

No se habia engañado Amanda al suponer el triste efecto que su recado produciria en el jóven lord, que en el triste semblante del conserje leyó su desfavorable sentencia.

El desairado emisario bien habria querido inventar una fórmula nueva para no lastimar á su querido amo; pero se hallaba ya en presencia de este, lo veia impaciente y no se le ocurria nada que no fuera repetir el recado tal como sor María se lo diera.

Con una mirada pudo conocer que el enamorado lord le habia conocido en la cara los términos en que poco mas ó menos tendria que hablarle.

Preparóse Mortimer á recibir el duro golpe y le preguntó:

—¿Qué traeis? ¿Han recibido mi carta?

—Sí, milord, la han recibido.

—¿Y os han dado contestacion por escrito?

—No, milord.

Mortimer veia que iba á tener que renunciar á toda esperanza, y por uno de aquellos esfuerzos que la debilidad aconseja procuraba retardar el triste momento.

—¿Quién os recibió?

—La criada.

—¿Y á ella entregasteis la carta?

—Sí, milord.

—¿De suerte que no visteis á nadie mas?

—Ví á otra persona, milord.

—¿A otra persona? ¿Os hicieron pasar al aposento...

—No pasé de la portería.

—Y salió á hablaros... ¿Quién era la otra persona?

—Una religiosa... Sor María.

—¡Ah! exclamó Mortimer, «ella» no ha querido verla siquiera.

El suspiro con que acompañó sus palabras conmovió al pobre conserje, que no veia llegado el momento de dar término á aquella escena.

Mortimer paseó dos veces á lo largo de la estancia y deteniéndose delante de su interlocutor le dijo:

—Sor María os respondió sin duda que la carta seria entregada despues.

—No, milord; cuando sor María salió ya tenia la contestacion.

—¿De palabra?

—De palabra.

—Repetídmela sin equivocaros, si es posible.

—¡Oh! la recuerdo muy bien.

—¿Os habló con severidad?

—No, milord, antes lo hizo con mucha dulzura.

—Sin duda para atenuar el mal efecto de la respuesta. En fin, yo quiero salir de una vez de tanta angustia. ¿Qué os dijo? ¡Acabad!

—Yo lo habria dicho ya, si milord no me hubiera obligado á contestar á otras preguntas.

—Decid, pues; que no volveré á interrumpiros.

—Sor María me dijo: La señorita Fitzalan hace saber á quien os envia...

—¡Ni aun quiso pronunciar mi nombre! Proseguid.

—Hace saber á quien os envia que está buena, y por consiguiente su salud no debe inspirarle cuidado alguno; y le suplica que ni de palabra ni por escrito pida en lo sucesivo noticias suyas; pues ni recibirá visitas ni contestará á ninguna carta.

—¡Así dijo!

—Estoy seguro, milord, de no haber alterado una letra.

—Está bien, dejadme.

El conserje que tanto deseaba salir de aquella situacion que era para él como un mal paso, al ver á Mortimer abatido y lleno de mal humor por la respuesta que le daba, habria querido no moverse de su lado hasta dejarle tranquilo; pero el buen hombre no podia llegar con su persuasion á donde llegaba con el deseo, y siendo discreto aunque rudo, comprendió que no debia intentar en vano aquella empresa superior á sus fuerzas, y se retiró mohino y cabizbajo, quejándose de sí mismo allá en su interior por verse tan inútil.

Mortimer no podia permanecer en aquel estado.

Salió inmediatamente de su casa, llegó hasta cerca del convento y de pronto se paró meditando, y deshaciendo el camino se dirigió á casa del médico.

—Ya sé, milord, le dijo este al entrar, que no habeis visto á la señorita Fitzalan.

—¿Os lo han dicho ya?

—¿De qué me servirian mis estudios fisiológicos si necesitara que me lo hubieran dicho?

—¿Lo adivinais pues?

—No, lo leo en vuestro semblante. Si la hubierais vis-

to el estado de salud en que se halla habria devuelto el brillo á sus ojos y quizás algo de color á esas mejillas; habria dado vigor á ese cuerpo decaido... en fin, lo habria yo conocido en algo.

—Pues habeis leido bien, doctor. Y no sólo no la he visto, sino que me prohibe ir á verla y escribirle, anunciándome redondamente que no me recibirá.

—Escribidle...

—Lo he hecho ya.

—Deberia haberlo adivinado. ¿Os contesta con dureza?

—Me ha contestado por medio de otra persona.

—De la superiora tal vez.

—No, de sor María.

—Es una criatura angelical.

—No lo sé.

—Sed justo con ella, milord. Yo la he visto velar á la enferma: puedo responder de ella.

—¡Qué sé yo! Se me figura que han de haber encontrado complacencia en hacerme saber que ni cartas ni visitas mias quiere ya recibir Amanda.

—Es posible. Si ella cree que vuestra presencia, que vuestros recuerdos sean perjudiciales á la señorita Fitzalan, os aseguro que se alegrará de saberos ausente y olvidado, lo cual no supone en ella malignidad alguna, sino un afecto tiernísimo á la... que vos amais.

—Como quiera que sea, he venido á veros porque antes de renunciar para siempre á ver y escribir á Amanda, quiero hacer otra prueba y no puedo hacerla si vos no me auxiliais.

—¿Yo? dijo el doctor sorprendido y mostrando mucha gravedad.

—Vos, querido doctor.

—Explicaos.

—Si yo voy al contento no seré recibido.

—En efecto.

—Si escribo, no será recibida mi carta.

—Así me lo habeis dicho.

—Y sin embargo es preciso que Amanda reciba una carta mia y sólo vos podeis obligarle á tomarla.

—¡Jum...! dijo el médico: yo podré obligarla á tomar una bebida amarga, unas píldoras; pero una carta...

—Querido doctor, bien sé que os pido una cosa muy ajena de vuestra profesion.

—¡Y tanto!

—Pero sé tambien que sois mi amigo, mi único amigo en estas circunstancias; sé que no os negará Amanda á vos lo que á cualquiera otro negaria sin reparo.

—Francamente, milord, me pesa de que tengais razon en esto último. Yo soy muy claro en mis cosas. Si sospechara que otra persona podia prestaros el servicio que me pedís, os diria redondamente que no contarais conmigo; pero veo que si no os ayudase yo no os ayudaria nadie...

—Y ¿consentís, no es verdad?

—Contra todo mi deseo... consiento.

—¡Ah! doctor, me hareis un servicio... que no olvidaré en toda mi vida.

—Ni yo tampoco, dijo el doctor riendo. ¿Os parece tan vulgar el caso para olvidado? Tened en cuenta que si las sabias academias de que soy parte me llegasen á creer capaz de semejantes embajadas, me condenarian á eterno

desprecio y dejarian de tener todo género de confianza en mí. ¿Teneis hecha la carta?

—No... Ignoraba todavía cómo recibiriais mi peticion...

—Es decir que á vos mismo os parecia difícil de aceptar.

—Os confieso que sí.

—Sin embargo, sois hijo de lord Rosven, veo que os interesais de corazon, honradamente, por una pobre huérfana, y no puedo negarme á un encargo que á los ojos de todos los demás seria ridículo : ya lo sé. ¿Teneis en vuestra casa libros amenos?

—Alguno tengo...

—Pues mañana me traereis un libro de lectura entretenida , que alegre el ánimo , y dentro del libro la carta. Advertid que el libro es para aquella señorita y que oficialmente yo ignoraré que contenga carta alguna.

CAPITULO LXXXIII.

El doctor mensajero.

El doctor habia prometido á Amanda traerle un libro ameno para que tuviera una distraccion mas en el convento y solazase su ánimo con ideas alegres.

No se habia fijado todavía en el que le habia de dar á leer, y por deseo de servir al enamorado lord resolvió darle el que este escogiera.

—¿Quién sabe, dijo, si al desempeñar esa comision ejerceré tambien la medicina? Una carta de este mozo á la pobre enferma me parece que no le ha de hacer daño alguno. Lo peor que puede suceder es que le reitere ella su mandato de no escribirle mas, y despues del esfuerzo que tendrá que hacer para ello su corazon, sus resoluciones habrán adquirido mas vigor para lo sucesivo. Si cede á la elecuencia epistolar del amante, será para abrir el pecho al amor que, ó mucho me engaño, ó es muy poderoso en ella. En fin, todo será sujetarla á una prueba que sólo de

este modo podria verificarse. Aun soy yo quien debe estar agradecido á ese par de enamorados; pero me guardaré bien de dárselo á entender, pues si llegaba á divulgarse el hecho, todos los enamorados de la comarca vendrian á exigirme, so pretexto de su salud, que me encargase de apaciguar sus querellas y de ponerlos en relacion directa burlando la vigilancia de sus padres y tutores.

Mortimer se presentó temprano en casa del médico y le trajo el libro con la carta dentro.

Hojeóle el doctor y dijo:

—Así está bien. Yo le daré el libro advirtiéndole que no es mio, de manera que podrán dudar ella y las religiosas si he tenido ó no conocimiento del oficio en que por daros gusto voy á estrenarme.

No esperaré que lo abra en mi presencia y lo demás será todo de cuenta vuestra, querido milord.

—Me atrevo á esperar que no me dejará sin contestacion. Si quereis enteraros del contenido...

—¿Yo? ¿para qué? Supongo que no habreis querido hacer una obra maestra en literatura, sino expresar lisa y llanamente los afectos de vuestro apasionado corazon.

—Así es la verdad.

—Supongo además que en vuestra carta no se encierra impugnacion alguna de los sanos principios de la ciencia médica y por consiguiente puedo en conciencia trasmitir la carta sin leerla.

Estas últimas palabras las dijo el doctor con sonrisa jovial, para disipar la melancolía de Mortimer, que le escuchó sonriendo tambien, aunque tristemente.

A la hora que tenia determinado se dirigió el doctor al convento de Santa Catalina.

El enamorado lord le vió partir con envidia y fué á encerrarse, inquieto, con propósito de no ver á nadie ni salir de su cuarto hasta saber el efecto producido por su carta.

Durante el camino el doctor miró dos ó tres veces el libro para cerciorarse de que por entre sus páginas no salia la misiva de que era portador.

Recibido por Amanda con la benevolencia que solia, la miró con ojos risueños, le tomó el pulso y le dijo para animarla:

—Vamos, señorita, vamos, la sábia naturaleza se interesa por vos y permite que no sean ineficaces los esfuerzos del pobre arte de curar; estais mucho mejor, ¿no es verdad?

—Gracias á vuestros cuidados, doctor...

—Y gracias tambien á algo mas. Mis cuidados podrán haber combatido en parte la enfermedad y poneros en estado de recobrar la salud; pero de ningun modo podian hermosearos; que no alcanza á tanto nuestro oficio.

—¿Conque tambien son lisonjeros los graves doctores? dijo Amanda sonriendo...

—No por cierto, señorita; en pueba de lo cual me apresuro á deciros que no haceis bien en permanecer aquí encerrada, mientras el jardin os brinda con preciosos rayos de sol y ambiente cargado de salud. Venid, venid conmigo, y pasead un rato.

Bajaron en efecto al jardin, el doctor dió el brazo á Amanda y prosiguió diciendo:

—Veis aquí el grande error en que estabais suponiendo que yo os lisonjeaba. De este bello sitio os atraeis todos

los encantos; del clavel los olores y de la azucena la gentileza; y no me contradigais por Dios, señorita; que los doctores no sufrimos contradiccion.

El tono jocoso del doctor producia siempre buen efecto en el ánimo de Amanda, que no pudo menos de sonreirse al oirle.

Pasearon buen rato, y Amanda deteniéndose y mostrando á su caballero un grupo de diversas flores que parecian competir en hermosura, dijo:

—¿No es verdad, doctor, que aun despues de conocer los secretos influjos que matizan las hojas de las flores y combinan sus olores, no es verdad, digo, que conservan siempre su encanto? ¿Hay algo mas bello que el espectáculo de un jardin, hay algo mas inocente y mas grato?

—Sí, respondió el doctor con gravedad.

—¡Cómo!

—Siento no participar de vuestra opinion; pero no debo dejaros permanecer en vuestro error. ¿Sabeis cuál es para mí el espectáculo mas grato? El del convaleciente. No soy insensible á los encantos de la naturaleza ni menosprecio los de las bellas artes; pero ver circular con regularidad la sangre por el cuerpo humano antes casi extenuado; ver asomar de nuevo los colores á las mejillas antes macilentas; ver recobrar la agilidad y la fortaleza á los miembros antes lánguidos... ¡Oh! ese, ese es el bello espectáculo para mí. Por eso hoy os contemplo gozoso y casi diré ufano, porque, sea dicho de paso, me atribuyo sin gran vanidad alguna parte de la mejoría que en vos observo. Direis tal vez que soy egoista.

—Antes al contrario, doctor; alegrarse del bien de sus semejantes me parece lo mas opuesto al egoismo.

—Sin embargo, cuando ese bien redunda en beneficio propio, parece como que nuestro interés solo es el que nos alegra.

—¿Y qué interés mas noble puede haber? ¿Por ventura ha de consistir la virtud en desear el bien ajeno sin gozo y con absoluta indiferencia? Precisamente es al revés: la virtud es la satisfaccion de nuestra propia conciencia..... ¿Mas á qué me canso, añadió Amanda sonriendo, si vos lo sabeis mejor que yo? Vuestra propia modestia os ha hecho defender mal vuestra tesis. Si se tratara de otra persona que cifrase su contento en devolver la salud á sus semejantes, bien cierta estoy de que vos en vez de tacharla de egoista la ensalzariais como es justo.

—Soy un torpe, replicó el doctor: queria evitar vuestras alabanzas, y resulta que he conseguido nada menos que ser ensalzado por vos. No tengo derecho para aspirar á tanto. Olvidemos este asunto y no hablemos mas de él. En cambio de este favor os dejaré ahora mismo libre y sola...

—¿Os vais ya, doctor?

—Ese «ya» seria mi mas grata recompensa si alguna mereciese yo, señorita. Os dejo sola para que podais dedicaros á la lectura. Os habia prometido traeros un libro, y como los mios son poco amenos, un amigo me ha facilitado ocasion de serviros.

—¿Tanta molestia os habeis tomado por mí?

—Ninguna. No tuve mas que pedirlo ayer y hoy me ha sido enviado. Tomadle y adios.

Amanda tomó el libro que el doctor le alargaba y al mismo tiempo le preguntó:

—¿Volveré á veros, doctor?

—Como amigo, siempre que me deis licencia para ello; como doctor no, pues felizmente ya no me necesitais.

—Venid en el concepto que os plazca, cuando vuestras graves ocupaciones os lo permitan; que yo siempre veré gustosa á mi salvador.

—No me llameis así, señorita. El verdadero salvador ha sido vuestra juventud. Adios y alegraos y pronto os restablecereis.

Saludó el médico que deseaba partir cuanto antes para que Amanda no reparase en la carta estando él delante, y ella que ya no podia estrechar su mano, estrechó el libro contra su corazon y exclamó conmovida:

—¡Excelente hombre! ¡Cuán pocos como él deben encontrarse en el camino de una larga existencia!

El doctor volvió el rostro para saludarla por última vez al salir de la abadía, y pudo ver la gratitud y la mas afectuosa expresion pintadas en su semblante.

Amanda dió un paso para volverle á saludar, y al perderle de vista volvió á estrechar el libro y permaneció un breve espacio de tiempo con las miradas fijas en sus cubiertas.

Despues aflojó la mano para hojearle, y el libro se abrió por sí mismo.

Entonces apareció á los ojos de Amanda la carta que contenia.

Volvióla en seguida para ver el sobre, y antes que leer en él su nombre conoció la letra de lord Mortimer.

Nubláronsele los ojos y estremecióse el corazon en un punto y volvió á cerrar el libro á toda prisa.

Habia abrigado la triste esperanza de hacerse olvidar del hombre á quien amaba ; pensaba á veces haberlo conseguido en parte, y cuando se iba resignando á tan amarga dicha, veia de repente desvanecidas sus esperanzas.

Tras esta rápida reflexion que se hizo á sí misma, miró á todas partes azorada , como si el hallazgo impensado de aquella carta fuese una acusacion contra ella ; como si el recibirla sin saberlo de manos del doctor constituyera para ella una falta.

Iba á jurar que no leeria aquel escrito , pero se contuvo temerosa de ser perjura.

Sus promesas la obligaban á alejarse para siempre del enamorado jóven; á ahogar en su pecho el amor que le inspiraba; pero ¿la obligaban á despreciarle, á ofenderle mortalmente devolviéndole su carta sin leerla?

Si el casto amor que siempre le habia profesado Mortimer merecia aquel pago, ¿qué se reservaria para los viles corruptores, para aquellos cuya conducta era digna de castigo?

Asomáronse las lágrimas á sus ojos, y alzándolos al cielo pidió á la memoria de su padre las fuerzas y la discrecion que le faltaban para conducirse dignamente en la apurada situacion en que se veia.

Entróse por la parte mas solitaria del jardin , y aunque no habia resuelto lo que debia hacer, su corazon estaba ya dispuesto á enterarse de lo que Mortimer le decia y aun á contestarle.

En ciertos momentos experimentaba por Mortimer el ca-



Amanda.

riño y la indulgencia de una hermana, y en la ocasion de que hablamos, no estaba muy léjos de estos sentimientos.

Sentóse meditabunda en un poyo, debajo de dos frondosos árboles, y descansó las manos sobre las rodillas.

El libro volvió á abrirse por la misma página donde se hallaba la carta, y Amanda la cogió trémula y leyó en el sobre su nombre, deletreándole como si fuese la primera vez que lo veia escrito.

Estaba sola, en medio del mas profundo silencio y de la mas apacible calma.

La suave brisa que jugueteaba entre las espesas hojas de los árboles parecia aconsejarle que no martirizase su pecho con aquella extremada resistencia y se abandonase á los impulsos de los tiernos afectos, como cedian las ramas á la blanda oscilacion que el aire les imprimia.

La espesura, que no dejaba penetrar los rayos del sol, le daba la seguridad de no ser vista de nadie.

CAPITULO LXXXIV.

Las dos cartas.

Inclinada la cabeza, vaga la mirada, deseando reflexionar y no pudiendo fijar sus ideas, estuvo Amanda un momento con la carta entre los dedos.

Por fin rompió la nema, y su corazon se estremeció de nuevo al ver los caracteres trazados por aquella mano que tantas veces habia estrechado amorosamente la suya.

Apartó de ellos los ojos y se llevó la mano al pecho para contener los latidos de su corazon, y mientras mas deseaba olvidar su amor, mas vivamente la acosaban sus recuerdos y los justos motivos que para querer á Mortimer habia tenido.

La carta podia enternecerla; pero tantas memorias acumuladas la turbaban en tales términos, que para sustraerse á su poderoso influjo prefirió leer.

La carta dice así:

«Jamás habria creido tener que valerme de estratagemas

«para dirigirme á vos, querida Amanda, y tener que va-
«lerme de medios semejantes cuando yo creia que ya seria
«llegado el tiempo de recibir la anhelada compensacion de
«todos mis padecimientos: ¡es tan triste y doloroso para mi
«corazon! En este momento no me atrevo á llamaros cruel;
«no me atrevo á pensar que estais resuelta á serlo conmigo
«siempre; mas ¡ay Amanda! ¿cómo debo llamar á la con-
«ducta que observais conmigo? ¿No dejaré nunca de ser
«víctima de vuestra funesta preocupacion, de vuestra des-
«confianza, de la atormentadora inseguridad de vuestros
«afectos hácia mí? ¿Para qué habré luchado con tantos obs-
«táculos, para qué os habré mostrado en toda su verdad mi
«corazon, mis recelos, mis esperanzas? Siempre vencido un
«obstáculo he tropezado con otro mayor; siempre tras una
«dificultad se ha levantado otra; siempre á una esperanza
«ha sucedido un desengaño.

«En buena hora me hubiesen contrariado los hombres y
«los sucesos; que yo hubiera triunfado de todos alentado
«por la ajena recompensa de vuestro amor; pero cuando
«sois, Amanda, vos sola quien se opone á vuestra felicidad
«y á la mia, ¿contra quién he de luchar, de quién he de
«vencer, y cuál ha de ser el premio de la victoria? ¿He de
«trabar un combate cuyo término sea dejar despedazado
«vuestro corazon y el mio?

«Todavía no he podido explicarme ciertas palabras de os-
«curo sentido que en nuestra última conversacion pronun-
«ciaron vuestros labios; he hecho todo lo posible para que
«vos misma las descifreis y no lo he conseguido. Si esto
«solo me ha causado tanta inquietud, tanto desasosiego,
«¿qué será todo junto lo que paso por vos? ¿Por qué no he

«de encontrar lástima en un corazon que ha mostrado su «compasion para personas que al parecer debian serle in- «diferentes?

«Si me aborrecierais, Amanda... Sabe Dios que vuestro «aborrecimiento si fuese justo seria mi muerte; pero os ase- «guro que mas de una vez he deseado persuadirme de que «despreciabais mi amor para tener derecho á despreciar mi «vida. No puedo lograr persuadirme de que os sea odioso, «y sin embargo de que me habeis asegurado otras veces «que me amabais, ¿qué obtengo de vos? menos que el hom- «bre que os fuese indiferente y de quien pudierais recelar «algun mal. Os negais á recibirme sabiendo que vuestra «vista y vuestra conversacion pueden serme agradables; «os negais á recibirme y sabeis que sólo en una entrevista «con vos podria yo salir de mi incertidumbre y obtener «una explicacion que me persuadiese de que obrais bien, «si es humanamente posible persuasion semejante. Tal vez «el resultado seria mas doloroso para mí; pero perdonad «que os lo diga: seria mas generoso de vuestra parte. «¿Quién sabe si conseguiria poner de acuerdo vuestra men- «te con vuestro corazon? ¿Quién sabe si os demostraria que «el traspasar los límites de ciertas virtudes nos hace poner «el pié en la senda del vicio, y que las exageraciones de «la delicadeza y del pundonor son incompatibles con las «verdaderas leyes de la razon? Todo lo quimérico, todo lo «exagerado es contrario al cumplimiento del deber y es «mas pernicioso aun para el que puede conciliar el cum- «plimiento de varios deberes que no se oponen uno á otro. «No quisiera hacer conversacion de asunto semejante; pero «¿de qué os puedo hablar sino de esto?

«Pensadlo bien, os ruego: si me amais, nos haceis des-
«graciados á los dos; si no me amais, me haceis desgracia-
«do á mí, que no creo haberme hecho acreedor á tamaña
«desgracia. De ningun modo deberiais perseverar en la re-
«solucion que de vos me hace vivir alejado, contraria á
«vuestra felicidad y á la mia. Sois jóven y huérfana, ca-
«receis de apoyo en el mundo, habeis sido objeto de perse-
«cuciones violentas, estais expuesta á los peligros que
«vuestra situacion lleva consigo: ¿cómo quereis que no te-
«ma por vos y que mi vida no sea una continua zozobra?
«Mientras yo sepa que nadie puede defenderos, mientras
«me negueis el derecho de ser decorosamente y á la faz del
«mundo vuestro defensor, considerad, Amanda, si deberé
«padecer. ¡Cuán diferente seria la suerte de entrambos
«desde el momento en que consintierais en ser mi esposa!
«Como quiera que sucedan las cosas, este es el único par-
«tido, os lo repito, que puede asegurar nuestra felicidad.
«Los motivos que justificarian este paso son mil veces mas
«poderosos que los que os han hecho prometer que vivi-
«riais alejada de mí. Si el capitan Fitzalan pudiera acon-
«sejaros, él os diria lo mismo que yo os digo: ¡el cielo me
«libre de induciros á cosa alguna que no pudiese ser apro-
«bada por vuestro honrado padre! El capitan Fitzalan ofen-
«dido con la carta de lord Rosven os trazó una línea de con-
«ducta, que hoy rectificaria despues de consideradas con
«mas calma las cosas. Lord Rosven partia de un concepto
«equivocado, y una vez convencido de la verdad, retiraria
«todas las expresiones ofensivas contenidas en su carta.
«Por desgracia vuestro padre hizo recaer su enojo en mí,
«que por los sentimientos que siempre me inspirasteis, no

«debia incurrir en su desagrado. Vos lo sabeis mejor que «él, podeis reflexionar á sangre fria sobre este asunto y «enmendar lo que nuestra mala ventura ha torcido desde «el principio. ¿Por ventura creeis que si yo hubiera llega- «do á tiempo de hacer comprender á vuestro padre la ver- «dad de las cosas, no habria acabado por autorizar nuestra «union? ¡Ah no! Él hubiera bendecido nuestro amor tan «puro en vos como en mí; él os habria confiado al am- «paro del hombre que de antemano habria sabido demos- «trarle su agradecimiento por el precioso don de vuestra «mano.

«¡Cómo os persuadiria yo de que soy incapaz de exigir «de vos cosa alguna que no os esté bien! ¡Si pudierais ver «mi corazon, Amanda! ¡si pudierais leer en él mis senti- «mientos, como leeis las mal ideadas razones de esta carta! «Pero ya que así no sea, podeis meditar y juzgar, por vues- «tra posicion, por mis antecedentes y por la suerte que nos «está reservada si continuais como hasta aquí rechazándo- «me por mal entendidos escrúpulos. No seais, por Dios, «inflexible. Mirad que vais por mal camino y que torcer «no seria dejar de obrar con rectitud, sino volver á la sen- «da de la verdadera razon. Despues de leida esta carta, no «me negueis el permiso para volveros á ver, no retardeis «mas la confirmacion de mis esperanzas. Prometedme no «rechazar mi mano, Amanda, y en todo lo demás yo me «entregaré á vuestra discrecion. Lo que habeis padecido ya «por vos, ya por mí, aumenta mis deseos y mi impacien- «cia de que halleis en mi cariño todas las compensaciones «de que sois digna. Mientras así no suceda, os lo repito, «ni un solo momento dejo de temer que seais víctima de

«nuevas é infames maquinaciones. En cambio, si tuviese «la seguridad de que habiais de ser mi esposa... Amanda, «Amanda... No sé lo que iba á deciros. Me he interrum- «pido, porque la esperanza de esa posibilidad, la esperanza «de que abrais los ojos á la razon y accedais á lo que ella «y el amor exigen perturban mis sentidos y me hacen «olvidar de todo lo demás; de todo menos de vuestra dicha «futura y vuestras desgracias todavía recientes.

«¿Os negais acaso á mis deseos porque careceis de bienes «de fortuna? Pero ¿con qué podria yo pagar la dicha de «llamaros mia?

«No erais rica cuando os dije por primera vez que os «amaba, y los encantos que entonces me cautivaron el «alma subsisten en vos y substirán siempre, porque resi- «den principalmente en vuestro corazon. Por otra parte, «¿qué importancia podeis dar vos á las riquezas, si al fin «sabeis que hasta ahora no han podido conquistar un amor «como el vuestro y vuestro amor es el único objeto de mis «aspiraciones? Con vuestro amor os pido la vida y la ale- «gría, Amanda; vos sabeis que sin él no puede haber paz «ni dicha para mí, y si el pediros eso no basta, os pido la «vuestra; porque si me amais no podeis ser feliz viviendo «en la soledad y el desamparo. Esperaré con impaciencia «vuestra respuesta, pero no os apresureis, por Dios, á con- «testarme si ántes no os habeis rendido á mis razones, que «no me cansaré de repetirlo, aprobaria vuestro padre si la «muerte no nos le hubiese arrebatado. Prefiero esperar y «padecer viendo colmados mis deseos, á recibir el funesto «desengaño de veros empeñada en la conducta que hasta «ahora habeis seguido. Vuestro padre no vacilaria en

«encomendaros al amparo de un amigo y un protector fiel «y enteramente consagrado á vos: tal os promete ser eter- «namente vuestro

«MORTIMER.

«Castillo de Carberry 11 de mayo.»

Mil veces se conmovió Amanda á la lectura de esta carta.

Meditó profundamente sobre ella, se estremeció cada vez que vió mentado por su amante el nombre de su padre; pero por mas que en su corazon hacian honda mella las razones de Mortimer, por mucho que le amase, no se atrevió á apartarse de su propósito.

No quiso por último darse la razon á sí misma, porque las reflexiones de su amante le llegaron á parecer demasiado sólidas; pero tampoco quiso ocultarse que estaba tan obligada á vivir lejos de él como si á ello se hubiera comprometido con toda solemnidad en la presencia misma de Dios.

Ella padecia amarguras indecibles renunciando á la dicha de ser su esposa; esta circunstancia la inclinaba á pensar que bien podia soportar Mortimer sus padecimientos.

—Es hombre, decia para sí; la ambicion le hará olvidar el amor; mi conducta misma le hará reconciliarse con su familia; tal vez algun dia me dé las gracias por haberle conservado su libertad. Ahora cree que mi amor es su único bien; yo creo que todo me lo sacrificaria gustoso; pero cuando se viese separado de los suyos, enajenado el cariño de su padre, quizás ridiculizado por no haber sabido

aprovechar las ventajas que su matrimonio con una rica heredera podria proporcionarle, ¿quién sabe si al fin me acusaria de ser la causa de las amarguras que en este concepto podrian aquejarle?

Habia renunciado con toda resolucion á contestarle; pero considerando que si no lo hacia era muy posible que Mortimer volviese á presentarse en el convento, determinó á pesar de su promesa, escribirle pronto.

Poco le costó tomar esta resolucion; mas al coger la pluma volvieron á acosarla los recuerdo de su amor á que iba á renunciar para siempre.

Temblaba su mano y á cada paso acudian las lágrimas á sus ojos.

Mil veces se propuso empezar y mil veces flaqueó no sabiendo cómo decir lo que se proponia.

Deseaba que Mortimer no sospechara nada de la lucha que sostenia consigo misma, y esto hacia mas difícil la contestacion que pensaba darle.

Apenas creia haberse robustecido bastante en su resolucion, cuando se le representaba el parque de Tudor, sus primeros paseos solitarios, sus plácidas lecturas en casa de los aldeanos, la defensa que de sus virtudes le habia oido hacer ante sus amigos, mientras ella con su padre y Elena huia de él en medio de las sombras de la noche.

¿Cómo no habia de vacilar? ¿cómo no habia de ser muy duro para su corazon aquel trance? No habia dejado nunca de amar á Mortimer; se sentia incapaz de amar á otro hombre alguno en el mundo; iba á renunciar á la dicha para siempre.

No es extraño que permaneciese largo rato con la frente

apoyada en la palma de la mano, y que en vez de reflexionar sobre lo que iba á decir, se abandonase á los tiernos recuerdos de tiempos pasados, de aquella época breve de su felicidad en la tierra.

Por último, merced á uno de esos sacudimientos tan comunes en las organizaciones femeniles, tomó con mano firme la pluma y escribió:

«Milord:

«Me decís en vuestra carta que no sea cruel; pero sa-«biendo que mi resolucion es inquebrantable, mirad vos «mismo qué nombre podré dar yo á vuestras instancias «para apartarme de ella. Aconsejais á vuestra futura espo-«sa que olvide la promesa hecha á su padre moribundo, y «al mismo tiempo decís que me amais por el tesoro de mi «corazon. Si yo fuera capaz de acceder á vuestras súplicas; «si olvidase lo que debo considerar como un juramento so-«lemne hecho al pié del lecho de muerte de mi padre, «¿qué hallariais en mí, milord?

«En vano apelais á sofismas, que creo de buen grado «inspirados por vuestra misma ternura; cuanto mas inge-«nioso os veo en este punto, mas vivamente se me repre-«senta la necesidad de no escuchar sino la voz de mi deber. «No ofendais, os ruego, la memoria de mi padre; no supon-«gais que su consejo de no unirme á vos le fuese inspirado «por su resentimiento con lord Rosven. Mi excelente padre «mucho tiempo antes habia perdonado cristianamente las «ofensas recibidas. Mi padre, y vos deberiais haberlo com-«prendido así, sólo se propuso en primer lugar, poner al «amparo de su conducta y la mia nuestro honor, de mane-

«ra que para nadie pudiéramos ser sospechosos, y en se-
«gundo lugar atendia tambien á vuestra felicidad y la de
«vuestra familia, de cuya desunion no quiso ser causa,
«obligado como estaba á los beneficios recibidos de lord
«Rosven. Siento que no le hayais juzgado así, y espero de
«vuestro buen juicio que en adelante le hareis justicia;
«despues de su honrada y desdichada existencia, no es
«mucho pedir á un juicio recto y á un corazon bondadoso
«como el vuestro.

«Él comprendió, y así lo entiendo yo tambien, que nues-
«tro matrimonio daria pretexto para que se dijese que en
«efecto sus miras habian sido interesadas; el desprecio que
«inspiraria su conducta recaeria tambien sobre mí, y vos
«no representariais en la sociedad el papel que os corres-
«ponde y pasariais por víctima de un amaño indigno del
«cual se me haria á mí culpable. Vuestro padre, que con
«el tiempo llegará á persuadirse de mis verdaderos senti-
«mientos, podrá llegar á estimarme; pero si me viese es-
«posa vuestra y única causa de que no se hubiesen reali-
«zado sus mas caros propósitos, no sólo me aborreceria,
«sino que me despreciaria tambien. Yo soy capaz de todo
«menos de deshonrarme y deshonraros ni siquiera en apa-
«riencia.

«No he de recordar lo que me cuesta lo que hago,
«milord, porque por muy duro que sea para mí, lo seria
«mucho mas faltar á lo que debo á mi nombre y haceros
«incurrir tambien en una falta de que deberiais arrepen-
«tiros tarde ó temprano.

«Tan persuadida estoy de que obro bien, que cuando lo
«reflexiono, me convenzo de que aun cuando no mediase

«la promesa hecha á mi padre por consideracion á vos mis-
«mo y por respetos á lord Rosven deberia obrar del mismo
«modo.

«No prolongueis mas ese estado de ilusion que podria
«seros funesto. Por amargo que os sea en este momento, es
«preciso que nos separemos, hasta de pensamiento. Yo no
«puedo daros ejemplo mas eficaz. El cielo, la sociedad, los
«sucesos particulares nos han trazado dos caminos diferen-
«tes, que se van separando uno de otro y conducen á pues-
«tos muy distintos: siga cada cual el suyo, y si en un
«mundo mejor han de encontrarse no los abandonemos; no
«nos apartemos de ellos; lleguemos al bien por el camino
«mas corto, que es el recto, como mil veces me ha dicho
«mi buen padre. Seguid, milord, la senda que vuestra po-
«sicion os traza; no os opongais á los designios de vuestro
«padre; para hacernos superiores á las contrariedades, nos
«ha dado Dios la fuerza que me consiente sostener la plu-
«ma en la mano y escribiros como os escribo. Si os parece
«muy penoso el camino que habeis de seguir, milord, pen-
«sad en el que yo he emprendido, no mas llano ni menos
«espinoso por cierto. Pedidle fuerzas á quien me las ha da-
«do á mí, y cuando me veais lejos proponeos alejaros otro
«tanto de nuestro punto de partida. ¡Ah! milord, temo que
«seais capaz de llamarme ingrata y cruel; esta es mi triste
«suerte; pero mi corazon os desmiente de antemano y á se-
«mejante acusacion responde con su ternura y sus voces de
«agradecimiento. Sí, milord, aunque no queria decíroslo,
«sabedlo, no puede haber dolor mas fuerte que el que yo
«padezco; nada mas poderoso y bárbaro que el combate que
«yo misma sostengo contra mí propia y mis mas caros

«afectos; sólo el pensar que es un sacrificio que ha de ha-
«llar recompensa en vos y en el cielo me sostiene en tan
«desesperada lucha; por eso me fortalezco en ella; por eso
«he sido bastante fuerte para hablaros el lenguaje de la ra-
«zon. Gran consuelo el de la conciencia, milord... gran
«consuelo. Si sólo hubiéramos de atender á nuestra ternu-
«ra, seria absurdo cuanto hago y cuanto os digo; ¿pero no
«hemos de atender tambien á la razon y á las exigencias
«del decoro y de la familia? ¿Qué aprecio deberíamos espe-
«rar del mundo si nada hiciéramos por él? Si encerrados
«en nuestro egoismo, ningun sacrificio quisiéramos hacer
«á los demas, ¿con qué derecho exigiríamos mañana amor
«y gratitud de nuestros hijos, de nuestros semejantes?
«¡Oh, basta, basta, milord! creed que he prolongado mi tor-
«mento mas de lo que podia; sólo por vos, por el deseo de
«veros feliz y en paz con vos mismo me he alentado á es-
«cribiros. Una palabra añadiré, ó mas bien repetiré, pues
«deseo que no se os olvide. Si es justa nuestra union, no
«dudeis que en un mundo mejor se realizará esta justicia,
«pues sus leyes todas han de cumplirse en la eternidad; si
«no os sentís capaz de amarme hasta entonces, no os mar-
«tiriceis un solo instante mas. Yo obraré siempre como
«veis que lo hago ahora, y no me apartaré nunca de mis
«sagrados deberes.

«Os suplico que no hagais nada por verme; vuestras vi-
«sitas me lastimarian y no me honrarian á los ojos de las
«excelentes mujeres que con tanta bondad me amparan.
«Por mí no temais. Este venerable asilo me protegerá con-
«tra las asechanzas que mostrais temer: aquí estarán en re-
«poso mi honor y mi buen nombre. Oscar no puede defen-

«derme por ahora ; pero confio en el cielo que me lo dará «por amparo con el tiempo. Toda la proteccion que yo pue- «da necesitar, además de la que me dan las paredes del «claustro, la encontraré en él. Lejos de mí por ahora; víc- «tima del mónstruo que tantas desgracias nos ha causado, «no sé en estos momentos dónde se halla... ¡Oh milord! «aunque confio en él, no podeis imaginar cuánto me aflige «su triste suerte! Perdonad que comunique con vos este «afan de mi corazon; que si á vos no os lo confiara, muer- «to mi padre, ¿á quién podria hablar de él? Cuando me «acuerdo de mi pobre hermano, le pido al cielo que sea yo «sola el blanco del infortunio y se lo pido como una gracia, «porque al fin Oscar lleva el nombre de Fitzalan, y él, no «yo, puede ilustrarle. No me resigno sin embargo á perder «toda esperanza. Él por su corazon es digno de la mejor «suerte, y creo que Dios no le destinará á las amarguras «á que ha destinado á mi padre y á mí. La Providencia «no ha permitido que yo cayera en la sima de la des- «ventura ; la Providencia volverá tambien por él, ya que «debe ser mi protector y mi amparo. ¿Os habré enojado, «milord , con esta digresion que me acaba de inspirar un «hermano á quien sabeis que amo con ternura? No lo te- «mo, aunque os pido perdon por ello. Vuestro corazon ge- «neroso, que sabe lo que es padecer, comprenderá lo que «sufro en este concepto y lo encontrará lleno de indulgen- «cia. Al despedirse de vos, milord , debo suplicaros otra «vez que no me expongais de nuevo á los rudos combates, «al doloroso ejercicio de mis escasas fuerzas que me impo- «ne vuestra correspondencia. Hacedlo, ya que no por otro «motivo, por lástima de mí, y Dios os conceda en cambio

«la paz del alma, el amor inalterable de vuestra familia y «el colmo de todos los deseos que para vuestro bien formu- «leis. Consagraos á la patria, al lustre de vuestro nombre; «haced que cuantos os conocen os amen y cuantos os aman «se enorgullezcan de ello. Desechad pesares inútiles, no os «aniquileis por alcanzar objetos fútiles ó imposibles. Todas «las felicidades os deseo y que no tengais por mí ningun «género de inquietud. Yo no estaria segura sin el amparo «de Dios y de mi conciencia, pero cuento con uno y otro. «Si el cielo prolonga mi vida, no me ha de faltar un asilo «oscuro desde donde le bendiga por vuestros medros y «aciertos; donde la consideracion continua de haber cum- «plido con mi deber me dé la única felicidad á que me es «lícito aspirar, felicidad que no podrán arrebatarme por «completo las vicisitudes del mundo y que se aumentará «en el brillo de la vuestra. Adios, milord, y creed que el «honor será siempre el único guia de

«AMANDA.

«Convento de Santa Catalina 12 de mayo.»

En medio de las dolorosas sensaciones que experimentó Amanda al escribir la carta anterior, conservó su entereza para no desviarse del propósito que habia formado al escribirla, y despues de firmar exhaló un gran suspiro.

Antes que la abandonase el fervor que se la habia dictado, secó las lágrimas que al fin habian brotado de sus ojos, y la leyó otra vez para sí.

Inmediatamente llamó á un anciano que cuidaba del jardin del convento, y se la entregó para llevarla á su destino.

Vióle partir, y entonces fué cuando penetró la congoja en su tierno corazon tan combatido.

Agitada en extremo, agolpada la sangre á la cabeza, ¡extraño fenómeno! le parecian mas débiles las razones con que habia contestado á lord Mortimer y en las cuales tanta confianza, tanta fé tenia mientras las estuvo apuntando en la carta.

La pobre Amanda, acostumbrada á observarse á sí misma, comprendió que necesitaba reposo; que aquel cambio en sus ideas significaba que su razon no se hallaba en aquel completo estado de calma que se requiere para juzgar bien de las cosas, y fué á tenderse en su lecho, esperando alivio de la soledad y el aislamiento.

La carta que acababa de escribir era su último «adios» á Mortimer; ella á pesar de todo su buen entendimiento y de su entereza le amaba. ¡Cómo podia soportar impasible el golpe que á su propio corazon acababa de dar!

CAPITULO LXXXV.

La partida.

Sola en su lecho hizo cuantos esfuerzos pudo por contener el llanto; pero su ternura y su desdicha eran mayores que su fortaleza, y por último dejó correr sus lágrimas esperando de ellas algun alivio.

Despues de tan generosos esfuerzos para lograr que lord Mortimer desistiese de su empeño y dejase de escribirle y visitarla, sus pensamientos tomaron un giro enteramente diverso.

De pronto la asaltó el temor de que Mortimer la olvidase, y no pudo contener un doloroso gemido.

Figurósele al cabo de mucho tiempo olvidado de ella, aficionado á otra mujer, hermosa, buena y rica, bienquisto de los suyos, en el colmo de los honores, rodeado de hijos que estrechaban mas y mas sus lazos de esposo, y una profunda tristeza penetró en su corazon, porque dadas aquellas circunstancias se consideró mas sola que nunca en el mundo, sin derecho para quejarse de su suerte y

obligada por conciencia á celebrar lo mismo que la entristecia.

Si Mortimer llegaba á ser desgraciado, ella no podria consolarse nunca; si encontraba la felicidad en el matrimonio, su consuelo era triste y como de un sér que no pertenece á este mundo. ¡Qué de pesares le estaban, pues, reservados en la vida!

Hasta entonces habia mirado como una enorme desgracia el empeño de Mortimer en hacerla desistir de la promesa hecha á su padre, y cuando acababa de hacer todo lo posible para que él olvidase aquellas ideas, temia que llevase sus afectos á otra parte, y fuese demasiado eficaz la prueba que debia hacerle recobrar el aprecio de lord Rosven y apartar del nombre de su padre la injuria que sus encarnizados enemigos habian intentado inferirle.

Al recuerdo de su padre, empero, recobró su corazon algo de sus perdidos brios y se sintió dispuesta á arrostrarlo todo, todo, hasta la idea de ver á Mortimer feliz en brazos de otra, contando con la esperanza de que con el tiempo volveria á pensar en ella y bendecirla porque con su conducta le habia abierto el camino de la dicha.

Así discurriendo, sin levantarse del lecho, pensó que en lo sucesivo debia ir apartando los ojos de lo pasado, so pena de empeorar para siempre su situacion.

Los recuerdos de su amor la sumian siempre en un estado de pereza, en que todas sus facultades se empleaban en la contemplacion.

Su único consuelo era recordar las primeras escenas de su amor. No le era dado gozarlo sino en medio de la inaccion y el silencio, y despues de entregarse largo rato á

aquellos pensamientos, no se sentia con ánimo para dedicarse á ocupacion alguna.

Tenia necesidad de ganarse la subsistencia, y para ello era indispensable que su imaginacion no estuviese enteramente entregada á aquellos gratos recuerdos que en el estado á que habia llegado ya no merecian llamarse sino devaneos.

Reconocia la imperiosa necesidad de hacer un nuevo esfuerzo que le consintiese el cumplimiento de los deberes que de un momento á otro empezarian á pesar sobre ella, cuando llamaron discretamente á la puerta de su cuarto que estaba entornada.

Amanda se puso sobre sí é incorporándose preguntó:

—¿Quién va?

—Soy yo, hermana, respondió sor María.

—¿Cómo no pasais adelante? preguntó Amanda inmediatamente.

—Creí que tal vez dormiriais...

—Hace una hora me eché con gran necesidad de descanso; pero no he cerrado los ojos. ¿Ocurre alguna novedad?

—No mas que haberse recibido esta carta para vos.

Antes de verla sospechó Amanda que la carta seria una réplica de lord Mortimer.

Tomóla de manos de sor María y vió que no se habia engañado.

Sor María se volvió en seguida para que á sus solas pudiera leerla.

Amanda no quiso dar lugar á reflexion alguna y la abrió en seguida.

La réplica de lord Mortimer decia así:

«Señorita Fitzalan:

«Lo temia aunque deseaba no creerlo, ¡sois inexorable!
«Quiero que en adelante no podais acusarme de importuno,
«ya que ha llegado el caso de que puedo pareceros tal. Im-
«pórtame empero suplicaros que durante el espacio de tres
«meses permanezcais en el convento de Santa Catalina, á
«menos que os disgustase esa morada, en cuyo caso os su-
«plicaria que me dieseis noticia de vuestro paradero.

«Antes que trascurra la mitad de ese plazo confio pode-
«ros explicar las poderosas razones que me mueven á diri-
«giros esta súplica. Yo salgo inmediatamente de Carberry
«y parto mas tranquilo de lo que podeis figuraros despues
«de lo que acaba de pasar entre nosotros. A su tiempo sa-
«breis por qué, si no llevais la dureza hasta el punto de
«negar este último obsequio á vuestro

«MORTIMER.»

No esperaba ciertamente Amanda semejante carta.

Menos habria extrañado encontrar en aquel escrito amargas quejas, frases dictadas por la desesperacion, que aquel tono hasta cierto punto razonable y que permitia vislumbrar alguna esperanza, aunque no pudo acertar con la causa en que se apoyaria la de Mortimer al pedirle el plazo de tres meses.

Esa misma oscuridad, á pesar de la promesa de que todo lo sabria á su tiempo, le hizo temer una nueva tentativa de Mortimer, y alarmada trató ante todo de oponerse á ella.

Convencida de que si ella habia de sostener su decoro era inútil cuanto Mortimer pudiera discurrir, creyó que lo mas urgente era desvanecer en aquel toda esperanza de arreglo si la habia concebido, mucho mas conociendo el carácter impetuoso del jóven lord, que lejos de ella habria sido capaz de cometer inútilmento una grave imprudencia.

La línea de conducta que se habia propuesto seguir era muy estrecha, la menor desviacion podia hacerla salir de ella; era preciso, pues, prepararse á ser rígida consigo misma, aun á riesgo de que Mortimer le achacase una dureza que no estaba ciertamente en su corazon.

Lo contrario lo consideraba como dar el primer paso por una pendiente resbaladiza sin seguridad de poder volver el pié atrás.

Mas conmovida aun que la vez primera, pero firme en su resolucion, escribió acto continuo lo siguiente:

«Milord:

«Con todo el pesar de mi corazon y despues de conside-«rarlo todo, no puedo acceder á lo que me pedís. No sé si «podria hacerlo sin peligro para mí y para vos; pero sé de «cierto que lo mas seguro es negarme resueltamente á «ello. Quizá me llamareis cruel, me atribuireis quizá lo «que mas lejos esté de mi ánimo...; estoy resignada á «todo menos á contrariar los impulsos de mi conciencia. «No sé á estas horas cuánto tiempo permaneceré en el con-«vento; pero sea cuando fuere mi partida, me prometo no «daros noticia de mi paradero y aun os suplicaria que por «vuestra parte no hicierais nada por averiguarlo. Si no «está en nuestro poder vencer los obstáculos que nos se-

«paran ; si nuestro alejamiento es indispensable , ¿á qué «obcecarnos, milord, á qué obcecarnos? ¡Ojalá no fuera ex- «puesto para entrambos tratarnos con el cariño fraternal «que creo nos habríamos profesado si desde el primer mo- «mento hubiéramos sabido lo que nos habia de suceder! «No quiero ocultároslo: me ha parecido bien la noticia que «me dais sobre dejar pronto el castillo de Carberry , y me «ha tranquilizado un poco el tono de vuestra carta que en «verdad me ha parecido mas razonable de lo que esperaba. «Dad cada dia , milord , mayor parte á la razon en todas «vuestras acciones, y no dudeis de que irán desaparecien- «do hasta extinguirse vuestros pesares. Confio en vos ; sé «que teneis excelente juicio y combatireis , así lo espero, «todas las causas que pueden ofuscarlo. A medida que re- «cobreis vuestra tranquilidad, milord, pensareis menos en «turbar la de

«AMANDA FITZALAN.»

Cerró Amanda la carta y la envió á su destino con el mismo jardinero.

En aquel momento la llamaron para comer; pues la agitacion de aquel dia no le habia dejado el menor apetito.

La superiora que siempre tuvo con ella las mayores consideraciones , comprendió que seria en vano estimularla á que comiera y le mandó dar una taza de caldo con vino.

La carta de Mortimer, su réplica y las reflexiones á que se entregara habian extenuado sus fuerzas , y las religiosas, conociendo que necesitaba soledad y reposo, se levantaron de la mesa mas pronto de lo que solian para no importunarla con su presencia.

Acababan de levantarse apenas cuando volvió el jardinero que habia llevado la carta de Amanda á lord Mortimer.

Sin duda el buen hombre creyó que sus noticias no serian del gusto de Amanda, pues esperó á que esta le dirigiese la palabra.

Viendo al fin que nada le preguntaba, le dirigió sus miradas, y levantando muy poco la voz dijo:

—Señorita, ya cumplí vuestro encargo.

—Gracias, buen hombre, respondió Amanda, como distraida.

—Yo mismo puse la carta en manos de lord Mortimer.

—¿Y bien...?

—Y no me dió contestacion alguna.

—Bien está.

—Yo siento... no sé si será de vuestro agrado saber lo que he visto, y por eso vacilaba.

—¿Qué habeis visto? preguntó Amanda con inquietud.

—Que... como esperé mucho, viendo que no me daban contestacion alguna, me asomé á un patio, donde se oia ruido, y ví preparado el coche de milord.

—Bien.

—Quiero decir el coche de viaje. Y oí á los criados que milord se iba hácia Dublin. Quizá la señorita recibirá contestacion por otro conducto, dije para mí, y viendo que lord Mortimer no estaba ocupado en su despacho, sino que dirigia los preparativos de viaje, me vine á toda prisa, por si llegaba á tiempo de daros el aviso.

—Aunque no esperaba respuesta alguna ni me perjudica en nada el viaje de lord Mortimer, os agradezco la noticia.

—Si la señorita tiene algo mas que mandarme...

—Nada mas; podeis retiraros.

Salió el jardinero, quedó sola Amanda y se deshizo en llanto.

Jamás habia creido que á tanta soledad la dejase reducida la ausencia del hombre á quien tanto habia aconsejado que se alejase de ella, á quien habia cerrado las puertas de su mansion.

Como si Mortimer hubiese pronunciado ante ella el juramento de no volver á verla; como si Dublin estuviera en la region opuesta á la que ella habitaba, así se le figuró verle alejarse de su lado, de su vista para siempre, y sola y en silencio padecia anticipadas todas las amarguras de una separacion eterna, despues de haberla deseado tanto.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE.

TOMO PRIMERO.

I.	La desdichada Malvina..	5
II.	Fin de una desdicha.	19
III.	Fin del prólogo.	29
I.	La sierpe entre flores.	41
II.	Primer pesar de Amanda.	49
III.	Amanda vuelve á la aldea.	58
IV.	Primer alivio de Amanda.	67
V.	Una sorpresa.	76
VI.	Dos enamorados.	85
VII.	Una carta y una visita..	94
VIII.	Tres enamorados.	103
IX.	Nubes.	112
X.	Error de Mortimer..	121
XI.	Noche de lágrimas..	131

XII. El instinto de imitacion de Elena. 140
XIII. Reconciliacion.—Sorpresa. 149
XIV. Nuevo pesar de Amanda. 158
XV. Encuentro con Oscar. 167
XVI. Oscar enamorado. 176
XVII. Quién era Adela. 184
XVIII. El general Berbice. 193
XIX. Sacrificio de Oscar. 202
XX. Despedida de la quinta 210
XXI. El engaño descubierto. 220
XXII. Consecuencias. 229
XXIII. La señora Marlove. 237
XXIV. Extravíos. 246
XXV. Fin de la historia. 256
XXVI. ¡Pobres amantes! 264
XXVII. El castillo de Carberry. 271
XXVIII. Las nuevas amigas de Amanda 282
XXIX. Mortimer en Irlanda. 292
XXX. Amanda en el baile 303
XXXI. La entrevista. 313
XXXII. Visita inesperada. 322
XXXIII. Obstáculo fatal. 331
XXXIV. Ultimas esperanzas. 340
XXXV. Antecedentes de la señora Devons.—Partida. 349
XXXVI. Llegada á Londres. 359
XXXVII. Triunfos de Amanda. 368
XXXVIII. Consuelo. 377
XXXIX. Carlos. 388
XL. La pretension de Carlos Bingley. 397
XLI. Amor y deber. 405
XLII. Nueva intriga. 415
XLIII. Carlos Bingley. 425

XLIV. Otra víctima. 434
XLV. Dos rivales caballeros. 443
XLVI. Sospecha sobre sospecha. 452
XLVII. Perversidad. 461
XLVIII. Miseria. 469
XLIX. Las víctimas. 477
L. Buen corazon y mala fortuna. 485
LI. Mas dudas. 492
LII. Asechanza. 503
LIII. Tigre y serpiente. 510
LIV. Martirio de la inocencia. 521
LV. La engañosa apariencia. 530
LVI. La inocencia confundida. 539
LVII. El corazon de Mortimer. 549
LVIII. El colmo de dolor. 559
LIX. La nave á merced de la tormenta. 568
LX. ¿Triunfará Belgrave? 577
LXI. Mortimer se engaña mas cuando cree desengañarse. 585
LXII. Dolor de Mortimer. 594
LXIII. Favor con trazas de agravio. 601
LXIV. La buena hospitalidad. 610
LXV. La desgracia comun crea amistades. 619
LXVI. Desdicha de Juliana. 626
LXVII. Una muestra de dos padres. 635
LXVIII. El castigo del amor. 644
LXIX. Regreso á Carberry. 653
LXX. Narracion de Catalina. 661
LXXI. Miseria de Fitzalan. 671
LXXII. El padre y la hija. 681
LXXIII. La carta de Oscar. 690
LXXIV. Orfandad. 697
LXXV. Ultimo adios de Fitzalan. 705

LXXVI. Reaparicion. 716
LXXVII. El amor recobra su imperio. 728
LXXVIII. Ojeada retrospectiva. 743
LXXIX. El buen corazon de Mortimer. 751
LXXX. Visita al convento. 759
LXXXI. Amanda se recobra.. 768
LXXXII. Amanda heróica. 777
LXXXIII. El doctor mensajero. 786
LXXXIV. Las dos cartas. 794
LXXXV. La partida. 809

PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

Tomo 1.°

Portada. 2

No hagais daño á mi madre. 16

Amanda colocando una guirnalda sobre la sepultura de su madre. 84

Amanda y Mortimer huyendo de la tormenta. 128

Adela. 178

Lo que es hoy manzanas os puedo dar, pero no conversacion. . 181

Amanda madrugaba á visitar sus flores. 274

Pero el frio... ¡Sus hijos no tienen la culpa! 395

Amanda no pudo contener un movimiento de horror. . . . 422

Leoncio se llevó con desesperacion las manos á la frente. . . 471

Asió decididamente del brazo á Amanda. 607

¡Oh! Padre mio, hé aquí el único asilo que habeis podido encontrar. 675

Amanda.. 793

PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS

Tomo I.°